|  |
| --- |
| matías José Sheeben |
| LAS MARAVILLAS DE LA GRACIA DIVINA |
| Introducción y versión castellana por Serapio de Iragui, O. F. M. Cap. |
|  |
| **DEDEBEC, EDICIONES DESCLEÉ, DE BROUWER, BUENOS AIRES. IMPRESO EN 1945, ESCANEADO EL:** |
| **09/04/2011** |

|  |
| --- |
| Texto escaneado respetando el texto impreso. Se omitió el Índice de citas de las Escrituras, el Índice Onomástico y el Índice Alfabético de Materias. Pero se incluyó el índice General de Materias. Pbro. Carlos A. Nadal. |

Introducción

No carecería de interés realizar una encuesta entre los católicos no ya de nombre, sino verdaderamente prácticos, es decir, entre aquellos que creen en Dios, en la revelación, en el magisterio infalible de la Iglesia y se acercan periódicamente a los sacramentos. El siguiente cuestionario podría ser el objeto de la misma: -¿Sabes que por la gracia, además de verte limpio del pecado mortal y vigorizado en tu voluntad para la lucha, eres amigo del Todopoderoso y quedas elevado a la categoría de hijo adoptivo de Dios y hermano de Jesucristo; que tu alma queda misteriosa y maravillosamente renovada, envuelta como en resplandores sobrenaturales?

Algunas personas responderán afirmativamente; otras dirán que no les suenan tales expresiones, a lo sumo recordarán haberlas escuchado de pasada en los sermones o haberlas leído en libros piadosos; pero, si han de ser sinceras, deberán confesar que es tan vaga la noción que tienen de todo ello que nunca les produjo mayor entusiasmo, ni llevó aliento especial a sus corazones.

Y, si, dando un paso más, insistimos en nuestro interrogatorio usando de términos más precisamente teológicos, y preguntamos: -¿Sabes que la gracia santificante es formalmente una participación de la naturaleza divina, y que, de consiguiente, produce en tu alma una especie de deificación, es decir, la transforma, comunicándole una semejanza muy especial con Dios; que esa participación de la naturaleza divina es física, aunque análoga[[1]](#footnote-1); que por la gracia el alma se hace radicalmente apta para la visión intuitiva de Dios, que con ella recibes algo así como una nueva naturaleza en cuanto te capacita para la actividad sobrenatural[[2]](#footnote-2)? -si hacemos estas preguntas, digo, la casi totalidad responderá con aquellos primeros cristianos de Éfeso: Neque si Spiritus Sanctus est, audivimus[[3]](#footnote-3); ni siquiera hemos oído hablar de semejantes cosas[[4]](#footnote-4).

¿Será que estas cuestiones, envueltas en el misterio, carecen de interés?

Desde luego que, para buena parte del pueblo cristiano, influido hasta en sus ideas por el ambiente pagano, cuanto sabe a espiritualidad, máxime a temas que no comprende -para gustar de ciertas realidades de orden espiritual y divino se necesita una gran pureza de alma, un sentido finísimo, una notable dosis de rectitud-, sabe a quimera, a desvarío intelectual, a creaciones producidas por cierto misticismo enfermizo, propio de espíritus neurasténicos, de personas escrupulosas, desequilibradas.

Pero felizmente existen numerosos fieles cristianos que se preocupan intensamente por conocer problemas como el presente, que tan de cerca les afectan, ya que en ellos encuentran la clave de su grandeza temporal y eterna.

Hemos dicho que sería poco alentador el resultado de la encuesta, al consignar las respuestas a nuestro cuestionario. Pero, si averiguamos las causas de esa ignorancia en individuos de quienes, al parecer, tendríamos derecho a esperar mayor conocimiento, quizás se repitiera la escena ocurrida entre Felipe y el gran valido de Candace, reina de los Etíopes: “Le dice Felipe: ¿Te parece que entiendes lo que vas leyendo? -¿Cómo he de entender, si alguno no me lo explica?”[[5]](#footnote-5)

Para satisfacer los anhelos de ciencia sobrenatural, que se ocultan en el fondo de muchas conciencias, escribió Scheeben, hace muchos años, el libro que hoy presentamos a los lectores de lengua castellana[[6]](#footnote-6).

Aunque el asunto era difícil, no titubeó en poner al alcance del pueblo cristiano la doctrina más sublime de nuestra fe. En su concepto no existe medio tan eficaz para que los redimidos lleguen al término de su vocación como que se compenetren de la magnitud de su propia dignidad, cuyo término lógico es la unión definitiva con Dios, esto es, la participación plena, en cuanto es posible a la criatura, de la felicidad divina, consistente en conocer y amar. Cuanto más enraizadas estén en nuestras almas las ideas apuntadas, tanto más espontáneos brotarán los actos correspondientes, y tanto mejor sabremos interpretar los sucesos ·de la vida, prósperos o adversos, ante la perspectiva de lo que nos aguarda y ante la conciencia de lo que es ya, en este valle de lágrimas, el hombre en gracia.

Oigamos al propio Autor manifestarnos la finalidad que en esta obra se propone: “De un modo general, me he esforzado en mantener, en lo posible, un tono popular en mi exposición; así podrá penetrar, no solamente en los medios teológicos, sino también en el pueblo, en cuantos estén preparados -no tanto mediante una formación científica, cuanto por una mentalidad cristiana, creyente, esclarecida por la gracia-, para comprender las riquezas sobrenaturales de ésta. Como Nieremberg, persigo un fin esencialmente práctico, cual es separar los corazones de los mortales de las vanidades de este mundo, enderezarlos hacia un mundo superior, celestial, ultra terreno, inflamarlos en el amor del autor de la gracia y su institución salvadora; incitarlos a que se adhieran cada vez más a la Iglesia de Cristo; promover y destacar la verdadera vida cristiana y muy especialmente proporcionar a los cristianos la alegría de su santa fe. Porque la belleza de la fe católica consiste en proponemos, en los misterios de la gracia, la inconcebible elevación de nuestra naturaleza, su inefable unión con Dios” (Prefacio a la presente obra).

No obstante su carácter de divulgación, es una obra perfectamente desarrollada, de una doctrina completa, y. dispuesta con trabazón lógica admirable. Toda ella está salpicada de consideraciones ascéticas y aplicaciones prácticas. De este modo satisfacía su honda preocupación de entablar relaciones íntimas entre el dogma y la vida real, entre la doctrina de nuestra elevada dignidad y la moral práctica de los hijos de Dios. Realizaba en esta forma el tema bonaventuriano: Nolo te cognoscere, nisi ut te diligam, Domine Deus, Creator meus! ¡Sólo para amarte más y más deseo conocerte, Señor Dios y Creador mío!

Al decir de Mons. Grabmann[[7]](#footnote-7), “Scheeben posee a maravilla el arte de profundizar las nociones y las doctrinas filosóficas que pueden servir a las especulaciones teológicas, y de desarrollarlas en todas sus virtualidades. (Además) en numerosos lugares la ‘teología afectiva’ ofrece en él rasgos de una beldad conmovedora; ella confiere a sus obras un altísimo valor de vida”.

‘Las maravillas de la gracia divina’. Este título habrá hecho pensar tal vez al lector en otro libro ya clásico en la materia, sugiriéndole sospechas sobre la existencia de algún parentesco entre ambos. Me refiero a la obra: “Aprecio y estima de la divina gracia”, cuya primera edición apareció en Madrid, en 1638. Brotó de la pluma de Eusebio Nieremberg, autor ascético conocidísimo y fecundo por demás. Expuso en ella la cuestión de la gracia con calor, con entusiasmo, con maestría, enlazando bastante bien la teología con la ascética.

Efectivamente, si alguno pensó en un posible parentesco entre las obras mencionadas, no anduvo equivocado. Scheeeben, encantado del contenido del libro del jesuita español, pensó en traducirlo al alemán; pero, como no hallara a mano un ejemplar completo, ensayó una obra nueva, siguiendo, con todo, la división trazada por Nieremberg, utilizando cuanto en él encontraba conforme a su punto de vista. Es cosecha propia de Scheeben la exposición dogmática en la mayor parte de los capítulos y con frecuencia le pertenecen las aplicaciones prácticas. El libro segundo: “La misteriosa unión con Dios en que la gracia nos introduce” y el libro quinto: “De la adquisición, ejercicio, aumento y conservación de la gracia, casi en su totalidad los trabajó con materiales nuevos. Agregó también por entero algunos capítulos; así en el libro tercero son nuevos los capítulos IlI, IV, V y VI; en el libro cuarto, el capítulo V.

Por lo que se ve, “Aprecio y estima de la divina gracia”, no puede sustituir a “Las maravillas de la gracia divina”.

Presentemos ya de propósito al autor de “Die Herrlichkeiten der göttlichen Gnade”, o sea, “Las maravillas o esplendores', de la gracia divina”.

Matías José Scheeben nació en Meckenheim, pequeña población de la Prusia renana, en 1835. Terminados los estudios secundarios en Colonia, se dirigió a Roma, cursando allí la filosofía y la teología en la Universidad Gregoriana. Laureado brillantemente en ambas facultades, al año era nombrado Profesor del gran seminario de Colonia, cargo que ocupó hasta su muerte, acaecida en 1888. Su actividad literaria fue notable. Sus obras fundamentales son: Natur und Gnade (Naturaleza y gracia), Die Mysterien des Christentums (Los misterios del cristianismo) y Handbuch der katoolischen Dogmatik (Manual de teologia dogmática, obra inconclusa por haberle sorprendido la muerte antes de la terminación del cuarto tomo).

Además escribió en revistas; personalmente dirigió varias publicaciones destinadas a la ilustración del clero. Fue con su pluma defensor incansable del Papado, a raíz de las cuestiones suscitadas en torno a la infalibilidad pontificia; luchó particularmente contra el principal adversario de la misma, Dollinger, desde la revista Das oecumenische Konzil von Jahre 1869 (El Concilio ecuménico del año 1869).

Si queremos conocer su personalidad en el campo teológico, nadie más autorizado para describírnosla que el citado Mons. Grabmann. Escribía en 1933 en su Historia de la teología: “Podemos afirmar que Matías J. Scheeben, profesor de Colonia, es el mayor teólogo dogmático del siglo XIX; fue un talento especulativo genial; poseía a fondo la patrística, en particular los Padres griegos, la escolástica medioeval y la pos tridentina; supo unir los diferentes dogmas en un conjunto orgánico, en una síntesis armónica de metafísica, de especulación teológica y de sentimiento religioso, enlazándolos y uniéndolos a los principios de la razón en una construcción viva e independiente” (p. 231).

Y Pío XI, en audiencia al Colegio germánico con motivo del aniversario del nacimiento de Scheeben, 9 de marzo de 1935, decía: “Scheeben es un gran hombre, un hombre genial..., un ejemplo muy especial de piadosa vida cristiana. Toda la teología de Scheeben, teología noble, lleva el distintivo de una teología piadosa, de una teología ascética; cumplía el ideal de otro gran teólogo, Franzelin, quien afirmaba: ‘Me gustan los libros ascéticos de mucha teología, mucha dogmática, y los libros dogmáticos con mucha ascética’”.

Permítaseme decir dos palabras acerca de la presente versión. Ya advertía el traductor francés que Scheeben es oscuro en su pensamiento; que a veces se pierde en frases demasiado largas, que con frecuencia adolece de un tono oratorio, ampuloso, declamatorio; pero que ha preferido respetar algunos de dichos defectos en gracia a la fidelidad de pensamiento, profundidad de contenido y seguridad de doctrina.

El lector notará también en la presente traducción castellana algunos de los defectos mencionados y esperamos que sabrá disculparnos. Aunque hemos procurado ser claros y hemos acortado a veces los párrafos dividiéndolos en oraciones breves, con todo, quedan muchos síntomas de pesadez, de poca agilidad de estilo. Sea en obsequio a la fidelidad de pensamiento del gran teólogo del pasado siglo.

No sería de extrañar que alguien encontrara las doctrinas aquí expuestas demasiado novedosas, extrañas o problemáticas, para servir a la instrucción del pueblo. Con ese escollo y con tales contradictores se las tuvo que haber nuestro Autor, hace ya muchos lustros. Sin negar que su doctrina acerca de la divinización del hombre por la gracia -vimos ya que poco difieren hasta en las expresiones, entre otros, los autores ha poco citados- pueda no ser aceptada sin reservas por algunos, bueno será que tomemos nota de su respuesta, precisamente con motivo de la presente dificultad: “Los principios de donde partimos son los principios de fe; cuanto vamos a exponer, es al menos la concepción de un gran número de Padres o la opinión fundada de los teólogos” (Prefacio del Autor).

¿Que el vulgo de los fieles no tiene la preparación intelectual indispensable, ni hábitos de reflexión y estudios necesarios para penetrar ciertas ideas?

Otro tanto y mucho más sin duda habrían podido alegar los pueblos a los que San Pablo escribió aquellas cartas repletas de misterios, especialmente misterios de la gracia.

He aquí una respuesta que, por manida, no es menos exacta. Además, hoy en día, gracias a esas falanges de la Acción Católica, selectas minorías, que cada día van en aumento, muchísimos fieles se van poniendo en contacto teórico y práctico con estas sublimes verdades de nuestro Credo, siendo ellas alimento para sus inteligencias, ideas que han de germinar en sus corazones en sentimientos de sólida piedad. Ya esa literatura, por decirlo así, pseudopiadosa, mórbida, enfermiza, va quedando relegada, en tanto que es sustituida por otra más sólida. La doctrina del Cuerpo místico, por cuya inteligencia se nota tanto interés en esas minorías a las que acabo de referirme, está íntimamente relacionada con el contenido del presente libro. Cristo nos ha reunido, por la gracia, en torno de sí como a hermanos. Y esa comunidad viviente, operada por la gracia de los sacramentos, principalmente por la Eucaristía, es, para Scheeben, el cuerpo místico de Cristo. A medida que esa gracia que, como Cabeza, tan abundantemente nos mereciera, reine en la humanidad, ésta será cada vez más el prolongamiento de Jesucristo.

El militante de A. C., particularmente el elemento dirigente y el mismo clero, hallará alimento sustancioso, nutritivo, sano, en estas páginas destinadas, desde hoy, a los países de habla castellana. Sería de desear que hallaran la acogida que recibieron en Alemania y, mediante las diversas traducciones, en Polonia, Hungría, Croacia, Holanda, Italia y Francia.

Villa Elisa, Festividad del Smo. Rosario, 1944.

Prólogo

“Todas los bienes me vinieron juntamente con ella; hay en sus manos riquezas innumerables. Constituye para los hombres un tesoro inagotable; a cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios”[[8]](#footnote-8).

Estas palabras, aplicadas por Salomón a la sabiduría que procede de Dios, las podemos aplicar también a la gracia divina. La verdadera y celestial sabiduría de que habla la Escritura Santa consiste en esta iluminación sobrenatural, derramada en nuestras almas del seno de la divina luz por el sol de la eterna sabiduría. Debido a ella, constituye el fruto más hermoso de la gracia en nosotros.

Para caracterizar la plenitud de bienes que, desde su Encarnación, el Primogénito de Dios trajo a la tierra, dice san Juan en el comienzo de su Evangelio: “Hemos visto su gloria, la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”[[9]](#footnote-9). Esa misma gracia es la que el apóstol Pablo desea a sus fieles al comienzo y fin de sus cartas: “A vosotros, gracia y paz de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo”[[10]](#footnote-10). Por eso, no dudamos en afirmar que la gracia es el tesoro más precioso, ya que ella contiene todos los otros bienes; es el único tesoro, el que constituye el objeto del Evangelio, es decir, de la buena nueva, bajada del cielo, traída a la tierra por el Hijo de Dios. Por la gracia nos hacemos verdaderamente hijos de Dios, adquirimos derecho a los mayores bienes que el Altísimo pueda comunicar a sus criaturas, el derecho de poseerlo. Dios quiere ser la herencia de sus hijos con toda la riqueza de su magnificencia y de su bondad.

“Grandes y preciosas -dice san Pedro-- son las promesas que Dios nos ha hecho por Jesucristo, para que lleguéis a ser participes, por esas mismas gracias, de la naturaleza divina”[[11]](#footnote-11). Son ellas infinitamente grandes, pues aventajan con mucho todas las cosas creadas, por buenas y excelentes que sean; son infinitamente preciosas, puesto que contienen lo mejor que Dios, con todo su poder, podía otorgarnos y fueron compradas a precio de la sangre del mismo Hijo de Dios. El Príncipe de los apóstoles aduce el motivo: “Para haceros partícipes, por esas mismas gracias, de la naturaleza divina”. ¿Puede darse algo más grande a una criatura que ser levantada de tal suerte de su bajeza, de la nada de su propia naturaleza, para ser admitida en la compañía de Dios, hecha partícipe de la naturaleza del Creador?

Estas solas palabras de san Pedro nos revelan toda la grandeza y todo su valor. Dejan entrever lo grande y lo noble de este misterio. Es el gran “misterio de Cristo” del que habla el Apóstol, misterio “que, en las otras edades, no se descubrió a los hijos de los hombres en la forma en que se ha revelado ahora a los santos apóstoles y a los Profetas de Dios en el Espíritu, es decir, que los gentiles son miembros del cuerpo de Cristo y participan de la promesas de Dios Jesús por el Evangelio”[[12]](#footnote-12). A él se refería el mismo Apóstol: “Ni pasó jamás por el pensamiento humano, ni puede ser revelado si no es por el Espíritu que penetra las profundidades de la divinidad”[[13]](#footnote-13). Cuanto mayor misterio constituye la gracia y más se oculta a nuestra visión natural, tanto más debe ser por nosotros estimada, admirada por su grandeza, justipreciada.

Este misterio tan grande, tan consolador, triste es decirlo, apenas es conocido de los mismos cristianos, a pesar de la enseñanza clara y neta de la Escritura y de la Santa Iglesia. Ignorancia tanto más deplorable cuanto que solamente la apreciación de la gracia puede hacernos comprender nuestra dignidad, medir lo dilatado de nuestras esperanzas, sondear la riqueza inagotable de los méritos de Cristo.

Con demasiada frecuencia se concibe la gracia de Dios como el restablecimiento de un favor perdido por el pecado, como una ayuda por la cual el amor divino socorre nuestra debilidad natural, para preservarnos así del pecado y afirmarnos en el ejercicio del bien. Con todo derecho, es cierto, se cuentan entre los efectos de la gracia el perdón de los pecados y esta asistencia celestial, pero no es menos cierto que con sobrada frecuencia se olvida lo que constituye lo más preciado y la misma esencia de este don.

El perdón de los pecados es una gracia; Dios nos devuelve el amor misericordioso con que nos distinguía antes de la caída. Pero, ¿qué es lo que para nosotros representaba este amor? ¿Algo equivalente a nuestra naturaleza humana algo mucho más rico y elevado que ella? Tal sería el beneficio que confiriera a nuestra naturaleza un esplendor maravilloso, elevándola sobre sí misma, hasta el corazón de Dios, hasta la unión fraternal con su Hijo.

La gracia ayuda la debilidad de nuestra alma contra las tentaciones y la excita al bien; nos facilita el cumplimiento de nuestros deberes, la llegada a la meta final. Mas queda en pie la cuestión: ¿viene la gracia al encuentro del hombre para asistirlo, para ayudarlo, colaborando con sus facultades naturales, en el plano de la naturaleza? ¿Se reduce su papel a robustecerlo? ¿O es que además lo eleva, glorifica, comunicándole una nueva naturaleza, una nueva fuerza, una nueva vida?

Todo depende de la respuesta a estas diferentes cuestiones. Debemos fijamos en el primer punto. Lo conseguiremos sin dificultad determinando, de una manera clara y precisa, la noción de la gracia cristiana.

¿Qué se entiende por gracia? Ante todo, el amor lleno de atenciones que un superior profesa a un inferior (por ejemplo, un señor a su servidor, un rey a su vasallo, en nuestro caso, Dios a su criatura racional), sobre todo si a este amor se junta la complacencia que el primero encuentra en las cualidades y buenas acciones del segundo.

Aplicamos también la palabra “gracia” al efecto de este amor, al objeto o motivo de esta complacencia. Solicitamos de un hombre o del mismo Dios una gracia, cuando le suplicamos se digne concedernos algo por el amor misericordioso e indulgente con que nos distingue. En este sentido, la Escritura llama gracia a la bondad, a la belleza, a la amabilidad, que nos hacen dignos de la complacencia y del amor de Dios: “La gracia se ha derramado sobre tus labios, y por ello Dios te ha bendecido para siempre”[[14]](#footnote-14).

Debemos añadir -y esto tiene importancia suma en la cuestión que nos ocupa- que existen dos modos de disfrutar de consideración ante una persona de elevada alcurnia. Podemos ante todo gozar de una gracia por decirlo así general, ordenada, merecida, debida; podemos asimismo disfrutar de una gracia del todo especial, extraordinaria, no merecida, libre. A esta última llamamos gracia en sentido propio y estricto.

Tomemos por ejemplo a un rey poderoso y noble. Amará éste con amor verdadero a todos sus vasallos, aun cuando le estén sometidos, o más bien por lo mismo que le están sometidos; a cada cual dedicará el interés y el fervor que su condición y sus actos se merecen. Si no hace otra cosa, cumple simplemente su deber; se dirá de él: es misericordioso, benévolo; mas no se podrá afirmar: “alguien le ha caído en gracia”. Esto último sucederá únicamente cuando ama a sus súbditos o a algunos de ellos más intensamente de lo que está obligado; cuando les confiera mayores bienes que los que les corresponden por derecho de nacimiento. Será especialmente misericordioso, si consagra libremente a sus dependientes un amor perfecto, total; si, en su benevolencia, se abaja hasta relacionarse con ellos como con sus propios hijos, si los levanta hasta su propia dignidad y los envuelve en honores reales; en una palabra, si los coloca sobre su propia condición y, en cuanto cabe, los hace semejantes a sus propios hijos.

Apliquemos esta distinción a la gracia de Dios, de la que no es sino una pálida imagen la gracia del supuesto rey. Dios es el más grande soberano de cielos y tierra, puesto que todo lo ha creado y todo le pertenece. Habiéndolo creado todo por amor, ama también a sus criaturas con un amor inefable, liberal y benévolo. Sobre los seres irracionales, claro está, ama a los que gozan de razón con afecto infinitamente más selecto, pues éstos, creados a su imagen, pueden conocerle y amarle. Los ha creado buenos. Su benevolencia divina se extiende a ellos mientras no lo injurien con una falta grave y permanezcan dignos de su primer amo, por la fiel observancia de sus mandamientos. La criatura, racional, por su naturaleza y por sus buenas obras puede, en cierto sentido, hallarse en gracia de Dios.

Nos es dado llamar “gracias”, como lo hace san Agustín, a cada uno de los bienes y dones naturales de Dios, ya que no estaba obligado a crearnos y ya que con libre amor nos hizo objeto de los mismos. Pero, una vez que nos ha creado, no puede menos de concedernos todos los bienes que necesitamos para lograr nuestro fin natural. El favor de que hablamos aquí es por lo tanto la gracia en general, no en sentido particular, estricto. Cosa distinta es la gracia cristiana, la que Cristo nos trajo a este mundo, la que nos enseñan el Evangelio, los Apóstoles, los Padres de la santa Iglesia.

La “gracia cristiana” es la gracia en su sentido más subido y perfecto; es un beneficio de Dios muy particular, libre, misericordioso, total, que hace de nosotros, con título especialísimo, los favoritos del Padre celestial.

Por la primera, Dios nos ama según la medida de nuestros méritos, de acuerdo a nuestra naturaleza y a nuestras buenas obras naturales. En virtud de la segunda, nos ama de una manera sobrenatural, infinitamente más de lo que merecemos por naturaleza. Libre y bondadosamente, desciende de su trono real hasta nuestra nada para elevarnos sobre nuestra naturaleza. Nos ama con amor desbordante, podría decirse con todas sus fuerzas, como se ama a sí mismo y como ama a su propio Hijo; adopta nuestra alma por hija, por esposa; la hace compañera de su gloria y de su felicidad; a fin de cuentas, se entrega a ella para que lo posea y goce de él eternamente.

En el sentido cristiano de la palabra, la gracia es este ‘amor sobrenatural de Dios para con nosotros’; no podríamos calificar de gracias sino a esos dones enteramente sobrenaturales, preciosos sobre toda ponderación, que fluyen del amor sobrenatural de Dios. Del mismo modo, no toda complacencia que Dios puede hallar en sus criaturas racionales es aún la gracia cristiana, sino tan sólo la complacencia que encuentra en nosotros a causa de la belleza sobrenatural de nuestra alma, de la amabilidad que ella recibe de su amor sobrenatural.

Aquí es preciso advertir que existe una distinción muy importante entre la gracia de los reyes y la de Dios. Puede un rey amar y remunerar a sus súbditos más de lo que se merecen; pero no puede hacerlos más amables, más agradables a sus ojos de lo que son en sí mismos. Por el contrario, Dios, en virtud de su amor sobrenatural, comunica a nuestra alma un esplendor sobrenatural, haciéndola semejante a su naturaleza divina; ella refleja en sí la imagen de su divinidad.

Esta amabilidad interior, real, sobrenatural del alma es llamada igualmente gracia de Dios; existe para ello un título bien especial; en primer término constituye el efecto principal del amor sobrenatural de Dios; luego viene a ser el objeto propio de su mayor complacencia en nosotros. A esto llamamos ordinariamente gracia habitual, santificante, gracia de adopción o ya simplemente la ‘gracia’. El catecismo romano la describe en estos términos: “Siguiendo la proposición del Concilio de Trento, intimada a todos los fieles bajo pena de excomunión[[15]](#footnote-15), la gracia no es solamente el perdón de los pecados, ni tampoco un simple favor externo de Dios, sino una cualidad divina inherente al alma, como un resplandor, una luz que quitan toda mancha de nuestras almas y las dejan más bellas, más brillantes”[[16]](#footnote-16).

En lo sucesivo, al hablar de las maravillas y del valor inestimable de la gracia divina, consideramos a ésta muy especialmente en el último sentido. De esta suerte, nos moveremos sin duda ninguna dentro del espíritu de la Iglesia y en particular del concilio ecuménico.

Sin embargo es preciso notar que, ‘las gracias actuales sobrenaturales y las virtudes de la fe y de la esperanza’, por más que puedan estar separadas a veces de la gracia santificante, no quedarán ensombrecidas por ésta; al contrario, ella las hará aparecer en toda su grandeza y en todo, su valor. Ya que su única misión consiste en introducir, conservar y aumentar la gracia santificante en nuestra alma, es claro que su virtud divina y su significado resaltarán en la medida en que se manifieste la grandeza y la belleza de gracia santificante.

Son en verdad, grandes e indecibles los misterios que vamos a revelar; resulta difícil el describirlos en forma que sea a la vez digno de los mismos y asequible a todos.

Sin embargo, nos consolamos con las siguientes palabras de san León. Aunque pronunciadas a propósito del misterio de la Redención, se aplican muy bien al misterio de la gracia. “Comprendo -dice- ser cosa difícil, pero no es de alabar que el sacerdote prive a los fieles del ministerio de su palabra; el objeto, por lo mismo que es algo inefable, le permite hablar; cuando la palabra es impotente para expresar la sublimidad de lo que debía enunciar, puede intentarlo con osadía. Demos que la debilidad humana quede achicada ante el esplendor de Dios, y siempre corta en la exposición de sus obras de misericordia, que nuestro sentido se fatigue, que falten las ideas, las palabras…; es conveniente que nos demos cuenta de nuestra insuficiencia para representar la majestad del Señor”[[17]](#footnote-17).

Confiamos también en que esa misma gracia cuyos esplendores nos proponemos describir en nuestra empresa, nos ha de iluminar, así como a nuestros lectores, ya que abordamos su estudio con simplicidad infantil, con puro corazón y compunción honda. Por lo mismo que Dios ‘resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes’, hará conocer a los pequeños la excelsitud de esta gracia. Pues al misterio de la gracia en particular aplicó el Salvador estas palabras: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y las has manifestado a los pequeños”[[18]](#footnote-18).

Lector cristiano, si en esta exposición hallares algo que te parezca extraño, incomprensible, quizás inaudito, piensa en lo que dice el Apóstol cuando habla de la riqueza de la gracia: “Puede Dios obrar en nosotros cosas infinitamente mayores de lo que podemos desear o comprender”[[19]](#footnote-19). Quede sentado que cuanto exponemos se encuentra en la enseñanza clara de la Escritura y en la opinión de los mejores doctores de la Iglesia.

He aquí un sumario rápido del contenido de esta obra. En el primer libro, explicaremos en qué consiste la esencia de la gracia santificante» y diremos que es una cualidad sobrenatural, infundida por Dios en nuestra alma, cualidad que nos eleva sobre nuestra propia naturaleza y nos hace participantes de la naturaleza divina, y semejantes a ella.

En el segundo libro, demostraremos cómo, por esta elevación, nuestra alma se une a Dios de una manera sobrenatural y maravillosa; Dios la adopta por hija, por amiga, por esposa.

Los efectos que la gracia produce en nuestra alma, y sobre todo la vida sobrenatural, celestial y divina que engendra en nosotros, se tratarán en el libro tercero.

En el libro cuarto, agregaremos algunos otros efectos y privilegios que nos harán apreciar la gracia bajo un aspecto más particular.

Concluiremos con el quinto libro, demostrando que debemos adquirir la gracia, cuya gloria y valor habrán sido objeto de nuestra meditación, y que, una vez en su posesión debemos guardarla, utilizarla y considerarla con honor.

LIBRO PRIMERO

LA ESENCIA DE LA GRACIA

Capítulo I:

Del lamentable desprecio que los hombres hacen de la gracia

La gracia de Dios -objeto de este libro- es un destello de la bondad divina que, viniendo del cielo al alma, la llena, hasta sus profundidades, de una luz tan dulce y a la vez tan potente que embelesa el mismo ojo de Dios; se convierte en objeto de su amor y se ve adoptada como esposa y como hija, para ser finalmente elevada, sobre todas las posibilidades de la naturaleza. De esta suerte, en el seno del Padre celestial, junto al Hijo divino, participa el alma de la naturaleza divina, de su vida, de su gloria y recibe en herencia el reino de su felicidad eterna.

Estas palabras, cada una de las cuales anuncia una nueva maravilla, exceden con mucho el alcance de nuestra razón. Ni podemos extrañarnos de no podernos formar una idea acerca de estos bienes, siendo así que los mismos ángeles, aun poseyéndolos, apenas pueden apreciar su valor. Fijas sus miradas en el trono de la misericordia divina, no pueden hacer otra cosa que adorar con el más profundo respeto, si es que no se asombran otro tanto al considerar nuestra locura, al ver que tan poco estimamos la gracia de Dios y somos tan negligentes para procurarla, como fáciles para rechazarla. Lloran nuestro infortunio cuando por el pecado perdemos esta dignidad celeste a la que Dios nos había elevado. Estábamos sobre los ángeles y ahora nos encontramos en el fondo del abismo, entre las bestias y los demonios. ¡Cómo estaremos de endurecidos, insensatos, que apenas lo sentimos!

Enseña el Ángel de la Escuela que el mundo entero, con todo lo que contiene, a los ojos divinos tiene menos valor que un solo hombre en estado de gracia[[20]](#footnote-20). San Agustín va más lejos y afirma que el cielo y todos los coros de ángeles no pueden comparársele[[21]](#footnote-21). El hombre debiera estar más reconocido a Dios por la menor gracia que si recibiera la perfección de los espíritus puros o el dominio de los mundos celestiales. ¿Cómo no ha de aventajar entonces la gracia a todos los bienes de la tierra?

A pesar de todo, se le prefiere cualquiera de estos bienes y se la canjea, ¡sacrilegio horrendo!, con los más abominables; se juega con ella, se burla de ella.

No se avergüenzan los hombres de sacrificar a la ligera esta plenitud de bienes que Dios nos ofrece a una consigo mismo, ¡y todo por no tenerse que privar de· una· mirada impura! Más insensatos que Esaú, venden su herencia por el miserable goce de un instante. ¡Y eso que sobrepujaba en valor a todo el mundo!

“Asombraos, cielos; puertas del empíreo, declaraos en duelo”[[22]](#footnote-22).

¿Quién sería tan temerario e insensato que, para procurarse un breve deleite, hiciera desaparecer el sol del mundo, y decretara la caída de las estrellas e introdujera la confusión en todos los elementos? ¿Quién osaría sacrificar todo el mundo a un capricho, a una codicia? ¿Qué supone la pérdida del mundo en comparación de la pérdida de la gracia? ¡Y pensar que esto se lleva a cabo con tanta facilidad y frecuencia! Tal hecho acontece, no digo a diario, sino a cada instante y en muchísimos hombres. ¿Cuántos son los que se esfuerzan por impedirlo sea en sí mismos, sea en otros? ¿Cuántos los que se entristecen y lloran por ello?

Nos estremecemos cuando se oscurece el sol por un instante, cuando un terremoto devasta una ciudad, cuando una epidemia siega a hombres y animales. Sin embargo se da algo mucho más terrible y más triste, que se repite a diario sin que nos conmovamos: el que tantos hombres pierdan de continuo la gracia de Dios y desprecien las ocasiones más favorables de procurarla y acrecentarla.

Temblaba Elías ante la conmoción de la montaña[[23]](#footnote-23); el profeta Jeremías estaba inconsolable en vista de la destrucción de la ciudad santa; el derrumbe del bienestar de Job sumergió a sus amigos, durante siete días, en un dolor mudo. ¡Lloremos nuestra desdicha! Nunca será suficientemente intenso nuestro duelo, si hemos llegado a destruir en nuestra alma el paraíso de la gracia. Pues en tal caso, perdemos el reflejo de la naturaleza divina; nos privamos de la reina de las virtudes, la caridad, con todos los efectos sobrenaturales; arrojamos de nosotros los dones del Espíritu Santo y al mismo huésped celestial; rechazamos· nuestra filiación divina, las ventajas de la amistad de Dios, el derecho a su herencia, el fruto de los sacramentos y de nuestros méritos; en una palabra, desechamos a Dios, el cielo, la gracia con todos sus tesoros.

El alma que pierde la gracia puede aplicarse a sí propia la lamentación de Jeremías sobre Jerusalén: “¿Cómo el Señor, en su cólera, ha cubierto de una nube a la hija de Sión? Ha precipitado del cielo sobre la tierra la magnificencia de Israel; en el día de su cólera no se acordó del escabel de sus pies. El Señor ha destruido sin piedad la morada espléndida de Jacob”[[24]](#footnote-24). ¿Dónde encontrar a quien reflexione en su infortunio, al que se lamente, al que se ponga en guardia contra nuevos pecados? “Toda la tierra fue cubierta de destrucción, porque no se encontró una persona que se inquietara[[25]](#footnote-25).

Salta a la vista que amamos poco nuestra verdadera dicha y que apenas reconocemos el amor infinito con que Dios nos previene y los tesoros que nos ofrece. Obramos como aquellos Israelitas a los que Dios quería sacar de la esclavitud de Egipto y del árido desierto, para llevarlos a un país en el que fluían leche y miel. Despreciaron este don inmerecido; desdeñaron hasta la mano que Dios les tendía en el camino, le volvieron las espaldas y ansiaron nuevamente “las ollas de carne de Egipto”[[26]](#footnote-26). La tierra de promisión era una imagen del cielo, prometido por Dios a sus elegidos; el maná significaba la gracia de que debemos alimentamos y tomar fuerzas en el camino de la patria celestial. Si ya entonces “levantó Dios su mano vengadora contra los que despreciaban un país tan bello, tan apetecible, y los hizo perecer en el desierto”[[27]](#footnote-27), ¿cuál será el precio que deberemos pagar nosotros por haber despreciado el cielo y la gracia?

Causa de este deplorable menosprecio es que nuestros sentidos nos dan una idea demasiado alta de los bienes perecederos, y nuestro conocimiento de los bienes eternos es sobrado superficial. Consideremos con más atención estos dos extremos y procuremos reparar nuestro error. El aprecio de los bienes celestiales aumentará en nosotros en la misma medida en que baje el aprecio de los bienes terrenos[[28]](#footnote-28). Acerquémonos todo lo posible a esta fuente inagotable de la gracia divina; esas riquezas robarán nuestra atención y harán que despreciemos los bienes de la tierra. En esa forma, aprenderemos a estimarla. Aquél que venera y alaba la gracia -dice san Juan Crisóstomo- la guardará y vigilará celosamente[[29]](#footnote-29).

Comencemos, pues, con la ayuda de Dios, “la alabanza de la gloria de su gracia”[[30]](#footnote-30).

Dios todopoderoso y bueno, Padre de las luces y de las misericordias, “de quien procede todo don”[[31]](#footnote-31), “Tú que, según el designio de tu voluntad nos has adoptado por la gracia, que desde el principio del mundo escogiste y predestinaste para nosotros a tu Hijo, para que como hijos tuyos seamos santos e inmaculados en tu presencia con un santo amor”[[32]](#footnote-32), concédenos el espíritu de sabiduría y de revelación, aclara los ojos de nuestro corazón, y así conoceremos “la esperanza de tu elección, las riquezas de la gloria de tu herencia en tus santos”[[33]](#footnote-33). Dame luz y fuerza, para que consiga no disminuir con mis palabras este don de la gracia, por la cual tú arrancas a los hombres del polvo de su raza mortal y los adoptas en tu divina familia.

Señor Jesucristo, Salvador Nuestro, Hijo de Dios vivo, por tu sangre divina derramada para salvarnos y restituirnos la gracia, haz que logre mostrar, según mis débiles fuerzas, el valor inestimable de esa gracia comprada por ti a semejante precio.

Y tú, Espíritu supremo y santo, sello y prenda del divino amor, huésped santificador de nuestra alma, por quien la gracia y la caridad se derraman en nuestro corazón, tú que mediante tus siete dones las nutres y las sostienes y que jamás das la gracia sin que te des a ti mismo, revélanos su esencia y su valor inapreciable.

Santa Madre de Dios, Madre de la divina gracia, haz que pueda mostrar a los hombres, convertidos por la gracia en hijos de Dios e hijos tuyos, los tesoros por los cuales ofreciste a tu divino Hijo.

Santos ángeles, espíritus glorificados por el resplandor de la gracia divina, y vosotras, almas santas, que pasasteis de este destierro al seno del Padre celestial, todos cuantos allá arriba gozáis del fruto de la gracia, ayudadme con vuestras plegarias para que, disipadas las nubes que ocultan a mis ojos y a los ojos de los demás el sol de la gracia, luzca éste en todo su brillo y, por su resplandor, despierte en nuestros corazones el amor y la nostalgia de la vida imperecedera.

Capítulo II:

La gracia es superior a los bienes de la naturaleza

Examinemos primeramente la gracia en su aspecto menos noble. Aun así, opinan los teólogos, es infinitamente superior a todas las cosas naturales.

Dice san Agustín: “Según las palabras del Salvador, el cielo y la tierra pasarán, pero la salvación y la justicia de los elegidos permanecerán; los primeros contienen las obras de Dios, los segundos la imagen de Dios[[34]](#footnote-34). Enseña santo Tomás, ser cosa más notable conseguir que el pecador vuelva a la gracia que crear el cielo y la tierra[[35]](#footnote-35). Esta última obra termina en las criaturas contingentes; la gracia nos introduce a participar de la naturaleza inmutable de Dios. Cuando Dios creó las cosas visibles, se construía una morada; cuando da al hombre una naturaleza espiritual, puebla su mansión de servidores; pero cuando le da su gracia, lo adopta en su seno, lo hace hijo suyo, le comunica su vida eterna.

En una palabra, la gracia es un bien sobrenatural, es decir, un bien que ninguna naturaleza creada lo puede poseer por sí misma, ni exigirlo; pues de suyo corresponde únicamente a la naturaleza divina. Tan es así que la mayoría de los teólogos establecen que Dios, a pesar de su omnipotencia, es incapaz de crear un ser al que corresponda la gracia por su misma naturaleza[[36]](#footnote-36); llegan hasta afirmar que, si una tal criatura se diera en efecto, no se distinguiría de Dios.

A ello se agrega lo que con tanta claridad y frecuencia ha afirmado la Iglesia[[37]](#footnote-37): ningún hombre, ninguna criatura lleva en sí el germen de la gracia. Como tantas veces lo ha hecho notar san Agustín[[38]](#footnote-38), la naturaleza se refiere a la gracia como la materia inanimada al principio de vida. La materia, como muerta que es en sí misma, no puede darse la vida, debe recibirla de otro cuerpo viviente. Del mismo modo, la criatura racional de suyo no posee la gracia, ni la puede adquirir por su actividad ni por sus méritos; sólo Dios, en su bondad, puede otorgársela, haciendo gala de su poder, envolviendo la naturaleza en su virtud divina.

¿Cuál no será la grandeza de este bien que de tan lejos aventaja a la naturaleza y hasta al poder y los méritos de los mismos ángeles?[[39]](#footnote-39)

Un hombre muy piadoso e instruido afirmó que todas las cosas visibles están infinitamente por debajo del hombre[[40]](#footnote-40). Observó san Juan Crisóstomo que nada en el mundo es comparable al hombre. Añade san Agustín que prefiere ser justo y santo que hombre o ángel[[41]](#footnote-41), Y santo Tomás agrega que la gracia tiene más valor que el alma.

La gracia supera todas las cosas creadas como Dios mismo, ya que no es otra cosa sino la luz sobrenatural que desde la profundidad de la divinidad se expande sobre la criatura racional. El sol y su luz son inseparables. Si el sol es mucho más precioso y perfecto que la tierra, de suyo oscura, su luz lo será de la misma manera. Con la gracia pasa otro tanto. Nuestra naturaleza es la tierra que recibe los rayos del sol divino, que la penetran y la glorifican; se convierte en una especie de naturaleza divina. Dios, a quien poseemos por la gracia, no encierra únicamente las perfecciones de todas las cosas; es infinitamente más perfecto que todas ellas juntas. Igualmente, la gracia es más preciosa que todos los bienes creados. Se puede afirmar de ella lo que se ha dicho de la Sabiduría: “Ella es superior a los tesoros más preciosos; ninguna cosa, por apetecible que sea, puede comparársele”[[42]](#footnote-42).

Elevemos, pues, nuestras miradas hacia esos tesoros; veamos si deben desdeñarse o si por el contrario son dignos de que los busquemos con todo el ardor de nuestro corazón. Aun cuando poseyéramos todos los bienes de la naturaleza, oro, plata, poderío, reputación, ciencia, artes, todas estas riquezas se esfumarían ante la gracia como un montón de tierra junto a una piedra preciosa. Por el contrario, aunque seamos pobres en absoluto, la gracia de Dios por sí sola nos hace más ricos que todos los reyes de este mundo; poseemos lo mejor que Dios puede darnos. Canta el Salmista: “La misericordia de Dios se extiende sobre todas las criaturas”[[43]](#footnote-43). Reza la Iglesia en su oración: “… Oh Dios que manifiestas tu poder singularmente al perdonarnos y al usar de misericordia”.

¡Seamos reconocidos a Dios por semejante don! Agradezcámosle porque nos sacó de la nada. Como canta el Salmista, “todas las cosas las ha puesto bajo nuestros pies, las ovejas y los bueyes, las aves del cielo y los peces del mar”[[44]](#footnote-44). Es hora de que exclamemos con él: “¿Quién es el hombre para que lo recuerdes y el hijo del hombre para que lo visites?”[[45]](#footnote-45). ¡Cuánto más debemos agradecerle los tesoros sobrenaturales de la gracia y guardarlos con sumo cuidado!

Esa es la razón por la que un sabio teólogo, el Cardenal Cayetano, asegura que no debemos perder de vista los castigos reservados para los que desprecian la gracia. Nuestro castigo será, semejante al de aquellos hombres del Evangelio que, invitados por el rey a su festín, prefirieron su propio interés o su goce. También nosotros, atolondrados e ingratos, despreciamos la invitación al festín de Dios, para ceder luego a la invitación del mundo y del demonio, que con sus viles placeres nos vendan los ojos. El demonio nos da cosas harto inferiores a las de Dios; no lo hace para que seamos felices, sino para perdemos. Dios, con liberalidad y por amor, nos da una piedra de valor incalculable, en tanto que el demonio, con avaricia y por odio, nos da una moneda resplandeciente, pero vil. Se necesita ser loco para abandonar la piedra preciosa y comprar esta moneda falsa, con la que nos arruinamos.

La distancia inconcebible que hay entre la gracia y los bienes de la naturaleza no solamente debe impedirnos la pérdida de aquélla por el pecado mortal, sino que debe impulsarnos a practicar con empeño las virtudes que aumentan la gracia en nosotros. Te concedo que nada pierdes con dejar la misa negligentemente entre semana, con omitir una oración no impuesta o una obra de misericordia, de mortificación, de humildad; con todo, no puedes negar que es una pérdida incalculable para ti el no aumentar tu capital cuando tan fácilmente lo podrías conseguir, puesto que el menor grado de gracia excede en valor a todos los bienes de este mundo.

Si a un avaro le fuera dado ganar, mediante un ayuno o una oración, toda una flota, cargada de tesoros de la India, ¿quién sería capaz de impedirle esas prácticas? ¿Creéis que le detendrían las reflexiones acerca de lo pesado de su obra o del peligro a que exponía su salud? ¿Con qué derecho entonces nos apoyamos en motivos parecidos, siendo así que se trata de una recompensa, cuya menor parte supera infinitamente a todos los tesoros de la India, a todos los mundos juntos? A pesar de todo, ¡qué lentos somos para extender la mano, para imponemos la molestia de dar vuelta a un campo que en seguida produciría espigas de oro! Bastaría un suspiro, una lágrima, una buena resolución, un deseo piadoso, la sola invocación de Cristo, un gesto de amor, una súplica. Quién nos diera el imprimir bien profundamente en nuestro corazón las maravillas de la gracia, el repetir con una convicción profunda y viva estas palabras de un piadoso doctor: La gracia es la soberana y la reina de la naturaleza[[46]](#footnote-46).

Capítulo III:

La gracia aventaja a los milagros

No bastaría afirmar que la gracia supera las cosas naturales, excede también a los milagros obrados por Dios.

Sabemos que la gracia divina se manifiesta preferentemente en las obras de su misericordia. Cuando más se destaca esta misericordia es al otorgar Dios su gracia al hombre. Veamos cómo interpreta san Agustín[[47]](#footnote-47) esta notable promesa del Salvador: Los que creen en él realizarán cosas mayores que las llevadas a cabo por él mismo en la tierra[[48]](#footnote-48). Como ejemplo de ello -dice- podría servir el caso de san Pedro que, con su sombra[[49]](#footnote-49), curaba los enfermos, cosa que no se lee de Nuestro Señor. Pero esta verdad aparece todavía con mayor claridad en la obra de la justificación, a la que los fieles deben cooperar personalmente en lo que a ellos se refiere y a los demás, cada cual a su manera. Es cierto que no somos nosotros los que producimos la gracia, pero no lo es menos que, con la ayuda de Dios, podemos prepararnos a recibirla, haciéndonos dignos de ella, infundiendo aliento a los demás, en una palabra, que podemos llevar a cabo cosas mayores que los milagros de Cristo.

Tanto para Dios como para la gracia es algo más glorioso que los milagros. Mediante el milagro, obrado de ordinario sobre la materia, Dios devuelve la salud o la vida. Por la gracia, su acción termina en el alma, por así decirlo la vuelve a crear, la eleva sobre su naturaleza, deposita en ella el germen de la vida sobrenatural, se reproduce en ella, le imprime la imagen de su propia naturaleza. ¿No es acaso éste el milagro más estupendo de la omnipotencia divina? La gracia supera la creación del cielo y de la tierra; no se la puede comparar sino con la eterna generación del propio Hijo de Dios. Es asimismo sobrenatural, grande, misteriosa, ya que, según la frase de san León, “nos hacemos participantes de la generación de Cristo”[[50]](#footnote-50).

Cuando los santos obran milagros, Dios se vale de ellos como de intermediarios; para nada interviene el poder de los mismos. Cuando nos da la gracia, Dios exige de nosotros una cooperación más estrecha; quiere que, con su ayuda, nos preparemos a recibida; quiere que la aceptemos, que la conservemos, que la aumentemos.

¡Dignidad maravillosa la que Dios nos ha conferido! El se ha unido a nuestra alma como el esposo a su esposa. Nuestra alma, por la virtud que recibe, puede reproducir en sí misma la imagen divina, convertirse en hija de Dios. Admirable es también el poder que Dios ha dado a su Iglesia de comunicar, mediante su enseñanza y sus sacramentos, la gracia a sus hijos. ¿Puedes desear cosa mejor y colaborar a obra más bella? ¿Quieres llevar a cabo cosas grandes que causarán admiración, no digo a los hombres sumergidos en su locura, sino a los mismos ángeles? ¿Quieres convertirte en espectáculo para los ángeles y para el mundo? Trabaja por adquirir y aumentar la gracia en ti y en tu prójimo.

¡Si conocieran los hombres lo grande de su actitud, por un arrepentimiento sincero, romperían con el pecado y comenzarían una nueva vida! Aquí tenéis una obra más grande que resucitar un muerto, que sacar a un hombre de la nada. “Si Dios te ha hecho hombre, dice san Agustín, y tú -con la ayuda de Dios, se entiende- te haces justo, realizas una cosa mejor que la producida por Dios”[[51]](#footnote-51).

Si, mediante un acto de arrepentimiento, pudieras devolver a tu hermano la vida, ¿serías tan cruel que no lo quisieras hacer? Por un acto de contrición, puedes resucitar, no ya tu cuerpo, sino tu alma y librarla de la muerte eterna. A pesar de ello, vacilas, rehúsas el socorro maravilloso que Dios te ofrece.

Nos enseña san Juan Crisóstomo que todavía excede en mucho el resucitar un alma herida a resucitar un cuerpo muerto[[52]](#footnote-52). Y en efecto; a menos que uno esté completamente ciego, ¿cómo puede preferir llevar una vida disipada, placentera, a introducir un alma a la vida eterna y a la gloria celestial? Si deseamos milagros para la conservación de nuestra vida terrena, ¿por qué no hemos de colaborar al milagro que devuelve la vida del alma?

El arrepentimiento, bien que de eficacia maravillosa, no es el único medio de obtener la gracia; todos los actos buenos, sobrenaturales, realizados en estado de gracia, aumentan ésta en nuestras almas. Cada grado de gracia adquirido nos coloca muy por encima de nuestra naturaleza y nos une más íntimamente con Dios. Si estuviera en nuestra mano obrar milagros materiales o llevar a cabo con toda facilidad grandiosos trabajos, de seguro que pondríamos sumo empeño en usar de tal poder. Haríamos cuestión de honor el no dejar improductivo semejante capital. Imitaríamos a los artistas y poetas que se esfuerzan en producir de continuo obras cada vez más bellas.

Consideremos la eficacia de toda buena acción para aumentar la gracia y para merecer la gloria eterna; no dejemos pasar un solo instante sin amar a Dios, sin rogarle y adorarle; avergoncémonos de emitir un suspiro que no sea para él. Alegrémonos con los Apóstoles por haber sufrido siquiera algo por Dios[[53]](#footnote-53). Si conociéramos cuánto sirve para aumentar nuestra dignidad un solo acto de virtud, buscaríamos todas las ocasiones propicias para realizarlo.

Nadie sería tan cruel que rehusara curar a un enfermo o hacer rico a un pobre, si lo pudiera conseguir mediante una modesta limosna. ¿No somos mucho más crueles nosotros con nuestra alma cuando, a tan poco costo, le negamos un aumento de la gloria celestial? Impregnemos todas nuestras acciones del espíritu de fe y de caridad, convencidos de que por cada una de ellas adquirimos un grado superior de gracia, cosa que excede en hermosura a todo lo natural y aventaja en grandeza a los mismos milagros.

Ya la adquisición de la gracia es uno de los mayores milagros. Entonces, ¿cómo es que no quedamos llenos de asombro por tal fenómeno? En primer lugar, porque es invisible, y además porque, a diferencia de otros milagros que suceden raras veces y por excepción, la gracia se adquiere de acuerdo a una ley general. Con todo, las características mencionadas debían hacérnosla más preciosa.

No es visible, pues afecta al alma y no al cuerpo; no la podemos ver, como tampoco podemos ver a Dios, a quien ella nos une. Dios dejaría de ser infinito, si naturalmente alcanzáramos a verlo. Así también la gracia, si nos fuera visible, dejaría de ser tan maravillosa.

Se nos da ésta según una ley general. La podemos adquirir mediante determinadas acciones. Tanto mejor se manifiesta por ello el amor y el poder de Dios. Y esta obra portentosa de la gracia no la realiza Dios, como en los milagros, parcamente, en casos raros y extraordinarios, en algunos sujetos determinados, sino que hace que acompañe todos nuestros actos; por decido así, desaparece en la corriente de nuestra actividad diaria.

¡Señor! ¿Desdeñaremos este don porque tú lo ofreces a todos, de continuo y con tanta facilidad? Si lo otorgara a un solo hombre y por una sola vez, ¿cómo podría pensar siquiera en rechazado? ¡Señor! Que tu generosidad excite en nosotros el recuerdo de tu bondad. ¡Señor! Haz que lo custodiemos con todas nuestras fuerzas y que hagamos honor a tu benevolencia.

Capítulo IV:

La gracia nos eleva sobre nuestra naturaleza

La gracia supera infinitamente todas las cosas naturales y los mismos milagros. Podríamos añadir que, en cierto sentido, es superior a la gloria de los bienaventurados que sin embargo parece ser el mayor bien que Dios puede otorgamos. En realidad, la gloria de los bienaventurados no es otra cosa que el completo desarrollo de la gracia. La gracia es la fuente que salta hasta la vida eterna; es la raíz cuyas flores y frutos constituyen la gloria, pues éstos dependen de aquélla. “El precio del pecado es la muerte, mas la gracia de Dios es la vida eterna”, dice el Apóstol[[54]](#footnote-54). Si, de atenernos al Apóstol, la gracia de Dios es la vida eterna, no sólo debe conducirnos a ella, debe contenerla. El pecado es un mal mayor que la muerte, que es su castigo; de igual modo, la gracia debe ser un bien más preciado que la gloria celeste, pues por aquélla merecemos ésta. Sobre este punto insistiremos más tarde; por el momento veamos la excelencia que la gracia comunica al que la posee; siendo en sí misma sobrenatural, a quien la posee lo eleva sobre su propia naturaleza.

“Colocadme -decía un antiguo filósofo- en una mansión extraordinariamente rica, con abundante oro y plata. Estas cosas no lograrán que yo crezca en mi propia estimación. Tales objetos están cerca de mí, pero siempre fuera de mí; como exteriores que son, no afectan al hombre; por su brillo pueden deslumbrar su ojo, pero no añadirle nada, ni en la salud, ni en el desarrollo del cuerpo, menos aún en el espíritu”[[55]](#footnote-55). Es propio de la excelencia de la gracia elevar a su propia altura a los que la poseen. Penetra el alma es decir, el interior del hombre, tan íntimamente que le comunica sus privilegios; la reviste de un suntuoso vestido. Siendo como es la obra más bella de Dios, quien participa de ella aparece asimismo como la obra más bella salida de las manos divinas. “La gracia de Cristo -dice san Cirilo de Alejandría- nos viste como de púrpura; nos coloca en una dignidad de la que no es posible hacerse idea”[[56]](#footnote-56).

¡Qué honor para el hombre! Sacado de su bajeza y de su nativa oscuridad es transportado, cual otro Adán, sobre este mundo visible, sobre los animales, sobre los cielos, sobre la dignidad que los ángeles más bellos tenían por su naturaleza. Es de saber que los ángeles, según su naturaleza, no tienen la dignidad que nosotros adquirimos por la gracia. Si ellos no hubieran recibido de la generosidad divina esta gracia, serían inferiores a nosotros y en escala mayor que lo somos nosotros con relación a ellos según la naturaleza.

¿Cómo lamentar nuestra desdicha si llegamos a cambiar nuestra nobleza por una servidumbre vil? Porfiamos, nos destrozamos mutuamente cuando se trata de conseguir un puesto que, a juicio de gente ofuscada es más elevado que otro. Si cuando nacimos se nos hubiera dado a escoger, optaríamos indefectiblemente por la dignidad más alta. ¿Qué mágico encanto nos ciega entonces cuando con tanta insistencia se nos ofrece el trono de la gracia divina? ¡Sin embargo, apenas si nos conmovemos!

Cuanto mayor es la altura que conseguimos mediante la gracia, tanto más profunda será nuestra caída, si llegamos a perderla. ¿Quién no se estremece al leer cómo Nabucodonosor fue transformado en animal?[[57]](#footnote-57). Era un rey poderoso, invencible, dueño de un reino inmenso. “Tocaba el cielos de su grandeza, y su poder los confines de la tierra”, nos dice la Escritura[[58]](#footnote-58). Su figura, sus cabellos, su voz eran semejantes a los de un animal; pacía y comía como los brutos; echado a la selva, vivió entre ellos siete años. ¡Qué grandeza aquélla y qué degradación ésta otra! Sin embargo no hay término de comparación entre dicho descenso y la caída del hombre que pierde la gracia. En efecto, por lo que hace a él, desde lo alto del trono, de donde contempla a sus pies todas las cosas creadas, se precipita en el infierno para acompañar irrevocablemente a los demonios.

¡Hombre! Reconoce la hermosura que la gracia te confiere; conserva durante tu vida la dignidad que ella proporciona a tu alma. Teniendo el mundo a tus pies, ¿por qué te ocupas de sus leyes? Has sido colocado en el cielo, allí fijaste tu trono. ¿Por qué revolcarte en el fango de la tierra?

Ya los filósofos paganos, comprendieron con su razón que el amor de los bienes de aquí abajo es insensato cuando se lo compara con el cielo, con los astros. Decía uno de ellos[[59]](#footnote-59) : “Si se diera a las abejas la inteligencia humana, repartirían su pequeño dominio en numerosas provincias, como acostumbran hacerlo los reyes de la tierra. Sobre nosotros hay espacios inmensos ante los cuales desaparece la tierra”. Otro recalcaba: “Si miráramos a nuestro planeta desde el sol o desde la luna creeríamos ver un pequeño círculo; los reinos más dilatados, sin hablar de los campos y de las praderas, aparecerían como puntos imperceptibles[[60]](#footnote-60).

Siendo así que hemos sido elevados sobre los mismos cielos, ¿cuál deberá ser en consecuencia nuestro comportamiento? ¿Qué pensar de nosotros mismos, de la gracia, de los bienes de la tierra? La distancia que separa el sol de la tierra, ¿qué digo?, una distancia mucho mayor es la que separa la gracia de todo lo terreno. Nos dejamos llevar, como los pueblos incultos, de las apariencias. Creen estos pueblos que el sol, en comparación de la tierra, no pasa de ser un disco luminoso. Del mismo modo, a pesar de toda nuestra ciencia, no comprendemos la grandeza invisible de la gracia. Los cálculos de los astrónomos en lo relativo al sol nos dejan convencidos. ¿Por qué, en nuestra ignorancia, no dar crédito a las verdades de la fe, sin comparación más seguras?

¡Qué contados son los que, recordando la dignidad obtenida por la gracia, desprecian las solicitaciones de la naturaleza! ¡Pocos son en verdad los que, a semejanza de un campesino convertido en rey de la noche a la mañana, se sonrojan de los resabios, los placeres, las costumbres de su anterior condición! Lloraba san Isidoro de Alejandría porque, estando como estaba destinado a tomar parte en el banquete celestial de los bienaventurados, se veía precisado a sostener su cuerpo con alimentos, como los animales. San Pablo juzgaba como injusticia el tener que ceder a la carne y a la sangre y tomar en consideración algo que no fuera la nueva condición obrada por la gracia de Dios[[61]](#footnote-61). ¡Locura grande la que nos hace olvidar la alegría del cielo y ceder a los instintos y a los goces de las bestias! Nuestra tarea en esta vida debe ser el aspirar a la dignidad que la gracia nos confiere; no busquemos en esta tierra sino el sufrimiento para que, crucificados a la naturaleza, nos comportemos como habitantes de otro mundo.

Capítulo V:

La gracia es una participación de la naturaleza divina increada[[62]](#footnote-62)

El hombre es elevado por la gracia sobre la naturaleza creada. Más aún, se hace participante de la naturaleza increada de Dios. O, más bien, se encumbra tanto por influjo de esta unión tan íntima y esta participación de los privilegios divinos. Cuanto más cerca está un cuerpo del fuego recibirá más luz y calor.

Escribe san Pedro: las promesas, grandes y preciosas, que Dios nos hiciera en Jesucristo, deben hacernos participantes de la naturaleza divina[[63]](#footnote-63); es decir los privilegios divinos, en lo posible, vienen a ser participados por nuestra naturaleza. Fundados en dicho texto, unánimemente nos enseñan los Padres esta insigne unión con Dios.

Sentíanse incapaces los Santos de expresar, como lo hubieran deseado, la excelsitud de este don. Escribe san Dionisio: “La santidad o la gracia santificante es un bien divino, una imitación inefable de la divinidad y de la bondad suma[[64]](#footnote-64), en virtud de la cual, por un nacimiento sobre humano, ocupamos un rango divino”[[65]](#footnote-65). Dice san Maximino mártir: “Se nos da la divinidad cuando la gracia penetra nuestra naturaleza de su luz celestial y cuando, por la gloria, esa gracia nos eleva sobre sí misma”[[66]](#footnote-66). Nos enseñan estos teólogos y la mayoría de los otros Padres, con santo Tomás[[67]](#footnote-67), que la gracia, por decirlo así, nos diviniza. Tal significado atribuyen a estas palabras del Salvador: “Dije: Sois dioses e hijos del Altísimo”[[68]](#footnote-68). En una palabra, la gracia nos transporta hasta el trono que solamente Dios ocupa por su naturaleza.

Cuando paramos mientes en la variedad de criaturas, vemos que cada cual se diferencia por su naturaleza: unas son más perfectas que otras; todas en conjunto forman una escala armónicamente graduada en cuyo término sólo Dios ocupa un lugar transcendente. Hay cuerpos que existen, pero que no tienen vida: son las piedras y los metales; hay otros seres que poseen cierta vida: son las plantas, que por sí mismas se desarrollan gracias a su raíz y que producen flores y frutos; los animales tienen además sensibilidad y movimiento; en fin, el hombre posee la razón; mediante ella puede conocer y amar seres que carecen de cuerpo. Sobre el hombre se encuentra la serie incontable de los puros espíritus, invisibles a nuestra vista, cada uno de los cuales tiene su perfección propia. En un puesto infinitamente más elevado se encuentra la naturaleza divina; ninguna criatura se le parece en espiritualidad; ninguna tiene en sí capacidad para contemplar a Dios tal como es, ni de sumergirse en él por el amor. Comparadas con el sol divino, las otras naturalezas no pasan de ser tinieblas y son incapaces de reflejar naturalmente la perfección divina.

Esta naturaleza divina, por el infinito poder de su caridad, atrae a la nuestra, la adopta en su seno por la gracia, sumergiéndola como se sumerge el hierro en el horno. De esta suerte, pertenecemos a la raza de Dios, como la palmera al reino vegetal y el león al animal.

Si, de entre todos los hombres y todos los ángeles, escogiera Dios una sola alma para comunicarle el resplandor de dignidad tan inesperada, esta alma haría palidecer la hermosura del sol, de la naturaleza entera y de todos los espíritus puros; dejaría estupefactos, no sólo a los mortales, sino hasta a los mismos ángeles, quienes se verían como tentados de adorarla, cual si fuera Dios en persona. ¿Cómo es posible que hagamos tan poco caso de este mismo bien, siendo así que se nos dispensa con tanta prodigalidad? ¿O es que nuestra ingratitud aumenta en la medida en que Dios quiere ser generoso con nosotros?

Por amor propio, no escatimamos dinero ni fatigas para acercamos a los grandes. ¡Y despreciamos la intimidad de Dios! Cuando alguien es echado del consejo del rey queda avergonzado e inconsolable. ¡Y de seguro que para nosotros no resulta una amarga pérdida, una herida incurable el vernos privados, por el pecado mortal, de la compañía de Dios, más aún, el no pertenecer ya a su raza, el ser expulsado de su familia! De hecho, Dios mismo desprecia al que desprecia la comunión con su bondad, con su divinidad; semejante hombre se hace enemigo de su propio honor, de su razón, de sí mismo y de Dios.

De otra parte, los honores descansan más en la opinión de los hombres que en las cualidades intrínsecas. La voluntad de un rey puede hacer que alguien ocupe el puesto más apetecido, sin que para ello tenga aptitud o sea digno. Cuando la gracia nos comunica una dignidad divina, no solamente nos otorga el nombre, sino también la perfección divina, pues, según los: teólogos, ella sobrenaturalmente hace que nuestra alma se parezca a Dios.

Según san Cirilo de Alejandría, “somos participantes de la naturaleza divina por la unión con el Hijo y el Espíritu Santo; no sólo de nombre, sino en realidad, cuantos hemos creído somos semejantes a Dios, pues hemos sido revestidos de una beldad que sobrepasa la de cualquier criatura. Cristo se ha formado en nosotros de una manera inefable y no como una criatura en otra, sino como Dios en la naturaleza creada, transformando, por el Espíritu Santo, la creación, esto es, a nosotros mismos, en su imagen, elevándola a una dignidad sobrenatural”[[69]](#footnote-69).

“Lo que en Dios es esencial y sustancial -observa santo Tomás-, en el alma que por la gracia participa de la caridad divina es como una cualidad agregada a su naturaleza”[[70]](#footnote-70).

Los Padres aplican a este misterio diversas imágenes.- San Atanasio[[71]](#footnote-71) compara la divinidad con el ámbar[[72]](#footnote-72) o bálsamo, que comunica su suavidad a los objetos que toca, o también con el sello que en la cera blanda deja grabada su imagen. Dice san Gregorio Nacianceno que nuestra naturaleza está íntimamente unida a Dios por la gracia y que participa de sus propiedades, al igual que una gota de agua, arrojada a un vaso de vino y absorbida por éste, toma el mismo color, olor y sabor. Santo Tomás, siguiendo a san Basilio, nos evoca la imagen del hierro: de sí rudo, frío e informe, se vuelve ardiente, luminoso, flexible, cuando se lo coloca en el fuego y éste lo penetra; es de notar que no por eso pierde su esencia. El que sabe que Dios es la luz más pura, el fuego del amor eterno, comprenderá sin dificultad, cómo, al abajarse con toda su gloria hasta su criatura y al admitirla en su seno sin aniquilarla, la puede penetrar de su luz y de su ardor, hasta el punto de hacer desaparecer su poquedad natural y su debilidad, de suerte que parezca quedar completamente absorbida en Dios.

Si pudiéramos adquirir la sutilidad de los ángeles con la facilidad con que podemos aumentar en nosotros la gracia, nadie desaprovecharía la ocasión. ¿La sutilidad de los ángeles, dije? ¡Pero si envidiamos la agilidad de los seres inferiores! De seguro que bien pronto nos apropiaríamos, si de nosotros dependiera, la ligereza del ciervo, la fuerza del león, el vuelo de las águilas, etc., etc. ¡Qué vergüenza! Los esplendores de la naturaleza divina están a nuestro alcance, nos ennoblecen y nos elevan a una altura infinita; no obstante, apenas sirve todo ello para que realicemos un pequeño esfuerzo! ¿Qué se ha hecho de nuestra razón? ¿Dónde está nuestra fe?

Supongamos que Dios resume en un solo hombre todas las maravillas de la creación, que este hombre sea más fuerte que el león, más bello que la aurora y que las flores del campo, más refulgente que el sol, más radiante que los querubines. Supongamos que ese tal aventura todos estos bienes en una jugada de dados. ¿Quién contemplaría sin estremecerse tamaña locura, semejante ingratitud? Nos asombra la fuerza de Sansón. Pero nos asombra mucho más el que esta fuerza cediera locamente a las falaces lágrimas de una mujer. ¡Y nosotros vendemos nuestra intimidad con Dios, vendemos el esplendor del sol divino, la fuerza de las virtudes divinas a la carne miserable, hija de la corrupción, hermana y madre de gusanos! ¡Qué pensar ante un hecho tan desolador y por desgracia repetido a diario! Llorad, ángeles de paz, llorad si podéis; llorad la inconcebible locura de vuestros hermanos de la tierra que se destrozan a sí mismos. ¡Llorad la profanación de tantos tesoros!

Aquellos que todavía tienen puros los ojos y el alma sana, guarden con honor su dignidad; están en el deber de amar con todas las fibras de su corazón a su Padre, el Padre de las luces. Si los planetas pudieran darse cuenta de su belleza, de seguro que se mostrarían sumamente reconocidos al sol, ya que gracias a la luz recibida de él se convirtieron en su imagen resplandeciente. Un príncipe profesa amor a sus antepasados, un hijo a su padre, cada cual a su semejante. ¿No es para elevarnos de la tierra hacia Dios el sentimiento de parentesco y semejanza descrito? No se concibe que nosotros, cristianos, podamos tener de nuestra dignidad menor aprecio que el que tuvieron los filósofos paganos, esclarecidos por la razón, de la dignidad humana. Para ellos el hombre constituía una maravilla, la médula, el corazón del mundo, el rey de la creación. Si el hombre a la luz de la razón aparecía tan grande, ¿qué será a la luz de la fe? Abramos los ojos de nuestra alma y sigamos el aviso de san Juan Crisóstomo: “Os ruego y os suplico que no permitáis que los más bellos dones del cielo (aquéllos que hemos recibido por la gracia de Cristo) aumenten a causa de su misma grandeza, el pecado de nuestra negligencia”.

Capítulo VI:

La participación de la naturaleza divina nos hace sobrenaturalmente semejantes a ella[[73]](#footnote-73)

Veamos ahora, con más precisión, ‘cómo’ se produce esta participación de la naturaleza divina.

Según afirman los teólogos, en todos los seres registramos una participación de la naturaleza divina. Todos ellos se asemejan a Dios más o menos en su vida, en sus fuerzas o en su actividad y manifiestan la gloria divina. De igual manera que el Apóstol, podemos también nosotros contemplar la gloria invisible de Dios en las cosas creadas[[74]](#footnote-74). El parecido es sumamente variado. Las cosas materiales nos presentan tan sólo una débil expresión de la gloria de Dios; los vestigios que dejan tras de sí podríamos compararlos a la huella dejada por el pie del hombre en tierra blanda. Esa huella acusa el paso de un hombre; no pasa de ser una imagen de su pie; no refleja la naturaleza del hombre. Dios es espíritu; los seres materiales, como obras de sus manos, le dan gloria, proclaman su sabiduría y su poder; pero no representan su naturaleza. Por el contrario, nuestra alma y los espíritus puros contienen ya una cierta imagen de la naturaleza divina, pues son espirituales, racionales, libres. Sin embargo, estas naturalezas son finitas, sacadas de la nada, de una especie del todo distinta de la naturaleza divina. Vienen a ser algo así como la imagen de un hombre que en el lienzo reproduce un artista; dicha imagen no nos hace ver la figura, los rasgos, el color de la persona representada; siempre será inferior a la imagen reproducida por un espejo, puesto que la persona aparece aquí con su verdadero aspecto, su verdadera luz, con toda su belleza, su frescura, su vida. Del mismo modo, la naturaleza racional es del todo semejante a la divinidad, cuando se convierte en espejo inmaculado, cuando la refleja en toda su belleza. Penetrada y glorificada por el ardor divino, queda como transformada en Dios, como un cristal que concentra los rayos solares, como el parhelio[[75]](#footnote-75), imagen del sol.

Cuando decimos que nuestra alma participa de la naturaleza divina afirmamos que recibe la condición propia de Dios; en tal forma se vuelve semejante a su Creador que puede decirse, con los Padres, que está verdaderamente divinizada. Escribe san Dionisio: “La divinización es la asimilación y la unión más íntima posible con Dios”[[76]](#footnote-76). Otro tanto nos enseña san Basilio: “El Espíritu Santo es fuente de un gozo sin fin que consiste en la asimilación de Dios. ¡Convertirse en Dios! Nada puede apetecerse de más bello”[[77]](#footnote-77). No se trata pues de una identificación de nuestra sustancia con la sustancia divina, ni de una unión personal, hipostática, como la de Cristo; sino de una transfiguración de nuestra sustancia en la imagen de la naturaleza divina. De consiguiente para ello no hace falta que nos convirtamos en nuevos dioses, separados del verdadero Dios y por lo tanto en dioses falsos. Lo que Dios es por su naturaleza nos hacemos nosotros por gracia: somos su imagen sobrenatural, un reflejo de la gloria propia de Dios.

Para que nos formemos una idea más cabal de esta semejanza con Dios, es preciso recorrer una a una las propiedades que distinguen la naturaleza divina de las naturalezas creadas.

Ante todo consideremos la esencia divina. Solamente Dios tiene en sí la existencia, existencia eterna e inmutable; de nadie depende. De por sí, las criaturas se confunden con la nada; únicamente existen porque Dios tuvo a bien concederles la existencia, porque las creó de la nada. Aun después de creadas, en comparación de Dios siguen siendo nada. “Yo soy el que soy”, dice el Señor[[78]](#footnote-78), Y “todos los pueblos en mi Presencia son como si no existieran; no pasan de ser polvo y vanidad”[[79]](#footnote-79). Todas las criaturas, incluyendo a los espíritus inmortales, dejarían de existir, si la mano de Dios no las sostuviera.

Según la enseñanza del Apóstol, la gracia es una “nueva creación”, la fundación de un reino nuevo e inconmovible[[80]](#footnote-80). Gracias al poder de Dios que todo lo ha creado, somos adoptados en el seno del Padre eterno, al lado del Verbo, asimismo eterno[[81]](#footnote-81). Estamos llamados a participar de una vida que pasa los linderos del tiempo, de una vida eterna. Descansamos bajo la tienda de la eternidad divina, junto a la fuente de todo ser y de toda vida. Nuestra existencia eterna está tan asegurada como si fuéramos Dios en persona. Pueden perecer el cielo y la tierra, caer los astros del firmamento, desquiciarse la tierra de sus bases: no importa, nada de esto nos afectará, puesto que reposamos más arriba que todas las criaturas, en el seno del Creador.

Dice el libro de la Sabiduría: “Los justos vivirán eternamente; recibirán de la mano del Señor un reino espléndido y una maravillosa diadema; los cubrirá con su mano derecha y los protegerá con su brazo sagrado”[[82]](#footnote-82). Por lo que hace a los que están separados de Dios, aquellos que antepusieron los bienes perecederos a los tesoros de la gracia, se lee en el mismo capítulo: “¿De qué nos sirve el orgullo? ¿Qué utilidad nos ha reportado la vanidad de las riquezas? Todo esto se a desvanecido como una sombra, ha desaparecido como ligera posta, como la huella de un navío en el agua…, hubimos nacido apenas y dejamos de existir… y en nuestra malicia nos consumiremos”[[83]](#footnote-83). Si pues verdadera y eternamente queremos ser algo grande, acudamos a la fuente de toda existencia. No tenemos por qué ir en pos de nuestra propia nada, ni por qué correr tras las cosas fútiles y perecederas, ni por qué cubrimos de vanos oropeles. ¿Por qué hemos de ansiar eterizarnos en la boca de los hombres y no en nosotros mismos y en Dios?.

A imitación del primer hombre y del demonio, el pecador desea “asemejarse a Dios”[[84]](#footnote-84). No otra cosa desea el Señor, quiere que seamos como Él, pero no sin Él o fuera de Él o en contra de Él; tampoco quiere que nos consideremos dioses, que nos adoremos y nos hagamos adorar. Desea que seamos como El, en El y por El, a semejanza de su Primogénito, que no es otro Dios, sino un solo y mismo Dios con el Padre. Sería incalificable locura, espantoso crimen el rechazar el amor infinito de Dios y el volverse enemigo suyo, declarándose independiente.

Capítulo VII:

La participación de la naturaleza divina nos comunica la más alta perfección

“Seré semejante al Altísimo”[[85]](#footnote-85), dijo Lucifer al contemplar la belleza y la gloria con que Dios lo había revestido. Injuriaba a Dios con ese lenguaje, ya que trataba de poseer dicha gloria independientemente de su Hacedor. Por lo que toca a nosotros, el medio más adecuado de alabar y agradecer a Dios es confesar que por su gracia quiere hacernos semejantes a él en toda perfección. Ha dicho nuestro Señor: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”[[86]](#footnote-86). Estas palabras en primer término se refieren a la perfección moral; pero, después de todo lo que dejamos dicho, podemos tomarlas también en el sentido de que las otras perfecciones divinas deben ser copiadas por nosotros.

Alma cristiana, llamada a la comunión con Dios, contempla las riquezas de su gloria. Admira su naturaleza infinita; es el ser más puro, el ser mismo, que encierra cuanto de bello y de bueno pueda concebirse; es el ser ante el cual todo se desvanece como humo. Admira su majestad infinita que, a semejanza de los rayos solares, esparce en torno de sí toda la hermosura y todas las perfecciones que observamos en nosotros y en torno nuestro. Fíjate en su gesto creador del que brota el mundo con toda su variedad; asómbrate ante la armonía de innumerables cuerpos celestes; muchos de los cuales son millares de veces mayores que la tierra. Sin moverse lo mueve todo; pone en acción las causas, ordena los elementos; de entre sus tesoros saca las fuerzas y las propiedades de los metales, las fuentes, las plantas, los animales, la ciencia de los hombres y la de los ángeles. Si en vista de las riquezas y maravillas incontables que ves en Dios, lleno de admiración, caes rendido; si, como un pobre gusano al contemplar el sol radiante, crees que tu deber es desaparecer, espántate, oh alma cristiana, asómbrate de tu propio esplendor: Dios, en su ilimitado amor, mediante su gracia, te ha revestido como de un manto de púrpura con todos estos esplendores.

Cada naturaleza creada tiene su perfección propia; ninguna posee las perfecciones de todas las demás. El elefante tiene la fuerza del león, pero no su agilidad; el león tiene la fuerza del elefante, pero no su corpulencia. Tienen los animales algo de que carecen las plantas: la sensibilidad, mas no se cubren como éstas de flores. El hombre, por su alma racional, ha sido elevado mucho más alto que los animales; no obstante, muchos de éstos poseen cualidades que no tiene el hombre. Por el contrario, Dios, en la simplicidad de su esencia, posee en grado eminente las perfecciones de todas las criaturas juntas, así como la luz solar contiene, en su simplicidad, toda la variedad de los colores del arco iris. Las diversas naturalezas creadas son a modo de rayos de colores diferentes que proceden en su totalidad de un solo rayo. Tanto la naturaleza espiritual de nuestra alma como la de los ángeles, es sin comparación más perfecta que la naturaleza de los cuerpos materiales. Y nótese que no pasa de ser la refracción de un rayo del sol divino, tal vez la más hermosa, pero que no contiene todas las otras. Por el contrario; tratándose de la gracia, la luz de la gloria divina, pura y perfecta, en forma de rayo entero y acabado, desciende sobre nuestra alma, convirtiéndose ésta en imagen perfecta de Dios en quien se reflejan todas las perfecciones creadas.

Aunque seas pobre de bienes materiales, a nadie envidies; por rico que seas en dinero, en fuerza, en honores, en ciencia, piensa que el más necesitado de tus hermanos, si está en gracia, es infinitamente más perfecto y feliz que tú, ya que posee en su corazón el reino más hermoso, el reino de Dios, del que Jesucristo ha dicho: “El reino de Dios está en vosotros”[[87]](#footnote-87).

Mas objetas: -yo no percibo este esplendor; de nada me sirve un tesoro del que no disfruto-.

Cierto, no ven tus ojos ese tesoro, y sin embargo lo tienes dentro de ti. Si por ventura eres dueño de un diamante· todavía no tallado, no te das cuenta de su valor, de su hermosura; con todo, en sí mismo, vale tanto como si estuviera tallado. Pasa lo propio cuando tomas en tus manos la semilla de un árbol gigantesco; no sospechas que ahí esté oculto un hermoso árbol. Ocurre otro tanto con la perfección que te comunica la gracia; no la ves, está oculta. “Somos ya ahora hijos de Dios, dice san Juan, mas lo que seremos algún día, cuando contemplemos a Dios tal cual es, no aparece aún”[[88]](#footnote-88). Mientras no contemples a Dios cara a cara, no verás en ti su imagen. La gracia es como el primer fulgor del sol divino; aguarda a que este sol se eleve, a que muestre su esplendor, a que te penetre por entero de su ardor y te glorifique; y tu gloria te dejará tanto más arrobado cuanto por más tiempo estuvo oculta. Hasta ese momento, como te lo advierte el Apóstol, deberás moverte en la fe y no en la visión, deberás creer en la palabra infalible de Dios. “Por medio de la fe, dice san Pedro, Dios nos conserva para una felicidad que se nos revelará en los últimos tiempos, cuando aparezca el Señor”. Por él tenemos “la viva esperanza de una herencia imperecedera, incorruptible, inmarcesible, que se nos reserva en el cielo[[89]](#footnote-89).

En la misma gracia tienes la prenda y el germen de la futura glorificación de tu cuerpo y de tu alma. Si todavía gimes bajo la esclavitud de tu carne, si estás afligido a causa de tus penas y defectos, suspira con el Apóstol por la libertad y la gloria de los hijos de Dios; llegará un día en que, por la virtud de la gracia, tu misma carne se verá exenta de todo sufrimiento y temor de muerte, y se volverá sutil, radiante como el sol, ágil como el águila, engalanada de todas las perfecciones que admiras en los bienes materiales.

Capítulo VIII:

La gracia, como participación del conocimiento divino, eleva al hombre a la visión inmediata de la gloria de Dios

Cristiano, para que puedas desde ahora hacerte una idea de la gloria y la dicha que acarrea la gracia, quiero mostrártela en toda su grandeza en aquel instante en que su luz deja lugar a la luz de la gloria. Comprenderás cómo por ella participas de un modo real y perfecto de la naturaleza divina.

Cada naturaleza se reconoce en su virtud y su actividad específica. Las plantas se diferencian de los animales por su crecimiento, sus flores y sus frutos; los animales se distinguen de las plantas por sus sentidos y su locomoción; el hombre se destaca de los animales por su razón y su libertad.

El hombre, por su razón, en cierto modo es semejante a Dios; con todo, existe una distancia infinita entre la naturaleza divina y la naturaleza humana. Asimismo, la inteligencia de los hombres y de los ángeles sólo puede conocer las criaturas, los seres finitos, creados; es incapaz de contemplar cara a cara al Dios infinito. Las criaturas racionales pueden conocer a su Creador y Señor, pero sólo de lejos: “Cada uno lo contempla de lejos”[[90]](#footnote-90). Más alejada está de la criatura la majestad de Dios que el sol de la tierra. La criatura sólo ve la orla de su vestido, el reflejo de su gloria en la maravillosa grandeza de la creación. Según las palabras del Apóstol, Dios, “Rey invisible de los siglos, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver, habita en una luz inaccesible”[[91]](#footnote-91). Esta es demasiado resplandeciente, su gloria demasiado grande, para que la criatura, sin quedar cegada, pueda fijar sobre él su débil mirada. Por tal motivo, hasta los querubines se cubren la faz ante él y se prosternan en el polvo de la tierra para adorarle. Sólo Dios, por su naturaleza, puede conocerse; sólo “el Primogénito que reposa en el seno del Padre”[[92]](#footnote-92), que tiene la misma naturaleza del Padre, lo ve cara a cara; sólo el Espíritu Santo, que está en Dios, “penetra y sondea su naturaleza íntima, así como sólo el espíritu de un hombre conoce a este hombre”[[93]](#footnote-93). Para ver a Dios, o es preciso ser Dios o participar de su naturaleza divina.

Si quieres ver a Dios cara a cara es menester que el ojo de tu alma se torne como divino. Debe caer el velo que le cubre; debe iluminarle, transformarle la luz del sol divino; sólo de esta suerte podrás fijar en Dios una mirada firme, segura. Esto se produce en nosotros por el Espíritu del mismo Dios cuando, por la gracia, nos hace participantes, de la naturaleza divina. En términos espléndidos nos lo dice el Apóstol: “Descubierta la mirada, somos transformados en la imagen perfecta de Dios, como por el Espíritu del Señor avanzamos de claridad en claridad”[[94]](#footnote-94). Y san Juan a su vez: “Seremos semejantes a Dios, cuando lo veamos como él es”[[95]](#footnote-95). El mismo Hijo de Dios dice a su Padre: “Padre, la gloria que me diste, la que yo tenía junto a ti desde el comienzo del mundo, yo les he dado”[[96]](#footnote-96).

En el cielo conoceremos a Dios como él se conoce a sí mismo. “Entonces, conoceré como yo me conozco”, dice el Apóstol[[97]](#footnote-97). Es de todo punto imposible que tengamos un conocimiento tal, propio sólo de la naturaleza divina, sin participar verdaderamente de esta naturaleza divina. En frase de un doctor de la Iglesia[[98]](#footnote-98), la visión de Dios no puede caernos en suerte sino a condición de que seamos divinizados. Y si participamos en verdad de la naturaleza divina y nos divinizamos ello se manifestará por la participación en el conocimiento de Dios.

Cristiano, ¡qué maravilla y qué beneficio! Es como para exclamar con san Pedro: “Dios nos ha llamado a su luz prodigiosa”[[99]](#footnote-99). ¿Pensaste acaso en la hermosura de esta gracia? Debemos estar reconocidos a Dios por la luz de nuestros ojos, pues nos permite admirar la creación visible y todas sus maravillas; con todo, de este bien participan como nosotros los animales. Podemos estar orgullosos de poseer una luz bien superior, la de la razón, por la que conocemos, además del aspecto exterior de las cosas, sus propiedades, color, olor, gusto, la misma sustancia de ellas, su armonía, su trabazón, así como también los bienes espirituales, nuestra alma inmortal, la verdad, la virtud, la justicia y al mismo Dios en el espejo de la creación. Estaríamos muy ufanos, si poseyéramos todas las ciencias descubiertas por el humano ingenio o si tuviéramos toda la ciencia natural de los ángeles. Todo eso no nos daría a conocer la verdad y la bondad de Dios en sí mismo; con esa luz veríamos únicamente a qué distancia está nuestra naturaleza de la naturaleza divina y que el ojo humano es incapaz de penetrar el misterio de Dios. El pretender acercarnos a la luz inaccesible de Dios constituiría una impía temeridad. Nos aplastaría su gloria y la muerte sería nuestro castigo. “Nadie puede ver a Dios, sin morir”[[100]](#footnote-100), dice la Escritura. Agrega en otro lugar: “Aquél que pretende sondear la majestad divina quedará agobiado por su gloria”[[101]](#footnote-101).

“Pero lo que es imposible a los hombres”, nota aquí san Ireneo, “es posible a Dios”[[102]](#footnote-102). Poderoso y lleno de bondad, se abaja hasta nosotros para elevarnos hasta él. El mismo nos introduce en su luz portentosa y nos colma de resplandores para que podamos ver esa luz. Canta el Salmista: “En tu luz veremos tu esplendor”[[103]](#footnote-103). Luego tan sólo en su luz veremos a Dios.

¿Qué es en comparación de ella la luz natural de las criaturas? Lo que es el parpadeo de una débil lámpara, apenas alumbra una reducida habitación, comparada con el sol resplandeciente que ilumina el universo. El ojo glorificado del bienaventurado es como el del águila que mira al sol de hito en hito sin deslumbrarse; en cambio, el ojo de nuestra razón se parece al del murciélago, hecho únicamente para las tinieblas.

Si en nosotros mismos experimentamos un deseo insaciable de conocer la verdad, de gozar del bien, ¿por qué no hemos de buscar saciarla sólo allí donde pueda satisfacerse? Nos fatigamos tanto por adquirir la ciencia; ¿por qué no acudir por ella a la fuente de la luz eterna? Todo nuestro conocimiento natural no pasará de ser harapo y miseria, siempre será superficial. La luz de la gracia nos conducirá a la luz de Dios; por ella conoceremos, no ya la sombra de la verdad, sino su sustancia, su fundamento; en ella veremos cuanto ansiamos saber. Si la belleza terrena basta para dejarnos encantados, busquemos con el Real Salmista el rostro del que es la fuente y el ideal de toda belleza[[104]](#footnote-104).

La gracia nos hace también participantes de la felicidad divina[[105]](#footnote-105). Nos eleva al goce inmediato del bien supremo. La felicidad divina excederá nuestra felicidad natural en la medida en que la naturaleza divina excede la nuestra. El animal no tiene capacidad para los mismos goces que el hombre, objeto conocido sólo del Espíritu de Dios; este objeto se recrea en bienes espirituales como son el orden, la armonía, la belleza, la verdad y la virtud. También la felicidad de Dios tiene un objeto particular, objeto que ni ojo vio, ni oído escuchó, ni ha sido probado por el corazón del hombre, objeto conocido sólo del Espíritu de Dios; este objeto es su divina esencia. Pero cuando, por el Espíritu Santo, nos hace Dios participantes de su naturaleza, por ese mismo Espíritu nos revela el misterio de su felicidad; nos invita a gozarla, a ser compañeros suyos; nos coloca sobre su trono, nos manifiesta su luz y quiere que tomemos parte en su festín. Podría habernos dejado ante la puerta de su morada, a una distancia respetable. Admiraríamos la grandeza de sus obras, la hermosura de su mansión. Esta alegría, este honor, habrían colmado cuanto nuestro pobre corazón desear pudiera. Pero no; Dios quiere dejarnos contemplar su propia belleza en el gozo con que él, a una con el Hijo y el Espíritu Santo, es eternamente feliz. Esa hermosura reúne toda la belleza esparcida en la maravillosa variedad de sus obras y la desean ver los ángeles; un solo rayo de la misma bastaría para dejar ebrios de gozo a todos los espíritus creados.

Ninguna criatura, en verdad, podría sospechar ni desear semejante felicidad. Grande por lo tanto deberá ser nuestro reconocimiento para con Dios. El primer homenaje que podemos presentarle es buscar ardientemente el bien con que nos quiere regalar, pensar en él constantemente, exclamar con el Salmista: “En busca de ti han andado mis ojos. ¡Oh, Señor! tu cara es la que yo busco”[[106]](#footnote-106). Si le amamos como él nos amó, en frase del Apóstol, le conoceremos como él nos conoce[[107]](#footnote-107).

Dice san Anselmo: “El gozo de tus santos en ti será inefable, Señor. Se regocijarán cuando te hubieren amado; te amarán cuanto te hubieren conocido. De veras que ni ojo vio, ni oído escuchó, ni corazón de hombre alguno experimentó en esta vida el grado en que te conocerán y amarán en la otra. Te ruego, Señor, pueda conocerte y amarte, para gozarme en ti, y ya que no me sea posible aquí abajo el perfecto regocijo, haz que mi alegría vaya creciendo de día en día, hasta que se complete en el cielo; aumenta en mi tu amor hasta que allá arriba se haga perfecto; que mi dicha aquí abajo sea grande en la esperanza y plena en ti en el cielo. Señor, nos ordenaste mediante tu Hijo que pidiéremos pleno gozo, y prometiste concedérnoslo[[108]](#footnote-108). Te suplico, pues, oh Dios fiel en tus promesas, me concedas tu dicha perfecta. Que mi alma medite en ella, que mi boca la proclame, que mi corazón la desee, que mi espíritu la hambree, que mi carne tenga sed de ella, que todo mi ser suspire por su consecución, hasta que logre entrar en el gozo de mi Señor, a quien sea dada eterna alabanza en su Trinidad”[[109]](#footnote-109).

Capítulo IX:

La gracia nos hace participar de la santidad de la naturaleza divina

La participación de la santidad de Dios parece superar todas las maravillas de la gracia de que hemos hablado hasta el presente. Es gran cosa ser elevado sobre la naturaleza entera, ser revestido del esplendor divino, poseer en germen la felicidad y la inmortalidad celestiales. No obstante, como en Dios nada hay que sea superior a su santidad, la dicha de participar de esta santidad debe ser mayor todavía.

El profeta Isaías y el Apóstol san Juan[[110]](#footnote-110), en su Apocalipsis[[111]](#footnote-111), ambos a dos nos presentan una imagen grandiosa de la, majestad divina. Según la explicación que de ella da san Cirilo, el trono elevado significa la soberanía de Dios, el jaspe su paz inmutable, el arco en el cielo su eternidad, los sitiales de los veinticuatro ancianos su sabiduría, las siete lámparas el gobierno universal de su Providencia, los resplandores y el trueno la omnipotencia de su voluntad; el mar de cristal su inmensidad; tiene cubiertos el rostro y los pies por las alas de los serafines para darnos a entender su misteriosa infinitud. En esta plenitud esplendorosa, nada impresiona tanto a los serafines, cubiertos de ojos, como su santidad, pues ella los deja suspensos de admiración. Por eso repiten sin cesar el canto jubiloso: “Santo, santo, santo eres Señor, Dios de los ejércitos”. En efecto, Dios es llamado con frecuencia el Santo de Israel, porque este nombre incluye todos los demás. Cuando el Salmista quiere describir el esplendor de la generación eterna del Hijo de Dios, dice únicamente que procede del Padre en el esplendor de ‘la santidad’[[112]](#footnote-112). Todas las otras perfecciones de Dios reciben de la santidad su brillo más subido, su última consagración.

La santidad efectivamente significa la más alta perfección de la esencia divina, es decir, su grandeza única, su excelencia, su pureza[[113]](#footnote-113). Toda criatura, tal como procede de las manos del Creador, es buena. Aun sin la gracia sobrenatural, las criaturas racionales son buenas en su especie, siempre que por el pecado no se pongan en contradicción con su naturaleza propia. Esta bondad, con todo, es muy limitada, pues está afectada de numerosas imperfecciones. Como es susceptible de pecado, no queda excluida la separación del bien supremo. Por el contrario, la bondad divina es toda pura y perfecta: es una luz sin oscuridades, sin sombras, una luz sin tacha. Como Dios es el bien supremo, no puede separarse de su bondad, como no puede destruirse a sí mismo. Cuando afirmamos que Dios es santo, tres veces santo, manifestamos la propiedad de su naturaleza por excelencia.

Nuestra participación de la naturaleza divina será pues perfecta cuando participemos de su santidad por la gracia del Espíritu Santo. Según los Padres, es lo mismo hacerse participante de la naturaleza divina que hacerse santo como Dios es santo. Comparan la santidad de Dios a una hoguera potente que se apodera de nuestra naturaleza imperfecta, la penetra, la purifica de toda mancha, para volverla perfectamente bella y sin tacha como la de Dios. “Ni las mismas potestades y dominaciones del cielo”, dice san Basilio, “por su naturaleza son santas. El hierro, arrojado al medio del fuego, no pierde su naturaleza de hierro, pero como el fuego, se vuelve ardiente; participa de la naturaleza del fuego, toma su color y su calor. Así también los ángeles (y las almas de los hombres), por la comunión con el Dios santo, reciben la santidad divina; penetra ésta su naturaleza por entero, de modo que del Espíritu Santo se diferencian en que éste es santo por naturaleza y ellos lo son por participación”[[114]](#footnote-114).

¿Comprendes ahora, cristiano, por qué la gracia se llama ‘santificante’? Este vocablo no quiere decir tan sólo que nos perdona nuestros pecados y nos dispone a la observancia de los mandamientos; significa más bien que hace del alma una imagen radiante de la bondad y de la santidad divinas. Indica además que la gracia, a diferencia de la naturaleza, es incompatible con el pecado grave; no pueden coexistir ambos en una misma alma[[115]](#footnote-115). Cuando cometes un pecado mortal, no destruyes tu naturaleza, ni tus facultades, ni el poder de tu razón, pero desaparecen al instante la gracia, las facultades y las virtudes sobrenaturales. (Los que participan) de naturaleza divina no traban alianza con el pecado, a semejanza del mismo Dios. Cuando la luz de la gloria haya desplazado a la gracia, cuando tu alma se haya unido íntimamente a Dios, ya no tendrás posibilidad de pecar; por la virtud de Dios que en ti habita, te harás impecable como Dios.

¡Qué poco meditamos en el don magnífico, en la dignidad que nos toca en suerte! Dice san Ambrosio: “Si fuéramos únicamente nosotros, los hombres, los llamados a recibir la santidad del Espíritu Santo, nos encontraríamos elevados sin duda sobre los ángeles más bellos”[[116]](#footnote-116). Seguramente que los serafines, ocupados en alabar al Dios tres veces santo, nos admirarían con profundo respeto. ¡Y que nosotros queramos colocar toda nuestra gloria en la impiedad!

Por perverso que sea, el pecador no rehúsa, en lo más íntimo de su corazón, el reconocimiento y admiración de la santidad que brilla en tantos miembros de la Iglesia de Cristo, pues diríase que Dios mismo vive y trabaja en ellos. Lo que labra la gloria de los santos es el haber colaborado fielmente a la gracia que todos podemos adquirir, es el haberla traducido en toda su vida. El Apóstol[[117]](#footnote-117) llama santos a todos los cristianos que están en gracia; “han sido santificados en las aguas de la regeneración par el fuego del Espíritu Santo”[[118]](#footnote-118), en cierto modo poseen la sustancia de la santidad. Todos podemos y debemos, bien que en diferentes grados, hacernos santos en verdad; por algo somos hermanos e hijos de santos; sí, hijos del Dios tres veces santo. ¡Incalificable grosería la nuestra que con tanta frecuencia manchamos deliberadamente el vestido de santidad recibido en el bautismo! ¡Impíamente lo desgarramos, lo arrojamos, lo pisoteamos!

Ya nuestra naturaleza, bien que no destruida, sí afectada por el pecado, se rebela a pesar de todo contra éste; es que ha sido creada por Dios para cumplir un servicio que excluye la injuria al Creador. La monstruosidad del pecado sube de grado, si tenemos en cuenta que Dios nos armó contra él de una nueva naturaleza. En tal forma hemos sido inmunizados contra el pecado que, para cometerlo, nos vemos precisados a rechazar esta nueva naturaleza y a sofocar en nosotros el germen de Dios. Tú que estás a punto de cometer el pecado, ¡apiádate de ti, considera la dignidad de tu estado! Déjate conmover por el canto de gloria de los serafines: ¡Santo, santo, santo, es el Señor! Si acaso no te importa el ofender a Dios a quien no puedes dañar, conserva al menos tu propia santidad, que por el pecado queda aniquilada.

Capítulo X:

La gracia nos da una naturaleza superior

Acabas de ver, cristiano, hasta qué punto la gracia eleva tu naturaleza. Te ha hecho subir hasta el seno de Dios, te ha constituido partícipe de su naturaleza y de todas sus propiedades, de su eternidad y perfección, de su conocimiento y felicidad, de su bondad y santidad. Al participar de su naturaleza divina, recibes “una nueva naturaleza y te despojas de la vieja, de claridad en claridad eres transformado en la imagen del Señor”[[119]](#footnote-119); hazte cuenta que eres nuevamente creado, que recibes un nuevo ser, cuyo germen ni siquiera se hallaba en ti anteriormente.

Escuchemos a san Cirilo de Alejandría: “Tan luego como abandonamos nuestra vida carnal y nos sometemos a los mandamientos del Espíritu Santo, como consecuencia de nuestro despojo y unión con dicho Espíritu, somos glorificados, cambiados en una imagen celestial; por decirlo así, somos transformados en una nueva naturaleza y llamados con todo derecho, no solamente hombres, sino hijos de Dios, hombres celestiales, ya que nos hemos hecho participantes de la naturaleza divina”[[120]](#footnote-120).

Cuando hablamos aquí de un cambio de nuestra naturaleza, no queremos decir que nuestra sustancia es destruida o que queda absorbida en la sustancia divina. Sería una afirmación impía. Se trata únicamente de una transformación por la que somos glorificados. Pero esta transformación debe ser apreciada en su justo valor, porque no se la puede comparar con el cambio que se expresa diciendo que alguien ha mudado de resolución o adoptado una nueva costumbre, que es otro hombre.

Esta transformación proviene de Dios, no de la voluntad o del esfuerzo de la criatura; es un milagro de la omnipotencia divina que, según la enseñanza de los Padres, nos arranca del marco de la naturaleza, nos eleva y nos glorifica. Nos convertimos en otros hombres, en más que hombres, en seres divinos de una raza celestial.

Esta transformación no nos hace perder nuestra sustancia natural. Los Padres nos lo repiten en muchos tonos, por ejemplo cuando usan la imagen del hierro incandescente. No deja de ser hierro; por eso, una vez que se le retira del fuego, vuelve a lo que era antes. Durante la incandescencia, deja de ser duro, frío, de color apagado, para tomar el brillo, el ardor, el poder del fuego y adquirir una propiedad que no es la suya, sino la del fuego. Cuando decimos que el fuego consume el hierro, no queremos afirmar que lo aniquila, pues sólo consume sus impurezas. De igual manera, nos enseña san Cirilo, por la gracia no perdemos la sustancia de nuestra naturaleza, pero sí su baja condición, sus imperfecciones. “Los que son llamados -dice- por la fe de Cristo a la adopción divina, han abandonado la deficiencia de su naturaleza; Ia gracia de Dios los glorifica, los reviste de una vestidura resplandeciente y los eleva a una dignidad sobrenatural”[[121]](#footnote-121).

En esta mudanza, nuestra naturaleza sólo es modificada, no perdemos lo que tenemos, pero ganamos lo que nos falta, como dice el Apóstol: “No soy despojado, sino revestido, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida”[[122]](#footnote-122).

La gracia no es para el alma a manera de traje con que se viste el cuerpo, exterior al mismo; es algo que, en tanto que lo cubre, lo penetra. En esto se parece al fuego que con su ardor se introduce en el hierro y lo calienta, pues le confiere una propiedad nueva que la transforma en imagen de Dios: es la propiedad llamada ‘naturaleza nueva y superior del alma’. La naturaleza de un ser queda constituida por sus cualidades interiores, sus propiedades, sus facultades y sus actividades que la distinguen de otros seres. Así decimos que las plantas poseen una naturaleza distinta de los minerales; el animal tiene naturaleza diferente de la planta; a su vez el hombre tiene una naturaleza especial que se distingue de la del animal, por la razón de que su alma está dotada. Por la gracia, recibe el hombre una nueva propiedad, tan diferente de su naturaleza y tan superior a ella que ésta queda elevada sobre la naturaleza animal[[123]](#footnote-123). Si el hombre de suyo es un servidor de Dios, se hace por la gracia hijo de Dios; estando ya de por sí sobre la naturaleza de los animales por la gracia es elevado sobre su propia naturaleza, sobre los mismos ángeles; hasta el presente se guiaba por la luz de la razón; ahora recibe la luz de Dios, hoy todavía por la fe, mañana en la gloria; en sí es una criatura buena, por la gracia se hace una criatura santa. En la escala de los seres sube hasta ocupar un nuevo puesto frente a Dios, frente a su prójimo y frente de las cosas materiales; en una palabra, entra en una nueva vida, más bien celestial que terrena.

La nueva propiedad de su naturaleza es para él el germen y la raíz de una vida superior. A la manera que un árbol de una esencia inferior mediante el injerto recibe la naturaleza de una forma más noble cuyas flores y frutos produce, así nuestra alma se ennoblece por la comunicación de la gracia, llamada por la Escritura el “germen de Dios”[[124]](#footnote-124). Repleta de gracia divina, toma otra naturaleza. Sacada de su primitiva bajeza, es trasplantada al seno de Dios cual si fuera un paraíso; allí, bajo el sol divino, florece a una vida que ni siquiera podía sospechar. Para decirlo todavía con mayor claridad con el Apóstol de los gentiles, es como el ramo de acebuche injertado en olivo castizo[[125]](#footnote-125); en frase de nuestro Señor, viene a ser el sarmiento de la vid divina[[126]](#footnote-126), que es el Hijo de Dios, participa de su vida, se abreva y se nutre del rocío del Espíritu Santo.

Si por la gracia recibimos una nueva naturaleza celestial, ¿qué no deberemos hacer para lograrla, conservarla y vivir en conformidad con ella? Sería respetar poquísimo la dignidad humana comportarse como los animales, abandonándose a los mismos goces y pasiones que ellos. Sería ciertamente vergonzoso para un hombre, si el hecho fuera posible, descender al nivel de las bestias, realizando un acto que le privara de su ser racional. Pero ello es absurdo, dado que la imagen de Dios en nuestra alma es imborrable. Mas es posible que el hombre, por la borrachera y, lo que es peor, por el libertinaje, se coloque en tal estado que se parezca más a un animal que a un hombre. Es algo contra la naturaleza y no puede menos de estremecernos. ¿Qué hacer entonces ante el pecado mortal?

Pues no es que oscurezca por un tiempo en nuestra alma la naturaleza celestial, la destruye completamente.

El hombre natural se compone, hablando en términos corrientes, de dos naturalezas, la carnal y la espiritual. Hay en él como dos hombres, el exterior y el interior, o como dice el Apóstol, un hombre mortal y otro inmortal[[127]](#footnote-127). Como no podemos servir al mismo tiempo a las dos naturalezas, debemos sojuzgar la naturaleza carnal a la espiritual. Así como la carne debe estar sujeta al espíritu, así también nuestro espíritu debe servir al Espíritu de Dios y a su gracia; del mismo modo que el espíritu tiene la carne debajo de sí, asimismo tiene la gracia sobre sí. Si se entrega a la carne se rebaja hasta su nivel, se hace carne; si se entrega a la gracia, si se deja penetrar y mover por ella, es elevado hasta Dios, se hace semejante a él. Dice san Agustín[[128]](#footnote-128): “El que ama la tierra, tierra es; el que ama al mundo se confunde con él; el que ama a Dios, ¿quién diré que es, hermanos míos? No seré yo, sino la palabra divina la que nos enseñe: “Dije, vosotros sois dioses e hijos del Altísimo”[[129]](#footnote-129). En la medida en que colaboremos con la gracia o tendamos hacia el Autor de la misma, hacia el Padre de las luces, nos veremos llenos de su claridad y de su gloria, transportados hacia él, nos haremos participantes de su naturaleza. Es abominable el que, pudiendo elevarse uno tan alto en alas de la caridad celestial, prefiera arrastrarse en el fango de los placeres carnales.

La gracia debe ser para nosotros objeto de un legítimo orgullo. Haciéndonos pertenecer a un linaje celestial, debe llenar nuestro corazón de nobles sentimientos. Pero no debemos perder de vista que esta nueva naturaleza es algo gratuito, otorgado por pura condescendencia de Dios.

Olvidó esto Lucifer cuando se vio envuelto en los esplendores de su beldad celeste; lo olvidó Eva en el paraíso, al dejarse seducir por la misma tentación. Para que a nuestra vez no nos olvidáramos de ellos no quiso Dios concedernos todas las gracias que hacían disfrutar a nuestros primeros padres de una paz perfecta, cual si no tuvieran naturaleza carnal[[130]](#footnote-130). Para que nos mantuviéramos humildes, nos hace sentir que procedemos del barro de la tierra[[131]](#footnote-131). Como el Apóstol, en cierto modo hemos sido elevados al tercer cielo, pero, como a él, Dios nos ha dado el aguijón de la carne que nos castiga[[132]](#footnote-132), nos humilla y nos mantiene en una saludable compunción.

Esta humillación no es como para quitamos el orgullo de nuestra condición. La virtud de la gracia obra en nuestra debilidad, triunfa de ella y la consumará un día en la gloria celestial. Podemos decir con el Apóstol: “Me glorío en mis flaquezas, para que la virtud de Cristo habite en mí; me complazco en mis miserias, ya que cuando soy débil, entonces soy fuerte”[[133]](#footnote-133)

Capítulo XI:

En cierto sentido la gracia es infinita

La nueva naturaleza que nos confiere la gracia posee el privilegio único de ser en cierto modo algo infinito, como participación que es de la naturaleza infinita de Dios.

Todas las otras naturalezas, lo hemos dicho ya, son como refracciones de la luz divina; por el contrario, la gracia es un rayo puro y entero, que saca al alma de su marco natural y de su medio para permitirle la visión de Dios en su esencia infinita. No se concibe que esto sea posible sin que ella contenga algo del poder infinito de Dios. En tal supuesto, su valor iguala en cierta manera al bien infinito que confiere.

Las criaturas, sin excepción, tienen en su perfección un límite del que no pueden pasar. Cuando se ven libres de toda escoria, les es imposible seguir perfeccionándose. Cada planta llega a una altura determinada en donde se detiene. Los diversos animales crecen hasta que sus cuerpos se desarrollen y se forme su organismo; una vez alcanzado ese término, no les es posible seguir avanzando; cuando han vivido su tiempo, comienza su decadencia y sobreviene la muerte. Las mismas criaturas racionales, según su naturaleza, tienen un límite en la línea de la perfección: progresan mientras se desarrollan sus fuerzas naturales; como éstas son limitadas, también el desarrollo se detendrá en un punto determinado.

Sólo la gracia desconoce fronteras. Rayo de la naturaleza divina que cae sobre nuestra alma, no conoce otra medida y limitación que la infinidad de Dios y, por tanto, puede crecer de día en día, a cada instante, y enriquecerse sin cesar; nunca traspasará sus límites, pues no los tiene. Siempre será gracia y participación de la naturaleza divina. Se hace más y más lo que es y lo que debe ser.

¿Qué es capaz de poner límite al amor sobrenatural? -se pregunta el Ángel de la Escuela[[134]](#footnote-134). Otro tanto pasa con la gracia, que crece con él. La gracia tiene su origen en el poder eterno e infinito de Dios; no es sino una participación de la infinita santidad divina. Si el vaso de nuestra naturaleza tiene una capacidad limitada, una vez elevado sobre su condición, aumenta infinitamente esa capacidad. Toda medida de gracia que recibe lo hace apto para una medida ulterior mayor todavía; todo aumento prepara un nuevo aumento; cuanto más sube, más se hace susceptible de seguir creciendo.

En si, un aumento de gracia es infinitamente precioso, un tesoro preferible a todos los tesoros de la tierra; con el Apóstol todo lo debemos reputar como pérdida con tal que logremos a Cristo y su gracia. La preciosidad de este tesoro radica en que es un capital que crece y se multiplica al infinito. Más esto reclama nuestra colaboración. Una acción sobrenatural cualquiera efectuada en estado de gracia y toda utilización de la gracia ya poseída, máxime cuando la hacemos fructificar, nos hacen acreedores ante Dios de un aumento de nuestro tesoro. De nosotros depende pues el duplicarlo en poco tiempo. En la proporción en que la gracia aumenta, crece también el capital y se multiplica.

El mundo se esfuerza sobremanera o, como él dice, especula con tesón para conseguir dinero de un modo seguro y estable. Uno queda a veces estupefacto al encontrarse con hombres que de la noche para la mañana se han vuelto más ricos que un monarca. ¡Tesoros perecederos que no pueden hacer felices a sus poseedores y que una chispa los puede destruir como si fueran papeles! ¡Y sin embargo los hijos del mundo son más hábiles para sus negocios que los hijos de Dios! ¡Qué vergüenza! Podrían los últimos ganar con mayor facilidad tesoros eternos, obligaciones que se encargaría de reembolsarIas, no un agente de cambio, ni siquiera un potentado, sino el mismo Dios, quien se cuida de recompensar los esfuerzos mediante la plenitud de su gloria y de su felicidad.

La gracia abre un campo tan dilatado a nuestras aspiraciones que podemos dejar a éstas libre curso; basta que apetezcamos sus tesoros, para poseerlos; es suficiente que amemos al autor de la gracia, para que nos los conceda. Y cuanto sean más acendrados el deseo de la gracia y de la gloria y el amor al Padre de todo don, con tanta mayor seguridad los mereceremos. Demostremos pues una santa avidez, olvidémonos como san Pablo de lo que poseemos y tendamos hacia lo que aun se nos escapa[[135]](#footnote-135). Es más ventajoso para nuestra alma que nos preocupemos de los tesoros que están por adquirirse que de hacer el balance· de lo ya logrado. Con rapidez corría el Apóstol por la vía de la perfección[[136]](#footnote-136); en cambio, tú no te apresuras, detienes tu arranque, cual si te bastara una partecita insignificante de los bienes eternos. Muchas buenas obras había practicado el Apóstol, sufrido lo indecible y realizado numerosos milagros; pudo haber considerado todo esto como prenda de una perfección insigne. Mas no cree haber llegado al límite último, sino que cada día se esfuerza por mejorar, por ser más perfecto. Es algo infinito lo que te falta e insignificante lo que hasta el presente has conseguido. Dios, tan generoso de sus dones y de sí mismo, no cesa de aumentar tu modesto haber durante todo el tiempo en que tú sigues avanzando y respondiendo a su amor con el tuyo. ¿Por qué inferir a tu Señor, a ti mismo y a la gracia la injuria del rechazo? Acuérdate de la mujer de Lot; en lugar de mirar adelante, volvió su vista y quedó convertida en una columna de sal[[137]](#footnote-137). Que este ejemplo te devuelva el juicio y te haga avanzar con cautela.

El menor objeto codiciado causa al avaro más tormento que gozo le procuran todos sus tesoros. No se inquieta por lo que posee, pues lo olvida; persigue en cambio sin tregua lo que le falta. “Es de notar -dice san Isidoro- que todas las otras pasiones tienen su momento de auge y luego decaen hasta morir; el amor del dinero no conoce término, desprecia la saciedad, no conoce goce alguno; jamás muere, cada día es más vigoroso, más violento”[[138]](#footnote-138).

Si con tanto celo tendiéramos hacia los bienes de la gracia, nos haríamos ricos de verdad. Por eso nuestra lentitud no tiene excusa. ¿O es que, a semejanza del avaro, tememos ser desdichados a causa de un afán desenfrenado? Al avaro le hace desdichado su codicia, porque no goza de lo adquirido y porque en fin de cuentas tiene que perderlo todo. Por el contrario, el santo deseo de la gracia nos conduce al eterno reposo en Dios; allí nos saciaremos en la medida en que lo hubiéremos deseado. Nada nos impide regocijarnos de lo ya poseído; nuestro deseo irá creciendo a medida que vayamos experimentando que servimos a un Señor tan bueno.

Capítulo XII:

La gracia y la Encarnación del Hijo de Dios

Son tan grandes y tan bellas las maravillas descritas hasta aquí que podría parecer imposible hallar nada más elevado fuera de Dios. Como son en cierta manera infinitas, no podríamos concebir, sin una revelación de Dios, guiados por la luz de la razón y aun por la luz de la fe, maravillas más estupendas. Pero se nos han revelado dos misterios que, sin duda alguna, superan al de la gracia. Helos aquí: “el misterio de la Encarnación del Verbo” y el de la “maternidad divina de María”[[139]](#footnote-139).

Cuanto más consideramos el sentido de estos profundos misterios, vemos tanto mejor que el misterio inigualable de la gracia es colocado en todo su esplendor y recibe una gloria muy especial.

En virtud de la encarnación, la naturaleza humana de Cristo se une en una sola y misma persona con el Verbo divino. Dios es verdaderamente hombre, y un hombre es verdaderamente Dios. La naturaleza humana no se trueca en divina, sino que, desprovista de subsistencia, se incorpora a la segunda persona de la divinidad. Ello tiene lugar de un modo tan portentoso que la naturaleza humana le pertenece y queda revestida de una dignidad divina. La gracia no nos cambia en Dios, sino que conservamos nuestra naturaleza y nuestra personalidad; pero nos diviniza en el sentido de que nos hace semejantes a la naturaleza de Dios por una propiedad divinizante. La elevación de la naturaleza humana de Cristo a la dignidad de verdadero Dios es de consiguiente infinitamente superior a nuestra unión a Dios por la gracia.

Esta elevación de la naturaleza humana de Cristo, si la consideramos con más atención, no es un honor tributado a una persona creada, ya que en Cristo no existía tal persona. Es más bien un abajamiento de Dios, puesto que desciende de su trono para apropiarse una naturaleza humana. No afirmamos que un hombre se ha convertido en Dios, sino que Dios se ha hecho hombre. Al contrario, por la gracia una persona creada, el hombre, sin ser ni hacerse Dios, participa no obstante de la naturaleza divina; bajo este aspecto en cierto modo admiramos más la gracia que la Encarnación.

Se pregunta san Pedro Crisólogo: “¿Qué es más asombroso, que Dios se dé a la tierra o que nos dé el cielo; que se comunique con nuestra carne o que nos introduzca en la comunión de su divinidad; que nazca en forma de siervo o que nos engendre en la calidad de hijos libres; que adopte nuestra miseria o que nos haga sus herederos, coherederos de su único Hijo? Sí, lo que más es de maravillar, es que la tierra se cambie en cielo, que el hombre sea transformado por la divinidad, que los siervos tengan derecho a la herencia”[[140]](#footnote-140). En otro lugar el mismo santo explica: “Es tan grande la condescendencia de Dios con nosotros que la criatura no sabe qué admirar más, el que Dios haya bajado en nuestra naturaleza de siervo, o el que nos haya elevado por su fuerza potente a la dignidad de su divinidad”[[141]](#footnote-141).

La elevación del hombre por la gracia contrabalancea por así decirlo el abatimiento de Dios en la Encarnación, pues cuanto más desciende más sube el hombre. Entre Dios y nosotros hay un intercambio estupendo; adopta él nuestra naturaleza humana, participamos nosotros de su naturaleza divina. Por tal motivo la Iglesia pone en boca del sacerdote esta oración: “Oh Dios, haz que participemos de la divinidad de aquél que se dignó hacerse participante de nuestra humanidad.”

El Hijo de Dios se hizo hombre, según nos lo enseñan los Padres, para darnos la gracia y elevarnos mediante ella. “Dios se hizo hombre, para que el hombre se haga Dios”, dice san Agustín[[142]](#footnote-142). “El Hijo de Dios se ha convertido en hijo del hombre, para que el hijo del hombre se convierta en Hijo de Dios”; así se han expresado con san Agustín muchos otros doctores[[143]](#footnote-143), haciéndose eco de las palabras del Apóstol: “Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos nosotros la gracia de la adopción”[[144]](#footnote-144).

En torno a este lugar, teje san Fulgencio un bellísimo comentario: “Ha nacido Dios del hombre para que los hombres nacieran de Dios. Cristo, Hijo de Dios, por primera vez nació de Dios, por segunda vez del hombre. Nosotros nacemos primeramente del hombre y después de Dios. Porque Dios, al nacer de su madre, adopta la verdad de la carne, por eso en la regeneración del bautismo, puede darnos el Espíritu que nos hace hijos de Dios. Cristo, en su segundo nacimiento, llegó a ser por la gracia lo que no era por naturaleza, para que nosotros llegáramos a ser por la gracia de nuestro segundo nacimiento lo que no éramos por naturaleza, esto es, por nuestro primer nacimiento. A trueque de haberse hecho hombre, Dios nos ha traído la gracia, la que recibimos gratuitamente para que, por el don de Dios nacido de la carne, nos hagamos participantes de la naturaleza divina”[[145]](#footnote-145). Es tan verdadero que Dios ha nacido del hombre y que ha adoptado nuestra naturaleza como el que la naturaleza divina se nos ha comunicado; pero siempre hay que dejar a salvo esta diferencia: el Hijo de Dios no adoptó una propiedad sino la esencia de la naturaleza humana, mientras que nosotros participamos de la naturaleza divina mediante la recepción de una cualidad propia de Dios.

Dios, al encarnarse, se abaja tanto, cuanto es el abismo que lo separa de su criatura; el hombre, al ser divinizado (es lo que pretendía Dios al humillarse tanto) es elevado asimismo a una altura infinita, incomprensible.

Hemos considerado la humanidad de Cristo en su unión personal con el Hijo de Dios; podemos considerarla también en los atributos que le confiere su dignidad divina. Sigue manifestándose aquí la misteriosa grandeza de la gracia. A pesar de su sabiduría y su poder, no podía dar Dios al alma de la humanidad de Cristo una condición diferente de la que tocó en suerte a nuestra alma por la gracia[[146]](#footnote-146). No puede encontrarse en una criatura condición más elevada, puesto que por ella se diviniza y, en la mayor medida posible, se hace participante de la naturaleza divina. Sólo existe una diferencia entre el alma de Cristo y la nuestra: el alma humana del Verbo Encarnado exige la gracia, no la recibe en calidad de don, sino como un derecho pleno y con una riqueza incomparable, tal que todas las criaturas pueden saciarse de ella; hay que agregar que esta gracia no la puede perder. En cambio nuestra alma recibe la gracia de Cristo como un beneficio enteramente gratuito y en forma limitada; además, la puede perder con facilidad por el pecado.

Es pues innegable que la Encarnación es un misterio más elevado que la gracia. Mas el lazo que une estos dos misterios es tan notable que la gracia, lejos de quedar en la sombra, recibe todo su esplendor de dicha unión.

Agreguemos que la gracia, tal como nos es comunicada por Cristo, se enriquece con una dignidad y una magnificencia nuevas.

“La dignidad divina que la humanidad de Cristo posee en virtud de su unión personal con el Verbo se comunica a todos los miembros del linaje. La humanidad de Cristo vino a ser el cuerpo propio del Verbo y el linaje humano regenerado viene a ser el cuerpo místico del Hijo de Dios encarnado”[[147]](#footnote-147). Como Adán, con más propiedad aún, Cristo es el Jefe de la humanidad, y nosotros somos los miembros de Cristo[[148]](#footnote-148). Por lo mismo que somos una cosa con él, tenemos ya una dignidad sobrenatural, y así como él posee derecho a la gracia, también tenemos nosotros por él derecho a recibirla. Así la gracia llega a ser la propiedad del género humano; la humanidad la posee como cosa que le viene de su Jefe divino. Cristo es la vid celestial, toda repleta de la savia de la vida divina; nosotros somos los sarmientos que se benefician.

Exclama san León: “Cristiano, reconoce tu dignidad”[[149]](#footnote-149); reconoce que, como cristiano, en naturaleza y en dignidad aventajas a los ángeles. Estos tienen parentesco con Dios, aquellos participan de la naturaleza divina. Tú lo eres doblemente, puesto que Dios adoptó además tu naturaleza. Si pudieran estar celosos estos espíritus santos y puros lo estarían. “Dios no asumió ni a los ángeles ni a los arcángeles, sino la posteridad de Abrahán”[[150]](#footnote-150); se nos ha dado mirar a Dios como a uno de nosotros; ellos no pueden alegar semejante distinción; podemos asimismo llamarle hermano nuestro. “Serían insensatos los que prefirieran ser más bien ángeles que hombres”, dice el venerable monje Job[[151]](#footnote-151). No ignoramos que los ángeles están exentos de los sufrimientos y de la muerte, pero con todo no tienen a Dios por hermano; y aún cuando nosotros estemos expuestos a tantas asechanzas, el honor que Dios nos hiciera cargando con nuestra pobre naturaleza y todas nuestras miserias es como para que nos consolemos. ¡Sería el colmo de la irreverencia despreciar tal honor!

Cristiano, esfuérzate por no profanar tu dignidad divina. Que no se diga de un hermano de Cristo lo que no conviene ni a un hombre ni a un ángel, sino tan sólo a un demonio. Pertenece por entero, con todos tus pensamientos, tus palabras, tus obras, a aquél que, entrando en nuestra carne, nos adoptó como suyos. Sigamos la exhortación de san Juan Crisóstomo: “Honremos nuestra cabeza; consideremos cuyos miembros somos. Procuremos aventajar en virtud a los ángeles y los arcángeles, ya que Dios, al asumir nuestra naturaleza, la asumió por entero”[[152]](#footnote-152). El santo continúa explayándose en este sentido y termina con el siguiente gemido: “¿Es posible que el cuerpo del que él es la cabeza sea echado a los demonios y profanado por ellos sin que ni siquiera nos conmovamos?”.

Por el bautismo nos alistamos en el cuerpo místico de Cristo. Como signo y prenda de nuestra unión con él recibimos el carácter sacramental. Nos pertenecemos a Cristo y Cristo nos pertenece; somos verdaderamente cristianos, es decir en cierta manera el mismo Cristo, pues formamos con él un solo cuerpo. El carácter que en nuestra alma se imprime es indeleble; por larga que sea nuestra vida, nos da derecho a la gracia de Dios, puesto que el cuerpo de Cristo debe estar lleno de la vida gloriosa de Cristo[[153]](#footnote-153). Mas no poseemos tal derecho si no es a condición de comportarnos como Cristo lo desea. El pecado es ya una gran falta, porque arroja la gracia de nuestra naturaleza; pero es mucho mayor todavía, porque a un miembro de Cristo arrebata su vida celestial. Dejarnos privar de la gracia, rehusarla con ligereza, vendernos con ella al demonio, es cosa tanto más culpable cuanto que dicha gracia nos pertenecía en propiedad y cuanto que, por el carácter sacramental, teníamos la garantía de Cristo de que ningún poder del cielo ni de la tierra sería capaz de despojarnos de ella. Bueno será que prestemos atención a san Gregorio Nacianceno, que nos enseña a combatir los ataques del demonio: “Si te tienta por el orgullo, si en un instante te muestra todos los reinos del mundo como si le pertenecieran y te los ofrece a condición de que le adores, desprecia a este miserable, confía en el sello que llevas impreso en tu alma y dile: ‘Soy la imagen de Dios, pero no como tú un caído, por el orgullo, de la gloria celestial; estoy revestido de Cristo, adórame!’. Quedará vencido con estas palabras y lleno de confusión volverá a las tinieblas”[[154]](#footnote-154).

Piensa finalmente, oh cristiano, que sin la gracia la dignidad de miembro de Cristo no te servirá de nada. La gracia es la que da su valor a esta dignidad; sin ella te ayudaría a perderte. El pertenecer a Cristo por el sello del bautismo te aprovechará únicamente si participas de su espíritu y de su vida. Indudablemente es un gran honor ser miembro de Cristo; pero la confusión será tanto mayor si eres un miembro muerto. En tal caso, serás cortado del cuerpo, sin que por esto pierdas jamás la señal con que fuiste marcado. Ese carácter ya no será signo de bendición, sino de maldición y de condenación.

La gracia hace de ti miembro vivo de Cristo, proporcionándote la participación de su naturaleza divina, y no puede ser sino prenda de bendición. Hace que por el momento participes de sus sufrimientos y de su muerte; pronto llegará el día en que te hará participar de su gloria. Entonces te unirás a Cristo por toda la eternidad y poseerás en él la bienaventuranza celeste. Por la gracia ganas a Cristo; si la pierdes, le pierdes por completo.

¿Qué no harías porque Cristo, el Hombre-Dios, nuestro rey, nuestro padre y nuestro hermano, cabeza, corona y alegría de nuestra raza, no fuera llevado de este mundo? Si pierdes la gracia, para ti él está perdido. Que tu único temor sea el separarte de Cristo; tu único deseo, el unirte a él perfectamente por la gracia. “Considerémoslo todo como sombra, vanidad, quimera”, dice san Gregorio Niseno, “pues en comparación de la gracia nada significa”[[155]](#footnote-155).

Capítulo XIII:

La gracia y la dignidad de la Madre de Dios

En el misterio de la Encarnación es elevada a la dignidad divina una persona humana, sino una ‘naturaleza’ humana. La maternidad divina es una dignidad sobrenatural que recae sobre una ‘persona humana’. Por lo tanto, se la puede comparar más fácilmente con la dignidad que los hombres reciben por la gracia.

Para evitar cualquiera equivocación, es preciso sostener con firmeza que en María “la gracia no puede separarse de la dignidad de su maternidad divina”[[156]](#footnote-156). Ahí radica el sentido profundo del dogma de la Inmaculada Concepción, después de tanta espera definida por la santa Iglesia con gran regocijo de todos sus hijos. La Madre de Dios no ha estado privada ni un solo instante de su gracia. “Dios se le unió de una manera inseparable”, decía ya en el siglo III el santo obispo mártir Metodio. Habiendo dado al Hijo de Dios su naturaleza humana, más que ninguna otra criatura tiene derecho a participar por la gracia de la naturaleza divina de su Hijo. Durante nueve meses forma ella, por así decirlo, con el Hijo concebido en su seno, una persona; son idénticos sus derechos, sus bienes, su santidad. María es la mujer que viera san Juan en el Apocalipsis[[157]](#footnote-157), la que no solamente recibe la luz del sol, sino que es revestida del mismo sol.

La gracia que llena su alma tiene, sobre todas las criaturas, la prerrogativa única de serle acordada por un privilegio especialísimo. Al igual que su Hijo, posee la gracia bajo un aspecto tan necesario que no puede estar privada de la misma; la tiene en tal abundancia y plenitud que todos nosotros podemos surtirnos de ella; su Hijo ha sido llamado lleno de gracia y de verdad; también ella fue llamada por el ángel llena de gracia[[158]](#footnote-158). Su hijo es por naturaleza el Hijo único de Dios Padre; ella es la hija muy amada[[159]](#footnote-159).

Si consideramos la dignidad de María, cómo en ella la maternidad divina se une a la gracia y cómo la gracia a la maternidad, veremos que nos es imposible comparar nuestra dignidad con la suya. Pero si olvidamos un instante que estos dos privilegios están unidos, si consideramos únicamente la maternidad en sí misma sin relacionarla con la gracia, podemos afirmar, sin temor de causar injuria a la Madre de Dios, que la gracia es un bien mayor y que le confiere una dignidad superior a la que encierra la maternidad divina.

Madre de Dios según la carne, María supera infinitamente a toda criatura. Tiene el derecho de ser amada y respetada por su Hijo, de ser venerada por los ángeles, servida por los hombres; todo le está sometido. Pero preferiría estar privada de todo ello, con gusto sacrificaría los honores de la maternidad, antes que perder la gracia. Escogería ser por gracia hija de Dios antes que ser Madre de Dios por naturaleza, pues sabe perfectamente que Jesús, aun cuando la ama con amor incomparable, amaría no obstante más a otra alma, si la hallara más rica de gracia.

Esto es lo que Nuestro Señor quiso decir cuando se le anunció la llegada de su madre y de sus parientes. En tal oportunidad salieron de sus labios estas asombrosas palabras: “¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?” Y mostrando a sus discípulos: “He aquí mi madre y mis hermanos; el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”[[160]](#footnote-160).

Y en otra ocasión, como una mujer del pueblo alabara a su Madre con estas palabras: “Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron”, dio esta significativa respuesta: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra”[[161]](#footnote-161).

De seguro que Nuestro Señor no pretendía renegar de su madre, ni ofenderla. Quería sencillamente manifestar que ni siquiera María podía ser digna de él, si no cumplía de un modo perfecto la voluntad del Padre celestial, si no escuchaba su palabra y no poseía en la misma medida la gracia de Dios. Si, por un imposible, María quedara en esto inferior a otra alma, tendría ésta la preferencia de Jesús.

En efecto, María dio a luz al Salvador según la carne. Por haber recibido en sí al Verbo eterno y por haberlo revestido de forma humana, tenía con él cierto parentesco natural. Mas cuando recibió en su alma la palabra de Dios, igualmente concibió y dio a luz a su Hijo en su espíritu y en algún modo lo revistió del reflejo de la naturaleza divina, que ella había recibido por la gracia; esto es lo que originó un parentesco celestial con su Hijo. Este parentesco es inseparable del primero; así y todo, siempre será verdad lo que escribía san Agustín: “Ninguna ventaja habría logrado la Virgen de la maternidad, de no haber llegado a considerarse más dichosa por llevar a Cristo en el espíritu que en la carne”[[162]](#footnote-162). De ello no se sigue que la maternidad corporal de María no tenga para ella valor alguno. Pero su privilegio más hermoso consiste en que esta maternidad es inseparable de la gracia, que por otro lado la acompaña necesariamente.

Si la maternidad divina de María, sin la gracia, le hubiera resultado inútil, de modo que habría ella preferido esta segunda dignidad a la primera, ¿con qué podremos comparar entonces la dignidad de la gracia divina? ¿Por qué queremos parecer grandes a los ojos de los hombres y nos despreocupamos de ver inscrito nuestro nombre en el libro de la vida?[[163]](#footnote-163). ¿Cómo podemos gloriarnos de alguna ventaja corporal con relación a nuestro semejante, siendo así que por la gracia podemos excederle, ya que nuestro Señor en persona nos coloca en el mismo plano que a su Madre?

Por la gracia nos hacemos verdadera y misteriosamente semejantes a la Madre de Dios. No podía el Hijo de Dios adornar el alma de su Madre, como tampoco la suya, con una perfección específicamente superior a la que nosotros recibimos por la gracia, aunque sí le podía conferir una plenitud muy superior a la nuestra. Más aún, por la gracia, se reproduce en nosotros en cierto modo el misterio de la maternidad divina. El mismo espíritu que descendió al seno de María para hacerlo fecundo, desciende sobre nuestra alma para formar allí espiritualmente al Hijo de Dios. María se hizo Madre de Dios según la carne y según el espíritu, cuando escuchó la palabra del ángel y cumplió la voluntad del Padre celestial. También a nosotros quiere darnos su gracia, a condición de que aceptemos por la fe la palabra de Dios y de que le obedezcamos; entonces nuestra alma reproduce en sí misma al Hijo de Dios según el espíritu. Agreguemos que Cristo, según la carne, viene a nosotros en la comunión y habita en nosotros, como habitó en María durante nueve meses. Quiere ser una cosa con nosotros en la carne, como lo fue con su Madre. ¿Hemos de asombrarnos pues de la palabra de Jesús: “El que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi madre, mi hermano, mi hermana?” Seamos reconocidos a Dios por su gracia inefable y cantemos con María: “Que mi alma alabe al Señor, que mi espíritu se regocije en Dios mi Salvador; puesto que ha obrado en mí cosas grandes el que es todopoderoso”[[164]](#footnote-164).

Con motivo de su maternidad, María debía ser toda pura y toda santa; ni la sombra de pecado podía acercarse a ella. Nos repugna hasta pensar que hubiera podido ofender al Hijo con la menor falta, mucho más con una ofensa grave. Nuestra unión con Cristo debe bastarnos para conceptuar como un mal inconmensurable el menor pecado.

No quiero omitir una postrera consideración, un pensamiento consolador. María nos aventaja en grandeza porque es Madre de Dios, pero también es Madre nuestra[[165]](#footnote-165). ¿Cómo la Madre de Dios es Madre nuestra? No según la naturaleza humana, pues ésta la hemos recibido, no de ella, sino de Eva. Es Madre nuestra, en cuanto somos nosotros hermanos de su Hijo único, miembros vivos del cuerpo de éste; por lo tanto es Madre nuestra según la gracia. Efectivamente, en el orden de la gracia sólo podemos tener a Dios Padre; de consiguiente, nadie que no sea la Madre de Dios puede ser Madre nuestra.

Queda transportado nuestro corazón al pensar que la Reina del cielo y de la tierra es nuestra Madre. Nos sobra razón para agradecerle herencia que por ella nos viene, su amor maternal, la imagen que imprime en nuestra alma al hacernos semejantes a ella y a su Hijo. Debemos amar a nuestra Madre. Con nada le mostraremos mejor nuestro reconocimiento que con el esfuerzo por preservar y conservar en nosotros la gracia que nos da mediante su Hijo. ¡No nos hagamos indignos de nuestra Madre; no rechacemos el honor de ser hijos suyos perdiendo la gracia!

Capítulo XIV:

Del aprecio en que Dios tiene la gracia

Cristiano, con lo que escuchaste ya, estás en disposición de creer, de comprender, hasta qué punto es preciosa la gracia. Si todo ello no ha producido en ti afecto alguno, sea porque es algo invisible a tus ojos, sea porque los atractivos de los bienes tangibles te tienen encadenado, al menos aprende a conocer el valor de la gracia por el aprecio que de ella hace el mismo Dios. Y si ni esto puedes alcanzar, somete tu espíritu a la fe con sumisión, haz tuyo el juicio de Dios, pesa el valor de la gracia en la infalible balanza del Señor.

¿Qué te parece? ¿Acaso Dios en su sabiduría, en su poder, en su bondad, podía hacer más de lo que ha hecho para darte la gracia? ¿Podía comunicarte algo mayor de lo que te ha dado? Nada escatimó, nos dio a su Hijo único, su propia sangre, su propia vida.

Gracias a la infinita dignidad de su persona divina, la vida humana de Cristo es una vida divina; no podía ser sacrificada ésta sino para comprar otra vida divina. El Hijo de Dios no habría dado su vida, ni siquiera una gota de su sangre, por la tierra con toda su variedad de seres vivientes, por el cielo con todo su esplendor. Pero, de atenernos a la afirmación de los teólogos, no se habrían malogrado la encarnación y la muerte del Hijo de Dios, aun cuando hubieran merecido la gracia a una sola alma humana. Al ofrecer pues su propia vida por nosotros, el Hijo de Dios quería demostrarnos que nos conseguía la vida de hijos de Dios y que la gracia con que pretendía adornar nuestras almas valía lo que su sangre divina. Si su vida corporal es de una dignidad infinita, porque pertenece a una persona divina, la vida de la gracia tiene un valor infinito, porque nos hace participantes de la naturaleza divina.

Una vil traición había despojado al hombre de la gracia que Dios le confirió por amor. Con el mismo amor, y mayor todavía, Dios se la quiso dispensar nuevamente; a este fin sacrificó cuanto su sabiduría infinita podía permitirle. Concibió un plan tan atrevido que dejó estupefactos a los moradores del cielo. Determinó hacerse hombre para devolver a los hombres la dignidad de hijos de Dios, haciendo que tornaran así a la casa paterna. Mira cómo el Hijo de Dios abandona el trono de su Padre y cómo se encierra en el seno de una mujer. ¡Obsérvalo bien! No se detiene entre los ángeles, sino que se abaja hasta tomar sobre sí los sufrimientos y las miserias de la naturaleza humana. No vayas a creer que a tan alto precio va a comprar su propia salvación, su bienestar, su gloria, su divinidad. Nada de eso, quería ganar en esta tierra la gracia que aquí se estima tan poco, y no pensó que por ella pagaba un precio demasiado elevado, al sacrificarse tanto. La compró, no para sí, sino para nosotros. Ahora bien, no se sacrifica uno inútilmente cuando se trata de adquirir bienes para otros. Se desprende pues que Dios juzgó bien el precio de la gracia inestimable para someterse a semejante humillación.

Si el Hijo de Dios, que en su sabiduría juzga de todas las cosas, ha querido pagar tan caro nuestra gracia, avergoncémonos de despreciarla tan atolondradamente. Debiera ser para nosotros cosa más terrible que el infierno el vivir un instante sin gracia. ¿Cómo podemos, estando en pecado, dormir en paz, comer, solazarnos durante días, semanas y meses? El Señor se aniquiló por nosotros, para devolvernos la gracia perdida. ¡Y nosotros la destruimos con nuestras faltas, la sacrificamos por una sombra de vanagloria o un placer miserable! ¿Es posible que apreciemos tan poco una cosa a la que Dios fijó un precio tan alto?

No se contentó Cristo con bajar a la tierra, sino que quiso sufrir y trabajar a lo largo de treinta años en la naturaleza humana. Siendo como era Hijo de Dios, aun en su naturaleza humana, todas sus acciones tenían un mérito infinito[[166]](#footnote-166); uno sola gota de su sangre preciosa, un acto de amor para con su Padre celestial, cualquier obra realizada por su gloria, hubiera bastado para devolvernos la gracia[[167]](#footnote-167). Mas, para que comprendiéramos el valor de la misma, quiso hacernos ver que un Hombre-Dios no podía obrar ni sufrir demasiado por ella. Sufrió cuanto un hombre puede sufrir; puede decirse que infinitamente, no sólo por lo que hace a su dignidad, sino también por la intensidad del sufrimiento[[168]](#footnote-168). Para saciarnos con el pan de su gracia, ayunó cuarenta días; para revestirnos de la gracia, entregó su cuerpo a los azotes; para adornarnos con la corona de la gracia, se dejó coronar de espinas; para empapar nuestra alma con el agua celeste de la gracia, se dejó atravesar las manos y los pies; finalmente, para elevarnos a su trono y darnos la vida divina, sacrificó su vida sobre el patíbulo de la cruz.

Mira, cristiano, y juzga; ¿puede ser fútil lo que el Hijo de Dios te ha conseguido con tanto trabajo? Fácilmente crees a los hombres que prometen la libertad, el bienestar, los honores, y que se proclaman bienhechores de la humanidad. Pero, fíjate; basta que se trate de sacrificarse para que se excusen; he ahí la piedra de toque de su mérito y de su filantropía. ¿Por qué entonces no has de tener fe en tu Salvador que se ha sacrificado?

Si Cristo te dijera que para merecer la gracia debes sufrirlo todo, debieras creerle. ¡Cuánto más debes estimar el precio de la misma, viéndole sufrir lo indecible por conseguírtela! Si crees esto, comprenderás que la pena más insignificante, sufrida con miras a la gracia, es nada en comparación de su valor. Si tuvieras que sufrir todas las penas del infierno, con todo ello serías incapaz de merecer un átomo de ese don. Agradece pues al Salvador el haber sufrido por ti; procura asemejarte a él en el sufrimiento para demostrarle que aprecias su gracia.

No contento con darnos su vida, para derramar la gracia entre los hombres, instituyó Cristo un sacramento y un sacrificio en los que se contiene nada menos que su propio cuerpo y su propia sangre. No le bastó nacer, morir y ser sepultado una sola vez. Misteriosamente, quiso renacer millares de veces, de continuo, en todo el mundo, mediante las manos sacerdotales; sobre los altares de la santa Iglesia quiso renovar el sacrificio de la cruz y renovar el acto de la sepultura en el corazón de los fieles. ¡Cuántas ofensas e injurias no ha tenido que sufrir en este sacramento! ¡Unas veces lo profanan las manos de sacerdotes indignos, otras tiene que estar en tabernáculos descuidados, cuando no en corazones manchados por el pecado! ¿Cuál es la razón de estas innumerables idas y venidas del cielo a la tierra? Es el celo ilimitado del Hijo de Dios, que desea darnos la gracia. Este proceder contrasta con nuestra ceguedad, pues apenas damos un paso por conseguirla; al contrario, corremos tras todo aquello que nos la arrebata.

Si el valor real de la gracia no iguala al precio que por ella se pagó, el recuerdo de esta compra tan costosa debiera hacerla infinitamente preciosa a nuestros ojos. Cuanto más nos ha costado la adquisición de un objeto tanto en más lo estimamos. En una de sus expediciones militares, hallábase David atormentado por la sed. Algunos de sus valientes soldados expusieron su vida para procurarle unos sorbos de agua. Estimó tanto David el precio de esta agua que no osó beberla, sino que la ofreció en libación al Señor[[169]](#footnote-169). Los guerreros no habían perdido la vida, tan sólo la habían expuesto. ¡Cómo, deberemos estimar nosotros el sacrificio que Jesucristo llevó a cabo para conseguirnos la gracia!

Tan preciosa es la gracia que la sangre y la vida de Cristo fueron ofrecidas por ella. Quien la desprecia, no sólo desprecia los tesoros que encierra, sino el precio que por ella pagó Jesucristo. En términos significativos nos lo expone san Eusebio de Emesa[[170]](#footnote-170): “Me siento grande, porque soy; obra de Dios; pero me siento mayor todavía porque he sido comprado a un precio tal que parece valiera lo que Dios”. San Eusebio agrega todavía[[171]](#footnote-171): “No se ha colocado oro, ni un ángel, sino el autor de la gracia en la balanza de la Cruz; con esto se pretendía que el hombre se diera cuenta del rescate con que fue comprado”.

Cada vez que cambias la gracia por el pecado, te burlas del modo más impío e ignominioso de la vida, la sangre y la muerte de tu Dueño y Señor supremo y temible. En un instante consumes los sudores que el amor de Jesús derramó por ti, y arrojas en el abismo del pecado la herencia que te adquirió a tan alto costo.

Bastó una palabra de Dios para crear la luz y todo el esplendor del mundo; con la misma sencillez colocó en el firmamento las estrellas, y en la tierra las plantas y los animales. Por un movimiento de su voluntad dio vida a los ángeles, y procedieron los hombres de un soplo de su boca. Realizó los mayores milagros como jugando, con una palabra, un gesto, una señal, un simple acto de su voluntad. Tres palabras pronunció para resucitar a Lázaro y le bastarían otras tantas para devolver la vida a todos los muertos. Por el contrario, para devolverte la gracia, Dios Todopoderoso emprende una obra que le lleva años de fatigas, de sufrimientos, y le cuesta la muerte. Y lo hizo gustoso, pues sabía que la gracia valía este combate. Dime: ¿durante meses y años seguirías tú caminando sin apartarte de la senda del pecado? ¿Sería pedirte demasiado un pequeño esfuerzo para tu conversión? Crees desentenderte de tus pecados por una rápida confesión, e inmediatamente se te ve alegre como si nada hubiera pasado. No es de extrañar que luego olvides tus resoluciones. ¡Desdichado! ¡El hábito del pecado te ha conducido a esta deplorable ceguera! Como verdadero servidor de Dios, piensa en el precio de tu redención, acércate al sacramento de la reconciliación con el corazón contrito, haz el propósito de corregirte y conservar con el mayor cuidado la gracia recuperada. Recuerda siempre las palabras del Apóstol: “¿Ignoráis que ya no os pertenecéis? Habéis sido comprados a un elevado precio. Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo”[[172]](#footnote-172).

La gracia, en fin, es tan preciosa a los ojos de Dios, que preferiría arrojar sobre el mundo todas las catástrofes antes que verla perdida. Tal vez hayas visto guerras y plagas que en poco tiempo convierten en desierto un rico país. Sobrevienen desdichas que privan de sus bienes y de su honor a familias enteras. Nos encontramos con individuos abrumados de males, con justos que sufren persecución, con malvados que en apariencia triunfan. Dios permite todo esto para incitar a los hombres a que busquen su salvación no en la tierra sino en la gracia. Aun los males, que son ocasión para que algunos insulten su Providencia, Dios los permite, pues todo ello nada supone en comparación de su gracia. Por ellos quiere convertir a los hombres. Habiendo sacrificado a su Unigénito, ¿por qué no destruiría el universo antes de ver la humanidad privada de su gracia?

Sirva lo dicho para demostrarnos el valor de la gracia. Con tal que la conservemos, poco importa que nos dejemos despojar de nuestra reputación y nuestro honor. Si mantenemos ese tesoro, nada nos importe perder nuestras riquezas, nuestros parientes, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestra salud, nuestra vida, el cielo y la tierra. Cristo nos aconseja que vendamos todo por la gracia y que demos nuestros bienes a los pobres y que rompamos los lazos más queridos, que menospreciemos y sacrifiquemos nuestra vida. De todo ello nos dio ejemplo. En efecto, quien hubiere hallado la perla de la gracia, hágase cuenta que consiguió el precio del reino de los cielos, que lo posee todo.

LIBRO SEGUNDO

DE LA MISTERIOSA UNIÓN CON DIOS EN QUE NOS INTRODUCE LA GRACIA

Capítulo I:

Por la gracia recibimos en nuestra alma a la persona del Espíritu Santo

Estudiamos en el primer libro la esencia de la gracia santificante, vimos que ésta es una cualidad de nuestra naturaleza, cualidad grandiosa, sobrenatural, otorgada por Dios, cualidad que nos hace participar de la naturaleza divina y de sus propiedades.

Ya que nuestra naturaleza ha sido elevada y glorificada en semejante grado por la participación de la naturaleza divina, es justo que entremos a formar una unión del todo íntima, misteriosa y viva con Dios; esta unión servirá para que todavía aumente la gloria y el valor de la gracia. El objeto de este segundo libro lo constituirá esta unión misteriosa con Dios.

En el lenguaje de la Escritura y de los Padres, el Espíritu Santo ordinariamente está caracterizado como la persona divina con la que, mediante la gracia, de un modo especial entramos en contacto. Tercera persona de la divinidad, se halla por decirlo así más próxima a nosotros, pues a ella se atribuye en primer lugar y preferentemente la unión de Dios con la criatura y de la criatura con Dios. Además él es el representante personal del amor divino, del que procede. En virtud de este amor se obra la unión de Dios con la criatura; por otro lado, en esta vida nuestra unión con Dios consiste principalmente en el amor que le profesamos. Aquí la santa Trinidad está representada, no cabe duda, por el Espíritu Santo.

Decimos que “el Espíritu Santo viene a nosotros con la gracia, que se nos da en la gracia y que, por la gracia, permanece realmente en nosotros de un modo inefable”[[173]](#footnote-173).

Según el Apóstol, el Espíritu de Dios nos transforma por su virtud en la imagen de Dios[[174]](#footnote-174). Y no lo hace a semejanza del sol que, de lejos, por sus rayos, cambia un globo en su imagen; puesto que es Dios y por lo tanto debe estar presente donde obra. Esclarece nuestra alma a modo de una luz que se encontrara en el interior de un fanal, a imitación del fuego que penetra enteramente un cuerpo y lo pone rusiente. Es como el sello con el que Dios imprime en nuestra alma la imagen de su naturaleza divina y de su santidad. El sello imprime su forma en la cera, mas para ello es necesario el contacto íntimo con ella; el Espíritu Santo no puede darnos su gracia sin que se nos dé él mismo. Como dice el Apóstol: “La caridad de Dios (su mayor don con la gracia) ha sido derramada en nuestros corazones por el Santo Espíritu que se nos dio”[[175]](#footnote-175).

Así como el Espíritu Santo debe venir a nosotros para traernos la gracia, del mismo modo, pero inversamente, la gracia nos lleva al Espíritu Santo, nos une a él. En ella y por ella poseemos al Espíritu Santo.

“Por la gracia santificante -dice santo Tomás- la criatura racional es perfecta para gozar libremente, no sólo de los bienes creados, sino también del Bien increado; por esta razón la misión invisible del Espíritu Santo se efectúa en el don de la gracia santificante; no obstante eso se nos da la misma persona divina”[[176]](#footnote-176).

Estas palabras de santo Tomás no quieren decir que la gracia nos hace aptos para gozar del Espíritu Santo de un modo cualquiera, por el conocimiento y por el amor, a la manera de otros objetos que no nos pertenecen, que no son inherentes a nosotros. Significan que poseemos al Espíritu Santo y gozamos de El como de algo no solamente visto, sino utilizado, no simplemente amado, sino estrechado contra nuestro corazón. Tal vez exprese mejor la profundidad de este misterio la fórmula siguiente: la gracia no sólo nos capacita para conocer, amar y gozar de Dios a través de la hermosura y bondad de la criatura, como de lejos, sino que hace le poseamos inmediatamente en sí mismo, en su sustancia. Es decir, la sustancia divina no sólo es el objeto de nuestro gozo, sino que está presente en nosotros de una manera real e íntima.

Enseñan unánimemente los teólogos que en la otra vida la visión inmediata de Dios es inconcebible sin la presencia real y muy íntima de Dios en nuestra alma[[177]](#footnote-177). Tampoco podemos amar a Dios en esta vida de un modo sobrenatural sin que esté presente de la manera más íntima el objeto de nuestro amor. Dios, objeto de la visión beatífica, es también el verdadero alimento de nuestra alma[[178]](#footnote-178); le está unido tan estrechamente como lo está el alimento al cuerpo. Igualmente, el amor sobrenatural de Dios es ya un verdadero abrazo espiritual por el que le tenemos y guardamos en el profundo de nuestra alma.

Por lo tanto la gracia nos une al Espíritu Santo de dos maneras y por un doble motivo; en primer lugar viene el Espíritu Santo a nosotros como autor de la gracia y con ella; luego, la gracia nos lleva y nos une a él. Se nos aproxima el Espíritu Santo en forma inefablemente íntima, para comunicarnos la gracia y la caridad, participación de la naturaleza y de la santidad divinas, efusión del seno de la divinidad. Asimismo por la gracia nos acercamos a él de un modo maravilloso; en su carácter de participación de la naturaleza divina, la gracia nos pone en la posesión y en el gozo inmediatos de la naturaleza y de las personas divinas.

El Espíritu Santo -y Dios de un modo general- está presente en las cosas naturales, no sólo por su actividad, sino también porque obra por su misma presencia[[179]](#footnote-179). Tratándose de la gracia, su presencia resulta incomparablemente más íntima y de naturaleza enteramente distinta. En las criaturas ordinarias está presente como creador; sin él no podrían existir. En aquéllas que están enriquecidas por la gracia está presente como santificador que se da a ellas, que les abre las profundidades de su propia vida; está en ellas a la manera como Dios Padre está en su Primogénito. El Padre está en el Hijo porque le comunica sustancialmente su naturaleza; el Espíritu Santo está en nosotros porque mediante su gracia nos comunica la participación de la naturaleza divina. La diferencia que existe entre la presencia del Padre eterno en su Hijo y en sus criaturas, esa misma diferencia se da entre la presencia del Espíritu Santo en el alma regenerada y en las simples criaturas. Por más que el Espíritu Santo esté presente en todas sus criaturas, por más que habite como en un inmenso templo en toda la naturaleza creada, cumpliéndose aquello de la Escritura: “El espíritu del Señor ha llenado el universo”[[180]](#footnote-180), no obstante, reside de una manera del todo particular en el alma adornada por la gracia. Tan es así que un gran teólogo no vacila en afirmar que, aun cuando Dios debiera cesar de estar presente en otras criaturas, no por ello dejaría de habitar en las que están en gracia, como tampoco se separaría por ello de la humanidad de Cristo, unida con él en una persona[[181]](#footnote-181). Comparada con el alma regenerada, la creación no puede llamarse templo de Dios; y si le damos este nombre, el alma viene a ser el altar. Diremos todavía más claramente con la Escritura: la creación natural es el escabel de Dios; sólo alcanza a tocar la fimbria de su vestido. Por el contrario, el alma del justo es el trono de Dios, está llena de la gloria divina. Agregaré que el Espíritu le está presente de manera tan estrecha como el alma lo está al corazón que anima y vivifica.

Esta presencia dura en nuestra alma mientras conservamos la gracia. El Espíritu Santo no viene a nosotros de pasada como un huésped, para quedarse algún tiempo con nosotros y marcharse luego. El Salvador rogó al Padre pidiendo “que nos enviara al Consolador, al Espíritu de verdad, para que eternamente se quede can nosotros”[[182]](#footnote-182). Huésped de alta categoría, fija su residencia entre nosotros, dispuesto a no abandonarnos; se irá únicamente, si le arrojamos de nuestro corazón.

¡Maravillosa grandeza de la gracia que hace entrar en nuestra alma a un huésped tan insigne, tan dulce, tan santo, y nos une a él tan íntima e inseparablemente! Si Zacarías se congratulaba por la dicha de haber tenido un rato en su casa al Hijo de Dios humanado, ¡cuánto más felices debemos sentirnos nosotros con la visita del Espíritu Santo que con su divinidad viene, no ya a nuestra casa, sino a lo más delicado de nuestro corazón! Considérense otros dichosos y honrados con la visita de un rey terreno; por lo que a nosotros afecta, con la presencia del Espíritu Santo soportaremos contentos cualquier injuria y deshonor que provenga de los hombres, con tal de conservar siempre en nuestros corazones la gracia divina. “Si por el nombre de Cristo sois despreciados -dice el Príncipe de los Apóstoles- os debéis considerar felices, porque el Espíritu de gloria (y de poder), el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros”[[183]](#footnote-183). Opondremos una santa valentía a todos los ultrajes y a todas las mofas con que nos cubre el mundo, convencidos de que nadie puede arrojar, de nuestras almas a tan noble huésped.

Este huésped no viene tan sólo a honrarnos con su presencia, sino que, es portador de un tesoro incomparable; ese, tesoro es él mismo. O más bien, no es solamente un tesoro, sino la prenda de un tesoro todavía mucho mayor. Así como ahora gozamos del Espíritu Santo en la dulzura de su amor, un día disfrutaremos del Padre y del Hijo en su naturaleza y en su gloria divinas. Dice el Apóstol: “El es la prenda de nuestra herencia”[[184]](#footnote-184). Como esta herencia se confunde con Dios, la prenda no puede menos de ser Dios. Sólo una fianza divina puede garantizarnos una herencia divina y darnos por anticipado gozar de Dios.

¡Ay! ¡Qué poca cuenta nos damos del valor de este tesoro, de la esperanza que nos acarrea esta prenda divina! ¡Apenas nos esforzamos por apreciarlo! Sólo se goza del Espíritu Santo, espíritu de amor divino, en la medida en que dicho amor se recibe. Cuanto más le amemos, tanto más se nos acerca; cuanto más se introduce en nuestra alma, experimentamos más su celestial dulzura, crece más en nosotros el deseo y la confianza de poseer un día; no solamente la prenda, la fianza, sino el tesoro de Dios todo entero. En cambio, si no cultivamos este amor; somos nosotros los que tenemos la culpa de no percibir en nuestra alma la presencia del Espíritu Santo; a fe que merecemos perderlo.

No permita Dios tal cosa. Si no aprecias la presencia del Espíritu Santo en tu alma, atraes sobre ti la mayor desventura y le causas la injuria más grosera. Si un rey de la tierra dispusiera retirarse a la casa de un pobre, ¿no es verdad que cometería éste una injuria indignante al no quererlo recibir, o si, habiéndolo recibido, no quisiera ocuparse de él, o lo echara de su casa? Pues bien, con tu conducta indiferente y despectiva, dice al Espíritu de Dios: “¡No vengas a mi casa!” Te pareces a los hombres de que habla Job: “Miran al Todopoderoso como a uno que nada puede, siendo así que él colma de bienes su hogar”[[185]](#footnote-185).

El Espíritu Santo viene a ti para dársete, para hacerte feliz. Viene en calidad de Dueño y Señor, para tomar posesión de ti como de su templo. Dice el Apóstol: “¿Ignoráis que sois templos del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis a vosotros mismos?”[[186]](#footnote-186). Si habéis recibido el Espíritu Santo, quedáis consagrados cual si fuerais su templo, le pertenecéis. Cuanto hiciereis, debéis enderezarlo en su honor, debe ser digno de él. No serviréis a otros dioses al mismo tiempo que a él, ni profanaréis el templo del verdadero Dios. “Pues, ¿qué hay de común -dice el Apóstol en otro lugar- entre el templo de Dios y el de los ídolos? Vosotros sois templo de Dios vivo, como lo dice el Señor: Yo habitaré en medio de ellos, entre ellos me pasearé, seré su Dios y ellos constituirán mi pueblo”[[187]](#footnote-187).

¿Cabe acción más atroz que la de manchar y deshonrar el templo del Altísimo? Su gravedad queda de manifiesto a través del castigo de que habla el Apóstol: “El que tocare el templo de Dios, será destruido por Dios; pues el templo de Dios es santo y vosotros sois este templo”[[188]](#footnote-188).

Por el pecado mortal, manchamos dicho templo; más todavía, lo aniquilamos, pues que destruimos en nosotros la gracia que lo había edificado. Acto en verdad funesto por el cual, imitando a Sansón, en un instante, arrancamos las columnas de esta construcción magnífica para sepultarnos en sus ruinas. De un solo golpe, privamos a Dios del objeto de su dulce alegría y nos precipitamos en un abismo sin fondo.

El impío rey Antíoco no osó destruir el templo de Jerusalén; se contentó con profanar y robar los tesoros allí encerrados. Con todo, no se hizo esperar la venganza de Dios. Se vio su cuerpo inundado de gusanos y su carne se desprendió en jirones. Murió entre dolores espantosos y en la desesperación más horrorosa[[189]](#footnote-189). ¿Y piensas librarte tú, pecador, que profanas el santuario del Espíritu Santo, que destruyes su templo, que apagas los astros que él encendiera en el firmamento de tu alma?

Dice un gran doctor de la Sorbona[[190]](#footnote-190): ojalá reconocieran los hombres la terrible gravedad de un pecado mortal, pues destruye la gracia divina; sería preferible que, antes de cometerlo, pereciera todo el universo.

El alma habita en el cuerpo como en una mansión. El Espíritu Santo habita no solamente en nuestra alma, sino también mediante ella, en nuestro cuerpo. De consiguiente nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Por su presencia queda consagrado y santificado como un vaso sagrado; es mucho más santo que el Arca de la Alianza del Antiguo Testamento. Pues no sólo llevamos en él las tablas de la ley, sino al mismo Autor de la ley. El Apóstol nos exhorta en estos términos: “He aquí la voluntad de Dios: vuestra santificación: que os abstengáis de la impureza, que cala cual sepa guardar su vaso en la santidad y el honor, no en codiciosas pasiones como los paganos que desconocen a Dios... Quien despreciare esto, no desprecia al hombre sino a Dios que nos ha dado el Espíritu Santo”[[191]](#footnote-191).

Los miembros de nuestro cuerpo son miembros de Cristo, por quien hemos recibido el Espíritu Santo; de consiguiente, son los instrumentos de dicho Espíritu, consagrados a su servicio y a su gloria. “¿No sabéis -continúa el Apóstol- que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡No lo permita Dios!”[[192]](#footnote-192). “No toleréis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, para servir a vuestras concupiscencias. No entreguéis al pecado vuestros cuerpos como instrumentos de perversión, sino consagrados a Dios… y ofrendad vuestros cuerpos a Dios como instrumentos de justicia”[[193]](#footnote-193).

Cristiano; si comparas la comunicación y la misión del Espíritu Santo con la comunicación y la misión del Hijo, tu reconocimiento para con Dios por el don del Espíritu Santo será mayor, tu respeto al templo de Dios será más profundo[[194]](#footnote-194). Al darnos Dios en la Encarnación a su Primogénito nos dio una prueba infinitamente grande de su amor. ¿Qué somos nosotros para que Dios, por nuestra causa, descienda sobre la tierra, para que tome nuestra naturaleza, para que more entre nosotros? Una profunda estupefacción se apoderó de toda la corte celestial cuando comprobó el abatimiento de su Rey. El hijo de Dios no habitó entre nosotros sino por tiempo limitado, y solamente en un país, en un pueblo. El Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo por razón de su divinidad, viene a cada uno de nosotros, no tan sólo cerca de nosotros, sino a nosotros, para transformar nuestra alma y nuestro cuerpo en trono y templo, para quedarse siempre con nosotros. ¿Cuándo llegaremos a comprender la grandeza de este bien, de este amor?

El Hombre-Dios, por la comunión, entra también en nuestra alma, pero viene con su sagrado cuerpo, por unos pocos instantes, mientras se mantienen las especies de pan. La divinidad del Espíritu Santo, sin duda alguna, es algo mayor y más elevado que el Cuerpo de Cristo, y, lejos de abandonarnos en seguida, se nos une tanto más íntimamente cuanto más de cerca nos unimos y nos aproximamos a él. Según san Alberto Magno, la posesión de un bien es más sólida y durable cuanto ese bien es más noble y realzado. Se desprende de lo dicho que debiéramos tributar al Espíritu Santo un respeto y una veneración al menos tan expresivos como los que tributamos al cuerpo del Salvador, ya en el altar, ya en el tabernáculo, ya en la santa comunión.

Tu corazón se llenaría de indignación, quedarías profundamente alterado, si te enteraras de que una mano sacrílega ha robado del tabernáculo el cuerpo del Señor y que lo ha tirado a la calle, o de que una boca indigna lo arrojó después de la comunión. Toda pena te parecería insuficiente como para expiar esta maldad. ¡Pecador! ¡Por tu boca te condenas! ¿No haces tú otro tanto cuando por un pecado grave arrojas al Espíritu Santo del templo de tu alma?

Todo corazón que no esté del todo pervertido y no sea insensible se acerca con respeto santo a la mesa del Señor. Aun aquellos que no se inquietan mayormente por sus pecados no osan recibir el cuerpo purísimo de Cristo en un corazón manchado por el pecado. ¿Crees por ventura que el Espíritu Santo, quien formó esta carne pura en el seno de la Virgen, se aloja más fácilmente en el barro de tu corazón carnal, y que puede habitar con el pecado bajo un mismo techo?

Ciertamente, no. Ni los ángeles son lo suficientemente puros ante él; para recibirlo, debieran purificarse mediante su ardor divino. ¿No es lógico que te encamines hacia una pureza angélica, que vivas, no según la carne, sino según el espíritu, como te lo enseña el Apóstol?[[195]](#footnote-195)

No sin motivo, dice san Agustín[[196]](#footnote-196), el Salvador envió por dos veces al Espíritu Santo; la primera, después de su resurrección, estando todavía en este mundo, cuando sopló sobre los Apóstoles y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”[[197]](#footnote-197); por segunda vez, el día de Pentecostés, en Jerusalén[[198]](#footnote-198), después de su subida a los cielos. El Espíritu Santo es el amor divino, y, cuando nos ha sido dado, debe también derramar este amor en nuestros corazones. Nosotros debemos amar este amor único un doble objeto, a Dios y al prójimo. Según el santo obispo de Hipona, el Salvador quiso dar en dos ocasiones su Espíritu, para que nos comunicara el amor a Dios y el amor a nuestro prójimo.

El Espíritu Santo derrama en nosotros el amor de Dios, dándonos la fuerza y la inclinación hacia este amor, entregándosenos como fianza de su voluntad de amarnos eternamente y de ponerse a nuestra disposición, con todo lo que tiene. Excita en nosotros el amor al prójimo convirtiéndole también a éste en templo de Dios, dándosele y morando en él. En adelante ya no deberemos amar al hombre sino a Dios que está en él.

Contados son los hombres que honran y aman a su prójimo por considerarlo templo santo del Espíritu de Dios. No se concibe de otro modo el que lo traten con tanto desdén, desprecio, temeridad. Lejos están de sentirse dichosos de poder acercarse a este santuario del Espíritu Santo y de poderle prestar algún servicio. Si tuviéramos las luces de los santos, como ellos nos arrodillaríamos ante los enfermos y los necesitados, con todo miramiento les prestaríamos cualquier servicio, sabedores de que, para el templo de Dios, la menor acción es grande y santa. Dice de Dios la Escritura que “nos trata con gran respeto”[[199]](#footnote-199), como a un vaso precioso. ¿Por qué será? Indudablemente porque ve en nosotros a su mismo Espíritu.

El gran A1cuíno agrega una observación a la mencionada de san Agustín. Según él, el Salvador envió al Espíritu Santo cuando todavía estaba en la tierra, para que pudiéramos amar en primer término a nuestro prójimo. Este primer amor debía prepararnos a la recepción del Espíritu Santo que nos daría a su vez el amar a Dios con un amor celestial. Ya que, según san Juan, “el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve?”[[200]](#footnote-200).

Amemos pues en nuestro prójimo el templo de Dios; así nos haremos dignos de ser también nosotros verdaderos templos y de quedar llenos por toda la eternidad de la gloria divina.

Capítulo II:

Por la gracia viene a nuestra alma toda la santa Trinidad

Lo que queremos exponer aquí es fácil de probarse después de lo dicho. Escribe el discípulo y el doctor de la caridad: “Conocemos que permanecemos en Dios y que Dios permanece en nosotros en que nos ha dado su Espíritu”[[201]](#footnote-201). El Santo Espíritu es Dios, un solo Dios con el Padre y con el Hijo; en razón de su unidad de esencia, las tres personas son inseparables; dónde se encuentra una, deben encontrarse también las otras dos. Lo ha dicho claramente Nuestro Señor:

“Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a el y haremos en él nuestra morada[[202]](#footnote-202). Orígenes[[203]](#footnote-203) relaciona con este misterio la dulce “intimidad con el Padre y con su Hijo Jesucristo”, del que habla san Juan, “intimidad que hará nuestra dicha completa”[[204]](#footnote-204). Cuando san Agustín, comentando estas palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos”[[205]](#footnote-205), explica en qué sentido está Dios presente en todas partes, dice que por “cielos” hay que entender, aquí abajo, el alma del justo, allá arriba, los ángeles[[206]](#footnote-206). Pues en ellos como en su templo, habita Dios Padre, con el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios es inseparable de su gracia y sigue de cerca a la misma. Quien la recibe en su alma, recibe al mismo tiempo la santa Trinidad. Con mayor propiedad que Abrahán puede afirmar que, cierto día, recibiendo a tres hombres, acogió a Dios en su tienda[[207]](#footnote-207).

Presente en el cielo, la Trinidad, por la gracia, viene a morar en nuestra alma, y hace de ésta su cielo. Exclama San Juan Crisóstomo: “El poder de Josué de ordenar a los cuerpos celestes que se detengan o sigan su curso, se me antoja un poder insignificante, comparado con el gran honor de hacer descender sobre la tierra al Señor de los cielos”[[208]](#footnote-208).

La gracia edifica un templo nuevo, un trono para el rey del cielo y de la tierra. ¿Quién no abriría con gozo las puertas de su corazón para que venga a ella la gracia a preparar una habitación digna de Dios? ¿Quién intentaría arrojar al Señor de su morada? Ese tal aventajaría en crueldad a Herodes, que arrojó al Niño Jesús del establo de Belén, morada indigna del Hijo de Dios. Por el contrario, la gracia hace de nuestra alma una morada tan agradable a Dios como el cielo. ¿Quién se atreverá a combatir contra el cielo, contra el trono de Dios? El que tal osare, dejaría mudos de horror a todos los servidores de Dios, y toda la creación debería unirse para vengar el ultraje inferido a su Señor. Merecería ese impío que lo devorara el fuego del cielo, que la tierra se abriera para engullirlo.

Esta injuria está en proporción con la condescendencia manifestada hacia el hombre por la santa Trinidad. “¿Qué es el hombre?” -podemos exclamar con el santo Job- “¿Quién es el hombre para que tú lo recuerdes, y para que inclines hacia él tu corazón?”[[209]](#footnote-209). Señor, no vienes a nosotros como a tus servidores, para recibir el fiel homenaje de nuestro servicio. Ello sería ya para nosotros un gran honor. Pero, no; vienes a vivir con tus amigos en la más confidente intimidad.

Fue sin duda no pequeño honor para José, Daniel, Mardoqueo y otros personajes el haber estado tan próximos a los reyes de la tierra. Semejante honor si siquiera es sombra del que nos alcanza cuando por la gracia el Dios Todopoderoso se nos aproxima y se nos une más estrechamente de lo que podamos unirnos a una criatura.

Según el bienaventurado Dionisio el Cartujo[[210]](#footnote-210), es tan íntima esta unión con Dios que llegamos a tener en común con él todas nuestras palabras, nuestras acciones, nuestros deseos, nuestros intereses. El cristiano que está unido a Dios puede pronunciar estas bellas palabras: “Me ha resultado bueno estar unido a Dios, colocar mi confianza en el Señor”[[211]](#footnote-211). De continuo se entretiene con Dios en la plegaria y en la meditación. Escucha atentamente sus palabras, recoge con avidez todas sus inspiraciones. Separarse de Dios sería para él más duro que la muerte. Si acontece que no percibe en un momento dado los signos de la habitual confianza, gime, se entristece y tiene miedo de que esto le haya sucedido por su culpa. Por otra parte, ¿quién podría describir con qué amor se ocupa Dios de él, cómo le abre sus tesoros, le revela sus misterios, derrama sobre él la paz que excede todas las cosas? Dios mismo ha dicho: “Mis delicias son estar con los hijos de los hombres”[[212]](#footnote-212). Pero el santo mortal de que hablamos desgraciadamente se ve obligado a añadir: “Grande es el honor de que ha sido objeto la criatura racional, ya que se hace participante de la naturaleza divina y entra en la intimidad de su Creador”. ¡Ay! “El hombre constituido en honor no comprendió. Se volvió semejante a las bestias de carga que carecen de inteligencia”[[213]](#footnote-213). Por los pecados del espíritu y de la carne, muchos se juntan a los demonios y se hacen semejantes a los animales.

Cristiano, para que no se te pueda reprochar tamaña ligereza, medita en lo que sigue.

Las reliquias de los santos en toda justicia constituyen el objeto de nuestra veneración. Se reputa por muy feliz el que tiene la suerte de poderse acercar a ellas, verlas, tocarlas. A veces, inmensas multitudes realizan largos trayectos para presentarles en sus santuarios el homenaje de su respeto y de su amor. Nosotros ¿no somos acaso santuarios mucho más hermosos, en los que habita, no la ceniza muerta de los santos, sino la Santísima Trinidad? Si te conocieras, alma cristiana, ¡en cuánto aprecio te tendrías! ¡Oh si supieras que eres santa, amada de Dios, habitada por él, honrada y admirada por los ángeles! ¡Si supieras que eres el paraíso más bello de esta creación, el tabernáculo de la santa Trinidad, la cámara nupcial del gran rey! ¡Si supieras que eres el arca de la alianza, no del antiguo sino del nuevo Testamento, el altar de la majestad divina, el relicario del Espíritu Santo, el templo de Dios vivo! ¡Si supieras que eres el trono de la divinidad, el cielo en que brillan, no las estrellas, sino las personas de la santa Trinidad, y que eres además la hija de Dios Padre, la hermana de Dios Hijo, la esposa del Espíritu Santo! ¡Si conocieras todo esto, te tendrías en gran honor, no por lo que tienes por ti mismo, sino por la dignidad que la gracia te confirió! ¡Entonces sí que te respetarías, respetarías la gracia y procurarías no perderla!

Santa Francisca Romana veía constantemente a un ángel a su lado. Quedaríamos asombrados si los arcángeles, los tronos y todos los espíritus celestiales se colocaran en torno a un hombre. ¿Pero qué es esto en comparación de la sociedad de Dios, de las tres personas divinas, sociedad de que forma parte toda alma que está en gracia? Sería algo inconcebible que un alma rodeada de ángeles se permitiera un acto inconveniente, que los echara lejos de sí para juntarse con los demonios. ¿Cómo, entonces, nuestra alma puede comportarse de este modo frente a Dios? ¡Y pensar que tal ocurre de continuo! Consideremos nuestra dignidad, ya que podemos creer en ella con entera confianza. Se nos ha dado en el bautismo y en la penitencia que justifica. La majestad divina habita en nosotros. Que nuestro comportamiento sea digno de Dios. Nada escatimemos para darle gusto. Despreciemos lo que sabe a terreno y ocupémonos exclusivamente de las cosas del cielo. La condescendencia de las tres personas llega hasta bajar a nosotros. Salgámosles al encuentro y procuremos unirnos a ellas lo más íntimamente posible.

“El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vienen a nosotros cuando nosotros vamos a ellos”, dice san Agustín. “Vienen en nuestra ayuda, salgamos a su encuentro para obedecerles, vienen a esclarecemos, sometámonos a ellos. Vienen a llenarnos, recibámoslos. Queremos verlos, no con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del alma. Queremos que se detengan con nosotros, no por unos instantes, sino por siempre”[[214]](#footnote-214).

Capítulo III:

El Espíritu Santo por la gracia nos infunde su propia vida

Por la gracia toda la santa Trinidad, especialmente el Espíritu Santo, se une íntimamente a nuestra alma. El Espíritu Santo es el espíritu del Padre y del Hijo; no puede ser infructuosa su presencia, ya que es el espíritu o el soplo de la vida divina, soplo que habita en nuestra alma, viene a ser el alma de nuestra alma; para ello le infunde una vida nueva, su propia vida divina[[215]](#footnote-215).

Posee nuestra alma una vida natural que le es propia, vida distinta de la que anima al cuerpo, lo pone en movimiento y le da la sensibilidad, que la tienen también los animales. Es la vida espiritual, que se manifiesta mediante la razón y el libre albedrío. Por ella nuestra alma puede reconocer y amar las cosas espirituales, lo verdadero, lo bueno, lo bello. De otra suerte no sería imagen de Dios en su naturaleza. Con todo, esta vida no pasa de ser una sombra de la vida divina. Es tan débil y limitada que, comparada con Dios, diríase más bien una muerte que una vida.

La estatua inanimada de un gran personaje tiene ya algo de bello. Si dicha estatua pudiera ser animada, la honraríamos como si fuera aquel a quien representa. Dios infunde en nuestra alma, imagen suya, la vida propia y la anima con su propio soplo divino. Este soplo es la gracia. El Espíritu Santo entra en nosotros. Es el mismo que hace fructificar en la tierra de nuestra alma el germen de su vida celestial, de una manera incomparablemente más perfecta que cuando, en el momento de la creación, se movía sobre las aguas y sobre el suelo desierto animaba las plantas, los animales y al hombre[[216]](#footnote-216). El Espíritu Santo desciende sobre nuestra alma como en otro tiempo, guardada la proporción, descendió al seno de la Virgen, y en ella hace crecer un fruto divino, el tallo de José, el Hijo de Dios.

Uno de los más hermosos milagros que leemos en la Escritura es el de Eliseo. Nos referimos al pasaje en que resucita al hijo de la Sunamitis, su huésped. “El profeta” -dice la Escritura- “se inclinó sobre el niño, juntó su boca con la de él, ojos con ojos, manos con manos; se tendió sobre el niño, en cuya carne reapareció el calor de la vida”[[217]](#footnote-217).

Mucho más notable es el milagro que se opera en nuestra alma cuando recibimos la gracia. No es ya un hombre quien despierta una vida humana, sino que es el mismo Dios el que despierta nuestra alma a una vida divina. Con amor inefable se inclina Dios sobre su imagen; coloca su boca sobre la del hombre para infundirle el Espíritu de su amor. Aplica sus ojos a los ojos de nuestra alma, es decir, esclarece nuestra razón. Junta sus manos con las nuestras, esto es, comunica a nuestra alma todo su divino poder y nace ésta a una vida nueva; vive en Dios y Dios en ella.

Cuando Dios concluye de infundir su vida en nuestra alma, ya no la puede abandonar. Eliseo se alejó del niño después de haberlo hecho revivir. Una semilla crece enteramente sola, separada de la planta que la ha fecundado. Nuestra alma no puede vivir separada de Dios. Como el alma permanece en el cuerpo que anima, así permanece Dios en nuestra alma. Precisamente Dios da al alma su Espíritu para que desempeñe en ella el mismo papel que ella representa con relación al cuerpo. Así la mueve y la conduce sin interrupción, la mantiene en la luz del divino conocimiento y en el ardor del amor divino. Sobre el menguado arbusto de nuestra alma injerta su Espíritu y transforma su vida en una vida divina y la glorifica con una vida celestial. A los rayos de la luz divina, se abrirán en ella flores divinas; llena de la savia de la divina caridad, producirá frutos divinos que jamás se perderán.

Sobre este arbusto, en tal forma ennoblecido, cae de continuo el rocío de un agua viva, agua “que salta hasta la vida eterna”, como afirmara Nuestro Señor a la Samaritana[[218]](#footnote-218), agua que brota del seno de Dios y que no es otra cosa que el mismo Espíritu Santo. “El fruto del pecado es la muerte”, dice el Apóstol; “pero la gracia de Dios, que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, es la vida eterna”[[219]](#footnote-219).

¿Supiste, cristiano, hacer honor a este tesoro divino? ¿Lo sabrás en adelante?

Es tan preciosa la vida de un ser que aun el último de los vivientes supera en valor a las más bellas realidades desprovistas de vida. S. Agustín llega a esta conclusión: un gusano de la tierra, un pequeño insecto, es preferible al cielo que nos cubre, a las estrellas y al mismo sol, del que no obstante procede toda luz. Para los filósofos la vida representaba la cima y el coronamiento de la naturaleza visible. Al pensar así se fijaban tal vez en que los seres inanimados no se desarrollan por el empleo de su propia sustancia, lo que ocurre con los seres vivientes. Por ejemplo, la planta utiliza las materias de que está compuesta y las que puede asimilar para alcanzar su fin, aun cuando no lo sienta ni lo sepa; crece, se cubre de flores y de frutos. Los animales poseen un conocimiento sensible de su ser y de su poder, del que pueden hacer uso y en cierto modo hasta gozar. Pero no pueden usarlo a la manera del hombre, ser racional que se conoce a sí mismo y tiene noción de su fin, para el que escoge los medios; muévese y tiene capacidad para gozar, no sólo de los bienes sensibles, sino también de los espirituales.

La vida natural del alma humana sobrepuja ya en valor a cualquiera otra vida que puede haber sobre la tierra. Pero, como lo hemos dicho antes, el campo de sus posibilidades es muy restringido. En virtud de sus fuerzas naturales sólo puede llegar a las cosas creadas. La gracia ensancha y eleva infinitamente estas posibilidades, ya que por ella el alma se capacita para conocer inmediatamente a Dios en la gloria, para amarle y abismarse en las profundidades de su bondad.

Recibe en sí el mayor de los bienes y goza con el gozo de Dios. La gracia proporciona al alma una vida incomparablemente más bella que la natural, una vida divina, con la que no se puede parangonar ninguna vida natural.

La grandeza de la vida sobrenatural se destaca mejor, si se tiene en cuenta que la vida de un ser se manifiesta más que nada en la actividad que despliega. Decimos que el agua es viva, cuando salta o se desliza alegremente. La planta es viviente porque, nutrida por sus raíces, continuamente va creciendo; en su comparación el agua está muerta. Mas la planta no se traslada como el animal, que abandona el lugar en que se encuentra, y, guiado por sus ojos, recorre espacios inmensos. Mucho más hace todavía el hombre. Penetra en el interior de las cosas por su razón; traspasa lo visible para internarse en lo posible; no solamente escruta las cosas materiales, sino también las espirituales; hasta el mismo trono del Infinito cae bajo la potencialidad de su vista. Pero en tanto que el Espíritu de Dios no ha venido hasta él con su gracia, su alma queda al nivel de las cosas naturales, a semejanza de una piedra que no puede ponerse en movimiento y elevarse como la planta para poder ver la luz del sol. Cual si fuera un gusano, nuestra alma queda sujeta a la tierra, es decir, a las criaturas, pálidos reflejos de la majestad divina; no puede como el águila que emprende su vuelo elevarse hasta Dios, unírsele y contemplarle. Así como la piedra está muerta en comparación de la planta y como el gusano está muerto en comparación del águila, también debe considerarse como muerta nuestra alma en tanto que no la penetre y vivifique de su propia vida el Espíritu de Dios.

La vida divina de nuestra alma es mucho más preciosa que la vida natural de las criaturas. El cuerpo ama al alma que lo anima. ¿Qué mucho que ame y desee nuestra alma al Espíritu Santo que le trae la vida divina?

Pluguiera a Dios que apreciáramos la vida divina de nuestra alma al menos como nuestra vida corporal, corta y limitada, esta vida que no es otra cosa que una muerte que avanza de continuo, vida que ya en su nacimiento trae el germen de la muerte. ¡Qué no hacemos por conservar la vida de nuestro cuerpo! ¡Qué de esfuerzos por alejar la muerte, considerada por nosotros como la última y la mayor de las desventuras! A pesar de todo, sabemos que, una vez que suene la hora, es irrevocable.

Por el contrario, nuestra alma posee el germen de la vida eterna. En lugar de aproximarse a la muerte, esta vida se rejuvenece de día en día. “Mientras se descompone el hombre exterior” -dice el Apóstol- “el hombre interior se renueva cada día”[[220]](#footnote-220). La gracia del Espíritu Santo es la vida eterna, no solamente para el alma, sino que también para el cuerpo. Ya lo dijo el Apóstol en otro lugar: “Pero si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó al Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, porque su espíritu habita en vosotros”[[221]](#footnote-221).

¿Por qué preferimos pues la vida de la carne a la vida de la gracia? “Si vivimos según la carne” -clama el Apóstol-“moriremos”[[222]](#footnote-222); moriremos en nuestra carne y en nuestra alma. Pero si, obedeciendo al Espíritu Santo, mortificamos la carne, entonces, sí, viviremos eternamente en nuestra alma y en nuestro cuerpo.

En extremo impresionante es a este respecto la enseñanza del Salvador: “El que ama su alma la perderá y el que en este mundo odia su alma la conservará para la vida eterna”[[223]](#footnote-223). ¡Cuán escasos son los que comprenden estas palabras y los que reflexionan en el valor respectivo de la vida de su alma y de la vida de su cuerpo! Son contados los que piensan en estas significativas palabras: “¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?”[[224]](#footnote-224). ¿De qué te han de aprovechar todos los placeres de esta tierra, una vida cómoda, un gran boato, el cuidar y halagar tu cuerpo? Todo esto es perdición, veneno, muerte. Si dedicaras a tu alma una parte de dichas preocupaciones, si pensaras un poco en ella, merecerías, la vida eterna, una dicha sin fin, un tesoro sin igual.

La pérdida de la vida eterna es la más terrible de las muertes. Aquí tiene aplicación el axioma: “Cuanto son más nobles los objetos, se vuelven tanto más horribles al corromperse”[[225]](#footnote-225). Nuestros sentidos se espantan ante la vista de un cuerpo muerto. Cuando todavía estaba vivo, aventajaba en hermosura a todos los seres inanimados; ahora es más repulsivo que ellos. Un cadáver en descomposición es algo horroroso; su vista, su hedor, nos hacen alejarnos. ¿Qué no será la muerte de la vida sobrenatural de tu alma, de la que te despojas mediante un suicidio atroz?

Un veneno infernal se apodera de tu alma cuando te permites semejante crimen. Te lanzas al envilecimiento más bajo, cuando arrojas al Espíritu de Dios. Si pudieras ver tu alma en tal estado, como la ven Dios y tu ángel custodio -cosa otorgada a no pocos santos-, te estremecerías de horror y no hallarías reposo en tanto no hubieras reparado esa abominación.

Cuenta san Antonio[[226]](#footnote-226) la historia de un monje que, como se encontrara en su camino con un cadáver, se tapó al instante las narices con su manto, en tanto que el ángel que lo acompañaba no parecía darse cuenta del mal olor. Un poco más tarde, se cruzaron con un joven, vestido con afectación, y el ángel se cubrió los ojos con las manos. Como se extrañara el monje, le dijo: No molesta a los ángeles el olor de un cadáver, pero sí y mucho el de un alma en pecado; esta alma causa horror a toda la corte celestial.

Algo parecido le ocurrió a santa Catalina de Sena. Se hallaba en Sena, ciudad bien distante de Roma, y sin embargo estaba atormentada por el mal olor de la gente que, en Roma, estaba cargada de faltas graves. Cierto día le fue a visitar una dama ricamente ataviada; pero la santa no pudo responderle una sola palabra. A la demanda de su confesor manifestó más tarde que no estaba como para hablar, pues apenas se pudo mantener en pie a causa del hedor a cadáver de aquella alma. “Así como el humo aleja las abejas, y la carroña a las palomas” -dice san Basilio-, “así también el pecado aleja a los ángeles”[[227]](#footnote-227), como también a todas las almas santas.

Hay quienes llevan de ordinario en sí mismos este cadáver y no sienten horror; es un signo de muerte, puesto que los muertos pierden la sensación de lo que es vida. ¡Dígnese la misericordia divina otorgarles todavía a estos muertos el sentimiento de su terrible situación! ¡Que al menos se den cuenta de la repugnancia que inspiran a los vivos!

Del mismo modo que la vida del alma es mucho más preciosa que la vida del cuerpo, así también el cadáver de un alma muerta por el pecado es más repugnante que el conjunto de cadáveres de la humanidad. Si consiguieras reunir en un montón los cadáveres de los que han muerto hasta el presente, con sus magulladuras y deformidades, unos mutilados, otros quemados, desgarrados por aves de presa, triturados, corrompidos, ¿serías capaz de soportar semejante espectáculo? Creo que su hediondez bastaría para hacerte desmayar. Aunque no tuvieras más que uno de esos cadáveres delante, no podrías ni comer ni beber. ¡Y el cadáver de tu alma lo tienes cerca de ti; más aun, lo llevas en tu corazón! ¡No obstante comes, bebes y duermes en paz!

¡Tu insensibilidad es más terrible que la muerte! Porque te quita hasta las ganas de vivir, te hace inepto para recibir nuevamente la vida y, siendo así que aun podrías ser salvado, te destina a una muerte eterna.

Capítulo IV:

La gracia nos hace hijos adoptivos de Dios

Llegamos a una propiedad de la gracia que encierra en sí todas sus maravillas y que arroja una claridad muy peculiar acerca de su esencia y de su significado.

Al hacernos participantes de la naturaleza divina, al lograr que el Espíritu Santo habite en nosotros y al inspirarnos una vida divina, la gracia nos convierte en verdaderos hijos de Dios, quien viene a ser nuestro verdadero Padre. Dice san Pablo: “Aquellos que son conducidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios”[[228]](#footnote-228). Es del mismo apóstol lo que sigue: “Siendo vosotros sus hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, Padre. Pues el mismo Espíritu da testimonio a nuestro corazón de que somos hijos de Dios; pero si somos hijos, somos también herederos, es decir, herederos de Dios y coherederos de Cristo”[[229]](#footnote-229). Y continúa en otro lugar: “Dios nos predestinó a la dignidad de hijos por Jesucristo, y en él, según el designio de su beneplácito, a la alabanza de la gloria de sus gracias, mediante la cual nos hizo gratos en su Hijo bien amado”[[230]](#footnote-230). Nada manifiesta con mayor claridad la hermosura de la gracia divina como su efecto: nos hace hijos de Dios; y nada nos hace admirar más el amor de Dios como el hecho de adoptarnos por hijos suyos.

Dice el discípulo amado: “Ved qué caridad nos ha dado el Padre; somos apellidados hijos de Dios y lo somos en efecto”[[231]](#footnote-231).

Repetimos a diario en la plegaria enseñada por el mismo Hijo de Dios: “Padre nuestro, que estás en los cielos”[[232]](#footnote-232). Al llamar Padre a Dios, confesamos que somos hijos suyos. Pero, sea que la costumbre nos ha hecho olvidar el significado de estas palabras, sea que no las hemos comprendido con una fe viva y esclarecida, el caso es que nos dejan fríos, no nos hacen pensar que nuestro deber se halla en elevarnos sobre todas las criaturas hasta el seno del Padre celestial. Procedemos como si por primera vez nos aprestáramos a recitar y a comprender la oración dominical; escuchemos cómo explicaba a los paganos el Padre Nuestro uno de los mayores Doctores de la Iglesia, san Pedro Crisólogo:

“Lo que yo os voy a decir ahora con temor y temblor, lo que vosotros debéis escuchar y pronunciar con respeto a continuación, es algo que deja suspensos a los ángeles, llena de admiración a las potestades del empíreo; es algo que no pueden alcanzar los más altos cielos, algo que el sol no puede ver, ni lo puede sostener la tierra, ni contenerlo la creación entera. ¿Qué puede aquí la debilidad del espíritu humano, la miseria de los sentidos mortales, el timbre de la voz humana, el acento afónico de un hombre? Cuando san Pablo lo hubo contemplado de un modo misterioso, no faltó a la verdad al expresarse en los siguientes términos[[233]](#footnote-233): ‘Ni ojo vio, ni oído escuchó, ni experimentó el corazón de hombre alguno lo que Dios prepara a los que ama’”[[234]](#footnote-234). “La miseria humana, nuestro cuerpo terrestre, nuestro ser mortal, nuestra naturaleza, abrumada de trabajo, consumida por el sufrimiento, sometida a la putrefacción y a la disolución, no son capaces de comprender y hasta tienen miedo de creer lo que hoy se ven obligados a reconocer. La flaqueza humana no llega a persuadirse cómo ha podido merecer tal plenitud de bienes, tan grandes honores, semejantes dones. Yo creo que era esto lo que el Profeta Habacuc había visto en espíritu cuando, presa de un gran terror, exclamó: ‘Señor, escuché tu palabra y tuve miedo’[[235]](#footnote-235). Quedó estremecido por lo que acababa de oír. Y no se espantó que un gran profeta oyera la voz de Dios que hablaba a su siervo, sino de que él, el siervo, se daba cuenta de que el Señor se había vuelto para él un padre. ‘Contemplé tus obras, y temí’. Fue objeto de santo temblor, no porque veía el mundo con todos sus elementos armónicamente dispuestos por la omnipotencia del Creador, sino porque advirtió en sí mismo la obra del amor divino. Se asombraba de haber sido adoptado como hijo, cuando dudaba de llegar a siervo. Oíd cómo continúa el Profeta: ‘Me he puesto en guardia, y mis entrañas se han conmovido a la voz de la plegaria de mis labios’. Después que experimentó la grandeza del don divino, tiene miedo de ser arrojado como Adán del paraíso, de pasar de la condición de hijo al estado de enemigo de Dios y de ladrón y se convierte en celoso y vigilante guardián de sí mismo, pues la pérdida de tan gran bien le ha enseñado que lleva el tesoro celestial en un vaso frágil. ‘Y mis entrañas se han conmovido a la voz de la plegaria de mis labios’. Las aspiraciones de su corazón han colocado esta palabra sobre sus labios; ¿por qué gime ante sus deseos, su anhelo, el objeto de su plegaria? Porque no proviene de su propio impulso, sino que ha sido pronunciada bajo la inspiración del espíritu de Dios. Escuchad al apóstol Pablo: ‘Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, Padre’[[236]](#footnote-236). Cuando el Profeta oyó en su corazón la voz del Espíritu Santo se maravilló de haber merecido tal cosa, y sus entrañas se conmovieron. Por eso añade: ‘De mis miembros se apoderó el temblor, y me abandonaron mis fuerzas’. ¿Qué quiere decir esto? Que el mismo hombre, elevado tan alto por la gracia, era muy inferior por su propia naturaleza y que la fuerza terrena no podía soportar la fuerza divina. Tembló el monte Sinaí y se cubrió de humo cuando Dios descendió para dar la ley. ¿Qué ha de hacer pues la carne cuando Dios la visita para comunicarle la gracia? Viene como padre, porque el hombre no es capaz de aguantar la presencia de Dios, ni el siervo la del Señor. Y como permanece fiel a las palabras que pronunciara: ‘Abre tu boca, y yo te la llenaré’[[237]](#footnote-237), por eso, fieles, no dejéis de abrir vuestra boca para que él mismo pueda llenarla de esta plegaria: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos’. Él es quien nos enseña a rezar así; él mismo nos anima y nos lo ordena. Hermanos míos, vayamos en seguimiento de la gracia que nos llama, de la caridad que nos atrae, de la bondad que nos invita, ¡pues tenemos por Padre a Dios! Confiésele nuestra alma, que nuestra boca le anuncie, todo en nosotros respire la gracia y no el temor, ya que, siendo nuestro juez, se ha hecho nuestro padre y quiere ser amado, no temido.”

Observa, oh cristiano, en cuánto apreciaban los santos la dicha de ser hijos de Dios y hasta qué punto admiraban esta dignidad. Diríase que casi han exagerado; pero si examinas juntamente conmigo lo que la fe nos dice, reconocerás que apenas pudieron comprender y enseñar toda la verdad. Según la naturaleza, no somos hijos de Dios, sino siervos y los últimos de sus siervos. Nuestra posición es muy inferior a la de los ángeles, que, a su vez, no pasan de servidores de Dios. Igual que ellos, somos criaturas de Dios y obras de sus manos; le estamos sometidos con todo lo que tenemos y debemos servirle y honrarle como a nuestro dueño y soberano. Somos vasallos de su gran reino. Si nos hubiéramos quedado en el estado de naturaleza, Dios no sería nuestro Padre. Sin embargo, teniendo en cuenta que nos dio la existencia, que nos colma de bienes naturales, que se preocupa de nosotros, que nos trata, no corno tirano, sino corno señor bueno y generoso, bien podríamos en cierto sentido llamarle ya “padre nuestro”. A pesar de todo, por la naturaleza, entre Dios y nosotros no se dan ni aproximadamente las relaciones existentes entre un padre y un hijo. Aunque semejantes a él por parte de nuestra alma dotada de razón, en sentido propio no estamos todavía emparentados, ya que no nos ha engendrado, ni comunicado aún su propia naturaleza divina; sólo nos ha creado por un acto de su voluntad.

Sólo el Verbo increado, que con el Padre creó cuanto existe[[238]](#footnote-238), puede ser llamado en sentido propio “Hijo de Dios”. Únicamente este Hijo es uno con el Padre, de quien recibe la naturaleza divina que posee. Es el único verdaderamente engendrado por el Padre; imagen de su esencia, sello de su sustancia, espejo sin mancha de su esplendor, expresión y verbo de su conocimiento, procede de él como luz de luz, Dios de Dios, siendo él mismo Dios y único Dios con el Padre.

¿Qué tiene de común este Hijo con las obras de Dios, con estas pobres criaturas que él mismo sacó de la nada? Cuanto más cerca está del Padre, tanto más lejanas se encuentran las criaturas. En la medida en que se asemeja al Padre, de quien es imagen perfecta, en la misma se diferencian éstas y no son sino un esbozo impreciso y vago de su imagen. Heredero del Padre, recibe en herencia todas sus riquezas, su poder, su sabiduría, su ciencia. La criatura está excluida de esta herencia, el siervo no tiene los mismos derechos que el hijo de la casa. El Verbo contempla al Padre cara a cara, es uno con él en el amor más íntimo e indecible, le está unido mediante el Espíritu Santo como por el vínculo de un abrazo inefable. La criatura debe mantenerse a respetable distancia; sólo puede y debe amar a su creador como un buen servidor ama a su señor; tiene que renunciar al deseo de recibir el beso de la boca del Padre y al abrazo tierno de un hijo.

¿Cómo osaría llamar “Padre” al rey de cielos y tierra con esa confianza, esa ingenuidad y esa ternura de que nos habla el Apóstol? ¿Cómo un hombre mortal ha de atreverse a invocar con el nombre de Padre al Rey inmortal que habita una luz inaccesible? ¿Cómo saludar llamándole Padre al que es Espíritu puro y perfecto? ¿Cómo un ciudadano de la tierra puede presentarse con confianza ante este Padre, a cuyo aspecto se abisman los serafines en el más profundo respeto y se cubren su rostro? ¿No supondría el hacerlo un atentado sacrílego a los derechos y privilegios del Hijo único, eternamente engendrado en el seno del Padre? Una criatura sacada de la nada y que de suyo volvería a la nada, si no la sostuviera la omnipotencia de la divina voluntad, ¿osaría colocarse al lado del Hijo para participar con él, en el seno del Padre, de su amor y su herencia, para ser uno con el Padre como lo es el Hijo?

No temas, cristiano; lo que es imposible a los hombres es posible a Dios; lo que no podríamos pretender por nosotros mismos, nos lo ha otorgado la liberalidad de Dios. Es cierto que no somos por naturaleza hijos de Dios, mas debemos llegar a serio por la gracia; debemos sentamos al lado del Hijo natural en “calidad de hijos adoptivos”; venimos a ser por la gracia lo que él es por naturaleza.

Esta adopción se asemeja a la que se da entre los hombres. Estos adoptan a un hijo ajeno, a veces a falta de propio, y le rodean del mismo afecto y le confieren los mismos derechos que si se tratara de un hijo propio. Dios Padre extiende a nosotros, sus pobres criaturas, el amor con que en su seno distingue a su Hijo eterno. Como asegura la Escritura, nos ama en su Hijo con el mismo amor que dedica a éste[[239]](#footnote-239). Nos lo da como a hermano, nos comunica su dignidad divina y nos otorga un derecho a su herencia. El hijo de Dios, lejos de quedar solo en el seno del Padre y de querer dominarnos como a siervos, emprende personalmente la gran tarea de comprarnos la vida de hijos de Dios a precio de su sangre; se hace carne para “dar a los que creen en él el poder de hacerse hijos de Dios”[[240]](#footnote-240). Se torna hermano nuestro según la humanidad, para que nos hagamos sus hermanos en la divinidad. Se gloría de ser, no ya el Hijo único, sino también “el primogénito de una multitud de hermanos”[[241]](#footnote-241). Por este motivo él es el primero en informarnos de que su Padre es nuestro Padre. Oíd sus palabras: “Voy a mi Padre y a vuestro Padre”[[242]](#footnote-242); y nos enseña a rezar diciendo: “Padre nuestro, que estás en los cielos”[[243]](#footnote-243); nos afirma que vino a este mundo para comunicamos la vida que él recibió del Padre; ruega en fin por nosotros al Padre, para que seamos uno con él, del mismo modo que él es uno con el Padre[[244]](#footnote-244); quiere asimismo que seamos los coherederos de la gloria que él, en la última cena, pidiera para su humanidad, la gloria que poseía él desde el principio de los tiempos, desde que fue engendrado como Verbo de su boca y como el reflejo de su gloria y de su dicha en el esplendor de la santidad, antes que se dejara ver la estrella de la mañana[[245]](#footnote-245).

Medita pues, oh cristiano, en el inmenso amor y la inefable condescendencia que tu Creador tuvo para contigo, ya que no quiso ser tu Señor, sino tu Padre, y te adoptó como hijo y como hermano de su hijo único. Dice san Anselmo[[246]](#footnote-246): Si un poderoso rey de la tierra mandara a buscar al último de sus vasallos, un pobre hombre desnudo y abandonado, plagado de enfermedades y de úlceras, sumido en la miseria más espantosa; si después de haberlo curado y vestido de púrpura, lo adoptara como hijo, haciéndolo su heredero y sucesor; si, finalmente, le confiara la dirección de su reino, ordenando que todos le obedecieran como a hijo suyo, ¿quién sería capaz de admirar suficientemente y de comprender esta liberalidad inesperada? Por nuestra naturaleza estamos mucho más distanciados de Dios que ese vasallo de su rey; la miseria de la que Dios nos sacara es sin comparación más impresionante que la descrita, y la gloria con que Dios nos regala supera infinitamente a la que confiere un reinado terreno. El beneficio de Dios es tanto mayor cuanto que de extraños nos hace hijos suyos.

No puede nombrarnos sucesores, porque es eterno, y si pereciera él, todos pereceríamos con él. Mas por eso mismo, nos hace participar de su propio dominio y, lo que todavía es más, es él nuestra herencia y nuestro reino[[247]](#footnote-247).

Dios, esto es, el mayor bien, que incluye en sí todos los demás, se entrega a nosotros. El mismo constituye el objeto de su felicidad; el mundo y todos sus tesoros no podrían darle una dicha que le satisficiera; así también, solo él es digno de los que ha adoptado. En contemplarlo cara a cara, en poseerlo y en gozar de él consiste la herencia de su Hijo único; asimismo, el Padre da a sus hijos adoptivos lo que de más grande puede otorgarles, es decir, a sí mismo, para que puedan contemplarle eternamente en un gozo nunca empañado. Nuestra herencia es tan infinita como Dios y se confunde con la dignidad de hijos de Dios.

No bastó a su amor paternal el dársenos; nos dio también a su Hijo único para que nos comprara esta herencia con su preciosa sangre. La adopción, que entre los hombres se estila, supone algún merito. A los ojos de Dios no podemos presentar nosotros título alguno para hacernos hijos suyos. “¿Quién es el hombre” -dice Job- “para que le glorifiques e inclines tu corazón (tu amor paternal) hacía él?”[[248]](#footnote-248). Si empleáramos todas las fuerzas de nuestro cuerpo y de nuestra alma, si durante largos años sirviéramos a Dios, si hiciéramos todo el bien imaginable, si soportáramos todos los males y todas las tribulaciones posibles, si trabajáramos sin descanso y sufriéramos hasta el fin del mundo, todo ello no nos haría dignos de ser adoptados por Dios y de poseerle. ¿Cuál ha sido de hecho nuestro comportamiento? Nos hemos cargado de faltas y pecados, los cuales, aun cuando fuéramos hijos, nos harían indignos de la herencia y merecedores de la maldición eterna. Ha sido necesario que el Hijo de Dios se nos haya dado, se haya sacrificado por nosotros, para hacernos dignos de la herencia por sus méritos y satisfacciones. ¿Hubo jamás algún hijo o algún padre que haya mostrado tanto amor, al adoptar a un extraño por hijo y por hermano? ¿Qué hacer para devolver a nuestro Señor una tal fineza? “Vuelve a Dios que hasta ese extremo te ama”, -te lo suplica san Pedro Crisólogo-; “conságrate a honrar al que por ti se entregó a la humillación; reconoce como Padre al que en su amor te ha engendrado”[[249]](#footnote-249).

Capítulo V:

La adopción divina y la regeneración

Cuando se presenta nuestra filiación divina bajo la forma de una adopción, hay que precaverse de no disminuir la perfección y la intimidad de nuestras relaciones con Dios.

Si un padre adopta a alguien, sólo le puede dar el nombre y los derechos de un hijo; no lo puede engendrar de nuevo, ni comunicarle su propia vida, ni imprimirle sus propios rasgos, ni hacerlo semejante a sí mismo. Por el contrario, el Padre celestial, por el amor que nos tiene, no solamente nos concede el poder llamarnos hijos de Dios, sino también el serIo. “Mirad qué amor nos ha dado el Padre, que somos llamados hijos de Dios y que en realidad lo somos”[[250]](#footnote-250). Hablando en general, la gracia divina no consiste tan sólo en que Dios nos muestre su benevolencia, sino también en que nos comunica una bondad y una hermosura sobrenaturales, por las que recibimos en nosotros el fruto de esta benevolencia y nos hacemos dignos de ella. Asimismo, debemos asegurar que Dios, además de amarnos como a hijos en su Hijo y por su Hijo, imprime en nosotros realmente la imagen de este Hijo, que nos hacemos semejantes a él, para que seamos en verdad sus hijos. “Pues a los que escogió Dios” (como hijos), dice el Apóstol, “a ésos también los ha predestinado a que sean semejantes a la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito de numerosos hermanos”[[251]](#footnote-251). Quiere que nos revistamos de su Hijo único, que copiemos sus rasos, que su gloria brille en nosotros, que estemos rebosantes de su vida divina. El obra todo ello al adoptamos en su seno paternal, al engendrarnos de nuevo “por el Espíritu Santo en el baño de la regeneración”[[252]](#footnote-252).

Nos enseña Cristo, a través de su conversación con Nicodemo, que lo nacido de carne es carne y no puede renacer según la carne; para hacerse uno espiritual y recibir una vida nueva hay que renacer del agua y del Espíritu Santo[[253]](#footnote-253). Ya lo dice el apóstol Santiago: “El Padre de las luces, de quien procede todo bien excelso y toda gracia perfecta… nos ha engendrado libremente por el Verbo de la verdad”[[254]](#footnote-254). Añade san Pedro: “Nuevamente somos engendrados, no de una semilla corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece eternamente”[[255]](#footnote-255). Dios, por la regeneración, deposita en nuestra naturaleza un germen que produce una nueva vida. “El que es nacido de Dios no comete pecado, pues el germen de Dios permanece en él”, dice san Juan[[256]](#footnote-256).

Después de lo que en el primer libro dijimos acerca de la esencia de la gracia, se explica fácilmente esta regeneración. La generación es el acto por el que un padre comunica su naturaleza al hijo. Dios engendra a su Hijo único dándole su propia naturaleza y sustancia divina. Cuando dice la Escritura que nosotros somos engendrados por Dios, quiere decir que por la gracia participamos de su naturaleza; y, recíprocamente, si en realidad participamos de la naturaleza y de la vida divinas, sobrenaturalmente nacemos de Dios. El Hijo único del Padre recibe esta naturaleza divina enteramente, en toda su sustancia, mientras que en nosotros se imprime como una imagen. Poseemos una sustancia en nosotros totalmente distinta de la sustancia divina; como dice san Atanasio[[257]](#footnote-257), somos “primeramente creados y engendrados a continuación” por Dios, mientras que el Hijo de Dios recibe su existencia por la generación únicamente y tiene una misma sustancia con el Padre.

Sin embargo, como hijos de Dios tenemos con él relaciones mucho más íntimas que las existentes entre un hijo y su padre adoptivo. Somos hijos de Dios, no sólo porque nos adoptó y porque nos considera como hijos, sino porque somos engendrados y nacemos de su seno, al comunicarnos su vida y su naturaleza divina, al llenarnos de su Espíritu. Somos más que herederos, puesto que nuestro derecho a la herencia se apoya en nuestra regeneración, como nos lo dice san Pedro: “Bendito sea Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo que, en su gran misericordia, nos ha regenerado para una viva esperanza y para una herencia inmortal, inmaculada, inmarcesible, herencia que para nosotros ha sido conservada en el cielo”[[258]](#footnote-258). Del hijo adoptivo hace Dios un hombre nuevo, una nueva criatura, una imitación de la imagen de su hijo; le imprime la marca de su propio Espíritu, el sello de su nueva dignidad, prenda de su herencia.

Una vez más debemos ceder la palabra a los Padres; sus expresiones nos darán a entender, de una manera mucho más viva y eficaz, la gloria de nuestra regeneración como hijos de Dios, excitarán en nosotros los sentimientos de reconocimiento y de admiración que nos son convenientes.

San Gregorio Niseno, después de haber descrito por un lado el vacío y la indigencia humanas, y por otro la elevación infinita y la gloria de la naturaleza divina, continúa: “Y sin embargo el hombre, que no cuenta para nada en el universo, que no es otra cosa que polvo y ceniza, el hombre ha sido unido a esta naturaleza divina que no puede ser vista ni oída, ni tampoco sondeada por la razón; el hombre ha sido adoptado como hijo por el Dios de todas las cosas. ¿Cabe reconocimiento adecuado a dicho beneficio? ¿Qué palabra, qué expresión, qué pensamiento, es asaz fuerte para alabar esta gracia sin igual? El hombre es elevado sobre su propia naturaleza; de mortal se hace inmortal, de enfermizo perfecto, de temporal eterno; en una palabra, de hombre se convierte en Dios. Habiendo recibido el honor de la filiación divina, recibirá también la dignidad de su Padre y se convertirá en heredero de sus bienes paternos”[[259]](#footnote-259).

Para san León[[260]](#footnote-260) es grande el misterio de esta gracia; este don excede todos los dones; Dios llama al hombre hijo suyo, el hombre llama a Dios su Padre. He aquí un nombre que nos enseña cuál deba ser nuestra actitud. En una familia humana una mala conducta deshonra a los hijos de padres nobles; la nobleza misma de sus antepasados humilla a estos hijos. ¿En qué concepto deberán tenerse entonces aquellos a los que el amor mundano les hizo rechazar la participación en la regeneración de Cristo? Si entre los hombres la gloria de los antepasados constituye el honor de los descendientes, calcúlese la gloria de que serán acreedores los que llevan en sí la imagen del Padre, los que han nacido de Dios y los que manifiestan en sí mismos a Aquel que los engendró. Ha dicho Nuestro Señor: “Que vuestra luz brille ante los hombres, para que éstos vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”[[261]](#footnote-261). La raza elegida y real debe comportarse con la dignidad que su regeneración exige; es preciso que ame lo que su Padre ama. Hay que evitar que el Señor se vea nuevamente obligado a llorar, como lo hizo por boca del profeta Isaías: “Yo engendré y eduqué a mis hijos; ellos me han despreciado; el buey reconoce a su amo y el asno al que lo alimenta; Israel no me ha conocido, mi pueblo no me ha escuchado[[262]](#footnote-262).

“Cuando decimos: ‘Padre Nuestro, que estás en los cielos’”[[263]](#footnote-263), predica san Pedro Crisólogo, “no queremos decir que Dios no esté en la tierra, sino más bien que nosotros, como hijos suyos, estamos con él en el cielo, dado que formamos parte de una raza celeste, cuyo Padre reina en el cielo, y que una semilla divina ha sido depositada en nosotros, la cual germinará para la vida eterna. En verdad que muy alto ha tenido que elevarte la gracia para que se te permita, habitando todavía este valle de lágrimas, olvidarte de la carne y de la tierra, y decir: ‘Padre Nuestro, que estás en los cielos’. El que se reconoce y cree ser hijo de Padre tan noble responde con un modo de vivir adecuado a esta nobleza y honra así con su conducta a su Padre. Es natural que, mediante sus sentimientos y sus acciones, conserve lo que ha obtenido por la naturaleza divina.”

“Por lo mismo que somos de una raza divina, recibimos un nombre divino; el nombre de Dios y el de su Hijo se hace nuestro; porque somos hijos del Padre y hermanos de Cristo se nos llama cristianos. Cuando decimos: ‘Santificado sea el tu nombre’, pedimos que el nombre de Dios, santo en sí mismo, sea santificado y honrado en nosotros, los hijos de Dios, por nuestras acciones; cuando obramos el bien, es alabado el nombre de nuestro Padre; cuando obramos el mal, ese nombre es blasfemado. Escuchad al Apóstol: ‘Por vuestra causa el nombre de Dios es blasfemado entre las naciones’[[264]](#footnote-264). Esforcémonos por llevar una vida celestial, por apropiarnos las virtudes divinas. Que la imagen de la divinidad se manifieste en toda nuestra conducta. El Padre celestial colmará de sus dones a los hijos que se mostraren dignos de su linaje; mas precipitará en la esclavitud más ignominiosa a los degenerados”[[265]](#footnote-265).

El mismo Hijo de Dios nos recuerda la dignidad de nuestro estado y de nuestra vocación, cuando dice: “Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial”[[266]](#footnote-266). A fuer de hijos del Altísimo, no contentos con una perfección humana, conscientes de nuestro valor, debemos tratar de imitar a Dios.

San Agustín cita estas palabras de un filósofo[[267]](#footnote-267): “Es sumamente útil para el Estado que los hombres fuertes crean, aunque sea equivocadamente, que descienden de los dioses; así el espíritu humano, confiado en su ascendencia divina, emprende osadamente grandes obras, las ejecuta con celo y las termina con mayor seguridad”. Consta que el célebre rey Alejandro, excitado por la mentira de Amón, impía en sí misma pues le atribuía un origen divino, se atrevió a emprender y conducir hasta el fin grandes y difíciles hazañas, que llenaron de admiración el mundo. De ahí se puede colegir con qué ardor debemos nosotros buscar la perfección y hacernos semejantes a Dios, pues nos ha tocado en suerte pertenecer a una raza divina y celestial, no por mera ficción o por influjo de una mentira, sino en realidad. Vayamos por ese camino, aun cuando sea menester trabajar y sufrir por Dios.

“No abandonéis los nobles sentimientos de hijos de Dios”, decía a sus novicios uno de los maestros espirituales más esclarecidos, el bienaventurado Baltasar Álvarez. Estas palabras inflamaban sus corazones jóvenes y los hacían héroes. Algunos de ellos poco después, abandonándolo todo, se despedían de su patria para trasladarse a las Indias desamparadas del Brasil para anunciar el Evangelio. No habían llegado todavía a destino, cuando los capturó una banda de herejes. Como fueran sometidos a crueles suplicios antes de la muerte, uno de ellos gritó a sus compañeros la frase de su maestro: “No abandonéis los nobles sentimientos de hijos de Dios”, y todos sufrieron con alegría el martirio. Que estas hermosas palabras sean también nuestra divisa. Recordémoslas unos a otros, no las olvidemos cuando está en peligro nuestra dignidad o cuando se trata de mostrarnos dignos de nuestro Padre por algún acto de virtud.

Los sentimientos de hijos de Dios, ante todo, exigen que nos elevemos sobre lo terrestre, que despreciemos el mundo entero. Si en verdad somos hijos de Dios, Dios está con nosotros, “y si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? ¿Qué podrá separarnos de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución, la espada? De todo ello saldremos victoriosos por aquel que nos ha amado”[[268]](#footnote-268). Con el Apóstol, estamos seguros de que “ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las dominaciones, ni poder ni criatura alguna podrán separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús Señor Nuestro”[[269]](#footnote-269). Reposemos tranquilos y seguros en el seno de Dios todopoderoso; ningún mal puede sobrevenirnos; todas las fuerzas del averno son incapaces de dañamos.

Debemos despreciar el mundo porque puede perjudicarnos. Además debemos tenerlo en menos, porque de nada puede servirnos. El mundo entero, con todos sus tesoros, no es digno de los hijos de Dios.

“El que ha llegado a reconocer que es hijo de Dios” -dice san Cipriano- “jamás admirará una obra humana; pues desde el momento en que admira algo fuera de Dios, decae ya de su dignidad”[[270]](#footnote-270).

A los hijos y herederos de Dios no pueden satisfacerles ni los placeres sensibles, ni los honores mundanos; todo esto deben considerarlo como basura, como nada, como un peso, y enderezar sus deseos hacia los bienes del cielo. A ellos va dirigida la palabra del Apóstol: “Buscad lo que está en la altura, en donde Cristo está sentado a la diestra del Padre; amad lo que está allá arriba, no lo que está sobre la tierra”[[271]](#footnote-271). Pues, allí donde está Cristo, allí está nuestra Patria, y nosotros, hermanos suyos, también debemos estar allí.

Tengámonos como extranjeros en este mundo; caminemos como peregrinos hacia la patria celestial; nuestra vida, siguiendo la exhortación de san Pablo debe ser ya como de cielo[[272]](#footnote-272). No permitamos que nuestro corazón se apegue a las cosas de este mundo y que busque en él su felicidad; gimamos y lloremos de estar aún lejos de la presencia de nuestro Padre celestial, de no estar todavía completamente regenerados, de no gozar ya en su seno de su vida bienaventurada.

Pero no debemos volvernos por esto pusilánimes. El mismo Espíritu que nos ha regenerado y libertado de la servidumbre del pecado nos ha sacado asimismo de la esclavitud de la carne, del sufrimiento y de la muerte. Poseemos ya el Espíritu de nuestro Padre como prenda de nuestra herencia y de nuestra futura gloria; por él permanecemos en Dios, y Dios en nosotros. El mismo Espíritu que, en un amor inefable, une al Padre con el Hijo y al Hijo con el Padre, ha sido enviado a nuestros corazones por la gracia santificante, para enseñarnos a balbucir el nombre de Padre, para inspirarnos una confianza filial en él, para darnos un testimonio de su amor, para consolarnos en nuestras miserias y para unirnos ya a Dios en un santo amor. Marca nuestros corazones con un sello, prenda de nuestra vocación; unge nuestra alma con el óleo de la alegría, para comunicarle el resplandor de su dignidad divina.

¿No hay motivo para afirmar que entre el Padre celestial y nosotros se da una comunión más íntima que la existente entre un hijo y su padre adoptivo, y aun entre un hijo y su padre natural? No se ha limitado nuestro Padre celestial a hacer de nosotros hijos suyos, mantiene además en nosotros continuamente la vida divina mediante su Espíritu; y lo realiza de modo tan íntimo que podemos afirmar con toda verdad que vive en nosotros y que nosotros vivimos en él. No contento con aproximarse a nosotros de cuando en cuando, está presente en nosotros sin interrupción por su Espíritu; en él nos da el beso paternal, nos estrecha de continuo con abrazo de padre.

Por la presencia y la acción del Espíritu de Dios reconoceremos si en realidad somos hijos de Dios. Ya lo dijo el Apóstol: “Los que son movidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”[[273]](#footnote-273); y san Juan: “Sabemos que Dios mora en nosotros por el Espíritu que nos ha dado”[[274]](#footnote-274).

El Espíritu de Dios es la caridad, el amor puro y vivo de Dios y de los hombres, es un fuego devorador que consume toda escoria. Lo guardamos mientras caminamos en la luz y como hijos de la luz; mientras nada hacemos que pueda entristecer y desagradar a Dios; mientras no nos entreguemos voluntariamente a los poderes de las tinieblas, de las que nos arrancó la divina gracia.

Mucho se podría decir todavía acerca de las maravillas de la adopción divina a base de la Escritura y de la doctrina de los Padres. Para terminar, prestemos atención a las palabras del papa san León, con las que nos exhorta a conservar con honor este tesoro y a mostrarnos reconocidos para con Dios. “Agradezcamos pues, hermanos míos, a Dios Padre, por su hijo, en el Santo Espíritu, ‘porque, a causa del gran amor con que nos distinguió, tiene piedad de nosotros y porque, estando muertos por el pecado, nos ha vivificado en Cristo y por Cristo’[[275]](#footnote-275), para que en él seamos una nueva criatura, una obra nueva. Despojémonos del hombre viejo con sus actos, y, después de habernos hecho partícipes de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad, guárdate de decaer y de volver a tu estado de bajeza anterior. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Acuérdate de cómo, arrancado del poder de las tinieblas, fuiste transportado a la luz y al reino de Dios. Por el sacramento del bautismo te has convertido en el templo del Espíritu Santo; guárdate de echar a tal huésped con tus obras perversas y de someterte nuevamente a la esclavitud del demonio; la sangre de Cristo sirvió para tu rescate; el que te salvó con misericordia te juzgará con justicia”[[276]](#footnote-276).

Capítulo VI:

El maravilloso alimento de los hijos de Dios

“Dios, que se ha dado a nosotros como Padre”, dice san Pedro Crisólogo, “que nos ha adoptado como a hijos, que nos ha legado sus bienes, que nos ha honrado con su nombre, que nos ha hecho participantes de su gloria y de su reino, ese Dios quiere también que le pidamos el pan de cada día. ¿Qué pan es éste? El Padre celestial no puede referirse sino al pan celestial. Dice de sí propio el Hijo de Dios: ‘Yo soy el pan que ha descendido del cielo’[[277]](#footnote-277). Es el mismo que ha estado en germen en el seno de la Virgen, que fue amasado en la carne, preparado en el sufrimiento, cocido en el horno de la tumba, reservado en las iglesias, colocado en los altares, el celeste pan que a diario es presentado a los fieles”[[278]](#footnote-278).

Efectivamente, la principal obligación del padre es la de alimentar a su hijo; en esta alimentación se conoce el amor paterno. ¿Dónde está el entendimiento de un mortal, dónde la perspicacia de un ser inmortal? Oh Dios mío, que sea capaz de medir tu liberalidad con tus hijos. ¿No tenías para alimentarlos otra cosa que no fuera el santo cuerpo y la preciosa sangre de tu Hijo? ¡Oh corazón más que paternal de mi Dios! ¡Amor que no ha experimentado madre alguna! Como dice el Profeta, grande es la fortuna que nos ha tocado “al ser destinados a constituir el orgullo de los siglos, y a chupar los pechos de los reyes”[[279]](#footnote-279). La naturaleza ignoraba esta terneza; jamás ha conocido nada semejante para los hijos de su seno.

Pero, en la medida en que Dios aventaja a los hombres, en la medida en que los hijos de Dios le pertenecen, esto es de un modo mucho más íntimo que los hijos de los hombres pertenecen a sus padres, en esa medida también conviene que a los hijos de Dios se prepare un alimento que al mismo tiempo esté en consonancia con la majestad de! Padre y la nobleza sus hijos. No quiso e! Padre poner límites a su amor, quiso repartir todos los tesoros de su poder, dar a sus hijos lo que hay de más precioso, es decir, darse a sí mismo en festín eterno. “¿Qué es lo que hace la felicidad de Dios y qué es lo que constituye su aderezo, sino el trigo candeal de los elegidos y el vino de las vírgenes?”[[280]](#footnote-280).

¿Compararemos e! amor de Dios con el amor materno? Muchas madres, dice san Juan Crisóstomo[[281]](#footnote-281), entregan sus hijos a otras mujeres para que los alimenten, y aun aquéllas que los alimentan por sí mismas sólo les dan su leche, que viene a ser lo superfluo de su sangre. Cristo, por el contrario, nos da a beber toda la sangre de su cuerpo y de su corazón; esta sangre no brota sino a impulso de su amor y de sus torturas, que oprimen su cuerpo como una prensa de lagar; nos alimenta con todo su cuerpo, para que, según e! Salmista, la boca de los niños y de las criaturas anuncien sus alabanzas[[282]](#footnote-282).

Para hacer ostentación de sus riquezas y de su generosidad, algunos opulentos romanos llegaron hasta mezclar con los alimentos servidos en e! banquete una cantidad de piedras preciosas; cada bocado de los convidados debía ser algo más suntuoso que todo un patrimonio. Aun cuando la magnificencia de tal festín valiera como todos los tesoros de la tierra, ¿qué supondría todo ello en comparación del festín que Dios prepara a sus hijos? Aquí, como nos lo dice santo Tomás, Dios se da a sí mismo con todos los bienes creados: “Con el Espíritu Santo, da en la medida máxima todo lo que es, todo lo que tiene. Nada existe fuera de la naturaleza espiritual, de la naturaleza corporal y de la naturaleza divina. La naturaleza corporal comprende cuanto puede ser percibido por los cinco sentidos; la naturaleza espiritual incluye a los ángeles, a las almas, las virtudes y los dones espirituales; la naturaleza divina contiene en sí la perfección de todo. En la Eucaristía, Dios Padre nos da el cuerpo y la sangre de su Hijo, y con esto lo que hay de mejor en la sustancia corporal; pero nos da además el alma de su Hijo, cuya gracia y santidad superan la de todos los ángeles y santos; de esta suerte nos da lo mejor de la sustancia espiritual. Más aún, nos da toda la naturaleza divina”[[283]](#footnote-283). Con esta leche incomparable Dios mantiene a sus hijos; los recibe a este banquete; ni siquiera él podía otorgarles nada que fuera más dulce, ni más precioso.

De la excelencia de este alimento podemos colegir cuán subido sea el valor de la vida de gracia por él mantenida, y la grandeza de la dignidad que nos hace merecer. La sangre divina de Cristo, absorbida por nosotros, es una prueba de que, después de la regeneración, la sangre de la vida divina circula en nuestra alma y nos da una nobleza nueva. El que nuestro cuerpo se una a la sustancia del cuerpo de Cristo no puede menos de ser una prenda de que en realidad nos hemos hecho participantes de la naturaleza divina. Si estas verdades encontraran en nosotros una fe viva, si las meditáramos con frecuencia, ¡entonces sí que apreciaríamos la vida de la gracia que pide este alimento divino! ¡Con qué deseo, con qué amor, con qué devoción nos acercaríamos a este festín celeste que nos hace participar de la naturaleza de Dios, que nos llena de la vida divina!

Nuestra admiración y nuestro amor subirán de punto, si pensamos en el modo como este alimento ha sido preparado. Dios ha escogido el pan y el vino para hacer de ellos, mediante una transformación maravillosa, un alimento y una bebida celestiales. La sustancia de pan se cambia enteramente en el cuerpo, y la sustancia de vino en la sangre del Hijo de Dios. ¿No significará esto que también nuestra naturaleza, al tomar este alimento y esta bebida, es transformada por la gracia de una manera maravillosa y misteriosa? Sin duda; pues así como el pan natural se convierte prodigiosamente en pan celestial, así también la gracia que se nos da en este sacramento debe transformar nuestra naturaleza terrena en una naturaleza celestial; sin destruir la sustancia de nuestra naturaleza, debe hacerla participar de la naturaleza divina. Del mismo modo que después de la consagración ya no existe el pan, sino el cuerpo del Hijo de Dios, presente bajo las especies de pan, así también, una vez recibida la gracia, no es justo nos consideremos como hombres, siendo como somos, hijos de Dios.

No podemos contemplar con nuestros ojos, es cierto, esta prodigiosa transformación. Queda asimismo del todo oculta a nuestros sentidos la transustanciación del pan. Nuestra transformación por la gracia es invisible, pues se verifica en lo más profundo e íntimo de nuestra alma. Los hijos de Dios externamente son como los demás hombres, están sometidos a los mismos sufrimientos y a las mismas enfermedades; también en ellos, como dice el Apóstol, el hombre exterior perece; pero el hombre interior se renueva cada día; se va transformando, por el Espíritu de Dios, mientras dura la vida, hasta el momento en que una gloria y una felicidad celestiales revistan e inunden a todo el hombre[[284]](#footnote-284).

No nos dejemos engañar por nuestros sentidos; confesemos con fe las maravillas que Dios obra en nuestra alma por la gracia. Su poder llega a nosotros por la palabra del sacerdote, en el bautismo y en la absolución, tan realmente como en la Misa; este poder nos ayudará a cambiar nuestra vida de pecadora y carnal en santa y espiritual; desatará además todos los lazos que nos aprisionan a la tierra y a nosotros mismos. De esta suerte, viviendo en la carne, no viviremos según la carne y, aunque entorpecidos todavía por el peso de nuestro cuerpo, podremos elevarnos, libres y fuertes, hasta el cielo.

La transustanciación del pan y del vino no es el único prodigio obrado por Dios en beneficio de sus hijos; a éste han seguido otros innumerables, por los que Dios suspende, para favorecer a los suyos, todas las leyes de la naturaleza y rebasa todos los límites. ¿Hay algo más estupendo que ver intactas las especies de pan y de vino sin que esté allí su sustancia? ¿Qué maravilla es comparable a la de ver un solo e idéntico cuerpo presente al mismo tiempo en millares de altares, en millares de tabernáculos, en cada parte del pan sin que éste se divida? ¿No deberemos concluir que la gracia de la adopción, ya que con miras a ella obra Dios prodigios sin cuento, es uno de los más hermosos portentos de su omnipotencia? Si con motivo de la gracia Dios altera todas las leyes impuestas a la naturaleza, ¿no es justo que tengamos vergüenza de no esforzarnos por deshacer y dominar la ley del pecado que reina en nosotros, de no mantener firmemente dentro del orden las inclinaciones desordenadas que nos alejan de Dios, de no hacernos una santa violencia? ¿Nos atrevemos a poner menos empeño en procurarnos la gracia y en conservarla que el que Dios pone para dispensárnosla? ¡Miseria debida a nuestra pereza y a nuestra ingratitud! Dios traspasa los límites de su Providencia ordinaria para procurarnos los medios más indicados para obtener la gracia, ¡y nosotros nos empeñamos en no abandonar el paso de nuestra naturaleza, lenta y perezosa! ¡Como si quisiéramos ridiculizar el amor de Dios, nos arrojamos locamente en los brazos de su enemigo, que sólo piensa en nuestra perdición!

¡Oh hijos de Dios, os lo pido por el cuerpo y la sangre de Cristo que recibís: vuestros sentimientos y vuestros actos no sean indignos de un alimento tan santo; no vendáis tan a la ligera una vida sostenida por un alimento tan precioso! Escuchad más bien, a fuer de verdaderos hijos de Dios, la advertencia de san Pedro: “Como niños recién nacidos, deseemos sin malicia una leche espiritual”[[285]](#footnote-285). Seamos como niños en la pureza de nuestra vida, en la sencillez de nuestras costumbres, en el desprendimiento de los bienes de la tierra; como ellos, ignoremos la astucia del mundo, sus ardides, su cólera, su codicia; seamos celosos, dóciles, aplicados, como niños que crecen hasta que se convierten en hombres y hasta que, separados de la leche materna, se alimentan en la mesa de su padre.

El cuerpo y la sangre de su Hijo no son el mejor alimento que el Padre celestial da a sus hijos. En el santísimo Sacramento, el Hijo de Dios se nos da primeramente en su humanidad, porque todavía somos muy pequeños para poseerlo en su divinidad; mas, una vez que nos hemos hecho hijos perfectos de Dios, se hace también en su divinidad nuestro alimento y bebida. Se nos daba antes en forma de leche; ahora se da como pan integral de la vida eterna. Dice san Agustín: “Así como la madre, en su seno, cambia en leche el pan que sus pequeños todavía no pueden comer en la mesa del padre, consiguiendo de esta suerte que se alimenten, crezcan y se fortalezcan, así también el Verbo de Dios, que en el cielo, junto a Dios, es el pan de los bienaventurados, desciende a la tierra revestido de su humanidad, para dársenos como leche celestial, pues somos recién nacidos del Padre”[[286]](#footnote-286). El sacramento del altar, excelente como es, no es sino un regosto y una preparación para el alimento que Dios Padre nos prepara en el cielo. Nos saciaremos del Hijo de Dios en su gloria, nos afirmaremos en la fuerza de su naturaleza divina, alimentados por la luz de su esplendor, abrevados en el río de su amor y de su felicidad celeste. Como este alimento no se transforma en la sustancia de los que lo toman, sino que transforma a ellos en su sustancia haciéndolos participantes de su naturaleza, el Hijo de Dios se nos unirá estrechamente; gozaremos de una vida verdaderamente divina; de acuerdo con su promesa, viviremos de él y en él, como él mismo vive del Padre”[[287]](#footnote-287).

Por lo tanto, el Hijo de Dios es el alimento de la vida eterna para los hijos adoptivos de Dios, ya para los pequeñuelos de esta tierra, ya para los adolescentes del cielo. Para los primeros es alimento por su carne, en el seno de su Madre; para los segundos, por su divinidad, en el seno del Padre; a menos que prefiramos decir que allá arriba comparte, con los hermanos por él adquiridos, el alimento que él recibe desde toda la eternidad, o también que, según su palabra, los sacia en el banquete que para él ordenó su Padre[[288]](#footnote-288). Su comida es la divinidad, la esencia infinita del Padre, lo que Este posee de más íntimo y de más grande, su propia vida. Al recibirla, el Hijo se asemeja al Padre; al contemplarla inmediatamente, participa con el Padre de la más intensa felicidad. Como hermanos del Unigénito de Dios, somos asimismo admitidos al goce inmediato, íntimo, inefable de la esencia divina; su dicha se hace nuestra; el hambre y la sed de los hijos de Dios no pueden aquietarse por nada que no sea el mismo Dios.

San Francisco de Sales nos da una bellísima explicación de este misterio:

“Cuando miramos una cosa, ésta no se une con nuestro ojo, es la imagen que en él se refleja lo que está presente. Asimismo, cuando nuestro espíritu conoce algo, el objeto de nuestro conocimiento no se junta inmediatamente con nuestra facultad intelectiva, sino mediante una impresión espiritual o representación, llamada imagen intelectiva. Mas en el cielo -¡Señor, qué grande es esta gracia!- la divinidad misma se une a nuestro entendimiento sin imagen o representación intermediaria; se une a nuestra inteligencia y entra en ella; se hace presente en tal forma que reemplaza la representación o la imagen. ¡Dios santo! ¡Qué satisfacción para el espíritu humano estar unido por siempre a su objeto supremo! Tal es la unión de que gozaremos; no se trata de una imagen, sino de su real presencia; no de un reflejo, sino de la verdad y de la majestad divina en persona”.

“Hijos de la divinidad, nos encontraremos por demás felices, pues tendremos el honor de alimentarnos de la misma sustancia divina, que entrará en nuestra alma por la boca de nuestro entendimiento. Y, es cosa que excede toda dulzura, así como las madres no se contentaban con alimentar a sus pequeños con la leche que forma parte de su sustancia, sino que tienen que introducir el pezón en la boca, así también Dios, nuestro Padre no se contentará con dejarnos ver su divinidad si no que, por un abismo de amor, depositará su sustancia en nuestro entendimiento para que la veamos, no en una imagen o en una representación, sino en sí misma y por sí misma, de suerte que su sustancia paterna y eterna sirva de imagen y al propio tiempo de objeto a nuestro entendimiento. Entonces se realizarán, cumplidamente, las siguientes promesas divinas: ‘Lo amamantaré, lo llevaré a la soledad y hablaré a su corazón’[[289]](#footnote-289). ‘Regocijaos con Jerusalén, para que seáis amamantados y llenos del pecho de la consolación, para que saboreéis con deleite la plenitud de su gloria… Seréis amamantados, llevados sobre el seno, acariciados sobre las rodillas’[[290]](#footnote-290).

“He aquí una ventura infinita, no solamente prometida, sino de la que se nos han dado las arras en el santísimo sacramento de la Eucaristía, festín perpetuo de la gracia divina; en él, la sangre del Salvador está en su carne y la carne en su sangre, pues su sangre se nos da por su carne; recibimos su sustancia por su sustancia en nuestra boca corporal, para que nos enteremos de que un día nos comunicará en el festín eterno de la gloria su esencia divina. Es éste un favor que aquí abajo se nos otorga en realidad, pero ocultamente, bajo las especies sacramentales; en el cielo la Divinidad se nos dará al descubierto, y la veremos cara a cara como es en sí misma”[[291]](#footnote-291).

De atenernos a estas hermosas palabras de san Francisco de Sales, tan íntimamente se une la naturaleza divina a nuestra alma por la gracia, como se unen con nuestro cuerpo el alimento material y el cuerpo de Cristo en el sacramento del altar. La naturaleza divina para nosotros es un alimento espiritual y, por esto mismo, un verdadero y perfecto alimento; contribuye a la vida eterna de nuestra alma más de lo que influye el pan material en la vida de nuestro cuerpo. Es en verdad el “pan sobresustancial”, que Nuestro Señor nos enseñó a demandar[[292]](#footnote-292). Es un alimento que contiene el meollo de la vida divina, una bebida que nos llena de la plenitud de la dulzura divina. Es un alimento porque nos hace verdaderamente fuertes y grandes, una bebida que nos sumerge en la felicidad de Dios.

¡Maravilloso pan celestial, pan divino que Dios ha destinado y prometido a sus hijos en la gracia! Si los arcángeles no eran dignos, ¡qué decir de los hombres materiales y sensuales! ¡Cuál no será, Señor, la dignidad que por la gracia nos conferiste y que merecemos por semejante pan! Sigue dándonos la gracia para que, conscientes de esta dignidad celeste, no deseemos otro pan que no seas tú; de él nos nutriremos en tu seno por toda la eternidad. Digamos con san Buenaventura: “Haz señor que de continuo tengamos hambre de ti, alimento de los ángeles, consolador de las almas santas, nuestro pan cotidiano sobrenatural, todo sabor y gozo. Oh tú a quien desean ver los ángeles, haz que mi corazón tenga siempre hambre de ti, que en ti coloque su felicidad; que mi alma quede llena de la dulzura de este alimento celestial, que siempre tenga sed de ti, fuente de vida eterna, fuente de luz eterna, río de la felicidad y abundancia de la casa de Dios”.

Capítulo VII:

Establéense por la gracia entre nosotros y Dios lazos de verdadera amistad

Es tan elevada la filiación divina que apenas podemos imaginar una relación más íntima entre Dios y nosotros. La gracia añade todavía el privilegio especial de hacernos verdaderos amigos de Dios.

Entre los hombres, no siempre los hijos gozan de la amistad paterna; pueden ofenderle aun gravemente sin que por ello dejen de ser hijos. Por el contrario, en tal forma nos hace hijos de Dios la divina gracia que, mientras dura esta filiación, mientras somos hijos de Dios, somos también sus amigos. La relación entre hijos y padres incluye siempre una subordinación neta de los hijos a los padres, máxime cuando se trata de hijos adoptivos; la consecuencia de ello es el temor reverencial al padre, que no permite relaciones del todo libres y confidenciales con él. La gracia en cambio nos aproxima a Dios en tal forma que conversamos con él, no ya solamente con el respeto del hijo, sino con la libertad y confianza del amigo[[293]](#footnote-293). Por esto decíamos que la filiación divina recibe un privilegio especial de la amistad de Dios.

La adopción divina nos eleva ya infinitamente sobre la condición de siervo, al hacer desaparecer la relación de inferioridad y la demasiada distancia que nos separa de Dios; a ella debemos nuestra condición libre y cierta igualdad con Dios. La amistad divina obra esto de un modo más completo y más decisivo.

Acerca de esta verdadera amistad nos informa Nuestro Señor en persona, cuando opone claramente la amistad que él nos procura a las relaciones de siervo: “En adelante no os llamaré servidores, sino amigos”[[294]](#footnote-294). “¿Qué hay de más grande -hace notar san Cirilo de Alejandría-, qué hay de más bello que ser amigo de Cristo, que ser llamado con este nombre? Excede tal dignidad los límites de la naturaleza humana. Como dice el Salmista, todas las cosas sirven al Creador; nada hay que no esté sometido al yugo de la servidumbre. En estas circunstancias, el Señor eleva a sus servidores que observan sus mandamientos a una gloria sobrenatural; no los llama ya servidores sino amigos y los trata como a tales”[[295]](#footnote-295).

¡Qué liberalidad para con sus servidores inútiles! ¡Como si para nosotros fuera escaso favor el poder servir al Señor en su palacio real como trabajadores y domésticos, siendo así que era ya un gran honor el poder servir a uno de sus ángeles!

Admira la condescendencia de Dios, alma cristiana. Te había elevado él sobre las criaturas desprovistas de razón, sobre la tierra y todo lo que ésta contiene. En tanto que reinabas sobre los animales, ¿no convenía que sirvieras a los serafines? Ni siquiera esta carga te quiso imponer el buen Dios; tu noble libertad debía subir tan alto que nada de lo criado estuviera colocado sobre ti. Sólo Dios es tu amo; sólo a él debes someterte con todas tus fuerzas. Pero tampoco quiere él mirarte como a servidor; quiere hacer de ti un amigo. Te ha dado su propio espíritu, ese espíritu del que dice el Apóstol: “Donde está el Espíritu del Señor, allá está la libertad”[[296]](#footnote-296). Nuestra libertad es verdaderamente santa e inefable, cuando dejamos de ser siervos, para contarnos entre los amigos del Señor de todo lo creado, cuando vemos que el Dios todopoderoso viene hacia nosotros con la terneza de un amigo, como si fuéramos sus semejantes, como si tuviéramos el derecho de acercamos a él con la libertad y la confianza de un amigo. Con sobrado motivo exclamaba san Gregorio el Grande: “¡Qué inmensa es la misericordia de nuestro Creador; no éramos dignos de reputarnos servidores suyos y he aquí que somos llamados sus amigos!”[[297]](#footnote-297).

A grande honra se tiene el poder servir a un rey de la tierra. Incomparablemente más honroso es servir a Dios, Rey de reyes, que ser rey y dominar en un vasto reino. Motivo demás para apreciar la amistad de Dios que nos une a él con un amor y una confianza tan íntimas. ¡Cuánto no deberemos estimar la gracia que nos capacita para esta amistad!

La gracia no concede solamente la “libertad” necesaria para llegar a ser amigo de Dios, sino da también otra condición exigida por la amistad, la “igualdad” con el amigo.

La verdadera amistad busca a semejantes o los hace, dice un viejo proverbio. La intimidad particular y el amor que existe entre los verdaderos amigos, supone la igualdad de condición, o bien, si hubiere alguna desigualdad, la nivela. En cierta medida un amigo es otro yo de su amigo; cada cual honra y ama a su amigo como a sí propio y desea también que los otros le honren.

En el orden natural, Dios nos ama como a criaturas y servidores suyos. La distancia entre él y nosotros es infinita, demasiado grande para que podamos llamamos sus amigos… Ni siquiera los filósofos paganos, que afirmaban no ser el alma humana sino una emanación, una partícula de la sustancia divina, osaban afirmar que entre Dios y los hombres fuera posible una verdadera amistad[[298]](#footnote-298).

Sólo por la gracia se asemeja el hombre a Dios en forma tal que la distancia se acorta y la amistad divina no parece ya indigna de él. El Rey salmista tenía ante los ojos la gloria de la gracia, cuando cantaba: “Oh Dios, tus amigos son muy honrados; su dignidad real ha sido muy afianzada”[[299]](#footnote-299). La gracia nos coloca sobre la cúspide de una dignidad divina, en el mismo plano de Dios; a ella debemos el que desaparezca la distancia infinita entre él y nosotros, el que participemos de la naturaleza divina, el que llevemos en nosotros la imagen de Dios, el que formemos parte de una raza divina, el que seamos dignos de su amistad. En tal forma la gracia glorifica nuestra naturaleza y la une a Dios que Dios viene en cierto sentido a encontrarse en nosotros y nos dedica el amor que se tiene a sí mismo. Nacido en la miseria y en la impureza, el hombre por la gracia es elevado sobre los mismos cielos y abrazado por Dios como verdadero amigo.

Apenas podríamos creer, si Dios no nos hubiera probado por un acto maravilloso, qué precio asignó él a nuestra amistad y hasta qué punto la quiere perfecta. Para demostrarnos que, en lo posible, desea que participemos de su gloria como él, se hizo semejante a nosotros; apareció como uno de nosotros, durante muchos años vivió entre nosotros y con preferencia se llamó Hijo del Hombre. Tomó sobre sí todos los sufrimientos y miserias de nuestra naturaleza, para compartirlos con nosotros. Si tanto se abajó por amor a los hombres, otro tanto nos hará subir para recibirnos en su casa, para que disfrutemos de su gloria y de su felicidad.

Seríamos grandemente insensatos e ingratos, si nos atreviéramos a despreciar o rechazar la amistad del Rey de los reyes. El mundo tendría por loco al que no aceptara la invitación de un monarca que le ofreciera su amistad, pues sabido es que los hombres son capaces de soportar pruebas inmensas, de pasar por dificultades y sacrificios sin cuento para lograr esa amistad. Sucede en estos casos que frecuentemente hay pocas esperanzas de éxito; aun cuando se consiga, dicha amistad es inconstante, un pequeño tropiezo imprevisto puede dar con ella en tierra; en todo caso desaparece con la muerte. Dios, en cambio, se adelanta a ofrecernos su amistad; apenas necesitamos esforzarnos, una vez aceptada, para poseerla eternamente.

Trae san Agustín, en sus ‘Confesiones’[[300]](#footnote-300), una historia que le contara cierto testigo ocular y que contribuyó no poco a su conversión. Dos amigos de la corte del César romano, residente en Tréveris, ansiosos del favor y de la amistad de éste, se habían retirado un día a una especie de fonda. Encontraron sobre la mesa la vida de san Antonio Abad. La tomó uno de ellos, la leyó, se conmovió y dijo a su compañero: “Dime, te lo ruego: ¿adónde pretendemos llegar con tanta fatiga? ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué hacemos en el ejército? ¿Podemos acaso en este palacio conseguir algo que supere la amistad del emperador? ¿Y esto mismo no es algo frágil y no está lleno de percances? ¿Por cuántos peligros no debemos pasar para llegar a este peligro mayor? ¿Y cuándo arribaremos? Mira qué contraste; si yo quiero ser amigo de Dios, puedo conseguirlo en este mismo instante.” Este discurso, pronunciado con acento persuasivo, tal impresión produjo en el compañero, que inmediatamente de consuno tomaron la resolución de abandonar la corte y retirarse a la soledad, para buscar allí la amistad del más insigne de los Señores. Sigamos este ejemplo; si no les imitamos en abandonar el mundo, al menos esforcémonos por mantener la amistad divina con preferencia a la del mundo y a la de los hombres.

De acuerdo con la ley fundamental de la verdadera amistad, tratemos de unirnos a Dios como él se une a nosotros, de asemejamos a él como él se ha hecho parecido a nosotros. Si tan estrechamente se unió con nosotros fue con el objeto de que participáramos, como sus verdaderos amigos, de sus sentimientos, de su voluntad, su amor, su pensamiento. Ya lo dijo un filósofo pagano “querer y no querer al mismo tiempo, he aquí la verdadera amistad”[[301]](#footnote-301). No querer sino lo que Dios quiere, no amar sino lo que él ama, a esto debemos aspirar; en ninguna otra forma podemos devolverle su amor, ya que no podemos elevarlo o enriquecerlo como él hiciera con nosotros.

La .amistad constituye una de las necesidades más profundas, uno de los mayores bienes del corazón humano; su deseo y su felicidad consiste en amar y en ser amado. Se halla tan solo, tan desdichado y tan abandonado que necesita ligarse y confiarse a otro corazón. No encuentra reposo hasta tanto que haya dado con una persona que comparta sus sentimientos, que compadezca sus penas y que en tal forma se haya unido con él que parezcan sus corazones moverse a impulsos de un mismo latido.

Nos juzgaríamos dichosos de haber encontrado tal amigo; la misma Escritura nos lo asegura: “Es feliz el que halló un verdadero amigo”[[302]](#footnote-302).

No obstante, nunca llegamos a un reposo perfecto. Por noble, por bueno, por amable que sea el corazón de otro hombre, no deja de ser miserable, pues a su vez busca en nosotros consuelo y felicidad. Por íntimamente que puedan unirse dos corazones y sostenerse mutuamente, con todo son demasiado limitados para poderse compenetrar enteramente, son asaz débiles para sostenerse en pie contra todas las tempestades. ¿Cómo medir la dicha que nos caería en suerte, si encontráramos un corazón infinitamente noble y bueno, capaz al mismo tiempo de penetrar hasta la última fibra de nuestro corazón, de hacerse uno con nosotros, de darnos a una consigo cuanto desear podemos?

Cristiano, en tu Dios y Señor hallas un corazón así, cuando te unes a él por la gracia. Tanto se acerca al tuyo su divino corazón que lo penetra enteramente, lo llena de su santa presencia; ambos, animados por una sola alma y un solo espíritu, se funden en un solo corazón. Este corazón es el bien supremo e infinito, el bien que encierra todo bien y toda felicidad. Cuanto de amable y de dulce existe en todos los corazones en el cielo y en la tierra está en él reunido, más aún, infinitamente superado. Sólo a él pueden aplicarse en todo su sentido las palabras que la Escritura atribuye a un buen amigo: “Un amigo fiel es un sostén notable; quien lo encontrare, hágase cuenta que halla un tesoro. Nada es comparable a un amigo fiel; ningún peso de oro ni de plata equivale al valor de su fidelidad. Un amigo fiel es un remedio de vida y de inmortalidad”[[303]](#footnote-303).

Dios es un amigo que no sólo está presente de tiempo en tiempo, sino siempre, mientras tú no lo eches; es un amigo que habita de continuo en tu corazón; es un amigo a quien no necesitas manifestarle con palabras tus sentimientos, pues conoce y siente cada uno de sus latidos; nada de lo que pasa en ti ignora, y te conoce mejor que tú mismo te conoces. Se da cuenta de tu amor, de tus deseos, de tus sentimientos. Es un amigo sin defecto alguno y colmado de todas las perfecciones; cuanto más hubieres gustado de su intimidad te resultará más agradable. “No causa amargura su compañía, su trato no produce tedio”[[304]](#footnote-304).

¿Estimarás tan poco a este amigo único y su amistad portadora de la gracia que prefieras recurrir más a otros amigos? ¿Es posible que no quieras unirte con este amigo único, cuyas delicias residen en estar con los hijos de los hombres? ¿No le darás tu corazón como él te dio el suyo? ¿Llega a serte fastidiosa su amistad y prefieres a la suya la amistad del mundo? ¿Diré que eres ingrato para con él? No, más bien eres cruel contigo mismo.

Escucha con atención lo que dice el bienaventurado Tomás de Kempis.

“¿Qué te puede dar todo el mundo sin Jesús?

Vivir sin Jesús es duro infierno, y estar con Jesús es dulce paraíso.

Si Jesús está contigo, ningún enemigo te podrá dañar.

El que halla a Jesús, encuentra rico tesoro, digo más: halla un bien sobre todo bien.

Y el que pierde a Jesús pierde mucho más que todo el mundo.

Muy pobre es el que vive sin Jesús, y riquísimo el que está con Jesús.

Grande arte es saber hablar con Jesús, y saber poseer a Jesús, gran prudencia.

Puedes arrojar pronto de ti a Jesús y perder su gracia, si te inclinas a las cosas exteriores.

Si destierras de ti a Jesús y le pierdes y abandonas, ¿a dónde irás? ¿A quién buscarás por amigo?

Sin amigo no puedes vivir bien, y si Jesús no es tu especial amigo, estarás muy triste y desconsolado.

Obras neciamente si en otro alguno confías y te alegras.

Preferible es tener todo el mundo contrario que ofender a Jesús.

Que te sea pues más querido que ningún otro objeto amado”[[305]](#footnote-305).

En efecto, desgraciado de ti, si cobardemente rehúsas la amistad de Dios. Esta ingratitud convertiría a tu amigo más tierno en el más duro enemigo[[306]](#footnote-306). Cuanto era intenso su amor para contigo, tanto será terrible su odio. “Derrama su aborrecimiento en la medida de su misericordia”[[307]](#footnote-307), dice la Escritura. Un amigo, cuanto más sincero y verdadero, tanto es más deseable; tanto es más de temer cuanto el enemigo sea más decidido y seguro. Así como la amistad divina aventaja a la de todos los hombres juntos, así también su cólera es más terrible que la de todos los hombres juntos.

Imagínate a un hombre a quien todos persiguieran y odiaran a muerte, a quien nadie quisiera ver ni oír, a quien toda la humanidad rechazara como objeto de execración, que anduviera errante como un poseso, como un Caín fratricida, que no se atreviera a acercarse a nadie, temiendo ser torturado y muerto de la manera más cruel. ¿Crees que tal hombre podría seguir comiendo y durmiendo en paz, que podría vivir en su angustia y que, en su desesperación, no preferiría la muerte a una vida tan horrible? Mucho más desdichado es quien tiene a Dios por enemigo, pues ininterrumpidamente está pendiente sobre su cabeza la espada del poderoso y riguroso juez, al que no puede sustraerse. En otros casos se puede esperar la muerte como término de una triste situación; pero en éste, tratándose de Dios, con la muerte no se consigue otra cosa que echarse definitivamente en manos del enemigo. Dime, pecador; ¿cómo puedes estar alegre, cómo es posible que te sientas dichoso teniendo en perspectiva a tu terrible enemigo?

Fijémonos ahora en un hombre amado y venerado de todos, a quien se le prodigan los saludos más afectuosos, los beneficios y regalos más escogidos, a quien se le rinden con emulación todos los servicios y atenciones posibles. No cabe duda que a ese individuo lo proclamaríamos como el más dichoso de los hombres y envidiaríamos su suerte. Y sin embargo, esta felicidad no tiene comparación con la que disfrutará ese hombre si tiene la ventura de tener a Dios por amigo, a Dios cuyo amor infinito supera el amor de todos los ángeles y de todos los hombres, a Dios que colma a sus amigos de todos los beneficios de su poder.

Si se tratara de escoger entre la amistad o la enemistad de todos los hombres, nadie vacilaría en conseguir a cualquier precio la dichosa suerte que supone aquélla, y evitarían todos la desgracia que ésta encierra. ¿Cómo se explica entonces que seamos tan lentos en preferir la amistad de Dios a su enemistad, en sacrificarlo todo por ella? Si la perdemos, nos entregamos a la esclavitud del demonio, en cuyas manos expiaremos por toda una eternidad el crimen de haber menospreciado la amistad divina.

La amistad de Dios se distingue de la amistad humana en que es más pura y más noble, y de consiguiente más verdadera y preciosa; se distingue sobre todo en que es más desinteresada. Aun cuando no amamos al amigo por la utilidad que nos reporta, sino por él mismo, con todo no se excluye el que pueda ayudarnos. Lo menos que se espera de su amor recíproco es un consuelo; experimentamos la necesidad de ser amados. Dios en cambio para nada necesita de nuestra amistad, ya que, siendo como es infinitamente dichoso, no podemos procurarle provecho alguno, ni aumentar su felicidad. Ni siquiera tiene necesidad del amor que nos pide en retorno, puesto que con él no puede ser más feliz de lo que es. Este amor y cuanto nos concede para hacernos amigos suyos sólo sirve para que seamos nosotros los afortunados. Únicamente nos aprovechamos de esta amistad, en tanto que Dios se gloría y se goza solamente de habernos convertido en amigos suyos, de habernos hecho felices.

Pero, dirás: ¡cómo!, ¿no ha hecho Dios todo para sí mismo, sin excluir a sus amigos de esta finalidad? Es cierto que te ama para sí mismo; sólo en esta forma puede amarte verdadera y perfectamente. ¿O es que desearías te amara sólo para ti mismo? En tal caso no podría su amor ser grande, divino, infinito, pues por ti mismo no eres infinito y de consiguiente no puedes ser objeto de un amor infinito. Dios te ama a causa de su propia bondad infinita que en ti brilla por la gracia de modo maravilloso; porque se ama en ti, te ama en Él; te ama por lo que hay en ti de más íntimo y más grande, es decir, por su naturaleza divina comunicada a ti por la gracia. Por esto su amor hacia ti es tan íntimo, tan inmenso, tan infinito. Este amor tanto es más verdadero y sincero cuanto que Dios te ama no para ti mismo, sino para sí mismo. De ello te debes alegrar y congratularte; al menos ése debe ser tu ardiente deseo.

De todo corazón te recomiendo a este amigo tan desinteresado. No temas; nada te quitará para fines egoístas; sólo para enriquecer te y hacer te dichoso se ha constituido en calidad de tal[[308]](#footnote-308). Sé a tu vez con él desinteresado, amándole como él te ama; ámate solamente en él; entrégate totalmente a él, como él se entregó a ti. Ya que te donó su gracia y su benevolencia, ríndele el tributo de su honor y de su gloria. Así se tornarán más fuertes los lazos de la santa amistad que a él te unen; para tu gloria y tu felicidad, serás digno de llevarlos por toda la eternidad; después de haberte unido en la tierra a tu Amigo divino por el amor, te unirás a él en el cielo inseparablemente por la gloria.

Capítulo VIII:

El amor inefable que Dios nos tiene cuando estamos en estado de gracia

Es tan dulce, tan profundo, tan inagotable, el misterio del amor que Dios nos dispensa, al elevarnos por la gracia a la categoría de hijos y de amigos suyos, que es preciso dedicarle todavía nuestra atención.

“¿Quién es el hombre, para que tú le glorifiques e inclines hacia él tu corazón?”[[309]](#footnote-309). No nos es dado repetir suficientemente estas palabras en la presente meditación. “¿Quién es el hombre?”, pregunta san Bernardo, comentándolas. “Símbolo de la vanidad y de la nada: es nada. ¿Cómo que es nada quien ha sido honrado por Dios hasta ese extremo? Hermanos míos, alentemos la confianza. Aun cuando nuestro corazón esté vacío, puede ser que en el corazón de Dios encontremos oculto algo de nosotros. ¡Oh Padre de misericordia! ¡Dios de los pobres! ¿Y vuelves hacia nosotros tu corazón? Son palabras tuyas: “Allí donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”[[310]](#footnote-310); ¿no seremos un tesoro, dado que tu corazón está en nosotros?”[[311]](#footnote-311). Así se expresa san Bernardo. En efecto, nada hay en nuestra naturaleza que pueda merecer la condescendencia divina. No podemos ser para Dios un tesoro a no ser que hayamos recibido de su corazón el tesoro de la gracia. Es verdad, aunque en vasos frágiles, llevamos en nosotros este tesoro. La belleza de la gracia, su esplendor, han de ser grandes para atraer en esa forma el corazón de Dios, para que hayan merecido un amor, no general, sino particularísimo.

Hay amor y amor. La misma persona puede amar en diversa forma, y sinceramente, a otra persona: con amor ordinario y general, con amor del todo especial, con amor que arranca el corazón del amante y lo sujeta al objeto amado. En este último amor, llamado de éxtasis, el célebre doctor espiritual Ricardo de San Víctor[[312]](#footnote-312) distingue cuatro grados; en el primero, el corazón no es dueño de su amor; en el segundo, no lo puede olvidar; en el tercero, no halla contento en otra cosa; en el cuarto y último, no acierta a contentarse de la grandeza de su amor. Llama al amor del primer grado ‘insuperable’, porque ninguna otra afección lo puede suplantar; al del segundo, ‘inseparable’, porque de tal suerte está fijo en la memoria que no se lo puede alejar; al del tercero, ‘exclusivo’, porque no sufre repartición; el del cuarto, ‘insaciable’, porque nada lo puede saciar.

No hay por qué extrañarse de que el hombre pueda ser transportado a un tal amor de éxtasis en su Dios, el Bien supremo, en el que encuentra su más alta felicidad. Pero que Dios se deja atraer por un tal amor hacia el hombre creado por él con una palabra de su boca, formado por él del barro de la tierra, esto, digo, es imposible si Dios por su gracia no implanta en él algo tan precioso, tan maravilloso, que su inefable resplandor lo encante y lo transporte en el más intenso amor.

En efecto, ¿hay algo más ‘insuperable’, más fuerte, más glorioso, que el amor que se apoderó del Hijo de Dios, nuestro Rey todopoderoso, y que lo ha convertido en nuestro servidor? Ese amor lo arrancó del seno del Padre y, como prisionero, lo condujo a la tierra; con esto quedaba desarmada la cólera terrible del soberano Juez y triunfaba con una aplastante victoria de la miseria humana. Dice Basilio de Seleucia: “Tal es la naturaleza divina: el que lo vence todo ha sido vencido por su amor a los hombres”[[313]](#footnote-313). En el “Cantar de los Cantares”, el Esposo divino califica de terrible a su esposa y a su amiga, es decir, al alma adornada por la gracia; la compara a un ejército en orden de batalla; le ruega que desvíe un poco de él sus ojos que asemejan a carros de guerra y de triunfo, no sea que su corazón salga de su lugar y quede fijado al objeto de su amor[[314]](#footnote-314).

El amor divino obra de suerte que Dios sale de sí mismo y se vuelca en el bienamado; preferentemente se llama amor extático. En cierto sentido, podemos afirmar de un hombre que el amor le hace salir de sí y que coloca su corazón en el del amigo; pero esto tiene lugar tan sólo en la afección y el sentimiento. Por el contrario, Dios, cuya esencia es tan ilimitada como su amor, y en quien ambas cosas forman una sola, viene con su sustancia a quienes hiciera amables por la gracia, y se une tan íntimamente a ellos como si quisiera convertirse en parte de su ser. Dice san Agustín que la mitad del hombre que ama permanece en su amigo[[315]](#footnote-315); el amor de Dios es todavía mucho más poderoso; no ya una parte de su Espíritu, sino que su Espíritu todo entero se derrama en el corazón de sus amigos; tan grande es la fuerza del amor divino que nos vale la gracia.

Según el testimonio del mismo Dios por el Profeta Isaías este amor lo vincula a sus amigos de una manera ‘inseparable’; Lo que el Profeta dice de la Sión terrestre encuentra una aplicación más elevada y más perfecta en la Sión espiritual que nosotros constituimos por la gracia. “¿Puede una madre olvidar a su hijo? ¿No tendrá piedad del fruto de su seno? Pues aun cuando ella lo olvidara, yo no me olvidaré de ti. Mira, que te he inscrito en mi mano”[[316]](#footnote-316).

Del mismo modo que la bondad de Dios, siendo infinita, supera toda otra bondad, así también el cuidado que su corazón dedica a sus hijos aventaja con mucho a los cuidados de todos los padres y madres; y precisamente se preocupa más de nosotros cuando nuestros padres nos abandonan. “Mi padre y mi madre me han abandonado, pero el Señor me ha adoptado y me ha tomado bajo su protección”, canta el Salmista[[317]](#footnote-317).

Dios, vencido por su amor, no solamente se inclina hacia nosotros, sino que realmente desciende a nosotros con su sustancia. Este amor, además de encadenarnos a su recuerdo, nos lo hace presente con su sustancia de una manera continuada. Cuando estamos en gracia, no puede Dios desviar de nosotros su afecto, como tampoco puede privarnos de su misteriosa presencia; es que es sobrado grande el gozo que experimenta en permanecer en una alma en gracia; el placer que le procura su belleza es tal que parecería no poder hallar en otro lado su lugar de reposo, su felicidad; él mismo lo dice: “Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres”[[318]](#footnote-318).

Este amor de Dios para los que están en gracia es asimismo ‘exclusivo’. Lo prueba suficientemente el hecho de que nadie es admitido a este amor sin la gracia; Dios abraza a todas las criaturas con los brazos de su amor, pero no a todas las acepta en la intimidad de su corazón. El se ama con amor distinto de aquel con que ama a las criaturas, y de este amor participan los hombres por la gracia. Así como, en comparación de sí mismo, olvida las criaturas y sólo las ama para sí mismo, como medios de su glorificación, así también ama a sus hijos de un modo especial, como si no pudiera amar otra cosa en el mundo; únicamente sobre ellos fija una mirada cargada de inefable benevolencia; a las demás criaturas sólo las mira en cuanto que están llamadas a servir y glorificar a sus hijos. He aquí el motivo por el que, en el Cantar de los Cantares, llama a todos sus amigos con el apodo de paloma, de toda perfecta, de esposa. Pues aun cuando sus hijos sean numerosos, todos están orlados con los rayos de la misma gracia, todos participan de la misma naturaleza divina; cada cual disfruta del amor divino por entero sin reparticiones, ya que en su infinitud Dios puede abrazar a uno lo mismo que a todos, y a todos lo mismo que a uno solo.

Finalmente, el amor de Dios para con las almas que están en gracia es ‘insaciable’; no se contenta, casi podríamos afirmar de su infinitud. Durante los treinta años que vivió sobre la tierra probó hasta saciarse de todos los sufrimientos y dolores, y sin embargo no consiguieron apagar su sed; ocurrió lo que pasa con el fuego devorador que todo lo consume y busca siempre nuevo alimento, volviéndose cada vez más ardiente. ¿Hasta este punto olvidaste, Dios mío, tus beneficios anteriores, es decir, que fuiste excesivamente bueno y liberal? Se ve que ya no piensas en el despliegue de la Majestad ostentada en la creación; que tampoco piensas en tu Encarnación, misterio de los misterios, ni en los largos y penosos años de tu vida terrestre. Sigues gritándonos todavía: “Tengo sed”. ¿Es que tu amor no está aún satisfecho? No, Señor Jesús, no bastaba todo esto. Los agotadores viajes a través de Judea, de Galilea y de Samaria, llegaron a extenuar tu cuerpo, pero tu amor quedaba insaciado. Te abrasabas en el deseo más ardiente, amargo y dulce a un mismo tiempo, de apurar hasta la heces el cáliz del sufrimiento; no te contentabas con algunas gotas, aspirabas a un océano de sufrimientos; no quisiste derramar sólo unas gotas de tu sangre, por más que hubieran sido más preciosas que toda la creación y más que suficientes para lograr nuestro rescate; quisiste derramarla toda. Ni aun este océano inconmensurable podía incluir la plenitud de tu amor. Hubieras sufrido infinitamente más si nuestra salvación lo hubiera requerido. Finalmente, nos enviaste a tu Espíritu como celeste consolador, te nos entregaste en el Santísimo Sacramento, nos diste a tu Padre, te hiciste Padre nuestro. ¿Qué más puedes darnos para que tu amor quede satisfecho? Nada menos que el unirnos siempre más estrechamente a ti mismo, a tu Padre y al Espíritu Santo, llenarnos más y más de tu gracia y de ti mismo, a medida que aumentan nuestra capacidad y nuestro deseo.

Dichosa el alma que posee la gracia de Dios, que estrecha en sus brazos al amor invencible, inextinguible, incomparable y, lo que es más importante, inagotable, del poderoso Señor de todas las cosas.

Aun cuando la gracia no trajera consigo más que este solo bien, ¿se la podría comparar con todos los tesoros y todos los placeres? Siempre resulta cosa dulce ser amado. Pero ser amado con amor semejante, por un tal Señor, es tan dulce y agradable que no se concibe cómo un hombre pueda despreciarlo. Monstruosa tiene que ser el alma que renuncia a la gracia, que rechaza este amor y lo arroja a sus pies. El corazón más duro y más perverso se estremece ante esta abominación.

Nada puede alejar a Dios de un hombre que conserva la gracia; debería en efecto abandonarse a sí propio para separarse de él y tú, hombre, lo abandonas por el menor pretexto; te basta para sacrificarlo un placer pasajero.

Dios te da su amor sin mengua: ¡y tú profanas el amor que sólo a él debes, gozándote vanamente de un apego vil a objetos perecederos!

No se sacia Dios de amarte, de abrazarte, de colmarte de sus beneficios, ¡y tú te encuentras ya fatigado por haber dado un paso hacia este amigo tan liberal y tan abnegado!

Vosotros, amigos de Dios, venid. Compensad al menos con una lágrima los ultrajes inferidos al amor eterno. Cuanto más hayan otros y hayamos nosotros despreciado este amor, seamos tanto más reconocidos. Correspondamos a Dios, que no cesa de amarnos, con un amor que supere toda tentación; entreguémosle nuestro corazón sin reservas; no dejemos en él lugar para otras inclinaciones.

A su deseo insaciable de hacernos el bien respondamos con un esfuerzo infatigable para amarle cada vez más y, en cuanto lo permite nuestra miseria, para realizar cada día: mejor nuestras cosas en su honor. “Nunca”, dice san Anselmo, “cesa el amor de querer lo que puede y siempre desea poder más de lo que puede”.

Capítulo IX:

Tratase9 de la divina hermosura que la gracia confiere a nuestra alma

La belleza es el objeto preferido del amor puro. Si Dios ama con amor tan inefable nuestras almas, debemos colegir que han debido recibir de antemano por la gracia una belleza maravillosa y celestial; tanto más cuanto que el amor divino no sólo estima las cosas en su verdadero valor, sino que es capaz de hacerlas dignas de él. El amor humano presupone la belleza en el objeto; el divino la crea, pues cuanto existe de suyo es nada y el ser que posee lo ha recibido de Dios. En la medida en que Dios hace a un objeto participante de su bondad y hermosura infinitas, sólo en esa medida lo ama. Se manifiesta esto en el amor con que Dios distingue, de una manera general, a la creación; en toda bondad y hermosura creada, pero de modo especial en el amor sobrenatural de Dios que descansa en la belleza sobrenatural de las criaturas espirituales. El sumo Bien, a impulsos de un amor que le es peculiar, se inclina sobre nuestra alma, para adornarla y vestirla de una hermosura sobrenatural; esta belleza, que él mismo nos diera, es la causa de que sus ojos se posen sobre nosotros con una complacencia inefable. Como el amor divino se hace eficaz en nosotros por la gracia, y Dios está realmente en nosotros por ella, es menester que dicha gracia encierre también la hermosura que nos comunica.

San Agustín, hablando de la elevación del hombre a ese estado privilegiado, se expresa en estos términos: “La naturaleza humana, ya más perfecta que toda otra, pasa del estado de injusticia al de justicia, de un estado todavía informe al completo desarrollo de su ser”[[319]](#footnote-319). Con mayor precisión aún afirma san Cirilo de Alejandría: “Por la gracia, hemos sido transformados en una forma divina, y hemos recibido una belleza ultra terrena”[[320]](#footnote-320).

Efectivamente, por la gracia ha sido impresa en nuestra alma una imagen muy perfecta de la naturaleza y de gloria divinas; se ha convertido el alma en espejo sin mancha de la belleza y de la majestad de Dios a la que refleja en toda su pureza y toda su plenitud; se convierte en hija adoptiva de Dios, queda revestida de los preciosos ornamentos reales del Hijo, a cuya semejanza está envuelta en luz como en un manto; es una hija regenerada, en la cual el Padre celestial infunde su propia vida e imprime sus propios rasgos divinos como lo hiciera en Cristo. Se hace “deiforme”, en frase frecuente de los Padres; se asemeja a Dios; de ahí que participe de la belleza divina. El que quisiera representarse la hermosura del alma adornada de la gracia debería haber visto la belleza del mismo Dios, belleza que desean ver los ángeles, belleza que reúne en sí, en la armonía más perfecta, toda la belleza creada; belleza que es el ejemplar, la medida, el término inaccesible, el ideal de cuanto el hombre y Dios mismo pudieran imaginar de más bello y más grande.

Más aún, por la gracia, nuestra alma se hace templo verdadero del Espíritu Santo y de la Santa Trinidad, el verdadero trono de Dios; es el cielo sobre la tierra, la ciudad espiritual de Dios de la que la Jerusalén judía sólo era imagen. ¡Qué dejará de hacer el Altísimo para adornar este templo santo de un modo conveniente a su Majestad! Si en el firmamento da tal brillo al sol, si a la tierra, que solo debe servir de escabel a sus pies, la adorna con la riqueza y la variedad de praderas espléndidas, de flores, de bosques, de riachuelos, de tesoros celestiales, de perlas preciosas, ¿Cuál será la magnificencia con que cubrirá el templo de nuestra alma en que mora con todo el amor de su corazón y en que quiere habitar eternamente? Si los hombres se esmeran por adornar el templo material de la divinidad, echando mano de todas sus riquezas y de todos los recursos del arte, ¡cuánto más cuidadosamente adornará Dios el santuario de nuestra alma en el que es adorado en espíritu y en verdad! Según san Ambrosio, “Dios dice al alma que posee la gracia, como en otro tiempo dijera a Jerusalén: ‘He aquí Jerusalén que he pintado tus muros en el esplendor de las luces’[[321]](#footnote-321). Esta alma ha sido pintada por Dios; por eso Dios ve en ella la hermosura de las virtudes y el brillo de la piedad. Esta alma, en la que refulge la imagen de la actividad divina y en la que reina la gloria y la imagen de la sustancia del Padre, es una obra maestra”[[322]](#footnote-322).

Lo que más alaba Salomón en el Cantar de los Cantares es la belleza divina y la gloria del alma en estado de gracia. Pero a ningún mortal ha sido dado conocer cuán grande y de qué especie sea esta beldad. Si la hermosura natural del alma sobrepuja la de todos los cuerpos, aun la del sol, ¿qué decir de la belleza sobrenatural que posee mediante la gracia? Hay mayor distancia entre la gracia y la naturaleza del alma que entre ésta y el esplendor del mundo visible. La celeste magnificencia de la gracia es invisible a nuestros ojos corporales y aun a nuestra facultad espiritual; pero esto no aminora su gloria, más bien es signo de su grandeza, ya que cuanto nosotros podemos contemplar no puede tener sino una belleza limitada, terrena. Una cosa es cierta -dice el venerable Luis de Blois-, y es que, si la belleza de un alma en estado de gracia pudiera ser vista, dejaría maravillado, fuera de sí de admiración y asombro al que la viera.

Cierto día manifestó Dios esta hermosura a santa Catalina de Sena; en seguida la santa comenzó a cubrir de besos las huellas de los que se ocupaban en la conversión de los pecadores. Presa de admiración, decía a su confesor: “Padre, si hubieras visto la belleza de un alma dotada de gracia, sufrirías mil muertes por una sola”. El mismo Cristo, bajado del cielo a la tierra para comunicar este esplendor a las almas, decía a santa Brígida que, si por ventura contemplara ella este prodigioso resplandor, quedaría ciega, aplastada y que se desplomaría sin vida como un mueble apolillado.

Nuestros ojos quedan ofuscados no sólo por el mismo sol, sino también por su reflejo en un cristal bruñido; el alma humana es incapaz de soportar, no ya la luz inaccesible de la gloria divina, pero ni siquiera la presencia de un espíritu adornado por la gracia. Como Dios, esta imagen suya es infinitamente más resplandeciente que el sol material. Es lo que experimentó santa Francisca Romana, al ver a su lado a un ángel que por su brillo obscurecía la luz solar.

Pero todavía es algo más prodigioso que los mismos ángeles, habituados por su naturaleza a los celestiales espectáculos, queden sobrecogidos por la belleza de la gracia. Tales aparecen en el Cantar de los Cantares, cuando a la vista de un alma unida a Dios por la gracia, exclaman repetidamente llenos de admiración: “¿Quién es ésta que sube del desierto, desbordante de delicias, apoyada en su amado?”[[323]](#footnote-323). La gloria a la que Dios eleva un alma por la gracia cuando la toma en sus brazos y la plenitud del amor celestial que como a torrentes derrama sobre ella por el soplo de su boca, son tan extraordinarias, que la belleza natural de los ángeles, a su lado, desaparece como sombra. La admiración de los ángeles sube de punto, cuando recuerdan la situación en que se hallaba esta alma en el triste desierto de este valle de lágrimas. Como dice san Juan Crisóstomo, es como si un hombre miserable, enfermo, deforme por los años y los achaques, se encontrara repentinamente, por una curación inesperada, en pleno ardor de su juventud y, por añadidura, vestido de la púrpura real y empuñando el cetro.

Lo más chocante del caso es el oír y verificar que el mismo Dios mira con admiración y embelesamiento la beldad de esta alma. ¿Qué otro significado tienen sus frases -como la que sigue- dirigidas al alma en el Cantar de los Cantares?: “¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!”[[324]](#footnote-324). A continuación pinta su belleza con los más vivos colores. De seguro que Dios no se detendrá ante la hermosura de las criaturas que forman el escabel de sus pies, ni ante la de ningún espíritu sacado de la nada por su palabra; Dios no puede admirar sino lo que es divino. Sumergido en inagotable dicha, desde toda la eternidad contempla la belleza y la amabilidad infinitas de su propia naturaleza; su mirada se posa asimismo deliciosamente sobre la imagen de su naturaleza divina, impresa por el Espíritu Santo en nuestra alma como un sello. Queda, por decirlo así, suspenso de admiración ante el maravilloso poder de su amor que ha sabido transformar en cosa tan bella una pobre criatura, a la que ha hecho parecida a sí mismo. Se asombra del esplendor de su palacio real, decorado del oro de su gracia. Se maravilla a la vista del jardín delicioso que plantara su amor, jardín cuyas flores no se marchitan, en el que el Espíritu Santo sopla de continuo una brisa primaveral, y en el que se pasea con gozo inefable. Repite sin cesar: “Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres…”

¿Este reiterado llamamiento no evocará la doble belleza del alma? Pues es bella en primer lugar con la hermosura que le da el esplendor de la gracia de que está revestida, que adorna todo el ruedo del precioso vestido bordado de oro de las virtudes sobrenaturales. En segundo lugar es doblemente bella, a causa de una belleza increada: es la que el Espíritu Santo le comunica al colocar en ella su trono. El palacio real ante todo debe estar bien dispuesto para la recepción del soberano que merece un esplendor digno d su persona; pero el principal ornamento de ese palacio lo constituirá luego la persona del rey. De un modo parecido, el Espíritu Santo adorna nuestra alma con su gracia y la convierte en espléndido templo, para luego venir a habitar en ella como su más bello ornamento. El alma en estado de gracia es un estuche de oro que encierra la piedra más preciosa: el Espíritu Santo y la misma divinidad. En un anillo, el oro se distingue de la piedra, pero está tan unido a ella que ambos forman un todo, una sola belleza; la divinidad es distinta del alma, pero está unida con ésta tan íntimamente por la caridad que la belleza de ambas parece como si fuera la de una cosa única. Nuestro Señor reveló este misterio a santa Teresa bajo una nueva imagen. Le mostró el alma en forma de globo de cristal que estaba no sólo envuelta en los rayos de la gracia divina, sino que llevaba el sol de la gracia en su centro; la luz se esparcía del centro a las diversas partes del globo que representaban las facultades del alma, quedando éstas envueltas en resplandores divinos. Por esto decía el Salmista de la hija y de la esposa de Dios: “Toda la gloria de la hija del rey está en el interior”[[325]](#footnote-325).

Si el mismo Dios mira con tanta complacencia la belleza de esta alma, ¿qué deberás pensar tú, cristiano? Ya que con tus propios ojos no puedes ver tal hermosura, somete con gozo tu juicio al del Juez supremo e infalible. ¿Te atreverías aún a tener aprecio por otra beldad, a compararla con ésta, a preferida?

Parangona la hermosura de la gracia con todas las otras hermosuras. Luego podrás apreciar cómo aquélla supera a la que te encantó hasta el presente. Encuentras aquí reunido todo lo que admiras en el dominio de lo bello, en la medida más cumplida y sin imperfección alguna.

Los cuerpos inanimados te encantan por el equilibrio armonioso de sus proporciones, por sus agradables colores, por el fulgor que despiden. Esta belleza no pasa de ser exterior, perecedera. La gracia, por su parte, en todas las facultades del alma pone una harmonía celestial; la rodea de un resplandor divino, la glorifica, no solamente en su exterior, sino también en su interior con una belleza eterna e imperecedera.

Incomparablemente más hermosos que los objetos inanimados son los cuerpos vivientes, en la expansión de su juventud, en la variedad de sus movimientos, en la plenitud de su fuerza. No encontrarás una vida tan elevada, tan pura, tan perfecta como la que da a tu alma la gracia; es una vida que no se altera, se renueva sin cesar; produce flores celestiales; esparce en su derredor la suavidad de un perfume divino.

Un corazón bien nacido, antes que por cualquier belleza sensible, queda admirado por la hermosura de la virtud, por el orden viviente de la ley moral en el alma; pero esta misma belleza recibe una claridad infinitamente superior cuando se le junta la gracia. Por ella, el mismo Espíritu Santo viene a imprimir la ley de Dios en nuestro corazón, lo une íntimamente al ejemplar de toda justicia, lo adorna de virtudes sobrenaturales y divinas, lo reviste de la justicia y de la santidad del Hijo de Dios.

En fin, si la armonía, el resplandor, la frescura y la vida de las criaturas no pasan de ser una sombra de la belleza de Dios y desaparecen ante su gloria, la gracia, a su vez, imagen de la naturaleza divina, comunica al alma una belleza que supera toda belleza creada, en la medida en que el sol, conteniendo todos los colores del arco iris, a todos los sobrepuja en esplendor.

Si el atractivo de la gracia no es todavía suficientemente poderoso para robar tu corazón, estremécete al menos ante la fealdad atroz que, al privarte de la gracia, produce en ti el pecado. Se coloca éste entre el sol divino y tu alma como una nube opaca; desaparece en un instante de aquélla el fulgor de la celestial hermosura; quedan aniquiladas las virtudes; el vestido de los hijos de Dios es desgarrado. De jardín agradable y suave, te has convertido en un abismo negro y maloliente, en el que se alojan las salamandras y las serpientes. Imagen de tu Dios amable, te haces imagen del infierno y del diablo.

“El diablo es tan repugnante -decía Nuestro Señor a santa Brígida-, que si lo pudieras ver en toda su fealdad, caerías muerta, o a lo más seguirías viviendo en medio de atroces tormentos”. Como le viera por un solo instante santa Catalina de Sena, se apoderó de ella tal espanto que hubiera preferido caminar con los pies descalzos sobre carbones encendidos hasta el día del juicio antes que contemplarlo una vez más en esta vida. Fíjate en qué monstruo queda convertido por el pecado el que por la gracia había sido un ángel de luz, un espejo de la Majestad divina[[326]](#footnote-326).

Mira en qué se transforma tu alma cuando por el pecado arrojas de ti al sol divino. También esto le fue revelado a santa Teresa bajo el mencionado globo de cristal. Pues una vez que Cristo se hubo retirado, sólo quedó allí una noche pavorosa, una masa putrefacta, que exhalaba un hedor pestilencial, llena de gusanos.

¿Cuáles serán los sentimientos de tu ángel guardián a la vista de tamaña transformación? De tristeza, sin duda, como también los de toda la corte celestial, que anteriormente tanto se regocijaba al verte. ¿Cómo no tienes horror de ti mismo y huyes?... Huye, sí, huye al baño que lave tu hediondez y que tan fácilmente puede restituirte tu hermosura perdida. Dios te tiene preparado este baño y te envía a él, como envió Eliseo a Naamán el leproso al Jordán, para que se lavara en él siete veces. Basta que sinceramente te arrepientas por amor de Dios o bien que te acerques contrito al tribunal de la penitencia; basta que te repugne tu fealdad y quedarás, como antes, puro e inmaculado. Grande es el poder que tienen las lágrimas de la penitencia. Grande es asimismo la bondad y la misericordia de Dios, y te devuelve con facilidad la belleza perdida. No te muestres indigno de esta misericordia, oh pecador; no vaciles un momento en desprenderte del lodo del pecado.

Y si todavía conservas fielmente la bellísima vestidura que Dios te dio, guárdala en adelante con todo cuidado; no digo perderla, pero ni siquiera la manches; no sea que te hagas más odioso vistiendo la púrpura de la gracia de lo que hubieras sido con tu vestido ordinario de la naturaleza.

Malgastas tu tiempo, te impones sacrificios, realizas gastos para adquirir, realzar o adornar la belleza efímera de tu cuerpo; no te bastan horas enteras, y hasta días, para cultivar ansiosamente tus cabellos, para probar un vestido e imprimir a tu cuerpo un aire de distinción y armonía a tus gestos. ¡Y para purificar y adornar tu alma te parece interminable una hora! ¡Es triste cosa que no consagremos a nuestra alma, para merecer la amistad divina y el cielo, las atenciones que dedicamos a nuestros cabellos y a nuestro traje!

Mediante estas sutilezas quiere ganar el mundo el vano favor de los hombres; sabemos en cambio, puesto que nos lo ha dicho Dios, que el menor empeño que pongamos para purificar o adornar la forma celestial de nuestra alma atrae hacia nosotros el amor divino. Dice Dios en el Cantar de los Cantares: “Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con ·una sola de tus miradas, con una perla de tu collar”[[327]](#footnote-327). Cada una de las miradas dirigidas a Dios, el acto de virtud más insignificante, se vuelve, por la gracia, poderosa flecha que hiere, no el corazón inconstante del hombre, sino el corazón eterno e inmutable de Dios. Cada paso que das en el camino de la gracia tiene tal elegancia y atractivo que, en viéndolo, exclama Dios: “¡Qué hermosas son las huellas que marcan tus sandalias, oh hija del rey!”[[328]](#footnote-328). Toda palabra que diriges a Dios tiene tal dulzura que atrae sobre ti una lluvia de bendiciones, como canta el Salmista.

“Sobre tus labios ha sido derramada la gracia; ésa es la razón de que te haya bendecido Dios desde toda la eternidad”[[329]](#footnote-329). No hay cosa pequeña, sino que todo es grande para el que está en gracia, pues todo en él merece el amor divino.

A nadie despreciemos con ocasión de su apariencia fea, de su cuerpo deforme, de su traje deteriorado; tampoco le amemos menos por ello. Un cuadro informe y carcomido puede contener un retrato digno del amor y del reino de Dios; quizás sea pronto descubierto. No es digno del cristiano el juzgar por los sentidos, sería propio del animal; ni tampoco únicamente por la razón, es propio de un pagano; debe emitir su juicio a la luz de la fe divina.

Capítulo X:

Nuestra alma se hace por la gracia esposa de Dios

Hemos visto cómo, por la gracia, Dios se hizo nuestro Padre, nuestro Hermano, nuestro Amigo, cómo se nos aproximó cual ningún hombre puede aproximarse a otro hombre. Pero hasta tal extremo quiere Dios hacerse todo para todos, tan rica e inexhausta es la fuente de la gracia que, si podemos encontrar entre los hombres una unión más estrecha, no debemos todavía suspender nuestra exposición antes de comparar esta unión con las relaciones de nuestra alma para con Dios.

La unión más estrecha que puede existir entre los hombres, de acuerdo con la naturaleza y el plan divinos, es la unión entre el esposo y la esposa, entre el hombre y la mujer. “Abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y ambos formarán un mismo ser en una misma carne”[[330]](#footnote-330).

Por el amor que Dios tiene al alma y a la belleza sobrenatural que le confiere, adivinamos que tal relación se ha establecido también por la gracia entre Dios y el alma de la manera más perfecta. El matrimonio, dice san Pablo, es un sacramento tan grande, es decir un signo de alcance tan elevado, porque representa la unión entre Cristo y la Iglesia, y por consiguiente entre Dios y el alma[[331]](#footnote-331). La realidad y el tipo son más perfectos que el signo y la representación; la unión entre Dios y el alma tiene una realidad incomparablemente más objetiva que la unión entre el hombre y la mujer. Estos son una cosa en la carne; Dios es una cosa con el alma en el espíritu. “El que se une a la mujer”, dice el Apóstol, “forma un cuerpo con ella; el que se une a Dios se hace un espíritu con él”[[332]](#footnote-332). La unión de Dios con el alma es de un orden tan superior a la unión de los esposos, como lo es el espíritu con relación a la carne y Dios con relación a la materia. La unión íntima del alma con Dios en un mismo espíritu nada de semejante encuentra en la naturaleza, y no la puede comprender la razón creada. Dios sumerge el alma en el océano de su luz, la inunda en un torrente de delicias, la llena de la plenitud de su esencia, la estrecha entre los brazos de su amor, la une a sí tan fuertemente que no la puede arrancar ningún poder ni celeste ni terreno.

Muy bella cosa resulta tener a Dios por Padre, por Hermano, por Amigo; mas todos estos nombres están contenidos en el de esposa, impuesto por Dios al alma. En el Cantar de los Cantares y en los Salmos, el mismo Dios llama a su esposa ya amiga, ya hermana, ya hija, cuando no se dirige a ella como a madre. Dice san Bernardo: “Así como el nombre de madre, de hermana, de amiga, no expresan tan bien la unión como el nombre de esposa, del mismo modo no podía haberse hallado nombre más dulce para significar la intimidad de Dios y del alma como el de esposo y esposa, que tienen todo en común, nada en particular, nada por separado. Ambos poseen una sola herencia, una casa, una mesa, una cámara nupcial, en una palabra, una carne”[[333]](#footnote-333).

Sobre todo aquí se manifiesta la grandeza de la gracia. Al hacernos hijos del Padre, al conferimos la nobleza divina, la gracia eleva nuestra alma al mismo rango de Dios y la torna digna de sus esponsales. Ella comunica a nuestra alma esta hermosura celestial, que deja en completo arrobamiento al Hijo de Dios, el cual desciende de su trono para abrazarla y conducirla a su Padre. La gracia trae consigo a nuestra alma al Espíritu Santo que a un mismo tiempo es lazo del divino amor, amigo del esposo, prenda y anillo nupcial del enlace con el Hijo de Dios. La gracia procura al alma una confianza atrevida; con la esposa del Cantar de los Cantares, desea el beso de la boca del esposo[[334]](#footnote-334). Según el comentario de san Bernardo, el Hijo de Dios infunde a la esposa el Espíritu Santo, para hacerle probar su amor y su presencia. La gracia hace del alma un solo espíritu con Dios; él es el que la introduce en su gloria, la coloca en su trono para que, cual reina vestida de oro y ataviada de variados ornamentos, tome asiento a su derecha[[335]](#footnote-335).

Unida en esta forma a Dios, desaparecen todas las barreras que de él la separaban. Como hija, estaba el alma retenida todavía por la piedad filial; como amiga, no tenía sobre él derecho alguno; pero, en calidad de esposa, puede acercársele sin temor, poseerlo enteramente y exclamar: “Mi amado es para mí y yo soy suya; él apacienta su rebaño entre los lirios”[[336]](#footnote-336). “Yo pertenezco a mi bienamado, y él se vuelve hacia mí”[[337]](#footnote-337).

Si las otras relaciones que con Dios tenemos son tan dulces y elevadas, mucho más lo será esta unión íntima. No se conocen sentimientos más fuertes y poderosos que los que brotan del matrimonio. Nuestra alma no puede menos de ser transportada por una violencia divina cuando se ve abrazada por su bienamado, que para ella lo es todo, que quiere pertenecerle enteramente, que no marchita la flor de su pureza sino que la rejuvenece con su unión, que la ama con amor eterno, que por ella se ha entregado a la muerte, de cuyo costado ella ha nacido y por cuya sangre fue purificada de sus faltas y revestida de una gloria divina. ¿Qué empeño no deberá poner esta alma para agradar a él únicamente, para permanecer como él lo desea “santa, inmaculada, gloriosa, sin arruga ni mancha ni cosa que se parezca”[[338]](#footnote-338), que desagrade a sus purísimos ojos? ¡Con qué ardor debe tratar de pertenecerle por completo, como él se le ha entregado; de amarle como él la amó, de consagrarle una fidelidad inviolable! En esta vida mortal, en la que todavía no se pasa de los esponsales, deseará hacerse digna de él, para ser un día admitida en el festín del cordero y reposar eternamente a su lado en el seno del Padre, en tanto que contempla su divino rostro[[339]](#footnote-339).

¿Cómo todavía llamaremos maravilloso el hecho de que una joven de humilde condición como Ester haya sido elegida para esposa de un rey poderoso? No pasa éste de mortal como ella; vive poco tiempo y es incapaz de satisfacer todos los deseos de su corazón. Puede darle un nombre vano, dotarla de tesoros terrenos y del aparato exterior; no puede darle una nobleza interior, una belleza superior. Sin embargo tales esponsales se tienen entre los hombres como un gran honor. Aprende, alma cristiana, a tener el debido aprecio de tu esposo celestial, el rey del cielo y de la tierra. Todos sin excepción tratarán a esta novia de loca y de ingrata si rechazara la mano del rey o si, después de haberla aceptado, lo engañara de una manera indigna, le fuera infiel, si se uniera con sus servidores o con su enemigo. ¿No obras tú acaso en forma más insensata y odiosa cuando rechazas la mano del celestial esposo, cuando manchas su cámara nupcial que eres tú mismo, cuando en ella introduces al diablo, cuando te entregas a este seductor impuro y detestable? ¡Llora toda la corte celestial! ¡Deberían levantarse todos los elementos para vengar el insulto inferido a su rey! ¿Cuántas veces, ¡ay!, nos vemos obligados a ver esta abominación y cuántas veces quizás nosotros mismos la hemos cometido?

Santo Tomás[[340]](#footnote-340), siguiendo a san Agustín[[341]](#footnote-341), nombra tres bienes en los que principalmente está contenido el ornamento y la felicidad del matrimonio: la fidelidad, el sacramento y los hijos. La fidelidad es el signo de la unidad indisoluble del matrimonio, pues por ella se pertenecen mutuamente el esposo y la esposa; el sacramento consagra la indisolubilidad del lazo creado por Dios, según la palabra de Nuestro Señor: “Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe”[[342]](#footnote-342); el hijo representa el fruto, la corona y el sello, proporciona a los padres el gozo indecible de ser padre y madre y los une más estrechamente.

Estos tres bienes se encuentran en una medida mucho más notable en la unión del alma con Dios, efectuada por la gracia; depende del alma el lograr esta unión, el conservarla y el gozar de sus frutos, ya que Dios por su parte jamás ha de faltar.

Al hablar de la fidelidad, lo dice él mismo por Oseas: “Me uniré a ti en la fidelidad, y tú sabrás que yo soy tu Señor”[[343]](#footnote-343). El Apóstol propone a los esposos como ejemplo la fidelidad de Dios, cuando dice: “Hombres, amad a vuestras esposas, como Cristo amó también a su Iglesia y se entregó por ella”[[344]](#footnote-344).

Dios se da a su esposa definitivamente; junto a ti se ha escogido innumerables esposas; pero no por ello deja de pertenecerse a ti por entero, no por ello se encoge su amor para contigo. Es como el sol que, por sus rayos, se une a innumerables miradas, y no obstante todos lo ven por entero. Debes regocijarte de la grandeza y del poder que posee tu Bienamado para hacer felices a un mismo tiempo a tantas almas; a todas las demás debes mirar como a hermanas tuyas, amarlas en tu esposo; su felicidad multiplicará la tuya.

El corazón de tu Bienamado es infinitamente grande y por eso caben en él otros muchos; pero el tuyo es infinitamente pequeño y estrecho, desearías repartirlo en mil cosas y no puedes. Aun cuando se lo entregues del todo, todavía no haces bastante para merecer el amor de Dios, ni eres capaz de comprenderle en absoluto. El Señor está celoso de tu fidelidad. Lo dice el profeta: “El Señor Dios vuestro es un Dios celoso”[[345]](#footnote-345). Reclama para sí cada uno de los latidos de tu corazón, cada movimiento, cada pensamiento, y monta en cólera contra ti, cuando admites en tu corazón algo que no amas por él o de acuerdo a su santa voluntad.

Pero aun cuando hayas ofendido su santo celo, no cesa de serte fiel. Esos celos le mueven precisamente a reconquistar tu corazón con tanto mayor empeño; así, cuando coloca espinas en todos los caminos por los que te descarrías, manifiesta su amor inefable; pretende con ello hacerte volver al único camino bueno que a él conduce. ¿Dónde encontrar semejante fidelidad, amor semejante? No se halla entre los hombres. ¿Por qué entonces por una negligencia culpable te privas de dicha fidelidad?

La unión de tu alma con el esposo celestial es, al menos por parte de éste, indisoluble y eterna, con la eternidad e inmutabilidad divinas. El mismo esposo que dijo: “Te desposaré en la fidelidad”, ha dicho también: “Te he amado con un amor eterno”[[346]](#footnote-346). Alma cristiana, el esposo que desde la eternidad te ama, también eternamente se da a ti; él no puede morir y retirarse de ti, mientras tú no mueras por el pecado o mientras no te irrites contra tu esposo, desgarrando con tus propias manos el vínculo celeste que a él te une. Sin duda, a las veces hace ademán de retirarse por un poco de tiempo y de abandonarte a tu suerte. Mas sólo hace esto para castigar tu negligencia para con él y para retornar pronto con una benevolencia redoblada. Desprecia todas las otras alegrías, evita todas las distracciones vanas, consagra todo tu tiempo a su servicio; de día en día se tornará más íntima tu unión, hasta que llegue el instante en que venga a llevarte a las eternas mansiones del Padre, en donde ningún poder celeste ni terrestre, ni siquiera tu propia voluntad, podrá ya separarte de él; quedarás apretado entre sus brazos, en el esplendor de tu rostro gustarás de la felicidad eterna.

No está menos presente aquí la tercera propiedad del matrimonio. Es una fecundidad celestial y maravillosa con la cual ni de lejos puede compararse la fecundidad del matrimonio; es tanto más grande y más bella cuanto que no afecta ni a la pureza ni a la virginidad de la esposa, antes bien la glorifica y la eleva; produce un fruto que no se separa del seno que le da a luz, pero que queda en él, como las flores de un árbol, resplandor de su pureza y su más bello adorno. A semejanza de una casta paloma, el Hijo de Dios desciende al seno del alma, la fecunda como el rocío que cae del cielo sobre las plantas; así como el sol penetra con su luz en un ojo puro y en él se refleja, así también Cristo engendra en el alma la imagen de su esencia divina y en cierto modo renace en ella.

En el nacimiento corporal, el niño sale del seno materno como una persona distinta. El alma recibe por la gracia la imagen de su esposo celeste; siendo ya hija, se hace semejante a él, le queda unida con el parentesco más próximo y goza de todas las alegrías que éste le puede procurar. Maravillosa fecundidad que no aja las flores de la virginidad y que produce los más bellos frutos. Aquí las mismas flores son los frutos. Fecundidad maravillosa, Por la cual el Hijo de Dios, engendrado en el seno resplandeciente del Padre eterno, nace nuevamente en el alma por la gracia. Fecundidad maravillosa en la que la madre no da al hijo su propia vida, sino que ella misma nace a una vida nueva.

Cuanto más se regenera el alma en la luz de gracia de su esposo y más se dilata, tanto más recibe en sí su imagen y participa de su fuerza y se esmera a su vez en producir ricos frutos de buenas obras, para probarle de esta manera su reconocimiento y unirse más íntimamente a él.

Como decía un filósofo pagano, estos frutos de virtud son preferibles a toda otra descendencia corporal. Son éstos hijos del espíritu, concebidos por el Espíritu Santo y nacidos en nuestro corazón; su aparición es tan fácil y tan rápida que basta un instante; el consuelo y la dulzura producidos por su recuerdo duran largo tiempo. La fecundidad corporal se limita a un reducido número de hijos; la fecundidad espiritual no conoce cifras ni medida; sus retoños se multiplican diariamente; como éstos han de durar por siempre, no hay por qué temer les sobrevenga una muerte prematura, dan más bien al alma la perspectiva asegurada de la vida eterna en el cielo. La fecundidad corporal engendra una descendencia ante la cual padre y madre deben ceder el paso; los frutos espirituales dan a la madre el derecho de una herencia eterna y celestial; en lugar de obligarla a repartir sus bienes, los multiplica infinitamente.

El alma unida al Hijo de Dios es sin comparación más dichosa que una madre según la carne. Para ello basta que no haga trizas por sí misma los celestiales lazos que la atan a su bienamado; que desee con un celo más intenso que el de Raquel producir una rica cosecha de buenas obras y de virtudes, que lleve a su esposo los frutos de su unión guardada intacta; que no tema otra cosa que deshonrarle y atraerse su cólera por un afrentoso abortón, hijo del pecado, concebido de la simiente del demonio. Mientras produzca frutos buenos y santos será el honor y la gloria de su esposo y la alegría de todo su reino. Pero no es menos vergonzoso y monstruoso producir de su seno divino un nidal de víboras, deshonrar el casto hogar del esposo celestial por las obras de las tinieblas y por la unión infame con el príncipe de los infiernos.

¿No es cierto que debiera apoderarse de ti, alma cristiana, un santo terror, cuando comparas la virtud y el pecado, las obras de la luz y las de las tinieblas? Teme el profanar tu esposo y a ti misma, el excitar su cólera; evita todos los pecados, no desees otra cosa sino el ofrecerle todos los días las flores más bellas de celestiales virtudes, honra y afirma tu unión con él.

Para las reinas, los hijos son el sostén de su matrimonio, el honor de su maternidad, el ornamento de su gloria, las mejores prendas de la amistad y del favor real. Esto tiene lugar más exactamente todavía en los esponsales del alma con Dios, pues aquí nunca cesan de nacer nuevos hijos, no decaen ni la belleza ni la fuerza; por el contrario, el nacimiento de buenas obras aumenta el vigor, el número de hijos acrece la fecundidad; el alma se hace cada vez más fuerte, más floreciente, más agradable a Dios. He aquí cómo habla el profeta Isaías: “Cuando tu luz asome como la aurora, tu salud se fortificará; tu justicia marchará adelante de ti y la gloria del Señor te envolverá… Se elevará en la oscuridad tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía; el Señor te concederá el reposo y llenará tu alma de un gran resplandor; rescatará tus huesos, y serás como un jardín bien regado y como una fuente cuyas aguas siempre manan”[[347]](#footnote-347).

Cuando no se contenta el alma con estar desposada con su divino consorte por la gracia, sino que se hace igualmente digna de él por su fecundidad y trata de unírsele más y más, entonces es cuando él la junta a sí en esta vida con tanta fuerza, llena su espíritu y sus sentidos de una luz tan hermosa, hace sentir su presencia a la voluntad de un modo tan dulce, que todas las potencias del alma disfrutan de la bondad, de la belleza y de la dulzura de Dios. La misma alma resplandece con una hermosura siempre creciente en medio de un efluvio de celestiales delicias; con la esposa del Cantar de los Cantares, exclama: “Muéstrame tu rostro; que tu voz resuene en mis oídos; pues tu acento es dulce, y agradable tu rostro”[[348]](#footnote-348). Se convierte en un nuevo paraíso, lleno de delicias y de suavidad, en cuya comparación, al decir de san Efrén, el paraíso terrestre no era más que una débil imagen. Dios ha puesto en la comida y en la fecundidad corporal un gran gozo y muchos atractivos, porque son necesarios esos actos para la conservación de la vida y de la especie humana; hará todavía a su esposa más dulces y agradables las virtudes, el amor y la fecundidad celestiales, para que así se apegue a él de todo corazón.

¡No vaciles pues un momento siquiera, oh alma cristiana! Entrégate por entero a tu esposo celestial, entra en su gozo. “Escucha, hija mía”, te grita el Salmista, “escucha y ve, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey deseará tu beldad, pues el Señor es tu Dios”[[349]](#footnote-349). Sí, el Señor es tu Dios, que desciende hacia ti, que golpea, con deseo ardiente, a la puerta de tu corazón. No te retires, para no verte privada al mismo tiempo de un gran honor. Esfuérzate por ser su gloria y su alegría; entonces él se enorgullecerá de ti en el cielo, te abrevará en la fuente inefable y misteriosa de su corazón, te hará reinar consigo en su trono.

Para que perseveres en tu santa fidelidad, acuérdate de las hermosas palabras que la esposa de Cristo, santa Inés, fiel hasta la muerte, decía a los que pretendían seducida: “Otro amante ha ya tomado posesión de mí. Estoy desposada con aquél a quien sirven los ángeles, cuya belleza admiran el sol y la luna, cuya madre es una virgen, cuyo Padre no conoció mujer. El ha rodeado mi brazo y mi cuello de piedras preciosas, ha adornado mis orejas de joyas inestimables. Se ha unido conmigo mediante el anillo de su fidelidad, me ha preparado regalos sin cuento. Al amarlo soy casta, al tocarlo soy pura, al recibirlo soy virgen. Sólo a él guardo fidelidad, sólo a él me entrego con todo mi corazón”[[350]](#footnote-350).

Capítulo XI:

Por la gracia recibimos el reino de Dios y su poder sobre las cosas

La gracia, al hacer de nuestra alma la esposa de Dios, Rey del cielo y de la tierra, la constituyó al mismo tiempo en reina de todas las cosas, pues se cumple lo que dijera Dios tanto a su esposa como a su Hijo: “Todo lo que es mío es tuyo”[[351]](#footnote-351). “Si Dios ha dado por nosotros a su Hijo único”, exclama el Apóstol, “¿no nos lo ha dado todo él?”[[352]](#footnote-352). De consiguiente, en cierto modo se puede afirmar que si Dios, por la gracia, nos hace participantes de su naturaleza divina para que la poseamos y nos regocijemos en ella, nos ha dado también, al sometérnoslas, todas las demás cosas. Ello se desprende de las propiedades de la gracia que hasta aquí hemos descrito.

Lo que da a nuestra alma el más perfecto derecho al dominio universal es la dignidad de verdadera esposa de Dios; la esposa del rey es reina, posee los mismos derechos, participa del mismo trono, de la misma corona; todos los vasallos la honran como al mismo soberano.

Hagamos abstracción de lo dicho y consideremos solamente que la gracia nos hace verdaderos amigos de Dios; la primera ley de la amistad consiste en repartir todo entre sí y tenerlo todo en común. Lo cual se verifica entre los hombres muy raramente o quizás nunca, pues su amistad es imperfecta, limitada; en cambio, la amistad divina no conoce límites; no se detiene sino allí donde nada hay que dar o comunicar.

Por la gracia somos además verdaderos ‘hijos’ de Dios, sus herederos y los coherederos de Cristo[[353]](#footnote-353). “Todo lo que está en el cielo y en la tierra -dice san Anselmo--, lo que está en el cielo y en los infiernos, debe obedecer y estar sometido a los que el Señor de todas las cosas escogió por amigos suyos y adoptó por hijos”.

Las criaturas sensibles, sin excepción, fueron hechas para el hombre, porque, ya en su alma racional, lleva impresa la imagen de Dios. ¿Cómo no le han de estar sujetas con mayor razón todas las criaturas, aun las racionales desposeídas de la gracia, cuando entra a participar de la gracia divina? El hombre es la corona y el ornamento de la tierra, de toda la creación. La Escritura afirma del Unigénito de Dios que todo ha sido creado para él; todo, el cielo y la tierra, ha sido predestinado para glorificarle[[354]](#footnote-354). Los hijos adoptivos de Dios son una misma cosa con él, pues reinan con él en el seno del Padre celestial; todo el amor y toda la ternura de éste reposa sobre ellos. Juntamente con el Hijo único, son ellos el fin último de la creación.

Estos, finalmente, por la gracia sobrenatural desprecian lo creado y combaten al mundo y lo vencen. Cuando logran esto, el mundo se convierte en su servidor; lo ha dicho el mismo Cristo: “Al que haya vencido, yo le haré sentarse sobre mi trono, pues también yo vencí y estoy sentado con mi Padre en su trono”[[355]](#footnote-355), “y le daré un maná escondido y un nombre nuevo”[[356]](#footnote-356). Es verdad que los que están en gracia no poseen todavía el pleno dominio de las cosas de aquí abajo; con frecuencia parecen los más pobres y los más abandonados. ¿Pero quién hubiera imaginado que Jesús, pobre niño que en vano buscaba un albergue en Belén, es el Rey del universo? ¿Quién hubiera reconocido en la pobre Virgen de Nazareth a la Reina de toda la creación? ¿Quién hubiera creído que Lázaro el mendigo era más digno y más rico que el rey Herodes y el Emperador Tiberio? Frecuentemente la verdad se oculta a nuestros ojos; debemos tratar de verla en la fe y en la luz divina. Dice el Apóstol: “Durante todo el tiempo en que el heredero es niño”, es decir, mientras permanece en este valle de lágrimas, “en nada se distingue del servidor, siendo así que es el Señor de todo”[[357]](#footnote-357). Ni siquiera él tiene conciencia de sus derechos y de sus riquezas, ni es reconocido por los hombres. Pero cuando haya entrado en el reino de su Padre, entonces se manifestará toda su gloria; el mundo se asombrará al ver cómo el que había sido despreciado por él toma posesión de todos sus bienes y goza de ellos eternamente.

No se sigue que el cristiano pueda ya apoderarse de todos los bienes de este mundo, o que pueda quitar a nadie, aunque esté en pecado, lo que le pertenece. No es ésa la voluntad de Dios. Ha dispuesto el Altísimo que todo hombre pueda en este mundo adquirir y poseer bienes, y sus hijos, antes que nadie, deben procurar apreciarlos y conservarlos. Con todo, los cristianos deben despreciar los bienes de este mundo, dejarlos de lado para buscar ante todo el reino de Dios, con la firme confianza de que, según las palabras del Salvador, el resto les vendrá por añadidura. Son demasiado pobres los bienes de esta tierra para que los amemos y los deseemos. Tomaremos posesión y en ellos gozaremos de la gloria de Dios únicamente cuando toda la creación, según las palabras del Apóstol, sea libertada de la esclavitud y de la disolución[[358]](#footnote-358) y glorificada por una claridad celestial, cuando el cielo haya descendido sobre la tierra y la haya transformado en nuevo cielo, en una santa ciudad de la gloria divina, única morada de los hijos de Dios.

Pero ni siquiera ahora las limitaciones impuestas por la propiedad ajena pueden impedir a los cristianos un verdadero y altísimo goce. Los ricos amontonan en sus palacios y en sus cofres un oro carente de vida y la seda más preciosa; sólo ellos pueden comprar las obras de arte de los hombres y gozar de las mismas; pueden afirmar que poseen campos y praderas, pueden tirar el dinero, nutrir y halagar sus cuerpos. Pero son incapaces de sustraer la naturaleza grande y bella al más pobre de los hijos de Dios. El hombre más miserable puede salir de su cabaña y afirmar que es suyo cuanto aciertan a abarcar sus ojos, puesto que todo ello es obra de su Padre celestial. En cada flor, en cada árbol ve la imagen de la hermosura de su Dios, quien se los ha entregado como prenda de su amor; todos los seres vivientes que con su diversidad infinita animan la tierra le están anunciando el poder y el amor de su Padre celestial. Comprende el verdadero atractivo de la belleza, capta el lenguaje de las aves del cielo, a todo lo puede llamar suyo, puesto que verdaderamente goza de todo.

No se limita a la tierra la riqueza del hijo de Dios: puede levantar su mirada al cielo, contemplar la luminosidad del sol y de las estrellas, sumergirse en los espacios infinitos y exclamar con san Ignacio: “¡Qué miserable me parece la tierra, cuando miro al cielo!”. ¡Qué alborozo el de su corazón! Le pertenecen los innumerables astros, ante los cuales desaparece todo el esplendor de los reyes; están llamados a constituir su gozo y su felicidad; un día colocará su trono sobre estos elementos, mientras que todas las riquezas de este mundo se limitan a una fanega de tierra.

Además la riqueza terrestre a nadie da el poder de dominar, hablando con propiedad, sobre la naturaleza y hacer que ésta le sirva a su antojo. Dios ha manifestado a algunos de sus hijos que la gracia puede dar un poder completo sobre las cosas animadas e inanimadas. El pobre san Francisco llamaba con un gesto a las aves de los campos y les ordenaba que cantaran las alabanzas de Dios todo el tiempo que él quería. Cierto día en que a la turba no le plugo escuchar su sermón, san Antonio de Padua hizo salir a la orilla una multitud innumerables de peces que le obedecían al momento y venían de todas partes.

Si no hubiéramos perdido la justicia original, tendríamos también nosotros este dominio, como lo tuvo Adán en el paraíso. No lo recuperaremos hasta la vida futura, pues entonces habrán desaparecido todas las consecuencias del pecado. Pero, como lo que nos hace merecer la gloria celeste y todos los bienes en ella encerrados es la gracia, se desprende que en último término debemos a ella el ser dueños del universo.

Las mismas tribulaciones y privaciones que no podemos menos de sufrir en esta vida se convierten, por la gracia, en tesoro celestial. “Todo contribuye al bien de aquéllos a los que Dios ama”[[359]](#footnote-359), dice el Apóstol. Según la promesa del Salvador, cuanto suframos y cuanto por amor de Dios renunciemos, ¡Se nos devolverá centuplicado! Más aún, cada vez que nos privemos de alguna cosa, sea voluntariamente, sea por cumplir la voluntad de Dios, renunciamos a un derecho, ya que como a hijos de Dios todo nos pertenece; Nuestro Señor toma cuenta de ello como si le diéramos por amor algo que es nuestro. Así resulta que los bienes de este mundo son más nuestros, cuando renunciamos a ellos o cuando, por una santa disposición divina, no los poseemos o al menos no disfrutamos de los mismos, pues entonces disponemos de ellos lo mismo que dispone Dios; los ofrecemos a él cuando, según su mandato, respetamos la propiedad de otros hombres.

Ciertamente que en medio de nuestra miseria nos sentiríamos muy ricos y felices, si volviéramos la vista a nosotros mismos con una fe viva. De acuerdo con las leyes de la verdad eterna nos consideraríamos como los reyes de este mundo. Lejos de codiciar los bienes ajenos, nos contentaríamos con nuestro haber y aun con nuestra pobreza, seguros de que un día se nos han de someter todos los bienes. Por otra parte, nadie en este mundo puede poseer o gozar cuanto su corazón desea. Renunciaríamos gustosos a los goces perecederos para que no encadenaran nuestro corazón y no lo hicieran indigno de la bienaventuranza eterna.

Capítulo XII:

Por la gracia nos unimos íntimamente a Dios

Hemos procurado explicar hasta aquí la unión maravillosa y misteriosa que la gracia obra en nosotros, tomando como punto de comparación las diversas relaciones que a los hombres unen entre sí; siempre hemos comprobado que aquella unión supera a ésta en intimidad y en perfección. Pasaríamos por alto el misterio más profundo y grandioso, si no añadiéramos que la gracia nos une a Dios de una manera del todo distinta, ya que por ella somos una cosa con él, en la más perfecta unión; que, por decido así, nos funde en él, al unirnos con él en un todo, en cuerpo y alma.

Las relaciones del padre y del hijo, del hombre y de la mujer, son simples relaciones de parentesco, relaciones mutuas; no crean una unión de cuerpos real, permanente, perfecta; las relaciones de los amigos forman sólo lazos de pura simpatía recíproca, en ningún modo una unión real y verdadera. Es imposible que la unión de dos seres humanos llegue a mayor intimidad; siendo ambos criaturas finitas y limitadas, no pueden compenetrarse mutuamente. Dios, por el contrario, en su simplicidad infinita y en su perfección, puede unirse a los ángeles y a los hombres, como el fuego al cuerpo que penetra con su calor y con su luminosidad; sin dejar de ser distinta de Dios, la criatura se hace una cosa con él, como entre nosotros el alma y el cuerpo, la cabeza y los miembros forman un ser.

Este es el sentido de las palabras del Apóstol: “El que se adhiere a Dios forma un espíritu con él”[[360]](#footnote-360); un espíritu, no sólo por la unidad de afecto y de sentimiento, sino sencillamente por la unidad de ser y de vida; de esta unidad hablaba el Hijo de Dios cuando, a continuación de la última cena, decía a su Padre: “La gloria que tú me has dado, yo les di a ellos, para que sean una sola cosa, como tú y yo lo somos, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad”[[361]](#footnote-361). Un poco antes había rogado por la consecución de dicha unidad: “No solamente te pido por ellos, sino también por todos aquéllos que creerán en mí por su palabra: que todos sean una sola cosa como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos sean una cosa en nosotros y para que crea el mundo que me has enviado”[[362]](#footnote-362).

La inefable unión de naturaleza y de esencia que existe entre Dios Padre y Dios Hijo es la verdadera figura y la fuente de nuestra unión con Dios. Así nos lo asegura la doctrina constante y formal predicada por el Hijo. Este no solamente es semejante al Padre y está emparentado con él, sino que es uno con él como lo son la rama y el árbol, el rayo y la luz, el riachuelo y el manantial. También nosotros debemos ser uno con Dios, si no tan perfectamente con el Hijo de Dios, al menos de una manera parecida; debe ser esta unión tan íntima que vengamos a ser como el mismo Dios.

San Cirilo de Alejandría[[363]](#footnote-363), al querer explicar esto, dice que Dios nos concede una doble unión con él de acuerdo con el modelo existente en la santa Trinidad; la una exige la otra y la realiza; nos ha dado la unión del Espíritu con su Hijo en su naturaleza divina y la unión del cuerpo con este mismo Hijo en su naturaleza humana. El Hijo de Dios, en su naturaleza humana, ha hecho de nosotros, no sólo por el afecto y el sentimiento, sino en realidad, un cuerpo misterioso del que él es la cabeza; del mismo modo, quiere hacer de nuestra alma un espíritu con su divinidad.

Consideremos nuestra unión con la santa humanidad de Cristo. Escuchemos a este propósito a san Juan Crisóstomo[[364]](#footnote-364): “‘Muchos son un solo pan, un solo cuerpo’, dice el Apóstol[[365]](#footnote-365). No hay por qué seguir hablando de participación o de comunidad. Somos el mismo santo Cuerpo de Cristo. ¿Qué vienen a ser los que le reciben? El cuerpo de Cristo, no muchos cuerpos, sino un sólo cuerpo. Así como el pan, compuesto de numerosos granos, se convierte en un ser, en el que, como cosa distinta, ya no aparecen los granos, así también nos unimos con Cristo y entre nosotros; ya no perteneces a otro cuerpo, no te nutres de otro: todos se alimentan del mismo. Por esto dice el Apóstol: ‘Todos participamos del mismo pan; de consiguiente todos nos hacemos un solo cuerpo’.”

San Cirilo explica su pensamiento en la siguiente forma: “¿Quién nos describirá el poder y el significado de este sacramento misterioso? ¿Por qué se nos ha dado? ¿No hace vivir por ventura en nosotros corporalmente a Jesucristo por la comida y la comunión de su carne sagrada? Así nos lo dice san Pablo: ‘Los pueblos se han incorporado a Cristo, participan de él y se han hecho sus coherederos’[[366]](#footnote-366). ¿Cómo se le han incorporado? Al ser premiados con el gozo de este sacramento han formado un cuerpo con él, a semejanza de cada uno de los apóstoles. Por esa razón llama san Pablo a sus miembros y a los de todos los cristianos miembros de Cristo. ¿Ignoráis que vuestros miembros son miembros de Cristo? ‘Echaré mano de los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta’[[367]](#footnote-367). Ya lo dijo el Salvador: ‘El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él’[[368]](#footnote-368). Es digno de notarse aquí que Cristo, como lo están diciendo sus propias palabras, quiere estar en nosotros, no simplemente mediante una relación de afecto y de sentimiento, sino mediante una unión real. Así como dos trozos de cera, si se los funde juntamente, se convierten en un solo cuerpo, así también, cuando tomamos la carne y la sangre de Cristo, él se nos une, y nosotros a él”[[369]](#footnote-369).

El pan natural se une al cuerpo del que lo come; tratándose de un pan muerto y perecedero, no puede éste transformar en su propia sustancia el cuerpo que lo asimila. Por el contrario, el cuerpo de Cristo es un pan vivo, indivisible, imperecedero, que une a sí los cuerpos que lo comen y los anima y los convierte en miembros suyos, al verter en ellos los flujos de su sangre divina. Así los nutre como la cepa nutre sus sarmientos con su savia, les comunica la fuerza vital y los anima. Entre nosotros y Cristo se crea de esta suerte una unión misteriosa, sobrenatural, parecida a la que se da entre los cuerpos y los miembros, entre el tronco y las ramas.

La unión de nuestro cuerpo con el cuerpo de Cristo es el medio y la figura de la unión que la gracia realiza entre nuestra alma y su divinidad. Así como nos hacemos realmente un cuerpo con Cristo, nos hacemos también verdaderamente un espíritu con Dios; porque el cuerpo cuya cabeza es el Hijo de Dios está animado del mismo espíritu que el Hijo de Dios.

Escuchemos todavía a san Cirilo. “Al hablar de la unión espiritual, seguiremos el mismo camino y diremos que, cuando recibimos al Espíritu Santo, nos unimos entre nosotros y con Dios en una sola unidad. Tomados individualmente, somos numerosos, y Cristo derrama en el corazón de cada cual su Espíritu y el del Padre; pero este Espíritu es indiviso, reúne en una sola unidad a los espíritus separados de los hombres, de modo que todos aparezcan formando como un solo espíritu. De la misma manera que la virtud del sagrado Cuerpo de Cristo forma un cuerpo de todos aquellos en los que ha penetrado, así también el Espíritu de Dios reúne en una unión espiritual a todos aquellos en los que habita. Nos dice san Pablo: ‘Soportaos los unos a los otros en la caridad, esforzándoos por conservar la unidad del espíritu con el lazo de paz; no haya más que un solo cuerpo, un solo espíritu, pues habéis sido llamados a la única esperanza de vuestra vocación; sólo existe un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y un Padre de todos, que está sobre todos y para todos y en todos’[[370]](#footnote-370). Si el Espíritu único habita en nosotros, el único Padre de todos estará en nosotros y, como Dios, por su Hijo, unirá entre sí y consigo mismo a los que se han hecho participantes del Espíritu Santo”[[371]](#footnote-371).

Nos hacemos un solo espíritu con Dios, sin que deje de existir la sustancia de nuestra alma; es tan íntima esta unión con Dios que por ella en cierto modo nos convertimos en un todo con él. En el cuerpo humano, los miembros y la cabeza, el cuerpo y el alma son distintos en su sustancia; no obstante son una unidad, porque forman un todo. Nos hacemos una cosa con Dios porque, según las palabras del Salvador, “estamos en él, y él está en nosotros”[[372]](#footnote-372). El hierro está en el fuego y el fuego en el hierro; el fuego absorbe enteramente el hierro y parece consumirlo; diríase que son indistintos; así es como el fuego de la divinidad penetra nuestra alma y la asume, de modo que parece haberse cambiado ésta en Dios.

Esto completa y ensancha lo que en el primer libro dijimos acerca de la divinización de nuestra alma por la gracia. Vamos a exponer cómo queda el alma divinizada por una asimilación sobrenatural a Dios; agregamos a dicha asimilación una unidad misteriosa con Dios que por otra parte es inseparable.

La divinización de la criatura no consiste únicamente en la mayor similitud posible con Dios; entra también en ello una unión muy íntima con él. Al elevarse hasta Dios, la criatura recibe una propiedad divina y abandona sus propias imperfecciones; en la unión sobrenatural con Dios, abandona su soledad e independencia naturales para no existir ya en ella misma, sino en Dios y con Dios. En la santa humanidad de Cristo distinguimos igualmente una doble especie de deificación; la primera consiste en la unidad personal con el Padre eterno, por la que pertenece a Dios, existe en él y para él; la segunda consiste en su glorificación por la comunicación de la gracia y de la gloria divina. Yo no soy uno con Dios en una persona como la humanidad de Cristo; sin embargo, esta unión es tan estrecha que, de una manera sobrenatural, existo realmente en Dios y para Dios. Dicha unión sólo encuentra su ejemplar en la que se da entre la divinidad y la humanidad en Cristo.

Por otra parte, la divinización por la semejanza presupone la que se realiza por la unión, y la implica. Un renuevo de especie inferior sólo se convertirá en una especie más noble a condición de que se le injerte sobre éste; el sarmiento no puede parecerse a la vid y participar de su vida si no está unido a ésta perfectamente; tampoco podemos nosotros volvernos semejantes a Dios y participar de su vida, si no somos transportados sobrenaturalmente a su seno y no formamos un todo con él.

Como desaparece en el árbol la rama y no existe en sí misma ni para sí misma, sino que pertenece al árbol, así también nosotros quedamos absorbidos en Dios, no existimos ya para nosotros, sino para él y en él; en adelante no existimos ni vivimos, Dios es el que está y vive en nosotros. Así se va preparando en nosotros el gran misterio que, según las palabras del Apóstol, constituirá la más alta perfección de la naturaleza creada: “Dios estará todo en todos”[[373]](#footnote-373). Está Dios en nosotros, no solamente porque nos ha creado, no simplemente porque en todo nuestro ser dependemos de él y anunciamos su gloria, sino porque nos atrajo hacia sí mismo, porque se volcó en nosotros. Como una gota de agua en un vaso de vino, quedamos confundidos en Dios, puesto que nos une a sí, nos incorpora, nos lleva en su seno, como el Hijo único con quien es perfectamente uno.

No temamos salir perdiendo de esta íntima unión con Dios. Nos lanzamos a un abismo insondable, no a un abismo de la nada, de tinieblas, sino a un abismo de gloria y de felicidad. Nos perdemos para podernos encontrar en Dios, o más bien, para hallar a Dios con toda su gloria y felicidad. Cuanto más le pertenezcamos, más nos ha de pertenecer; cuanto más vivamos en él y para él, tanto más vivirá él en nosotros y para nosotros. ¿Acaso deja de existir el renuevo cuando se le injerta en una especie superior y cuando de la misma raíz bebe la misma vida? Tal sucedería si alguien lo separara del árbol; entonces se secaría o tomaría el aspecto de planta silvestre. Mientras se da la unión, puede gloriarse, no sólo de la vida que extrae de este árbol, sino también de la perfección que recibe del tronco y de la raíz. De modo parecido, cuando nos unimos a Dios por la gracia, recibimos como cosa nuestra, no ya un rayo de la gloria divina, una corriente de la vida de Dios conducida a nuestra alma por un modesto arroyuelo, sino al sol divino todo entero, la raíz de la vida divina; podemos regocijamos de las perfecciones personales de Dios como si fueran nuestras.

¿No es verdad, cristiano, que está ahí la cúspide de la grandeza a la que una pobre criatura puede ser elevada por el Dios todopoderoso? El pensamiento humano no puede concebir el honor que nos cae en suerte, cuando nos hacemos un cuerpo con Cristo, un espíritu con Dios. Ni el corazón del hombre puede soportar el gozo que produce el saber que sus miembros son los miembros de Cristo, que su espíritu está fundido con el Espíritu de Cristo.

¿Cuál no deberá ser nuestro amor a Dios, cuando tan íntimamente nos vemos unidos a él? Por grande que pueda ser el amor que une a dos personas, basado en la semejanza o en el parentesco, nunca podrá compararse en grandeza y en intimidad con el que une individualmente las diferentes partes de un todo, la cabeza y los miembros, el cuerpo y el alma. Como lo explica el Apóstol, aquí se da la unión y la comunidad más perfecta, más inseparable. “Todos los miembros cuidan igualmente los unos de los otros; cuando un miembro sufre, sufren todos; cuando uno está alegre, con él se regocijan todos los miembros”[[374]](#footnote-374). Cada uno se ama en los otros y ama a los otros en sí mismo. Amemos pues a Cristo, nuestra cabeza, del que somos el cuerpo y los miembros; por él somos mucho más nobles y felices de lo que podemos ser por la cabeza de nuestro cuerpo. Amemos al Espíritu Santo, que anima nuestra alma más de lo que ésta anima nuestro cuerpo.

Por su unión íntima y viviente el alma quiere tanto al cuerpo que su mutua separación no se realiza sino a costa de la violencia y de grandes dolores; eso que no se comunican mutuamente su naturaleza. La unión con Dios diviniza el alma y la sumerge toda entera en el océano de la gloria y de la beatitud divina; siendo así que la unión entre espíritus es más estrecha que la del cuerpo y el alma, no es de maravillar que esta unión nos ate a Dios con lazos mucho más consistentes. De ahí que debamos poner todo el empeño posible en conservarla, aun cuando ello suponga sacrificios, y que debamos quedarnos infinitamente tristes cuando la disocia y la mata con la espada del pecado, no una violencia exterior, sino nuestra propia voluntad.

Si un espíritu creado, con independencia de todo cuerpo, y perfecto además bajo todo punto de vista, libremente y por pura piedad, se uniera a un cuerpo inanimado y abandonado a la corrupción, para hacerse uno con él, darle vida y movimiento e impedir la disolución inminente, imagínese cuáles serían el amor y el reconocimiento de este cuerpo, dado caso que fuera capaz de apreciar el beneficio recibido. Compárese ahora la condescendencia de ese espíritu con la misericordia que Dios nos ha manifestado, cuando viene él mismo a nuestra alma despojada, abandonada, miserable, y pronuncia al oído la benéfica palabra: ‘¿quieres?’, y produce a continuación e instantáneamente en ella la belleza imperecedera y la felicidad... Calcúlense el reconocimiento y el amor de que nos hacemos deudores. ¿Dónde encontrar mil lenguas y mil corazones para alabar y amar a un Señor y a un Padre tan misericordioso?

Formando un cuerpo con Cristo y un espíritu con Dios, estando en Dios y Dios en nosotros, es preciso que vivamos en Dios y que Dios viva en nosotros. Debemos poder exclamar con el Apóstol: “Vivo yo, pero no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí”[[375]](#footnote-375). Todos los miembros del cuerpo viven de la vida de la cabeza; el corazón vive de la vida del alma unida a él. El corazón divino de Jesucristo esparce en su verdadero cuerpo la vida de su sangre santísima y lleva en sí la plenitud del Espíritu Santo y de la vida divina; es asimismo la fuente de vida para todo su cuerpo místico, a fin de que todos seamos con él un cuerpo y un alma. A cada uno de los miembros del cuerpo no corresponde un corazón, sino que todos ellos beben la fuerza vital de un solo corazón; también nosotros debemos sacrificar nuestro propio corazón, sumergirlo y fundirlo en el corazón divino de Jesús, para que sólo palpite, busque en él su alimento y no viva sino de él y en él.

Florecerá en nuestro corazón una verdadera vida celestial, desde el momento que renuncie a sí mismo para que lo absorba el corazón divino de Jesús, desde el instante en que no se guíe por sus propios latidos e impulsos, sino de los de Cristo. Entonces puede sucedernos, de una manera mística, pero real, lo que Nuestro Señor ha manifestado prodigiosamente a muchos santos, al sacarles el corazón de su pecho y al colocar el propio en su lugar.

Nos consideramos felices de poseer y conservar el corazón de un amigo fiel, de un prócer o de un santo después de su muerte; nuestra dicha sería mucho más intensa si lo pudiéramos tener, no ya muerto, sino vivo; si lo pudiéramos llevar, no cerca de nosotros, sino en nuestro pecho, en nuestro propio corazón. ¿Y no estaremos ansiosos de recibir en nosotros al corazón divino de Jesús que quiere comunicamos su propia vida, de ponerlo en el lugar de nuestro pobre corazón, que se está agotando por sus latidos y que pronto se convertirá en polvo? ¿Es posible que nuestro corazón rechace esta unión y este cambio, que prefiera a la vida divina la suya propia? ¡Oh Jesús, desgarra mi corazón con una santa violencia, hazle sufrir si es preciso para que no te odie amándose indebidamente a sí mismo, sino para que se ame y se encuentre en tu corazón! Ablanda su dureza con el ardor del tuyo, para que fundido en él tome tu imagen, como toma la cera blanda la figura del sello.

La unión con Dios y con Cristo realizada por la gracia posee todavía el misterioso privilegio de unimos en un cuerpo y en un espíritu con todos los justos y santos. Todos éstos forman un cuerpo con Cristo y un espíritu con Dios; con ellos formamos nosotros un inmenso cuerpo cuya cabeza es Cristo y el Espíritu de Dios lo vivifica. “Un cuerpo, un espíritu” -dice el Apóstol[[376]](#footnote-376)-. “Por más que seamos numerosos, somos no obstante un cuerpo en Cristo y miembros los unos de los otros”[[377]](#footnote-377). “No existe ya ni judío ni pagano, ni esclavo ni hombre libre, ni varón ni mujer; pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”[[378]](#footnote-378). Aquí desaparecen todas las distinciones de persona entre los hombres, pues todos quedan fundidos en un todo, como los granos en el pan. Aun la distancia que nos separa de los ángeles pasa a segundo plano; como ellos, somos nosotros un espíritu con Dios, y aun por nuestro cuerpo que nos hace inferiores a ellos, somos un solo cuerpo con Cristo.

Ya que estamos unidos con Dios, debemos realizar entre nosotros la unión que junta a Dios Padre con el Hijo en el Espíritu Santo. Este mismo Espíritu que, en frase de san Agustín, es el lazo de unidad entre el Padre y el Hijo, nos abraza a todos y nos une mutuamente, como une el alma las distintas partes del cuerpo. Nos ata con una cadena de oro a Dios y a Cristo, a todos los coros de los ángeles, al ejército de los apóstoles, a las legiones de mártires, de confesores y de vírgenes. Todos en él se unen, se compenetran, mutuamente se pertenecen.

¡Qué dicha tan grande la de formar parte de la comunión de los santos, la de poseer toda la gloria y la felicidad de los bienaventurados! En un cuerpo, cada miembro tiene sus aptitudes especiales, pero no deja de pertenecer por esto al cuerpo y mediante él a todos los otros miembros. También nosotros podemos alegramos de la sabiduría de los querubines, de la caridad de los serafines, de la dignidad de los apóstoles, del valor de los mártires, de la clarividencia de los profetas, de los milagros de los confesores, de la pureza de las vírgenes; podemos asimismo estar orgullosos como si todo esto fuera nuestro, ya que todo proviene del mismo Espíritu que también habita en nosotros, y todo nos pertenece como a miembros de un mismo cuerpo. Si nos es tan querido el cuerpo de un solo santo, ¡cuánto más ha de sernos la comunión y la comunidad de todos los santos en el Espíritu de Dios!

Son en verdad dignos de lástima en sumo grado aquellos que se separan de esta sociedad para dar libre curso a una pasión ciega e insensata y para unirse a los enemigos de Dios, al desecho de la humanidad, a los moradores del infierno. ¡Triste caída! Eran como anillos preciosos en la mano de Dios, de él recibían su belleza y su gloria, ¡y ahora se hunden en el fango! Eran miembros armónicamente modelados por Dios, colocados en la cadena de oro de los santos que rodean al Altísimo; su unión con los otros aumentaba el propio brillo y helos aquí encadenados con Caín el fratricida, con Judas el traidor, con Mahoma el impío seductor, en cortejo infernal. Eran piedras preciosas en la corona que adorna las sienes de Dios; son ahora la alegría del demonio que los mancha y los profana, que las engasta en la corona de su horrible triunfo.

No queramos ser crueles para con nosotros mismos, no separemos nuestra alma de la gracia y de la comunión de los santos; esforcémonos más bien por conservar estos dos bienes a costa de cualquier precio. Siguiendo el consejo de san Pablo, tratemos “de guardar la unidad del espíritu con el lazo de la paz”[[379]](#footnote-379), realizando en nosotros la unidad del Padre y del Hijo. Prendámonos siempre con nuevo empeño de Dios y de los santos, para hacernos cada día más dignos de su compañía, para que esos lazos que nos unen a ellos sean más estrechos. Amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, en Dios y en Cristo; amémosle como a miembro de su cuerpo, esforcémonos por unirle también a Cristo, nuestra cabeza, al Espíritu Santo y, en esa forma, a nosotros mismos. De esta suerte contribuiremos, en cuanto posible, a la gran obra, al fin de la creación que, según las palabras del Apóstol, consiste en “que Dios sea todo en todos”[[380]](#footnote-380); gozaremos de inefable dicha que sólo puede darnos la unidad perfecta con todos los santos y con Dios.

Por esta unidad se doblará, se multiplicará al infinito, el gozo que nos vendrá de la contemplación de Dios. Escuchemos a san Anselmo; él nos describirá, con santo entusiasmo, el gozo de los bienaventurados: “Corazón humano, corazón sediento, probado por las tribulaciones hasta quedar abrumado, ¡cuánto te has de regocijar desde el momento en que poseas los bienes que en el cielo se te han preparado! Pregunta a tu alma acerca de si es capaz de sobrellevar semejante dicha. Suponte ahora que otra persona a la que tú amaras como a ti misma disfruta de la misma felicidad; tengo por seguro que tu dicha se duplica, pues no te alegrarías menos por ella que por ti misma. Y si en lugar de dos, son tres o muchas las personas agraciadas, por cada una de ellas te alegrarías como si se tratara de ti misma, suponiendo que a todas amas como a ti misma. Y en este amor perfecto que une a los ángeles y a innumerables hombres, amor en el que nadie amará a otro menos que a sí mismo, cada cual se regocijará tanto por todos como por sí mismo. Si al presente el corazón del hombre es incapaz de soportar esta alegría, imagínese lo que tendrá que ensancharse para gozar de alegrías tan numerosas y tan grandes. Siendo así que nuestra alegría está regulada por el amor que tenemos a otros, como todos aman la felicidad de Dios incomparablemente más que la suya propia y la de otros, es natural que se regocijen muchísimo más por esta felicidad que de la propia y la ajena. Pero si aman a Dios con todo su corazón, todo su sentimiento y toda su alma, sin que todo su corazón, todo su sentimiento y toda su alma sean dignos de ese amor, se regocijarán sin duda de un modo tan intenso, que todo su corazón, todo su sentimiento y toda su alma no se basten para sobrellevar esta plenitud de gozo. Dios mío y Señor mío, esperanza mía y la alegría de mi corazón, di a mi alma si está en esto el deleite del que nos hablaste por tu Hijo: “Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”[[381]](#footnote-381). Yo encontré un gozo pleno, que supera la misma plenitud. Pues si el corazón, el sentimiento, el alma y todo el hombre están colmados, todavía quedará una sobreabundancia de gozo. Toda esta alegría no entrará en los que la gozan; mas los bienaventurados entrarán por entero en este gozo”[[382]](#footnote-382).

Cristiano, al escuchar y meditar estas palabras inflamadas, ¿no es verdad que se apodera de ti, iluminando tu corazón, un deseo ardiente de ingresar en la comunión de Dios y de los santos? ¿No es verdad que tu reconocimiento para con Dios debe ser grande, ya que por su gracia te ha destinado a una unión tan elevada en su compañía y la de los santos? Medita con frecuencia esta dulce verdad, contémplala sin descanso y no perderás tan ligeramente, por el pecado, el precioso tesoro de la gracia.

LIBRO TERCERO

LOS EFECTOS Y LOS FRUTOS DE LA GRACIA

Capítulo I:

La luz, símbolo de la gracia

Acabamos de ver en el precedente libro que la gracia produce en nosotros la unión misteriosa y sobrenatural con Dios. Debido a ella, dijimos, somos templo vivo del Espíritu Santo; ella engendra en nosotros una vida divina, confiere a nuestra alma la incomparable dignidad de hija, de amiga, de esposa de Dios y la adorna de todas las cualidades y de todos los privilegios que corresponden a esta dignidad. Todo ello está destinado a que se verifique nuestra unión con Dios y con Cristo en un solo cuerpo y en un solo espíritu. Si hasta el presente, a medida que avanzábamos, ha ido descubriendo nuestra mirada nuevas maravillas, nuevos milagros en la gracia, estemos seguros de que sus riquezas son inagotables y de que, por lo tanto, seguirán excitando y cautivando cada vez más nuestra admiración.

Para poner en claro cuanto hemos dicho y cuanto diremos todavía, vamos a presentarla bajo una imagen concreta, la de la luz natural, imagen empleada por la Escritura y los Padres. Hemos ya echado mano de ella en diversos lugares, de pasada.

Fijándose en que a la luz natural se la ha llamado la gracia del sol, los Padres llaman a la gracia la luz de Dios. El sol material nos da la más bella imagen de Dios. Lo que el sol es para el mundo sensible, eso es Dios para el mundo espiritual: la luz de la justicia y de la verdad eterna, de la hermosura más subida y del amor infinito, de la santidad más pura y de la más perfecta dicha. “Dios es luz y en él no hay tinieblas”, dice San Juan[[383]](#footnote-383).

La naturaleza divina en sí misma es la luz más pura. Al participar nosotros de ella por la gracia, necesariamente sigue siendo una luz, luz procedente del seno de Dios y que esclarece nuestra alma, la glorifica y la transforma de claridad en claridad hasta convertirla en la imagen de Dios[[384]](#footnote-384). Puesto que Dios, luz en sí mismo, es también, como lo afirma Santiago, “Padre de las luces, de quien proviene todo don excelente y toda gracia perfecta”[[385]](#footnote-385), el mejor y el más perfecto don de Dios, la gracia, será igualmente la más pura y la más bella de las luces. Ella nos introduce en la luz inaccesible de Dios, nos revela las profundidades de su gloria, para que la contemplemos cara a cara.

Por la gracia nacemos de la luz de Dios y del fuego del Espíritu Santo, nos hacemos “hijos de la luz”[[386]](#footnote-386), hijos de Dios; como Dios, somos llamados luz. “Anteriormente erais tinieblas, pero al presente sois luz en el Señor”[[387]](#footnote-387). Dice san Pedro a los cristianos: “Sois una raza escogida para anunciar las perfecciones de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”[[388]](#footnote-388). Esta imagen de la luz es tan bella, tan conmovedora, que apenas podemos hablar de la gracia sin mencionar la luz de la gracia, expresión por otra parte tradicional en el lenguaje de la Iglesia. El catecismo romano no puede definir mejor la gracia que declarando: “En cierto modo es un brillo, una luz que disipa todas las manchas de nuestras almas a las que embellece y hace más brillantes”[[389]](#footnote-389). Al sacramento del bautismo, en el que somos regenerados por la gracia, llaman los Padres sacramento de la iluminación, o sencillamente la iluminación[[390]](#footnote-390).

En efecto, la luz es lo más puro, lo más bello, lo más amable y lo más noble que puedan percibir nuestros sentidos; aun cuando todas las demás cosas las vemos gracias a ella, con todo es de naturaleza tan misteriosa que nadie la ha penetrado todavía; sabemos mejor lo que no es que lo que es. Aunque está presente en los cuerpos, se encuentra como espiritualizada; no se liga a ningún lugar determinado, sino que se extiende por todas partes, penetra los objetos, une lo más separado y, por decirlo así, anima a toda la naturaleza. También la gracia está presente en el espíritu creado como un algo divinamente espiritual, como una emanación de la naturaleza y de la gloria divinas. Así como Dios está presente en todas las cosas y se manifiesta en todas ellas, pero en sí mismo no puede ser escrutado, asimismo la gracia forma un abismo insondable de belleza y de gloria.

Si ya la luz natural es tan rica en cualidades y esplendores que no hallamos palabras para expresarlos, ¡cuáles serán las riquezas y las profundidades de la gracia! La natural es estudiada sin descanso por los sabios y cantada con entusiasmo por los poetas; para éstos es la flor de los colores, la hermosura del mundo, la sonrisa del firmamento, la alegría de la naturaleza, una imagen de Dios, la vida de las cosas, las delicias del ojo y del alma, el bien del universo. Su gloria principal y más bella es el haber sido el primer ornamento del mundo en la creación; a ella se debe el que huyeran las tinieblas y desapareciera el desorden del caos; el mismo Creador la alabó como a un gran bien[[391]](#footnote-391). Pero todo lo que existe de agradable y de glorioso en la luz natural, todo lo que excita nuestro amor y nuestra admiración, se encuentra de una manera mucho más asombrosa en la luz de la gracia.

La luz natural da la vida a los colores, pues sin ella éstos quedarían muertos, no existirían; las piedras preciosas no se distinguirían de los guijarros, la púrpura se confundiría con la lana vulgar. Asimismo, sin la gracia, todos los espíritus creados, tanto los hombres de la tierra como los ángeles del cielo, están envueltos en profundas tinieblas; como dice san Agustín, son todavía deformes y sin brillo, no gozan de la consideración divina[[392]](#footnote-392); son como si no fueran hasta tanto que, vivificados por la gracia, aparecen a los ojos de Dios en forma atrayente y aspecto glorioso. Si la luz natural es una radiación del más perfecto de los cuerpos, el sol, la gracia por su parte es una efusión del espíritu más perfecto, del sol de la Majestad divina que ha creado de la nada el sol visible, haciendo de él un reflejo de su gloria. Si el sol transforma los obscuros planetas en brillantes estrellas, la gracia hace de nosotros estrellas inmateriales, fúlgidas, del firmamento espiritual, más centelleantes todavía que las mencionadas por el profeta Daniel: “Los justos brillarán como estrellas por toda la eternidad”[[393]](#footnote-393). Si la luz del sol transforma un espejo o un cristal en la imagen del sol, la gracia va más lejos, ya que además de hacer que nuestra alma participe del resplandor del sol divino, la envuelve, la corona por decirlo así y la introduce en el interior del mismo sol.

¡Qué bello, qué magnífico, qué límpido es un espejo, destituido en sí de hermosura y de valor, cuando de pronto queda iluminado por el resplandor del sol que se refleja en él! Apreciamos poco la belleza de este espectáculo, porque estamos demasiado habituados, pero quedaríamos encantados de él si únicamente lo pudiéramos contemplar una o dos veces en la vida. Y sin embargo, el brillo de este espejo viene a ser como una sombra al lado de la majestad de un alma que, por la gracia, recibe en sí más que la imagen de Dios, al mismo Dios y todo lo que hay en él de más bello y glorioso.

Desde la remota antigüedad, se han subrayado los siguientes efectos de la luz: penetra, alumbra, calienta, inflama, anima, dilata, eleva y forma; la gracia produce también, en una medida infinitamente superior, todos estos efectos.

La luz ‘penetra’ y glorifica los cuerpos transparentes a los que se comunica. Todo otro ornamento, como el color, el oro, las piedras preciosas, afecta sólo al exterior, deja intacto el interior de los mismos. Pasa otro tanto con las riquezas del hombre, con los honores, la hermosura corporal; aun las cualidades intelectuales que pueden distinguir un hombre de otro, como la ciencia y lo que se ha convenido en llamar cultura, no pasan de ser un aderezo externo, algo que afecta a la superficie, no al interior del alma. Por el contrario la gracia, como una luz divina, penetra el alma enteramente, en todas sus partes y facultades, hasta lo más recóndito de su esencia y la glorifica con una hermosura y un resplandor celestiales.

La luz ‘alumbra’ el ojo y lo llena de imágenes de cosas exteriores, sea que estén próximas o lejanas. Sólo ella nos muestra la forma y la esencia de las cosas cuyos efectos percibimos por los otros sentidos. Con su ayuda, llegamos adonde ningún otro sentido es capaz de penetrar, mucho más allá de los límites de la tierra, hasta los astros del cielo más alejados. Asimismo pasa con la gracia. Alumbra el ojo de nuestra alma, o más bien comunica a ésta un ojo nuevo que le permite descubrir un nuevo mundo. Mediante la razón, sólo podemos conocer el lado exterior de la verdad, es decir, el reflejo de la vida eterna en el mundo creado, sus efectos y sus obras, no su propia esencia. En cambio la luz de la gracia nos da a conocer, ahora por la fe, más tarde por la visión, el mundo invisible oculto en el seno de Dios, mundo del que ha salido el que vemos; nos hace conocer además la base eterna de este último, la misma verdad en su substancia. Nos introduce en el seno de Dios, en su luz inaccesible, para hacernos contemplar los misterios más profundos de su corazón, misterios que de suyo tan sólo son accesibles al Padre eterno, al Unigénito que en su seno reposa y al Espíritu Santo que escruta la esencia divina. De ella habla el Apóstol cuando dice: “El mismo Dios que por su palabra ha hecho brillar la luz en el seno de las tinieblas, ha hecho lucir su luz en nuestros corazones, para que por nuestra parte hagamos brillar la luz del conocimiento de Dios, que resplandece sobre la faz de Cristo”[[394]](#footnote-394).

La luz ‘calienta’ e inflama los cuerpos; siendo en su esencia idéntica al calor, sólo se comunica imperfectamente cuando no está acompañada de este último elemento. Lo mismo pasa con el sol divino; la luz y el calor están inseparablemente unidos, formando un solo ser; de la luz del Padre y del Hijo procede el fuego del Espíritu Santo, el calor de la vida divina. También por la gracia Dios enciende en nuestros corazones la luz de la fe y por ella el fuego amable y bienhechor de su divino amor.

La luz del sol ‘despierta’ y mantiene la vida en la naturaleza entera. Cuando, durante la noche, desaparece el sol por poco tiempo, toda la vida duerme sobre la tierra; ciérranse las flores, los pájaros se callan, se amodorran las fuerzas, antes de la aurora languidece todo ser viviente. En invierno, cuando el sol se retira y apenas nos hace llegar una mitad de su calor benéfico, la vida de las plantas se extingue del todo, los campos y las praderas quedan desiertos; hace falta que torne la primavera trayendo consigo la bendición del sol y la vida nueva. De manera muy diferente obra en el alma la luz de la gracia. Sin ella no lleva el alma en sí ni un germen de la vida divina, a la que por otra parte está destinada. Al contrario, por la gracia se vuelve en un delicioso edén que florece en una perpetua primavera, que no conoce ni noche ni invierno, que de continuo produce nuevas flores, sin que las antiguas se marchiten, y que encanta el corazón de Dios por su esplendor y su perfume. Únicamente debemos achacarnos a nosotros si a veces, a causa de nuestra tibieza, se hace noche en nuestras almas o si un crudo invierno nos roba el calor del amor divino.

La luz ‘dilata’ con su calor los cuerpos metálicos; extiende el aire y lo hace elástico, difundiéndolo hasta el infinito. La gracia dilata todavía más el estrecho vaso de nuestra alma, hace a ésta apta para recibir los tesoros de la gracia cada vez en mayor escala; puede entrar en ella el mismo océano de la felicidad divina, pues es ya capaz de contener en sí, como en un templo, y de estrechar, entre los brazos de su amor, al mismo Dios, en su grandeza y en su infinitud. Ella dilata y acrecienta al infinito la elasticidad del alma, y ésta extiende su poder mucho más allá de los límites de sus fuerzas naturales, cada día desea agrandarse; todo el mundo se ha convertido en un teatro demasiado estrecho para su actividad, sólo Dios puede saciar su deseo.

Por la fuerza de la luz, el aire recalentado sube de la tierra hacia el cielo; por su influjo, la planta se levanta del seno de la tierra y se vuelve hacia la fuente luminosa para calentarse, para beber lo más posible sus rayos y unirse con ella. También la gracia ‘eleva’ nuestra alma hacia el sol divino y hace que ardientemente lo apetezca. Más aún, la junta realmente con Dios, la transporta de la tierra al cielo, la trasplanta al seno del sol divino.

Finalmente, la luz da a los cuerpos su ‘forma’ verdadera, exacta. Bajo la influencia del sol, las plantas presentan la verdadera imagen de lo que deben ser de acuerdo a su esencia y según la idea divina. No existe retrato tan fiel y vivo de un hombre como el que forma la luz en un espejo; ni siquiera el arte humano con todos sus recursos puede realizar una imagen tan al natural como la que es producida por la luz sobre una placa ingeniosamente preparada. Tampoco puede Dios formar en nosotros una imagen más perfecta de sí mismo que la producida por la gracia. Las imágenes variadas y numerosas existentes en las cosas naturales fueron modeladas por él según una medida determinada; no son perfectamente semejantes a él. Aquí, por el contrario, hace converger en nosotros, como sobre un espejo, la luz de su naturaleza, para que obre con todo su poder y produzca, no un esquema o un croquis, sino una imagen completa, verídica y viviente de su esencia.

Podríamos continuar aun considerando los esplendores de la gracia en lo que tienen de parecido con la luz natural, ya que ésta es el símbolo de cuánto hay de bueno y de bello, de todo lo que es amable, generoso, benévolo, dulce, reconfortante, dichoso, puro, claro, sano, perfecto, tónico, radiante, glorioso. Cuanto más nos regocijamos en estos privilegios innumerables y más los admiramos, tanto más nos extasía la luz de la gracia, invisible al ojo corporal, pero visible al de la fe; todavía nos encantará más según vayamos dándonos cuenta de que la imagen queda con mucho inferior a su ideal.

Ya que la luz nos es tan querida, y tememos a par de muerte vernos privados de ella, ¿no es cierto que debemos estimar y amar incomparablemente más la luz de la gracia? A fe que se hizo dura la suerte de Tobías, cuando se vio envuelto en tinieblas, no pudiendo contemplar ya la luz del sol, pues según cuenta la Escritura[[395]](#footnote-395), le cayó a los ojos excremento caliente. Sin duda es harto peor la situación del que se ha separado por el pecado mortal de la luz eterna. Ese tal se sumerge en la noche del alma, palpa las tinieblas, tropieza y cae de continuo, se precipita en el más terrible de los abismos y, arrojado de la presencia de Dios, no halla paz ni tregua. En medio de la ceguera corporal, Tobías conservaba la luz de la gracia; podía soportar las tinieblas de sus ojos no sólo con paciencia, sino hasta con alegría, pues estaba seguro de que, ya en la tierra, ya en el cielo, Dios había de devolverle la vista. En cambio el pecador, si no se convierte, no puede abrigar esperanza alguna de recobrar la gracia; debe temer que, en la obscuridad de los infiernos, se le prive hasta de la luz de sus ojos, o que, si, ésta le queda, no le sirva sino para ver cosas espantosas y torturadoras.

Cierto día san Francisco de Borja celebraba la Misa en un pueblo de Portugal, cuando de repente tal obscuridad envolvió al sol que en pleno día aparecieron las estrellas. Los habitantes quedaron sobresaltados; creyendo presente el día del juicio, llenaron el pueblo de llanto y de gemidos, abandonaron sus hogares y se precipitaron hacia la iglesia como al postrer refugio. Sólo esperaban hallar seguridad en la protección del santo. Pero como ahí mismo no cesaran de gemir y lamentarse, san Francisco se volvió hacia ellos después del Evangelio de la Misa, y en un discurso ardiente les hizo observar el celo y el cuidado con que debían esforzarse por conservar en sí mismos la luz del sol divino, ya que una obscuridad tan corta y poco inquietante les había causado tal terror; todo pecado grave les sería más que suficiente para privarles de esta luz celestial; los males y los peligros que lleva aparejados les resultarían verdaderamente espantosos, indescriptibles.

Comprobamos con nuestros propios ojos que, cuando se da un eclipse de sol, se turba toda la naturaleza, los pájaros comienzan a revolotear ansiosamente, los animales se esconden, y hasta nosotros mismos quedaríamos sobrecogidos de pavor, de no saber que el sol no se ha extinguido, sino cubierto, y que pronto reaparecerá en todo su esplendor. Sin embargo, nos sobran motivos para aterrarnos ante la simple posibilidad de que nuestro corazón pueda cerrarse al sol de la gracia por el pecado grave, de que quizás para siempre y de un modo irrevocable pueda apagarse su luz.

Para conservar sin intermitencia en nosotros esta luz divina, para abrimos sin cesar a ella, purifiquemos nuestro corazón de todo defecto y de toda mancha. La luz no se refleja en un espejo, si éste no está limpio y puro, y no penetra un cuerpo, si no es claro y transparente. Tampoco la gracia puede penetrar y llenar un alma, si no está pura de pecado, si no se le abre enteramente como un límpido cristal.

Cuanto menores sean las faltas veniales que cubran nuestra alma con su polvillo, y menos la manchemos por el excesivo apego a las cosas de la tierra, sensibles cuando no malas, tanto más esparcirá en nosotros la gracia su luz celestial, su esplendor divino. Por eso dijo el Salvador: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”[[396]](#footnote-396).

Si queremos saber cómo debemos conservar en nuestra alma la luz de la gracia, escuchemos la explicación que da san Juan Crisóstomo a estas palabras del apóstol: “No apaguéis el Espíritu en vosotros”[[397]](#footnote-397). “Profundas tinieblas -dice- y una nube opaca cubren toda la tierra; es lo que san Pablo expresa, diciendo: ‘Nosotros éramos antes tinieblas’[[398]](#footnote-398). Cuando nos hallamos envueltos en una noche sin luna y caminábamos en ella, Dios nos dio una lámpara maravillosa al excitar en nuestra alma la gracia del Espíritu Santo. Algunos, como san Pedro, san Pablo y todos los santos, han logrado que esta luz fuera más brillante, más bella y más amable; otros, como las vírgenes necias, como los que han naufragado en la fe, como el incestuoso de Corinto, como los Gálatas que apostataron, extinguieron esa luz. Por eso continúa san Pablo: ‘No extingáis el Espíritu’, pues con este término designa también la gracia”.

“Esta queda apagada por una vida impura. Si alguien arroja agua o tierra a una lámpara, o saca de ésta el aceite, la extingue; lo mismo pasa con el don de la gracia. Si la oprimes con cuidados de cosas terrenas y pasajeras, extingues el Espíritu. Cuando una tentación violenta entra como una borrasca, y la llama es débil o escasea el aceite, bien sea porque no tapas suficientemente la abertura de la linterna o porque dejas abierta la puerta de tu casa, todo está perdido. ¿De qué abertura se trata? De la que constituyen nuestros ojos y nuestros oídos; no permitas que por estos sentidos entre la violenta ráfaga de la tentación, pues apagará la lámpara; escóndela bajo el temor de Dios. Tu boca es la puerta; ciérrala, échale el cerrojo para que conserve la luz y la defienda de todo ataque exterior. ¿Que alguien, por ejemplo, te ha ultrajado o maldecido? Cierra la boca, si la abres, excitas el viento. ¿No ves que en una casa en la que se abren dos puertas una en frente de la otra se establece corriente de aire? Habrás observado en cambio que el viento amaina y pierde su fuerza tan pronto como hubieres cerrado una de ellas.”

“También aquí tenemos dos puertas, tu boca y la de aquél que, con sus ultrajes y sus invectivas, te insulta. Si cierras tu boca y no dejas pasar el viento contrario, haz cuenta que has apaciguado toda la tempestad; pero si la abres, la tempestad queda desencadenada. No extingamos pues el Espíritu.”

“Sucede a veces que la llama languidece, sin que el viento la moleste. Si termina el aceite, si no practicamos la limosna, el Espíritu se extingue, puesto que llega hasta ti como una limosna de Dios; cuando no encuentra en ti el fruto de la limosna, vuelve a marcharse, pues no puede permanecer en una alma sin misericordia.”

“Y si el Espíritu se apaga, ¿cuál será la consecuencia? Lo saben todos aquéllos que se han encontrado en una noche obscura. Y si resulta difícil trasladarse durante la noche de una parte de la tierra a otra, ¿cómo recorrer de noche el camino que va de la tierra al cielo? ¡No sabéis cuántos demonios ocupan el intervalo, cuántas bestias salvajes, cuántos espíritus del mal se hallan apostados! Mientras tengamos la luz de la gracia, no pueden dañamos; pero si la tenemos apagada, se arrojarán sobre nosotros, nos asirán y nos despojarán de cuanto llevamos. Los ladrones tienen por costumbre echar mano cuando han apagado la linterna, ven claro en estas tinieblas, porque hacen las obras de las tinieblas, en tanto que nosotros no estamos habituados a la luz de la obscuridad”[[399]](#footnote-399).

Capítulo II:

Poder maravilloso con que la gracia destruye en nosotros el pecado mortal

El primer efecto de la luz de la gracia, infundida en nuestra alma mediante la justificación, es la destrucción de la noche atroz del pecado mortal[[400]](#footnote-400). La gracia no solamente es fecunda en bienes y celestes bendiciones; es asimismo poderosa para alejar el mal; por lo cual el alma, adornada de la gracia, se compara en el Cantar de los Cantares a un ejército en orden de batalla, a la caballería de Faraón[[401]](#footnote-401).

Los remedios contra los males del cuerpo no se justiprecian principalmente por lo que vale su sustancia, su aroma, su gusto o su aspecto agradable, pues con frecuencia son objetos baratos, duros, amargos, de olor desagradable, sino por lo que tienen de virtud medicinal interna; por eso se los extrae de las entrañas de la tierra y del mar, para transportarlos hasta los confines del mundo. El remedio de la gracia, ya de suyo, es doblemente precioso; ante todo contiene bienes infinitos y celestiales; además, su virtud medicinal vence a la muerte, a la enfermedad y, sobre todo, al mayor de los males, al que sólo merece este nombre y que por ninguna fuerza puede ser vencido ni en el cielo, ni en la tierra.

“Comprended, pues, insensatos; estúpidos, tened inteligencia”[[402]](#footnote-402). Vuestra sensualidad, vuestra cólera, vuestra concupiscencia os engañan miserablemente cuando os insinúan, contra las voces del Espíritu Santo, que la pobreza, el sufrimiento voluntario o involuntario, los dolores, los insultos y la misma muerte, y no la ofensa a Dios, son verdaderos males. Sólo el pecado no puede ser un bien; todo lo demás puede redundar en nuestro provecho y honra de Dios. El pecado únicamente no puede provenir de Dios; todo el resto es susceptible de convertirse en objeto de su amor, de su aprecio, y puede ser dispensado por su mano como un beneficio insigne. Cuando el Hijo de Dios, conocedor exacto del bien y del mal, vino al mundo para destruir el mal, para asumir el bien y comunicárnoslo, personalmente cargó con los sufrimientos y desprecios; se hizo en todo semejante a nosotros, exceptuando el pecado. Era en efecto lo único que aborrecía con toda su alma; para destruirlo, ofreció su vida, toda su sangre; para descartar este mal, quiso llevar todos los otros males.

En la suposición de que las otras desgracias sean un verdadero mal, todavía en su comparación el pecado será mayor, pues nos priva del bien supremo e infinito para toda la eternidad; representa una calamidad tan pavorosa que todas las otras desaparecen ante ella.

Además, es la causa y el origen de todos los males que hasta el presente han llenado la tierra de enfermedades, de flagelos, de hambre y muerte, y que seguirán llenándolo en lo sucesivo. Las carnicerías de la guerra con sus millones de muertos, las epidemias que despoblaron países enteros, en una palabra, todo lo que la tierra ha padecido desde la caída de Adán, cuanto estamos todavía probando, viendo y escuchando de calamitoso, todo ello es el fruto amargo del pecado. Bastó una sola gota de veneno procedente de un solo pecado para contaminar e infeccionar a toda la especie humana.

Hay un solo remedio para este terrible veneno: es la sangre del Hombre-Dios, con su virtud y su fruto, la gracia divina; un mal infinito requiere un remedio de poder y eficacia absolutos. Por eso debemos beber, como remedio, la sangre de Cristo; en ella es necesario que nos purifiquemos de nuestra impureza. Ello sucede siempre que recibimos el río de la gracia que brota del costado de Cristo, siempre que lavamos en él nuestras faltas, siempre que por él quedamos saciados y regenerados. Por el mero hecho de recibir la gracia, de enemigos nos convertimos en hijos de Dios, pudiendo en adelante presentarnos en su presencia confiadamente, puesto que estamos revestidos del mismo Cristo en su justicia y santidad y en consecuencia somos gratos al Padre celestial. Como no puede Dios odiar a su Hijo primogénito, tampoco puede odiar a los que, por su gracia, se han transformado en miembros vivientes suyos y llevan en sí su imagen. Puede darse que un mortal odie a su hijo, que de continuo le esté echando en cara sus faltas, sin que por ello este hijo deje de ser suyo; Dios no puede odiar a sus hijos, pues al mismo tiempo son sus amigos, sus esposas; se ve en ellos, los ha adoptado en su seno, en una unión inefablemente íntima.

El pecado implica un doble aspecto: el hombre aparta su amor de Dios, y Dios retira el suyo del hombre; se abre entre ellos un abismo aterrador. Es obra de la maravillosa virtud de la gracia suprimir este abismo, uniendo nuevamente el hombre y Dios, Dios y el hombre. Ni éste, ni poder alguno creado pueden transformar una voluntad perversa de suerte que se vuelva de nuevo hacia Dios, para abrazarlo con un amor sobrenatural; mucho menos son capaces de atraer a Dios hasta el alma, haciendo que la estreche entre sus brazos. Tal maravilla está reservada únicamente a la gracia, pues ella es la que infunde en nuestros corazones el amor sobrenatural del Espíritu Santo por el cual nos ligamos nuevamente a Dios; al propio tiempo atrae todo el amor del Padre celestial hacia nosotros, hasta conseguir que olvide nuestros pecados y considere nuestra alma como amiga y como esposa suya. ¡Grande y admirable es en verdad la virtud del remedio de la gracia! Destruye el mal ante el que se declaran impotentes todas las fuerzas de la tierra y del cielo, exceptuados el Hombre-Dios y Dios mismo. Todavía aparecerá más admirable cuando contemplemos de qué trazas usa la gracia para cumplir su obra.

No solamente es poderosa la gracia para curar ‘una’ enfermedad; no se detiene ni ante el número ni ante la gravedad de las desdichas. Suponed que un solo hombre haya cometido a la vez todos los pecados y todos los horrores que, desde el fratricidio de Caín hasta la sublevación del Anticristo al fin del mundo, pudieran cometerse; todas estas faltas quedarían lavadas con que en el alma de este hombre penetrara un tenue hilillo de gracia santificante; todas ellas desaparecerían como por encanto, pues el menor grado de esta gracia basta para vencer la más grande malicia.

Además, en esta curación, la gracia no deja la menor huella de pecado en nuestra alma. Es cierto que no siempre destruye las inclinaciones al pecado provenientes de un vicio natural o de malos hábitos adquiridos; pero siempre quita del alma lo que verdaderamente es malo o reprobable.

Dice el Apóstol: “En los que” (por la gracia) “están en Cristo Jesús nada hay de condenable”[[403]](#footnote-403). En conformidad con esta doctrina, enseña el Concilio de Trento que Dios nada odia en los regenerados[[404]](#footnote-404). Aun cuando nuestros pecados fueran como la púrpura, así nos lo asegura Dios por el profeta, quedarían blancos como la nieve; y si como el bermellón fueran encarnados, aparecerían como lana pura[[405]](#footnote-405). De un modo todavía más claro nos dice otro tanto el profeta Miqueas[[406]](#footnote-406). Anuncia que Dios quiere sumergir todos nuestros pecados en las profundidades del mar, enterrarlos tan hondamente que aun cuando quisiéramos pecar ya no podrían aparecer más, una vez que se les aplicó el remedio de la gracia.

Y, cosa todavía más portentosa, la gracia cura los pecados en un instante, sin trabajo ni dilación, por enormes y numerosos que sean. No necesita combatir largo rato con ellos; el comienzo de la batalla es ya el fin glorioso; a la gracia le basta llegar y ordenar, como ordenó Dios en la creación: “Que la luz sea hecha”[[407]](#footnote-407); en seguida aparece la luz y se disipa la noche del pecado. Tan pronto como David hubo confesado su pecado al Señor obtuvo el perdón[[408]](#footnote-408); apenas había terminado de decir que confesaría contra sí mismo su injusticia, cuando instantáneamente quedó su falta perdonada, reconciliado con Dios y, de esclavo de Satanás, transformado en ángel puro.

¿Cómo no admirar esta victoria decisiva y completa, este triunfo instantáneo y fácil de la gracia sobre el enemigo más poderoso y terrible, al que ningún otro puede dominar? ¿Habrá todavía alguien que voluntariamente quiera someterse a su dura servidumbre de la que nadie puede librarse por sus propias fuerzas? Esta medicina tan preciosa, la gracia, que trae consigo todo bien y aleja todo mal, ¿no la compraremos y conservaremos a cualquier precio, aun cuando fuera menester sacrificar por ella el honor y la riqueza, la vida y la salud de nuestro cuerpo?

Avergoncémonos al pensar lo que hacemos y sufrimos por alejar las enfermedades corporales; soportamos lo equivalente a la severidad de las penitencias más austeras. ¿Que un enfermo pide agua? Se le niega. Si quiere comer, no se atiende su deseo. Cuando el médico quiere abrir sus venas, cortar y quemar en sus llagas, ofrece pacientemente sus miembros y su cuerpo. No se levanta, no sale, nada hace sin la anuencia del médico; permanece en cama, encerrado, solo, se niega los más dulces goces, sacrifica su dinero y su bienestar; y todo por una esperanza incierta y. con frecuencia decepcionada de recuperar la salud corporal, que en todo caso pronto desaparecerá de nuevo.

Al contrario diríase que nada buscas con menor diligencia que la gracia, siendo así que es el remedio único y fácil contra las enfermedades mortales del alma, a la que juntamente con el cuerpo libra de la muerte eterna. Sabes además que nos regenera de un modo instantáneo e infalible para la vida eterna.

¡En verdad que son ciegos los hombres para todo lo que supone el máximo valor en su vida, siendo por otra parte clarividentes hasta el exceso en las cosas indiferentes y sin importancia! Que no sea menos alabado Dios, dador de la medicina de la vida eterna, cosa preciosa en sí misma y de fácil acceso.

Capítulo III:

La gracia infunde en nuestras almas las virtudes teologales sobrenaturales

Al propio tiempo que la gracia perdona y destruye el pecado, obra la santificación y la renovación del hombre interior e infunde en él las tres virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad.

Hemos visto anteriormente que la gracia implanta en nuestra alma una vida sobrenatural, celestial, divina, la vida de los hijos de Dios, regenerados por el Espíritu Santo. Veamos aquí en qué consiste esta vida, en qué facultades radica, en qué actos se manifiesta.

La vida natural del alma, la que la distingue de los animales, consiste en los actos de la razón y de la voluntad. La vida sobrenatural es la actividad que procede de las facultades de la razón y de la voluntad, transfiguradas por la gracia y transformadas en nuevas facultades celestiales. Así como la gracia trasfigura la esencia del alma y la hace participante de la naturaleza divina, así también transfigura las facultades del alma, para que puedan poner actos tan preciosos y tan grandes que sean dignos de la naturaleza divina. Les confiere tal capacidad y excelencia que pueden lo que solo puede Dios. Esta excelencia sobrenatural, que únicamente puede ser infundida en nosotros por la gracia, es llamada por los teólogos “virtud sobrenatural infusa”[[409]](#footnote-409).

La virtud infusa se distingue infinitamente de las virtudes denominadas “adquiridas”, que son las que podemos conseguir por nuestra actividad. Se reducen estas últimas a cierta habilidad, conseguida por el ejercicio y el esfuerzo; nos permiten realizar con mayor facilidad, seguridad, rapidez y placer lo que podíamos llevar a cabo naturalmente. Se pueden comparar con la fecundidad que se puede favorecer en un árbol mediante cuidados seguidos, riego frecuente y una minuciosa protección contra las influencias nocivas de la temperatura. A costa de todas estas fatigas se logra que un árbol produzca no frutos de diversa especie, sino frutos mejorados dentro de la especie, que vengan con mayor seguridad y mayor abundancia.

Las virtudes infusas, en cambio, se asemejan a la fecundidad de que podemos dotar a un árbol por el injerto de una especie distinta y más noble. El principal efecto consiste en conseguir que nuestra alma produzca frutos de una especie muy superior y más noble, de la que en su naturaleza no existía ni el germen siquiera. Al mismo tiempo comunican al alma cierta agilidad en el ejercicio de los actos superiores de orden sobrenatural; pero como no suprime de golpe todas las tendencias malas ni todas las debilidades de nuestra naturaleza, con la ayuda de Dios debemos despejar de nosotros los obstáculos a la vida divina y adquirir con ello la facilidad en el ejercicio de la facultad sobrenatural infundida por Dios.

Otra imagen nos hará ver con mayor claridad la diferencia entre las virtudes naturales y las sobrenaturales. El hierro se ablanda por el fuego y el martillo y queda magnetizado por la proximidad de un imán. El acero es mucho más duro y de mejor calidad que el hierro ordinario, mas no por eso es de naturaleza distinta. Por el contrario, el hierro imantado parece un cuerpo de diversa naturaleza, pues como por arte de encantamiento pierde su pesadez y su inmovilidad, se reviste de una nueva forma de atracción y al mismo tiempo es atraído misteriosamente por los polos de la tierra. Las virtudes naturales no hacen otra cosa que templar y reforzar con la ayuda de Dios, por un ejercicio repetido como si se tratara de otros tantos golpes de martillo, nuestras facultades espirituales en el cumplimiento del bien natural. En cambio, la gracia las magnetiza por un contacto misterioso con la divinidad, que les comunica su propia virtud divina. Por ella se transforman en nuevas facultades divinas, de pronto se sienten atraídas de una manera desconocida hacia objetos insospechados, elevadas por una mano invisible a regiones misteriosas. El mismo Dios hace de polo, polo central y foco de nuestra vida, polo hacia el cual tiende ésta, punto central en cuyo torno se mueve, foco del que saca su fuerza y su alimento; nuestra vida se hace participante de la vida divina.

La participación de la vida de Dios, debida a las virtudes sobrenaturales infusas, consiste principalmente en imitar con nuestra actividad la vida divina, en someter la nuestra a la suya y en unirnos de esta suerte a Dios por el conocimiento, el amor y la confianza, de modo parecido al que él mismo se une consigo.

Mediante la ‘fe’ cristiana recibimos un conocimiento sobrenatural y divino, lo unimos con el de Dios y nos apoyamos en él, para así tener una noción de Dios como la que Dios tiene de sí mismo. Mediante la ‘caridad’ cristiana, el Espíritu Santo nos infunde un amor hacia Dios, parecido al que se tiene a sí mismo, de modo que podemos unirnos a él y sumergirnos en él, cual si poseyéramos su misma naturaleza. Finalmente, merced a la ‘esperanza’ cristiana nos apoyamos inmediatamente sobre el poder infinito de Dios, como si fuera cosa nuestra, y recibimos por ella la noble confianza de poseer un día al mismo Dios en toda su magnificencia y de gozado por una eternidad.

De consiguiente, la fe cristiana es un conocimiento sobrenatural y divino, la caridad cristiana un amor sobrenatural y divino, al esperanza cristiana una confianza sobrenatural y divina; ésa es la razón de que estas tres virtudes se llamen ‘teologales’ o divinas, y lo son en realidad. Principalmente se llaman así, no porque en general tienen a Dios por objeto, sino porque nos unen a Dios de un modo sobrenatural; teniendo a Dios como causa inmediata, no pueden ser producidas en nosotros sino por una comunicación de la naturaleza divina[[410]](#footnote-410).

Dios protege a sus hijos con estas tres virtudes divinas para que puedan llevar una vida digna de la nobleza de su regeneración y para que, estando todavía en la tierra, lugar de destierro, puedan ya unirse a su Padre, objeto de su felicidad. Por ellas solas podemos prepararnos para la vida eterna de la que un día gozaremos en el seno de nuestro Padre celestial.

Pues la vida que llevamos ya como hijos de Dios sobre la tierra debe ser de la misma especie que la que nos aguarda en el cielo. Conoceremos a Dios en el cielo como él mismo se conoce, le poseeremos y gozaremos de él como él mismo se posee y goza de sí. Es doctrina formal de la santa Iglesia que al conocimiento, posesión y goce, requiere la lumbre de gloria, que sublima las facultades de nuestra alma haciéndolas deiformes, es decir divinizándolas; es necesario que también, en esta vida, las facultades de nuestra alma sean glorificadas o deiformizadas para que podamos conocer y amar a Dios y esperar en él, y de esta manera obtener la felicidad divina.

Hay tres puntos igualmente ciertos: que Dios hace de nosotros sus hijos y herederos del cielo, que a todos comunica lo necesario para llegar a este fin, que la gracia de Dios adorna a sus hijos con estas virtudes, sin las cuales no podrían unírsele de un modo sobrenatural.

Fíjate en una planta. Tiene raíces que se hunden profundamente en la tierra para buscar allí los jugos necesarios para su existencia y desarrollo; cuenta con un tallo que siempre se dirige hacia la luz que lo calienta y lo vivifica; posee cierta fuerza de atracción y un principio vegetativo para absorber y asimilar las materias indispensables para su conservación y crecimiento. Fíjate ahora en un alma en gracia. ¿No es también una planta, un olivo salvaje, injertado en Jesucristo como en olivo natural, legítimo?[[411]](#footnote-411) La gracia tiene sus raíces en la fe; por ella penetra el alma en las profundidades de la divinidad, para chupar la savia de la vida divina. La esperanza es el tallo por medio del cual se levanta hacia el sol de la justicia, en busca de amor y calor. La caridad es la fuerza de atracción que le permite adueñarse de Dios para recibir en sí su propia vida, o mejor, para vivir en él.

El pájaro, destinado por la naturaleza, no a arrastrarse por la tierra, sino a moverse en los aires, ha recibido de Dios alas y plumas. El águila coloca su nido en rocas elevadas e inaccesibles; fijos los ojos en el sol, en vuelo poderoso, se eleva sobre las nubes y de allí se precipita sobre la presa que avistó·en el valle. He aquí una imagen del hijo de Dios que, en alas de la fe, de la esperanza y de la caridad, se eleva de la bajeza de su naturaleza, por la que pertenece a la tierra, hasta el seno de Dios; allí establece su morada, contempla al Creador en su luz inaccesible y desciende sobre la tierra únicamente para arrancar su presa al demonio, para edificar y convertir al prójimo, para cumplir las obras de penitencia y de caridad.

Cuando se construye un barco y se lo echa al mar, queda inmóvil, pues de por sí no puede ponerse en movimiento. Pero si brazos vigorosos empuñan los remos, si se despliegan las velas, si las calderas se encienden y si la fuerza del vapor desarrolla su poder, al instante el barco se pone en marcha, gana la alta mar, corta las olas con celeridad impresionante y en pocos días llega a las extremidades de la tierra, de donde pronto volverá cargado de tesoros. También el cristiano ha sido lanzado sobre las olas borrascosas de este mundo en dirección al puerto del cielo. Puede ser que sus fuerzas naturales sean suficientes para que logre atravesar en frágil embarcación un modesto río o un pequeño lago. Pero sobre el océano inmenso que separa lo finito de lo infinito hay que emplear otros medios y otras fuerzas de orden muy diverso para alcanzar la ribera lejana; con las virtudes teologales recibimos de Dios esos medios y estas fuerzas. La fe viene a ser la brújula que, con infalible seguridad, nos señala la patria celeste, invisible a nuestros ojos. La esperanza hace veces de remos y de velas, puesto que alienta en nosotros una confianza sobrenatural en espera de un fin tan lejano; redobla nuestro coraje y nos asegura la asistencia todopoderosa de Dios. Finalmente, la caridad es el principio del movimiento, el impulso santo y vigoroso que nos lleva cerca de Dios, mucho más rápidamente de lo que el vapor conduce un buque a través de los mares. Gracias al poder de estas virtudes nos hacemos a la vela con coraje, combatimos contra las tempestades, dominamos el oleaje, evitamos los escollos y los bancos de arena, arribamos sin tropiezos al puerto de la eternidad.

¡Qué grande es la bondad de Dios, qué grande es la gloria de su gracia, que así eleva y transfigura todas las potencias de nuestra naturaleza espiritual e introduce simultáneamente estas tres virtudes teologales en nuestra alma, para derramar en ella una vida celestial y divina! Si todos los cristianos meditaran con frecuencia la excelsitud y el valor de estas virtudes y experimentaran realmente, por un ejercicio continuado, su dulzura y amabilidad, a buen seguro que no despreciarían como lo hacen, no digo la gracia, sino la misma fuente de la gracia; entonces pondrían todo su honor en poseer y retener en su alma una vida divina.

Capítulo IV:

La fe divina sobrenatural

La ‘fe’ es la primera de las tres virtudes teologales. Se refiere a nuestra inteligencia, a la que esclarece y fortifica de una manera sobrenatural y la capacita para la participación en el conocimiento de Dios, ya que por ella de un modo infalible nos enteramos de misterios ocultos a toda inteligencia creada, accesibles únicamente a Dios. Nuestra alma recibe con ella un nuevo ojo, o por mejor decir, mira con el ojo del mismo Dios, entrando de esta suerte a participar del conocimiento divino.

En efecto, cuando por la gracia nos hacemos participantes de la naturaleza divina, debemos asimismo participar del conocimiento propio de esta naturaleza. Debemos, en frase del Apóstol, conocer a Dios como somos conocidos por él[[412]](#footnote-412). Esto tendrá lugar de un modo acabado cuando la gracia haya llegado en nosotros a su estado perfecto en la lumbre de gloria; entonces, en el seno del Padre, junto a su Primogénito, le veremos en su luz tal cual es, cara a cara. Pero ya en este destierro Dios se preocupa de sus hijos. Desde ahora deben conocerlo, así como su propia dignidad y herencia. Y dado que nadie conoce al Padre sino él mismo y su Hijo con el Espíritu Santo, es preciso que Dios se nos manifieste por su propia Palabra; y como nuestra naturaleza no nos permite captar y comprender esta Palabra de manera digna de la misma, debe Dios capacitarnos para ello, comunicándonos una fuerza y una luz sobrenaturales.

Grande en verdad y maravillosa es la fe divina, y si el mundo no le da tanta importancia es porque, como dice san Ambrosio, “el corazón estrecho de los impíos no puede contener la grandeza de la fe”. Cree el mundo que la fe solo es buena para los niños y los simples; de ahí que sea para él signo de estrechez y debilidad mental, siendo así que, como asegura san León, “la fe es la fuerza vital de las grandes almas”[[413]](#footnote-413). Sólo la credulidad humana por la que se da crédito, sin motivo razonable ni prueba seria, a hombres capaces de mentir y engañarse, es un signo de estrechez y de imbecilidad. Por el contrario, la fe divina es el acto más bello y más digno del hombre racional y sensato, ya que por ella une y somete su inteligencia a la infalible y suprema inteligencia, cuando ésta se le manifiesta mediante signos claros y seguros.

Aquí se ponen de manifiesto la poquedad y la estrechez humanas, ya que toda la fuerza y toda la sabiduría del hombre y aun la del ángel es incapaz de suyo para realizar un acto de fe tal como Dios nos lo exige. El espíritu creado no puede hacer cosa mejor en su más alta perfección humana que someterse con profundo respeto a la palabra de Dios que le ha sido revelada. Este respeto debe superar en profundidad a la del servidor, que escucha con una obediencia sin reservas la palabra de su dueño y conforma a ella su juicio. El hombre es incapaz de elevarse, en vuelo atrevido, hasta Dios para unir, mediante la fe, su juicio al de Dios, de suerte que su conocimiento adopte las propiedades del conocimiento divino y participe de su grandeza y de su infabilidad. Sólo le capacita para esta empresa la fuerza de la gracia divina. Únicamente ella puede proporcionarle el arranque que le permita elevarse por encima de su condición natural y remontarse hasta Dios, para escuchar en sí mismo su palabra, para beber inmediatamente del sol divino la luz de la verdad, para apoyarse sobre Dios como sobre una roca sólida y hallar en él la certeza y la seguridad inmutable e infalible. Dice el Salvador “que nadie puede venir a él, si no es atraído por su Padre”[[414]](#footnote-414), lo que se realiza por esta atracción sobrenatural que nos transporta más allá de los límites de la naturaleza hasta el seno del Padre, al lado de su Hijo único.

El acto de fe excede pues infinitamente todo poder natural, es un acto sobrenatural en absoluto[[415]](#footnote-415); debido a ello precisamente, el don de la fe, que nos hace posible este acto, es algo grande y maravilloso. Quien lo posee no conoce ya lo que es ser débil, pues se robustece sobre toda ponderación; dejando de lado la estrechez de espíritu, se siente dotado de un poder de comprensión, por decirlo así, infinito. Sólo los creyentes son los espíritus verdaderamente fuertes y grandes, infinitamente superiores y más fuertes que todos los sabios de este mundo. Los que únicamente se apoyan sobre su razón natural, deficiente, veleta agitada en todo sentido por el viento de su mal humor y de sus pasiones, se parecen a niños arrastrados en toda tempestad, engañados por la maldad de los hombres y por los ardides del demonio[[416]](#footnote-416). No ocurre tal con las almas fieles. Estas, según el Apóstol, son verdaderamente estables y fuertes; ancladas en la verdad divina, resisten con una seguridad sobrenatural todas las tempestades y se aferran con una convicción inconmovible a los principios de la verdad soberana.

La gracia, además de ser un impulso sobrenatural, necesario para la fe teologal, es también una ‘luz’ sobrenatural que nos esclarece en la fe y nos guía hacia ella[[417]](#footnote-417).

Para creer es preciso conocer que Dios nos habla. A este conocimiento podemos llegar mediante nuestra inteligencia natural, siempre que ésta considere atentamente los signos exteriores que acompañan a la revelación. Pero si Dios no nos esclarece interiormente y de una manera misteriosa, si no se nos aproxima sobrenaturalmente y no presta a nuestro corazón un nuevo oído interior, seríamos incapaces de reconocer y de recibir su palabra, como lo requiere esta elevación sobrenatural de la fe. La fuerza sobrenatural de la fe no es un impulso ciego y obscuro, no; es claro y luminoso, pues el fin que pone ante nuestros ojos es nada menos que su gloria divina, y en esa forma nos atrae. La gracia viene a ser como un nuevo éter sobrenatural, por cuyas ondas percibimos la voz de Dios de manera muy distinta de como, mediante nuestros sentidos y nuestra razón, percibimos a través de la atmósfera. Por ella escuchamos inmediatamente la palabra de Dios tal como sale de su boca, experimentamos toda su fuerza y su poder divino, y eso mismo nos incita a aceptarla en toda su grandeza y su plenitud. Enseña el Apóstol que, por la gracia, Dios ilumina los ojos de nuestro corazón, abre nuestros oídos, para que nos cercioremos de un modo sobrenatural de lo que creemos.[[418]](#footnote-418)

Si por la luz y la fuerza de la gracia hemos captado y hecho nuestra la palabra de Dios, la misma luz sobrenatural debe asimismo enseñarnos a captar y comprender las verdades que Dios nos revela. Es que son tan grandes y tan elevadas estas verdades que la luz de nuestra razón se declara tan impotente para comprenderlas, como para revelárnoslas. Descríbanse a un ciego de nacimiento todas las cosas que percibimos por la vista; siempre le serán extrañas e incomprensibles. Estaríamos nosotros en el mismo caso si Dios, al manifestárnoslas por su palabra, no nos infundiera al mismo tiempo la luz sobrenatural de la gracia que nos permite entenderlas. Por la luz de la gracia, extraída de su propio seno, nos muestra Dios las cosas que él mismo ha visto en esa luz. Nos eleva por la gracia a una condición sobrenatural y nos coloca así en una relación misteriosa y en cierto modo en contacto con los misterios sobrenaturales, de suerte que no nos resultan ya del todo extraños e incomprensibles. En este mundo, es cierto, jamás lograremos una contemplación inmediata que suprima la fe; sin embargo, estos misterios se nos hacen tan claros, tan netos y tan comprensib1es como lo permite la virtud de la fe.

Pecan de insensatos aquellos hombres que sólo ven en la fe tinieblas y envilecimiento del espíritu. Muy al contrario, todo conocimiento natural es, frente a la fe, como la luz de una lámpara en la noche junto al astro resplandeciente del día. Nuestra razón no pasa de ser una luz creada, terrestre, que proyecta un pálido reflejo sobre los objetos de esta tierra, sólo alumbra las cosas creadas, mostrando al Creador únicamente en una oscura lejanía. Es una luz por la que conocemos poco e imperfectamente, una lámpara que sólo ilumina los alrededores inmediatos, sin alcanzar siquiera a mostrarlos en todo su brillo natural. En cambio, la fe nos eleva sobre las criaturas, hasta el mismo Dios; por ella vuela hacia él nuestra alma, como el águila hacia la luz del sol, fija su vista atrevida y libre en él, y penetra en el misterio de su intimidad. Habiendo puesto nuestra mirada en Dios, causa suprema y primera fuente de todas las cosas, la fe hace recorrer desde allí el mundo visible e invisible y nos muestra todo en su verdadero aspecto. Nos abre las profundidades de la divinidad, nos revela cómo desde toda la eternidad el Hijo procede del Padre, y de ambos el Espíritu Santo, como lazo del mutuo amor; cómo el Hijo, abandonando el seno del Padre, es enviado en el tiempo para derramar sobre las criaturas la plenitud de su gloria y de su sabiduría divinas, y para reunirlas a todas consigo mismo, con su Padre y con el Espíritu Santo en la comunión más íntima. Nos muestra el término último y sobrenatural, el fin de todas las cosas, el punto en que el tiempo se junta con la eternidad, el trance en que lo mortal pasa a la inmortalidad y se une tan estrechamente con Dios que Dios está todo en todos[[419]](#footnote-419). ¡Y semejante luz se nos antoja tinieblas y oscuridad! Diríase que tenemos pavor en someter nuestra razón a la obediencia de la fe. ¡Siendo así que debiéramos estar bien orgullosos y, con san Pedro, muy agradecidos a Dios por habernos llamado a su admirable luz[[420]](#footnote-420).

Concedo que reina en esta luz una santa oscuridad; pero es la oscuridad de la aurora que anuncia el naciente día y la gloria del sol. De ahí que debiera sernos incomparablemente más preciosa que todas las luces que brillan en la noche. Precisamente la oscuridad de una noche estrellada nos revela los misterios más estupendos y hace que nuestra vista llegue infinitamente más allá que en pleno día. Sólo una parte muy reducida de la tierra nos hace ver la luz diurna; apenas resulta un punto en el universo. La noche en cambio introduce nuestros ojos en las constelaciones más gigantescas y más alejadas, en las esferas inconmensurables que nos ocultaba la luz del sol. Existe oscuridad en la fe; pero una oscuridad tal que lo invisible llegamos a palparlo y tenerlo entre las manos. “La fe”, dice el Apóstol, “es la sustancia de las cosas que esperamos, y una prueba de las cosas que no se ven”[[421]](#footnote-421). Decía san Bernardo a un hereje para quien la fe no pasaba de una pura opinión: “¿Entiendes tú? Mira que el Apóstol habla de la ‘sustancia’. No se trata pues de una opinión ligera, de una imaginación vana. Todo es aquí seguridad, certeza que no aguanta ni vacilación ni pusilanimidad”[[422]](#footnote-422). La fe en efecto nos fija en la verdad divina y fija a ésta en nosotros de una manera tan sólida e inconmovible que reconocemos, con una seguridad tan infalible e inmutable como la misma verdad divina, que nuestra convicción, nuestro juicio no pueden fallar, de igual manera que no pueden fallar la convicción y el juicio de Dios sobre el que nos apoyamos. La fe es oscuridad, porque no vemos en ella con nuestros propios ojos; pero vemos a través de la mirada soberana de Dios para quien no se dan tinieblas.

La fe es una noche, pero una noche que nos inunda de luz celestial. Es noche en comparación del día de la gloria eterna, pero es día en comparación de toda la luz de la razón y del sol. La gracia de la fe aventaja tanto todo otro conocimiento natural como el ojo normal aventaja el ojo del ciego, como el alma racional del hombre la del bruto animal.

Lejos pues de mirar la fe como una noche para la inteligencia, honrémosla y amémosla como lo hacemos con la inteligencia. Tenemos motivos para considerar a esta última como un gran don de Dios; por ella la luz de la faz divina queda impresa como un sello en nuestro corazón; debido a ella nos ponemos muy por encima de los animales. Con razón, pues, miramos como al peor de los males el perderla por una enfermedad o un defecto; es que resulta mil veces peor que la privación de la vista. De donde podemos barruntar el aprecio que nos debe merecer la luz de la fe, puesto que gracias a ella, no solamente nos elevamos sobre los animales, sino también sobre todas las criaturas racionales; como si esto fuera poco, nos muestra a Dios con la cara descubierta, agréguese que no podemos ser privados de ella a no ser por nuestra culpa la excluyamos de nuestra alma.

Sería cosa espeluznante que un hombre, en su furor, se arrancara ambos ojos o que, consciente y voluntariamente, se privara del uso de la razón. Con todo, es cosa mucho más terrible y supone una impiedad criminal el repudiar, como por desgracia lo hacen tantos hombres, la luz celestial de la fe que te ha sido presentada por Dios, o bien, después de haber sido honrado con ella, extinguirla en un instante en tu alma por una duda insensata o un orgullo terco, precipitándote así en tinieblas espantosas.

¡Y qué pocos son los que, cuidándose de perder la gracia de la fe, la honran debidamente, considerándo1a como fuente de la vida celestial y esforzándose cada día por aumentarla y por conseguir de ella nuevas luces! Cuántos hombres, por el contrario, se atormentan durante toda la vida con un encarnizamiento incesante, sacrificando su salud y su dinero para adquirir la ciencia humana, para poder conocer los objetos más miserables e insignificantes, sin pensar que un rayo, un chispita de esta luz divina contiene más claridad y verdad que la ciencia de los ángeles y de los hombres. Los conocimientos humanos, según palabras de san Agustín, son los reflejos del atardecer que se hunden más y más en el horizonte, los cuales, a medida que se ocultan, se vuelven cada vez más pálidos y débiles[[423]](#footnote-423); cuanto más quiere la razón penetrar la esencia de las cosas y remontarse más alto, tanto más se ve obligada a reconocer su debilidad; allí donde sólo comienza la verdad, no ve otra cosa delante de sí que una noche oscura. En esta noche se levanta precisamente la luz de la fe, a semejanza de una aurora que se agranda por momentos, revelándonos un mundo nuevo, sobrenatural, hermosísimo; al mismo tiempo deposita en nuestra alma los gérmenes de un conocimiento celeste e imperecedero, gérmenes que no pueden perecer sin que medie culpa por nuestra parte y que un día se abrirán con un esplendor inalterable bajo la luz de la gloria.

¡Ojalá dedicáramos la mitad del esfuerzo y de los sacrificios que los sabios consagran a la adquisición de la ciencia humana, a aumentar la gracia de la fe, a adherirnos más firmemente a la palabra de Dios, a recibir cada día mayor cantidad de su luz! ¡Entonces sí que nos regocijaríamos en este esplendor celestial y beberíamos con fruición sus maravillosos rayos! Ostentaríamos con orgullo nuestra fe, gloriándonos con el Apóstol de no conocer sino a Jesús, y a Jesús crucificado[[424]](#footnote-424). De seguro que toda la ciencia de este mundo nos parecería una locura, y que llenaría nuestro corazón un santo reconocimiento hacia Dios, quien nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha llamado a su luz admirable.

Capítulo V:

La virtud teologal de la esperanza

La segunda de las virtudes teologales, derramada en nosotros por la gracia, es la virtud de la esperanza cristiana, que no es ni menor ni menos hermosa que la primera.

Como el amor, la esperanza está relacionada, no con la razón, sino con la voluntad. Tiene ésta dos actos diferentes; puede en primer lugar amar el bien o hallar en él su complacencia; acto seguido tiende efectiva y confiadamente hacia ese bien. Así como la fe comunica a nuestra razón un conocimiento sobrenatural y divino, así la virtud infusa de la esperanza comunica a la voluntad una fuerza divina y una confianza sobrenatural, de modo que puede tender eficazmente hacia el bien supremo e infinito y llegar hasta él con toda seguridad, cosa vedada a toda fuerza creada. Igualmente nos eleva esta virtud sobre lo creado hasta Dios, para hacernos descansar en su seno, fortificarnos con su poder y establecernos irrevocablemente sobre este poder como sobre una firme roca.

La grandeza y la hermosura de la esperanza dependen pues de dos elementos: nos da la confianza de que podemos poseer perfectamente y por toda la eternidad el bien sobrenatural y supremo que es Dios mismo; fundamenta esta confianza sobre el poder infinito y sobre la fuerza del mismo Dios, quien únicamente se posee por su naturaleza y sólo también puede introducir su criatura en la posesión de sí mismo.

La esperanza o la confianza, dice santo Tomás[[425]](#footnote-425), es un enderezamiento y una elevación del alma, por la que tiende con seguridad hacia un bien elevado y difícil de conseguir, y por la cual desprecia y vence todas las dificultades que se le oponen. Es un sentimiento de coraje que comunica al alma la conciencia de una gran fuerza y la llena de una alegre intrepidez, la anima con un contentamiento particularísimo y la arrebata más que ningún otro bien. Cuanto más elevado sea el bien hacia el que nos dirigimos y mayor sea la fuerza sobre la que nos apoyamos, tanto mayor y más fuerte será también el sentimiento de nobleza comunicado por la esperanza.

Fuerte y agradable debe ser la esperanza cristiana que Dios infunde en nuestros corazones por la gracia. Debido a ella queda nuestra conciencia llena de consuelo y reconfortada, pues se da cuenta de que Dios nos llama a la inefable dignidad de la filiación divina, de que somos sus herederos y coherederos de su Hijo, de que nos sentaremos con él sobre su trono y de que reinaremos con él, en tanto que el mundo entero nos será sometido, y nos pertenecerá el mismo Dios con toda su gloria, sus riquezas, sus tesoros y su felicidad. Por ella nos apoyamos, no ya sobre la débil caña de un poder creado, sino sobre la grandeza incomparable del poder del mismo Dios que, según el Apóstol, “nos llena de la plenitud de su divinidad y obra infinitamente más en nosotros que lo que somos capaces de pedir y de comprender”[[426]](#footnote-426).

Podemos considerar como nuestra la omnipotencia de Dios y apoyarnos en ella como si nos perteneciera. En efecto, cuando Dios nos hace hijos suyos, nos pertenece; cuando con su inefable amor paternal nos abraza, nos adopta en su seno, nos cubre con su omnipotencia y nos hace fuertes con toda la plenitud de su fuerza divina, de modo que bien podemos exclamar con el Apóstol: “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Si no perdonó a su Hijo único y lo entregó por nosotros, ¿es posible que con él no nos haya dado todas las cosas?”[[427]](#footnote-427)

Merced a esta conciencia, la esperanza de los hijos de Dios se convierte en confianza triunfal, que no teme ni peligros ni obstáculos, ni se intimida por ningún poder creado; la cual tampoco puede provenir de ningún poder creado capaz de fomentar tal confianza. En ella encuentra una seguridad estable e infalible, que no sabe de vacilaciones, ni de temores; que desconoce la decepción y nos garantiza la consecución de nuestro fin como si ya lo poseyéramos. Por eso dice el Apóstol: “¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez? ¿Acaso el peligro, la persecución, la espada? En semejantes trances aquel que nos amó nos sacará vencedores. Pues estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni un ángel, ni las potestades, ni las dominaciones, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni criatura alguna es capaz de separarnos de la caridad de Dios, que está en Cristo nuestro Señor”[[428]](#footnote-428). Sí, estamos seguros con certeza infalible de que ningún poder enemigo, sea celeste, sea terreno, ni siquiera nuestra gran debilidad, podrán impedirnos el alcanzar nuestra meta, si no arrojamos de nosotros la gracia de Dios, si no sacrificamos esta esperanza y si, por nuestra voluntad, deliberadamente, con toda malicia y no simplemente por nuestra debilidad, no nos sustraemos a la fuerza incomparable de Dios. No haya miedo que nos abandone, si antes no la abandonamos; permanece cerca de nosotros y en nosotros mientras permanecemos junto a ella; perfecciona y afirma, sobre la base frágil de nuestra alma, la construcción celestial, que nadie puede destruir, si es que no lo hacemos nosotros mismos, al quitarle esta base.

¡Señor! ¿Cómo nuestro corazón tan pobre y tan débil puede contener y aun soportar una confianza tan firme, que sobrepuja al cielo y a la tierra, que triunfa de todo, hasta de nosotros mismos? Aunque es cierto que no la podemos excitar por nuestras propias fuerzas, también es verdad que nos la puede otorgar tu poderosa gracia. Nuestro corazón de suyo ni siquiera la podría sostener, si no viniera en su auxilio y lo hiciera fuerte la gracia. Desde los primeros pasos por la vertiginosa ruta que conduce al cielo caería sin vida, si tu gracia no le diera alas para volar sobre todos los abismos, para elevarse de la tierra más allá de las montañas que tocan las nubes, para seguir ascendiendo siempre hasta reposar en tu seno.

Agradecidos en sumo grado te debemos estar por este fruto de tu gracia. No encontraremos para ello medio más adecuado que tratar de conservar fielmente y aumentar de día en día esta esperanza divina, este aliento celestial, este santo orgullo que se funda en ti y se regocija en ti; las palabras del Salmista nos prestarán su ayuda: “Este confía en sus carros de guerra, aquél en sus caballos, pero nosotros en el nombre del Señor”[[429]](#footnote-429).

Quiera Dios, como pide el Apóstol, esclarecer los ojos de nuestro corazón para que conozcamos cuál es la esperanza de su vocación y la riqueza de la gloria de su herencia en los santos[[430]](#footnote-430).

Por la fuerza del Espíritu Santo que recibimos como prenda de nuestra gloria, como consolador de nuestra miseria y ayuda de nuestra debilidad, ojalá nos sea dado “suspirar por esta (perfecta) adopción de los hijos de Dios, en la que nuestro mismo cuerpo quedará libre de la esclavitud de la corrupción”[[431]](#footnote-431). Que con el Apóstol todos podamos “tener acceso a la gracia en la que nos encontramos, y glorificarnos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios”[[432]](#footnote-432). Sí, como dice el Apóstol, “debemos alegramos en las tribulaciones, pues sabemos que la tribulación da lugar a la paciencia, la paciencia a la prueba y la prueba produce la esperanza que no engaña”[[433]](#footnote-433).

¡Cuánto deshonramos esta inefable virtud de la esperanza divina con nuestra pusilanimidad y nuestra pereza! Nos estremecemos ante el más ligero peligro, sucumbimos ante la tentación más insignificante, nos apegamos a la tierra y no somos para arriesgar un paso en el camino escarpado que sube al cielo… ¿Cómo justificar esta falta de ánimo, siendo así que Dios nos colma de su poderosa gracia y nos coloca a tal altura que estamos en condiciones de enfrentar a todo el infierno? ¿Por qué no tendemos la mano a esta gracia, por qué no nos apoyamos en ella para librar nuestro corazón de todo temor, de toda ansiedad? Somos demasiado inclinados a confiar en nuestras propias fuerzas, a vanagloriarnos, aun cuando sean éstas deficientes o estén relacionadas con asuntos insignificantes. ¿Por qué hemos de cometer con nosotros este inmenso error e inferir a Dios semejante injuria, al desconfiar de su gracia y al no menospreciar, con su ayuda, todos los peligros, todos los enemigos? El joven se exalta en la plenitud de su vigor; el guerrero se jacta creyéndose fuerte y valeroso; se enorgullece el rey al pensar en la multitud de sus vasallos y en lo dilatado de su reino. ¿Únicamente los hijos de Dios se arrastrarán por la tierra y se olvidarán de su noble dignidad? Florecen éstos en una juventud perpetua, inmarcesible, que día a día crece y se desarrolla. Forman un ejército bien equipado, cuya fuerza es el poder del Omnipotente, ante quien el averno tiembla. Todas las criaturas están llamadas a servir y a cooperar al bienestar de los amigos de Dios; todos los tesoros y todas las riquezas del Altísimo están a su disposición: ¡éste es el hecho!

Esforcémonos por honrar la gracia de esta celestial esperanza; prefiramos con orgullo santo la esperanza de la gloria destinada a los hijos de Dios a cualquier otro poder y a todas las riquezas de la tierra; con una seguridad inquebrantable, levantemos los ojos hacia la posesión del bien supremo, que corona nuestra esperanza mediante la persuasión inefablemente dulce de que ya nunca podremos perderlo, ni siquiera por nuestra culpa.

Capítulo VI:

La caridad divina

La tercera y la más noble de las virtudes teologales es la caridad sobrenatural para con Dios y el prójimo. Dice el Apóstol: “Al presente permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza, la caridad; pero la mayor de las tres es la caridad”[[434]](#footnote-434).

Es la más perfecta porque acaba y perfecciona la fe y la esperanza. El bien más excelso que por la fe nos es dado conocer, lo recibimos por la caridad; por ella, ya en la tierra, nos unimos a lo que esperamos en el cielo. Pueden estar muertas la fe y la esperanza; pueden existir en nosotros sin que nos pongan en contacto vivo y perfecto con Dios, en tanto que la caridad no puede estar muerta; pues es la misma vida, ella anima la fe y la esperanza[[435]](#footnote-435). Podemos poseer en cierta medida la fe y la esperanza de los hijos de Dios sin poseer realmente la gracia santificante[[436]](#footnote-436). La caridad de suyo es inseparable de la gracia santificante; no nos es dable ser hijos de Dios y no amarle como a nuestro Padre; no es posible que lo abracemos con amor filial sin que nos envuelva en una mirada cargada de amor paternal. Cuando la caridad se difunde en los corazones, se nos da el mismo Espíritu Santo; y no viene solamente a enriquecernos con sus dones; viene también a establecer en nosotros su morada, a consagrarnos como templo suyo.

Esta caridad sobrenatural es un don tan grande como la gracia y aun, en sentir de san Agustín[[437]](#footnote-437), tan grande como el Espíritu Santo que se nos da por ella y en ella. En la misma forma que, por la gracia, Dios se une sobrenatural e inefablemente a nuestra alma, así nos unimos misteriosamente a Dios por la caridad sobrenatural, cerrándose de este modo ese ciclo maravilloso, expresión del lazo divino que une el Padre a su Hijo único y el Hijo al Padre en el Espíritu Santo. Así como el Padre eterno con amor inefable engendra al Hijo de su dilección, resplandor de su gloria, y así como el Hijo se une al Padre tornando a él con amor igualmente infinito, procediendo de este recíproco amor el Espíritu Santo, así también Dios Padre nos comunica el amor que tiene a su Hijo, haciéndonos participantes de la naturaleza divina; por el amor filial nos unimos a nuestro Padre celestial, salidos de él volvemos a él; y el mismo Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, viene a ser el lazo y el sello de nuestra unión con Dios.

Cristiano, comprenderás estas verdades de un modo perfecto, si paras mientes en la esencia y en la naturaleza del amor que procede de la gracia. Se trata de un amor divino, no sólo porque tiene por objeto a Dios y porque nos une a él, sino porque, gracias a él, amamos a Dios como sólo él puede amarse en virtud de su naturaleza divina. Así como la gracia es una participación de la naturaleza divina, así también el amor que procede de ella es una participación del amor divino. Han creído algunos teólogos que este amor no se distinguía de Dios, que se confundía con la persona del Espíritu Santo. No es cierto[[438]](#footnote-438); más bien es algo que, en frase del Apóstol, ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo[[439]](#footnote-439); es un fuego que derrama su santo ardor en nuestra alma, es una imagen del amor divino del que procede, del mismo modo que la visión inmediata de Dios, que los santos disfrutan en el cielo, es una imagen de la participación en el conocimiento divino del que procede el Verbo eterno. Por estas razones, estamos ante algo divino y extraordinariamente bello, tanto que, según san Agustín, debiera llamársele con el nombre de Dios, pues ningún otro término es capaz de expresar su valor[[440]](#footnote-440).

En rigor, sólo un amor semejante es el que corresponde a la dignidad de los hijos de Dios. Por la gracia somos adoptados en su seno como verdaderos hijos; en cierto modo nos hacemos parecidos a Dios, nos aproximamos infinitamente a él, incomparablemente más de lo que somos por naturaleza. Pero si tenemos este parentesco con Dios, nuestro amor para con él deberá igualmente parecerse al que se tiene a sí mismo y al que nos tiene: deberá ser divino. Por la gracia, Dios nos ama con un amor paternal en su Hijo único; por la gracia, nos vemos obligados a dispensarle un amor filial. Mediante la gracia, se nos aproxima con toda la bondad y la dulzura de su esencia divina; asimismo la gracia debe atravesar nuestra alma con una corriente divina que la atraiga de una manera sobrenatural hacia Dios y la sumerja en él. Participamos por la gracia de la naturaleza divina y, así como somos llamados a conocer a Dios como él se conoce, debemos también recibir la aptitud de amarle como él se ama.

Ya que el amor que Dios se tiene a sí mismo es un amor ‘santo’, referido al bien más elevado y más puro, al que ama como merece ser amado, en pocas palabras, ya que éste es amor divino, nuestro amor para con Dios, que se deriva de la gracia, debe ser un amor santo, como perteneciente a una especie divina.

Huelga decir que este amor es enteramente ‘sobrenatural’. De acuerdo con nuestra naturaleza, podemos y debemos amar a Dios como al Creador y Dueño de quien somos la imagen natural. Hay tanta distancia entre el amor divino y este amor natural, como entre el conocimiento natural de Dios, obtenido por el espejo de las criaturas, y la visión inmediata de su esencia, como entre el fuego de la tierra y el ardor del sol. Aun cuando estos dos amores se relacionen con Dios, no obstante el segundo es de una especie del todo diversa; el siervo y el hijo aman también a la misma persona, pero el primero la ama como a su dueño, el segundo como a su padre. El primero de estos amores queda sumamente distante de Dios, no consigue elevarse hasta él, no puede abrazarlo ni unirse a él. El segundo se eleva hasta Dios, rebasa todos los linderos de la naturaleza y se sumerge en él como si fuera de la misma naturaleza y constituyera con él idéntica persona.

Mira, cristiano, qué grande y maravillosa, excelsa y magnífica es la gracia que te capacita para un amor tan elevado, tan sobrenatural, tan santo, tan divino.

Hablando en general, el amor es lo más dulce que existe en Dios y en las criaturas; como lo está diciendo su nombre, es la misma dulzura y amabilidad. Nuestro corazón ha sido hecho para el amor; su gozo y su felicidad se hallan en el amor; en el amor su vida íntima se abre para darse toda entera, para vivir en él y dilatarse en él; no desea otra cosa que encontrar un objeto digno de su amor al que poder unirse, en que poder volcarse. Nos reputamos por dichosos cuando podemos amar una criatura que nos encanta por su belleza o que está próxima a nosotros por los lazos de parentesco o amistad. Pero nos debe resultar algo sin comparación más dulce y más amable el poder amar al mismo Dios, Bien supremo e infinito, Creador benévolo y Dueño generoso, y el poder regocijarnos en él.

Más, ¿qué supone el amor natural a las criaturas y al mismo Dios en comparación de la caridad sobrenatural y santa? Esta deriva inmediatamente de Dios, como una chispa, como una llama de amor divino en el que él se abrasa, como una flor de la vida y de la felicidad divinas. Aquí el amor natural deja de ser amor, para convertirse en un fuego sin ardor, en una planta sin vida.

A esta caridad sobrenatural se refería el bienaventurado Tomás de Kempis cuando entusiasmado escribía: “No hay nada más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más extenso, nada más alegre, nada más completo y excelente en el cielo y en la tierra; porque el amor trae su origen de Dios, y se eleva sobre todo lo criado, y sólo puede descansar en el mismo Dios. Si alguno ama, conoce la fuerza de esta palabra. Llega a los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: ‘Dios mío, amor mío, Tú eres todo mío y yo soy todo tuyo’”[[441]](#footnote-441).

A esta caridad se refiere únicamente la bellísima alabanza del Apóstol, cuando nos exhorta “a estar fundamentados y enraizados en el amor, para poder comprender con todos los santos cuál sea la largura y la anchura, la altura y la profundidad, para conocer el amor de Cristo que excede todo conocimiento y quedar colmados de toda la plenitud de Dios”[[442]](#footnote-442).

Únicamente esta caridad es la que, según san Bernardo[[443]](#footnote-443), olvida los respetos y miramientos humanos y se encamina decididamente a Dios con la sencillez del niño y la intimidad de la esposa, para estrecharlo en el más tierno abrazo como a padre, a hermano, a amigo, a esposo, para penetrar en los más secretos abismos de su bondad y de su dulzura y perderse en las profundidades de su corazón divino.

Así como, gracias a esta caridad infusa y sólo por ella, amamos a Dios como se ama a sí mismo, así también sólo por ella Dios se hace verdaderamente nuestro; por ella le poseemos en nuestro corazón, no solamente mediante el amor, sino en realidad; por ella bebemos la dulzura divina en su fuente más profunda. Por ella abrazamos a Dios como a Padre, y Dios por la gracia nos abraza como a hijos. Por ella nos aproximamos más y más a él, nos hacemos cada día más parecidos, hasta transformamos completamente en su imagen; entonces le contemplaremos cara a cara[[444]](#footnote-444). Por ella nos unimos realmente a Dios en un Espíritu, por decirlo así, nos fundimos en él como se juntan inseparablemente en un solo cuerpo dos llamas o dos metales ardientes. Siendo la naturaleza divina un fuego purísimo y un torrente encendido de amor, cuando en nosotros encuentra un amor semejante, no puede menos de unírsenos con intimidad sin parecido entre las criaturas. “Allí donde se juntan dos deseos ardientes, tenemos la perfecta unión”.

¿Dónde se ha visto que el amor humano haya producido un lazo tan sólido entre el amante y el amado? ¿Qué amor es capaz de conseguir su compenetración mutua hasta quedar fundidos en un solo ser? ¿Dónde hallar un amor que llegue a poseer su objeto de manera tan íntima y segura?

¡Oh corazón humano! Eres pobre y desdichado al perseguir de continuo el amor, sin que nunca consigas saciarte de él. Veo que te derramas y te consumes en tu amor y, mientras corres en pos de la vida, te encuentras con la muerte. ¡Oh tú que siempre te abrasas en el fuego del amor y que no por eso logras recalentarte y enternecerte con su ardor, antes por el contrario quedas rígido y endurecido! ¿Cómo es posible que te cierres a la gracia de este amor divino que te inunda con el río de la felicidad divina, que hace florecer en ti una vida eterna y siempre joven, que te recalienta y te penetra en un fuego celestial? ¿Será posible que quieras rechazar a tu Dios, que con tanto amor se te aproxima, y que rehúses cerrar la cadena de oro con que desea ligarse a sí y ligarse a ti? ¿Cómo puedes todavía entregarte a otro amor, o seguir buscándolo, siendo así que el amor más puro, más noble, más dulce, más poderoso, te ha sido ofrecido? Si, como la Samaritana, conocieras el don de Dios, rogarías al Salvador te diera el agua viva de su amor, que no solamente tiene virtud para apagar la sed de tu corazón, sino para darte infinitamente más de lo que necesitas. No se trata sólo de aplicar tu amor natural al verdadero bien; la gracia tiene una misión más elevada: la de producir una nueva vida celestial, de la que tú siquiera sospechas la existencia.

Esfuérzate por embriagarte en el vino de amor divino y de sumergir en sus ondas todo otro amor. Arranca de ti el amor a las criaturas, el amor de ti mismo, todo amor natural y terreno, y vive sólo en el santo amor de Dios. Pronto experimentarás su celestial dulzura como tantos santos la probaron, y ya en la tierra se te dará a gustar la verdad que la fe te había puesto ante los ojos.

Teniendo que vivir entre los hombres y, porque así lo quiere Dios, debiendo también amarlos, la gracia obra en nosotros todavía un nuevo milagro. Pues ennoblece y transfigura igualmente nuestra caridad para con el prójimo, la llena de unción divina, para que esta misma caridad no quede privada de la nobleza y la dulzura contenidas en la caridad para con Dios; por ese motivo san Juan aplica sin distinción a la caridad fraterna cristiana todas las bellas y grandes cosas que dijera acerca del amor de Dios[[445]](#footnote-445). La caridad hace que profesemos al prójimo el mismo amor que tributamos a Dios, que lo amemos en Dios como a hijo, amigo, esposo de Dios; nos une a él por un lazo tan íntimo, tan fuerte, tan dulce y tan santo, que la naturaleza no lo puede ni conocer ni sospechar.

¿Qué son los lazos más estrechos de la sociedad natural, el parentesco y el matrimonio, en comparación de aquellos que, en Dios, nos unen a nuestros semejantes como miembros y hermanos de Cristo, como hijos de Dios, y nos hacen participantes de la única e indivisible naturaleza divina? Estos últimos son incomparablemente más íntimos, pues consideramos al prójimo como perfectamente uno con nosotros en Dios; son más fuertes, pues Dios es su sello irrompible y ni siquiera la muerte los deshace, al contrario los glorifica y afirma; son más elevados y santos, porque son de naturaleza celestial y divina; son finalmente más dulces, ya que la misma dulzura de Dios los adorna y los penetra.

Grande y maravillosa resulta pues, a través de este efecto, la gracia de la caridad divina; también aquí es una cadena de oro que, descendiendo del cielo, nos une con todos los que poseen la filiación de Dios actualmente o en lo porvenir; es una cadena celestial que hace de todos nosotros un solo cuerpo y nos enlaza unos a otros de una manera tan fuerte y tan dulce, que viene a establecerse entre nosotros una concordia envidiable, la paz de Cristo, que sobrepuja todo sentimiento.

Agradezcamos una vez más a Dios su gracia que semejantes frutos de dulzura y santidad produce. La mejor manera de hacerlo será considerar este amor, no como un yugo pesado impuesto por la ley, sino como la más gloriosa corona que nos haya podido preparar su bondad infinita. Prefirámosla a los bienes materiales y aun a todas las otras gracias y virtudes sobrenaturales, como nos lo enseña el Apóstol cuando dice: “Aunque poseyera las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me faltara la caridad, cuenta que no paso de ser un bronce que suena y unos platillos que retiñen. Y aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todas las ciencias, y mi fe pudiera trasladar las montañas, sin la caridad, nada sería. Y si repartiera todo mi haber para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, estando privado de la caridad, todo esto de nada me serviría”[[446]](#footnote-446).

Por esta caridad, lo tenemos todo; si la perdemos, todo lo hemos perdido. Cuando ella está presente, lo están asimismo las otras virtudes sobrenaturales; cuando ella está ausente, las demás pierden su vida y su fuerza y no sirven para llevamos a la vida eterna[[447]](#footnote-447). Aun cuando no basta cualquier pecado mortal para hacernos perder la fe y la esperanza, es suficiente para hacernos perder la caridad y con ella la gracia santificante, sin la cual la fe y esperanza están muertas y apenas si merecen el calificativo de virtudes, puesto que no nos capacitan para merecer el cielo y para vivir la vida de los hijos de Dios[[448]](#footnote-448). Únicamente la caridad, dice san Agustín, distingue los hijos de Dios de los hijos del diablo[[449]](#footnote-449). Nos es necesario, pues, adquirirla y conservarla en este mundo a cualquier precio, aun cuando fuere preciso dar la vida. Así podremos gozar un día de sus delicias en el seno de nuestro Padre celestial, por toda la eternidad.

Capítulo VII:

Las virtudes morales sobrenaturales

Además de la caridad divina, la gracia santificante produce en nuestra alma toda una serie de virtudes sobrenaturales que la rodean como corona de celestiales flores. Uniéndose la Sabiduría eterna, por la gracia, a nuestra alma, lo que dice de una la Escritura se aplica también a la otra: “Con ella me vinieron todos los bienes, y un tesoro inestimable (de virtudes) recibí de sus manos”[[450]](#footnote-450).

Nos hacemos por la gracia hombres nuevos, nuevas criaturas, venimos a formar parte de una categoría distinta y elevadísima y nos encaminamos hacia el objetivo más alto, la visión de Dios, de quien somos verdaderos hijos y amigos. Siendo Dios el que únicamente da a sus criaturas, de acuerdo con su categoría y con su finalidad, las fuerzas y los medios conducentes a su estado y al logro de su fin, debe asimismo otorgar a sus hijos las bellas virtudes celestiales correspondientes a su dignidad, por las cuales deben conseguir su destino sobrenatural. Los hijos de Dios deben ser perfectos como es perfecto su Padre celestial; deben tener costumbres divinas y reproducir la imagen de Dios en cada uno de sus rasgos, en todos sus gestos y en todas sus acciones. No debe pues conferimos la gracia únicamente las virtudes teologales por las que nos unimos a Dios en la fe, la esperanza y la caridad, sino también las otras virtudes, por las cuales vivimos de acuerdo con nuestra condición de hijos de Dios y respondemos al puesto eminente en el que ella nos coloca con relación a Dios, al prójimo y a nosotros mismos.

Entre estas virtudes sobrenaturales que, para distinguirlas de las virtudes teologales, llamamos morales, y aquellas otras que se apellidan virtudes naturales o adquiridas, susceptibles de ser conocidas aun por los incrédulos y los filósofos mediante la razón, existe una diferencia tan grande como entre la naturaleza y la gracia[[451]](#footnote-451). Si las últimas nos capacitan para honrar y amar a Dios como a nuestro soberano Creador y Dueño[[452]](#footnote-452) y para servirle en calidad de pobres criados, las primeras nos comunican un sacerdocio real, como en frase feliz lo asegura san Pedro[[453]](#footnote-453); por ellas amamos y honramos a Dios en calidad de hijos, en unión con su Hijo único, por actos de adoración y homenaje celestiales, y le ofrecemos sacrificios espirituales, santificados por el mismo Espíritu Santo. Las virtudes naturales sirven para que vivamos con nuestro prójimo como ciudadanos de un reino terrestre, para que le amemos en cuanto hombre, como a ser dotado de razón, como a imagen natural de Dios; en cambio, las virtudes sobrenaturales hacen que vivamos como hermanos en Dios y en Cristo, “como familiares de Dios y ciudadanos de los santos”[[454]](#footnote-454), como miembros de un reino celeste. Por las primeras nos comportamos con nosotros mismos como seres racionales, elevados infinitamente sobre la condición de los animales por la dignidad de nuestra razón, seguimos los dictados de la moral natural, en lo que mira a la modestia, la templanza, la castidad; por las segundas, en cambio, nuestra vida espiritual queda elevada sobre la vida natural, como la vida del hombre está sobre la del animal; ya no nos conducimos según nuestro espíritu, sino de acuerdo con el soplo del Espíritu Santo, que produce en nosotros los frutos de una moral celestial, como la dulzura, la templanza, la castidad, la pureza[[455]](#footnote-455). Así quedamos más que a la altura de los ángeles, pues nos hacemos semejantes a Dios. En una palabra, la gracia eleva y transfigura nuestra naturaleza y todas nuestras facultades, nuestras disposiciones y nuestras acciones, y nos comunica virtudes tan eminentes que el acto más insignificante de tales virtudes es más bello y precioso que todos los actos, aun los más perfectos, que podría producir la virtud natural de los hombres y de los ángeles; sí, difieren en la proporción en que los actos racionales del hombre difieren de los actos puramente sensibles y de los que proceden de los animales irracionales.

Estas virtudes maravillosas son la aureola gloriosa con que la gracia se rodea, son las ramas poderosas y repletas de frutos que salen de ella y que cubren nuestra alma con su sombra. Son el ornamento rico y variado del vestido real con que Dios cubre a su esposa, según nos lo dice el Salmista: “La reina está a tu derecha, ataviada de rico vestido”[[456]](#footnote-456). Son la corona preciosa que Dios coloca sobre la cabeza de sus hijos, y que el profeta admiraba en el ángel de luz antes de que por su orgullo perdiera la gracia.

Dice a este ángel y, en él, a todas las almas que poseen la gracia: “Tú eras un sello de la semejanza de Dios, lleno de sabiduría y acabado de hermosura; estabas colocado en medio de delicias en el paraíso de Dios; todas las piedras preciosas formaban tu ornamento, como el sardio y el topacio, el jaspe y el crisólito, el ónix y el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda”[[457]](#footnote-457).

No hay punto de comparación entre las piedras preciosas que con su rica variedad adornan la cabeza de una reina y la gracia que adorna al alma unida a Dios con el esplendor variado y celestial de las virtudes sobrenaturales, ante las cuales quedan arrobados los corazones de los ángeles y el mismo Dios. Si toda virtud, aun la natural, ennoblece realmente al hombre y lo embellece en tal forma que nada podemos contemplar de más bello y amable sobre la tierra que unos ojos puros, espejo de un alma virtuosa, ¡cómo adornarán a nuestra alma los trazos de estas virtudes celestiales con que Dios dibuja en nuestros corazones con el dedo de su diestra, apelativo que la Iglesia da al Espíritu Santo![[458]](#footnote-458) ¡Qué nobleza, qué brillo, qué amabilidad, qué hermosura debe ser la que le confiere! Y si, guiados por la luz de la razón, los filósofos consideraron y enseñaron que la virtud en general es el mayor bien de los hombres, y que por ella es menester abandonar todos los otros bienes, ¡cuánto no deberemos amar nosotros estas virtudes sobrenaturales, justipreciándolas a la luz superior de la fe, para así no pensar en otra cosa que en adquirirlas mediante la gracia, y en aumentarlas y conservarlas!

Hay más; las virtudes sobrenaturales, en toda su grandeza y a causa de ella, poseen una ventaja sobre las virtudes naturales y es la siguiente: se adquieren en un instante y sin trabajo, cosa que debe hacer nos sean todavía más queridas. Las virtudes naturales son el fruto de nuestra actividad propia; para procurarlas debemos poner, a las veces durante largos años, sumo cuidado y esfuerzos no comunes. Por el contrario, las virtudes sobrenaturales están demasiado altas para que las podamos alcanzar, sean cuales fueren nuestros esfuerzos, nuestros dolores, aun cuando las persigamos durante largos años. Son fruto del Espíritu Santo, él nos las infunde; su gracia, dice san Ambrosio, no conoce lentitud en las obras[[459]](#footnote-459). Vienen todas ellas juntas a nuestro corazón en el instante en que recibimos la justificación, la gracia y la caridad. Su ejercicio, hay que confesarlo, no resulta cosa sencilla y agradable, mientras se oponen nuestras inclinaciones torcidas y hábitos contrarios anteriormente adquiridos. Pero estas virtudes nos dan luz y fuerza necesarias para vencer tales obstáculos y para descartarlos; confieren además tal atractivo aun a la dura victoria que debemos lograr de nosotros mismos que pronto llegamos a ejecutar sus actos con facilidad y ánimo placentero.

Agradezcamos a Dios por haber dispuesto que estas grandes virtudes nos sean de fácil acceso, por habérnoslas otorgado tan generosamente al mismo tiempo que su gracia y su caridad. Pero, como inseparablemente están ligadas a la gracia santificante y a la caridad, formando su cortejo real, se pierden asimismo juntamente con éstas últimas cuando se comete un pecado grave; basta un instante para destruidas todas, como de un golpe, en nuestro corazón. Sin la caridad pueden quedar en el pecador la fe y la esperanza; pero todas las demás virtudes siguen la suerte de la caridad, que es su raíz y soporte; apenas si dejan una sombra de su esplendor pasado en el alma[[460]](#footnote-460). Si abandonamos el estado de gracia, perdemos la facultad de vivir de acuerdo con este estado y de cumplir las nobles funciones que corresponden a su dignidad y a su grandeza.

¡Funesto poder el del pecado que, en un instante, como un rayo devastador, destroza en nuestra alma todas estas bellas flores de virtudes celestiales y destruye sin piedad hasta sus raíces! ¡Triste transformación la del alma que, desposeída súbitamente de sus ornamentos y precipitada desde lo alto de su grandeza, se ve cubierta del fango del mal y envuelta en pasiones viles y sensuales! ¡Triste devastación, más triste que la destrucción de la gloria de Jerusalén, llorada con profundo luto por el profeta Jeremías!

Siempre que veamos a un alma en pecado, podemos repetir con toda propiedad estos lamentos. “¡Cómo se ha oscurecido el oro! Se alteraron sus más bellos colores. Las piedras del santuario están esparcidas por las encrucijadas de todas las calles. Los hijos de Sión, preciados y estimados más que el oro, son tenidos por vasos de barro, obra de manos de alfarero! Los que comían delicadamente cayeron de inanición en las calles; los que vestían púrpura abrazaron los estercoleros. Sus Nazareos eran blancos más que la nieve, más puros que la leche, más bermejos que el coral, más bellos que el zafiro; su aspecto se ha vuelto más negro que el carbón; no lo reconocen en las calles. Su piel está pegada a sus huesos, seca como un palo”[[461]](#footnote-461).

Esta imagen sombría de la Jerusalén destruida no es más que un pálido retrato del alma despojada de la gracia, antes ciudad espiritual de Dios. En otros tiempos era un templo de Dios, levantado sobre las virtudes celestiales, en el que reinaba la gloria divina; ahora, por obra del pecado, como si un terrible huracán hubiera pasado sobre ella, todas sus piedras preciosas quedaron arrancadas y dispersas. Anteriormente se alimentaba ricamente con los frutos celestiales de las virtudes, se vestía suntuosamente con las perlas de nobles sentimientos; en cambio ahora trata de matar su hambre con alimentos propios de animales, se revuelca en el fango de los deseos carnales. En tanto que hasta el presente resplandecía con la hermosura de su juventud, desde este momento su vida se seca, su fuerza se desvanece, se presenta flaca, muelle, sin vigor, es el hazmerreír de sus enemigos. Y sin embargo contados son los que se afligen por esta devastación; Jeremías, sentado sobre las ruinas, las contemplaba; éstos quedan insensibles, eso que están enterrados bajo los escombros causados por su propia mano.

¿Qué supone la fuerza de Sansón, ante quien los Filisteos temblaran, en comparación de la fuerza divina que nos confieren las virtudes sobrenaturales, que hace temblar a todo el infierno? Nos irritamos contra este hombre frívolo que sacrifica el secreto de su fuerza a la curiosidad y al capricho de una mujer[[462]](#footnote-462). Y sin embargo, ¿será posible que no nos irritemos contra nosotros mismos, que vendamos la fuerza de nuestra alma a nuestro peor enemigo, que le presentemos nuestros brazos para que nos los corte, que nos dejemos encadenar nuestros músculos, de modo que no podemos ni combatirle, ni huir de él? ¿No es eso lo que hacemos cuando, por el pecado, abrimos a Satanás las puertas de nuestra alma, pues entra en ella exclusivamente para destruir su fuerza sobrenatural y luego encadenarla a su antojo?

Aun cuando no siempre nos traicionamos en la forma descrita, con sobrada frecuencia enterramos este tesoro, del que podemos sacar, en tiempo de paz, todas las bendiciones y los mejores frutos, y, en tiempo de guerra, todas las ayudas necesarias. A pesar de que dicho tesoro es el nervio de la vida sobrenatural y de nuestros méritos, lo tenemos oculto como en un armario y no pensamos que un día deberemos dar la más rigurosa cuenta de su empleo. Seamos, pues, más cuerdos en adelante, explotemos cuidadosamente y con gran celo la rica plantación hecha por Dios en nuestra alma, actualicemos todas las virtudes, para que honren a su primer autor y nos aporten las mayores ventajas.

Capítulo VIII:

Por la gracia recibimos los siete dones del Espíritu Santo que traen consigo las ocho bienaventuranzas de Cristo y los frutos del Espíritu Santo

Por grandes y bellas que sean las virtudes sobrenaturales derramadas en nuestra alma por la gracia, no encierran sin embargo todo lo que se dignó otorgamos el Espíritu Santo, ni siquiera lo más insigne. No cabe duda de que también esas virtudes son dones muy particulares del Espíritu Santo, los que únicamente pueden provenir de él, haciéndonos sus semejantes y sus copartícipes; no obstante hay otros dones que preferentemente se le atribuyen y que, por oposición a los ya mencionados, se llaman los dones del Espíritu Santo.

Es cierto que las virtudes sobrenaturales nos dan fuerza y capacidad para realizar actos sobrenaturalmente buenos y divinos y para llevar una vida sobrenatural. Pero es tan elevada esta vida, el camino del cielo es tan abrupto que el mismo Espíritu, de quien recibimos estas virtudes para que subamos por ellas, se ve como impulsado a sostenernos en la marcha y aún a llevarnos consigo. Las virtudes son las raíces sobre las cuales debe florecer nuestra vida celestial. Pero, además de estas raíces, debemos también poseer hojas y flores para respirar de lo alto el aire, la luz y el calor. Las virtudes representan los remos mediante los cuales conducimos la barca de nuestra alma hacia el puerto de la eternidad, vienen a ser las alas con que debemos remontarnos hasta Dios, dejando atrás nuestra naturaleza y toda la naturaleza creada. Sabido es que nuestras fuerzas son muy escasas para poder mover remos tan poderosos y alas tan vigorosas; y aun cuando nos sintiéramos con ánimo para ello, hay que tener en cuenta que el cielo está todavía muy lejos de la tierra, que hay una distancia demasiado larga para que podamos empujar con nuestras solas fuerzas el barco de nuestra alma hasta el puerto del cielo. Por tal motivo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, que se dignó concedernos los remos y las alas, tiene que venir en nuestra ayuda, trayéndonos las velas que él mismo hincha y hace avanzar con poderoso viento (el día de Pentecostés se manifestó en esta forma)[[463]](#footnote-463); él mismo, como el viento todopoderoso que desciende del cielo y a él sube, debe sostener nuestro vuelo y hacer que subamos como apoyados en su mano.

Precisamente, según la doctrina de santo Tomás, a estas velas o aptitudes, por las que nuestra alma puede fácilmente ser movida por el Espíritu hacia las más nobles actividades, las llamamos los siete dones del Espíritu Santo[[464]](#footnote-464). Son siete, porque son también siete las principales virtudes sobrenaturales, tres teologales y cuatro cardinales, que deben ser desarrolladas en nosotros, formadas y movidas en nosotros por el Espíritu Santo.

El don de ‘sabiduría’ corresponde a la caridad sobrenatural, porque, según la enseñanza de los teólogos, la caridad es el conocimiento sabroso del mayor bien, pues nos hace gustar su dulzura y su amabilidad divinas, inflamando en consecuencia nuestro amor[[465]](#footnote-465).

El don de ‘entendimiento’ aclara la fe y difunde sobre ella una luz tan poderosa que, ya en esta vida, experimentamos un regosto de la visión futura; además nos enseña a comprender los misterios en los que creemos, y nos hace penetrar sus profundidades como si los viéramos con nuestros propios ojos; muestra finalmente la verdad divina en una luz cada vez más nítida y nos incita con ello a unirnos más y más a ella[[466]](#footnote-466).

El don de ‘consejo’ está relacionado con la virtud de la esperanza. Por él viene a nosotros el Espíritu Santo como el consejero más auténtico y el consolador más excelente; nos exhorta a tender únicamente, con ardientes suspiros, a los bienes eternos y celestiales; según el Apóstol, “ruega en nosotros con gemidos inenarrables”[[467]](#footnote-467). Seguidamente nos hace ver cómo debemos poner sólo en Dios una confianza ilimitada e inquebrantable, cómo debemos poseerlo y conservarlo como prenda y garantía de nuestra esperanza[[468]](#footnote-468).

El don de ‘fortaleza’ sostiene y anima la virtud de entereza y de la paciencia para no sucumbir ni siquiera en los mayores peligros. Aguijonea nuestro ánimo a fin de que, por amor de Dios, emprendamos obras cada vez mayores, y más difíciles, para que así no nos hagamos negligentes o pusilánimes en la consecución de nuestro ideal[[469]](#footnote-469).

El don de ‘ciencia’ está ligado a la virtud de la prudencia y le confiere mayor claridad y pureza de juicio sobre lo que debemos hacer u omitir. Es un instinto luminoso y santo por el que el mismo Espíritu Santo nos da a conocer de manera precisa y segura lo que Dios quiere de nosotros, aun en el caso en que nos fallen todos los otros medios ordinarios de prudencia[[470]](#footnote-470).

El don de ‘piedad’ desarrolla y perfecciona en nosotros la virtud de la justicia, tanto con relación a Dios como con relación al prójimo. Hace que nuestra voluntad sea dulce; piadosa y dócil a todas las exigencias de la justicia, de modo que no solamente correspondamos a ella como lo pide la seguridad de la ley, sino que con la abnegación más acabada damos a Dios y al prójimo lo que les corresponde[[471]](#footnote-471).

Finalmente, el don de ‘temor’ produce y fortifica la virtud de la templanza. Inspirándonos un santo respeto a la majestad infinita de Dios y una conciencia profunda de nuestra propia nada, consigue que por el orgullo no nos pongamos más allá del lugar que nos corresponde; según las expresiones del Salmista, el temor del Señor atraviesa nuestra carne[[472]](#footnote-472) y refrena y modera el aguijón de la concupiscencia, no permitiéndole traspasar los límites de la modestia y de la honestidad impuestas por la virtud[[473]](#footnote-473).

Resulta pues que los dones del Espíritu Santo vienen a ser, entre las virtudes sobrenaturales, como celestiales resortes, pues les comunican una energía y flexibilidad maravillosas. Hacen de nuestra alma un instrumento dócil en las manos del Espíritu Santo, quien mediante él, produce las obras más bellas y más sublimes. Forman a manera de preciosa lira de cuerdas de oro, a la que la mano del divino Maestro arranca los más suaves sonidos, cuyas notas límpidas y claras llegan al cielo, dejando arrobados con su maravillosa armonía a los ángeles y al mismo Dios. Son las siete lámparas colocadas sobre el candelero de siete brazos que, en sucesivos relevos, ardían día y noche ante el arca de la alianza en honor de Dios. Asimismo estos dones, en parte, se encienden durante el día cuando estamos ocupados en buenas obras, y en parte durante la noche de la tentación, para que nos pongamos en guardia contra los lazos del pecado y podamos descubrir los embustes del demonio. Y así como la cavidad de las lámparas del templo ofrecían, según la explicación de algunos sabios, la forma sinuosa de una oreja, así también el Espíritu Santo confiere a nuestra alma oídos espirituales, mediante los cuales pueda percibir sus dulces inspiraciones, permitiéndoles la entrada. Tanto los dones del Espíritu Santo como las virtudes sobrenaturales nos son comunicados con la gracia santificante y por su mediación. La gracia incluye, a una con la participación de la naturaleza divina, todas las disposiciones que nos son necesarias para el desarrollo de nuestra vida divina; por un lado, apenas se conciben las virtudes sobrenaturales sin un principio interno; por otro, la gracia nos coloca en unión tan íntima con el Espíritu Santo, que por ella nos es dado obtener cuanto necesitamos para dejarnos mover por su influjo.

En verdad que la gracia santificante se nos muestra aquí una vez más rica y gloriosa, pues nos hace en tal modo semejantes al Hijo Encarnado de Dios que se nos puede aplicar la profecía que de él hiciera Isaías: “Y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y quedará lleno del espíritu de temor del Señor”[[474]](#footnote-474). Cuando estamos en estado de gracia viene a nosotros el mismo Espíritu Santo que reposaba sobre la humanidad del Unigénito de Dios, y no de una manera transitoria, sino con carácter permanente; viene para quedarse con sus siete dones. De continuo se posa sobre nuestras almas, las fecunda con su celestial rocío, las ilumina con su luz divina y las impulsa como un viento impetuoso.

¡No nos damos cuenta de lo que perdemos al despojarnos de la gracia! El bajel de nuestra alma que antes se lanzaba, confiado en sus velas de púrpura, a través del mar tempestuoso de este mundo hacia el puerto de la eternidad, de pronto se encuentra sin velas, inmóvil, sobre un océano agitado, juguete de los remolinos que lo arrastran al abismo. De instrumento precioso que, pulsado por las manos del Espíritu Santo, emitía melodiosas armonías, se ha convertido en instrumento desechado: su fuerza se ha disipado, quedaron rotas sus cuerdas, se ha reducido a un trozo de madera informe que sirve tan sólo para ser arrojado al fuego y quemado. Ahora es juguete e instrumento del diablo, quien, tan pronto como abandonó el alma el Espíritu Santo y retiró de ella sus dones, está autorizado para hacer de ella lo que le venga en gana.

Estos son los dones del Espíritu Santo. Su finalidad consiste en fortificar y en afirmar las siete virtudes principales y al mismo tiempo en alejar de nuestra alma la serpiente ‘de los siete pecados capitales’, dominándola con una fuerza irresistible.

El temor filial de la majestad de Dios domeña y humilla el pecado capital del ‘orgullo’. La piedad, por la que damos y deseamos con sencillez a cada uno lo suyo, arroja la ‘envidia’ y el celo. El don de ciencia nos defiende de la peligrosa furia que en nosotros desencadena la ‘cólera’. La fortaleza aniquila la ‘pereza’ y el relajamiento que incapacitarían a nuestra alma para la lucha contra el pecado. El don de consejo nos preserva de la ‘avaricia’, al enseñarnos que el mejor empleo de los bienes temporales consiste en adquirir, mediante los mismos, bienes eternos; empleados en esta forma, lejos de perderse, centuplican el fruto. El don de entendimiento nos defiende de la ‘gula’ y de la ebriedad, enseñándonos a gustar la dulzura de los alimentos celestiales, el conocimiento de las cosas espirituales, y, por lo tanto, a despreciar los deleites sensibles. La sabiduría finalmente aleja de nosotros la ‘lujuria’, llenando nuestra alma del amor más puro y celestial, ahogando en esta forma el amor carnal e impuro.

Cuando juntamente con la gracia se alejan de nosotros los siete dones del Espíritu Santo, el pecado introduce sus siete cabezas en nuestra alma, la somete a su dominio y la envilece de la manera más horrible mediante las mordeduras furiosas de las pasiones; le pasa lo que a un pájaro que, atacado por la serpiente, con las alas rotas, cae en tierra. Nosotros somos los únicos culpables de esta desdicha que no tiene nombre, cuando por el primer pecado nos arrancamos de las manos del Espíritu Santo en las que éramos conducidos al cielo. Voluntariamente nos precipitamos en un abismo sin fondo.

¡Pluguiera a Dios que, en lugar de perder tan ligeramente la gracia, nos abandonáramos enteramente al amor eterno, para que con sus dones y poderosos impulsos nos hiciera subir siempre más arriba, nos hiciera cada día más ricos y nos diera ya en esta vida probar de la felicidad que nos ha preparado en el cielo! Mediante los actos de las siete virtudes, llevados a cabo bajo el impulso y la ayuda de los siete dones del Espíritu Santo, adquirimos asimismo las ‘bienaventuranzas’ que el Señor nos prometió en el Sermón de la Montaña[[475]](#footnote-475). En realidad estas bienaventuranzas no pasan de siete, ya que la octava, el reino de los cielos, no es otra que la primera. Asimismo, las condiciones enumeradas por el Salvador para obtener estas bienaventuranzas son siete solamente, dice san Agustín, pues la octava, el sufrir persecución por la justicia, incluye todos los grados y partes que forman la justicia misma y que ella corona; así, según el mismo santo doctor, ellas corresponden, tanto en el número como en el orden, a los dones del Espíritu Santo y a las virtudes sobrenaturales de las que son fruto[[476]](#footnote-476).

El don de temor y la virtud de la templanza nos hacen verdaderamente ‘pobres de espíritu’, pobres del sentimiento orgulloso de nuestra propia grandeza y del deseo de bienes terrenos; nos obtienen con esto el reino de Dios con la grandeza de su dominio y la plenitud de sus riquezas. Por el don de piedad y la virtud de la justicia, ejercitamos la verdadera ‘dulzura’, por la que vivimos en paz los unos con los otros, mereciendo de esta suerte poseer tranquilamente la tierra. Por el don de ciencia y la virtud de la prudencia adquirimos la santa ‘tristeza’, reconociendo la nada de los bienes de esta tierra y la vanidad de todos los medios humanos; así podemos buscar y hallar en Dios nuestro consuelo y nuestra paz. El don de fortaleza crea en nosotros ‘un hambre y una sed de justicia’ siempre crecientes y que un día serán saciados por Dios con todos los bienes del cielo. El don de consejo nos incita sobre todo a ejercitar la ‘misericordia’ con nuestro prójimo, para así alcanzar ante Dios misericordia; por ello la virtud de la esperanza es aumentada y queda afirmada. Por el don de entendimiento y la virtud de la fe, abrimos nuestro corazón a la luz divina, siendo purificado cada vez más del apego a los objetos sensibles; adquirimos de esta suerte la ‘pureza de corazón’ que nos hará dignos de contemplar un día a Dios cara a cara. Finalmente por el don de sabiduría y la virtud de la caridad tendemos a la unión más íntima con Dios y con nuestro prójimo, en la posesión del bien supremo, en la que se contiene la ‘paz’ que nos hace verdaderos hijos de Dios.

Según doctrina de Santo Tomás[[477]](#footnote-477), gozaremos ya parcialmente en esta vida de estas bienaventuranzas, que el ejercicio solícito de los dones del Espíritu Santo y de las virtudes sobrenaturales nos promete para la otra vida.

Ya aquí abajo nos sentiremos herederos del cielo, reyes de la tierra e hijos de Dios; el mismo Espíritu Santo se encargará de consolarnos en nuestras tristezas y de saciar nuestra hambre y nuestra sed; ya en este mundo experimentaremos la dulce conciencia de la misericordia de Dios con nosotros y miraremos a nuestro Señor con los ojos de un corazón puro; bien que en la oscuridad de la fe, poseeremos el cielo sobre la tierra.

A juicio de santo Tomás, éste es el motivo por el que habla el Apóstol de los “frutos del Espíritu Santo”, de los que podemos en esta vida gustar la dulzura y suavidad, y no de flores que sólo maduran al tiempo de la cosecha y cuyo fruto sólo más tarde se puede recoger. Quiere designar con tales frutos el ejercicio y el uso de las virtudes sobrenaturales y de los dones del Espíritu Santo. “El fruto del espíritu es caridad, alegría, paciencia, longanimidad, dulzura, bondad, benevolencia, fidelidad, modestia, continencia, castidad”[[478]](#footnote-478). El sólo nombre de estos gloriosos frutos nos anuncia ya, no solamente su celestial hermosura, sino también el gusto riquísimo y el delicioso sabor con que sacian y confortan nuestro corazón. Expresan lo dicho principalmente los tres primeros, que son como el meollo de todos los otros; pues la caridad es la madre y la fuente de los demás actos de virtud, y es ella la que nos comunica este celestial gozo y esta paz inefable, inspiración del Espíritu Santo, el eterno amor[[479]](#footnote-479).

Con propiedad, de consiguiente, podemos aplicar al Espíritu Santo y a su gracia las bellas palabras que, en la Escritura, pronuncia de sí misma la Sabiduría eterna. El Espíritu Santo es el Espíritu de la verdad y de la Sabiduría eternas, y la sabiduría es su don más preciado. “Como el cedro del Líbano, como la palmera de Cadés, como el olivo de los llanos, eché yo mis raíces en mi honrado pueblo, en la heredad de mi Dios, la sociedad de los santos. Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como mirra escogida exhalé suave olor. Yo extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas llenas están de majestad y hermosura. Yo soy la madre del bello amor y del temor, y de la ciencia y de la santa esperanza. En mí se encuentra toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí todos los que ardéis en deseos y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia. Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse; y aquellos que se guían de mí, no pecarán. Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna”[[480]](#footnote-480).

¿Cómo es posible que tú, cristiano, vaciles un instante en seguir esta amable invitación del Espíritu Santo y de su gracia, que te promete tan dulces frutos y goces tan celestiales? Si es que desconfías de la infalible verdad divina, prueba al menos y gusta cuán grande sea la dulzura del Espíritu Santo. “Gustad y ved cuán dulce es el Señor”, exclama el Salmista[[481]](#footnote-481). De seguro que no rechazarías nunca, sin antes haberlo gustado, un fruto desconocido del que oíste grandes ponderaciones. Acércate pues del mismo modo a la gracia del Espíritu Santo, gusta sus frutos, recibe en ti su gracia, consérvala, deja que obre en ti; tan pronto como te hubieres apartado de tus pecados con una contrición sincera y te hubieres vuelto a Dios, experimentarás una paz y un gozo que el mundo no puede dar; gustarás en tu interior cuán dulces sean el Señor y su gracia, y en lo sucesivo no te dejarás seducir tan fácilmente por las vanas alegrías de este mundo.

El que pierde la gracia y los dones del Espíritu, o el que luego no pone sumo empeño en reconquistarlos nuevamente, es indigno de perdón. Pero no es menos censurable el que, hallándose en estado de gracia, pone obstáculos a la obra del Espíritu Santo y no colabora con fidelidad y asiduamente con la gracia. El Espíritu Santo, como enseña el Apóstol, quiere transfigurar más y más nuestra alma por sus siete dones, y transformarla en imagen de Dios[[482]](#footnote-482). Quiere levantar siempre más alto la construcción del templo de Dios que él comenzara, hasta que llegue a tocar el cielo. De ahí que resulte una ingratitud, una perversidad y una grosera necedad el retener en este maravilloso trabajo la mano del artista divino.

En la célebre ciudad de Atenas cierto día se promulgó una ley, estableciendo que el que cortara la mano al escultor Fidias -fue quien adornó la ciudad con las más bellas estatuas y obras de arte-, sería considerado como traidor a la patria. Ahora bien, ¿qué es este artista, que cincelaba en piedras muertas las efigies muertas de dioses falsos y de hombres, en comparación del Espíritu Santo que, con un poder infinito, hace de los hombres imágenes vivientes del Dios supremo y verdadero? ¡Y no obstante, cuando nos oponemos a su gracia, detenemos su mano, porque nos es imposible cortarla; le arrebatamos su maravilloso instrumento cuando nos burlamos de sus dones, cuando dejamos que el viento de nuestra concupiscencia disipe sus inspiraciones! Nos mostramos como piedras duras y rebeldes a su cincel, piedras que resisten a sus golpes delicados, que no quieren dejarse transformar en la imagen de Dios. ¿No terminará por cansarse y por rechazarnos como piedras inútiles -¡eso que nos había elegido para que fuéramos el ornamento del cielo!- dejándonos abandonados a la maldición eterna?

No cabe duda de que hemos hecho méritos para ello. Entonces sí que nuestra suerte sería tanto más deplorable cuanto era más alto el honor al que estábamos destinados. Guardémonos, pues, en lo sucesivo de poner obstáculos a la actividad infatigable del Espíritu Santo en nuestra alma, y de entristecerlo con nuestras resistencias. Seamos más bien atentos para presentarle un corazón dócil y maleable del que pueda hacer lo que quiera. Roguémosle quiera fundir en el suyo nuestro corazón por su santo ardor, para que así, sin necesidad de cincel, como blanda cera, reciba la imagen de Dios del todo pura y perfecta. Y si el Espíritu Santo tuviera a bien emplear asimismo el cincel para que desaparezcan las durezas de nuestro corazón haciéndonos gemir bajo sus golpes, no hemos de retroceder por ello.

El dolor que sentimos se cambiará bien pronto en la más dulce alegría; los mismos temores se mudarán en estremecimientos de júbilo, de contento; nuestro corazón temblará porque no podrá contener la plenitud de la luz, el río de delicias insospechadas en que se encuentra anegado.

Capítulo IX:

A la gracia santificante acompañan las gracias sobrenaturales actuales del Espíritu Santo

Aun cuando hayamos hablado tanto de las maravillas y de la virtud de la gracia santificante, no por ello podemos olvidar o pasar por alto las gracias que se llaman actuales[[483]](#footnote-483). Como lo demostraremos, sin ellas la gracia santificante no basta para que llevemos una vida sobrenatural. No es que deje de ser elemento principal, siendo como es el principio propiamente dicho de los actos sobrenaturales, en tanto que las gracias actuales sólo son una moción hacia éstos; además la gracia santificante las lleva consigo y las acompaña. Por otra parte, las gracias actuales deben asimismo servir, con nuestra cooperación, para introducir y aumentar en nuestra alma la gracia santificante. Si ésta es, pues, el objetivo y, en la mayoría de los casos, también el fundamento de las actuales, las glorias y los privilegios de éstas recaen igualmente sobre aquélla.

Queremos probar aquí, en primer término, que las gracias actuales son necesarias y, a continuación, que están ligadas a la gracia santificante. En el quinto libro veremos cómo aquéllas preparan y conducen a ésta.

Aun en estado de gracia, necesitamos de una inspiración especial de Espíritu Santo para cada obra sobrenaturalmente buena. Bien que en las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo hallemos la fuerza y el impulso necesarios para llevar a cabo tales actos, sin embargo el Espíritu Santo debe todavía excitar esta fuerza por una intervención especial y ponerla en movimiento para que pueda actuarse.

También en sus facultades naturales, nuestra alma, para pasar a una actividad, necesita de un influjo exterior que la despierte, por así decirlo, de su sueño y la empuje a la acción. Como las cosas naturales no pueden excitar y poner en movimiento una facultad sobrenatural, y como, por otra parte, ésta nos pertenece menos que las facultades naturales, ni está en nuestro poder como ellas, el mismo Espíritu Santo, a quien la debemos, debe obrar sobre ella, para que se expansione y se desarrolle; a esta acción del Espíritu Santo llamamos ‘gracia actual’.

La planta, en la plenitud de su fuerza vital, necesita alimento, luz, calor; además es preciso que el clima y la atmósfera se adapten a su naturaleza. Cuanto más noble sea la planta, tanto más pura deberá ser la atmósfera, escogido el clima, para que tenga el alimento necesario y la medida adecuada de luz y de calor. También el germen de la vida sobrenatural, para que se desarrolle en nuestra alma, exige una atmósfera y un sol sobrenaturales; esa atmósfera le suministra el rocío y la lluvia del cielo; ese sol lo inunda con su luz celestial y lo conforta con su calor divino. Sólo puede abrirse este germen bajo el constante influjo de Dios en quien vivimos, nos movemos y somos, como en una verdadera atmósfera[[484]](#footnote-484). Es cierto que tampoco puede desarrollarse sin el influjo de Dios la vida natural del espíritu creado; así como las plantas polares deben estar envueltas en la misma atmósfera e iluminadas por el mismo sol que las plantas tropicales. Pero, así como estas plantas se encuentran en una región mucho más pura, -están más próximas al sol y reciben en consecuencia su influjo de una manera muy distinta que las plantas polares-, así, en la vida de la gracia, nuestra alma debe aproximarse mucho más íntimamente a Dios, necesita de un influjo infinitamente superior a lo que necesita su vida natural. El mismo Espíritu Santo debe excitar con su propio soplo los gérmenes de las virtudes sobrenaturales, alimentarlos con su propia luz, penetrarlos con su propio calor; únicamente así pueden producir una vida divina.

Asimismo, por los actos que realizamos en estado de gracia, debemos elevarnos más arriba, alcanzar un grado superior de gracia. No podemos realizar esta empresa con nuestras propias fuerzas, ni siquiera en virtud de la gracia que ya poseemos, porque nadie puede, sin la ayuda de alguien que le sea superior, llegar a ser más de lo que es. De consiguiente, el Espíritu Santo debe todavía tendernos la mano para hacernos subir; debe exhortarnos, para que nos esforcemos por conseguir un grado superior de gracia, debe además elevarnos hasta ese grado con su ayuda.

Para ello, ni siquiera bastan los siete dones del Espíritu Santo. Aunque éstos nos llevan a las acciones sobrenaturales más que las virtudes sobrenaturales, tampoco hay que olvidar que son también propiedades pasivas de nuestra alma, que necesitan aún de un influjo especial del Espíritu Santo. No son sino velas mediante la cuales el bajel de nuestra alma debe arribar al puerto del cielo; en ellas es preciso que dé de lleno hasta henchirlas con el soplo poderoso del Espíritu Santo. Los dones hacen de nuestra alma un instrumento flexible y dócil del Espíritu Santo; pero el instrumento, para que produzca sus efectos, en realidad debe ser empleado y puesto en movimiento por un maestro, lo cual únicamente se verifica con la intervención de la gracia actual.

En fin, el hombre justificado ha menester de esta gracia, no solamente para toda obra sobrenaturalmente buena, hablando en general, sino también, y de un modo muy particular, para evitar el pecado grave cuando soplan las fuertes tentaciones, y aun para no caer en los numerosos pecados veniales en los que podemos incurrir en cada instante, dada nuestra fragilidad.

En resumen, la gracia actual viene a ser para la vida sobrenatural, cuyo principio poseemos en nosotros por la gracia santificante, más o menos lo que deben ser para el desarrollo de la vida corporal la luz y el alimento, es decir, sostén de su debilidad y remedio para su malicia.

El pecador, privado de la gracia, ni tan siquiera tiene en sí el poder habitual o pasivo para cumplir todos los actos sobrenaturales necesarios. Por esto la asistencia actual del Espíritu Santo le es tanto más indispensable. Además nos consta que una vez que por el pecado se separó de Dios, queda separado de un modo continuado; toda la debilidad de nuestra naturaleza desarticulada, no sostenida ya en equilibrio por fuerza alguna, pesa sobre él; las pasiones están en todo su vigor y lo arrastran de un pecado a otro, de abismo en abismo. No es otro que el hombre carnal, abandonado por el Espíritu de Dios; tal como el Apóstol lo describe con colores tan tétricos, este hombre gime bajo el yugo del pecado y no puede librarse de él por más que se esfuerce.

Esto supuesto, decimos que sólo la gracia santificante, durante todo el tiempo en que perseveremos en ella, nos hace dignos de la asistencia del Espíritu Santo.

En efecto, la gracia santificante nos hace hijos de Dios; como tales, merecemos que nuestro Padre celestial impulse, cuide y conserve en nosotros esa vida celestial por el influjo de su Espíritu; que nos fortifique, nos ilumine y nos acompañe en todos nuestros caminos; que jamás nos abandone, si es que primero no le abandonamos nosotros. Así como es indispensable que Dios comunique al ojo, dotado de fuerza visual, la luz sin la cual no podría utilizar esta fuerza; y así como es menester que dé a las plantas y a los animales, a cada cual según su naturaleza, el sustento sin el cual no podrían desplegar su vida, desarrollarse en la medida que les corresponde, ni defenderse de una muerte prematura; del mismo modo cuando, por la gracia, hemos conservado la virtud de una vida sobrenatural, Dios debe también hacer que brille sobre ella la luz y dispensarle el alimento; sin tales elementos, no podríamos ni desarrollar esta vida, ni preservarla de una rápida destrucción.

Por la gracia, nos convertimos de pronto en los miembros vivientes de Cristo. Dice el Concilio de Trento: “Cristo derrama continuamente su virtud en los justos, como la cabeza lo hace con los miembros y la vid con los sarmientos; dicha virtud precede siempre a sus buenas obras, las acompaña y las sigue, dándoles un valor sin el cual en modo alguno podría resultar del agrado de Dios ni meritorias”[[485]](#footnote-485).

La ayuda sobrenatural del Espíritu Santo viene, pues, a convertirse en natural, por decirlo así, puesto que; por la gracia santificante, hemos quedado revestidos de una naturaleza superior y celestial. Se nos ha dado como bastón que no se pierde, mientras no lo tiramos; este socorro nos envuelve de continuo, como la luz del sol envuelve el ojo, y no se retira hasta que cerramos el ojo o lo arrancamos. Sí, por la gracia, el Espíritu Santo habita de una manera misteriosa en lo más profundo de nuestra alma, golpea sin descanso en la puerta de nuestro corazón para excitarnos al bien, conversa sin cesar con nosotros para introducirnos en toda verdad, nos exhorta a la virtud y nos preserva de todo pecado, en la hora del peligro nos fortifica, y nos sostiene cuando titubeamos o estamos para caer. Entonces se realiza en nosotros lo que Moisés cantaba del pueblo de Israel: “El Señor nos conduce y nos enseña, nos guarda como a la pupila de su ojo. Cual águila que excita a su pollada a emprender el vuelo y gira en torno a sus pequeños, ha desplegado sus alas y nos ha tomado y llevado sobre ellas”[[486]](#footnote-486).

¡Qué dicha la nuestra cuando nos hallamos en estado de gracia! Pues todo bien se nos hace fácil, nos sentimos seguros contra los peligros del pecado y las terribles tentaciones del infierno, pudiendo exclamar con el Apóstol: “Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? ¿Qué nos podrá separar de la caridad de Cristo?”[[487]](#footnote-487)

Avanzamos por el camino de Dios con toda seguridad, sin lastimarnos los pies en las piedras; corremos y volamos, remontándonos a la cumbre más alta de la perfección.

¡Qué desventura la nuestra cuando, por el pecado, caemos de ese estado tan alto y seguro de la gracia de Dios! En tal caso, la asistencia del Espíritu Santo es incomparablemente más grande, y nuestro derecho a gozar de él incomparablemente menor, mejor dicho, nulo. Mientras vivamos en este mundo, Dios no nos abandonará, pues en su misericordia sin límites no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; a nadie condena o rechaza ya aquí abajo para toda la eternidad. No somos dignos de esta asistencia, nada podemos ostentar para merecerla; más aún, por muchos conceptos somos indignos de ella.

Sin la gracia santificante, no podemos alegar otros derechos que no sean los de nuestra propia naturaleza humana. ¿Cómo podría ésta darnos el menor derecho a la asistencia sobrenatural del Espíritu Santo, don gratuito de Dios, que baja del cielo para hacernos subir hasta él? No lo puede en absoluto, como tampoco puede darnos derecho a la gracia de la filiación divina, ya que por nuestra naturaleza somos únicamente servidores de Dios, en tanto que los dones del Espíritu Santo sólo se otorgan a los que han sido transformados en hijos de Dios y participantes de la naturaleza divina.

Por el pecado, a nuestra indignidad natural se agrega una indignidad positiva, suficiente como para privarnos del socorro del Espíritu Santo, aun en el supuesto de que tuviéramos un derecho para obtenerlo. No solamente dejamos de adquirir, por el pecado, nuevos bienes de la bondad de Dios, sino que merecemos los castigos más rigurosos y la pérdida de los bienes ya poseídos. Nuestra indignidad para la recepción de las gracias celestiales del Espíritu Santo se manifiesta en toda su crudeza, cuando se considera que, en vez de reconocer un cúmulo tan rico de beneficios, los pagamos con la más negra ingratitud, al burlarnos groseramente de los mismos y al arrojar con violencia al Espíritu Santo de nuestra alma, en la que había fijado su morada con tanta ternura y condescendencia.

El estado de nuestra alma debe ser extraordinariamente espantoso y terrible cuando, por el pecado, quedamos aislados de la fuente de agua viva que es la gracia. Cerrando al sol divino la casa de nuestro corazón, apenas consiguen filtrarse algunas gotas de la misericordia divina, algunos débiles rayos de su amor, y esto como por milagro. El celestial rocío no cae ya sobre una tierra fecundada de gérmenes vivientes; las ardientes chispas de la gracia no encuentran ahora la yesca inflamable; el Espíritu Santo no encuentra un instrumento vivo y dócil para poderlo manejar y mover a su antojo. La consecuencia es manifiesta; cada día nos alejamos a grandes pasos del bien, cada vez vamos hundiéndonos más y más en el lodo del pecado, hasta quedar al fin de cuentas en un lugar inaccesible al socorro del cielo.

Porque si el Espíritu Santo, retirando su apoyo, te abandona a ti mismo, no es posible que te detengas en la pendiente abrupta, en que te has extraviado, ni que resistas al torrente impetuoso que te ha sorprendido. ¿Cómo romper las cadenas con las que el infierno te arrastra al abismo, cómo impedir que vaya atándote cada día con otras nuevas? El Espíritu Santo, es verdad, aun te concede cierta asistencia; si no la uti1izares con toda prontitud para recuperar la gracia, te volverías igualmente indigno de ella, y es probable que pronto quedes enteramente abandonado a tu suerte. ¿Qué puedes esperar de ti mismo, siendo la misma debilidad y miseria? ¿Cómo resistirás solo el combate contra tus pasiones y deseos carnales, y, por si esto fuera poco, contra todo el poder del infierno? “Tenemos que luchar, no con la carne y la sangre”, dice el Apóstol, “sino con los poderosos adalides de estas tinieblas, que llenan el aire”[[488]](#footnote-488). Un enemigo tan terrible y sobrenatural requiere fuerzas inmensas y sobrenaturales, con las que no puedes contar si no reconquistas la gracia.

Vuélvete, pues, cuanto antes al seno de tu Dios, cúbrete de sus alas y escóndete en la profundidad de su tienda, en donde estés seguro de tus enemigos.

Y para que no te hagas nuevamente, y quizás eternamente, presa del pecado, mientras estuvieres en gracia, aprovéchate de los numerosos dones y abundante ayuda que el Espíritu Santo te presenta. Piensa que todos aquellos que pierden la gracia por un pecado grave no caen tan bajo sino por sus repetidas negligencias y desprecios de socorro que anteriormente recibieran con tanta profusión; pues es de saber que Dios no permite la caída en el pecado grave a ninguno que antes no haya declinado su ayuda todopoderosa; a nadie, que antes no le haya sido infiel, abandona.

Nuestra gran desventura consiste en que, cuando gozamos de la gracia, apagamos con incalificable ingratitud las inspiraciones del Espíritu Santo; en lugar de tomarnos la molestia de obedecerle fielmente y con celo y de no dejar escapar ninguna gracia sin utilizarla, no seguimos su consejo, respingamos contra su aguijón, nos oponemos a sus santos impulsos. Por esta ingratitud para con Dios, tenemos que hacernos necesariamente indignos de las gracias futuras, y sobre todo de las más valiosas, de aquéllas que nos son indispensables en el momento del peligro. ¿Cómo Dios puede aguantar que tratemos con tanta negligencia y menosprecio lo que nos concedió con tanto amor y generosidad? ¿Cómo puede soportar que rechacemos, como si se tratara de una bagatela, las gracias que le han costado la sangre de su Hijo único, cada una de las cuales tiene un valor infinito; y que en esas gracias pisoteemos la preciosa Sangre de Cristo? Nos tratará como a las vírgenes necias, las cuales, habiendo descuidado, cuando era tiempo, la obtención del aceite para sus lámparas, no lo pudieron hallar cuando necesitaron de él y fueron excluidas del festín del esposo. Así también seremos excluidos del ininterrumpido festín que nuestras almas celebran en el estado de gracia como esposas del Hijo de Dios, y quizá del festín eterno del cielo, si dejamos pasar el aceite de las gracias del Espíritu Santo, que ni siquiera lo debemos comprar, pues se nos da en la medida más abundante; y si, en el momento de una gran tentación, por ejemplo en la hora de la muerte, no recibimos lo suficiente para impedir que se extingan las lámparas nupciales.

Para evitar tamaña desventura, en lo sucesivo no nos hagamos sordos a las inspiraciones del Espíritu Santo, no cerremos nuestros ojos a su luz, no anulemos su ayuda poderosa; experimentaremos en nosotros mismos cómo la gracia, no solamente eleva infinitamente la naturaleza, sino que también cura todas sus debilidades y enfermedades; cómo la capacita para todo bien y para los méritos celestiales, cómo destruye el pecado cuando nos hemos visto encadenados por él, y cómo en lo sucesivo nos guarda de caídas.

Capítulo X:

Del valor inestimable que la gracia confiere a nuestras obras para merecer la gloria eterna

Como lo hemos ya observado, mediante las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo, la gracia nos conduce a la gloria y a la bienaventuranza celestiales.

Ella nos introduce en el cielo, pues a causa de ella somos verdaderos hijos de Dios y al propio tiempo los herederos natos de su gloria y de su dicha eterna. Debido principalmente al crecido valor de las obras nacidas de ella, merecemos el cielo; podemos afirmar que en realidad lo podemos comprar, que Dios está obligado a dárnoslo, no ya por una pura generosidad, ni por simple fidelidad a sus promesas, sino en verdadera justicia y como la recompensa debida nuestras obras[[489]](#footnote-489).

Es cierto que Dios no está obligado en rigor a recompensar cada una de nuestras buenas obras, ya que como nuestro Creador y Padre puede pedirnos todos los servicios y todos los testimonios de afecto y tiene derecho a ello a causa de su infinita grandeza y de su bondad. Por este motivo el cielo siempre será para nosotros una gracia, tanto más si tenemos en cuenta que la gracia santificante, por la que nos hacemos herederos, y todas las facultades por las que llevamos a cabo las obras sobrenaturales, son dones gratuitos y voluntarios de Dios.

Pero también es verdad que el cielo es, emplearemos los términos de san Juan, gracia ‘por’ gracia[[490]](#footnote-490), es decir, una segunda gracia, de la que nos hacemos verdaderamente dignos por la primera, una gracia que realmente la merecemos en virtud de la gracia santificante[[491]](#footnote-491).

Merced a ésta, en efecto, por la participación de la naturaleza divina que nos comunica, somos verdaderos hijos de Dios; las obras que realizamos en virtud de ella son obras divinas, celestiales. Somos pues elevados al nivel de la gloria celestial, y, cuando Dios nos promete en realidad esta última, nos la promete como una herencia y como una recompensa que no rebasan la dignidad de nuestra persona ni el valor de nuestras obras.

En rigor, no está obligado un soberano a recompensar los servicios ni de sus vasallos ni de sus hijos. Si quisiera dar a un simple súbdito una parte de su reino en recompensa de sus fieles servicios, tendríamos en ello más bien una gracia extraordinaria que una recompensa regulada por las leyes de la equidad y de la justicia. Mas, no pagaría suficientemente la fidelidad y el amor de sus hijos, si sólo los obsequiara, como a sus súbditos, con pequeños regalos; no cabe en este caso una recompensa justa sin que medie una participación de su reino y de su poder.

Algo parecido ocurre con el rey del cielo y su recompensa. Dios no ha prometido un premio celestial a las buenas obras que podemos ejecutar en el orden natural, como servidores suyos; en toda justicia, ni siquiera nos lo podía prometer, pues dichas obras no tienen ninguna relación con la magnitud de los bienes celestiales; Dios habría desvalorizado en demasía el precio infinito de su cielo, si lo hubiera acordado a cambio de algo tan terreno y miserable. Aún las obras sobrenaturales que efectuamos con la ayuda de las gracias actuales y de las virtudes de la fe y de la esperanza, pero sin poseer la gracia, no merecen el cielo. Aunque por el pecado no fuéramos enemigos de Dios, no seríamos todavía sus hijos, no le profesaríamos aún amor filial. Por lo tanto no realizaríamos estas obras en calidad de herederos del cielo; sólo podrían servimos para preparar nuestros corazones al amor filial de Dios y para hacernos adquirir, por los méritos de Cristo, la gracia de la adopción.

Pero si, por la gracia santificante, nos hemos convertido en hijos de Dios, y si estamos ligados a él con amor filial, en tal caso todas las buenas obras que llevamos a cabo con la ayuda de la gracia son verdaderos servicios filiales, que sólo puede recompensar el buen Dios dignamente mediante su reino y todos los bienes del cielo.

Siempre será verdad que, en último análisis, es Cristo, el Hijo único de Dios, y no nosotros mismos, quien nos ha merecido el cielo, y que solamente por Cristo lo podíamos merecer[[492]](#footnote-492). Esto proviene únicamente de que por nosotros mismos, siendo simples servidores de Dios y pecadores, no podíamos merecer la gracia de la adopción; ésta nos la debía obtener el mérito infinito de Cristo. Si esta gracia no podía ser pagada sino por la sangre infinitamente preciosa del Hijo, es claro que posee en sí misma un valor que, en cierto sentido, puede decirse infinito, y que por consiguiente debe conferir a las obras cumplidas por ella un valor suficientemente grande como para comprar el cielo que asimismo es infinitamente precioso.

Por la gracia que nos mereció el Unigénito de Dios inmediatamente nos hacemos semejantes a él y participamos de su dignidad divina. Cristo, como Hijo de Dios, por cada gota de su precioso sudor y de su sangre, adquirió ante su Padre un mérito infinito. Desde que gracias a él poseemos la dignidad de hijos adoptivos de Dios, todas nuestras buenas obras tienen delante de nuestro Padre un valor extraordinario. La diferencia entre nosotros y Cristo reside principalmente en el hecho de que Cristo adquiría su mérito por su dignidad natural y en medida tal que podía bastar para todos los ángeles y todos los hombres, en tanto que nosotros, por el contrario, hemos adquirido nuestra dignidad por él y sólo podemos merecer el cielo para nosotros mismos.

Finalmente, por la gracia somos miembros vivientes de Cristo y templos del Espíritu Santo. El acto de un miembro tiene el mismo valor que si proviniera de la misma cabeza; viene a ser un acto de Cristo que vive y obra en sus miembros místicos. Según el Apóstol, los hijos de Dios se mueven por el Espíritu de Dios[[493]](#footnote-493); él es en realidad el alma y el principio de su vida; ellos obran y trabajan simplemente en calidad de instrumentos movidos por su virtud. “El Espíritu Santo -dice san Francisco de Sales- realiza las buenas obras en nosotros, por nosotros y para nosotros, con arte tan refinado que esas mismas obras que nos pertenecen, todavía le corresponden más a él que a nosotros, puesto que, siendo él quien las produce en nosotros, también las producimos nosotros de nuevo en él; él las realiza para nosotros, nosotros las hacemos para él, y, como él trabaja con nosotros, también nosotros trabajamos con él”[[494]](#footnote-494). El valor y el mérito de nuestras acciones se mide, según santo Tomás, “no de acuerdo con nuestras fuerzas y nuestra dignidad naturales, sino teniendo en cuenta la fuerza infinita y la dignidad del Espíritu Santo que está en nosotros. He aquí una de las razones por las que el Apóstol[[495]](#footnote-495) llama tan frecuentemente al Espíritu Santo el Espíritu de la promesa, la prenda de nuestra heredad y la garantía de nuestra recompensa”[[496]](#footnote-496).

¡Oh dignidad infinita, oh riqueza inagotable de la gracia divina, que no sólo es un gran bien en sí misma, sino que también hace brotar de sí, como de una surgente abundantísima, otros innumerables bienes sobrenaturales y divinos; que echa así en la balanza de Dios un peso tan enorme que nosotros, hombres miserables y terrenos, podemos contrabalancear todo el cielo con nuestras insignificantes acciones!

“Nuestra tribulación, corta y liviana, obra en nosotros un peso eterno de gloria”, dice el Apóstol[[497]](#footnote-497). ¿Cómo es posible que esta nada, no otra cosa son nuestras tribulaciones y sufrimientos, pueda representar un peso tan enorme? ¿Cómo, en una balanza, el platillo que sólo contiene una arista de paja o una pluma puede hacer de contrapeso a otro que contiene un talento, a no ser que se agregue a la arista de paja un peso equivalente al talento? ¿Todo lo que podemos y hacemos por nosotros mismos es como un globo en comparación de la abundancia de gloria a la que aspira el anhelo de los cristianos, de la que “los sufrimientos del tiempo presente no son dignos”, como lo enseña el Apóstol?[[498]](#footnote-498). El peso que robustece la insuficiencia de nuestras fuerzas y de nuestros sufrimientos debe de ser infinito, de suerte que no sólo podamos contrabalancear el peso de gloria, sino también llevar ventaja sobre él. Este peso no es otro que el de la gracia, es su gran poder y majestad, por el que el globo ligero de nuestras acciones alcanza el nivel de la gloria eterna e infinita del cielo, es decir, la altura del bien más elevado y más perfecto, la bienaventuranza eterna y celestial.

Por el contrario, podemos realizar los trabajos más grandes y más hermosos; podemos convertir pueblos enteros, socorrer a todos los pobres, dedicar toda nuestra vida a honrar a Dios y servirle; si nos falta la gracia no mereceremos el menor grado de gloria celestial. Aun cuando sufriéramos todo lo que han padecido los mártires y practicáramos los ayunos y maceraciones que practicaron los santos monjes y ermitaños, todo ello, sin la gracia, de poco serviría; más todavía, no merecería la recompensa de un instante de la bienaventuranza celestial. Con la gracia, en cambio, no es preciso que hagamos grandes cosas y nos ejercitemos en duras penitencias; con que pronunciemos piadosamente el nombre de Jesús, con que obsequiemos al prójimo con un sorbo de agua, con que elevemos una corta plegaria y ofrezcamos a Dios un sufrimiento momentáneo e insignificante, hemos ya merecido el cielo. ¡En verdad que hay distancia entre una palabra piadosa y la eterna bienaventuranza, entre un sorbo de agua fría y el banquete eterno, entre una breve y humilde plegaria y el reino de Dios, entre el sufrimiento de un instante y las delicias que no tienen fin! Nada hay pequeño o insignificante en la gracia. Sumergido en ella, el globo se convierte en oro puro; penetrado por ella, la gota de agua se muda en una perla centelleante; la menor obra buena adquiere por ella un valor inmenso, con el que podemos comprar el más grande tesoro, el cielo y al mismo Dios.

Siendo la gracia la que da valor ante Dios a nuestras obras, es natural que sean tanto más meritorias cuanto es mayor el grado de gracia poseída. Y esto sucede por un triple motivo.

Ante todo, cuanto más gracia tengamos ante Dios, tanto más aumentará nuestra dignidad, y más valor tendrán ante sus ojos nuestras obras; porque la dignidad superior de nuestra persona se comunica a nuestras obras[[499]](#footnote-499). Los mismos hombres dan preferencia a las obras de una persona de rango superior. Al general se le paga mejor que al soldado, aun cuando el último, de ordinario, debe trabajar y sacrificarse mucho más que el primero. Lo mismo ocurre en la vida social; los superiores reciben, por menos trabajo, una retribución muy superior a la de los subordinados. Las almas forman ante Dios una jerarquía similar, de acuerdo con su grado de gracia, y las obras de aquellos que se encuentran más alto merecen más que las de los otros. Puede suceder que dos individuos den igual limosna, que practiquen idéntica mortificación, y que sin embargo el uno merezca más que el otro.

En segundo término, no olvidemos que en sus obras meritorias el cristiano se ofrece a sí mismo a Dios. Si por una mayor abundancia de gracia aparece más encumbrado y más digno a sus divinos ojos, se presenta también un sacrificio más meritorio y más agradable que el que se encuentra pobre de gracia. En realidad, da más que este último, aún cuando las acciones, consideradas en sí mismas, parezcan ser iguales.

En fin, el valor interior de la acción en sí misma queda aumentado por un estado de gracia superior, estado que ejerce sobre ella un influjo no solamente exterior sino también interior, y le da en consecuencia un contenido más rico. ¿Qué es el corazón del hombre sino un campo estéril, fecundado por la gracia de Dios? Es cosa manifiesta que el campo que recibe más abono y lluvia produce frutos mucho más hermosos y mejores que un campo que recibe menos, aunque se le haya dedicado el mismo trabajo. Así, las virtudes sobrenaturales deben llevar frutos mejores y más dulces en un corazón abundantemente regado por la lluvia celestial de la gracia que en un corazón que ha recibido gracias en menor proporción. Las obras cumplidas en cada uno de estos estados son pues distintas por su contenido a causa de la diversidad de su fuente, aun en el caso en que hayan tenido el mismo objeto y el mismo fin y hayan sido realizadas con el mismo sacrificio e idéntico esfuerzo. Cuando dos hombres emiten con el mismo esfuerzo un acto de amor a Dios, el acto de uno de ellos puede no obstante ser mucho más profundo y perfecto que el del otro, porque con la gracia la facultad de amar se intensifica. Así dos hombres pueden dar una limosna a un pobre con la misma buena intención, en las mismas circunstancias, y sin embargo actos tan parecidos pueden ser, en cuanto a su valor intrínseco, tan diferentes como dos monedas del mismo tamaño y que llevan la misma efigie, pero de la que una es de oro y la otra de plata.

Tienes, pues, por qué admirarte, oh cristiano, ante este espectáculo de la gracia, cuando adviertes que ella no confiere a tus obras un simple mérito mejor, sino que lo hace aumentar al infinito. ¡Cómo no apreciar y amar la gracia, siendo así que nos procura tan fácilmente lo que nosotros no podríamos conseguir con los mayores esfuerzos! ¡Sobran motivos para arder en santo deseo de ganar esta gracia y conservarla! ¿Quién, finalmente, teniendo presente lo dicho, se contentará con una modesta medida de gracia y no se apresurará por acrecentada lo más posible, colaborando al mismo tiempo con fidelidad y celo con la que ya posee?

Tanto mayor deberá ser nuestro empeño a este respecto, cuanto que Dios nos da la gracia para que con ella adquiramos abundantes méritos; él mismo nos exhorta a ello, nos anima, nos empuja; nada le es más agradable que estar cada vez más obligado para con nosotros. “Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía”, grita Dios al alma en estado de gracia, “levántate pronto y ven”[[500]](#footnote-500). Sí, apresurémonos, no digo corramos, volemos como la paloma a recibir las coronas que nos están preparadas. “El que es santo que se santifique más, el que es justo que siga justificándose”[[501]](#footnote-501), dice el Señor en el Apocalipsis. “Bienaventurado el hombre”, dice el Salmista, “que sube continuamente a nuevos grados en su corazón”[[502]](#footnote-502). “Crezcamos en la caridad”, he aquí la exhortación constante del Apóstol de los Gentiles[[503]](#footnote-503). En mil lugares de la Escritura Dios nos advierte en forma parecida; es que desea vernos convertidos en comerciantes inteligentes y activos, de modo que no dejemos escapar las preciosas oportunidades de realizar compras tan ventajosas. Nos impone estricto deber de aprovechar el talento de la gracia que nos ha regalado, de multiplicarlo, y nos amenaza con los castigos más duros, si lo dejamos improductivo.

Seríamos en realidad insensatos, si dejáramos pasar sin utilizar las ocasiones que a cada hora se nos presentan. Supongamos que no cometemos pecados; pero, al rezar con menor frecuencia, al seguir nuestros antojos, al no practicar tantas obras buenas, sufrimos pérdidas incalculables.

Si por tres veces al día nos ejercitáramos en un acto de caridad, ganaríamos en un mes cien grados de gracia, mil en un año, y en pocos años nos enriqueceríamos con un caudal inmenso de grados de gracia, a los que corresponderían en el cielo otros tantos grados de gloria. Si pues descuidas estos tres actos de amor, es señal de que no les das ninguna importancia.

Imagínese ahora cuál será la riqueza de aquellos que, con el Apóstol, se mortifican toda la jornada, que siempre tienen a flor de labios las alabanzas del Señor, cuyo corazón se derrite en amor y cuyas obras están de acuerdo con la voluntad divina. ¡Con qué gloria indescriptible serán introducidos a la posesión del reino de su Padre! ¿Quién, sabiendo estas cosas, ha de contentarse con unas pocas oraciones, alguna rara mortificación y algunas obras insignificantes, pudiendo llenar cada día, cada hora y cada minuto de acciones santas y meritorias?

Piensa, cristiano, en el perjuicio que te causas, pues éste se duplicará y triplicará como consecuencia de tu actual negligencia en la adquisición de méritos, ya que tus buenas obras futuras quedarán así privadas de una parte de su valor, y aun te expones a perder lo que hubieres adquirido.

Puesto que, dependiendo principalmente del grado de gracia el mérito de nuestras obras, es claro que tendrán un valor tanto más exiguo nuestras obras futuras cuanto sea menor el grado de gracia anteriormente conseguido. Así como, por toda buena obra, podemos elevarnos a un grado superior y lograr que nuestras acciones futuras sean más meritorias, del mismo modo, por toda omisión o negligencia nos privamos de una ganancia preciosa y amenguamos el valor de todas nuestras obras futuras, pérdida incalculable e irreparable para toda la eternidad.

Además, el negociante perezoso arriesga aquí lo que ya posee; porque el reino de los cielos sufre violencia, y es indispensable la violencia si queremos conseguirlo[[504]](#footnote-504). Nos encontramos con nuestro tesoro sobre un impetuoso río; si no nos esforzamos en remontarlo, si no luchamos contra la corriente, no podemos quedarnos estacionados, seremos arrastrados juntamente con nuestro tesoro. Nos hallamos cara a Dios, que honra en extremo los bienes de la gracia y de la gloria que nos presenta, y que no puede consentir que se los desestime o desdeñe. Es lo que hacemos nosotros cuando descuidamos su búsqueda; nuestro deseo de conservarlos queda así disminuido, como se acorta también la benevolencia de Dios para dárnoslos. Grabemos profundamente en nuestro corazón la palabra al mismo tiempo consoladora y terrible de nuestro Señor: “Al que tiene, se le dará más todavía, y gozará de abundancia; pero al que no tiene, se le arrebatará aún lo poco que posee”[[505]](#footnote-505).

Además, para adquirir méritos para el cielo, no es necesario que realicemos buenas acciones no impuestas por la ley. Con sólo cumplir la ley y hacer lo que podemos para evitar el pecado tenemos ya un gran mérito delante de Dios. Tanto mayor será este mérito cuanto con mayor celo y cuidado cumplamos con nuestras obligaciones. Podemos enriquecernos por la represión de un movimiento desordenado, por la lucha contra la tentación; en el mismo terreno en que, según los designios diabólicos, habríamos experimentado un gran perjuicio, podemos obtener una ganancia inmensa.

Sigue admirando, oh cristiano, el poder de la gracia y liberalidad de tu Dios. Pero también espántate de tu incomprensible locura al ceder a la tentación, ya que pierdes un bien tan grande como es el mérito para obtener el cielo, y te cargas con un mal tan descomunal como es el pecado con todas sus consecuencias.

¿Y qué pensar entonces del que, por un pecado grave, pierde no solamente los méritos que hubiera podido adquirir por la victoria sobre la tentación, sino todos los que había reunido antes de su pecado y se incapacita, mientras permanezca en pecado, para lograr otros en lo sucesivo?

Resulta terriblemente triste oír decir a los pecadores: “No es cosa tan grave el que yo cometa un pecado mortal. La prueba está en que puedo reparado en la primera confesión”. No hablaré de lo afrentoso que el pecado mortal es en sí mismo -con él ofendes al mayor bien y deshonras tu alma-, ni de lo que supone para un hombre sensato la privación de la gracia, aunque momentánea -de hecho más terrible que años de sufrimientos y de calamidades-. Tampoco hablaré de tu incertidumbre en lo que se refiere a tu conversión o a tu condenación eterna. ¿Es que tiene poca importancia el que, en un instante, pierdas el precioso tesoro de méritos, reunidos a fuerza de sufrimientos sobrellevados durante años y años?

¿Es acaso indiferente el que, mientras permaneces alejado de la gracia, no puedas adquirir el menor mérito para el cielo, ni siquiera a costa de todos los sufrimientos y todos los esfuerzos de que eres capaz? Sin la gracia, todas las obras que realizas están muertas para el cielo; tus ayunos, tus oraciones, tus obras de misericordia, todo aquello cuya práctica te es útil y en parte está prescrito y que frecuentemente no puedes omitir sin caer en nuevos pecados, todo esto de nada sirve para la eternidad, en tanto que si hubieras permanecido en gracia habrías cosechado de ello las mayores ventajas[[506]](#footnote-506).

Si un rico banquero tira atolondradamente al mar una Suma de dinero que le supone cien escudos diarios con la esperanza de poderla recuperar dentro de un mes, ¿no es verdad que lo tendrías por el mayor loco, máxime si persiste en afirmar que nada ha perdido? Sin duda ninguna, lo tomarías por insensato, y tanto más si se considera que esta pérdida no sólo es grande, sino irreparable.

Piensa que no es menor ni menos irreparable la pérdida de los méritos que hubieras podido ganar en estado de gracia. Por más que los méritos por ti adquiridos en el pasado, y ahora perdidos como consecuencia del pecado grave, revivan con la gracia[[507]](#footnote-507) -lo cual por otra parte, en opinión de algunos teólogos, puede estar ligado a condiciones que por ventura no las cumplirás tan fácilmente[[508]](#footnote-508) -; y por más que en lo sucesivo te empeñes por recuperar el tiempo perdido con redoblado celo, de todos modos la época que hubieses pasado en estado de pecado puedes darla por irremisiblemente perdida; además, tu celo produciría frutos incomparablemente más abundantes si siempre hubieses conservado y utilizado la gracia. Esta pérdida permanece por toda la eternidad y te priva para siempre de un grado superior de gloria y de beatitud.

Si, una vez en el cielo por la gracia de Dios, te fuera dado arrepentirte, no hallarías motivo más fundado para ello que el no haber alcanzado, por tu negligencia en el empleo de la gracia o por la pérdida temporal de ésta, un grado superior de gloria. Pues bien, haz lugar hoy en tu corazón a este dolor, y al menos en adelante esfuérzate por no hacerte de nuevo culpable de tamaña negligencia, de semejante ligereza que lleva aparejadas tan graves consecuencias.

No obstante, debemos recordar encarecidamente que la necesidad de la gracia santificante para merecer el cielo no debe impedirnos, si estamos en pecado, el cumplir cuantas obras buenas y sobrenaturales podamos. Bien que no estén apoyadas en la gracia santificante, ni animadas por el amor filial de Dios, ni se tomen en cuenta para la eternidad, sin embargo nos sirven al menos para preservarnos de nuevas caídas graves; además disponen nuestro corazón para que nuevamente sea animado por la caridad, y ejercen su influencia sobre la misericordia de Dios, pues lo mueven a concedernos pronto la gracia de una completa conversión. Si optáramos por suprimirlas, nos iríamos alejando cada vez más de la gracia, y la esperanza de volverla a recuperar, con la facultad de merecer, se disiparía del todo. Es pues insensato el desdeñar estas obras; pero no lo es menos el temer la ligera pena mediante la cual podríamos comunicarles un valor eterno e imperecedero.

Queda todavía algo sobre lo que es preciso insistir, y es lo siguiente: hay que tener también en cuenta el acto en sí mismo al valuar el mérito de las buenas obras, por más que éste último depende principalmente de la gracia que se posea. No hay que creer que todas las acciones que no son malas, aun aquellas que se llevan a cabo por puros motivos naturales, deban ser igualmente meritorias delante de Dios a causa del estado de gracia. Lo son únicamente las que ejecutamos llevados por motivos sobrenaturales, bajo la inspiración del Espíritu Santo y conducidos por Cristo; las que tienen sus raíces en la gracia y responden a su nobleza, las que son presentadas por ella delante del trono de Dios y hechas en verdad agradables y meritorias a sus ojos. El mérito de las mismas dependerá de que hagamos actuar más o menos el poder que teníamos por la gracia, de que sea más o menos puro y noble el motivo de las mismas, en otros términos, de que sean llevadas a cabo o no con todo el poder y espíritu de la gracia. Así es que un hombre que posee una medida mayor de gracia, con el mismo esfuerzo y realizando la misma obra que otro, merezca más que él; pero puede suceder asimismo que éste último merezca más que el primero cuando pone todo su empeño y obra por motivos más nobles, en tanto que el primero no emplea sino parte de su fuerza y se deja conducir por motivos menos nobles. Si verdaderamente queremos merecer mucho delante de Dios, debemos procurar conseguir por todos los medios el más alto grado posible de gracia, debemos esforzarnos por realizar nuestras obras con toda la fuerza de esta gracia, en su espíritu, con la mayor abnegación y por motivos sobrenaturales y los más nobles que sea posible. En el quinto libro diremos lo que sea conducente para ello; es decir, trataremos del ejercicio y de la práctica de las virtudes sobrenaturales.

Capítulo XI:

Un privilegio inestimable de la gracia. Las obras cumplidas en ella desvían los castigos merecidos por el pecado

El mérito de la gloria eterna no es el único fruto de las obras sobrenaturales efectuadas en estado de gracia. Estas obras tienen aún otra ventaja incalculable, y consiste en alejar el obstáculo que, después de la muerte, puede retardar por mucho tiempo nuestra entrada en el cielo, y en librarnos de los castigos terribles del purgatorio.

Ya esto se podría concluir del hecho de que la gracia suprime y destruye completamente en nosotros la falta del pecado grave. Si pues es capaz de aniquilar, juntamente con la causa, la falta que es un mal incomparablemente mayor que el castigo, es lógico que pueda disolver y suprimir la punición. Aun cuando, verificada la justificación, queda todavía en general una parte de castigo temporal que expiar, también es verdad que la gracia al mismo tiempo nos coloca en condición más propicia para una expiación adecuada.

Es que al hacernos, por nuestras obras influenciadas por la gracia, infinitamente agradables a Dios, de quien somos ya hijos y amigos y, de consiguiente, dignos de recompensa eterna, debido a esa misma gracia, cuanto sufrimos en calidad de hijos y amigos de Dios, se reviste de un gran valor y se convierte en ofrenda satisfactoria digna de Dios. Por nuestra parte, basta que aceptemos con alegría las contrariedades y las penas que nos salen al paso en el ejercicio del bien, que llevemos con paciencia y resignación los sufrimientos inevitables, y Dios se cuidará de dar al sacrificio más insignificante realizado por nosotros un valor infinitamente más elevado que lo que hubiera otorgado a nuestras penitencias más austeras y crueles, prolongadas por largos años, pero llevadas a cabo sin esa dignidad que trae consigo la gracia y sin ese amor sobrenatural que en tal forma nos capacita. Así como las satisfacciones de Cristo no reciben su valor infinito tanto de la grandeza de sus sufrimientos cuanto de la infinita dignidad de su persona, del mismo modo el sufrimiento de sus miembros vivos, recibe por la gracia, un valor infinito, cosa imposible atendida su naturaleza[[509]](#footnote-509).

El valor del beneficio de la gracia sólo llegaremos a comprenderlo a través de una representación clara de los terribles castigos del purgatorio. Enseña san Gregorio Magno que éstos son más espantosos que las torturas más refinadas de los mártires[[510]](#footnote-510); para santo Tomás, son más dolorosos que los sufrimientos de Jesucristo[[511]](#footnote-511); a juicio de san Anselmo, superan con mucho a los males más escalofriantes que un hombre puede aguantar en esta vida. Según opinión común de los teólogos, el fuego del purgatorio es de la misma especie que el del infierno, y los sufrimientos de las almas que expían difieren principalmente de las que padecen los condenados en que no son eternos ni suprimen la esperanza de la liberación[[512]](#footnote-512).

Por lo que antecede se comprenderá la magnitud del tesoro que llevamos entre manos con la gracia, pues por ella nos es dado el vernos libres, mediante un sufrimiento pequeño e insignificante, de tamaños males. Si el rey de un inmenso país estableciera que, por un privilegio especial, las monedas sencillas de uno de sus súbditos, abrumado a una con su familia de pesadas deudas, debieran contarse y aceptarse cada una como mil piezas de oro, de seguro que ese súbdito se daría prisa en librarse de sus deudas, usando de dichas monedas. ¡Cómo se apresuraría por ayudar a sus parientes y amigos, dejando todavía a sus descendientes un gran tesoro! También tú, de modo semejante, con que estés en gracia, puedes librarte de sufrimientos mil veces más prolongados y terribles. Y aquello que te hubiera resultado de menguada utilidad, debido a dicha gracia, se te cuenta como algo de valor incalculable. El céntuplo que Cristo prometió a nuestras obras en la otra vida[[513]](#footnote-513) no se refiere únicamente, en opinión de muchos teólogos, a la recompensa celestial, sino también a la condonación de las penas debidas. La gracia viene a ser la letra de crédito a cuya presentación nuestras monedas cobran ante Dios un valor mil veces superior al que tenían. Entonces, ¿cómo puedes ya vacilar en adquirir, por la mortificación y el sufrimiento soportado con gusto por Dios, cuantas monedas puedas, para llevarlos al tesoro de Dios y pagar con ellos tus deudas y las de tus parientes y amigos? Por la gracia, en efecto, te haces tan rico que, a cambio de un sufrimiento relativamente ínfimo, puedes satisfacer no solamente por tus pecados, sino también por los de otros. Si deseas pues proporcionar a tus parientes y amigos un favor insigne en verdad, agradece a Dios el poderlos sacar de esta suerte de sus necesidades. ¡Y no te descuides en hacerlo con celo e inteligencia, lo más pronto y lo más seguido que te sea dado!

Pero, si hemos perdido la gracia, ¡pobres y desventurados de nosotros! Siendo así que con ella todos los sufrimientos y dolores, aun involuntarios, mas soportados con paciencia, nos acarreaban el mayor de los beneficios, sin ella ni las mismas penas sufridas voluntariamente pueden aprovecharnos como expiación. Podemos sobrellevar la enfermedad, el hambre, la pobreza, soportar las invectivas, las injurias, la pérdida de nuestros bienes, experimentar los peores dolores de cuerpo y alma, cuanto puede en esta vida abrumar y torturar a un hombre: todo ello es vano. Aun cuando tuviéramos que soportar ese conjunto de males hasta el último día, con todo, no habríamos logrado expiar el castigo prescripto por Dios para la menor falta, ya que la justicia divina no puede aceptar satisfacción alguna de su enemigo, mientras permanezca en calidad de tal[[514]](#footnote-514). Tan es así que esta justicia se ve forzada a castigar eternamente faltas ligeras y en sí veniales en aquellos que han sido condenados para toda la eternidad por sus pecados graves. De consiguiente, sea que te encuentres entre los condenados eternamente, por tus faltas, sea que debas permanecer cierto tiempo por su causa en el purgatorio, comprenderás que te resulta muy ventajoso el conservar la gracia para librarte de penas tan terribles.

Capítulo XII:

De cómo por la gracia en forma maravillosa comunicamos con los bienes de Cristo y de los santos

No queda agotado el poder admirable de la gracia al hacernos capaces de adquirir méritos en nuestro beneficio particular y de satisfacer a la justicia divina por nuestros propios pecados; ella hace también que participemos de los méritos y de las satisfacciones de todos los santos y del mismo Cristo, según canta entusiasmado el Salmista: “Yo participo con todos los que te temen y observan tus mandamientos”[[515]](#footnote-515).

En efecto, por la gracia entramos en la comunión más íntima y viviente con Cristo y todos los santos, les estamos unidos en un cuerpo místico, cuya alma es el Espíritu Santo. Pero si, como se ha explicado arriba, en esta unión reina la más perfecta comunicación de bienes, se desprende que el tesoro de méritos y satisfacciones de Cristo y los santos, reunido mediante las obras y los sufrimientos agradables a Dios, debe aprovechar asimismo a todos aquellos que les están unidos por la gracia[[516]](#footnote-516).

Por lo que, ante todo, concierne a los méritos, es cierto que Cristo murió por los pecadores[[517]](#footnote-517) y quiere aplicarles su mérito[[518]](#footnote-518). De ahí que sean muchas las gracias que llegan hasta el pecador; pero todas ellas quedan infructuosas cuando no consiguen conducirlo a la gracia santificante y reconciliarlo con Dios. No recibe pues ese pecador en realidad el fruto del mérito de Cristo, ni el acceso a la vida eterna abierto por Cristo, sino cuando, por la gracia santificante, de enemigo se convierte en amigo de Dios; por esto cabe afirmar que nadie aprovecha los méritos de Cristo para la vida eterna a no ser por esta gracia.

Merced a ella, nos hacemos en seguida miembros vivos del cuerpo de Cristo. Es claro que un miembro vivo puede recabar muchos bienes y tesoros sin cuento de la riqueza de la cabeza[[519]](#footnote-519), riqueza no accesible a un miembro muerto o que vive apenas. De esta suerte reciben los justificados, en virtud de su unión viviente con Cristo, abundancia de gracias actuales para practicar el bien y evitar el mal, en tanto que los pecadores están privados de ello. Sólo los justos tienen acceso a los sacramentos de vivos, por los que el mérito de Cristo se nos aplica y la gracia aumenta en nosotros mucho más que por nuestros propios méritos. Porque los sacramentos, en particular el Santísimo Sacramento del Altar, son los canales por los que nos llegan de continuo oleadas de gracia procedente del tesoro infinito de los merecimientos de Cristo. Y esto sucede sin que hagamos otra cosa que acercarnos a él con piedad y tender la mano para que de día en día sean mayores y más perfectas las riquezas de la gracia de nuestra alma.

El mérito de los santos, es cierto, en sí es personal, y únicamente para ellos, no para otros, puede obrar un aumento de gracia santificante. No obstante, les estamos unidos tan íntimamente por la gracia que su mérito contribuye también, si no directa al menos indirectamente, al aumento de nuestra gracia.

Los santos, en efecto, por sus oraciones y su mérito eminente, ya que este mérito enriquece también el valor de sus plegarias, pueden obtenernos de Dios numerosas e importantes gracias actuales, por las que evitamos perder la gracia habitual y somos excitados a adquirir para nosotros mismos merecimientos siempre crecientes. En numerosos casos en que nuestras oraciones hubieran sido insuficientes, nos ayudan los santos y nos hacen posible un acrecentamiento de gracias, que por nosotros mismos no hubiéramos podido conseguir[[520]](#footnote-520).

Considera, cristiano, que todos estos tesoros y riquezas estarán perdidos para ti, si te hallaras desprovisto de gracia. En tal supuesto, dicha gracia descenderá del cielo en lluvia de oro sobre los otros; así los mártires les colmarán con el tesoro de sus sufrimientos, los patriarcas con sus obras de misericordia, los profetas con sus ardientes deseos, los apóstoles con el sudor de sus faenas, los confesores y las vírgenes con la austeridad de su vida, la Virgen de las vírgenes y el Rey de todos los santos, Cristo, con la riqueza infinita de sus merecimientos…; ¡sólo tú deberás retirarte vacío! ¡Desventura imponderable! Otros nadan en un río de gracias divinas, se sacian con una celestial bebida y se nutren, en el Santísimo Sacramento del Altar, del pan de vida eterna; ¡tú eres el único destinado a perecer miserablemente de hambre y de sed! Se te prohíbe hasta el acercarte a la mesa de vida y al tesoro del sacramento de vivos bajo pena de un castigo justo y severo, ¡y ves a los demás que están siempre en su derredor! Y si, sacrílego, osas acercarte, sólo tomas un veneno mortal, carbones ardientes que te quemarán por toda la eternidad. Espiritualmente estás excomulgado por el juicio de Dios y el de tu propia conciencia, es decir, estás excluido del lazo viviente que une a Cristo y a sus miembros, aun cuando externamente pertenezcas al cuerpo de Cristo. Si la excomunión exterior, pronunciada por el tribunal eclesiástico, es tan terrible y espantosa, y temida con razón por todo cristiano, ¡cuánto más terrible no es el pecado que te priva de la comunión de los santos, te borra de la lista de los hijos de Dios y te cataloga entre los esclavos del demonio!

Sin embargo, mientras conserves la fe y permanezcas en el seno de la Iglesia, los méritos de la gracia de Cristo y de los santos no están para ti del todo perdidos, puesto que recibes de ellos, naturalmente en menor cantidad que si estuvieras en gracia, dones que deben llevarte a la conversión y devolver te a la gracia. Pero los frutos de las satisfacciones de Cristo y de los santos para ti quedan enteramente perdidos; asimismo, en estado de pecado, no puedes personalmente satisfacer por tus faltas, ni puedes tampoco participar de las satisfacciones de los demás para expiar las penas que llevas pendientes; ni estás en condiciones de sacar provecho de las indulgencias que la Iglesia distribuye tan generosamente, echando mano del tesoro reunido por el que es su Cabeza y por los santos.

En estado de gracia, en cambio, puedes apropiarte a tu gusto las satisfacciones superfluas de los demás. Cada uno de tus amigos, cada uno de los santos puede presentar en tu lugar las suyas, y se tomarán en consideración tanto en favor tuyo como en el suyo. La misma Iglesia puede derramar sobre ti a manos llenas los tesoros en ella depositados y enriquecerte en tal forma que, librado inmediatamente de las penas y castigos, sin rozar el purgatorio, puedas entrar en el cielo; tan grande es la dignidad que la gracia te confiere, tan íntima es la unión con Cristo y con los santos en la que ella te introduce.

Nunca ponderaremos suficientemente la facilidad con que la gracia nos consigue la liberación de los terribles castigos debidos por el pecado, puesto que ni siquiera es menester que nos carguemos con sacrificios y esfuerzos, por otra parte comparativamente mínimos, con los que poder pagar en esta vida los sufrimientos del purgatorio. ¡Y sin embargo!... Siendo por otra parte tan inclinados a conseguir toda clase de bienes de la manera más perfecta y cómoda, en este caso somos tan insensatos y faltos de cabeza que con frecuencia nos privamos de esa gracia durante mucho tiempo, descartando así la posibilidad de satisfacer por nuestros pecados. Es hora pues de que comprendamos lo que nos es ventajoso, y reconozcamos de una vez la maravillosa bondad de Dios para con nosotros, pues nos ha dado con la gracia la fuente de todo bien y el remedio de todo mal. No vayamos a lamentarnos demasiado tarde, a la hora de nuestra muerte, o en el purgatorio, si es que tenemos la ventura de no perder la gracia para siempre, por no haber apagado o al menos abreviado el fuego purificador mediante la custodia y utilización cuidadosa de ese elemento divino; que no sea demasiado larga nuestra espera de la visión beatífica.

Con que estemos en gracia y de consiguiente unidos con Cristo y los santos en un cuerpo viviente, podemos realizar todas nuestras buenas obras en unión con las obras de Cristo y los santos. Siendo éstas infinitamente más perfectas que las nuestras, pueden suplir lo que falte a las nuestras, haciéndolas, de esta suerte, más agradables a Dios. Nada le place tanto como el ver a todos sus hijos unidos entre sí y con su Hijo único para servirle y alabarle. Lo ha dicho el mismo Jesucristo: “Cuando se reunieren dos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos”[[521]](#footnote-521). Nuestras alabanzas y nuestros servicios complacen sobremanera a Dios cuando estamos unidos, no solamente con uno u otro, sino con todos los santos, no en un solo lugar, claro está, pero sí en un mismo espíritu, como miembros del mismo cuerpo. y debiera sernos soberanamente dulce y consolador el obrar el bien y el servir a Dios no separadamente, sino en unión con tantas almas santas que, inflamadas del más ardiente amor a él, se le ofrecen, santas e inmaculadas, como homenaje de reconocimiento y cantan con nosotros el mismo himno de alabanza.

Por el contrario, nuestras obras quedan despojadas de valor, nuestra situación se vuelve desesperante si, desprovistos de la gracia, nos separamos de Cristo y de todos los santos. Temible en gran manera ha de ser en tales circunstancias el presentarse ante Dios, pues no podemos ya juntarnos al ejército de almas santas que hasta ahora nos tenía en sus filas. Ante él, ¡cuán débiles aparecerán nuestras plegarias, qué miserables nuestras obras! ¿Qué placer pueden causarle nuestros actos, si nos presentamos en estrecha alianza, no con los ángeles, sino con el infierno?

El pecador, es cierto, puede y debe todavía rogar a Dios y realizar buenas obras; Dios las tomará en cuenta en la medida en que incluyan una voluntad seria de conversión, o al menos en la medida en que sean una preparación a ello. Pero si el pecador, sin deseo de corregirse, sin anhelos de romper el lazo que lo tiene atado al infierno ni de volver a la compañía de los santos, o, lo que es peor, con la voluntad de seguir ofendiendo a Dios, se atreve a presentarle sus sacrificios, en ese caso recaen sobre él estas terribles palabras que dirigiera Jehová un día al prevaricador Israel: “¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? Estoy harto de ellos. Yo no gusto de los holocaustos de carneros, ni de la gordura de los bueyes, ni de la sangre de los becerros, de los corderos y de los machos de cabrío. No es eso lo que busco cuando os presentáis en mi presencia. ¿Quién os ha demandado semejantes dones, cuando os paseáis por mis, atrios? No me ofrezcáis más sacrificios vanos, abomino del incienso, no puedo soportar vuestras fiestas y vuestros sábados, mi alma los odia, me son cargosos, estoy cansado de aguantarlos; y cuando vosotros hubiereis extendido vuestras manos, yo apartaré mis ojos de vosotros”[[522]](#footnote-522).

Pecador, apresúrate por volver a la gracia de Dios y a la comunión de los santos, quienes te ayudarán gustosos a recobrarla; si desde este mismo instante no comienzas a trabajar por tu conversión, ignoras por cuánto tiempo te seguirá soportando Dios y hasta cuándo permitirá que te ayuden sus santos.

Capítulo XIII:

Del maravilloso poder que la gracia revela en nuestra debilidad

Antes de terminar este libro que versa sobre los efectos de la gracia en el alma, debemos todavía hacer resaltar especialmente cuán maravillosa es la virtud de la gracia en comparación de la debilidad y de la miseria de nuestra naturaleza.

El valor sobrenatural, infinitamente precioso, que la gracia confiere a nuestras acciones es en sí, lo sabemos, la cosa más elevada entre los efectos de la gracia; pero, mientras vivimos sobre la tierra, este efecto es visible únicamente a los ojos de Dios y de los santos del cielo. Sólo lo conocemos por la fe; ése es el motivo de que sea para nosotros objeto de admiración.

Pero cuando la gracia, es decir, la gracia santificante, unida a las gracias actuales que la acompañan, rompe las cadenas de nuestras pasiones y de nuestros malos hábitos; cuando vence la debilidad y la miseria de nuestra naturaleza, o más bien, comunica a nuestra naturaleza la fuerza para renunciarse a sí misma y hacerse violencia, vemos y sentimos los efectos de la gracia en la misma proporción en que vemos y experimentamos el pesado yugo de las pasiones y la miseria de nuestra naturaleza: he aquí el momento indicado para darnos cuenta y para admirar en nosotros de modo sensible su maravilloso poder. Canta el Salmista: “Venid y ved las obras del Señor, contemplad ras maravillas realizadas por él sobre la tierra”[[523]](#footnote-523).

El ya viejo maestro de espíritu, Casiano, aplica estas palabras a los efectos de la gracia. Oigámosle: “Venid y ved cómo un avaro insensible se vuelve generoso, un calavera y un libertino continente, un orgulloso humilde; cómo un hombre muelle y delicado se transforma en penitente austero y lleno de celo, que abraza la pobreza voluntaria y la privación. Aquí tenéis las obras divinas, verdaderos milagros por los que, en un momento, el publicano se muda en apóstol, como sucedió con Mateo, o el perseguidor rabioso se cambia en valiente mensajero del Evangelio, como aconteció con Pablo. Obras divinas, que dijo realizar diariamente el Hijo de Dios de consuno con el Padre[[524]](#footnote-524). ¿Cómo no admirar el poder de la gracia cuando uno ve en sí mismo que la inclinación a la gula y el amor a las satisfacciones sensuales quedan mortificados en tal forma que se contenta con alimentos modestos y sin gusto, y que sólo los toma con parsimonia y como contra su voluntad; que nota cómo el fuego de la concupiscencia y el deseo carnal, inextinguibles, a su juicio, anteriormente, se encuentran al presente tan aletargados que apenas siente un ligero movimiento? La admiración subirá de punto, si se observa cómo hombres irascibles y salvajes, que se encolerizan hasta por expresiones de ternura, en un momento dado se tornan tan mansos y buenos que las peores injurias los dejan tranquilos, y hasta se gozan en las mismas”[[525]](#footnote-525).

Así habla Casiano. Agrega san Bernardo[[526]](#footnote-526) que el poder del Verbo eterno se manifiesta, más que en ninguna otra cosa, en que hace todopoderosos a los que confían en él, es decir, en la virtud de la gracia con la cual dice el Apóstol serle todo posible[[527]](#footnote-527). La gracia es la fuerza del Espíritu Santo prometida por Nuestro Señor a sus apóstoles y en ellos a todos nosotros, cuando dice: “Seréis revestidos de la fuerza de lo alto”[[528]](#footnote-528). San Juan Crisóstomo la llama muro inexpugnable, y enseña que tiene virtud para allanar todas las dificultades y hacer llevaderas todas las cargas. Otro tanto dice el Salmista cuando pone en Dios su confianza: “El es el que da a mis pies la agilidad del ciervo y el que me coloca sobre las altas montañas, el que ejercita mis manos en el combate y fortifica mis brazos cual si fueran un arco de bronce”.[[529]](#footnote-529)

El recuerdo de estas palabras destruyó, en el corazón del bienaventurado Andrés Spínola, el terror que le sobrecogía al pensar en las privaciones y sufrimientos de la vida religiosa; habituado como estaba a los placeres y a las comodidades de la corte, temía ingresar en el Compañía de Jesús; pero dichas palabras produjeron tal efecto en él que, en lo sucesivo, sintió la mayor dulzura en aquellas cosas que hasta entonces le aterraban. Misionero en el Japón, terminó su vida abrazando con alegría el más cruel de los martirios, pues murió quemado a fuego lento.

Es cosa comprobada que, según las palabras del profeta Isaías, todos los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas y reciben alas de águila[[530]](#footnote-530), para volar sin dificultad, sin cansancio y sin fatiga por la vía de la perfección, puesto que la gracia de Dios sostiene y lleva de modo prodigioso la pesadez del cuerpo y la debilidad del alma, ni deja de aplicar un bálsamo celestial sobre la pena que sigue a cada esfuerzo.

San Agustín llegó a afirmar algo muy grande, muy hermoso y verdadero cuando dijo que el alma que no se entrega ya voluntariamente al pecado y que, sostenida por la gracia divina, pone en acción sus propios medios, puede más en lo que atañe al dominio de la carne que la misma carne en lo que se refiere a encender la concupiscencia[[531]](#footnote-531); pues sabemos que está escrito: “Tu apetito estará bajo tu dependencia, y lo dominarás”[[532]](#footnote-532). Al santo no le faltaba experiencia para hablar así; instruía a los demás basado en lo que en sí mismo había probado. Durante largo tiempo y con muchas dificultades había combatido contra las vanidades de este mundo, como también contra sus malos hábitos y pasiones, sin que consiguiera romper las cadenas de acero. Tan estrechamente y por tanto tiempo lo habían tenido éstas prisionero que no se resignaban a soltado de una vez para siempre. Cuando la gracia, con poderoso golpe las hizo saltar en pedazos, exclamó: “Dulce en verdad me resulta el haberme visto libre de las delicias frívolas. Antes temía ser abandonado de ellas, hoy me es sumamente grato el abandonarlas. Tú, Dios mío, tú las arrancaste de mi corazón y tú mismo entraste en él a ocupar su lugar, tú que eres más amable que todas las delicias”[[533]](#footnote-533). De una experiencia semejante fue objeto san Cipriano; he aquí lo que dice entre otras cosas: “Hallándome enlazado en los innumerables errores de mi vida anterior, no creía poderme librar de los mismos; por eso me sentía ligado a estos bienes fastidiosos y, desesperando de una vida mejor, amaba mis males cual si se hubieran mudado en mi único bien y en propiedad mía. Pero una vez que, por el baño de la regeneración, la inmundicia de mi vida anterior se hubo lavado, y se hubo esparcido una luz de lo alto sobre mi pecho purificado, una vez que, por el Espíritu venido del cielo, el segundo nacimiento hizo de mí un nuevo hombre, experimenté al mismo tiempo y de modo maravilloso que la duda se disipaba, que lo que estaba oculto se hacía claro, que las cosas oscuras se iluminaban y que las difíciles hasta entonces se me presentaban como sencillas”[[534]](#footnote-534).

San Gregorio Magno[[535]](#footnote-535) aplica a la gracia y a todos los cristianos lo que se prometió a Saúl en la Escritura Santa: “Penetrará en ti el espíritu del Señor, y serás transformado en otro hombre”. Así como Saúl, joven pastor, vino a ser por el espíritu del Señor un rey poderoso y temible, ante quien se estremecían los enemigos de Israel, así también el mismo Espíritu hace de ti por su gracia el dominador de la concupiscencia, el rey victorioso de la carne; te cambia en otro hombre, de suerte que se te hace dulce y agradable aquello que esquivabas y aborrecías en otro tiempo. Es la transformación del brazo del Altísimo, contemplada con admiración por el Salmista[[536]](#footnote-536); es un milagro sobrenatural que sólo puede realizar en ti la gracia; es el milagro que hace decir a la Escritura que “Dios es admirable en sus santos”[[537]](#footnote-537).

Quizás no parecerá que sea tan excelente y maravilloso este efecto a muchos, persuadidos como están de que es propio de la naturaleza espiritual de nuestra alma el dominar la carne, domar su concupiscencia y preferir la belleza de la virtud y de la justicia a los bienes y a los goces sensibles.

Así es, no cabe duda. Según el Apóstol, el espíritu se opone a la carne y tiende a reinar sobre ella[[538]](#footnote-538); pero no es menos cierto que de hecho aquél es arrastrado por ésta contra su voluntad, que por sí mismo no puede librarse de esta servidumbre y que, bajo el yugo que se le ha impuesto, gime: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Cristo Nuestro Señor”[[539]](#footnote-539). De consiguiente, se debe a la gracia la liberación maravillosa del alma de esta triste esclavitud en que la tiene la naturaleza; ella es la que la colocará en la dignidad que le corresponde.

Si es maravilloso que la gracia consiga reducir la carne al imperio del espíritu[[540]](#footnote-540), todavía lo es más el que logre infundirle a éste tal fuerza que llegue, por decirlo así, a odiar y a destruir la carne, rehusándole aun aquello que estaría permitido, proporcionándole en cambio lo que le repugna y desagrada, estando siempre pronto a hacer de ella un sacrificio y hasta a aniquilarla en honor de Dios. ¿No es acaso magnífico que vírgenes y débiles niños como santa Inés, santa Eulalia, san Pancracio y otros muchos hayan triunfado con la sonrisa del furor de los tiranos y del infierno que, con la crueldad más refinada, emplearon todos los medios para atormentados, quemarlos y torturarlos; y que se hayan burlado con una santa alegría de todos los males y de todos los suplicios? ¿Hablaré de los santos ermitaños, de los Padres del desierto y de tantos otros santos que voluntariamente vivieron largos años en la mayor miseria y en el silencio, que alejaron cuanto podía halagar la carne, que, no contentos con refrenar la sensualidad, mediante ayunos y maceraciones, se esforzaron por destruir esta carne y vivieron como ángeles, Como si no llevaran a cuestas el peso del cuerpo? ¿De dónde venía a Barsanufio, por no citar más que un nombre entre mil, el coraje sobrehumano de vivir durante cincuenta años en una estrecha caverna, oculto a los ojos de los mortales, sin alimento ni alivio humano, sino de la fuente inagotable de la gracia?

Es más fuerte que la naturaleza la gracia; por su influjo se arma la naturaleza contra sí misma y así puede renunciarse, mortificarse y hacerse una santa violencia. Gracias a ella nos es posible el sacrificio sobrehumano y la perfección que Nuestro Señor nos pide cuando enseña que debemos abandonar todo lo que sabe a naturaleza, aun las cosas más queridas, y que debemos odiar y sacrificar nuestra propia alma. Ahí tenemos precisamente el mayor milagro de la gracia, pues no solamente enseña a nuestro espíritu a mortificar y abandonar la carne, sino también a renunciarse y abandonarse a sí mismo, sacrificando la propia voluntad, el propio juicio y la libertad natural, y ofreciéndose a sí mismo a Dios con una obediencia incondicional, como la víctima más bella y más perfecta.

Esta violencia, que la gracia hace a la naturaleza, a primera vista parece inhumana, un mal antes que un bien; ese es el motivo de que la naturaleza se subleve en tal forma. Pero la gracia no pretende matar la naturaleza sino para hacerla renacer a una vida nueva, celestial. Despojándola y todo de cuanto posee, ama y desea, aun de sí misma, en el mismo acto de desgarrarla y herirla en lo más íntimo, derrama sobre esa herida un bálsamo tan suave que nada hay para la naturaleza tan dulce como este despojo y desgarramiento. Pregunta a los santos si han experimentado jamás mayores delicias que en los momentos en que hicieron renuncia de sí mismos y se ofrecieron en sacrificio a Dios con su cuerpo y alma. En nombre de todos, te responderá san Francisco de Xavier, diciéndote que él no conoce nada que sea placentero como el vencerse y el mortificarse. Interroga a tu propia conciencia y oirás, por toda respuesta, que jamás conociste gozo más profundo y más íntimo que en el momento de reprimir un violento deseo de la naturaleza, y, en términos generales, que nunca fuiste tan dichoso como al realizar, con la ayuda de la gracia, un acto de renuncia heroica.

Si la gracia ha podido dar a los santos un vigor tan sobrehumano y maravilloso que, en esfuerzo heroico, supieron elevarse sobre sí mismos y llevar en la carne una vida angélica, ¿no ha poder darte la fuerza necesaria para vivir como hombre en conformidad a tu dignidad natural, y no como animal, esclavo de la carne? Créeme, la gracia lo puede todo; cuando hubieres experimentado su poderoso influjo, no podrás menos de exclamar con el Apóstol: “Lo puedo todo en aquel que me fortalece”[[541]](#footnote-541); puedo domeñar la carne ardiente, encadenar las pasiones, destruir las concupiscencias, arrancar los malos hábitos, cercenar las tendencias y afectos pecaminosos, aun cuando el cuchillo deba penetrar hasta hacer saltar la sangre; puedo humillarme y someterme a todos por Dios; puedo finalmente morir con Cristo y para Cristo, morir lentamente, sin decaimiento, con alegría, dichoso.

¡Oh fuerza celestial, beneficio, milagro de la gracia! ¡Tú transformas la débil caña, la pelusa liviana, la burbuja de jabón de nuestra naturaleza en una columna de bronce, en un muro sólido como una roca! La haces fuerte e invencible contra los enemigos exteriores y, lo que es más, contra ella misma.

Porque la gracia preferentemente no manifiesta su fuerza haciendo más fuertes a los ya fuertes, sino uniéndose con la mayor debilidad. Lo dice el Apóstol: “La fuerza se manifiesta perfecta en la debilidad”; y agrega: “Por ello me glorío en mis debilidades, para que así habite en mí la fuerza de Cristo. Por tal motivo me complazco en mis debilidades, en las injurias, en las miserias, en las persecuciones, en las tribulaciones por Cristo; porque cuando soy débil, entonces me siento fuerte”[[542]](#footnote-542).

La fuerza maravillosa de la gracia se manifiesta en nosotros cuando somos débiles y porque lo somos. Hubiera podido darnos Dios, como a nuestros primeros padres en el paraíso, una naturaleza sana y fuerte, de manera que la gracia sólo tuviera que elevarla y transfigurarla. Podía asimismo, mediante la gracia que hace de nosotros hijos suyos, quitarnos toda debilidad y toda miseria. Esto no sería tan glorioso, ni para la gracia ni para nosotros mismos; ni manifestaría tanto el maravilloso poder que nos confiere ese don celestial como cuando por él, es el caso presente, podemos triunfar de nuestra debilidad y de nuestra miseria.

Agradezcamos a Dios de todo corazón los milagros que por la gracia obra en nosotros; mostrémosle nuestro reconocimiento no dudando nunca de ella y confiando con una fe inquebrantable, en medio de nuestra pobreza y de nuestra enfermedad, en la palabra que Dios dirigiera al Apóstol: “Te basta mi gracia; porque la virtud se perfecciona en la debilidad”[[543]](#footnote-543). No nos lamentemos si la carne y el demonio nos asaltan con molestas tentaciones en las que nos imaginamos deber sucumbir. Aun cuando no se nos prohíba el desear que desaparezcan o el rogar por esa intención, si con todo Dios no quiere libramos de ellas, soportémoslas con paciencia y hasta con alegría; porque en esta forma estaremos seguros de que quiere que su gracia brille en nosotros del modo más resplandeciente, y de que quiere darnos ocasión de un triunfo y de una victoria espléndidos, sobrehumanos. Debemos pues considerar, no como un yugo pesado, sino como un honor y un gran gozo el estar en condiciones excelentes de renunciar, por la gracia, a nuestra naturaleza y a mortificarla.

LIBRO CUARTO

ALGUNOS OTROS EFECTOS Y PRIVILEGIOS DE LA GRACIA DIVINA

Capítulo I:

La gracia nos hace desde todos los puntos de vista dignos de una providencia especialísima de Dios

Los efectos que la gracia produce en nuestra alma son tan grandes y tan maravillosos como la unión misteriosa con Dios en la que nos introduce. La gracia es una luz divina que derrama sobre nuestra alma bendiciones y beneficios muy superiores y mucho más abundantes que los que derrama sobre la tierra la luz del sol. Destruye en efecto de un solo golpe el más terrible y tenaz de todos los males, el pecado mortal; nos fecunda con gérmenes de virtudes celestiales y divinas que nos hacen tomar parte en la propia vida eterna y merecer la dicha del cielo; nos trae los siete dones del Espíritu Santo y toda una serie de otras gracias que necesitamos para ganar el cielo; nos hace participantes de los méritos y de las satisfacciones de Cristo y de todos los santos; finalmente, triunfa maravillosamente de toda nuestra debilidad y de nuestra miseria.

Son tan grandes y tan numerosos estos bienes que podría parecer hubieran agotado los tesoros contenidos en la gracia. Sin embargo, todavía se dan otros que merecen una atención especial. Constituirán el objeto de este libro, en que se demostrará cómo, a ejemplo de los ángeles fieles y de todos los santos, debemos amar y apreciar las maravillas de la gracia.

Partiendo de que, por la gracia, es un hecho nuestra filiación divina, y de que por lo tanto estamos envueltos en una ternura inefable juntamente con el Unigénito del Padre, podemos estar seguros de que Dios velará sobre nosotros en todo evento con una preocupación verdaderamente paternal. Podemos confiarle con seguridad absoluta nuestros deseos y nuestras inquietudes; tenemos motivos para esperar de él, no solamente el reino celeste, sino también todo el resto, siempre que ello nos sea provechoso y saludable.

“Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”, dice el Salvador[[544]](#footnote-544). El reino de Dios es la gracia, por la que Dios reina en nosotros y merced a la cual estamos llamados a reinar con él; y la justicia del reino de Dios no es otra cosa sino la justicia de la gracia de la que, como hijos de Dios, estamos adornados. El que resulte fácil la condición exigida por Dios en este contrato no quita que sea en sí precioso y apetecible. Busquemos solamente el cielo, y la tierra nos será dada. Cuando pertenecemos únicamente a Cristo y a Dios, todo es nuestro. Nos dice el Apóstol, como dijera en otro tiempo a los fieles de Corinto: “Porque todas las cosas son vuestras, bien sea Pablo, bien Apolo, bien Cefas; el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro: todo es vuestro; vosotros, empero, sois de Cristo, y Cristo es de Dios”[[545]](#footnote-545). Los santos están a nuestra disposición para ayudarnos; la vida, para hacernos felices en Dios; la muerte, para llevamos a él; el presente, para servir a nuestras necesidades; el futuro, como algo sobre el que ya poseemos cierto derecho; el mundo, porque nos está sometido y porque para nosotros ha sido formado.

¡Dichoso estado! Con que pertenezcas a Dios, te conviertes en dueño de todas las cosas, “porque” -dice san Buenaventura- “el Señor, el Amigo, el Padre no permitirá que falte nada a su servidor, a su amigo, a su hijo”.

No se contenta Dios con parangonar su solicitud paternal con los cuidados de una madre con su pequeño; va infinitamente más allá: “Aun cuando una madre pueda olvidar a su hijo, yo no te olvidaré”[[546]](#footnote-546). “Escuchadme ¡oh casa de Jacob! y vosotros todos, restos de la casa de Israel, a quienes llevo yo en mi seno, dice el Señor; yo mismo os llevaré hasta la vejez, hasta que encanezcáis: yo os creé, y yo os llevaré, yo os sostendré y os salvaré”[[547]](#footnote-547). “El que te tocare”, leemos en el profeta Zacarías, “toca la pupila de mis ojos”[[548]](#footnote-548). “Nos ocultó en su tienda, y en los días aciagos nos puso a cubierto en lo más recóndito de su pabellón”[[549]](#footnote-549).

Si Dios nos ama tanto, si por nosotros manifiesta tanta solicitud, cuidándonos y protegiéndonos desde el momento en que por la gracia hemos llegado a ser hijos suyos, ¿qué podrá faltamos, cuanto al cuerpo o cuanto al alma, que nos sea verdaderamente útil y nos haga felices? Si Dios alimenta a los animales, si viste a las flores del campo, ¿cómo ha de descuidar a los hombres y, sobre todo, a sus hijos?

Escuchemos al mismo Salvador: “No os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué, ¿no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas? Contemplad los lirios del campo cómo crecen. Ellos no labran, ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió como uno de estos lirios. Pues, si una hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?[[550]](#footnote-550)

Después de lo dicho, ¿puede existir para nosotros algún motivo de preocupación, si estamos en gracia? Como a herederos del cielo, nos pertenece la eternidad, y, sobre la tierra, Dios vela por lo que pudiéramos necesitar. Como nos exhorta san Pedro, podemos “descargar sobre él todos nuestros cuidados, porque él se preocupa de nosotros”[[551]](#footnote-551). Desde el momento en que Dios nos asiste, no tenemos por qué temer a nadie; si él nos cubre con sus alas, ninguna desdicha debe espantarnos; no hay por qué preocuparse ni del alimento ni del vestido, pues hay un Padre celestial que vela por nosotros, sus hijos, con mayor solicitud de lo que podríamos hacerlo nosotros o un padre humano.

Mas veo que a tus labios aflora una objeción -¿por qué entonces los hijos de Dios sufren a veces más que los hijos del mundo y los pecadores? ¿Por qué con tanta frecuencia se ven en la miseria? ¿Por qué gimen en la indigencia y son visitados por las duras pruebas de la desdicha? ¿Por qué también a ellos les alcanzan las enfermedades y las tribulaciones, de modo que parecen los más abandonados de Dios?

La respuesta es sencilla. Puedes tener por cierto que ningún infortunio hará presa en ti sin una permisión especial de Dios, y que, mientras permanezcas en tu condición de verdadero hijo suyo, únicamente lo permitirá guiado de su amor hacia ti, para tu mayor bien[[552]](#footnote-552). Todas las desdichas son dones especiales del amor paternal de Dios, que, por ellas, quiere hacerte semejante a su propio Hijo, quien debió igualmente pasar por el sufrimiento para entrar en su gloria[[553]](#footnote-553). “Sabemos que todo concurre al bien de los que aman a Dios, de aquellos que, según su designio, son llamados a ser santos[[554]](#footnote-554). Estos sufrimientos reciben por la gracia una consagración sobrenatural; en cierto sentido, consumen nuestra naturaleza en honor de nuestro Padre celestial como un holocausto impregnado del incienso de la gracia. Deben asimismo excitar en los hijos de Dios un deseo ardiente de la patria celestial, para impedir que se aficionen al lugar de su destierro o que se abandonen a los bienes terrenos, apartando así su corazón de los bienes celestiales.

Como hijos de Dios, estamos destinados a la eternidad y tenemos desde ahora un derecho sobre ella; todas las cosas temporales no pasan de medios para lograr el bien eterno. Cuanto más seguramente un objeto conduce a este fin, sea dulce o amargo, duro o agradable, tanto mayor valor debe tener para nosotros, y en consecuencia debemos admirar más en él la Providencia temporal de nuestro Padre celestial. Se comprende que los paganos vayan tras los bienes pasajeros, que se lamenten de los años estériles, que miren con ansiedad la tempestad y el viento: nada tienen en perspectiva de más elevado donde fijar sus esperanzas; mas para nosotros los bienes temporales sólo son medios, prestados para un uso pasajero, para que ganemos con ellos los bienes supremos de la eternidad.

Quiera Dios que siempre apreciemos cual es debido nuestra alta dignidad y la maravillosa Providencia divina. De ese modo juzgaremos indigno de nosotros ocuparnos con tanta ansiedad de los asuntos temporales y al apegar nuestro corazón a estas futilidades terrenas. Imprimamos profundamente en nuestro corazón las siguientes palabras de san Pedro Crisólogo: “Después que el Señor ha sido tan generoso para con nosotros, y con tal abundancia nos ha dado su gracia, nos ordena, recuérdese que hemos sido llamados a dominar como reyes, desprendemos de los miserables despojos de nuestra servidumbre. “Vended lo que tuviereis y dadlo como limosna”[[555]](#footnote-555). La dignidad real no está de acuerdo con un vestido vil; este gran honor va acompañado de la diadema y la púrpura. El que se cree ungido por Dios como rey debe abandonar el vestido propio de siervos. Cuando el Rey supremo se fija en que alguien osa tomar puesto en su festín con un traje indigno de su majestad, lo hace atar, sacarlo fuera y lanzarlo en las tinieblas más profundas, porque el aspecto inconveniente de un invitado deshonra al huésped. Así también, aquel que conserva los bienes de la esclavitud anterior una vez dotado de los tesoros y riquezas reales, queda prisionero de su miseria sin poder ser dichoso”[[556]](#footnote-556).

No debemos pues buscar los bienes temporales, sino más bien privamos de ellos y darlos gustosos para adquirir el cielo. No debemos buscar sino los bienes eternos de la gracia; todo lo demás, si nos es realmente útil y no está ordenado únicamente al boato exterior, se nos dará por añadidura; por el contrario, sin la gracia, todo ello no puede menos de sernos dañino y peligroso.

“¿Por qué, pues,” clama el Profeta, “por qué gastáis vuestro dinero en cosas que no son alimento, y vuestras fatigas en lo que no puede saciaros?”[[557]](#footnote-557). Sin dinero y sin fatiga, compremos únicamente a Cristo, y él nos confortará; su gracia será en nosotros una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna; ella excitará en nuestra alma hambre y sed de los bienes celestiales, más amables y benéficos que cualquier hartazgo en este mundo.

Capítulo II:

La compañía de innumerables ángeles hace más agradable la gracia

No contentándose Dios con reinar, mediante su Providencia amable y poderosa, sobre los hombres que están en gracia, les envía legiones de espíritus para protegerlos, custodiarlos y servirles.

En el Apocalipsis, la mujer revestida de sol, imagen del alma dotada de gracia, tenía a su lado al arcángel san Miguel y a una legión de ángeles[[558]](#footnote-558). Jacob, tan elevado en la perfección delante del Señor, cuando, al volver a su patria, divisó a los ángeles que salían a su encuentro, asombrado, reconoció en ello los tabernáculos de Dios[[559]](#footnote-559). Eliseo los veía listos y con el arma al brazo, como poderosas tropas enviadas en su ayuda y en socorro de su discípulo[[560]](#footnote-560). Y el abad Isidoro, dirigiéndose desde un lugar elevado al abad Moisés, probado por las tentaciones más recias, le señalaba las falanges de santos espíritus, al propio tiempo que le decía: “Todos éstos son enviados por Dios en ayuda de sus servidores, y, como lo ves, de nuestro lado hay muchos más que en la parte de nuestros enemigos”. En esta forma se cumple la profecía del Salmista: “El ángel del Señor extenderá su tienda sobre los que temen al Señor”[[561]](#footnote-561).

¿Qué puede mover a Dios a enviar del cielo sobre la tierra, para que se pongan al servicio de los hombres pobres y miserables, legiones de espíritus celestiales que rodean su trono, que le alaban y sólo a él sirven? ¿Qué es lo que puede llevar a los ángeles, absortos en la contemplación dichosa del rostro del Padre celestial, a ofrecer su socorro a viles gusanos de la tierra y hacernos compañía con toda fidelidad? ¿Qué dignidad es la nuestra que merecemos estar tan bien acompañados? ¿Cuál es la tarea que los ángeles han de realizar en nosotros, pues debe estar a la altura de su dignidad y de su solicitud? Veámoslo.

Si nos fijamos en nuestra naturaleza, más bien nos tocaría a nosotros prestar servicios a los ángeles. Pero la gracia nos confiere un puesto tan elevado que aun los ángeles superiores, lejos de juzgar como cosa menos digna de ellos, tienen a gran honor el poder sernos útiles. Saben perfectamente, todavía mejor que nosotros, que por la gracia se convierten nuestras almas en verdaderas hijas y esposas de su Rey; no desconocen que se nos ha dado una dignidad que ni ellos la tendrían por su naturaleza. Reconocen en nosotros la imagen sobrenatural de Dios y tienen conciencia de deberlo honrar en nosotros. Dejamos de asombramos de que vengan hasta nosotros, de que sean enviados por Dios, desde el momento en que consideramos que el Espíritu Santo y toda la Santísima Trinidad desciende por la gracia a nuestra alma para fijar en ella su templo santo, su morada. Si el Rey de los ángeles se abaja con tanto amor hasta nuestra alma, si permanece en ella con gozo y no acierta a separarse, sería de maravillar que su séquito no se diera prisa por rodear y custodiar con sus numerosas milicias el lugar donde reposa su Soberano.

¿Quién puede comprender el honor de que es objeto nuestra alma cuando, convertida en esposa de Dios, se ve rodeada de su corte, que se esmera por rendirle sus homenajes y prestarles sus servicios? El amor propio del hombre nada conoce que supere la majestad de un rey poderoso, honrado por todo un pueblo, rodeado de un ejército de servidores vestidos de resplandeciente librea, en tanto que la nobleza y los príncipes de su país le forman brillante cortejo. ¿Y no será envidiable la gloria de un alma en gracia, rodeada y honrada, no por hombres sino por ángeles, no por los príncipes de este mundo sino por los del cielo, empeñados en manifestarle, no ya una sumisión exterior y forzada, sino un respeto y amor profundos y sinceros?

La función y el servicio que deben cumplir los ángeles en torno nuestro es algo tan elevado y divino que deben sentirse dichosos de ser elegidos para ello. La comunicación y el aumento de la gracia son obras tan bellas que ni el mismo Dios puede realizar nada más hermoso en una pura criatura. Y todos los ángeles, según el Apóstol, son “espíritus servidores, enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud”[[562]](#footnote-562). Vienen hasta los hijos de Dios introduciéndolos su celestial herencia. No sería digno de los ángeles el ayudarnos en la adquisición de los bienes terrenos, de las riquezas, de los placeres y de la ciencia humana; ni siquiera el alejar de nosotros los males temporales y corporales. Únicamente la gracia y su compañera inseparable, la herencia celestial llegan a ser suficientemente preciosas para que desciendan del cielo a ayudarnos en su adquisición y amento, para impedir que las perdamos. La gracia merece toda su atención; su empeño constante se cifra en que este tesoro precioso se mantenga y crezca en nosotros, vasos frágiles.

No obstante, como nuestro Padre Celestial, también los ángeles se ocupan en proporcionarnos bienes terrenos y en librarnos de males corporales; pero lo hacen sólo porque somos hijos de Dios y en cuanto la prosperidad temporal puede sernos ventajosa para conseguir el cielo. Buscan simplemente nuestra verdadera felicidad; trabajan con un celo y amor desconocidos entre los hombres, inferiores, únicamente al celo y al amor divinos.

Nada puede halagarnos tanto como una escolta tan solícita, un cuerpo de guardia de corps tan poderoso, enviado por Dios para proteger a sus hijos, al que, según el Salmista, ha ordenado “custodiarnos en todos nuestros caminos, llevarnos sobre sus manos para que nuestros pies no choquen contra alguna piedra”[[563]](#footnote-563). Ya no hay por qué temer, pues los espíritus celestiales son más poderosos que los infernales. Tampoco podemos lamentarnos de nuestra soledad y abandono, teniendo como tenemos tantos aliados fieles y poderosos. A no ser que nos entreguemos al enemigo, o le presentemos estúpidamente nuestras manos para que las encadene, es seguro que hemos de salir sanos y salvos del combate, después de haber puesto al enemigo en vergonzosa fuga.

Moisés con su plegaria, Josué con su valeroso combate, aniquilaron la fuerza de los enemigos de Israel; ¿cómo es posible que nosotros dudemos de la victoria, siendo así que, en la tierra, combaten a nuestro lado los ángeles y, en el cielo, ruegan por nosotros los serafines? Mientras ellos luchan por nuestra causa, no la descuidemos nosotros, luchemos, roguemos y no despreciemos la asistencia que nos ofrecen con tanto interés y benevolencia.

Cristiano, podrás hacerte cargo del honor y de la alegría que supone tal compañía, si te comparas con un débil y errante corderillo, amenazado por cien lobos hambrientos, y rodeado repentinamente de tantos guardianes que te arrancan de sus dientes. ¡Pobre corderillo si hubiera quedado solo y abandonado, a merced de enemigos tan poderosos! Por el contrario, ¡qué contento no ha de experimentar si se ve rodeado, no ya de perros, sino de tantos pastores como lobos le acechan! Somos también nosotros débiles corderos, amenazados por mil lobos infernales, a cuyo furor sucumbiríamos sin duda, si no vinieran en nuestro socorro protectores aún más poderosos. Entre éstos cabe contar, no solamente a los pastores de la Iglesia que Dios nos dio como ayuda sobre la tierra, sino también a los príncipes del cielo, y en número imponente. Seámosles agradecidos, aceptemos y utilicemos con alegría y prontitud su ayuda. Esforcémonos por hacernos dignos de su compañía y de su socorro.

Llevemos una vida que les agrade y que puedan presentarla sin avergonzarse a los ojos de Dios. Cultivemos en nosotros las costumbres divinas, las que están en consonancia con esta corte celestial. Que nuestros sentidos se separen de las cosas de este mundo y se tornen hacia el cielo a una con la mirada de los ángeles. Que nuestro corazón esté atento a sus insinuaciones y dócil a sus inspiraciones. Sobre todo, con empeño, mantengamos en nosotros la gracia que, ya en esta vida, nos hace ciudadanos del cielo y hermanos de los ángeles, y por la cual únicamente somos dignos de su compañía y de sus servicios.

Si la gracia nos abandona, nuestra alma deja de ser hija y esposa de Dios; en un abrir y cerrar de ojos, toda la corte celestial que nos rodeaba, numerosa y reverente, se dispersa. En la medida en que los ángeles honraban nuestra alma a causa de la gracia, aborrecen ahora y abandonan su cadáver, privado de vida y desfigurado por el pecado grave. En cambio, un numeroso tropel de espíritus malignos nos asalta y toma posesión de nuestra alma, para atormentarla y desgarrarla. Así como anteriormente los ángeles no acertaban a separarse de nosotros, así ahora los demonios, por nuestro estado de pecado, no nos dejan un instante; en tal forma nos vigilan que nuestro mismo ángel custodio sólo con dificultad puede acercarse a nosotros.

Los ángeles, es cierto, no cesan de protegernos y de rogar por nosotros, pero lo hacen de lejos y sólo para poder volver a nosotros mediante la gracia.

Paremos mientes en santa Magdalena que, como nadie quizás, experimentó lo que sea el pecado y la dulzura de la gracia. Siendo todavía pecadora, una turba de espíritus infernales había tomado posesión de ella[[564]](#footnote-564); mas, con la gracia, fijó en ella su residencia una multitud de santos ángeles. Toma en consideración este ejemplo y luego decide cuál de los dos estados escoges para ti.

Capítulo III:

Fuera de la gracia no se da en este mundo verdadera felicidad

Si la gracia lleva consigo todos los bienes descritos, y si nos coloca, según acabamos de verlo, bajo la protección especial de la Providencia divina y de los ángeles, podemos imaginarnos fácilmente la profunda ventura y felicidad que ella prepara desde esta vida a los que la poseen y la conservan. Si agregamos a esto que fuera de la gracia no hay en este mundo verdadera dicha, nuestro propio interés no da lugar a ninguna excusa; si queremos ser felices, estamos obligados a buscar únicamente en la gracia de Dios nuestra fortuna.

Basta que acudamos al testimonio de nuestro corazón y de nuestra experiencia diaria para convencernos de que los tres principales bienes en los que coloca el mundo la felicidad, a saber, los goces sensuales, las riquezas y los honores humanos, en lugar de hacernos dichosos y dejarnos contentos, nos atormentan y causan nuestra infelicidad, y tanto más cuanto con mayor intensidad gozamos de ellos y los poseemos[[565]](#footnote-565).

Si la beatitud consiste en la posesión y en el goce perfecto de todos los bienes, en especial de los más nobles, ¿cómo podría radicar en el ‘deseo carnal’, que marchita la dignidad de nuestra alma racional, oscurece su ojo espiritual y la rebaja a los viles goces de los animales privados de razón; que despoja al alma de su libertad natural, la precipita en la vergonzosa servidumbre de la carne y la empuja a faltas y horrores que no pueden estar inspirados por la verdadera dicha, que siempre es pura y buena? La concupiscencia carnal, sobre todo cuando se la considera como el mayor bien y se bebe de ella a copa llena, enerva y turba el mismo cuerpo. Sucede lo que a un campo en el que el agua se estanca: pierde su fertilidad, se corrompe. Del mismo modo, dice san Juan Crisóstomo, el cuerpo se quebranta, se corrompe y es atormentado por innumerables enfermedades, incurables y repugnantes, procedentes del placer; este cuerpo se pudre vivo, es más atroz su vida que una muerte sin cesar renovada.

No constituyendo las ‘riquezas’ sino un medio por el que podemos conseguir las satisfacciones sensibles o los honores humanos, es claro que en sí no llevan la verdadera felicidad. Porque ésta última no se desea como medio sino como fin, por sí misma, pues debe satisfacer, en una posesión placentera, todos nuestros deseos. Además, como lo indica la Escritura, las riquezas son espinas[[566]](#footnote-566); sea que las clavemos en nuestro corazón, sea que nos las arranquen, punzan y hieren. Excitan la codicia insaciable de bienes, y, como nunca tenemos cuanto deseamos, nos hacen en realidad pobres y desdichados. Sólo cuando las despreciamos y las desdeñamos dejan en paz nuestro corazón; comprenderemos ahora por qué el Salvador alabó a los pobres de espíritu.

¿Qué decir de los ‘honores’ tributados a los hombres, pues residen no en nosotros, sino fuera de nosotros? En el caso de ser verdaderos y merecidos, representan una sombra de virtudes y de privilegios poseídos interiormente, y sería insensato pensar que la corteza nos hará más felices que la médula. No me detendré a describir cuán vana, equívoca, inestable y poco segura sea esta clase de bienes. Gráficamente pinta san Anselmo la imagen del orgulloso, comparándolo a los niños que se esfuerzan por atrapar gorriones; a cada momento quedan engañados por su vuelo rápido y caprichoso. En su empeño vano, corren estos niños en todas direcciones, juntan, cual si estuvieran llenas, sus manos vacías, sonríen como si hubieran dado con la presa, pero ven que ésta huye, y entretanto tropiezan, caen a tierra, hasta se dislocan un miembro. Y si por ventura se apoderan del pájaro, se regocijan de su glorioso botín y se ufanan como si hubieran conquistado un reino. Así se agitan y se atormentan los orgullosos, cuando van en pos de un renombre que siempre va huyendo de ellos; si consiguen apoderarse de una partecita, no se dan cuenta de que su gozo es vano y de que dentro de un momento pueden verse privados de ella.

Cada uno de estos tres bienes, tomados por separado, no pueden satisfacer nuestra alma, y otro tanto ocurre con el conjunto. Son demasiado miserables para que llenen nuestro corazón, sobrado difíciles de conseguir para que los tengamos siempre a nuestra disposición, harto fugitivos como para no estar siempre temiendo su pérdida, demasiado peligrosos para que, sin reserva, podamos entregarnos a su goce y hallar en ellas mismas la verdadera paz.

“Nuestro corazón ha sido hecho para Dios, y está inquieto hasta que descanse en él”, dice san Agustín[[567]](#footnote-567). Ya en su naturaleza es demasiado noble nuestra alma para que pueda contentarse con los bienes sensibles y exteriores. Es inmortal y suspira por una felicidad eterna e imperecedera. Allí donde esta esperanza falta, no puede haber dicha verdadera, ni un momento de paz.

Mucho menos puede nuestra alma encontrar reposo en este mundo, si es que sabe cuál es el destino al que está llamada por la gracia. Un hombre del pueblo, de baja condición, puede sentirse dichoso en su estado, contento de los bienes y de las satisfacciones que éste le permite. Pero supongamos que este hombre hubiera sido adoptado como hijo por un gran rey, o que hubiera llegado a su estado actual por un infortunio con plena conciencia de que desciende de la real familia, en tal caso es manifiesto que no podría soportar la suerte que otros encuentran buena y justa, no descansaría hasta haber obtenido el esplendor real. Pasa lo mismo con nosotros. Aun en el supuesto de que los bienes de este mundo pudieran en alguna manera hacer al hombre feliz, no serían capaces de aquietar el corazón del que se sintiera llamado al cielo y se viera destinado a la dignidad de los hijos de Dios. Es tan noble este corazón que el mundo entero está a sus pies, es tan amplio que no lo pueden llenar todas las cosas creadas, y ni el mismo Dios puede satisfacerlo si no es volcándose en él con su felicidad y su gloria.

¿Crees por ventura que puedes olvidar esta grandiosa vocación, al sujetar tu corazón al mundo y satisfacerlo en su vil bajeza? ¿No es acaso tu mayor desdicha y la vergüenza más indigna esta cruel insensibilidad para con tu felicidad propia?

No, jamás lograrías tu dicha en tu decadencia y en tu envilecimiento. Oponte a la gracia con todas tus fuerzas. cierra tu corazón a su benéfico influjo; pero puedes tener por cierto que esa gracia penetrará en él, si no para llenarlo, al menos para hacerle experimentar su vacío. Ella crea en él la necesidad de lo Infinito y del cielo, no le permite un instante de descanso apacible y perfecto en los bienes terrenos y finitos. Cuanto más pretendas saciar tu corazón con los bienes de este mundo, tanto más excita en él la gracia hambre y sed de los bienes celestiales. ¡Desdichado de ti si no apaciguas este hambre y esta sed bebiendo a grandes sorbos la gracia! Se vengarán de modo terrible tanto la gracia como la naturaleza; la gracia se convertirá en una maldición para tu corazón, porque no le permitió hacerlo feliz; la naturaleza se sublevará contra él, porque le ha querido arrancar violenta e injustamente su mayor bien y su salvación eterna.

“Hijos de los hombres, ¿todavía seguiréis amando la vanidad y correréis tras la mentira? Tenedlo entendido que el Señor sabe glorificar a maravilla a sus santos”[[568]](#footnote-568). He aquí lo que grita el Salmista a cuantos, sobre la tierra, buscan su felicidad fuera de la gracia. Al igual que Salomón, en todas partes encuentran sólo “vanidad, vanidad de vanidades”, y al fin de cuentas se ven forzados a confesar que “todo es vanidad y aflicción de espíritu”[[569]](#footnote-569). La gracia en cambio, al hacernos santos, nos proporciona el único y supremo bien que aquí abajo se puede poseer.

No quiero referirme aquí a la felicidad que por ella obtenemos en la eternidad, sino tan sólo a la que en esta vida nos depara.

Y ante todo, debemos a ella la esperanza de la felicidad celestial; aun cuando en este mundo no tuviéramos otra cosa, bastaría ella para que nuestro corazón fuera más dichoso que por la posesión de todos los bienes terrenos. Solo el pensar que los goces celestiales exceden infinitamente toda concepción y todo sentimiento del alma humana, y que, por parte de Dios, los hemos de lograr con una infalible seguridad, es suficientemente poderoso como para reconfortar y aquietar por completo nuestro corazón[[570]](#footnote-570).

Por la gracia poseemos a Dios, bien supremo e infinito, no solamente mediante la esperanza, sino en verdad, realmente; desde ahora podemos estrecharlo y gustar de su dulzura. Por la gracia somos verdaderos portadores de Dios, con todo derecho lo llamamos nuestro, y quedamos en tal forma unidos a él que ningún poder ni en el cielo ni en la tierra nos lo puede robar. Gracias a ella, lo estrechamos fuertemente entre los brazos del amor santo, lo apretamos contra nuestro corazón, lo miramos y nos interiorizamos con él de tal manera que llegamos a formar con él un solo corazón y una sola alma. Por la gracia disfrutamos ya actualmente, en la unión con Dios, de las mayores delicias y de una satisfacción que supera los deleites sensibles como el cielo a la tierra; poseemos el más rico tesoro, puesto que tenemos en nosotros al que todo lo ha creado, cuya grandeza no conoce límites; gozamos del mayor honor, pues a los ojos de Dios y de los ángeles aparecemos como verdaderamente grandes, y somos infinitamente estimados y honrados por ellos.

Sobre todo, la gracia nos proporciona esta paz celestial que el Hijo de Dios ha traído a la tierra, la paz de Cristo, de la que dice el Apóstol: “Que la paz de Cristo, que sobrepuja todo sentimiento, colme de exultación vuestros corazones”[[571]](#footnote-571).

Esta paz, al mismo tiempo que el fruto más sabroso de la gracia, viene a ser la primera condición de la felicidad verdadera y perfecta. Efectivamente, la paz es algo tan celestial que el mundo ni siquiera se atreve a simular poder lograrla; se limita a prometer a sus hijos lo que reluce, los goces, las satisfacciones, pero no la paz; se esfuerza por hacer creer a sus hijos que la verdadera felicidad no radica en el reposo de la paz, sino en una incesante variedad y en un mudarse eterno. ¡Enorme engaño! ¿Qué es la felicidad, sino el reposo del deseo? ¿Cómo encontrar este reposo fuera de la paz?

Por el contrario, si la gracia nos promete la felicidad, debemos prestarle crédito, desde el momento que coloca en la paz la verdadera dicha. Ella nos da realmente esta paz al unir nuestro corazón, en un amor imperecedero, a la bondad eterna e inmutable de Dios, en quien estamos igualmente unidos a los hombres, al establecernos en Dios como en una roca inconmovible y al entregarnos a él para reposar como en el origen de toda vida y de toda alegría. Mientras conservemos la gracia, nadie en el mundo podrá contristarnos ni despojarnos de esta paz celestial y divina y de esta felicidad. Piérdase todo lo demás, vuélquese sobre nosotros lo que el mundo llama infortunio y miseria; si poseemos a Dios, lo tenemos todo; solo él nos basta, para que nuestro corazón quede colmado, para que de nada haya menester.

El bálsamo de la gracia hace que cada uno de los sufrimientos y contrariedades nos resulten llevaderos, más aún, dulces y agradables. El hombre entonces se siente dichoso de poder sufrir alguna cosa por Dios y para el cielo; por Dios, a fin de testimoniarle su reconocimiento y su adhesión; para el cielo, a fin de comprarlo siquiera de esta manera, de suerte que no parezca que lo recibe sin haber hecho nada. La gracia santifica y glorifica cuanto de bueno encuentra en la naturaleza, y también, si exceptuamos el pecado, todas las imperfecciones y todos los males, comunicando a todo ello un valor infinito. Por algo ansiaban los santos verse colmados de sufrimientos y de aflicciones y sobrellevarlos por Dios.

Si la gracia tiene la virtud de cambiar en dulce lo que es amargo, en piedra preciosa todo sufrimiento, el luto en alegría; si nos comunica esta paz celestial que el mundo no puede dar, si nos hace disfrutar de Dios en esta vida y además nos da la esperanza de la felicidad eterna, ¿no podemos afirmar que nos hace verdaderamente felices ya en este valle de dolor? ¿Por qué vacilamos entonces en arrojarnos en sus brazos y en buscar sólo en ella la paz verdadera y la dicha perfecta? No nos dejemos engañar por las vanas apariencias mediante las cuales el mundo trata de sofocar y adormecer el deseo profundo de nuestro corazón por la verdadera dicha. Sigamos únicamente el llamado poderoso, la nostalgia íntima, ardiente, infinita que la gracia despierta en él; prestemos oído atento a los suspiros inefables que el Espíritu Santo hace surgir en él y sigámoslos hasta la fuente de la que provienen; de esta suerte no nos perderemos y gozaremos ya aquí abajo de las alegrías del cielo.

¿Será necesario que te describa, oh cristiano, cuán miserable y desdichado te haces al perder la gracia, al cometer el pecado?

La desventura del pecado guarda proporción exacta con la felicidad que la gracia te prepara. El pecador pierde la perspectiva asegurada de la felicidad eterna del cielo; su lugar está ocupado por el temor de castigos espantosos, mediante los cuales Dios se vengará del desprecio del cielo y de su gracia. El pecador pierde la paz con Dios y consigo mismo; este desacuerdo amarga todas sus alegrías y todos sus placeres. Así como la paz sobrenatural y celeste de la gracia le asegura el más amable reposo, así también la desazón del pecado lo sumerge en la inquietud más penosa. La bendición se le ha trocado en maldición. Sintiéndose rechazado del rostro de Dios, no se atreve a dirigir una mirada confiada hacia su juez irritado. Las pasiones, que continuamente fermentan en él, lo tienen agitado; su propia naturaleza se le revela, y, si todas las criaturas no se lanzan sobre él por haber osado despreciar a su amable Creador, se debe a la condescendencia y longanimidad de Dios que le espera a que haga penitencia.

Si te hubieres hallado, oh cristiano, en esta calamitosa situación, no has podido menos de experimentar una inmensa vaciedad y tristeza en tu corazón, y en tu conciencia la maldición de Dios, el torcedor del remordimiento. y si por ventura no lo has experimentado, es señal manifiesta de haber perdido toda idea y todo sentimiento de la verdadera felicidad y de haber confundido, en una ceguedad extrema, la muerte con la vida, la desdicha con la ventura. He ahí el mayor de los males: el no saber dónde está la verdadera dicha. El colmo de la miseria consiste en amarla y en no querer abandonarla.

Agradece a Dios si, por su gracia, te ha hecho ver tu extrema pobreza y ha encendido en ti el ansia de la liberación. ¿Quién sabe si en lo sucesivo, si todavía vuelves a pecar, te alargará su mano para salvarte?

Capítulo IV:

No hay punto de comparación entre la felicidad producida por la gracia de Dios y la de los hombres

Siendo cosa averiguada que la mayoría de los hombres busca su felicidad, no tanto en la gracia de Dios como en la gracia de los hombres, especialmente en los poderosos y en los reyes de la tierra, vamos a ensayar de colocar frente a frente, por más que la comparación puede parecer indigna, la gracia de Dios y la de los hombres, para ver cuál de las dos nos hace más felices en esta vida.

Si poseemos la gracia de Dios, no hemos menester del favor de los hombres, o bien lo obtendremos sin duda alguna con la ayuda de Dios, en la medida en que nos sea ventajoso. Puede Dios defendernos por su gracia contra el disfavor de los hombres y de los reyes, de manera que no nos pueda perjudicar. Por el contrario, el favor de los reyes y de los poderosos de este mundo de nada nos puede servir sin la gracia de Dios; no puede procurarnos la gracia, y menos aún preservarnos de las terribles consecuencias de la enemistad divina. Diré más todavía; este favor humano, deseado y amado fuera de toda medida, con frecuencia viene a ser la causa de que caigamos en desgracia de Dios. Demasiadas veces los hombres, para otorgar su gracia, nos exigen cosas que no pueden conciliarse con nuestra conciencia y la obediencia a Dios. ¡Desdichados de nosotros si tememos más a los hombres que a Dios! “El Señor dispersará los huesos de los que agradan a los hombres”[[572]](#footnote-572). Pereceremos con ellos y comprenderemos sobrado tarde que habíamos fundamentado nuestra esperanza sobre una débil caña, no sobre la roca inconmovible[[573]](#footnote-573).

¿Qué puede darnos, hablando en general, el favor de los reyes, para hacernos verdaderamente felices?

Puede procurarnos los bienes exteriores, las riquezas y los honores, pero no puede enriquecernos interiormente; tampoco puede darnos mayor capacidad intelectual, ni un conocimiento superior, ni una voluntad mejor y más perfecta; en una palabra, interiormente no puede hacernos más perfectos de lo que somos. En cambio, el deseo de este favor despierta en nuestra alma todas las pasiones y todos los vicios; nada hay que aleje más de la virtud y que arrastre nuestro corazón a mayor bajeza que el deseo de complacer a los hombres. Se echa mano del ardid y del engaño, de la adulación y de la hipocresía; cada cual trata de desprestigiar al otro, de quitarlo de en medio, de calumniarlo; surgen entre los rivales la envidia amarga, la celotipia ardiente, el odio implacable, la enemistad mortal; la buena voluntad del mejor de los reyes es impotente para impedir estos males.

Por el contrario, la gracia de Dios ennoblece, glorifica y perfecciona nuestra alma, confiriéndole una belleza interior y elevando todas sus facultades. Nunca es para nosotros ocasión de pecado, ni de mal alguno; lejos de ello, esparce sobre nuestro corazón todas las virtudes, y luego las excita y las nutre sin descanso. Como Dios nos la ha dado tan generosamente, no tenemos por qué usar de fraudes y de engaños para adquirirla, en tanto que todo pecado, toda injusticia es un obstáculo para su adquisición. En una palabra, cuanto más deseamos que otros participen de ella y nos esforzamos porque todos la gocen, tanto más nos regocijamos en ella.

Más aún, no está en poder de los hombres el hacernos gozar por largo tiempo y en verdad de los bienes que nos ofrecen. Puede un rey dar a sus favoritos riquezas y placeres en abundancia; pero es incapaz de procurarles en forma duradera la salud y el vigor, sin los cuales están condenados a perecer en medio de su abundancia. Está en su mano el rodearlos de consideraciones y de grandes honores, y puede ordenar a sus súbditos que les sirvan; pero no puede hacer que se les rinda aprecio y amor interiores. Y un amor forzado, simulado, en fin de cuentas es más odioso que la soledad. Supongamos, no obstante, que un rey pudiera conseguir todo esto; pero sabemos que en ningún modo puede comunicar a sus favoritos la paz interior y la quietud de corazón, meollo de la verdadera felicidad.

En cambio, la salud y la vida dependen de Dios; en su mano está el corazón de los hombres, lo puede manejar como le plazca; en su mano se halla la paz celestial que penetra nuestro corazón hasta sus profundidades. ¿No hay motivo pues para estimar la gracia de Dios infinitamente por encima de la gracia de los hombres y de los reyes?

Queda una última razón. La gracia de los poderosos de la tierra es caduca y mudable como el viento; la gracia de Dios es segura e inmutable. ¿Cómo no admirar el favor que David gozaba ante Saúl, cuando era su escudero y permanecía de continuo junto a él para regocijarle y endulzar su melancolía? Y sin embargo, luego que hubo partido de la corte, diríase que el rey lo había olvidado hasta el punto de no recordar ni su nombre, ni su familia, ni su condición; y que, excitado por su valiente victoria sobre Goliat, llegó a preguntar quién era él[[574]](#footnote-574). Ved en qué paran los servicios y los sacrificios realizados por los hombres; ved cómo termina su favor: desvaneciéndose como un sueño, agitándose como una ligera pluma barrida por el viento.

Asuero debía la vida a Mardoqueo, pues éste, mediante su fidelidad y vigilancia, había desviado de él las espadas de los conjurados. ¡Cuánto tiempo no hubo de aguardar hasta que lo llamara su salvador![[575]](#footnote-575)

Pero tú, Dios mío, jamás apartas tu mirada de los que buscan y conservan tu gracia; con cuidado y con gran seguridad escrutas todos sus actos y tomas en consideración las obras. que pueden hacerles dignos de tu favor. Nunca las olvidas ni pasas por alto sus méritos. Tu gracia, tu favor traspasan los límites del tiempo; duran eternamente.

¡No tiene nombre la injuria que te inferimos cuando apreciamos y buscamos la gracia de los hombres a la par de la tuya! No permitas que en lo sucesivo prefiramos los hombres a ti, ni que los coloquemos en el mismo pie que a ti, para que no nos alcance esta maldición: “El hombre que pone su confianza en otro hombre, sea maldito”[[576]](#footnote-576). Que más bien escuchemos estas palabras consoladoras: “Dichosos los que ponen en el Señor su confianza, pues no serán defraudados”.

Capítulo V:

La gracia encierra la iluminación más elevada, la verdadera libertad, el progreso más admirable

¡Iluminación, libertad, progreso! He aquí las palabras mágicas de nuestro siglo; representan para él los supremos bienes de la humanidad. Palabras hermosas, de profundo significado, iluminan a modo de centella todo corazón que lleva en sí el sentimiento de la dignidad y de la felicidad humanas. Pero no pasan de burda mentira, cuando el mundo se atribuye su invención y su objeto como si él los hubiera anunciado, por primera vez, siendo así que la buena nueva de la gracia divina, traída al mundo por el Cristo, no anunciaba otra cosa que la iluminación, la libertad y el progreso.

“Yo soy la luz del mundo”[[577]](#footnote-577), ha dicho el Salvador; “ha pasado la noche, comenzó ya el día; antaño vosotros erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor”[[578]](#footnote-578), proclama el Apóstol. “Cuando os haya libertado el Hijo, seréis en verdad libres”[[579]](#footnote-579), dice Cristo; y enseñan sus apóstoles que esta libertad es “la libertad de la gloria de los hijos de Dios”[[580]](#footnote-580). “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”[[581]](#footnote-581), clama el Hijo de Dios, y agregan sus fieles discípulos: “Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”[[582]](#footnote-582), “a fin de que podáis comprender con todos los santos cuál sea la largura y la anchura, la altura y la profundidad de la caridad, y cuán llenos estáis de la plenitud de Dios”[[583]](#footnote-583).

La gracia de Dios, traída por Cristo a la tierra, es la que ha producido la iluminación más elevada, la verdadera libertad y el progreso más acabado. El mundo, como desquite, anuncia una iluminación, una libertad y un progreso sin Dios y contra Dios; pero semejante iluminación está formada por tinieblas, una tal libertad no pasa de esclavitud, y la más abyecta, dicho progreso es una regresión total y decadencia profunda. “Todo don excelente y toda gracia perfecta vienen de lo alto, del Padre de las luces”, dice Santiago[[584]](#footnote-584).

La iluminación, la libertad y el progreso que la humanidad puede alcanzar, en el mejor de los casos, no rebasan los límites estrechos de su naturaleza y de sus facultades naturales; la gracia, en cambio, da una iluminación y una libertad sobrenaturales y divinas; nos eleva sobre nuestra naturaleza hasta la naturaleza infinita de Dios, y nos hace con ello posible un progreso que desconoce límites.

Pero, ¿qué se entiende por ‘iluminación’ y formación? Una luz intensa en nuestra alma acerca de las verdades más elevadas y ocultas, acerca de nuestra situación, de nuestros fines últimos y de los medios de obtenerlos. Sin la gracia cristiana no nos queda otra luz que la de nuestra razón natural y la que nos pueden proporcionar nuestros semejantes, a la que tal vez podamos añadir la sabiduría de la serpiente infernal, que en el paraíso se ofreció a esclarecer a nuestros primeros padres[[585]](#footnote-585) y que les precipitó en la más profunda miseria. A lo más que nuestra razón puede llegar es a informarnos sobre las cosas sensibles, sobre nuestra dignidad y fin naturales, y eso no lo consigue sin esfuerzos y sin errores. Desgraciadamente, los mismos que se llaman apóstoles de la ciencia no dirigen sus esfuerzos a formar verdaderamente el espíritu. Para ellos, la sabiduría consiste en colocar al hombre en el plano animal, negándole la inmortalidad del alma y el destino de la otra vida. La materia, en su concepto, ocupa el puesto del espíritu, lo suprasensible y divino es denigrado por ellos al calificarlo de oscuridad y superstición; su vivo deseo sería que nos diéramos de lleno al estudio y al goce de las cosas sensibles. Mediante su iluminación, quieren librarnos de la tutela de la Iglesia y del mismo Cristo. Ved a qué precio. Es necesario que sometamos nuestro juicio al espíritu del tiempo, ligero y siempre variable, a la fanfarronería de otros hombres que de sus inspiraciones insensatas y de sus caprichos hacen la norma y medida de la verdad y de la sabiduría.

Es cierto que la gracia nos coloca bajo la tutela de Dios, ya que nos hace hijos suyos. Lejos de constituir una deshonra, resulta para nosotros el honor más acendrado y la felicidad más escogida el ser hijos del gran Dios; debemos juzgarnos dichosos de hallarnos bajo la tutela de Dios y de poder ser por El enseñados. Aquí se nos revela en todo su esplendor y plenitud la verdad. Nos esclarece una luz sobrenatural por su infalibilidad que disipa la duda, que por su resplandor poderoso ahuyenta las nubes, manifestando a nuestros ojos los más profundos misterios; que ensancha nuestro horizonte hasta lo infinito y nos eleva sobre todas las cosas creadas. La gracia nos hace ver nuestra dignidad excelsa, nos enseña que, además de ser hijos de los hombres, somos hijos verdaderos de Dios; nos manifiesta el destino elevadísimo que nos espera en la visión de Dios; nos indica de una manera segura e infalible el camino que conduce a la felicidad celestial. Gracias a ella aumenta la luz de nuestra razón, o más bien, recibe ésta una nueva luz, infinitamente superior; nos libra de todos los prejuicios con que de ordinario nos ciegan los sentidos: únicamente ella nos emancipa de la esclavitud del respeto humano y nos permite juzgar con certeza infalible de todos los asuntos importantes, de lo que atañe al mundo y a sus actos. “El hombre espiritual”, dice el Apóstol, “juzga de todo, mientras que él por nadie es juzgado”[[586]](#footnote-586).

¿Quién podría afirmar todavía que la gracia de Cristo se opone a la iluminación, que no es ella, al contrario, la única que nos da la verdadera iluminación? ¿Es posible que nos dejemos intimidar por el mundo, cuando insulta y ridiculiza nuestras tinieblas? A imitación de los primeros cristianos, con un santo orgullo debemos llamarnos los “esclarecidos”, pues hemos tenido la singular fortuna de vernos libres de las tinieblas del mundo y de ser llamados por Dios a su luz admirable.

Así como el cristiano puede considerarse como el único llamado a ser verdaderamente esclarecido por la gracia, es también el único llamado a una verdadera formación. La formación de que habla el mundo no pasa de un aderezo exterior e hipócrita que regula la conducta y las relaciones de los hombres entre sí, o, en el mejor de los casos, un desarrollo más o menos perfecto de nuestras facultades, desarrollo que parece importante y esplendoroso a los hombres, pero que desaparece en la nada delante de los ojos divinos. La verdadera formación, de orden superior, es la que imprime en nuestra alma la imagen de Dios, que hace de nosotros un ser glorioso y divino y que nos pone en estado de desarrollar, ya aquí abajo, una vida celestial. Es la única formación que corresponde a nuestra dignidad infinita; ni los mismos mundanos pueden dejar de admirar dicha formación en lo íntimo de su corazón; si la desdeñan y la insultan es porque les hace sentir toda su bajeza y ruindad, y además porque les duele el ver que otros consigan lo que para ellos es imposible a causa de sus villanos sentimientos y lamentable debilidad.

La ‘libertad’: he aquí el segundo bien que orgullosamente promete el mundo, y que sólo por la gracia puede obtenerse. No hay palabra de que más se abuse y que peor se comprenda. Diríase que a primera vista la gracia no es capaz de darnos la verdadera libertad. Aclarémoslo con una consideración atenta. En tanto puede ser un bien la libertad en cuanto nos libra de un mal y de los obstáculos para el bien; en otros términos, debe ser equivalente a la facultad de hacer el bien. La libertad de escoger entre el bien y el mal no es pues una cosa buena y perfecta sino en cuanto nos permite inclinarnos hacia el bien; debemos desear perder esta libertad en el cielo para poder, como Dios, no querer sino el bien[[587]](#footnote-587). La gracia nos da la libertad de alejarnos del mal y de volvernos hacia el bien, sin excluir el bien supremo. Sólo ella nos libra del mayor de todos los males, el pecado, al que siguen los castigos eternos. Nos da fuerza para sustraer nuestro espíritu al dominio de los deseos sensuales, que lo abajan al nivel de los animales. Un día nos librará de todo sufrimiento y de toda aflicción, de toda enfermedad y de la misma muerte, de todas las miserias entre las cuales gemimos actualmente como prisioneros en la cárcel de nuestro cuerpo frágil y mortal. Ella hace desaparecer las barreras que separan nuestra naturaleza de la grandeza de Dios, convirtiéndonos de servidores en hijos suyos; nos confiere la fuerza necesaria para practicar, además de las virtudes naturales, actos sobrenaturalmente buenos, por los que podemos merecer la beatitud celestial. En una palabra, la gracia nos libra y nos exime de cuanto puede turbar nuestra dicha suprema o poner obstáculo a ella; nos capacita para todo lo que la favorece; nos hace libres como Dios es libre.

Queda sólo la dependencia de Dios, pues de ésta ni puede ni debe librarnos, ya que sólo por Dios y por su gracia podemos triunfar de todos los obstáculos y de todos los enemigos de nuestra dicha; por eso, debemos someternos a él y permanecer bajo su dependencia. Pero aun esta misma dependencia se trueca para nosotros en libertad suprema, ya que no es otra cosa sino la unión más íntima y perfecta con Dios. Como está sometido el hijo a su padre, la esposa a su esposo, aunque de manera muy distinta que el servidor, puesto que forman por decirlo así una sola persona, también nosotros, por la gracia, estamos perfectamente unidos a Dios; su libertad es la nuestra, su dominio es dominio nuestro, su causa la nuestra. Si le servimos, no lo hacemos con temor servil, ni siquiera con amor de siervo, sino con el amor más libre y más noble que un hijo profesa a su padre, una esposa a su esposo.

Esta bella y celestial libertad de los hijos de Dios, la libertad de la gracia, es la que el cristianismo promete a todos los hombres que aceptan y aprovechan la facultad que se les diera de hacerse hijos de Dios. Todos los hombres sin excepción, desde el rey poderoso hasta el miserable siervo, tanto el rico como el pobre, el señor como el servidor, todos pueden adquirir esta libertad, todos tienen derecho a ella. No hay poder terreno que nos la pueda arrebatar; la llevamos en nuestro interior, aun cuando nos veamos encadenados o reducidos a la esclavitud. En esta libertad, el siervo no es menor que el señor, el súbdito es igual al rey; si aquél sirve a éste, lo hace impulsado del libre amor de Dios que ha dispuesto la distinción de clases, y sabe perfectamente que, si aventaja en gracia a su señor, lo supera infinitamente en grandeza y en libertad delante de Dios.

¿Dónde están los apóstoles de la libertad que nos prometen la libertad sin la gracia de Dios? ¡Qué manera de abusar de esta palabra para disimular la esclavitud, la más negra y miserable servidumbre! Sin Dios no existe bien alguno, ni verdadera libertad; es para nosotros un privilegio especial, de consiguiente, la imagen más perfecta de la divinidad. Querer ser libre sin Dios es lo mismo que querer existir sin él. Cuando el hombre pretende asemejarse a Dios, cuando de sí mismo quiere hacer otro Dios, entonces precisamente desciende hasta lo más profundo de su nada y a la más baja esclavitud.

La libertad sin Dios no es una liberación del mal y una libertad para el bien, sino una separación del bien y una impotencia frente a él, es decir, la esclavitud del mal y del pecado. El que coloca su libertad en el rechazo del yugo ligero de la gracia y de la justicia toma sobre sí el pesado yugo del pecado y de su castigo, y se convierte en esclavo. Pierde la dignidad de hijo de Dios y se coloca al nivel de los demonios y de los animales. En tanto que no vuelva a Dios y se le someta, pierde el poder de salir del pecado y de encaminarse hacia el cielo; pierde el dominio sobre sus pasiones, y es arrastrado por ellas con indomable violencia a todas las ignominias. Y después de la muerte, en lugar de librarse del peso de la carne y de contemplarla desembarazada de su debilidad, por toda la eternidad se verá encadenado a esa carne, que constituirá su prisión y su instrumento de tortura. En lugar de contarse eternamente entre los amigos de Dios y de reinar con él, se hace esclavo del diablo que lo atormenta y lo oprime bajo su dominio y su tiránico furor.

¡Que la gracia de Dios nos libre de semejante libertad! Dejémonos esclarecer por aquélla, para que reconozcamos nuestra verdadera salvación y busquemos únicamente la libertad que Jesucristo nos trajo del cielo. Entonces alcanzaremos también a justipreciar esta otra libertad del orden político y civil, del que el espíritu del siglo hace tanto aprecio. Sabremos a qué atenemos con respecto a ella, y siempre estaremos atentos a proteger y a conseguir ante todo la libertad de espíritu y de conciencia.

Al paso que ésta tiende hacia la iluminación y a la formación, el mundo tiende asimismo al ‘progreso’. Es manifiesta la divisa de nuestra época: progreso desenfrenado, sin descanso, sin límites. Mas preguntémonos serenamente: ¿adónde queremos marchar? No aciertan a responder los partidarios del progreso; se contentan con afirmar que debe desaparecer cuanto existe y que es menester se construya un mundo nuevo. Experimentan que nada de lo que está sobre la tierra les satisface. ¿Es eso suficiente para que se eleven sobre lo terreno y suban al cielo? Ciertamente no, el progreso sólo es posible por la gracia. Se trata de un progreso que se lleva a cabo por la mano de Dios, guiado y conducido por ella. progreso que nos eleva por encima de las cosas creadas, de nosotros mismos, y nos hace subir hasta Dios; progreso que franquea de un salto audaz la distancia entre lo finito y lo infinito, y que nos introduce en el seno de Dios; progreso que jamás se detiene, que siempre avanza, del mismo modo que la gracia, susceptible de crecer al infinito; progreso que no se encarga de elevar el bienestar de nuestro cuerpo o la formación de nuestra inteligencia, sino que transforma nuestra alma juntamente con nuestro cuerpo de claridad en claridad en la imagen de Dios. Es un progreso parecido al del águila que sube en poderoso vuelo de la tierra al sol. El progreso en el que el mundo ensaya todas sus fuerzas es como el lento caminar del gusano que se arrastra dificultosamente y es incapaz de elevarse del suelo al que está como pegado. Sería para reírnos si viéramos que este gusano comienza a ponderar al águila el enorme progreso realizado, cuando apenas se ha arrastrado un corto espacio. ¿No debería también reírse Dios con los ángeles, cuando nos expresamos en forma parecida, o mejor, no debería irritarse con justa cólera ante la estúpida vanidad de los hombres, que creen haber cumplido una gran misión, cuando han conseguido hacer un descubrimiento para facilitar o hacer más cómodos sus viajes o sus comunicaciones?

Miremos con el mismo ojo de Dios y de los ángeles el progreso tras el que corre el mundo; no nos preocupemos de tomar parte en él, como tampoco de que pueda tratársenos como retrógrados. No sabe el mundo ni lo que quiere ni lo que dice; pero sabemos nosotros lo que queremos. Sabemos que somos llevados sobre las alas de Dios y que marchamos de la tierra al cielo. Sabemos que Dios acabará la obra que ha comenzado en nosotros[[588]](#footnote-588). Sabemos que toda la doctrina del cristianismo no es otra cosa que una exigencia ininterrumpida de crecimiento y de progreso. El hijo de Dios ha descendido del cielo para prepararnos un puente, para tomarnos sobre sus espaldas y arrebatarnos hacia el cielo como el águila lleva a sus pequeños[[589]](#footnote-589).

Mostremos al mundo que nos preocupamos del verdadero progreso en tanto que él se preocupa del suyo. Merezcamos al menos su estima y su respeto, no dando muestras de pereza y negligencia en el camino emprendido; porque la lentitud de los cristianos es lo que más provoca, y se comprende, su risa burlona.

Capítulo VI:

De cómo los ángeles aprecian la gracia

Aun cuando estemos lejos de la enumeración y descripción completa de las glorias y de los privilegios de la gracia divina, con todo los hemos citado hasta el presente en calidad y número suficientes como para reconocer en ellos el bien supremo donado por Dios y para amarlo y apreciarlo sobre todas las cosas. Pero, a fin de que nos afiancemos e inflamemos todavía más en este aprecio y amor, vamos a fijarnos en algunos ejemplos que nos servirán de aclaración. Hemos expuesto el juicio que a Dios merece la gracia; ninguno conoce mejor después de Dios, su valor que los ángeles y santos; los primeros porque poseen ya el pleno goce de la gracia, éstos porque, debido a ella, lograron subir tan alto en vida y merecieron tanta gloria.

Los ángeles manifiestan su amor y estima para con la gracia, en primer lugar, lo dijimos ya, al bajar del cielo sobre la tierra para ayudarnos a adquirirla y a conservarla. Su celo infatigable, el cuidado solícito con que preservan y vigilan este tesoro, debe ser para nosotros una invitación a que nos ocupemos con no menor celo y cuidado de nuestra propia causa.

Nos damos cuenta de este aprecio en la inefable alegría que los ángeles experimentan cuando adquirimos la gracia o hacemos progresos en ella. De las palabras de nuestro propio Rey, el Hijo de Dios, podemos colegir hasta qué punto llega este regocijo: “Habrá más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia”[[590]](#footnote-590). Indudablemente los ángeles se alegran al contemplar los justos de la tierra; pero naturalmente se regocijan más cuando un pecador, contra lo que se esperaba, recobra el bien perdido de la gracia.

¡En verdad que debe ser grande y hermoso este bien, pues a su vista los ángeles, aunque anegados en el río de la felicidad más cumplida, en tal forma se llenan de contento y dan muestras de alegría! Hay no pocos hombres que adquieren inmensas riquezas, que escalan los puestos más distinguidos, que se sientan en los tronos más elevados, para reinar sobre las naciones más florecientes; que conquistan la gloria mediante las victorias más brillantes, cuando no por la ciencia o por obras de arte. Todo esto deja mudos a los habitantes del cielo; lejos de felicitar a los que lo obtienen o a sus amigos y parientes, parecen no haberse dado cuenta de esas glorias. Pero dejad que un pobre mendigo, olvidado de los hombres, o un desdichado, abandonado de todos, ponga su pie en el terreno de la gracia, y veréis que en el cielo se organiza al instante una gran fiesta, en tanto que los ángeles corren a felicitar a esta alma tan despreciada. Al rico mercader que maneja siempre grandes capitales y está acostumbrado a enormes ganancias, no le interesan las pequeñas adquisiciones, apenas se digna mirarlas; y lo que a otros haría felices para él no pasa de pérdida y desventaja. Las relucientes bagatelas que constituyen la alegría de los niños apenas merecen una sonrisa compasiva por parte de los adultos. Imitemos a los ángeles; son, a no dudarlo, más ricos y más inteligentes que los hombres; dejemos que los niños de este mundo, pobres e insensatos, se regocijen en la adquisición de bienes terrenos y futilidades deslumbrantes; no creamos haber realizado una ganancia importante y verdadera si es que no hemos conseguido o aumentado la gracia.

Únicamente la alegría que se desborda de la gracia tiene la pureza y la perfección necesarias para alejar toda tristeza de nuestro corazón. Por eso decimos con el profeta: “Exultaré de gozo en el Señor, y mi alma se regocijará en mi Dios; porque él me ha revestido con la vestidura de la salvación y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposo adornado con el brillo de su corona, y como a esposa ataviada con sus joyas”[[591]](#footnote-591), esto es, con la gracia de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo. Alegrémonos, siguiendo la indicación del Salvador, puesto que “nuestros nombres están inscritos en el cielo”[[592]](#footnote-592).

El gozo experimentado por los ángeles, cuando por la gracia somos introducidos en la amistad de Dios, parece apoyarse en tres motivos principales; el primero es Dios, el segundo, los mismos ángeles, el tercero, nosotros los hombres. Se alegran ante todo a causa de Dios, porque conocen su vivo deseo de reconciliarse con nosotros, de volvernos a sí y retornarnos en su seno. El propio Hijo de Dios se compara a un pastor que nos busca en el desierto como a ovejas perdidas con nostálgico deseo, que sonriente nos lleva sobre sus espaldas al aprisco, y que una vez allí reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: “Regocijaos conmigo, porque encontré mi oveja descarriada”[[593]](#footnote-593). Es natural que los ángeles se apresuren a seguir el ejemplo de su Rey y queden inflamados de su amor por nosotros. De ahí que participen de su contento y lo feliciten.

Se regocijan también los ángeles por lo que a ellos toca, pues la gracia hace de nosotros sus hermanos y sus conciudadanos, y nos llama a ocupar en el cielo las sillas que quedaron vacías por la defección de los ángeles infieles. Lejos de sentirse celosos de nosotros o de queremos mal por habernos hecho iguales a ellos por la gracia, siendo muy inferiores por naturaleza, su más ardiente deseo es el de compartir con nosotros su honor y su felicidad. Ven con gusto que sea vengado y humillado el orgullo de sus hermanos caídos, lo que tiene lugar al ocupar nosotros, por la condescendencia divina y a pesar de la bajeza de nuestra naturaleza, los puestos que ellos abandonaran. He aquí un nuevo motivo que debe encender en nosotros el aprecio de la gracia, ya que por su posesión alcanzamos la gloria de los serafines, en tanto que por su pérdida nos hacemos semejantes al demonio y formamos parte de su caída.

Finalmente, se regocijan los ángeles a causa de nosotros, porque recibimos con la gracia la mayor fortuna que nos puede caer en suerte: somos regenerados como hijos y herederos de su rey. ¡Qué inmensa alegría invade el palacio de un rey cuando nace el príncipe heredero! ¡Qué júbilo en todos los corazones, qué fiestas tan brillantes! Con todo, los príncipes herederos recién nacidos no se percatan de nada. No es ésa nuestra condición; sabemos que en la corte celestial se celebran fiestas harto más solemnes cuando en el sacramento de la penitencia somos nuevamente adoptados como hijos de Dios, o cuando, por las buenas obras, aumenta en nosotros la gracia. ¿Seremos los únicos que permanezcamos fríos e indiferentes, estando rodeados de tanta alegría, siendo en mil formas continuamente felicitados nosotros, que somos el objeto de la fiesta?

Dice san Bernardo: “Al convertirnos por la penitencia, hemos regocijado a los ángeles; procuremos que su alegría sea perfecta”[[594]](#footnote-594). ¿Nombré solamente a los ángeles? Pues también se alegra toda la corte celestial con su santa Reina y la adorable Trinidad; ésta, bien que nada gane con que nosotros poseamos la gracia, sin embargo, hace que nos felicite el cielo en pleno por su recuperación; tal es el deseo de nuestra salvación. ¡Oh bien inestimable de la gracia, objeto primero y preferido de los desvelos de Dios y de las felicitaciones de todos los bienaventurados! Sí, apresurémonos por hacer que sea completa la alegría de Dios y la de sus ángeles, acrecentando de día en día la gracia mediante las buenas obras, y conservándola pura e intacta hasta la muerte, para que seamos verdaderamente adoptados en la compañía de los ángeles y así alabemos con ellos a Dios por eternidad de eternidades.

¡Cosa atroz e indignante sería el destruir de nuevo por una vergonzosa recaída en el pecado esta alegría apenas comenzada; el anular con nuevas faltas estas felicitaciones, mejor dicho, ridiculizarlas, y el transformar este júbilo en profundo duelo, haciendo llorar amargamente los ángeles de paz! ¡Que éstos nos guarden de tamaña crueldad! ¡Que la divina bondad conserve y afiance lo que ella ha obrado en nosotros, que haga de nosotros pilares inconmovibles del templo de la gracia!

Capítulo VII:

Debemos apreciar la gracia más que los ángeles y los santos del Antiguo Testamento

De la estima que los ángeles han manifestado hacia nosotros, porque estábamos en gracia, y de su intenso regocijo, podemos concluir cuánto honran y estiman la gracia en sí misma. Comenzaron por conservarla en sí mismos con tal empeño que jamás permitieron que fuera afeada por la más ligera mancha; tuvieron que sostener para ello un rudo combate contra sus rebeldes hermanos. Agregaré que debemos apreciar nosotros la gracia todavía más de que lo estimaron los ángeles la suya, pues es mucho más preciosa.

En primer lugar, la gracia de los ángeles no ha costado nada ni a Dios ni a ellos mismos; Dios la esparció sobre ellos sin pena ni sacrificio, por pura generosidad y como un gesto de su omnipotencia. Esta perla fue adquirida para nosotros a costa de los sudores, de los sufrimientos, de la sangre y de la muerte del Hijo de Dios. Debemos, por consiguiente, estar más reconocidos a Dios por el menor grado de gracia que tanto le ha costado, que los ángeles por toda la plenitud de gracia en que están inundados.

También en la mente de Dios tiene un valor muy especial este grado de gracia que se encuentra en nosotros, como lo tiene para una madre el hijo cuya educación le ha costado más sacrificios y peligros. Singularmente precioso fue para el patriarca Jacob su Benjamín, el hijo de los sufrimientos de su muy amada Raquel[[595]](#footnote-595); y para David, la ciudadela de Sión, amada por él más que su ciudad natal, porque la había conquistado después de penosos esfuerzos en combate sangriento[[596]](#footnote-596). La menor partecita de la gracia debe sernos tanto más cara y santa cuanto mayores ventajas nos reporta.

Si la caída de Lucifer[[597]](#footnote-597), que perdió la gracia tan pronto y fácilmente como le costó el adquirirla, causó de pronto tal desorden en el cielo que, en un instante, fue precipitado con sus adeptos en el abismo más profundo, ¿no tiene motivos para llorar su pecado el que atolondradamente juega con la gracia, comprada a tan alto y costoso precio, el que traiciona no solamente a su Criador sino también a su amable Salvador? Se burla de la sangre más santa, de los sufrimientos y de la muerte adorable del Hijo de Dios, lo que no fue realizado por ángel alguno; lo cual quiere decir que tiene más razón para lamentarse de su caída que los ángeles arrojados del cielo a causa de la suya. ¡Desdichados de nosotros, si ante la magnitud de esta pérdida permanecemos ciegos, si la podemos contemplar sin conmovernos!

Agréguese que la gracia se concedió a los ángeles una sola vez, y una vez perdida no se les acordó de nuevo. Todos nosotros, por el contrario, la habíamos perdido en Adán, la perdemos frecuentemente por nuestras faltas personales y, después de haberla dilapidado, la volvemos a recibir una y cien veces. En la estimación del propietario adquiere un objeto mayor valor, al recuperarlo después de haberlo perdido que si no lo hubiera perdido nunca o si lo recibiera por primera vez. Así, el pastor se regocija muy especialmente cuando encuentra la oveja perdida; el padre, del retorno de su hijo descarriado; la viuda, de la moneda de plata descubierta, mucho más que de todo el resto que nunca se perdió. El Salvador, según lo afirma él mismo, se alegra más con sus ángeles por un pecador que hace penitencia que de los noventa y nueve justos que no la necesitan[[598]](#footnote-598). ¿Únicamente para nosotros dejará de ser más precioso y querido el tesoro de la gracia recobrado? ¿Dejaremos que en lo sucesivo desaparezca con tanta facilidad como en lo pasado? ¡Dios mío, no suceda tal desgracia! Esforcémonos más bien, si en lo pasado hubiéramos tenido la desventura de perderla, por conservarla en adelante todavía con más cuidado, en lo posible, que los mismos ángeles buenos. No sea que nos arriesguemos a perderla eternamente.

El valor de nuestra gracia, comparada con la de los ángeles, sube de punto si tenemos en cuenta que ellos son hijos de Dios, pero no, hablando con propiedad, miembros de Cristo. Nosotros, en cambio, por la gracia nos hacemos miembros vivos del cuerpo de Cristo que asumió nuestra naturaleza. Al recaer sobre nosotros la dignidad de nuestro Jefe, nuestra gracia recibe un nuevo esplendor; nuestra naturaleza, cierto derecho a la misma gracia; y nuestros méritos, una virtud particularísima. Dios debe amarnos más que a los ángeles, puesto que en medio de nosotros ve a su Hijo, y a todos nosotros formando con él una unidad. En Cristo, nuestra naturaleza ha sido elevada sobre todos los coros de los ángeles, pues todos participamos de la gloria de nuestro Jefe.

Si los ángeles fueran susceptibles de celos, deberían sin duda tener envidia de que Dios nos haya agraciado en tal manera, a pesar de la bajeza de nuestra naturaleza. ¿Cómo es posible que seamos tan desaprensivos para apreciar apenas un bien tan envidiable como es la gracia de Cristo, y para preferir a ella otra cosa? Rivalicemos más bien con los ángeles en hacer honor a la gracia; si tienen éstos para ello más luz y fuerza, nosotros poseemos más motivos; si pueden ellos conservar la gracia con mayor facilidad y sin inconvenientes, debemos mirar nosotros como un honor especial el poder sufrir algunos sacrificios por ella. Dios, desde el cielo, contemplará esta emulación con la mayor complacencia, y los mismos ángeles nos sostendrán en ella con el más vivo interés.

Aun cuando la gracia llegó a los santos del Antiguo Testamento por los méritos de Cristo, y en las condiciones ya mencionadas que encarecen su valor por encima de la gracia de los ángeles, con todo no estaba rodeada de todos los privilegios que ostenta nuestra gracia después de la venida de Cristo[[599]](#footnote-599).

La gracia del Antiguo Testamento no daba ni siquiera a los justos la plena libertad de los hijos de Dios, no los libraba de la esclavitud de la ley, no les comunicaba esta intimidad con Dios traída por Cristo, de la que él mismo dijera: “Todo lo que yo he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer”[[600]](#footnote-600). Menos aún tenía el poder de introducir, inmediatamente después de la muerte, a los hijos de Dios en la herencia de su Padre celestial; a pesar de ella, debían gemir en el limbo hasta la muerte de Cristo. Tampoco les proporcionaba esta plenitud del Espíritu Santo, este amor fuerte y dulce a la vez, este sentido espiritual y celeste que Cristo comunicó a sus discípulos después de su resurrección; por consiguiente la observancia de la ley divina no les resultaba un yugo ligero, dulce y agradable, como sucede con nosotros gracias a los méritos y al ejemplo del Salvador. En fin, los santos del Antiguo Testamento no tenían como nosotros la dicha de unirse íntimamente en el Sacramento del Altar con Cristo, fuente de la gracia; ni de alimentarse verdadera, real y sustancialmente del pan celestial de los hijos de Dios; ni de saciarse, mediante los otros sacramentos, del río de gracia de la sangre de Cristo.

Y sin embargo, tenían hambre y sed ardiente de justicia; caminaban cuidadosamente en la ley del Señor por no perder su gracia; preferían sufrirlo todo antes que caer por un solo pecado en desgracia divina

Capítulo VIII:

Del valor de la gracia a los ojos de los santos en la Nueva Ley y de lo que han hecho para conservarla

Para terminar, veamos la estima que hicieron de la gracia los Santos del Nuevo Testamento.

Por defenderla y conservarla, no escatimaron los santos ni su honor, ni sus riquezas, ni sus miembros, ni su vida; y, después que hubieron ofrecido y sacrificado todo esto, creyeron haber realizado un excelente negocio en la pérdida de todos los bienes terrenos y naturales, y aun pensaron que la gracia se les había dado en balde. Es que tenían presentes las palabras del Hijo de Dios que nos ordena arrancar nuestro ojo, cortar nuestra mano y nuestro pie[[601]](#footnote-601), llevar a cuestas nuestra cruz diaria y sacrificar nuestra propia vida antes de perder la gracia y el reino de los cielos[[602]](#footnote-602).

Siguiendo esta orden del Salvador, el mártir san Quirino[[603]](#footnote-603) se dejó cortar las manos y los pies; san Serapio[[604]](#footnote-604) permitió que hicieran pedazos de su cuerpo; san Nicéforo[[605]](#footnote-605) consintió en que lo asaran sobre una parrilla y luego lo descuartizaran. No tenemos por qué limitarnos a unos pocos santos, teniendo en nuestro recuerdo a innumerables mártires que sufrieron estas torturas y aun más terribles, pues sabido es que aguantaron, apoyados en la gracia de Dios, cuanto el furor del averno y los impíos han podido inventar para atormentar a sus víctimas, y aun estaban dispuestos a sufrir cosas más espantosas.

Otros santos no esperaban a que manos ajenas los cargaran de tales pruebas; por evitar el peligro de perder la gracia o de disminuirla, se convertían en sus propios tiranos y verdugos, sintiéndose dichosos de poder comprar por los sufrimientos y los dolores más atroces la conservación de la gracia. El bienaventurado Juan de Bono[[606]](#footnote-606) introducía bajo las uñas de los dedos agudas astillas. El bienaventurado Martiniano[[607]](#footnote-607) encendía con frecuencia ramas y dejaba quemar a fuego lento sus miembros, mientras se consolaba pensando que dicho sufrimiento era liviano en comparación del fuego eterno del infierno, en donde caería por la pérdida de la gracia. San Francisco se revolcaba desnudo ya sobre carbones ardientes, ya sobre la nieve fría, cuando no sobre un montón de espinas. Todos estos sufrimientos parecían a los santos ligeros y mínimos, cuando por ellos podían evitar un solo pecado. Y hay que tener en cuenta que estos hombres no eran piedras insensibles al placer y al dolor; sino que el sentimiento de la dulzura celestial de la gracia y el deseo de su hermosura triunfaban sobre los dolores corporales y les daban un vigor maravilloso que nos llena de admiración. A fe que preferían destruir el vaso frágil de su cuerpo a perder el precioso tesoro de la gracia que llevaban en su interior.

No faltaron santos que, teniendo a su disposición todos los goces, honores y riquezas del mundo, prefirieron abandonarlo todo y vivir hasta la muerte en medio del sufrimiento, la pobreza y el desprecio, antes que exponerse a los peligros múltiples con que el mundo amenaza la conservación de la gracia. Se cuentan por millares los que tal hicieron, y vemos por nuestros propios ojos que son incontables los cristianos que realizan cosas semejantes. El mundo se maravilla y se burla de tal proceder. Pero los interesados saben que esto es bueno para ellos. Llevados de una fe viva, se han dado cuenta del valor infinito de la gracia y de la vanidad del mundo; han colocado ambos valores en una balanza y han comprobado que el segundo carece de peso. Buscaron y hallaron en la gracia de Dios el celestial contento que su corazón ansiaba, y helos ahí celosos en no permitir que entre la inquietud y atentos a que no les cautive ningún otro bien, ningún otro gozo.

Debiéramos avergonzarnos de haber puesto tan escaso empeño en conservar la gracia; de rehuir hasta el mínimo sacrificio para alejar la ocasión de pecado o para guardar fidelidad a los mandamientos de nuestro Padre celestial; de parecernos demasiado fuerte cualquier sufrimiento para abrazarlo con miras a la gracia. A imitación de los santos, propongámonos sacrificarlo todo, cuerpo, honor, vida, antes de arriesgar la pérdida de la gracia.

Y todavía quedaremos más confusos si nos fijamos en que los santos han practicado acciones portentosas y sufrido muchísimo, no solamente por conservar en sí mismos la gracia y escapar de la desgracia de Dios y de sus terribles consecuencias, sino por aumentar todavía más la gracia adquirida y porque el prójimo participe de ella.

Para permanecer más fácilmente virgen y vivir de este modo con mayor santidad que en el matrimonio, Santa Brígida[[608]](#footnote-608) pidió a Dios como don singular que le deformara su rostro. La misma santa obtuvo que una piadosa religiosa, para la que anteriormente había suplicado la vista al Señor, se volviera nuevamente ciega una vez que la vio progresar en la virtud; así podía dedicarse sin ninguna distracción al trabajo interior y acrecentar sus méritos y su gracia. San Mandet[[609]](#footnote-609), hijo de un rey de Irlanda, pidió a Dios una horrible enfermedad que le desfigurara todo el cuerpo y despidiera en torno suyo un hedor pestilente. Quería evitar así que le obligaran a casarse, y estaba persuadido que de esta manera conservaría más fresca la flor de la virginidad y de la gracia. San Sabas[[610]](#footnote-610) llegó un día a cierto convento y tendió la mano a un árbol para reparar sus fuerzas comiendo una manzana; antes de llevarla a la boca, alarmado de haber casi roto el ayuno, perdiendo una ocasión de merecer, la arrojó indignado al suelo y la pisoteó; en castigo hizo el propósito de abstenerse en adelante de comer manzanas, y lo cumplió.

¿Y qué decir de todas las prácticas de virtud, de las humillaciones, de las privaciones y mortificaciones, mediante las cuales los Padres del desierto y tantos santos religiosos se esforzaron, durante largos años, por adquirir de día en día nuevos merecimientos, por hacerse más agradables a Dios y por crecer en la gracia? Nunca el orgullo o la avaricia humana persiguieron los bienes de este mundo con tanta avidez y perseverancia, como ellos el adelantamiento en el camino de la gracia. El deseo innato que por ésta sentían no les dejaba reposar día y noche; constituía en ellos una sed ardiente, nunca saciada, del rocío celestial de la gracia. No dejaban pasar un momento sin elevar su corazón afiebrado a la fuente de la gracia; siempre tenían en movimiento los labios para suplicar a Dios los colmara de ese tesoro. Transcurría su existencia en las alabanzas divinas y en el servicio del prójimo; con ello buscaban amontonar méritos siempre crecientes. Una buena parte de la noche la destinaban a la plegaria, que debía atraer hacia ellos nuevos beneficios.

No es de maravillar que, buscando tan ardientemente la gracia para sí mismos, hayan dedicado cuidados y esfuerzos no menores para procurarla a los demás. Tenemos un ejemplo en los apóstoles y misioneros de la fe. Vedlos abandonar su familia y su patria para anunciar, en medio de penurias y dificultades sin cuento, las bendiciones de la gracia a los pueblos más rudos y bárbaros. Su ideal consiste en llevar la buena nueva hasta los últimos rincones de la tierra. Van decididos a sellar con su sangre la verdad evangélica y a derramarla hasta la última gota, a ejemplo del Salvador, para que se convierta en semilla de gracia y de salvación para sus verdugos. A fin de librar a un solo pecador de la cólera divina, muchos santos han ofrendado alegremente su vida. Otros se dieron a la oración noches enteras y se disciplinaron hasta derramar sangre, para conseguir a los pecadores la gracia de la conversión; no había pena que les pareciera dura, ni sacrificio costoso, cuando se trataba de hacer volver una oveja descarriada al seno de la gracia.

¡Señor! ¿Será posible que, después de tales ejemplos, nos crucemos de brazos y entendamos tan poco lo que los santos, esclarecidos por luz celestial, tanto apreciaron? A fe que no merecemos perdón si, ante estos ejemplos, permanecemos todavía amodorrados en lo que atañe a la consecución de tesoros celestiales para la eternidad, o si, en vez de colaborar en la curación de los demás, nos mostramos insumisos a los pastores espirituales que nos anuncian la buena nueva de la gracia, y si, a pesar de todo, nos dejamos arrastrar por el flujo de los deseos carnales y de los placeres mundanos.

Si los santos eran tan entusiastas de la gracia, era porque en la meditación habían adquirido un profundo conocimiento de su inmenso valor. No hallaban expresiones adecuadas para manifestar a otros, en su deseo de inflamar a todos los cristianos, la elevada idea que de ella habían formado. “¡Oh gracia divina -exclamaban-, jardín de delicias, maestra de la vida! Eres nuestra guardiana, nuestra compañera, nuestra hermana y nuestra madre. ¡Luz deslumbrante, bálsamo puro y amable, muralla inexpugnable! Árbol de vida, fuego ardiente, tea encendida, radiante sol. ¡Rocío de celestiales bendiciones, río del paraíso, amable arco iris, vino precioso del festín de Dios, leche de los hijos de Dios, aceite suave y sal reconfortante de nuestra alma, madre de todo bien!” Con estos gloriosos nombres y otros por el estilo cantaban los padres la grandeza de la gracia, buscando así revelarnos su riqueza inagotable, inculcarnos su valor e incitarnos a su aprecio y a su vigilante custodia.

Escuchemos la entusiasta exhortación que uno de ellos, san Efrén, nos dejara en un sermón sobre la gracia. Procuremos imprimirla tan profundamente en nuestro corazón que ya nunca se borre.

Dice así: “Esfuérzate por conservar siempre en tu espíritu la gracia divina y no te dejes engañar. Debes honrarla como a tu protectora, no sea que, ultrajada por ti, te abandone. Apréciala como a maestra invisible, para que no te pierdas en las tinieblas, si se alejara de ti. No afrontes combate alguno sin encomendarte a ella, pues quedarías vergonzosamente derrotado. No avances sin su compañía por el camino de la virtud, porque el león rugiente te prepara la emboscada. Sin que te hayas aconsejado de ella nada emprendas que se refiera a la salvación de tu alma, porque muchos dejaron seducir su corazón por la apariencia del bien.

Obedéce1e con corazón sumiso y ella te aclarará todos tus asuntos. Hará de ti un hijo del Todopoderoso, si la tomas por hermana. Como madre, te nutrirá de su seno; contra tus perseguidores te protegerá cual si fuera una madre. Puedes confiarte a su amor y a su condescendencia, pues ella es la reina de todas las criaturas.

¿Que todavía no has reconocido en ti el poder de su amor? Tampoco los lactantes se dan cuenta todavía de la solicitud maternal para con ellos. Ten paciencia, sométete a su dirección y recibirás sus frutos y sus bendiciones. Los niños pequeñitos no saben cómo son alimentados; pero cuando llegan a la edad adulta, admiran la fuerza de la naturaleza. Así también tú, si perseveras en la gracia divina, llegarás a la perfección”[[611]](#footnote-611).

LIBRO QUINTO

DE LA ADQUISICIÓN, EJERCICIO, AUMENTO Y CONSERVACIÓN DE LA GRACIA

Capítulo I:

La adquisición de la gracia

Si en los libros precedentes, por meditación atenta, te has convencido, oh cristiano, de las maravillas y del valor inestimable de la gracia, no dudo que la apreciarás como se merece. En tal supuesto, creo que ya sólo querrás saber cómo se la adquiere, se la aumenta, se la conserva, y cómo, de consiguiente, debes organizar tu vida frente a ella. He aquí los puntos que constituirán el objeto de este último libro.

Vamos a responder a la primera cuestión: ¿cómo debemos adquirir la gracia? No bastan para ello nuestras propias fuerzas, nuestros propios méritos. “Si es por la gracia”, dice el Apóstol, “ya no es por las obras, pues en tal caso la gracia dejaría de ser tal”[[612]](#footnote-612). “Porque no se recompensa al que realiza obras de acuerdo a la gracia sino en justicia”[[613]](#footnote-613). La gracia implica un amor y un homenaje libres y gratuitos, y dones del amor igualmente libres y gratuitos. Como lo hemos demostrado más de una vez, la gracia de Dios es un bien tan elevado, tan celestial y divino que la criatura más pura y más digna nunca la puede merecer por sus propias fuerzas y por sus acciones”[[614]](#footnote-614). Hablando con propiedad, sólo ha podido merecerla para nosotros el Hijo de Dios, que posee la gracia por naturaleza y en una plenitud infinita.

Mucho menos la podemos producir en nosotros por nuestras propias fuerzas. Pretender darnos la vida sobrenatural sería lo mismo que intentar sacarnos de la nada y comunicarnos la existencia natural. Porque es de saber que la gracia no crece sobre nuestra potencia natural como el árbol sobre la raíz; pues viene a juntársele, infundida de lo alto, como el injerto sobre el arbolito salvaje. El mismo Dios que ha creado nuestra naturaleza debe también, por su maravilloso poder, crearnos de nuevo, o más bien, reengendrarnos por su Espíritu para hacernos hijos suyos.

¿Qué es lo que debemos hacer, por lo tanto, en la adquisición de la gracia? Muchas cosas. Bien es verdad que no merecemos la gracia ni la podemos producir por nosotros mismos; no obstante está en nuestra mano el prepararnos y hacernos aptos para recibida[[615]](#footnote-615). Podemos y debemos buscarla cerca de Dios, es deber nuestro el alejar los obstáculos que la detengan y adornar nuestra voluntad con disposiciones tales que la gracia encuentre abierta la entrada; tengamos en cuenta que aun cuando no se da a uno que sea realmente digno de ella, al menos es preciso no ser absolutamente indigno de la misma. Podemos y debemos adoptar sentimientos santos y agradables a Dios, según conviene a la gran dignidad de que participamos por la gracia. En una palabra, podemos y debemos, en cuanto está en nosotros, marchar al encuentro de la gracia; no dudemos que Dios, fiel a su promesa, ha de salir también a nuestro encuentro.

Claro está que en esta empresa se requiere algo más que nuestro propio esfuerzo. La Iglesia condenó como herejía, frecuente y expresamente, la doctrina que sostiene poder el hombre por su naturaleza desear eficazmente la gracia[[616]](#footnote-616); está pues lejos de poderla merecer. Está la gracia a un nivel tan superior al de nuestra naturaleza que ésta, para llegar hasta ella debería a cada paso elevarse sobre sí misma y salirse de sus aptitudes naturales. Ese paso es tan imposible, como es imposible que una piedra pueda darse la vida o producir los primeros vestigios vitales.

Resta sólo una posibilidad y consiste en que el mismo Espíritu Santo, que derrama sobre nosotros la gracia santificante, nos empuje hacia ella mediante las gracias actuales; o más bien nos arrastre y nos lleve hasta ella. “Nadie viene a mí”, dice el Hijo de Dios, para unirse a mí por la gracia, “si mi Padre no lo atrae”[[617]](#footnote-617). Y enseña el Apóstol que ni siquiera podemos pensar de un modo eficaz y saludable lo que concierne a la gracia. “No tenemos fuerza para concebir cosa alguna por nosotros mismos; mas nuestra fuerza viene de Dios”[[618]](#footnote-618).

El hierro no es ardiente por su naturaleza, ni puede por sí mismo ponerse al rojo vivo, ni darse el calor que lo prepara a la incandescencia. El mismo fuego que le comunica su ardor ha debido ir calentándolo poco a poco hasta que reciba en sí este mismo ardor. Así como el fuego consigue que el hierro se torne rusiente, así Dios por la gracia diviniza el espíritu creado. De consiguiente, es menester que lo prepare con otras gracias sobrenaturales para la entrada en este estado sobrenatural. La luz del día y la de la aurora que le precede son de la misma especie y provienen de la misma fuente. Si es que el día de la gloria y de la justicia divinas debe esclarecer nuestra alma, y si la preparación a la justificación no es otra cosa que la aurora de este día, es menester que esta preparación sea un rayo de la misma luz y una emanación del mismo sol divino, del que, por la justificación, nos hacemos participantes.

En efecto, para prepararnos a la justificación debemos practicar las mismas virtudes y abundar en los mismos sentimientos que después de la justificación, aunque bajo un aspecto distinto y no de un modo tan perfecto. Debemos creer en Dios con fe sobrenatural, esperar en él, amarle o, por lo menos, tender efectivamente a este amor y al cumplimiento de su ley sobrenatural. Sería esto imposible, si Dios no nos previniera con una gracia especial, si no nos excitara sobrenaturalmente, si no nos empujara y arrastrara, si no pusiera en nosotros, antes de la gracia santificante, algunas virtudes sobrenaturales. Estas en realidad tienen sus raíces en la gracia, y con ella se introducen en los niños bautizados. La luz y el calor se originan del ardor del fuego, mas pueden preceder al fuego en el objeto que antes debe convertirse en ardiente; asimismo Dios puede esparcir en nosotros las virtudes sobrenaturales antes de la gracia, al menos de una manera imperfecta; vienen a formar algo así como la luz y el calor de la gracia y gradualmente nos introducen en ella.

La preparación a la gracia santificante, es pues, en cierto modo, su comienzo y una anticipación de sus efectos. Es el primer soplo del Espíritu Santo, que todavía no habita en nosotros, es cierto, pero que obra y se mueve ya de una manera sobrenatural en nosotros. Es el primer murmullo mediante el cual misericordiosamente nos hace experimentar su proximidad, nos anuncia su venida y nos invita a que le abramos la puerta de nuestro corazón y a que recibamos la gracia que nos presenta. Es un magnetismo sobrenatural por el que nuestra alma es ya impulsada hacia Dios como hacia su término sobrenatural, aunque ésta todavía no se haya unido a Dios por la gracia.

Nuestra parte en la preparación a la justificación consiste en colaborar fielmente con las gracias que se nos dan como primicias y comienzos de la gracia santificante; en abrir los ojos de nuestro espíritu a la aurora que brilla en nuestra alma y en abandonar nuestro corazón al misterioso atractivo que nos domina; en recibir efectivamente con nuestra voluntad libre, sostenida y reforzada por la gracia preveniente, la santa compunción que Dios nos inspira. y que es indispensable para la recepción de la gracia.

¿Nos es dado afirmar acaso que, por esta cooperación a la gracia preveniente, merecemos en realidad y en sentido propio la gracia santificante? Lejos de ello. Sería establecer un presuntuoso error. Por esta cooperación no nos preparamos a la recepción de una recompensa, sino de una gracia, y ésta no se concede como algo merecido, sino como un don gratuito de Dios.

Si tú das libremente un regalo, no dirás que lo merece quien lo recibe por el mero hecho de haber alargado la mano a tu invitación y porque, contando con pocas fuerzas, ha necesitado que se la sostuvieras. Por el contrario, lo juzgarás tanto más obligado hacia ti, pues no solamente le has ofrecido tu regalo, sino que también le has ayudado a que lo recibiera. Supongamos que un rey promete adoptar por hijo a uno de sus súbditos a condición de que vista los vestidos reales, donados al efecto, y de que se conduzca según lo requiere la dignidad prometida. ¿Acaso merece este vasallo, por haber cumplido dicha condición, que el rey lo adopte por hijo? Evidentemente, no.

Lo mismo pasa con la gracia santificante. Dios, movido de puro amor y por los méritos de su Hijo, nos ha destinado a ella, no siendo todavía dignos, más aún, cuando por el pecado éramos indignos de ella. Lejos de adoptar los sentimientos de un hijo de Dios, ni siquiera podemos extender la mano para apoderarnos de la gracia, cuando Dios nos la presenta. Aunque pudiéramos hacerlo, la gracia seguiría siendo un don de Dios, obligado a dárnosla únicamente por su misericordiosa promesa. Mas cuando Dios nos inspira el primer deseo de la gracia, cuando no solamente nos la propone sino que nos conduce hacia ella, ¿podemos todavía gloriarnos de algún mérito nuestro, o debemos más bien redoblar nuestro reconocimiento para con el amor doblemente grande de Dios?

Cuando cooperamos fielmente con la gracia preveniente no puede el cielo rehusarnos la gracia santificante. ¿Pero de dónde procede esta necesidad? No de nuestra colaboración, sino de que Dios debe ser fiel a su palabra y acabar la obra comenzada; una vez que él nos ha atraído hacia la gracia, no puede abandonar este movimiento hasta que haya llegado a su término y conseguido el fin propuesto.

Si queremos pues obtener la gracia santificante, debemos acogernos ante todo a la gracia preveniente que Dios concede a todos, que nos es presentada sin que la busquemos, que con frecuencia golpea nuestro corazón aun en contra de nuestra voluntad, pidiendo que abramos la puerta al Espíritu Santo. Únicamente esclarecidos por la luz de Dios y sostenidos por su fuerza podemos subir la escala misteriosa que lleva, de la bajeza de nuestra naturaleza y del abismo del pecado, al trono de los hijos de Dios, y recorrer todos sus escalones desde el primero al último. Necesitamos pues de la ayuda de Dios para lograr estas preparaciones sobrenaturales a la gracia que, según el concilio de Trento, están contenidas en la fe, el temor, la esperanza y la caridad, y debemos pasar por cada una de ellas, sigue afirmando el concilio[[619]](#footnote-619).

Capítulo II:

La fe sobrenatural, primera preparación a la gracia

Hablamos en el tercer libro de la fe, de la esperanza y de la caridad sobrenaturales, pero sólo en cuanto estas virtudes, por su gloria y grandeza internas, formaban el cortejo más bello de la gracia santificante. Pero, acabamos de probarlo, el que todavía no está justificado debe prepararse a la recepción de la gracia poco a poco, casi por las mismas virtudes y los mismos actos que debe asimismo practicar el que está justificado. Este debe merecer, por el ejercicio de estas virtudes, la herencia de los hijos de Dios en el cielo; el otro, por el ejercicio de las mismas virtudes, debe ganar la misma gracia de adopción. Bajo este aspecto peculiar las vamos a considerar ahora.

La primera condición para recibir la gracia, que al propio tiempo es el comienzo, el fundamento y la raíz de todas las otras condiciones y, de consiguiente, según el concilio de Trento, de la misma justificación, “reside en la fe sobrenatural”[[620]](#footnote-620). La fe es el primer paso en el camino que lleva a la gracia; nada podemos hacer sin ella; viene a ser la primera piedra sobre la que se apoyan todos los otros actos saludables; es la raíz viva y sólida de la que brota y recibe su fuerza cuanto es preciso para adquirir la gracia.

La fe es además la preparación más importante y esencial para la gracia, pues “sólo ella nos la hace buscar y hallar”.

En efecto, si queremos conseguir la gracia, debemos ante todo conocer sus glorias y su valor inestimable, para buscarla y desearla, y después debemos saber dónde buscarla y encontrarla, para dar realmente con ella[[621]](#footnote-621).

La naturaleza y la belleza de la gracia sólo podemos conocerlas por la fe sobrenatural y divina. Por nuestra razón natural no tenemos ni idea de su grandeza y beldad divinas. Todo lo que la razón puede ofrecernos se reduce a los bienes terrenos y pasajeros, o, a lo sumo, al magro salario que nos corresponde como a fieles servidores. No sirve la razón para guiamos por el camino que conduce a los bienes celestiales de la gracia. Si la siguiéramos, nunca se despertaría en nuestro corazón la nostalgia del cielo; jamás brotaría en nuestra alma el pensamiento de una elevación sobrenatural que busca el seno de Dios; permaneceríamos en la miserable estrechez de nuestra baja condición y creeríamos poseer, en lo poco que tuviéramos, algo preciosísimo y grandioso.

Pero si la fe, como brillante estrella de la mañana, luce en esta noche terrena[[622]](#footnote-622), si el mismo Dios nos revela los misterios de la gracia y hace surgir en nuestro interior una imagen de su hermosura, al momento se pone en movimiento en nuestra alma un deseo inefable, nos despertamos como de un sueño, e inflamados por la belleza de la gracia nos apresuramos por conquistarla lo antes posible.

Nos sobra, pues, razón para estar bien atentos y conservar y afirmar en nosotros esta fe sobrenatural, si es que queremos tener expedito el acceso al mayor de todos los bienes. Y en lugar de mostrarnos fríos e indóciles para con ella, debiéramos mantenerla con entusiasmo y calor.

Sin dificultad damos crédito a lo que en cualquier manera puede proporcionarnos la dicha o el honor; a ese respecto creemos aún cuando nos falten motivos razonables, y hasta cuando está en contra de nosotros la verdad manifiesta. Cada cual tiene por verdadero lo que desea o lo que halaga su vanidad y su amor propio; admite con gusto que el hombre más miserable y vil le atribuya cualidades que no posee, o que le prometa cosas que no las puede o no quiera procurar.

¿Por qué no hemos de creer con prontitud y alegría lo que se nos ha dicho acerca de un gran honor y un gozo sobrehumano que nos cae en suerte con la gracia, aun cuando no estuviera ello ratificado por una autoridad indudable e infalible? ¿Hay por ventura algo que pueda halagar tanto nuestro orgullo que el convertirnos de pronto en verdaderos hijos. de Dios, en reyes del cielo y de la tierra? ¿Qué puede excitar más vivamente nuestro amor propio como el recibir la felicidad más elevada que exista en el cielo y en la tierra, jamás sospechada por corazón humano? ¿No debiera bastar ya su sola posibilidad o probabilidad para decidir nuestro orgullo y nuestro amor propio a la aceptación espontánea y voluntaria?

Es la autoridad de Dios la que del modo más categórico nos revela las maravillas de la gracia y promete comunicárnoslas; su propia grandeza y omnipotencia nos garantizan que puede verdaderamente darnos y que nos dará lo que promete, por grande y elevado que sea. Sabemos asimismo con certeza infalible que nuestra fe en los esplendores de la gracia no es vana ni carente de fundamento, que por el contrario posee la certeza y la seguridad más alta que puede darse. ¿Qué es lo que puede servir de obstáculo para que, mediante una fe del todo sincera y leal, aceptemos las grandes y preciosas promesas de la gracia hechas por Dios?

La fe en la palabra divina debiera ser tanto más espontánea cuanto más arraigado está en nosotros el deseo de lo que promete, cuanto más nobles y felices queremos ser; nuestra estima y nuestro deseo de las promesas de Dios debieran estar en relación directa con su palabra segura, infaliblemente cierta. Porque la fe en la palabra divina, como dice el Apóstol, no es un simple sentimiento, sino “la sustancia”, es decir una posesión real, “de las cosas que esperamos, una prueba de aquellas que no son manifiestas”[[623]](#footnote-623), puesto que en Dios las aprehendemos con mayor seguridad y firmeza que si las viéramos con nuestros ojos y las tocáramos con las manos.

Comprobamos lo dicho en la fe de los santos. Se atrevió a decir santa Teresa que ella no envidiaba a los que habían visto en la tierra al Salvador con sus ojos, pues lo veía presente de una manera tan viva con los ojos de la fe en el Santísimo Sacramento. Nos dice de sí mismo san Jerónimo que se hallaba tan poseído de la fe del último juicio que creía escuchar por todas partes el sonido de terribles trompetas que convocaban a los hombres al divino tribunal. El Beato Gil, uno de los primeros discípulos de san Francisco de Asís, decía que él, más que creer, veía.

¡Otra sería la impresión causada en nosotros por la fe si fuera tan viva como en los santos! Nos impulsaría a la búsqueda de las glorias y bienes de la gracia todavía más que si los hubiéramos contemplado con nuestros ojos. Si no sucede esto, la culpa la tenemos nosotros. A nadie niega el Espíritu Santo su presencia iluminativa; por el contrario, golpea sin descanso nuestro corazón para que recibamos, con una virtud sobrenatural, la palabra de Dios. Mas no la queremos escuchar, rehusamos nuestra colaboración. Dejamos dormir en nuestra alma la gracia de la fe como fuego bajo las piedras, sin permitir que opere en nosotros, que nos esclarezca su luz. No sacamos de la vaina esta espada de dos filos, capaz de penetrar de una manera tan viva y eficaz[[624]](#footnote-624). No nos preocupamos de excitar frecuentes y poderosos actos de fe, de considerar los motivos que pueden avivarla, de recordar diariamente sus misterios y de familiarizarmos con ellos. No es de maravillar si permanecemos dormidos en el sueño del pecado y si nos abandonamos a una flojedad indolente en medio de nuestra miseria, sin que tendamos con nostalgia hacia el paraíso de la gracia; es lógico y natural que permanezcamos ligados a la tierra y no podamos aproximarnos a Dios.

¡Mucho ánimo! Salgamos de este sueño, abramos los ojos de nuestra alma a la luz de la fe y levantemos nuestra mirada hacia las montañas de Dios[[625]](#footnote-625), en donde nos espera su amor para hacernos felices. Si luego no tenemos el coraje y la fuerza de conquistar la gracia, al menos no dejemos que se extinga la luz de la fe, que todavía arde como una brasa bajo la ceniza del pecado; procuremos excitar e inflamar más y más esta brasa para que poco a poco encienda nuestro corazón, despertando en él una vida nueva.

Sólo la fe nos hace buscar la gracia y sólo ella hace que la encontremos; es consecuencia de lo primero. Porque Dios no concede su gracia sino a quien la honra y la desea. Si pues no podemos honrarla sin la fe, porque no la conocemos, es claro que sin ella no la podemos hallar. Por el contrario, cuanto más la apreciemos y la honremos, tanto más se inclinará Dios a otorgárnosla, porque entonces es honrado y glorificado como conviene en su don.

Además la fe nos hace hallar la gracia porque ella sola conduce a su fuente.

Así como por nuestra razón no podemos conocer la grandeza y la gloria de la gracia, tampoco nos es dado saber dónde debemos buscarla. Si únicamente por la fe llegamos a discernir su grandeza, a ella deberemos acudir preguntando de quién y cómo la hemos de recibir. Comprendemos que por nuestra naturaleza no la podemos adquirir ni merecer; pero nos es dado comprender suficientemente la grandeza del poder y de la amabilidad divina que ha querido dárnosla a pesar de nuestra impotencia y nuestro demérito. Es que excede la capacidad de nuestra razón el juzgar acerca de la actividad de la omnipotencia y de la bondad de Dios, siempre que no se manifieste esa actividad en efectos sensibles o no caiga bajo las exigencias de la naturaleza creada. De todos modos, no podemos conocer con certeza por la razón que Dios quiera efectivamente manifestar su infinito poder y su bondad mediante un milagro tan admirable y tan elevado.

Únicamente la revelación divina y la fe sobrenatural nos lo pueden asegurar. “Por la fe”, dice el Apóstol, “vemos cómo de lo invisible sale lo visible”[[626]](#footnote-626). En otros términos, por la razón conocemos ya lo que es real o visible, al menos en su causa; por la fe conocemos también cómo Dios produce lo que no es visible o lo que todavía no existe, lo que aun no está presente ni en su raíz, ni en su germen. Tenemos noticia por la fe de cómo Dios establece la gracia como una nueva creación sobre la base de nuestra naturaleza, por uno de los más estupendos prodigios de su poder y de su amor; cómo llena el vacío de nuestra impotencia con su fuerza infinita, nuestro demérito con su amor inmenso y los méritos infinitos de Cristo.

Si Dios da la gracia, porque es poderoso y nos ama y porque a ello lo mueve Cristo, es natural que desee que le reconozcamos por la fe a él y a Jesucristo, como fuente y autor de la gracia y que entonces nos le conceda. El mayor milagro obrado por Dios consiste en la comunicación de la gracia, y sabido es que no se consiguen milagros sin una fe, sólida como una roca, en su maravilloso poder y su amor inefable.

Así como el divino Salvador solicitaba de cuantos se dirigían a él pidiendo la resurrección de un muerto o la curación milagrosa de un enfermo la fe viva en su poder y su amor divinos, y gracias a esta fe obraba los milagros, del mismo modo demanda esta fe a cuantos quieren recibir la vida eterna de la gracia. “Es voluntad de mi Padre que todo hombre que ve al Hijo y cree en él tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”[[627]](#footnote-627). Por su parte enseña el Apóstol de las Gentes que, para ser transformados de la muerte del pecado en la vida de la gracia, debemos creer en la omnipotencia divina, de la misma manera que confesamos este poder en la resurrección de Cristo[[628]](#footnote-628), Y que Abrahán creyó en Dios como “en quien vivifica los muertos y llama a lo que no es como a lo que es”[[629]](#footnote-629). “Así como Abrahán, contra toda esperanza, confió (en Dios) que vendría a ser padre de numerosos pueblos, así como no vaciló en la fe a pesar de su cuerpo desvirtuado y la esterilidad de Sara, sino que, creyendo en la promesa de Dios, se afirmó en la fe, dando gloria a Dios, porque lo reconocía poderoso para dar cumplimiento a su promesa”[[630]](#footnote-630), también nosotros debemos reconocer la esterilidad de nuestra naturaleza para la vida de la gracia, y por eso mismo levantar los ojos con una fe inquebrantable hacia la omnipotencia y bondad de Dios, que puede darnos esta vida y nos la dará, fiel a su promesa. Cuando precisamente notamos que nuestra fuerza natural y nuestro mérito nos abandonan, es el momento propicio de atraer por la fe hacia nosotros el poder de Dios y apropiarnos los méritos de Cristo. Por la fe tributamos a Dios el honor que le corresponde; el mayor homenaje que le podemos ofrendar es el reconocerlo como fuente única de todo bien y especialmente del bien supremo. Son palabras de Dios: “Al que me glorifique, también yo le glorificaré”[[631]](#footnote-631). Sólo concederá la gloria de su gracia al que le reconozca como Autor poderoso y amable de la misma, y lo hará tanto más gustoso cuanto sea más firme y viva la fe con que es honrado.

A esto se debe el que en la Escritura la adquisición de la gracia y de la justificación se atribuya tan frecuente y expresamente a la fe, pues parecería que no se requiera otra cosa fuera de ella. Sin embargo, cometen un grave error los protestantes al considerar la fe corno única preparación para la justificación. Naturalmente, si la justificación consistiera sólo en la simple imputación de los méritos de Cristo, en una justicia puramente exterior, por la que la malicia y el pecado interiores de nuestra alma fueran simplemente recubiertos, sin que ésta se renovara y transformara en su interior, podría bastar sólo la fe en Cristo[[632]](#footnote-632). Pero como, según la doctrina del Apóstol, la fe justificante es una fe que obra milagros, fe en el mayor de todos los milagros, el milagro de la gracia[[633]](#footnote-633), Y como por este milagro Dios destruye en nosotros, por la santidad de su Espíritu, toda la malicia del pecado y despierta a nuestra alma de su muerte espiritual a una vida sobrenatural, se desprende que la fe debe ir siempre acompañada de otras condiciones que nos hagan aptos para la recepción de este don milagroso de la justificación.

Estas otras condiciones sin embargo están ya en cierto modo contenidas en la fe, brotan de ella y únicamente por ella influyen eficazmente en la adquisición de la gracia. En efecto, por la fe adquirimos también las gracias que son necesarias al temor saludable, a la esperanza y al arrepentimiento de nuestros pecados. La fe nos incita a buscar la gracia, a temer la cólera de Dios, a esperar en él, a odiar el pecado y amar la justicia. Por la fe consagramos todas las otras preparaciones, nos atraemos las bendiciones divinas sobre ellas y las referimos a la gracia santificante. Ya que no podemos merecer por ellas la gracia de Dios, debemos esperarla en fin de cuentas del solo poder y bondad de Dios, por los méritos de Cristo; la fe, por lo tanto, debe seguir, pero también preceder a las otras preparaciones, para imprimirles su sello y hacerlas aceptables a Dios.

Las demás preparaciones están destinadas a capacitarnos para la recepción de la gracia; sólo por la fe la tomamos en su frente. Aquéllas nos llevan a la gracia; la fe nos hace entrar en su posesión, por ella nos apropiamos de los tesoros de la omnipotencia y del amor de Dios y de los méritos de Cristo. Por la fe somos justificados, aun cuando recibamos la gracia en los sacramentos. Porque los sacramentos resultan fructuosos cuando el sujeto reconoce por la fe su eficacia. No son otra cosa que canales por los que nos llega la gracia de Dios y de Cristo, y requieren de consiguiente idénticas condiciones a aquellas en que Cristo realizó sus milagros[[634]](#footnote-634).

Es pues del todo cierto que sólo por la fe sobrenatural podemos hallar la gracia, que únicamente por ella la podemos buscar; que esta fe nos da acceso a las maravillas de la gracia, y que ella misma nos las muestra, según las palabras del Apóstol: “Por la fe tenemos acceso a esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios”[[635]](#footnote-635).

¿Cuándo tomarás a pechos, oh cristiano, esta verdad tan segura, tan manifiesta, tan importante, organizando tu vida en consecuencia? ¿Cuándo renunciarás al orgullo farisaico con que el mundo te tiene hechizado, haciéndote creer que con unas pocas obras humanas podrás comprar la gracia? “Sin la fe es imposible agradar a Dios; si quieres acercarte a Dios es menester que creas”, te grita el Apóstol[[636]](#footnote-636). Nada flagela tanto en sus epístolas como la arrogancia de los Judíos que creían haber merecido la gracia de Cristo por las obras de la ley. Dice el mismo Abrahán: “Si Abrahán ha sido justificado por sus obras, puede gloriarse, pero no delante de Dios”[[637]](#footnote-637). ¿Cuánto más no condenaría las obras de una justicia hipócrita, superficial, humana, rehusándole todo valor a los ojos de Dios?

Del mismo modo que las obras cumplidas en estado de gracia y en su espíritu merecen la vida eterna, así también sólo las obras provenientes de la fe y apoyadas en ella son las que conducen a la gracia; no que ellas la merezcan, por manifestar la fuerza y la vida de la fe, por la que buscamos la gracia cerca de Dios y la esperamos de su bondad, apoyándonos en los méritos de Cristo.

Coloca sólo en estas obras tu espíritu, o más bien, en su raíz, en la sumisión humilde pero grandiosa y poderosa de la fe por la que te glorificas, no en ti mismo, sino en Dios. Deja penetrar profundamente en tu alma esta raíz sobrenatural para que se afirme fuertemente. Cuanto más se arraigue en ti, tanto mayor será el desarrollo, más rápido el crecimiento del árbol de la gracia que se levantará sobre ella con la riqueza de sus flores y de sus frutos.

Capítulo III:

El temor de Dios, segunda preparación a la recepción de la gracia

Si la suave y encantadora luz de la fe, que muestra la gloria y la dulzura de la gracia, no basta para recalentar y ablandar el corazón del pecador, tendrá al menos fuerza para sacudirlo profundamente, revelándole los males y castigos terribles que le aguardan, si permanece al margen de la gracia.

El temor de Dios, máxime el temor de su cólera y de sus terribles consecuencias, ha constituido para el pecador el camino ordinario en la recuperación de la gracia. Nada tienen que ver en su adquisición los otros frutos de la gracia, porque, no estando relacionados con ella, no tienen fuerza para impulsarnos a que la busquemos y la adquiramos. Existe un temor natural que lo podemos tener sin la fe ni la gracia del Espíritu Santo; por grande que sea, no puede introducirnos en el reino de la gracia.

Por el contrario, el temor de la cólera divina y sus consecuencias es un temor sobrenatural; supone en nosotros la fe sobrenatural en el orden de la gracia y sólo es despertado por el Espíritu Santo, que nos atrae de una manera sobrenatural y nos hace sentir en lo vivo lo que nos perjudicamos al perderlo y los castigos espantosos con que Dios castigará su desprecio.

Este temor, según el concilio de Trento[[638]](#footnote-638), es un don del Espíritu Santo, don precioso y fuerte que penetra nuestra alma como afilada espada; que con una santa violencia corta los lazos que nos atan a objetos pecaminosamente amados, y que se mantiene suspendida sobre nuestra cabeza hasta que nos hayamos refugiado bajo el manto de la gracia y ocultado en el seno de Dios. Si es que no percibimos los poderosos efectos de este don del Espíritu Santo, si continuamos endurecidos y obstinados en nuestros pecados, olvidados de la gracia, ello proviene de que cerramos los oídos a las advertencias del Espíritu Santo y, lejos de meditar con fe viva, olvidamos la terrible sentencia que Dios dictará un día contra los que menosprecian ese don.

Son demasiado verdaderas las palabras que Dios dirige al pecador: “Verteré mi cólera en la medida de mi misericordia”[[639]](#footnote-639). Cuanto mayor ha sido y se ha mostrado generosa e insondable la misericordia divina, al hacer de nosotros hijos suyos por la gracia, tanto más terriblemente se dejará sentir la insondable severidad de su justicia cuando descargue sobre los que hubieren despreciado esta gracia. Por ella Dios derrama sobre nosotros la plenitud de su bendición como lluvia abundante; por decirlo así, su amor se desborda sobre nosotros, para unirnos a él del modo más íntimo; promete inundarnos con un río de delicias. Pero agrega también la Escritura que “hace llover la guerra sobre los pecadores”[[640]](#footnote-640) y que “en ellos saciará su cólera”[[641]](#footnote-641). Nada hay tan sensible como el amor despreciado y ultrajado; cuanto más destacado, tierno, dulce haya sido éste, tanto más fuerte, amarga y terrible es la cólera en que se trueca cuando se ve despreciado y rechazado. Llega a decir la Escritura: “En la medida en que el Señor se regocija antes en haceros el bien y en acrecentarlo, se gozará en perderos y en aniquilaros”[[642]](#footnote-642).

Dios, fuego puro de eficacia y fuerza infinitas, es también fuego de amor y de cólera igualmente infinitos. Si es benéfico y amable cuando nos penetra, nos recalienta, nos purifica y nos glorifica en la gracia, no es menos terrible y cruel cuando hiere, consume, desgarra y tortura a los que se endurecieron contra sus bendiciones.

Así como el pecado de un hijo para con su padre es incomparablemente más horrible y merece un castigo mucho más severo que el del servidor con relación a su dueño, así también el pecado que cometemos, siendo hijos elegidos de Dios, contra nuestro Padre celestial es incomparablemente mayor y más culpable que los que podríamos cometer en calidad dé simples servidores de Dios. No es posible que sólo temamos estos castigos comunes prometidos de un modo general a toda ofensa irrogada a Dios, aun cuando sean lo suficientemente duros como para hacer temblar y llenar de espanto un corazón que se detenga a pensar detenidamente en ellos. Después de haber sido llamados a la gracia debemos temer otra pena muy distinta, de la que no tenemos mayor idea o noción que de la felicidad celestial prometida por la gracia. Dios abre para nosotros un nuevo abismo de profundidad infinita, inconmensurable, pues grande e inefable es la dignidad de sus hijos. Construye para nosotros un nuevo infierno, atroz y espantoso, como es dulce y atrayente su cielo. Inventa nuevas torturas, nuevas aflicciones, un nuevo fuego consumidor, cruel e insoportable, como infinitas y agradables son las dulzuras celestiales. Y así como despliega todo su poder para hacernos participantes, mediante el mayor de los milagros, de su naturaleza y de su felicidad, usa de ese mismo poder para abrumar al pecador, mediante un milagro no menor, de males inimaginables. Estaría mejor dicho que obra en el pecador un doble milagro: lo humilla y lo tortura, por su propio poder y mediante las criaturas, en forma que supera la posibilidad natural, y, además, lo mantiene sobrenaturalmente en esos males; porque son males tan enormes que, hablando naturalmente, deberían aplastar y aniquilar al pecador desde el primer momento.

Nos resistiríamos a creer que Dios pueda castigar de un modo tan atroz nuestros pecados y los desprecios de la gracia, si no tuviéramos delante el caso de su Hijo único que, para satisfacer por nuestros pecados y alcanzarnos la gracia, debió soportar lo que jamás haya sufrido hombre alguno sobre la tierra. “Si así se procede con el leño verde, ¿qué no se hará con el seco?”[[643]](#footnote-643)

No puede nuestra razón representarse al vivo un castigo tan horroroso, ni puede apreciar nuestro corazón como es debido un mal tan misterioso. Roguemos, pues, al Espíritu Santo que, por la luz sobrenatural de la fe, nos permita lanzar una mirada al abismo del infierno, y que, por la gracia sobrenatural, despierte en nosotros un temor poderoso y saludable. Ojalá penetrara hasta nuestro corazón y nuestros huesos, para que no tembláramos más que ante la cólera de Dios, y para que nos apresuráramos a huir de su terrible sentencia por un retorno instantáneo y decisivo a la gracia.

No nos preocupemos tanto de los males naturales que nos salgan al paso en esta vida, y sobre todo, no les demos tanta importancia que, para evitados, sacrifiquemos la gracia o no la consigamos. Mucho más nos deberían impresionar los males eternos y sobrenaturales, sobre todo porque todavía no los vemos, no los sentimos, no podemos comprenderlos. Esta misma incomprensibilidad es una prueba de su grandeza indecible, de su fuerza y poder infinitos; es una prueba de que todos los males naturales que hayan podido visitar a los hombres, mientras el mundo es mundo, no alcanzan al menor de estos males.

Pensemos con frecuencia que es verdaderamente terrible caer en las manos del Dios vivo[[644]](#footnote-644); no olvidemos, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, nuestro último fin, y jamás pecaremos; si hubiéremos pecado, nos arrepentiremos y buscaremos ansiosamente la gracia de Dios, pues solamente ella nos puede preservar de la venganza divina.[[645]](#footnote-645)

El temor de la cólera de Dios no sufre dilación; no deja un minuto de reposo hasta que nos hayamos librado de él. A cada instante está suspendida la espada sobre nuestra cabeza; en cualquier momento podemos abandonar esta vida y ser entregados por toda la eternidad a nuestro Juez.

Además, dando por supuesto que todavía hayamos de vivir muchos años, no sabemos si más tarde podremos recuperar tan fácil y seguramente la gracia. Como esto depende todavía más de la ayuda sobrenatural de Dios, de la que no podemos disponer a nuestro antojo, que de nuestro libre arbitrio, nada podemos concluir en definitiva con respecto a nuestra conversión futura. Cada momento que pasemos en pecado nos va haciendo más y más indignos de la gracia; crecen nuestra negligencia y nuestro desprecio con el tiempo. El hilo de la misericordia divina, que todavía nos mantiene, debe romperse alguna vez; debe Dios retirar más y más su gracia y dejarnos sucumbir profundamente en el lodazal del pecado. De seguro que más de cuatro se arrepienten hoy día en el infierno por haber despreciado y desdeñado por tanto tiempo las numerosas gracias que se les habían ofrecido, o sencillamente por haber demorado su conversión para más tarde. Conviene que de vez en cuando nos estremezcamos ante los insondables designios de la divina Providencia. Es buena y generosa por demás cuando nos sometemos a ella, pero también es terrible e impenetrable cuando nos apartamos y en cierta manera, nos burlamos de ella.

Capítulo IV:

La esperanza sobrenatural en Dios, tercera preparación para la gracia

El temor de la desgracia divina y nuestra propia debilidad constituirían motivo suficiente para quedarnos postrados y descorazonados, si la confianza en la infinita bondad y poder de Dios no nos alentara, abriéndonos nuevamente el camino a la gracia y dándonos la firme esperanza de que, con la asistencia divina, podemos obtener y conservar esta gracia segura e infaliblemente hasta el fin.

Esta confianza debe ser igualmente sobrenatural, un don del Espíritu Santo, ya que es sobrenatural el bien de la gracia que esperamos. Únicamente puede apoyarse en la infinita misericordia de Dios -él solamente puede perdonar nuestros pecados- y en su omnipotencia, pues sólo ésta puede afirmarnos y elevarnos lo suficiente para que logremos el mayor de todos los bienes. Supone además que reconocemos y proclamamos con fe sobrenatural y viva que, aun cuando somos pecadores, no cesa Dios de llamarnos a su gracia y de poner a nuestra disposición todos los tesoros de su poder para introducirnos en ella.

Por este motivo, la esperanza de reconquistar la gracia debe ser necesariamente débil e informe, si nuestra fe es muerta y vacilante, y si pensamos en nuestras faltas y nuestra debilidad más que en el amor infinito y la solicitud paternal de Dios para con nosotros. Consideremos más bien con fe viva esta solicitud divina, escuchemos las inspiraciones del Espíritu Santo que nos promete el perdón de nuestros pecados y el retorno a la gracia, y nuestra esperanza no titubeará, nuestra alma saldrá de su abatimiento y, con una seguridad que desconoce el temor y la cobardía, se adelantará hasta el trono de la misericordia divina, en donde espera hallar y hallará infaliblemente el perdón y la gracia.

No hay cosa que tanto haya asegurado Dios y repetida y explícitamente certificado en la Escritura como su voluntad de salvar a todos los hombres[[646]](#footnote-646); no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva[[647]](#footnote-647). Indudablemente habría podido ser más avaro de su gracia, a causa de su valor infinitamente grande; habría podido establecer que la recibieran tan sólo quienes la buscaran con mayor empeño y no la hubieran perdido después de su adquisición. Empero no obró en esta forma; quiso que, como el sol, luciera sobre los justos y los pecadores, sobre los que temen a Dios y sobre los impíos, para que todos estuvieran en todo tiempo envueltos en su luz, gozasen de ella, con sólo abrir los ojos. En lugar de aguardar a que vayamos a él en busca de la gracia, nos la ofrece a cada momento, deliberada y generosamente; él mismo se encarga de llamar continuamente a nuestro corazón y no nos deja en paz hasta que se lo hayamos abierto.

Por esto han enseñado los Padres y los teólogos unánimemente que Dios no rehúsa la gracia santificante a ningún hombre que, con la ayuda de su gracia preveniente, hace cuanto está de su parte[[648]](#footnote-648). Por excelsa y elevada que sea la gracia, y por profunda que parezca la sima del pecado a la que hemos descendido, podemos estar seguros de que siempre nos es posible su recobro. Tenemos de ello tal certeza como de que Dios es misericordioso en su amor, fiel en sus promesas, todopoderoso en sus obras. Sólo es menester de nuestra parte la buena voluntad y el deseo serio y sincero de participar de su misericordia. Dios se encargará del resto; llevado de su amor, cubrirá nuestros pecados y dará a nuestra voluntad una fuerza tal que podamos donar victoriosamente y descartar los obstáculos a la gracia.

Aunque la justicia de Dios sea rigurosa, y nuestros pecados sean tan numerosos como las arenas del mar, tan pesados como las montañas, siempre será verdad que junto a la justicia se halla la infinita misericordia, que retira el brazo vengador tan pronto como queramos con seriedad escapar de sus castigos. Su dulzura y condescendencia se imponen a la severidad y al celo de su justicia, porque “las misericordias del Señor están sobre todas sus obras”[[649]](#footnote-649). No puede castigamos Dios sin que a ello le obliguemos; de mil amores nos ofrece su perdón y sus beneficios, y le causa hondo pesar el que los rechacemos. No ha empleado ni una gota de sudor para podernos castigar; en cambio, para poder agraciarnos ha ofrecido su sudor, su sangre y su vida, en medio de los sufrimientos más atroces. Al castigar el pecado, queda lejos de agotar su poder; mas para reconciliar al pecador ha movilizado todas las riquezas de su poder y llevado a cabo la mayor de todas las obras, una obra infinita, la Encarnación de su Hijo. Si pues debemos justamente temer su justicia vengadora a causa de nuestros pecados, con todo, tenemos muchos más motivos para confiar en su misericordia y esperar el perdón de nuestras faltas.

Para afirmarnos en esta esperanza, ha querido ponernos ante los ojos el divino Salvador el ejemplo del hijo pródigo[[650]](#footnote-650). Su pecado era muy parecido al nuestro. Había abandonado con una ingratitud vergonzosa la casa paterna, en donde gozaba del amor más acendrado por parte del autor de sus días, había llevado consigo la parte que le correspondía en herencia y la había disipado en el extranjero del modo más vil y miserable. Cuando más tarde volvió a casa en lastimoso estado, le sobraban motivos para pensar que su padre le cerraría las puertas y lo echaría sin piedad como a un infame. Al fin y al cabo, su padre hubiera estado en lo justo al obrar en esta forma. Y sin embargo fue recibido caritativamente, en su antigua jerarquía de hijo, con gozo íntimo, tanto que excitó la envidia de su hermano mayor, que siempre había permanecido fiel a su padre.

También nosotros, al pecar, abandonamos la casa de nuestro Padre celestial y disipamos con incalificable ingratitud la herencia de la gracia. Imposibilitados de recuperar la herencia dilapidada, ni siquiera somos dignos de comparecer en la presencia de Dios. Y no obstante, basta que confesemos nuestra miseria y nuestra ingratitud y deseemos de nuevo con seriedad la gracia de nuestro Padre celestial, para que corra alegremente a nuestro encuentro, y nos reciba en su casa y en sus brazos, nos dé el beso de paz y de reconciliación, nos adopte otra vez como hijos y nos devuelva la herencia perdida. Sí, nos recibe con tal amor, que sus hijos siempre fieles, los ángeles y los santos, si fueran capaces de tener envidia, ambicionarían nuestra suerte.

Calcúlese la enorme injuria que haríamos a Dios si, después de estas pruebas de misericordia, permaneciéramos pusilánimes y flojos, si en lugar de romper decididamente los lazos del pecado y de arrojarnos confiadamente en sus brazos, nos empeñáramos en perecer de miseria. ¿Cómo es posible que todavía podamos temer a nuestros enemigos, a nuestros perversos hábitos y a nosotros mismos, siendo así que Dios está pronto con todo poder para humillar a nuestros enemigos, para quebrar el yugo de nuestros vicios y para dotar nuestra voluntad de una fuerza sobrehumana? ¿Por qué dejamos caer nuestros brazos con desaliento y no estrechamos esa mano que Dios nos tiende? ¿Por qué no ensayamos de alcanzar la barca que Dios tiene a nuestra disposición?

Si con el fin de salvar a un pobre hombre caído en hondo pozo un rey hiciera bajar hasta él poderosas máquinas y le prometiera, una vez fuera, tomarlo de la mano y darle la mitad de su reino, sin duda reviviría al instante en este desdichado la esperanza perdida, y confiada y prontamente echaría mano del medio salvador que se le presentaba. He aquí lo que Dios ha hecho contigo, al enviarte sus ángeles para librarte del abismo del pecado, al tenderte la mano, no solamente para salvarte, sino para colocarte sobre su trono real.

¿Por qué, desdichado, vacilas en tender la mano hacia tu bienhechor, para que él la pueda tomar? ¡Eres un asesino de ti mismo, un perezoso, un flojo, un insensato! Dios sólo te pide que te dejes salvar, y tú te niegas y le niegas cosa tan insignificante. Te basta hacer lo poco que puedes y debes a cambio de lo que Dios hace por ti, ya que él te ayuda gustoso cuanto le permites, y aun más de lo necesario. Comenzó él, continúa tú, que él terminará. El ha llamado, responde y usa de sus dones, para que siempre vayas recibiendo nuevos y para que llegue a ti su gracia.

Capítulo V:

La contrición, cuarta y última preparación a la gracia

Si queremos que nuestra esperanza de conseguir de nuevo la gracia sea una realidad, nos es indispensable el detestar sinceramente, con la ayuda de Dios, su contrario, el pecado, y el decidirnos seriamente a obrar y a vivir de acuerdo a sus leyes y sus exigencias.

Si verdaderamente y con fe viva deseamos la gracia, debemos esforzamos por adoptar los sentimientos que ella nos demanda. ¿Cuáles son éstos? En primer lugar que en toda coyuntura tengamos la voluntad seria de cumplir todos los deberes a que nos comprometemos al entrar en el estado de gracia, es decir, que tengamos el firme propósito de nunca más cometer pecados graves en lo sucesivo y conducirnos como verdaderos hijos de Dios. Cuando este propósito es serio y eficaz, es un acto sobrenatural, puesto que debe ser en nosotros el comienzo de una vida sobrenatural; no lo podemos realizar si no es dejándonos llevar de la inspiración del Espíritu Santo, que entra en nosotros y quiere introducirnos en la vida sobrenatural, declarándonos prestos para conservarla y cuidarla. En los capítulos siguientes pondremos de relieve cómo se puede conseguir esto.

Pero como antes de entrar en la gracia santificante nos hallamos en desgracia de Dios, es decir, con la conciencia manchada de pecados graves, que nos hacen del todo indignos de la gracia, no debemos limitarnos a formular una simple resolución para el porvenir, sino que también, en cuanto depende de nosotros, hemos de tratar de que el pasado quede reparado. Debemos estar apenados de haber cometido estos pecados, de haber inferido a Dios una injuria semejante; y, si en realidad detestamos nuestras faltas, debemos esforzarnos por presentar a Dios una satisfacción en la forma que podamos o él nos la exija, en una palabra, debemos arrepentirnos sinceramente de nuestros pecados.

Para que este arrepentimiento sea saludable y nos abra el camino a la gracia de Dios, debe ser también sobrenatural. Si no lo fuera, no tendría ninguna relación con el estado sobrenatural de la gracia al cual nos debe preparar[[651]](#footnote-651).

¿Cuándo lo es? Cuando a la luz de la fe y merced a la fuerza proveniente del Espíritu Santo, odiamos el pecado como un mal sobrenatural, como derogación de la ley sobrenatural de Dios por la que nos atraemos la pérdida de la gracia y rehusamos a Dios el amor que le es debido.

De esta declaración se desprende que hay dos clases de contrición sobrenatural, la ‘imperfecta’ y la ‘perfecta’[[652]](#footnote-652). Si únicamente tomamos en cuenta que el pecado nos priva de la gracia y de nuestra dicha suprema, y la pérdida de ésta nos hace temer los mayores males y los castigos más severos por parte de Dios, la contrición es imperfecta, puesto que no consideramos la gracia sino en cuanto que es un bien nuestro. No se encuentra todavía en esta contrición el sentimiento puro y perfecto de los hijos de Dios, que consiste en el amor para con él; no obstante, poseemos un deseo sincero de la gracia y de cuanto lleva aparejado, y de consiguiente también el amor de Dios. No merecemos aún que se nos infunda directamente la gracia, pero estamos suficientemente preparados para recibirla en el sacramento de la penitencia.

Si, por el contrario, consideramos cuán grande sea la gracia a los ojos del mismo Dios, cuánta gloria le da, y, por otra parte, cuánto le ofendemos por el pecado al negarle el amor debido, en tal caso la contrición es perfecta e incluye el amor filial para con Dios. Entonces no contentos con un simple deseo de la gracia de los hijos de Dios, lo estrechamos efectivamente con los brazos del amor; no puede Dios aguardar por más tiempo; y nos abraza luego con paternal amor, nos imprime en la frente el beso de la reconciliación y nos da al mismo tiempo la gracia de sus hijos.

La contrición imperfecta no deja de ser buena y loable, pues tiene un maravilloso poder, y debemos apreciarla, puesto que nos capacita al menos para recibir la gracia. Mas su poder ni siquiera puede compararse con el de la contrición perfecta, que no sólo nos capacita para la gracia, sino que directamente nos introduce en ella. Por esto no debemos contentarnos con la primera, sino esforzarnos siempre por conseguir la segunda. Después de haber perdido tan ignominiosamente la gracia, deberíamos avergonzarnos de no utilizar los medios que están a nuestra disposición para recibirla, y de contentarnos con un mínimum necesario. Obrando así, daríamos a entender que no la apreciamos en lo que se merece. Al despreocuparnos de lograr una contrición perfecta por la caridad, hacemos ver que no consideramos con seriedad la contrición; y quién sabe si llegamos a tener siquiera la contrición imperfecta.

¡Pluguiera a Dios que con la asistencia del Espíritu Santo reconociésemos con fe viva la enormidad del pecado que nos priva de la gracia! No cabe duda de que lo detestaríamos en seguida con toda la fuerza de nuestra alma y lo expulsaríamos de nuestro corazón.

Lo detestaríamos, porque con la gracia nos roba el bien supremo y la posesión del mismo Dios, y nos amenaza con los castigos más duros y terribles de la cólera divina. Lo aborreceríamos todavía más, porque con él inferimos al autor de la gracia la más grosera injuria y el mayor de los ultrajes.

En efecto, una vez que por la gracia hemos sido llamados a ser hijos de Dios, además de insultar en él al Dueño supremo y legítimo a quien debemos todos nuestros servicios y todos nuestros respetos, nos befamos del Padre más amable para con nosotros, del mejor amigo, del esposo más tierno de nuestra alma. Nos burlamos del amor inmenso e inefable en que nos envuelve y pagamos con la más negra ingratitud sus gracias y sus beneficios inestimables. Deshonramos y violamos su nombre, manchando el nuestro de hijos de Dios y mostrándonos indignos de él. Arrancamos de sus brazos nuestra alma, amada por él como la pupila de sus ojos y considerada como joya y alegría de su corazón. Desgarramos la túnica celestial de la inocencia y de la santidad de la que nos había adornado y que resplandecía a los ojos de toda la corte celestial. Al igual que Judas, abandonamos traicionera y vilmente al Señor que, por su gracia, nos había adoptado por amigos muy amados. El dolor que deparamos al corazón de nuestro Padre celestial es agudísimo. ¡Y pasamos a lastimarle, a herirle! Le sobran, pues, motivos para quejarse de nosotros como se lamentaba de Judas por boca del Salmista: “Si me hubiera maldecido mi enemigo, quizás lo habría soportado; ¡pero que seas tú, mi confidente, mi vecino, mi amigo, que participabas en mi mesa de los mismos manjares!...[[653]](#footnote-653) ¿Y es posible que seamos tan insensibles y tan inhumanos que no nos dejemos conmover, que no pensemos en los males que deben derivarse de tan horrible falta?

Cuando un hijo ultraja a su padre, dicho acto encierra mayor perversidad e ignominia que si lo hiciera un doméstico. Pero la perversidad sube de punto si un doméstico, adoptado como hijo por una especial condescendencia de su amo, se muestra ingrato con semejante amor y no se detiene hasta herirlo y ultrajarlo sin reparo. Es precisamente lo que hemos hecho nosotros, hijos de Dios por la gracia y obligados en grado mucho mayor que si fuéramos hijos suyos por naturaleza. El atrevernos todavía a negarle nuestro amor y el responder a su terneza con una desobediencia afrentosa es el colmo de la malicia, de la ingratitud.

¡Cuál no deberá ser por lo tanto nuestro dolor cuando pensamos en todo lo que Dios ha hecho para que fuéramos hijos suyos, llegando a ofrecer su mismo Hijo para que con su sangre nos obtuviera la vida! Si en nuestro corazón ha quedado una fibra de sentimiento y de reconocimiento, si es que no se ha vuelto más cruel que el tigre y la hiena, no puede menos de fundirse en un dolor sin nombre. Por el pecado hemos pisoteado la preciosa sangre del Hijo de Dios, hemos inutilizado su eficacia, hemos despreciado la prenda más costosa del amor del Padre eterno. El busca nuestro amor a cualquier precio y ofrece por él lo mejor que posee. ¿Cómo no ha de causarle una pena inmensa si despreciamos su amistad y nos burlamos de él?

Tengamos compasión de Padre tan tierno al que hemos causado una pena tan honda, si no queremos apiadarnos de nosotros mismos, cuando ya sea tarde. Lloremos con él la gravedad de nuestro pecado, la magnitud de nuestro desagradecimiento, aliviemos sin dilación su corazón paternal mediante un arrepentimiento sincero y compunción profunda. Apresurémonos a demandarle perdón, lavemos cuanto antes con nuestras lágrimas las manchas del pecado y reparémoslos con un amor ardiente lo antes que podamos.

No nos contentemos con nuestro arrepentimiento, ya que no puede igualar la grandeza de nuestra falta; en efecto, de no habernos ayudado el mérito infinito de Cristo, jamás habríamos podido ofrecer a Dios una satisfacción perfecta, y sin la gracia del Espíritu Santo no tendría valor ni precio cuanto podamos hacer nosotros. Irritémonos contra nosotros mismos y lloremos sin descanso; humillémonos ante el rostro de nuestro Padre celestial y reconozcamos ante él que no somos dignos de llamamos hijos suyos. De esta suerte volveremos a entrar pronto en su gracia, y, en medio de nuestro dolor, experimentaremos la dulce alegría de un hijo que después de largo destierro torna a la casa paterna.

El verdadero arrepentimiento debe durar aún después de la reconciliación con Dios, probando así su sinceridad. Un hijo que ha ofendido gravemente a su Padre no olvidará su pecado una vez que se le haya perdonado, siempre estará afligido por haber podido cometer semejante injusticia; con tanto mayor empeño se cuidará en lo sucesivo de ofender nuevamente a su padre, dado que le está obligado doblemente por su misericordia. Asimismo, después que nosotros hemos sido readmitidos a la gracia de Dios, y que nuestros pecados han sido sumergidos en lo profundo del mar, tanto menos podremos olvidarlos cuanto mayor intervención del inefable amor de Dios hubiéremos reconocido en el perdón de nuestras faltas. La conciencia de nuestra reconciliación debe llenarnos de paz y de santa alegría. Pero no gozamos verdaderamente de esta paz y alegría, si no continuamos haciendo penitencia de nuestros pecados y deplorándolos; sólo así nos haremos cada vez más dignos de la gracia divina y adquiriremos más y más la certeza de que realmente Dios nos ha perdonado. Únicamente por este dolor continuado, causado por nuestra desdicha pasada y el recuerdo de nuestras faltas anteriores, nos guardaremos de cometerlas nuevamente y de precipitarnos en el mismo infortunio.

Capítulo VI:

La vida sobrenatural que debemos llevar en el estado de gracia

Agradezcamos a Dios el habernos librado por su misericordia de nuestros pecados y nuevamente admitido en su gracia; esforcémonos por vivir y obrar en consonancia con la dignidad excelsa a que hemos sido encumbrados, y por hacer que fructifiquen los talentos recibidos.

“Anteriormente erais tinieblas”, clama el Apóstol, “pero ahora sois luz en el Señor. Comportaos como hijos de la luz; porque el fruto de la luz es la justicia y la verdad en toda bondad”[[654]](#footnote-654). Dice en otro lugar: “Hermanos, si es que habéis resucitado con Cristo, caminad en una vida nueva; buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre; desead las cosas del cielo, no las de la tierra. Porque muertos estáis ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”[[655]](#footnote-655).

Si nuevamente has sido librado de la muerte del pecado y regenerado a una vida celestial, si de enemigo y siervo te has convertido en hijo de Dios, debes comprometer tu honor, tu orgullo y tu mayor dicha en cumplir los deberes que te impone tu nuevo estado. Debes ser extraño al mundo, al demonio, a la carne, ya que estás libre de su dominio y eres ciudadano del cielo, huésped de Dios, templo del Espíritu Santo; es preciso que te desentiendas de las leyes del mundo, del demonio y de la carne, y que te muevas según el beneplácito de tu Padre celestial, de acuerdo con el ejemplo de su Hijo único y las inspiraciones del Espíritu Santo.

Esta vida nueva debe ser una vida celestial, espiritual, santa, divina, y, de consiguiente, también misteriosa, como lo dice frecuentemente el Apóstol. Debe ser ‘celestial’, porque, elevado por la gracia sobre lo terreno, te encuentras en el cielo con los ángeles delante del trono de Dios, para alabarle y honrarle como Autor de la gracia y fuente de todo bien. Debe ser ‘espiritual’, porque te la inspira el Espíritu Santo, que mueve, anima y guía a los hijos de Dios, los libra de la esclavitud de la carne y les hace llevar en la carne, cual si fueran espíritus puros, una vida semejante a la de los ángeles del cielo. Debe ser ‘santa’, porque, si Dios es santo, sus hijos han de ser también santos, en sus pensamientos, en sus palabras, en su conducta. Debe ser finalmente ‘divina’, puesto que por la gracia nos hemos hecho participantes de la naturaleza divina, y ya no vivimos nosotros, sino que Dios vive en nosotros, y obra en nosotros y nos penetra de su esencia y de su fuerza infinitas.

Debido a esto, resulta que esta vida es ‘misteriosa y oculta’, permanece velada a los ojos del mundo y ni siquiera puede ser comprendida por nosotros en toda su profundidad y elevación. El mundo, sumergido en las tinieblas del pecado y de la concupiscencia, no reconoce en nosotros la alta dignidad de los hijos de Dios, como tampoco la unión íntima y noble que la gracia nos confiere; por ello desprecia como vana ilusión nuestra vida apacible, sumida en Dios. No nos dejemos engañar por sus habladurías. Permanezcamos fieles a la santa fe, que nos introduce, más allá del mundo, en regiones invisibles y misteriosas en que no puede penetrar nuestro ojo natural. Dejemos que Dios despliegue en nuestro interior su misteriosa actividad, abandonémonos a la dirección del Espíritu Santo, que habita en nuestro corazón y lo llena de la plenitud de su divinidad. Pensemos que la vida del Hijo único sobre la tierra estaba igualmente oculta a los ojos del mundo y que, según las palabras del Apóstol, cuando aparezca Cristo, vida nuestra, apareceremos con él en la gloria[[656]](#footnote-656).

Cuanto es más misteriosa y elevada la vida que hemos de desarrollar en la gracia, más necesitamos de un ejemplo visible de acuerdo al cual podamos formarla en nosotros.

En su carácter de Hijo único y primogénito de Dios, Cristo es el tipo y el ejemplo de todos los hijos de Dios. Sólo él podía darnos un digno ejemplo para que pudiéramos vivir como hijos de Dios; sólo él constituye un modelo digno de nuestra condición y vocación grandiosas. Si la gracia no nos elevara en tal forma sobre nuestra naturaleza, hubiera sido indigno de él descender en persona del cielo a la tierra para enseñarnos a vivir como hombres ordinarios y simples servidores de Dios. Si de servidores hemos subido por la gracia a la condición de hijos de Dios, si de hombres ligados a la tierra nos hemos hecho familiares del Altísimo, se comprende que sólo el Hijo único de Dios pueda enseñarnos las costumbres nobles y divinas que corresponden a esta vocación nueva.

Si un hombre del pueblo, que nunca vio la corte del rey, de pronto se encontrara adoptado por hijo suyo, no sabría, claro está, conducirse en esta su nueva dignidad; en vano buscaría instrucciones entre sus iguales; necesariamente debería tomar como modelo la conducta de los cortesanos y de los hijos del rey. A nosotros, simples hombres, nos pasa otro tanto; somos incapaces de aprender, mediante nuestra razón y por el ejemplo de los demás, las costumbres y la conducta correspondientes a nuestra condición de hijos adoptivos de Dios. Como no podamos contemplar al Hijo único de Dios en la gloria divina de que goza junto a su Padre, era necesario que descendiera a la tierra para dejarse ver entre nosotros en una naturaleza igual a la nuestra, y que desplegara ante nuestros ojos su vida divina y el resplandor de su santidad; así se convertía en ejemplo y modelo nuestro. A él debemos imitar, si queremos ser hijos de Dios; debemos revestirnos de él, conformarnos a él, llevar en nosotros su imagen, asimilar su espíritu, estudiar e imprimir en nosotros sus sentimientos, sus inclinaciones y sus virtudes; de esta suerte su Padre celestial será honrado por nosotros y por él, y, en tanto que se complace en él, se complacerá en nosotros.

¡Inestimable honor el nuestro, que podemos imitar al Unigénito de Dios en calidad de hermanos suyos y miembros de su cuerpo místico! Admiramos las virtudes heroicas y las grandes cualidades de muchos hombres; nos reputaríamos dichosos de poder adquirir una parte de las mismas, para elevarnos así sobre la gran masa de los hombres y la mediocridad de la vida ordinaria. Pues resulta incomparablemente más honroso ser llamados a imitar y reflejar en nosotros las virtudes celestiales y divinas del Hijo de Dios, que constituyen la más profunda admiración del cielo entero.

Vergonzoso sería, por el contrario, si, en nuestra elevada dignidad, nos contentáramos con el vano fantasma apellidado por el mundo la virtud del honrado. Aun cuando la honradez natural, humana, puede embellecer a un hombre, no adorna a un cristiano, como no adornaría tampoco a un rey la formación y la virtud de un simple ciudadano. Somos, como dice san Pedro, “una raza escogida, un pueblo santo, un sacerdocio real”[[657]](#footnote-657). Por el bautismo y por la gracia nos hemos hecho miembros de Cristo, hemos sido elevados a una dignidad real, en la que debemos servir y glorificar, como hijos suyos y hermanos de Cristo, a nuestro Jefe, el Rey de reyes, para reinar con él y participar de su imperio y de su felicidad. Somos cristianos, es decir, miembros de Cristo, hermanos de Cristo; somos cristianos, esto es, santificados y consagrados a Dios por la unción del Espíritu Santo, y, como tales, debemos llevar una vida que reproduzca el ejemplo de Cristo, una vida para Cristo y en su honor, una vida de Cristo y por Cristo, en una palabra, una vida en Cristo, una vida que Cristo viva en nosotros, como en sus miembros, y que nosotros vivimos en él, como en nuestra cabeza.

Aun entre los cristianos se conoce muy poco la esencia íntima y el carácter divino de esta vida sobrenatural; se tienen nociones confusas y oscuras. Esforcémonos por precisarlas y aclararlas.

Con respecto a su naturaleza, distinguimos en el hombre una doble vida; si agregamos la gracia, contamos con una tercera; éstas son: “la vida sensible”, “la vida espiritual” y “la vida divina”. Cada una tiene su principio propio, su luz propia, un fin y móviles propios.

El principio de la vida ‘sensible’ es el alma, en su naturaleza y facultades sensibles, por las que se asemeja a los animales. En la naturaleza humana se encuentra una ley natural, la ley de la carne, que impulsa hacia la consecución de los bienes sensibles y materiales, como son la nutrición y el mantenimiento de la vida corporal; la luz que guía en la prosecución de esta ley es la luz de los cinco sentidos, que le presentan las cosas sensibles. El fin de esta ley es la conservación y la propagación de la vida corporal; su móvil radica en el placer de los sentidos, en el goce y apetito sensuales que proporcionan los bienes materiales.

Si quisiera el hombre abandonarse sin freno a esta vida sensible, renegaría manifiestamente de su naturaleza superior y de la imagen natural de Dios, que es su alma; descendería al nivel del animal y aun más abajo. El animal vive conforme a sus sentidos, pues no puede vivir de otra manera ni ha sido llamado a cosa más alta. Pero el hombre arrastra por el fango todas las facultades superiores, aun las más nobles, con que Dios tan ricamente lo adornara; al echarse en brazos del mundo sensible con toda la fuerza y la energía de estas facultades, ni siquiera se mantiene en los límites que la naturaleza da al animal, se sumerge en él más profundamente que este último. Por tal motivo se subleva ante semejante conducta toda la naturaleza superior; “el espíritu combate contra la carne”, dice el Apóstol[[658]](#footnote-658), y da testimonio de ello la vergüenza con que el mal hace sonrojar nuestro rostro.

Sobre la vida de los sentidos se encuentra la ‘vida espiritual’, a la que, según el orden de la naturaleza, debe someterse la primera. El alma, con sus facultades espirituales, la razón y la voluntad, es el principio. Su ley se manifiesta en la tendencia natural a los bienes que corresponden a nuestra naturaleza espiritual, y en las relaciones naturales en que nos hallamos como criaturas racionales frente a Dios y a nuestro prójimo. Su luz es nuestra razón natural; su fin, la consecución de nuestra felicidad y la glorificación de Dios, glorificación que Dios tiene derecho a desear de un servidor; sus móviles finalmente están colocados en el parentesco y acuerdo de los bienes espirituales con nuestra propia naturaleza espiritual, y en el respeto de la ley imperiosa de nuestro poderoso Creador y Señor.

Esta vida espiritual puede ser verdadera y buena o falsa y mala. Es verdadera y buena, cuando seguimos la verdadera inclinación que en nuestra naturaleza ha puesto el Creador, y que, en el fondo, no es otra cosa que la ley del mismo Creador; por consiguiente, cuando tendemos a los bienes que realmente pueden perfeccionar y tornar feliz nuestra naturaleza, y ante todo, al conocimiento y al amor de Dios. Es falsa, en cambio, cuando únicamente buscamos los bienes aparentes, como el honor ante los hombres; si, en lugar de marchar tras el bien supremo y reposar en él, nos detenemos en los bienes finitos y creados; si, en vez de relacionar el conocimiento y el amor de las criaturas con el conocimiento y amor del Creador, nos contentamos con los primeros. Esta falsa vida espiritual es la que lleva la mayoría de los hombres que no se lanzan del todo a las olas de la sensualidad. Es menos vergonzosa y menos vil que la vida animal, pero no es menos vana, insensata e indigna del hombre, ni más afortunada que la otra.

La verdadera vida natural espiritual que acabamos de describir, ¿es ya una vida cristiana, digna de un cristiano? En ninguna manera. Corresponde al hombre natural; si Dios no nos hubiera dado una dignidad y un destino más elevados, podríamos y deberíamos contentarnos con ella, y por su parte Dios estaría satisfecho. Pero, si Dios nos ha dado una dignidad y un destino superiores, como acaece en realidad, ni él ni nosotros podemos contentarnos con esa vida. Ya que por la gracia de Cristo somos encumbrados sobre nuestra naturaleza, siendo algo más que simples hombres, partícipes de la naturaleza divina e hijos de Dios, debemos llevar también una vida sobrenatural, que esté, no sólo sobre la vida sensible y la falsa vida espiritual, sino sobre la ‘vida espiritual’ más pura, verdadera y perfecta, es decir, sobre toda la vida natural.

Las facultades del alma, elevadas a un estado en que quedan transfiguradas por la gracia, las virtudes infundidas por el Espíritu Santo, y en particular las virtudes teologales, son el principio de esta vida sobrenatural. Su ley es sobrenatural, no implantada en nuestra naturaleza como tal, sino inscrita e impresa de un modo sobrenatural en nuestra alma por el dedo de Dios. No la podemos conocer ni por los sentidos ni por nuestra razón; nos es indispensable la fe sobrenatural, la luz del Espíritu Santo. Su objetivo lo constituye la posesión y el goce de los bienes más elevados y magníficos, que el mismo Dios posee, y de los que disfruta, y la glorificación del Altísimo, en la forma en que un Padre puede desear y esperar de sus hijos. Los motivos finalmente están colocados en este parentesco sobrenatural y misterioso en que entramos con Dios por la gracia, y en la atracción maravillosa que Dios y sus bienes sobrenaturales ejercen sobre nosotros como consecuencia de este parentesco.

Nos comportamos pues como cristianos, tan sólo cuando vivimos de la gracia, cuando seguimos. por la luz de la fe, la ley que nos fuera revelada por el Espíritu Santo; cuando tendemos a la felicidad prometida por Dios, cuando nos dejamos guiar en nuestras acciones por móviles sobrenaturales. Si queremos vivir de acuerdo a nuestra naturaleza celestial, no podemos menos de llevar una vida sobrenatural; porque únicamente lo sobrenatural es apropiado al hombre que ha sido colocado por encima de todos los límites de su naturaleza. En cierto sentido, lo sobrenatural deja de serlo, convirtiéndose para él en una segunda naturaleza; obraríamos en contra de nuestra naturaleza superior, si nos contentáramos con vivir una vida humana natural.

Asimismo obraríamos en contra de nuestra naturaleza, del mismo modo que un hombre racional que no quisiera vivir según los dictados de la parte más noble de su naturaleza, la razón, sino de acuerdo a su parte inferior, los sentidos. Es natural al gusano el arrastrarse por la tierra, y sería un despropósito el que pretendiera remontarse en vuelo a las alturas. Pero, si quedara transformado en ave y dotado de alas por la omnipotencia de Dios, semejante pretensión sería del todo razonable, natural, y desde este momento dicho animal comenzaría a obrar en contra de su naturaleza, si se empeñara en no ganar las alturas y en seguir arrastrándose por el suelo.

De modo análogo, estaría fuera de razón el demandar al hombre natural y terreno, mientras se mantuviera en su condición, que llevara una vida divina y celestial. Pero, si con la ayuda de la gracia se ha despojado de su naturaleza rastrera y se ha revestido de una naturaleza divina y celestial, renegaría de sí mismo si continuara su vida anterior, rehusando moverse en las regiones superiores.

No vayamos a creer que sólo los grandes santos pueden y deben desarrollar una vida sobrenatural. Porque es de saber que dicha vida no consiste en esas iluminaciones especiales, esos éxtasis y milagros con que Dios les favorece, sino más bien en la unión íntima con Dios que a todos es accesible por la gracia, y en la consagración que confiere a todos los actos de la vida cristiana la unción del Espíritu Santo. La dignidad y el destino comunes a todos los cristianos son la base sobre la que elevaron los santos el edificio altísimo de sus virtudes y de sus gracias; constituyen la raíz que desarrolla en los santos toda su riqueza y toda su plenitud. Nosotros contamos con la misma base, la misma raíz de santidad, y si ésta no se desarrolla tan gloriosamente en nosotros, proviene, en la mayoría de los casos, de que no colaboramos suficientemente con la obra de la gracia, o de que le ponemos mil obstáculos.

Dice la Escritura: “Dios es admirable en sus santos”[[659]](#footnote-659).Es admirable por la alta perfección que les confiere, admirable en los favores sobrenaturales que les otorga, admirable finalmente por los milagros que obra mediante ellos. Es también admirable en todo cristiano que trata de desarrollar y conservar en sí la santidad recibida en el bautismo. Todo acto sobrenatural llevado a término por nosotros como el de fe, esperanza y caridad, es un milagro que Dios obra, en nosotros, superior a todos los signos exteriores que jamás haya realizado en sus santos o por ellos; milagros tan grandes como las iluminaciones y los sentimientos celestiales que tan frecuentemente concede Dios a sus santos. Porque, en el fondo, no puede haber nada tan grande en la tierra como los actos de las virtudes divinas por los que entramos a participar de la misma vida de Dios; los favores especiales no pasan de ser medios que sirven para unir más estrechamente a los mismos santos con Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y para invitar a los demás hombres a la unión sobrenatural con Dios.

¿Cómo es posible que todavía se den tantos mortales que, olvidados de su vocación, prefieran mantenerse apegados a la tierra a dejarse llevar por Dios al cielo; que gustan más de moverse en los límites de su pobre naturaleza que de franquearlos y compartir con los ángeles una vida celestial y divina? No me refiero a los que se entregan a los placeres de la carne y se colocan al nivel de los brutos, ni siquiera a los que, sin hundirse en el fango, son esclavos de las apariencias de este mundo, sino a los que, si hemos de dar crédito a su palabras, quieren ejercitar de una manera racional la virtud y el culto natural de Dios, y que desprecian o ridiculizan cuanto excede su razón como misticismo, gazmoñería y superstición. ¿Podrían ultrajar más a Dios, cuyos dones más elevados y gloriosos desdeñan y rechazan? ¿Pueden perjudicarse acaso en mayor escala que olvidando y renegando de su dignidad celestial y cerrando su alma a la gracia de Dios?

Espero, oh cristiano, que estarás lejos de tal proceder, si es que estás compenetrado de lo que tu nombre significa y tienes a gloria el llevarlo. Únete con todo el ardor de tu alma a la gracia; como verdadero hijo de Dios, esfuérzate por hacerte cada días más semejante y más conforme a tu modelo divino, Cristo. No te dirijas según las leyes del mundo perverso, ni siquiera por las leyes de la sana y noble razón, sino únicamente por la ley de la gracia y del Espíritu Santo. Consérvate en la altura luminosa a la que te elevó la gracia; ciérnete, llevado por el Espíritu de Dios, sobre lo terreno, sobre tu propia naturaleza; trasládate, para no volver de allí, a las puertas del cielo. Aplícate con todo ardor al ejercicio de las virtudes celestiales que se te infundieron en el bautismo. Sólo este ejercicio constituye una ocupación digna de tu nueva condición; sólo en él consiste la actividad de la vida natural y divina de los hijos de Dios.

Capítulo VII:

El ejercicio de la caridad sobrenatural para con Dios

En el ejercicio de la caridad sobrenatural para con Dios consiste la obra más particular, más natural y al mismo tiempo más noble del hombre renovado y regenerado por la gracia divina. Esta caridad debe ser el soplo que anima al hijo de Dios, el latido que mueve su corazón y el resorte de todas sus acciones.

La comunicación de la gracia es la mejor prueba del amor íntimo y elevado que Dios profesa a su criatura. La gracia es el beso por el que Dios, en su indecible condescendencia, adopta al alma por hija suya, por amiga, por esposa. ¿Puede el alma hacer cosa mejor y más indicada, para responder al amor por el que Dios se aproxima a ella en tal forma, que devolverle amor por amor? En latín se da un juego de palabras para designar el reconocimiento testimoniado por manifestaciones de amor: “hacer un favor y corresponder agradecido”, expresado por nosotros con estas palabras: amar y amor en retorno[[660]](#footnote-660). Si, hablando en general, el amor debe provocar amor, debe hacerlo de modo particular el amor divino que en la gracia se dirige a nosotros. Cuando Dios nos da la gracia, al propio tiempo nos hace dignos de su amor y nos da la fuerza para devolvérselo, lo cual ningún otro amor puede hacerlo. Más aún, se une tan íntimamente al alma, que no solamente está y permanece sustancialmente presente en el interior de ella, sino que forma, por así decirlo, un todo, un espíritu con ella[[661]](#footnote-661). ¿Puede haber algo más natural que, al verse el alma amada por Dios de modo tan indecible, al darse cuenta que está animada y es atraída por él, al notar su presencia y al sentirse una cosa con él, se inflame del más encendido amor?

Nada más propio a la naturaleza del fuego que iluminar y recalentar. La gracia nos hace participantes de la naturaleza divina; ella es el ardor que comunica al alma la semejanza de Dios y la transforma en imagen de su esencia divina, que es el fuego espiritual más acendrado. Nada pues más natural para ella que esclarecer y recalentar, esclarecernos acerca del conocimiento de Dios, recalentarnos en el amor divino. La gracia alumbrará a perfección, cuando en nosotros haya dejado lugar a la luz de la gloria y permita contemplar a Dios cara a cara. Por tal motivo, en la tierra debe principalmente recalentar; así como la contemplación de Dios es el acto más natural y más importante de los bienaventurados en el cielo, así el amor de Dios es el acto más natural y más importante de los que poseen la gracia sobre la tierra. Lo ha dicho el mismo Salvador: “Yo he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?”[[662]](#footnote-662)

Esforcémonos por encenderla y dejar que arda en nosotros; que nuestra alma quede penetrada por el fuego de la gracia que transfigura y ennoblece, que nuestra voluntad se transforme en una viva hoguera de amor. ¡Vivamos y trabajemos en la caridad!

El amor de Dios, además de ser la actividad y la ocupación más natural y apropiada, viene a ser también la actividad más alta de un alma en gracia; o más bien, es la más apropiada y la más natural del hijo de Dios por su dignidad altísima, por ser muy especialmente divina. Ni el mismo Dios tiene ocupación más noble y más elevada que la contemplación de su propio amor; sólo esta ocupación es digna de su infinita grandeza y, por otra parte, absorbe su infinito poder. Desde toda la eternidad no hace otra cosa sino contemplar y admirar su hermosura y su bondad, sin haber necesitado jamás de alguna cosa. La obra grandiosa de la creación sólo ocupa un instante único de su amor. No pasa de una chispita que, emerge de su ardiente amor divino para revelar en miniatura la infinita plenitud y gloria. No se ve pues que la criatura pueda realizar nada más grande que amar a Dios. ¿Cómo el hijo podría demostrar a Dios con mayor elocuencia que en realidad participa de su naturaleza y que es conforme a él, sino amándolo y, en especial, amándolo como él mismo se ama?[[663]](#footnote-663). Si toda la creación es nada en comparación del amor divino del que procede, es lógico que cuantas obras pueda realizar una criatura desaparezcan ante un solo acto de amor de Dios.

Este acto es tanto más perfecto cuanto que su objeto es más elevado y más íntimamente está unido a él. ¿Puede darse objeto más elevado que Dios, bien infinito; y podemos unirnos, al menos en esta tierra, más estrecha y perfectamente a este objeto que mediante el amor? Y si esto es ya verdad con respecto al amor natural de Dios, ¿cómo no ha de serlo con respecto a la caridad sobrenatural, por la que abrazamos a Dios y disfrutamos de él en su esencia, en la mayor intimidad? Efectivamente, así como solamente el amor de su esencia es digno de Dios, así la caridad divina para con él es la única ocupación digna de sus hijos. Si no tuviéramos que hacer otra cosa en la tierra, debiera bastarnos esta caridad, pues sólo ella nos hace más semejantes a Dios que todas las demás obras, por grandes que sean. Sí, únicamente en ella debemos colocar nuestro orgullo, y, así como podemos gloriarnos de lo que Dios realiza en nosotros al hacernos participantes de su naturaleza por la gracia, así también debemos gloriarnos de poderlo amar como él mismo se ama.

Es algo tan grande y elevado esta caridad que los teólogos y los escritores espirituales afirman que nos diviniza y nos transforma en Dios[[664]](#footnote-664). La gracia transforma nuestra naturaleza en Dios por la asimilación y la unión más estrecha que darse pueda con su naturaleza. Además, la caridad sobrenatural debe transformar nuestra afección en afección divina, mediante la asimilación y la unión más íntimas que puedan existir con la caridad y la bondad divinas. Tratemos de abordar más de cerca este misterio.

Siempre que nos consideremos desde el punto de nuestra naturaleza, nos amamos todavía para nosotros mismos; somos el primer objeto de nuestro amor, aun cuando debamos estimar y amar a Dios como a nuestro creador infinitamente más que a nosotros mismos. En cambio por la gracia nos unimos tan de cerca a Dios que, de un modo misterioso, nos hacemos una cosa con él, en cierto modo somos absorbidos en él como un miembro en el cuerpo, vivimos de él más que de nosotros. Por esta razón Dios debe ser el primero y único objeto de nuestro amor, de modo que, no viviendo sino ‘de él’, vivamos sólo ‘para él’. Si, en consecuencia, nuestro amor sobrenatural es una participación del amor con que Dios se ama, no podemos amar por él sino como Dios ama; es decir, que en primer lugar no podemos aprehender sino a Dios, y amar lo demás solamente en cuanto es semejante a Dios, le está unido a Dios o en cuanto es pertenencia suya. Por este amor ya no nos es posible amarnos a la par de Dios y fuera de Dios, sino únicamente por Dios y en Dios. Así como por la gracia nos despojamos de la bajeza de nuestra naturaleza y salimos de su estrechez, así también debemos abandonar, por la caridad sobrenatural, nuestro amor propio natural y salir de los estrechos límites de nuestra vida natural, a fin de no vivir sino en Dios y para Dios, como si formáramos un ser, una persona con él. Aquí ya no tenemos derecho a separarnos de Dios, de amarnos o de amarle con otro amor; si Dios sólo se ama para él y si nos ama para él, también nosotros debemos amar a Dios para él y amarnos en él. Siendo nosotros un espíritu con él por la semejanza y la unión de nuestra naturaleza con la suya, debemos ser un espíritu con él por la semejanza y la unión de nuestro amor con el suyo.

“¡Oh santo y casto amor!”, exclama san Bernardo. “¡Oh sensación dulce y amable! ¡Inclinación pura y noble de la voluntad! ¡Tanto más pura y límpida cuanto que no contiene ninguna mezcla de amor propio; tanto más sólida y amable cuanto que es divino lo que se experimenta! Gozar de tal condición se llama estar divinizado. Como una gota de agua derramada en una cantidad de vino parece quedar enteramente absorbida en él, pues toma el sabor y el color del vino; como el hierro penetrado y encendido por el fuego, privado de su propia forma anterior, se vuelve del todo semejante al fuego; como el aire atravesado por la luz del sol se transforma en rayo de luz, de suerte que ya no parezca algo iluminado, sino la misma luz, así todas las afecciones humanas deben proyectarse fuera de sí mismas de un modo inefable y arrojarse enteramente en el beneplácito divino. ¡Cómo sería Dios todo en todos, si quedara todavía en el hombre algo del hombre!”[[665]](#footnote-665)

Ya ves, oh cristiano, cuán gloriosa y elevada sea la perfección de la caridad, a la que has sido tú llamado por la gracia; dicha perfección está latente en la gracia como en su germen, de manera que sólo tengas que desarrollarla con la ayuda de Dios. No te estremezcas si oyes hablar de renunciamiento, de abandono, de aniquilamiento de ti mismo, o más bien, de tu amor propio. No debes sacrificarte sino para encontrarte mejorado y más hermoso en Dios. Es hora de que ceses de amarte por ti mismo con un amor humano natural, y de que comiences a amarte en Dios y por su causa con un amor divino y santo. Como dice san Bernardo, el renunciamiento es tanto más dulce y amable cuanto es más puro y perfecto; y como la gracia no suprime nuestra naturaleza sino que la eleva, así el amor divino que procede de ella no hará sino transformar tu amor hacia ti mismo para ennoblecerlo y santificarlo.

Pero en esta vida la gracia no transfigura nuestra naturaleza en forma tal que suprima todas sus enfermedades y miserias; la unión perfecta con Dios y la transformación total en imagen suya tendrá lugar en el cielo. Asimismo, tampoco es posible que nuestra caridad en este mundo sea toda divina; esto es, que nada amemos ni sintamos fuera de Dios, o que amemos únicamente en Dios y por Dios; sólo en la eternidad, donde Dios será todo en todos, este gozo indescriptible será nuestra herencia. Lo cual no impide que ya desde aquí abajo tendamos hacia esa perfección, a fin de adquirirla en determinado grado. Por la gracia nacemos para el cielo; el amor que nace de la gracia debe ser de la misma especie, aunque no tan perfecto, que el de los bienaventurados del cielo.

Si no podemos despojarnos de todo amor carnal para con nosotros mismos y las otras criaturas, nos es dado sin embargo profesar a nosotros mismos y a las otras criaturas un amor sobrenatural y divino, como también está en nuestra mano el vigilar para que el primer amor no se oponga al segundo. A esto se reduce, en resumidas cuentas, el mandamiento del amor, tal como nos lo ha impuesto Dios sobre la tierra. Pero las almas nobles y generosas no se contentan con ello; tratan de emular aquí abajo a los bienaventurados. Así, por la mortificación completa de la naturaleza y de todo amor natural, se esfuerzan por abismarse enteramente en las profundidades de la gracia, por ampliar y nutrir en ellas el amor divino sobrenatural. Siempre que pueden renuncian a sus tendencias y deseos naturales, aun cuando no sean contrarios a la gracia, por la sola razón de que dificultan y debilitan la intimidad de su unión con Dios. Si no pueden fijar en Dios todas sus facultades e inclinaciones, relacionándolas con él, tratan al menos de mantener su voluntad dirigida hacia él y unida con él. Su empeño constante es transformar mediante el amor esta voluntad propia de modo que, penetrada del ardor divino, no quiera ni ame sino lo que Dios ama y quiere y porque Dios lo ama y quiere. Viven en Dios y Dios vive en ellas; con toda propiedad pueden exclamar con el Apóstol: “Vivo yo, mas no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí”[[666]](#footnote-666).

A esto se llama vivir de la gracia, unirse realmente con Dios por amor, como él se une con nosotros por la gracia. Si no todos pueden adquirir fácilmente la perfección que poseen los santos, deben al menos esforzarse por conseguirla en cierto grado; de lo contrario, son infieles a la gracia que se les confiere, no se apropian su fuerza, no desarrollan su germen. De otra suerte, entierran este fuego sagrado bajo la ceniza y ahogan su llama, se hacen tibios y objeto de aversión a los ojos del amor eterno[[667]](#footnote-667) y se arriesgan a privarse aun de la brasa que humea bajo la ceniza. La pereza afecta más a la gracia que la inacción a la naturaleza. Quien no la deja trabajar en sí, la desprecia y desprecia a Dios que nos la da para que nos inflamemos. El que da algo a un ingrato lo tiene por perdido. El que observa que sus dones no son utilizados se arrepiente de haberlos regalado. Lo menos que podemos hacer es ser reconocidos con Dios y emplear su gracia con celo, si es que queremos conservarla en nosotros.

Esforcémonos, pues, por cuidar y desplegar la caridad que el Espíritu Santo ha derramado en nosotros, dejemos que ella penetre todas nuestras acciones y nuestra voluntad por entero. Apartemos la ceniza de nuestras inclinaciones pecaminosas y terrenales, bajo la que duerme el fuego sagrado, y en lo demás dejemos obrar a Dios. El mismo se encargará de inflamarlo y aumentarlo; nos atraerá más y más hacia sí, nos unirá más íntimamente consigo, y nosotros podremos también decir con el Apóstol: “Vivo yo, mas no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.”

Capítulo VIII:

El ejercicio de la caridad fraterna sobrenatural

Además de amar a Dios debemos también amar sobrenaturalmente a nuestro prójimo, o más bien, la caridad para con Dios debe ejercitarse en la caridad para con el prójimo. Porque la caridad sobrenatural para con el prójimo y la que se refiere a Dios son una sola virtud, es la misma virtud; la primera está encerrada en la segunda y procede de ella[[668]](#footnote-668).

Dispensamos a nuestros semejantes un amor natural porque son hombres como nosotros, porque se nos parecen, porque poseen ciertas cualidades naturales o porque nos están unidos por lazos más o menos estrechos de parentesco o de comunidad. Así, el hijo ama a su padre, el hermano a la hermana, el amigo al amigo, el ciudadano al ciudadano. Según la doctrina de la santa Iglesia, este amor no es reprobable, es bueno en su naturaleza, siempre que no se oponga al amor de Dios y no infrinja las prescripciones de la ley divina[[669]](#footnote-669). Pero es un amor humano y natural, no divino y sobrenatural; no es el amor cristiano tal como cuadra al hombre regenerado por la gracia en Cristo, ni es un amor meritorio delante de Dios para la vida eterna. Sería una gran locura pretender sacar partido y gloriarse de él, o tenerlo por más glorioso y bello que el amor fraterno que proviene de la gracia.

Como cristianos, debemos amar a nuestro prójimo no por la naturaleza sino por la gracia, y, para eso, debemos amarlo no según la naturaleza, sino de acuerdo a la gracia, es decir, porque está unido con nosotros por la gracia. Debemos amarlo porque también él participa de la naturaleza divina y ha sido elevado sobre su propia naturaleza, o, al menos, porque ha sido llamado a semejante elevación y transfiguración. El motivo de nuestro amor no debe ser la naturaleza humana, sino la naturaleza divina que le imprime su propia imagen; el objeto de nuestro amor debe de ser, más que el prójimo en sí mismo, Dios que se une a él; por lo cual debemos profesarle el mismo amor sobrenatural y divino que profesamos al mismo Dios.

En efecto, ¿no es acaso nuestro prójimo hijo de Dios por la gracia, nacido y engendrado de Dios, imagen sobrenatural de Dios? El amor que tenemos a Dios ¿no debe extenderse a él, por el hecho de ser hijo suyo? ¿No es quizás por la gracia un hermano, más todavía, un miembro vivo de Jesucristo? Entonces ¿cómo podemos amar a Cristo sin amar con él y en él a sus hermanos y sus miembros? ¿No es por la gracia un templo en el que habita real y personalmente el Espíritu Santo con toda su divinidad, no solamente como un hombre en su casa, sino como el alma en el cuerpo? ¿Es concebible que separemos lo que tan íntima e indisolublemente ha unido el amor divino? Verdaderamente que, como cristianos, sólo en Dios y para Dios podemos amar a nuestros semejantes; y, si estamos ligados preferentemente a algunos por lazos de parentesco o de amistad, debemos considerar igualmente esos lazos en relación con Dios que los ha creado, dándoles así una consagración celestial y una nobleza divina.

Porque, en Dios y por la gracia, nuestros semejantes se aproximan verdaderamente a nosotros, y se nos acercan de manera que no lo conseguirían por todas las relaciones naturales. En la gracia nos juntamos con Dios y con nuestros semejantes; penetramos, por decirlo así, en el seno y en el corazón de Dios que a todos nos ha transformado en él. Este es el motivo por el que el amor cristiano sobrenatural se llama preferentemente amor fraterno. Según la naturaleza unos están más próximos que otros a nuestra persona, y muchos mortales apenas tienen ninguna relación con nosotros. La gracia nos aproxima a todos de una manera misteriosa; por ella todos somos hijos de Dios, hermanos en Cristo, piedras de un mismo templo divino y miembros de un mismo cuerpo místico de Cristo; todos son “nuestro prójimo”, y por ello debemos abrazarlos a todos con los brazos del único amor divino.

Como se ve, el motivo sobrenatural principal de la caridad fraterna se funda en el hecho de que nuestro prójimo, mediante la gracia, posee una dignidad sobrenatural[[670]](#footnote-670). Con todo no deja de ser la gracia poseída por nosotros la que nos impulsa hacia este amor.

Como lo hemos ya afirmado, el que es amado debe amar a su vez; el que recibe la gracia es menester que se muestre reconocido y que dé en cambio lo que está a su alcance. Nada podemos dar a Dios que no le pertenezca de antemano o de que pueda recabar alguna ventaja. Por eso nos pide que le amemos y que tratemos al prójimo, según la medida de nuestras fuerzas, como hemos sido amados y tratados por él. En cambio, nos promete que cuanto hiciéramos por sus hijos lo aceptará como si a él mismo lo hubiésemos hecho. “Mis muy amados”, dice san Juan, “si Dios nos ha amado a tal extremo, es preciso que nos amemos los unos a los otros”[[671]](#footnote-671). Exhorta el Apóstol: “Sed mutuamente afables, compasivos; perdonándoos los unos a los otros, así como también Dios ha perdonado a vosotros por Cristo”. Cuanto mayor ha sido la gracia de Dios al adoptamos por hijos suyos, y más amplia su generosidad e inagotable su misericordia al dársenos a sí mismo, tanto más generosa y condescendiente debe ser nuestro afecto para aquellos a los que podemos asistir y prestar ayuda. No debe tener límite nuestra bondad y misericordia para con nuestro prójimo, como no lo tuvo la bondad y misericordia de Dios con nosotros. Habiéndosenos dado Dios enteramente por la gracia y habiendo ofrecido su propia vida para que nosotros la obtuviéramos, es justo que también nosotros nos demos al prójimo y ofrezcamos nuestra vida por su salvación. Sólo entonces seremos verdaderamente hijos suyos; sólo entonces reconoceremos en verdad y a perfección la condescendencia y la gracia que nos ha manifestado, y mostraremos que somos dignos de la misma.

He aquí los motivos que comunicaron a la caridad de los primeros cristianos y de todos los santos el espíritu magnífico, el entusiasmo sobrehumano que, como si fuera aparición de un mundo superior, dejaba asombrados a los paganos y les arrancaba esta confesión: “¡Ved cómo se aman!” No cabe duda de que sólo puede amar como los santos el que se percata de cómo él mismo es amado de Dios, así como su prójimo, de lo profundamente reconocido que debe estar por la gracia recibida, y de cómo merece el prójimo, en cuanto que es hijo de Dios y hermano de Cristo, el mismo amor y la misma consideración que Dios, pues en él habita como dueño.

Sé, cristiano, que, después de haber meditado y comprendido las maravillas de la gracia, nada de esto ignoras. Lo que importa ahora es que no te quedes atrás en el camino del amor, sino que te apresures a seguir las huellas de los santos. Sería de lamentar que en lo sucesivo te mostraras indiferente con respecto a tu prójimo, que despreciaras al que por la gracia es hijo de Dios, heredero del cielo, miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo. ¿Será posible que le cierres tu corazón y tu mano, al negarle tu ayuda y tus servicios, cuando Dios ha derramado sobre ti la plenitud de su amor infinito y te ha enriquecido con todos sus tesoros? No lo creo; tú has de ir seguramente con los ángeles a prestar tus servicios a Dios y a sus hijos. Te sentirás dichoso de manifestar a Dios, mediante los servicios prestados al prójimo, algo del amor inmenso que él te ha mostrado. Lo amarás como Dios lo ama. No olvides que descendió del cielo a la tierra y que derramó su preciosa sangre por él. Sí, lo amó hasta el fin, hasta la muerte[[672]](#footnote-672). Lo amarás de acuerdo a la exhortación de san Juan, “no con palabras y con la lengua, sino de corazón, y en verdad”[[673]](#footnote-673).

¿Quieres saber con qué obras darás testimonio de tu amor al prójimo y con qué bienes lo puedes enriquecer?

Primeramente, claro está, con los bienes sobrenaturales de la gracia que con tanta generosidad te ha dispensado Dios y quiere que llegue a tu prójimo por tu mediación. Si verdaderamente amas a Dios, desearás ante todo que tu prójimo le esté unido con el mismo amor; si amas a tu prójimo en Dios y te preocupas de su felicidad, tu primer pensamiento se encaminará a hacerle disfrutar de la dicha en que tú abundas por la gracia. ¿Qué no vas a lograr con la ayuda de Dios, si nada hay que bendiga tanto como el celo de la caridad por la salvación de las almas? Tus oraciones pueden alcanzar a los infieles que la aurora de la fe, mensajera de la gracia, se levante en sus corazones; puedes rogar por los pecadores, a fin de que Dios los devuelva al seno de la gracia por una conversión sincera; puedes rogar por los justos, para que perseveren en la gracia hasta el fin y para que crezcan en ella a cada momento. Puedes hacer que tu ejemplo luzca ante los hombres, para que conozcan cuán dulce y agradable sea estar unido a Dios y cuán fácil sea, con su gracia, vencer el pecado y practicar la virtud. Está en tu mano enseñar a los equivocados, afirmar a los desalentados, exhortar a los perezosos, advertir a los imprudentes, arrancar de la compañía de seductores a los que están en peligro de ser cautivados. La caridad encontrará mil otros medios para ponerse en acción, porque es ingeniosa, y tanto más ingeniosa cuanto es más ardiente y solícita.

La caridad celestial tiende en primer lugar a comunicar los bienes celestiales. Pero, así como el Hijo de Dios descendió a la tierra, no sólo para traemos los bienes espirituales, sino también para curar las miserias corporales y temporales de la humanidad -pasó haciendo bien, y cada uno de sus pasos está proclamando sus maravillosos portentos benéficos[[674]](#footnote-674)-, así el amor divino que el cristiano profesa a su prójimo, sin renegar de su origen y de su carácter celestiales, se extiende del alma al cuerpo. Todo el hombre queda santificado por la gracia; también el cuerpo es templo del Espíritu Santo y está unido al cuerpo místico de Cristo; también él está destinado a participar un día de la transfiguración del alma por la gracia y a gozar con ella de la gloria. ¿No es verdad que sobran motivos para que el cristiano profese al cuerpo del prójimo el mismo amor sagrado que dedica a su alma? Así lo han comprendido todas esas almas esclarecidas que se han consagrado al servicio de los pobres y de los enfermos con mayor ternura y entusiasmo que las madres al cuidado de sus hijos. Las vemos ofrecer con alegría su fortuna, su trabajo, su salud, su misma vida, para alimentar a los hambrientos, vestir a los que están desnudos y cuidar a los enfermos. Si no logran curar las enfermedades, y si, como el Salvador, no multiplican el pan con milagros, no es menos cierto que se realiza en ellas el milagro de la abnegación, del sacrificio, del renunciamiento, de la caridad; tales milagros no pueden provenir sino de la maravillosa virtud de la gracia.

Este espíritu de Caridad, constantemente vivo en la Iglesia de Cristo, sopla en nuestra época con un poder y una fuerza nuevos, y aumenta constantemente el número de corazones que se dejan apresar y arrastrar por él. ¿No experimentas en ti esta impulsión? ¿No quisieras renovar en ti la vida y el trabajo del divino Salvador sobre la tierra? Dios te llama; la gracia de Cristo te empuja. Abre los ojos de tu alma y de tu cuerpo. Los de tu cuerpo te mostrarán la miseria indescriptible en la que suspiran y perecen tantos de tus hermanos; los ojos del alma te harán ver la gran dignidad por la que merecen tu amor y simpatía. Y esto lo verás con tanta mayor claridad cuanto sean más notables su necesidad e indigencia. Si no te sintieres inclinado a ayudar y a consolar en la medida de tus posibilidades, en vano llevas el nombre de cristiano, no eres digno de poseer la gracia de Dios; porque la gracia es caridad, y la caridad está impregnada de misericordia.

De todos modos, no esperes que en tal caso Dios se muestre pródigo de su gracia contigo en lo sucesivo. “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”[[675]](#footnote-675). “Dad, y se os dará”[[676]](#footnote-676). La misericordia y la caridad que ejercitáremos con los demás son tan agradables y meritorios a los ojos de Dios, que el Salvador se limita a mencionar las obras de misericordia entre las que serán recompensadas el último día, al mismo tiempo que señala como única causa de la condenación de los réprobos la negligencia de estas obras[[677]](#footnote-677). Dios, en la distribución de la gracia, sigue casi siempre la misma regla que en la distribución de la recompensa eterna. Si nos hemos mostrado muy generosos con el prójimo, en la misma proporción abundará dicha gracia en nosotros, y cuanto más hayamos escatimado nuestra ayuda tanto más avaro se portará con nosotros. Porque rehusamos a Dios lo que rehusamos al prójimo que es su hijo, miembro de su cuerpo y templo en que él habita; y lo que damos al prójimo, se lo damos a Dios, quien lo acepta como si se lo hubiéramos entregado a él en persona.

Mas, para que Dios acepte nuestros dones, es necesario que tengamos intención de dárselos, es decir, que veamos a Dios en nuestro prójimo y que sirvamos a éste por amor de Dios. Toda limosna dada sin espíritu de fe, por motivos naturales, como son la piedad y la bondad, meramente humanas, se da al prójimo, no a Dios, quien no la reconocerá, ni la recompensará con los bienes sobrenaturales de la gracia.

Sé, pues, amante del espíritu de fe y de caridad divinas, fuente de consuelos y de beneficios innumerables, y la bendición de la gracia divina seguirá cada uno de tus pasos.

Capítulo IX:

El ejercicio de la humildad y de la castidad sobrenaturales

Hemos visto cómo las maravillas de la gracia son la base y el motivo de nuestra unión sobrenatural, en la caridad, con Dios y con el prójimo. No conoce el mundo esta caridad, porque proviene, no de la naturaleza, sino del Espíritu Santo; porque es una realidad divina y celestial y, de consiguiente, peculiar al orden de la gracia cristiana. De ella proceden igualmente todas las otras acciones santas que distinguen la vida del cristiano de la del hombre natural; dichas acciones deben estar inf1uenciadas en alguna forma por la caridad; si no proceden de ella, al menos deben llevar a la misma y estar dirigidas en alguna manera al mismo fin con que la caridad nos une[[678]](#footnote-678).

Podríamos recorrer aquí todas las virtudes, demostrando que el cristiano en estado de gracia debe ejercitarlas de un modo sobrenatural[[679]](#footnote-679). Pero apenas hay necesidad de ello, si la caridad y la fe están vivas en nosotros. Si fueren perfectas, comprenderemos y ejercitaremos también a perfección las virtudes sobrenaturales; si sólo poseyéramos la fe, esa comprensión y el ejercicio necesariamente han de ser imperfectos.

Efectivamente, el que ama con ardor todo lo hace por amor; para ello el mismo amor es su maestro. Si profesamos a Dios un ardiente amor sobrenatural, cuanto hacemos irá envuelto en este amor, todo lo referiremos a su fin sobrenatural; nuestras acciones recibirán la más alta consagración. El amor vertido en nosotros por el Espíritu Santo es la unción de Dios, de la que dice san Juan: “La unción que habéis recibido del Padre queda en vosotros; con eso no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, pues su unción os informa sobre cuanto habéis menester”[[680]](#footnote-680). El que ama sabe lo que es amar, como también lo que es obrar por amor; lleva en sí la raíz de todas las virtudes sobrenaturales, contempla la hermosura celestial de sus flores en su esencia íntima, con una precisión incomparablemente más exacta de lo que pueden expresar las palabras.

Si tú, cristiano, no te abrasas de amor y quieres por otra parte ejercitar las virtudes sobrenaturales, no se te ofrece camino más corto y excelente que adquirir la caridad e inflamarte en ella. Si te resulta demasiado difícil conseguir tan pronto una caridad ardiente, aviva al menos tu fe. A su luz considera a Dios, a tu prójimo y a ti mismo; observa en ella las relaciones que te ligan a los otros, así como tus deberes. Considera que por la gracia Dios es tu Padre; tu prójimo, hermano tuyo, tú mismo eres hijo de Dios, miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo. Entonces sí que adorarás a Dios, no con temor servil, sino con respeto filial; verás en tu prójimo a un conciudadano tuyo en el reino de los cielos y a un miembro de la familia de Dios; te honrarás a ti mismo y te encontrarás santificado, no solamente como criatura racional, sino como una imagen sobrenatural de Dios, como un noble santuario. De esta suerte los derechos que debes estimar en ti mismo y en tu prójimo se te mostrarán en su resplandor sobrenatural, y tus deberes aparecerán en la consagración, asimismo sobrenatural, que les confiere la gracia.

Aun cuando estos principios generales puedan bastar, queremos todavía declarar dos virtudes morales, la humildad y la castidad cristianas, para mostrar en ellas de un modo más profundo el carácter y la tendencia de la vida sobrenatural. Estas dos virtudes son las flores más bellas y más distinguidas que brotan del árbol de la gracia; están especialmente enlazadas con los misterios de la gracia y de la caridad. Al elevarnos hasta Dios, la gracia nos arranca de nuestro orgulloso egoísmo, de la ambición de nuestro espíritu y del lodazal de la carne; al sumergir nuestra alma en Dios y al hacernos encontrar en él sólo nuestra más dulce alegría, la caridad sobrenatural nos enseña a tener en nada nuestro propio valor y todos los placeres sensibles. Por las virtudes de la humildad y de la castidad principalmente nuestro amor para con nosotros mismos se hace sobrenatural; y hemos de ocuparnos también del ‘amor sobrenatural a nosotros mismos’, después de haber tratado del amor sobrenatural a Dios y al prójimo.

La ‘humildad’ propiamente dicha es cosa apenas conocida fuera del cristianismo, y aun entre los cristianos es demasiado poco comprendida en su inmenso valor sobrenatural. Diríase que nada parece favorecer menos a la humildad como la gracia cristiana, que eleva tan alto nuestra naturaleza. Sin embargo, pasa todo lo contrario.

Si Dios nos eleva hasta hacernos participantes de su naturaleza, lo hace por gracia y por libre amor, en modo alguno porque lo merezcamos; y tanto mejor reconocemos esta impotencia y carencia de mérito por parte de nuestra naturaleza, conforme vamos comprendiendo la gloria y la grandeza de la gracia. Precisamente, no hay ocasión más propicia para darnos cuenta de lo poco que de suyo vale nuestra naturaleza, de lo insignificantes que resultan nuestras perfecciones naturales en comparación de los bienes y de las glorias incontables de la gracia -bienes y glorias que nuestra naturaleza no posee ni puede adquirirlos por sí misma-; de lo poco que nuestra naturaleza se parece y se conforma a Dios; de que apenas es digna de su amor y de su complacencia. No podemos menos de humillarnos ante el amor condescendiente y misericordioso que se digna abajarse tan profundamente hacia nosotros para elevarnos hasta él; en vista de ello, sólo nos resta exclamar con el piadoso Job: “¿Quién es el hombre para que lo glorifiques? ¿Por qué inclinas hacia él tu corazón?”[[681]](#footnote-681)

Podemos establecer una regla general a este respecto: cuanto más alto es elevada por Dios la criatura, tanto más debe despreciarse a sí misma. ¿Qué mortal fue nunca tan ensalzado y colmado de gracias por Dios como su Madre? Sin embargo no hubo jamás criatura tan humilde. ¿Cómo puede ser esto? Ella reconocía que todos sus privilegios eran dones de lo alto, que sólo a Dios correspondía el honor, que ella no los había merecido. Por eso cantaba: “Bendiga mi alma al Señor, porque ha mirado la bajeza de su esclava; el que es todopoderoso es quien ha obrado en mí cosas grandes”[[682]](#footnote-682). Cuanto más era elevada, tanto más penetraba el abismo infinito que separaba su nada de las maravillas con que Dios la colmaba y que ella no podía merecer; así, como Madre de Dios, se convirtió en la esclava más humilde del Señor.

A la manera que la humildad y el desprecio de uno mismo deben ser despertados y alimentados muy especialmente por la consideración de los dones de la gracia divina, así también, pero a la inversa, ninguna virtud es tan exigida por Dios, en la distribución de la gracia, como la humildad. Nada nos hace tan aptos para recibir gracias con respeto y veneración como el reconocer y confesar nuestra nada y nuestra impotencia delante de Dios, y el honrarle a él solamente. El sentimiento profundo y la sincera confesión de nuestra indignidad y de nuestro demérito constituyen el mérito más destacado y el título más legítimo que podamos ostentar para la recepción de la gracia sobrenatural. Dios nos pide ante todo que nos humillemos en su presencia, que reconozcamos nuestra poquedad y que, a imitación de su Madre, en lugar de buscar nuestra glorificación, busquemos la suya. Así como María, en el trance de ser Madre de Dios, se declaró pobre esclava y aceptó la dignidad maternal que le era presentada, no por orgullo o por ambición, sino con una sumisión obediente y reconocida a la voluntad condescendiente de Dios, así también debemos aceptar nosotros con profunda humildad la dignidad de hijos de Dios.

Más todavía, la gracia nos eleva en tal forma que por ella reconocemos a Dios en la inmensidad y profundidad de su amor, y le amamos, sólo a él y por sí mismo, como al mayor bien. A medida que le vayamos reconociendo, no podremos menos de quedar anonadados ante su gloria, y desaparecer como la bruma ante el brillo del sol. A medida que le amemos, nos iremos sumergiendo y transformando en él por este amor, desaparecerán poco a poco el egoísmo y el amor propio, nos despreciaremos más y desearemos que sólo Dios sea amado y honrado por nosotros y por los demás, que sea todo en todos. No pensaremos ya en perseguir nuestro propio honor y nuestra grandeza, nada ansiaremos tan ardientemente como ser despreciados y privados de la fama, con tal que Dios sea más honrado y glorificado.

Según aumenten en nosotros el conocimiento y el amor de Dios, iremos comprendiendo también cuán lejos está nuestro amor, por sobrenatural que sea, de igualar la grandeza infinita de Dios y de su gracia, cuán poca cosa podemos hacer en nuestro reconocimiento por ella; querremos que nuestro amor vaya siempre en aumento. Jamás nos vanagloriaremos de nuestras virtudes y de nuestras buenas obras; antes bien nos despreciaremos por haber amado tan escasamente a Dios y haber empleado tan mal sus gracias.

Nos despreciaremos todavía mucho más y desearemos ser despreciados, si con nuestros pecados hubiéramos ofendido a esta bondad infinita de Dios para con nosotros. Si la ofensa la hubiéramos cometido sin estar en gracia, cuando Dios nos estaba menos próximo y estándole menos obligados, ya eso sería más que suficiente para humillarnos hasta el polvo y reputarnos eternamente dignos de desprecio. Estando en gracia, ofendemos en Dios al Padre más digno de amor que pueda darse; despreciamos el amor más tierno y pisoteamos sus más preciados dones; destruimos el sello de su propia gloria que él mismo imprimiera en nosotros. ¡A la verdad, que no cabe deshonor, ni humillación, ni desgracia adecuados a nuestros deméritos y que sean demasiado fuertes para no abrazarlos con alegría! Sobre todo, si llegáramos a recuperar la dicha de unirnos a Dios con un amor sobrenatural ardiente, ¿no es verdad que debiéramos estar avergonzados de haberlo despreciado y que debiéramos tener para con nosotros mismos un horror tanto más extraordinario cuanto con amor más intenso amamos a Dios sobre todas las cosas? Aun cuando nunca hubiéramos cometido un pecado grave, pero sí faltas veniales, en las que apenas hubiera propósito deliberado o aunque sólo hubiéramos descuidado las inspiraciones divinas, jamás deberíamos olvidarnos de ello y sí detestarlo profundamente en la presencia de Dios.

Después de lo dicho, no tenemos por qué asombrarnos al ver que los mayores santos y las almas más ricas de gracia eran al mismo tiempo los más humildes. En efecto, cuanto más superaban a todas las criaturas tanto más se ponían a su servicio, y conceptuaban sus faltas e imperfecciones ligereas de tan enormes que se infligían las penitencias más duras; hablaban sinceramente cuando se tildaban de ser los peores, los más grandes pecadores. Es que reconocían la plenitud de gracia en que estaban inundados y creían haber correspondido con menor celo y reconocimiento que los pecadores a los dones recibidos. A la luz de la fe que iluminaba sus almas, divisaban el menor polvillo, la menor pajuela que los afeara, y en su concepto eran cosas tan terribles que no reparaban en las faltas de otros hombres, mucho más graves; y se les antojaba que sus imperfecciones superaban en maldad a cualquier otro pecado. Nosotros, reos de pecados tan graves y tan numerosos, deberíamos humillarnos, pues nos sobra motivo para ello, ante Dios y ante el prójimo, juzgando a éste muy por encima de nosotros.

La gracia es en nosotros el fundamento de la humildad sobrenatural, como se desprende de lo que antecede; por la revelación de su gloria sobrenatural, ella nos quita todo motivo que nos lleve a enorgullecernos de nuestra naturaleza y de nuestra persona; cuanto más nos eleva tanto más nos humilla. Así como aleja la consideración de nosotros mismos, el orgullo, así también suprime en nosotros la consideración de todo honor humano, la vanagloria[[683]](#footnote-683).

Lejos de ser un mal, es un bien el ver que otros reconocen las cualidades que poseemos, que a causa de ellas nos aprecian y nos honran; y el desear este honor, cuando no es exagerado y mal comprendido, es un noble deseo, puesto por Dios y justificado por la razón; puede sernos útil en la adquisición de la virtud, con tal que apreciemos la virtud misma más que el honor que la acompaña. La gracia nos confiere una dignidad sobrenatural y el honor más excelso, no sólo ante los hombres, sino también ante Dios, ante sus ángeles y los santos del cielo. Comparado con ella, todo honor de que podemos gozar entre los hombres, procedente de cualidades naturales, es manifiestamente fútil y vano; debe inspirarnos odio y horror; aun cuando lo hubiéramos merecido y aunque no constituyera peligro para nosotros, lo deberíamos desdeñar y menospreciar. Cuánto más deberemos evitarlo y despreciarlo siendo así que, visible como es, aparta demasiado nuestros ojos del honor divino invisible que nos prepara la gracia, y nos pone en peligro de perderla.

Si honramos pues las glorias de la gracia y estamos ansiosos de poseerlas, sigamos el ejemplo de los santos que, como el Salmista, prefieren ser los últimos en la casa de Dios que los primeros en el mundo[[684]](#footnote-684), y que tiran a los pies cetros y coronas, para asegurar la corona celestial de la gracia.

Ves claramente que la humildad cristiana, por oscuro que pueda parecer su nombre, es una de las virtudes más altas y más grandes; es una virtud sobrenatural, que sólo puede brotar de la gracia[[685]](#footnote-685). Esto se evidencia en el desprecio de los honores humanos, pues únicamente un corazón henchido de las glorias de la gracia y llevado por su fuerza puede elevarse tanto por encima de los bienes más atrayentes y nobles de este mundo; pero no se evidencia menos en el desprecio de nosotros mismos, pues aquí el desprecio es un reconocimiento noble y viviente de la nada de nuestra naturaleza comparada con la gracia, y supone un amor muy íntimo de Dios, por el que en cierto modo dejamos que nuestra propia esencia quede absorbida en Dios, olvidándonos de ella ante su divina majestad. Este abatimiento de nosotros mismos es el punto de partida, pero también el de llegada, de la aspiración más elevada de nuestra alma; sólo la humildad contiene la verdadera magnanimidad.

No menos bella y gloriosa que la humildad -como ella, brota de la gracia y es fruto particular de este don- se nos presenta la ‘castidad cristiana’.

Existe ya cierta castidad natural, ornamento necesario del hombre natural, o lo que es igual, no elevado por encima de su naturaleza por la gracia. Nuestra alma, por su naturaleza, es un ser espiritual y una imagen de Dios; nunca puede, sin degradarse, dejarse arrastrar por los goces carnales. Parecida es nuestra carne a la del animal, mas la aventaja por una especie de consagración, efectuada por la unión sustancial con el alma racional; no debe, por lo tanto, seguir sus propias inclinaciones y deseos, debe someterse al dominio del espíritu y servir a fines superiores y más nobles. Por el hecho de ser hombre y en virtud de su misma naturaleza, debe el mortal mantener pura e inmaculada la nobleza natural de su alma y de su vida; lo conseguiría fácilmente, con la ayuda de Dios, si tuviera la vista invariablemente fija en la hermosura de la virtud y de los otros bienes espirituales, y los estimara por sobre todos los deleites carnales.

¿Cuál es el efecto de la gracia con respecto a la castidad cristiana sobrenatural? La gracia comunica a nuestra alma y a nuestro cuerpo una nobleza incomparablemente superior a la que comunica la naturaleza. Nuestra alma, simple criatura, se hace por ella hija, amiga y esposa de Dios; nuestro cuerpo, en el que hasta el presente sólo habitaba el alma, es consagrado por ella como templo vivo del Espíritu Santo, que habita en él con la plenitud de su divinidad, como prenda de su glorificación y de su inmortalidad futuras.

¡Cuánto debemos apreciar, cristianos, nuestra alma! ¡Con qué solicitud debemos cuidar este espejo de la divinidad, temerosos de que la menor tacha -por no hablar del lodo inmundo del pecado sensual-, pueda empañarla! Nunca será excesivo el celo que podamos desplegar por conseguir que esta hija y esposa del Rey purísimo y santísimo se mantenga intacta, no se deshonre, olvidada de su propia nobleza y la de su Esposo, no se precipite de las alturas del cielo en el abismo de una concupiscencia de la que su misma naturaleza se sonroja.

También nuestro cuerpo, este templo del Espíritu Santo, este miembro de Cristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, este cuerpo que con tanta frecuencia fue alimentado con la carne y la sangre purísima del Hijo de Dios, merece todos nuestros cuidados para que se mantenga intacto y santo, para que no sea manchado y deshonrado por el placer impuro. “El que comete la fornicación”, dice el Apóstol, “peca contra su cuerpo”[[686]](#footnote-686). Ya peca contra su cuerpo porque éste es la habitación del alma racional e inmortal; ¡dedúzcase la magnitud de este pecado pensando que dicho cuerpo, por la gracia, se ha convertido en templo del Espíritu Santo! Con razón afirma el Apóstol que la impudicicia ni siquiera debe ser nombrada entre los cristianos[[687]](#footnote-687); es lo mismo que decir que deben alejarse de ella en absoluto, y que la castidad es una virtud inherente al cristianismo y a su gracia.

La castidad cristiana no se contenta con vedar, basándose en motivos sobrenaturales, todo deseo y todo acto carnal desordenado y perverso. La dignidad natural de nuestra alma, su unión natural con Dios, en ningún modo impiden que se lleve a cabo, el deseo y el acto carnal en medida justa y de manera conveniente a un fin racional, conforme a la naturaleza, en el matrimonio, siempre que no se deje dominar por ellos; en virtud de ese título no se nos puede exigir otra cosa.

La dignidad sobrenatural que recibimos por la gracia tampoco nos prohíbe este uso legítimo, pero demanda que se tenga a la vista un fin proporcionado a él, como sería la propagación del reino de Dios sobre la tierra o la protección personal contra los ataques de la concupiscencia. A este fin, el matrimonio cristiano ha sido elevado por la gracia a la dignidad de sacramento, que une al hombre y la mujer por un lazo sagrado, para que también en ellos se mantenga una castidad sobrenatural cristiana.

Pero si uno contempla de una manera viviente esta gran nobleza de la castidad, si se deja entusiasmar por su resplandor y quiere vivir en forma del todo digna de ella, casi necesariamente y con toda naturalidad se ve impulsado al renunciamiento de todo deseo y de todo acto carnal, aun del que está permitido. He aquí el pensamiento que se nos impone: no veo cómo pueda convenirme que tenga que someter, siquiera por un instante, esta alma tan bella y tan noble, elevada sobre los ángeles, a un deseo o un movimiento carnal, por más que no sea malo; no comprendo cómo pueda yo salir ganando al entregar a otro este cuerpo que el Espíritu Santo ha consagrado y del que ha tomado posesión.

Y si pertenecemos a los llamados por Dios a una alta perfección, nos sentimos obligados a conservar cuerpo y alma dentro de una perfecta pureza, en la flor de la virginidad. No se trata de un deber propiamente dicho; el santo uso del matrimonio no deshonra ni al cuerpo ni al alma; estamos ante un consejo más santo y más lógico, y, para aquellos que se juzgan llamados, muy imperioso, de conservar tanto el alma como el cuerpo en el más alto grado de honor[[688]](#footnote-688).

Una pureza de este género y semejante castidad superan las nociones y el poder del hombre natural; y si alguien los mencionara como realidad encarnada en tal o cual persona, se vería forzado a mirarlos maravillado como cosa divina y celestial. Porque es de saber que tales virtudes son frutos particulares de la gracia, que da al hombre una dignidad y un fin sobrenaturales, como también la fuerza de vivir en conformidad con ellos.

En el cortejo de la gracia se encuentra en efecto la caridad sobrenatural, que el Espíritu Santo infunde en el alma, para elevarla de la tierra al cielo en brazos de su Esposo divino; es la caridad espiritual y santa que rescata nuestra alma de las ataduras de la sensualidad y le comunica su sentido, celestial: es la caridad que sólo halla reposo en Dios, que nos encadena a él inseparablemente y rechaza todo amor sensible; su ardor celestial extingue el sombrío fuego de la concupiscencia, salvaguarda al cristiano en el matrimonio, le confiere la supremacía sobre la carne y la fuerza necesaria para santificar su vida entera. Allí donde esté encendida o arda, no se necesita de ninguna ley para defenderla de la impudicicia, ni tan siquiera de un consejo para guardar la virginidad. Cuando el alma es atraída de modo tan misterioso por el Esposo celestial, encadenada por sus lazos sagrados, se vuelve extraña al mundo y a la carne, desprecia todo deleite corporal, desdeña el placer de los sentidos y sólo ansía pertenecer, en cuanto hace y siente, a su Esposo divino. Cuanto más lo ama, tanto más desea poseer a él solo y teme ser perturbada en esta posesión y este goce por el contacto de asuntos terrenos; quiere pertenecerle por entero, sin repartición, exclusivamente, y consagrarse en cuerpo y alma a su único servicio. La caridad le hace comprender y practicar “lo que no todos pueden comprender”, según la expresión del divino Salvador[[689]](#footnote-689). El renunciar a la carne y a sus deseos no resulta para ella penosa mortificación, carga fastidiosa; es dulce alegría, consecuencia natural de su unión íntima con aquel que ha llegado a ser todo para ella y en quien ella vuelve a encontrar, mejorado, más puro y abundante, cuanto ha perdido en el mundo.

Por lo tanto, la castidad cristiana, así como la humildad cristiana, hunde sus raíces en el misterio de la gracia; ambas virtudes encuentran en este misterio su fundamento, su ley y su fuerza; viene a ser para ellas lo que fue la maternidad divina para la humildad y la castidad de María.

La humildad y la castidad virginal eran las virtudes más personales y particulares de la Madre de Dios. Por ellas debía prepararse a su elevada dignidad maternal, y recíprocamente, su dignidad maternal las debía mantener y acrecentarlas. La Madre de Dios es la figura de los hijos de Dios; así como éstos se le asemejan en la dignidad sobrenatural, deben asimismo parecérsele en las virtudes sobrenaturales; y, del mismo modo que ella se vio impulsada a practicarlas por su noble vocación, debemos excitarnos también nosotros a esta misma práctica por el recuerdo de nuestra vocación.

En consonancia con lo dicho podemos afirmar que, así como hasta que hubo aparecido la Madre de Dios no se practicaron perfectamente las virtudes mencionadas, tampoco florecen después de ella sino allí donde es reconocido y celebrado, por la fe en Cristo, el misterio de la gracia. Cuando dicho misterio es desconocido u olvidado, las virtudes de referencia no pueden menos de marchitarse y desaparecer. Pueden ser comprendidas y practicadas únicamente allí donde la gracia es honrada en toda su grandeza.

Si quieres, pues, adquirir y cultivar en ti, oh cristiano, estas magníficas virtudes, no puedes hacer cosa mejor que contemplar los portentos de la gracia, que te asemejan a la Madre de Dios, e inflamarte, por esta contemplación, en santo amor y santa admiración por tales maravillas. Asimismo, si quieres organizar tu vida de acuerdo a la excelsa dignidad de tu estado de gracia, ejercita sobre todo, además de la caridad sobrenatural para con Dios y el prójimo, la humildad y la castidad cristianas, o más bien, practica, en estas dos últimas virtudes, ‘el amor sobrenatural para contigo mismo’.

Acerca del amor que a nosotros mismos nos debemos ningún mandamiento se nos ha dado, ya que nos amamos con toda naturalidad; sólo nos resta, pues, de un lado, mantener este amor en sus justos límites, para que no perjudique ni al amor a Dios ni al amor al prójimo; por otra parte, transfigurarlo por el amor a Dios, no amándonos ya a nosotros mismos, al menos, por nosotros mismos, sino en Dios y por Dios.

Si queremos saber con exactitud de qué manera se transforma en sobrenatural el amor natural para con nosotros, lo conseguiremos mas que nada amándonos, no a causa de lo que somos por naturaleza, sino por lo que hemos llegado a ser por la gracia, y deseando, no los bienes naturales, sino los bienes sobrenaturales. Asimismo, amamos a Dios y al prójimo sobrenaturalmente tan sólo cuando contemplamos en el primero todo lo que es para nosotros por la gracia: nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Esposo y el objeto de nuestra felicidad sobrenatural, y consideramos en el segundo lo que ha llegado a ser para sí mismo, para Dios, para nosotros, por la gracia: una imagen sobrenatural de la esencia divina, un hijo de Dios, un hermano nuestro en Cristo.

Si nos amamos según la gracia, no podemos menos de despreciar y desdeñar profundamente lo que podamos ser y obtener fuera de ella, nuestra preocupación exclusiva debe reducirse a conservar puro e inmaculado el resplandor celestial que la gracia nos confiere, es lo que se consigue precisamente mediante la humildad y la castidad cristianas.

Por más que dichas virtudes a primera vista signifiquen sólo renunciamiento y mortificación del amor propio, en realidad no son otra cosa que la expresión más bella y más gloriosa del amor purísimo y perfecto hacia nosotros mismos, el amor sobrenatural; nada más cierto, ya que sólo el hombre humilde y casto se ama verdadera y perfectamente a sí mismo.

En consecuencia, toda la ley sobrenatural de la gracia consiste en el triple mandamiento de amar a Dios, al prójimo y a nosotros mismos según la gracia; y como no podemos amar perfectamente la gracia, reflejo de la naturaleza divina y lazo de unión con ella, sino en Dios mismo, el triple mandamiento en cuestión se reduce al de amar a Dios como fuente y término de la gracia. Esta caridad para con Dios constituye de suyo la primera y suprema ley de la gracia.

Amemos pues según ella a Dios, a nuestro prójimo y a nosotros mismos. El amor es vida, el amor sobrenatural es vida sobrenatural, amor según la gracia y vida de la gracia. Lo demás vendrá de por sí. De esta suerte, como verdaderos cristianos, haremos honor a nuestro nombre y podremos proclamarlo como una cosa honrosa.

Antes de cerrar este capítulo, tal vez sea de utilidad hacer notar cómo la doctrina de la gracia constituye el fundamento de los tres ‘consejos evangélicos’. Ya que su observancia es en parte un medio de adquirir la más alta perfección cristiana, en parte fruto de ésta, como la perfección, evidentemente debe tener su base en la gracia. Lo hemos hecho ver con respecto a la castidad virginal. La obediencia voluntaria a los hombres por amor de Dios tiene su raíz en la humildad cristiana que, para abajarse del todo ante Dios, se somete igualmente a los hombres y, no queriendo seguir en nada su propia voluntad, se deja conducir por los que ocupan el puesto de Dios. La pobreza evangélica consiste únicamente en el desprecio y abandono de los medios exteriores por los que podría satisfacerse la ambición, el orgullo y la concupiscencia. De consiguiente, la pobreza debe apoyarse en idénticos motivos que la obediencia y la castidad.

A los que se ven tentados de amar las cosas exteriores por sí mismas, por el solo placer de poseerlas, la gracia despliega nuevamente el brillo de la gran dignidad de hijos de Dios, para los que tales bienes son indignos; y muestra tal riqueza de bienes celestiales que no resulta difícil despreciar y pisotear al mundo entero con sus tesoros y sus riquezas.

Los hijos de Dios deben estar libres de todo lazo servil y, a ser posible, de todo hilo que los sujete al mundo, que los enrede en alguna forma, o que pueda entorpecer sus relaciones libres con su Padre celestial, o su vida que procede de Dios, que se desarrolla en Dios y para Dios. Esta es la causa de que el Señor, a los que quieren ser sus hijos perfectos, dé el sabio consejo de que se despidan con un adiós eterno de su libre albedrío, de sus posesiones temporales y de los placeres sensibles; cualquiera que hubiere recibido este consejo se ha hecho extraño al mundo, hasta el extremo de no poder hallar reposo en tanto que realmente no lo hubiere abandonado.

Capítulo X:

La fe, alimento de la vida de la gracia

La gracia es la médula, la caridad el corazón, la fe divina el alimento de la vida sobrenatural cristiana. “Mi Justo vive de la fe”, proclama Dios por la Escritura[[690]](#footnote-690). El justo de Dios, es decir, el justo que verdaderamente es agradable a los ojos de Dios y que está adornado de la santidad divina, como debemos estarlo nosotros por la gracia, vive en la caridad ‘por la fe’. La caridad supone la fe, procede de ella y es sostenida por ella. En el momento de la justificación, interviene la fe preparándole un puesto; asimismo, en el estado de justicia, la fe es indispensable a la caridad, a la que debe nutrir y mantener. Así como la fe sin la caridad no puede producir frutos y se llama muerta, tampoco la caridad, sin la fe, tiene raíces sobre las que se pueda elevar; no solamente está muerta, sino que no existe. Porque no hay amor sin conocimiento, ni caridad sobrenatural sin conocimiento sobrenatural, el cual precisamente es suministrado por la fe.

La fe, en la vida sobrenatural, representa un doble papel. Debe ante todo mostrarnos el término, la línea de conducta y la ley de acuerdo a la cual debemos regular nuestras acciones; a continuación debe revelarnos e introducir en nuestra alma las verdades y los bienes que amamos y por cuyo amor debemos cumplir su ley. Desde el primer punto de vista, es más bien una luz que un alimento de nuestra alma, luz que le muestra el camino que debe recorrer; desde el segundo es un alimento, un vino que excita a caminar por este sendero, un pan que da fuerza y ánimo para proseguir y terminar, ágilmente, su peregrinación. Aun en este último caso es una luz, pues el alma espiritual no vive de un alimento corporal sino de la luz de la verdad, asimilada por el conocimiento. Del mismo modo que la luz visible puebla el ojo de imágenes de objetos exteriores, y sólo después la fuerza viviente del ojo se vuelve hacia esos objetos para mirarlos, así también nuestra alma es alimentada por la verdad que atrae a ella las imágenes de los bienes espirituales y sobrenaturales; merced a este alimento, la caridad puede a continuación desplegar su actividad para que el alma se una a estos bienes.

Si debe ser sobrenatural la vida de la caridad en nuestra alma, la luz que la alimenta deberá igualmente ser sobrenatural, divina. Así como sólo esta caridad puede ser nuestra vida, así también únicamente esta fe constituirá nuestro alimento. Si en el cielo los bienaventurados viven de la contemplación inmediata y de la posesión completa de las verdades supremas y eternas, los hijos de Dios, que se encuentran en las mismas condiciones en la tierra, por necesidad deben hallar su alimento en la fe en el mismo Dios y en las mismas verdades, que para ellos reemplaza la visión y es su aurora. Únicamente este alimento es apropiado a su dignidad y a su vida celestial.

Razón de más para buscarlo con el mayor interés y deseo, pues por él entramos a poseer la misma vida de la gracia, comienzo e introducción de la vida eterna. Si un hombre descuida el alimento que debe mantener la vida de su cuerpo, ¿no da a entender que no la aprecia y que más bien prefiere la muerte a la vida? ¿Qué deberás pensar, pues, de ti mismo, cuando desdeñas o usas con mucha parsimonia el alimento de la fe, que tan necesario te resulta para tu vida sobrenatural? Te ves obligado a confesar que aprecias en poco esta vida preciosa y que la pospones a la vida de tu cuerpo, en cuya nutrición y mantenimiento te ocupas sin descanso. ¡Qué vergüenza!

¿Qué pensará de ti Dios, que te prepara y te presenta este alimento con el tierno cariño de un Padre y con toda solicitud, para que se mantenga en ti la vida de sus hijos? Entablará pleito contra ti y te formará causa como lo hizo con los sacerdotes del Antiguo Testamento, según leemos en el profeta Malaquías: “El hijo honra a su padre; ahora bien, si yo soy el Padre, ¿en dónde está mi honor? Así os habla el Señor de los ejércitos, oh sacerdotes que despreciáis mi nombre. Decís: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? En eso que decís: La mesa del Señor está envilecida”[[691]](#footnote-691). Estos sacerdotes, como lo hacen notar san Cirilo y san Jerónimo, no habían realmente pronunciado esas palabras irreverentes; pero se habían conducido en sus costumbres y en sus actos, despreciando el altar del Señor, como si en realidad hubieran tenido esta opinión impía. Ya lo sé, en tu olvido de Dios, no llegas a despreciar formalmente la mesa del Señor, el pan de la fe. Pero lo haces en la realidad, cuando no conservas fielmente dicha fe ni la excitas con frecuentes actos, cuando no te aprovechas de ella, cuando no vas a ella en busca de alimento, en tanto que te sacias de un pan emponzoñado, guiándote más bien según los postulados del mundo, de la carne y del demonio, y no según las miras de Dios y el ejemplo de Jesucristo. También contra ti Dios presentará causa, porque despreciaste su mesa y su pan; te retirará su vida y te abandonará a la muerte eterna, pues tú mismo te has atraído este castigo al preferir el alimento de la muerte al alimento de la vida.

Efectivamente, todo otro alimento que el alma toma, fuera de la fe, le produce la muerte. No quiero decir que te están vedados todos los bienes que no te sean propuestos por la fe. Pero sí, que la fe siempre debe estar presente, sea como condimento que los relaciona con los bienes sobrenaturales y los santifica, sea como la sal que les impida causarte alguna mancha, en otros términos, que impida el que te aficiones a ellos y te separes del amor de Dios. Si te dejas arrastrar por esos bienes, si dejas que penetren demasiado en ti, si los consideras con los mismos ojos con que las mira el mundo, el demonio y la carne, cual si fueran los únicos que puedan labrar tu dicha y tu felicidad, en una palabra, si te olvidas, al usarlos, de nutrirte de la fe, se convierten para ti en mortal veneno, que engendra el pecado y, por el pecado, la muerte.

Así como la verdad es el alimento, la mentira es el veneno del alma. Sólo hallarás mentira, si aplicas tus labios fuera de la fuente de la verdad; si no acudes, por la fe, a la Verdad eterna y sí a dónde tu razón no esté concorde con la fe. También la razón es una fuente de verdad; cuando su luz es pura y no falsificada, esclarece y nutre al alma. ¿Quién lo pondría en duda? Pero también es cierto que no nutre para la vida sobrenatural; más aún, esta fuente es escasa; se deriva de la fuente divina y fácilmente se enturbia. ¿Quién va por agua a una fuente derivada y turbia, cuando la puede tomar de la fuente fresca y pura? ¿Por qué hemos de alimentar nuestra alma de la luz de la razón, cuando, por la fe, podemos surtimos inmediatamente de la luz de la verdad divina y eterna, de la que estamos seguros de no tomar, para alimentarnos, ningún error, ninguna mentira?

Mucho menos podemos acudir a beber en los pantanos que contienen el agua impura y emponzoñada del error y de la mentira; y nutrir nuestra alma con principios que, en nombre de la razón, nos las insinúan los adversarios de la razón y de la verdad, el mundo, el demonio y la carne. Miente esta última cuando se opone al espíritu; miente el mundo cuando contradice a la buena nueva de la gracia; el diablo es mentiroso viejo, el padre de la mentira y de las tinieblas, como Dios es el Padre de la verdad y de la luz. El que en ellos creyere se nutrirá de la mentira, absorberá veneno, emponzoñará en su alma, no solamente la vida sobrenatural, sino también la natural; y será tanto menos excusable y digno de piedad, cuanto que tenía abierta muy copiosamente la fe, la fuente pura de la verdad suprema. Le alcanzan el reproche y el lamento de Dios: “Dos faltas ha cometido mi pueblo: me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes, aljibes rotos, que no pueden retener las aguas”[[692]](#footnote-692). Sólo Dios y el alma que a él se une pueden contener el agua de la verdad; todo lo que está separado de Dios es como un vaso sin fondo; sin Dios no se concibe la verdad, sólo impera la mentira.

Si quieres, oh cristiano, nutrir tu alma de la verdad, acógete a la fe divina, infalible. Puedes estar seguro que no se deslizará en aquella ningún embuste; la fe ahuyentará todo lo que sabe a mentira. Gracias a ella, distinguirás los bienes verdaderos y eternos de los falsos y pasajeros, con la seguridad e infalibilidad del mismo Dios; descubrirás asimismo los frutos más dulces y preciosos aun cuando su corteza pueda ser amarga; reconocerás finalmente la inmundicia oculta y el secreto veneno bajo una apariencia esplendorosa.

Cuando los guardias recorren de noche una ciudad y se encuentran con un desconocido, le enfocan la linterna que la tenían oculta, y, a veces, se dan cuenta que se trata de un hombre honrado y recto al que ellos tomaran por un peligroso noctámbulo; otras veces por el contrario sucede que a un vulgar beodo lo han confundido con un hombre correcto. Otro tanto pasa con nosotros. Caminamos en la noche de esta tierra, llevando en nuestro pecho la fe como una linterna. Mientras prescindimos de ella, las cosas de este mundo, las riquezas, los placeres y los honores se nos antojan extraordinariamente atrayentes y dulces; la virtud por el contrario, con su apariencia severa, su mortificación y su renunciamiento, la pobreza, la humildad, los sufrimientos de Cristo, nos parecen males insoportables. Pero desde el momento que echamos mano de la linterna brillante de la fe para observar los objetos en su verdadera luz, vemos clara y distintamente cuán rico sea Jesús en medio de su pobreza, dichoso en el sufrimiento, glorioso en su abatimiento, y cómo el mundo oculta los peligros y los dolores, la miseria y la corrupción en su engañosa máscara.

Si pues te atraen y cautivan los honores humanos, las riquezas de la tierra, los placeres de los sentidos, saca fuera de tu alma la luz de la fe y proyéctala sobre cada una de estas cosas; considéralas, pruébalas, penétralas hasta en sus profundidades y las justipreciarás como corresponde a un hombre que pertenece al cielo y que ha bajado a la tierra, es decir, las mirarás con ojos muy distintos de los que ordinariamente se emplean para contemplarlas, descubriendo en ellas nada más que pompas de jabón, lodo, agua infecta, más todavía, mortal veneno.

Por el contrario, a imitación de los niños que se espantan ante una máscara, pero que luego se ríen en grande y pierden el miedo, cuando descubren que uno de sus compañeros estaba oculto tras ella, nos dejamos espantar por la máscara de la dificultad y de la tristeza con que nuestro amor propio y nuestro sentido carnal cubren la virtud cristiana; mas, si, por la fe, intrépidamente nos arrancamos esta máscara, tras el espantajo nos encontramos con la amable sonrisa de una hija del cielo, bien conocida de la parte más noble de nuestra alma; lejos de dañarnos o de envenenarnos, no puede menos de cautivarnos por su belleza y hacernos felices por su amabilidad.

Mientras no despojemos a los verdaderos bienes de su máscara aparente, falsa y engañosa, viviremos despiertos en una perpetua quimera. Así como en los sueños las imágenes falaces y engañosas de cosas buenas y malas se imponen a nuestra alma, en contra del juicio de la razón, y, según los casos, la confortan o la inquietan, así también, cuando la luz de la fe duerme en nosotros, nos dejamos arrastrar por nuestra imaginación y por el atractivo de las cosas sensibles, hasta que, de golpe, nos despertamos, y desaparecen estos fantasmas como por ensalmo. Sólo encontramos en nuestra mano burbujas de jabón; el esplendor de nuestra felicidad amada y adorada, la fascinación arrobadora que nos tenía encantados, la fantasmagoría que mecía nuestro sueño, se evaporan en el aire. Únicamente la fe puede tenernos despiertos e impedir que una ilusión nos engañe o nos induzca a error; sólo ella nos preserva de la tortura cruel de esperanzas fallidas y, lo que es más, de la desesperación y de la desdicha eterna, en la que necesariamente debemos caer si reconocemos nuestro error demasiado tarde, y no nos queda tiempo para conseguir la dicha eterna y verdadera.

Privados del alimento y del remedio de la fe, no solamente percibimos las cosas como en un ensueño, sino que también nos enfermamos y quedamos debilitados por nuestras inclinaciones perversas, por nuestras pasiones y todos los malos hábitos que falsean los órganos de nuestra alma, es decir, su ojo y su paladar, que nos hacen ver los objetos a través de sus disposiciones y que corrompen, de consiguiente, el juicio de la inteligencia. Así como el ojo dañado por la bilis negra o amarilla ve todo negro o blanco, como la lengua enferma toma los alimentos ya por dulces, ya por amargos, ya por agrios, según la naturaleza de la dolencia; así el avaro echa mano de la plata, el sensual busca el placer de los sentidos, el ambicioso los honores humanos, cual si se tratara del máximo bien, de su dios, y se consagran y se ofrecen a ellos. El diablo, por su parte, a la manera de un pintor hábil, cubre las imágenes de colores tan engañosos que parecen respirar y tener vida, como un experto cocinero se las arregla para que lo dulce y lo apetitoso todavía lo sean más gracias a su condimento. “Así el hombre pasa como una sombra”[[693]](#footnote-693); “la figura pasajera de este mundo le encanta; el hechizo de la vanidad oscurece el bien”[[694]](#footnote-694); “todos los hombres son mentirosos”[[695]](#footnote-695); “los hijos de los hombres han sido llamados mentirosos en la balanza”[[696]](#footnote-696), porque dejan contrabalancear los bienes celestiales y eternos por el más insignificante honor o placer terreno.

La fe descubre a nuestra alma su enfermedad y ella se encarga de curarla; ella también nos revela que el mensaje de la sensualidad y de la ambición no estima las cosas en su verdadero valor, sino de acuerdo a su propio antojo; en esta forma impide que nos engañemos. Nos hace ver todos los bienes, no según la apariencia, sino en su esencia; fija su verdadero precio sin astucia ni mentira, y esclarece todos sus aspectos; ahuyenta los sueños, dispersa las ilusiones y las fascinaciones, arranca las máscaras, limpia el hollín y el afeite, devuelve al ojo del alma turbio y corto de vista la penetración sana, y el gusto puro a la lengua estragada y pervertida. Refugiémonos, pues, en ella, unjamos nuestros ojos con su bálsamo, como en otro tiempo ungiera Tobías los ojos de su padre con el hígado del pez[[697]](#footnote-697). Conservemos esta fe, verdadero alimento de nuestra alma, que también nos hace hallar los demás alimentos verdaderos, que nos nutre para curarnos y nos cura para alimentarnos; cuidémonos de protegerla y cultivarla; confiémonos a ella únicamente y así podremos exclamar con el Apóstol: “La vida que vivo ahora en mi carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó por mí”[[698]](#footnote-698).

Tú, luz verdadera y original del mundo, luz de luz, Dios mío, mi Dueño, mi Salvador, “ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte. Haz que me nutra y me fortifique con tu luz, a fin de que nunca pueda afirmar mi enemigo: He triunfado de él”[[699]](#footnote-699).

Capítulo XI:

De cómo debemos progresar de continuo en la gracia y la facilidad de conseguirlo

Si queremos vivir de un modo digno de la gracia y de Dios, no basta que la adquiramos y que vivamos en conformidad con ella; es menester además que nos esforcemos por elevar y aumentar sin cesar en nosotros la vida de la gracia, según el deseo del Apóstol, que nos conjura a que “sigamos una conducta digna de Dios agradándole en todo, produciendo frutos en toda especie de obras buenas, y adelantando en la ciencia de Dios, corroborados en toda fortaleza por el poder de su gloria”[[700]](#footnote-700).

Toda vida en el tiempo, por su naturaleza, tiende a un perfeccionamiento y desarrollo siempre crecientes; desde el momento que este avance se detiene o no da resultado, podemos concluir con certeza que ha llegado a su término, que su fuerza se ha malogrado, que sus recursos se han agotado y que la muerte ha secado ya su meollo. La vida de la gracia nunca puede agotarse; no es posible que la vida que ha echado sus raíces en el seno de Dios se marchite por falta de alimento, sino que va creciendo de continuo, como reflejo de la naturaleza divina, hasta el momento de salir de la sucesión del tiempo y entrar en el reposo de la eternidad. Daríamos a entender que desconocemos su gloria, si dejáramos improductiva su inagotable fecundidad y no nos esforzáramos por contribuir, con toda nuestra energía, a su completo desarrollo. Pareceríamos más muertos que vivos, a pesar de la poderosa fuerza escondida en nosotros, si dejáramos dormir esta fuerza como el grano bajo la tierra, sin permitir que crezca y se convierta en árbol majestuoso.

No cabe duda que la gracia puede y debe crecer como el grano de mostaza del Evangelio, pues, como él, a pesar de su exigua apariencia actual, encierra en sí una plenitud infinita de fuerza. Debe crecer por momentos, de claridad en claridad, como la aurora que se transforma en perfecta luminosidad, como la luz del sol que llega a la plenitud del mediodía. “La vía de los justos, dice el Sabio, avanza como luz resplandeciente y crece hasta convertirse en pleno día”[[701]](#footnote-701). En calidad de miembros del cuerpo místico de Cristo, debemos crecer hasta hacernos grandes y fuertes, hasta que, en expresión del Apóstol, “lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios y nos hagamos hombres perfectos, según la medida de la edad perfecta de Cristo”[[702]](#footnote-702).

¿Cuál debe ser la medida de nuestro crecimiento en la gracia y en la vida de la gracia?

Tal vez pienses, oh cristiano, que esto se verifica como el aumento de las virtudes naturales o la adquisición de una ciencia, con la diferencia de que aquí entran en función las fuerzas naturales de la inteligencia y de la voluntad, mientras que, por la gracia, entran en juego los tesoros sobrenaturales adquiridos. He aquí una verdad a medias. Cuando queremos capacitar nuestra inteligencia para un conocimiento más perfecto y más fácil, y la voluntad para un esfuerzo más decidido y más firme hacia el bien, excitamos sencillamente las fuerzas que permanecen dormidas en el alma, las ejercitamos, y, por el ejercicio, se desarrollan y fortifican, como hemos explicado más arriba. Pero no podemos aumentar la gracia y las virtudes sobrenaturales súbitamente, por nuestra propia actividad, como tampoco las podemos producir. Es cierto que las acciones llevadas a cabo en estado de gracia son de un orden sobrenatural perfecto; que encierran un poder mucho mayor que las acciones naturales y que las cumplidas fuera del estado de gracia; que evidentemente contribuyen a facilitarnos el ejercicio de las virtudes sobrenaturales. Pero esta facilidad de ejercicio no pasa de ser un desenvolvimiento exterior y accidental, no interior y esencial, de las virtudes sobrenaturales. El aumento esencial consiste en que nuestra alma adquiere una fecundidad mayor, en que sus actos son de un contenido más rico y de un valor superior. Sólo tiene lugar si Dios, que nos ha colocado ya sobre el primer grado de la gracia y de las virtudes sobrenaturales, nos eleva una vez más a un peldaño superior, transfigurando nuestra alma en un grado más alto, como la había ya antes transformado por los primeros rayos de su luz; derramando sobre nosotros una gran medida de fuerza vital sobrenatural, como ya anteriormente había esparcido en nosotros la primera medida.

Nadie sino Dios es la causa principal y eficiente del aumento de la gracia y de la vida de la gracia en nosotros; es lógico que acudamos a él en busca de la misma. Habiendo depositado en los sacramentos tesoros de gracia, lo mejor que podemos hacer es recibirlos con frecuencia y con la preparación más cuidadosa posible. Por este cauce de los sacramentos, el río de la gracia que brota del Hijo de Dios se desliza hasta nosotros con una plenitud inagotable; por nuestra parte, basta que nos acerquemos a ese río y aprontemos nuestro recipiente para quedar llenos de nuevas gracias y nuevas fuerzas sobrenaturales. Indudablemente, recibiremos tanto más cuanto sea más ardiente nuestro deseo, cuanto ensanchemos más, por una esperanza invencible, el vaso de nuestro corazón, y lo hagamos más apto para recibir el bálsamo precioso de la gracia por el alejamiento del pecado y por la pureza de intención.

Entre todos los sacramentos, la santa comunión ha sido instituida expresamente para que aumente en nosotros la gracia y la vida de la gracia. En los otros sacramentos sólo hallamos canales de la gracia; en éste nos ponemos en contacto con la misma fuente en toda su plenitud. Comemos el pan de vida, en el que habita la plenitud de la divinidad; bebemos la sangre que anima la santa humanidad del Hijo de Dios. Cada vez que lo tomamos, nos unimos más a Cristo, como los sarmientos a la vid celestial; la gracia circula así con mayor abundancia en nosotros, cual savia divina que nutre y desarrolla la vida sobrenatural.

Si, por lo tanto, aprecias en realidad el aumento de la gracia, debes alimentarte y robustecerte con este manjar celestial; corre hacia tu Salvador y pídele, con un deseo ardiente y una fe viva, su pan divino; con la Samaritana del pozo de Jacob, suplícale quiera darte el agua viva que salta hasta la vida eterna[[703]](#footnote-703).

Pero, dirás: ¿acaso no me es dado aumentar en mí estas virtudes y la misma gracia por mis propios esfuerzos, por el ejercicio de las virtudes sobrenaturales? En cierta medida, sí. Aun cuando no puedas subir a un grado superior de gracia, ni por tu actividad hacer que crezca la medida de gracia y de virtud que ya posees, puedes sin embargo, por tus buenas obras, merecer delante de Dios, y moverle a que aumente en ti su gracia; al inclinarle a ello por tu mérito, en cierto sentido puedes considerarte como la causa de este acrecentamiento. El poder de las buenas obras sobrenaturales consiste en su valor y en su mérito; por este mérito colaboramos al aumento de la gracia, como también a la adquisición de la gloria celestial. El concilio de Trento condena a los que sostienen que “los justificados no merecen verdaderamente por sus buenas obras el aumento de la gracia y la vida eterna”; y, por consiguiente, también a los que afirman que “las buenas obras no son sino frutos y signos de la justicia adquirida, no la causa de su acrecentamiento”[[704]](#footnote-704).

En efecto, debido precisamente a que las buenas obras son los frutos de la gracia, no se limitan a ser meros signos de su presencia, ni simples derechos a la recompensa celestial; representan títulos para un grado superior de gracia. Porque, utilizando la que ya poseemos y haciendo que ella produzca frutos, nos vamos haciendo cada vez más agradables a Dios; y en la medida en que cooperamos con ella, desplegando prontitud y fidelidad, se van produciendo en nosotros frutos más ricos y bellos. Siendo así que la complacencia divina no puede permanecer infructuosa, Dios debe infundirnos, por cada obra buena, una medida superior de gracia y colocarnos en un grado más elevado.

La rama de un árbol recibe la savia proveniente del tronco en la misma proporción en que hubiere empleado la savia ya recibida en producir flores y frutos. Asimismo Dios, fuente de la vida de la gracia no esparce nuevas fuerzas de gracia, en nuestra alma, sino en el grado en que ésta haya hecho florecer las ya recibidas y haya conseguido que se traduzcan en frutos de buenas obras; sin embargo, hay que notar una diferencia: el alma no consume por el uso su fuerza, como pasa con el árbol, sino que, por el contrario, la conserva, y se hace debido a esta nueva afluencia, cada vez mayor y más fuerte.

La planta, al producir frutos, se agota; el alma adornada de la gracia, al dar frutos, se nutre y crece, o más bien, se nutre porque regocija a Dios y le es agradable. Sus buenas obras son flores maravillosas que llenan de encanto los ojos de Dios, frutos suaves que confortan su paternal corazón: por eso dice la esposa en el Cantar de los cantares: “Que mi querida venga a su huerto y coma el fruto de sus manzanos”[[705]](#footnote-705). En tanto que dejamos maravillado el ojo de Dios por nuestras buenas obras y alentamos su corazón, estemos seguros que de su ojo nos ha de llegar nueva luz y de su corazón nueva fuerza. El valor de nuestras buenas obras sube al cielo convertido en agradable perfume, que luego desciende sobre nosotros en forma de abundante lluvia de gracias y aumenta la riqueza de la gracia en la misma medida en que ésta produce sus frutos.

Dime, cristiano; ¿no es verdad que una cooperación semejante por parte tuya viene a ser tan maravillosa como si tú mismo produjeras la gracia? Pues si tomamos en cuenta su poder, no cabe duda que excede incomparablemente al de tus actividades y esfuerzos naturales por los que obtienes mayor facilidad en el ejercicio del bien y en el conocimiento de la verdad. Aquí no solamente consigues facilidad para ejercitar su fuerza, sino una fuerza nueva, superior, mucho más notable; más aún, por los actos de cada virtud sobrenatural aumenta en ti, no solamente esa virtud sino que aumentan todas las otras.

Hemos aludido a una doctrina bellísima y muy bien fundada, propuesta por los teólogos[[706]](#footnote-706). El ejercicio de una sola virtud natural sólo puede conseguir el aumento de dicha virtud. Si, por ejemplo, uno se ejercita en el ayuno, éste le resulta fácil por el ejercicio, pero no posee sin más el ejercicio fácil de la generosidad con los pobres, ni el de la justicia, ni el de la mortificación de la lengua, porque dichas virtudes van en direcciones distintas. Por el contrario, mediante las virtudes sobrenaturales, comenzamos por conseguir un aumento de la gracia santificante; siendo ésta la raíz de todas las virtudes sobrenaturales y el manantial de energías, su aumento implica también el aumento de todas las demás virtudes. De consiguiente, demos que te has ejercitado, estando en gracia, en la mortificación; pues ten entendido que, además de la virtud de la templanza y de la abstinencia, crecieron en ti la virtud de la caridad para con Dios y el prójimo, la misericordia, el silencio; de modo que, si en adelante quisieras poner por obra una de estas virtudes, dicho acto será más cuidado, más rico y más agradable a Dios que si hubieras descuidado el acto de mortificación.

Es obvio que el acrecentamiento de la gracia y de todas las virtudes es tanto más rápido y más bello cuanto más elevada y noble sea la virtud que se ha ejercitado, cuanto mayores fueren el celo y el esfuerzo desarrollados.

Siendo el amor a Dios la virtud más noble y elevada, el acrecentamiento de la gracia depende sobre todo de esta virtud. El constituye principalmente la vida de la gracia, su medida, el primer factor; porque, en la proporción en que amemos a Dios, somos a nuestra vez amados por él y colmados de su gracia. Además el amor es la madre, la raíz y la perfección de todas las otras virtudes; la madre, porque las engendra una a una en el alma; la raíz, porque las alimenta, las anima y las pone en movimiento; la perfección, porque a todas las relaciona con su fin último y supremo y les confiere la última consagración. Por lo tanto, su crecimiento lleva consigo el crecimiento de la gracia y de todas las virtudes sobrenaturales; debe ser el camino más corto y más seguro para hallar y conseguir las gracias más abundantes.

El acrecentamiento de la gracia depende, no solamente del valor más o menos noble de los frutos de sus virtudes, como se ha dicho, sino también de su número y de su grandeza, es decir, de la frecuencia y de la intensidad con que produzcamos los actos de estas virtudes sobrenaturales, especialmente los de la caridad. El mayor celo desplegado en el ejercicio de la virtud estará en consonancia con los frutos de gracia que recolectemos y con la madurez y crecimiento de la misma gracia.

Lo cual especialmente tendrá lugar si aplicamos nuestro celo a los frutos más nobles de la gracia, a los actos de caridad, y si nos esforzamos en que se repitan con la mayor frecuencia posible y con la máxima perfección. Por fortuna, no se da una virtud cuyo ejercicio sea más fácil y más agradable que el de la caridad. Tratándose de no pocas otras virtudes, con frecuencia nos faltan las ocasiones y los medios de ponerlas por obra. No siempre, por ejemplo, se puede ejercitar la paciencia en grado notable, por la sencilla razón de que a veces nada hay que soportar; no todos pueden ayunar severamente o hacer grandes limosnas. Pero podemos siempre amar, amar con ardor, amar cada vez más. Por otra parte, el amor no implica un gran trabajo ni un esfuerzo extraordinario, antes bien, el amor es pura dulzura y gozo celestial, tan amable y agradable que suaviza y hace olvidar toda amargura y toda fatiga que puedan sobrevenir en el ejercicio de otras virtudes.

Ves pues, oh cristiano, de qué fuerza maravillosa y de qué fecundidad te ha dotado Dios para que puedas crecer sin descanso, indefinidamente, en su gracia y en todas las virtudes. ¿Y las dejarás inactivas? ¿Te cruzarás de brazos como el perezoso, y no trabajarás con un celo devorador en la edificación del templo de Dios en tu alma? Si el aumento de la gracia demandara grandes sacrificios y grandes trabajos, aun cuando debieras asaltar el cielo para hacerla bajar hasta ti, en cierto modo tendrías un motivo para excusar tu lentitud, por más que todavía en ese caso debieras avergonzarte de haber retrocedido ante el sacrificio tratándose de semejante tesoro. Pero si yo te muestro un camino fácil, sin montañas escarpadas, sin espinas, que apenas fatiga, para cuyo recorrido basta un poco de buena voluntad, ya no podrás refugiarte en ninguna excusa.

En primer lugar puedes conseguir un acrecentamiento continuo de gracia con solo santificar y ofrecer a Dios, mediante una intención recta, tus acciones cotidianas, sin excluir las más insignificantes y fútiles. Para ello no es preciso que realices obras extraordinariamente grandes y difíciles; lo esencial es que todo lo hagas bien y santamente. Aun cuando no ayunes ni des limosna, al poner los actos más comunes, como son el comer, el recrearse y el descansar, siempre que los ofrezcas a Dios, te vas haciendo más agradable a sus ojos, más rico en gracia.

Todavía puedes progresar mucho más si, en vez de emitir solamente ‘una’ buena intención, emites muchas en cada una de tus acciones; de esta suerte practicarás al mismo tiempo varias virtudes; en lugar de un mérito único, adquirirás un mérito doble o triple. Puedes ofrecer tu plegaria diaria a Dios por su glorificación, para agradecerle sus beneficios, por la conversión de los pecadores y alivio de los pobres; de este modo practicas las virtudes de la reverencia y de la gratitud debidas a Dios y además la virtud de la misericordia espiritual y corporal. Asimismo, puedes trabajar para ganar el sustento de tu prójimo y el de los pobres, para satisfacer por tus pecados y sufrir algo por amor de Dios; practicas así simultáneamente las virtudes de la caridad fraterna, de la misericordia, de la penitencia y de la caridad para con Dios. En consecuencia, cada una de tus buenas obras será, no ya simplemente un fruto, sino una rama, cargada de frutos, en el árbol de la gracia; presentada a Dios, atraerá sobre tu alma ríos de rendiciones celestiales.

Los mismos actos que desearíamos ejecutar, pero que en realidad no nos es dado llevarlos a la práctica, nos consiguen un aumento de gracia. Afirmas que no puedes ayunar, macerarte, dar limosnas. Dios no te pide nada imposible. ¿Quién te impide desear ardientemente cumplir estas buenas obras?

Dios observa el corazón, no la mano; la buena voluntad, no la obra; el interior, no el exterior; por lo demás, la gracia es un bien interior y espiritual, que se debe adquirir por actos interiores y espirituales. Delante de Dios, el acto está ya cumplido cuando a ello se decide nuestra voluntad. Del mismo modo que la voluntad de pecar nos hace desagradables a Dios y nos priva de su gracia, aun cuando no se actualice, así también la voluntad virtuosa nos hace ya agradables a Dios y nos atrae su gracia, aun en el caso de ser imposible su ejecución.

¿Qué digo? Además de poderte hacer más agradable a Dios por el deseo de nuevas obras, tienes la posibilidad de lograr el mismo resultado con solo alegrarte y congratularte de las buenas obras llevadas ya a cabo y de las que continuamente se realizan por ti o por otros.

Si, después de haber cometido un pecado, por ejemplo te vengaste de un enemigo, te regocijas por añadidura, cometerás un nuevo pecado, suficiente para perder la gracia de Dios, si la hubieses recuperado luego de la mala acción. Con mayor motivo te harás más agradable a Dios al regocijarte, no por vana gloria, sino por amor de Dios, de haber realizado alguna cosa en su honor.

Igualmente, si te alegras de las malas acciones del prójimo, te haces cómplice de su pecado y caes juntamente con él en desgracia de Dios. Nada te impide regocijarte de todo el bien que en el mundo se lleva a cabo, de las conversiones logradas por hombres apostólicos, del celo de los sacerdotes, de los sacrificios de las personas consagradas a Dios que se dedican a la enseñanza, al cuidado de los enfermos, a la penitencia. ¿No crees que te harías más agradable a Dios y más rico de gracia al darles tu aprobación y al complacerte de que Dios sea tan gloriosamente honrado por ellos?

Serías todavía más agradable al Señor si, no contento con esta dicha, renovaras tus buenas obras anteriores y te esforzaras por hacer tuyas las de otros. Si ya te hubieres ofrecido a Dios con todos tus pensamientos y deseos, ofrécete nuevamente, renueva tus buenos propósitos, tus promesas, tus votos; cuantas veces lo hicieres, crecerás en la gracia. Dios no se comporta como los hombres, que no aceptan dos veces el mismo regalo; pues no se fija tanto en el don como en la constancia y en la continuidad del sentimiento por el que nos consagramos a su servicio. Nada le agrada tanto como el vernos entregarle y sacrificarle una y otra vez sin descanso, los dones que ya le habíamos ofrecido; cada vez los recibe como si fueran nuevos.

No desea que le ofrezcamos únicamente nuestros propios dones; acepta en nuestro nombre las buenas obras de los demás, cuando nos unimos a ellas y cuando se las ofrecemos con el vivo deseo de poderle glorificar de una manera semejante o, si esta posibilidad no fuera viable, de darle gloria al menos por ellas como él se merece. Por lo tanto, cristiano lector, puedes ofrecer a Dios todas las obras buenas que han venido sucediéndose desde el comienzo del mundo y han sido practicadas por los santos, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes, los ángeles y, de modo especial, por la santa Virgen María y Jesucristo. Así, puedes adorar a Dios apropiándote la adoración de su Hijo encarnado y la de todos los santos; otro tanto puedes hacer con sus alabanzas, con su amor, con sus acciones de gracia, con sus oraciones y sus sufrimientos. Puedes alborozarte porque todos ellos sirvieron a Dios con amor tan intenso y una abnegación a toda prueba, para compensarle con ello en alguna forma tu pereza y tu negligencia en su servicio. Sin duda, haciéndolo así, puedes participar de los frutos de estas obras tan numerosas y perfectas y atraer sobre ti la complacencia de Dios en mayor grado. ¡Qué tesoro tan inagotable tienes entre manos! ¡Verdaderamente que te resulta fácil el enriquecerte cada día y a cada instante, sin que ello te cueste más de lo que se necesita para pensar, ya que puedes ofrecer este sacrificio cien veces por día, mientras te ocupas de tus asuntos y de tus deberes.

Adoremos esta Providencia divina, honremos y abracemos esta bondad infinita que nos depara medios tan numerosos y fáciles para ir creciendo continuamente en gracia y, de consiguiente, en santidad y perfección. Serían pocos los agraciados, si Dios fuera menos generoso, si su sabiduría se preocupara menos de colmar a los justos de beneficios ocultos, de favores secretos, de hacerlos todavía más justos. y no obstante podría parecer que la mayoría de los cristianos es tanto más negligente en la adquisición de un grado superior de gracia, cuanto mayores facilidades se les han concedido por parte de Dios para lograrlo. En lo sucesivo no formemos parte de este grupo de ingratos, y, si nuestro propio provecho no nos incitara suficientemente a buscar los dones preciosos de Dios, procuremos al menos de no hacernos culpables de la más vergonzosa ingratitud para con él.

Dicha ingratitud subiría de punto dado que no encontraríamos excusa a nuestra pereza, alegando olvido. Por su gracia actual, Dios excita sin cesar nuestra alma a que salga de su sueño, la impulsa a la acción y al progreso; le hace ver que aún está muy lejos de su fin, le muestra el camino que debe recorrer, las alturas que debe atravesar, en tanto que le indica los medios para conseguir su objetivo. Sí, da consistencia a sus pies, les comunica alas, guía y fortifica sus manos para que puedan asir sus dones. Si después de esto nos retiramos, si continuamos durmiendo y queremos perseverar en nuestro perezoso descanso, merecemos de sobra que nos prive de sus bienes.

En vez de oponernos de una manera tan necia y tan criminal a nuestro progreso en la gracia, deberíamos estar atisbando cuanto la puede favorecer; sobre todo debiéramos preocuparnos muy mucho por no dejar inactivas las gracias actuales de las que acabamos de hablar, buscando el modo de recibirlas en la mayor abundancia posible. Las gracias actuales son para el crecimiento del alma lo que la luz solar y la lluvia para el crecimiento de la planta, con la sola diferencia de que la lluvia y el sol obran directamente sobre la planta, en tanto que las inspiraciones y los impulsos del Espíritu Santo sólo favorecen indirectamente el aumento de la gracia. En efecto, las gracias actuales nos impulsan al cumplimiento de las buenas obras, frutos de la gracia santificante, que, al propio tiempo, la nutren y la aumentan. Sin las gracias actuales, nuestra alma, adornada de la gracia santificante, quedaría fría, árida, estéril; lejos de crecer y de subir, no daría signos de vida.

El Espíritu Santo, es preciso confesarlo, vierte los rayos de su luz celestial y la lluvia de su ayuda bienhechora sobre todos los justificados, a semejanza del sol y de las nubes que derraman su bendición indistintamente sobre todas las plantas. Pero, si queremos avanzar con mayor rapidez y facilidad, debemos esforzarnos por recibirla, poniendo en juego, además de las medidas ordinarias, cuidados especiales. Las plantas crecen con mayor rapidez y más exuberantes cuando, además de recibir el beneficio de la lluvia, desciende sobre ellas el riego del jardinero, o cuando son colocadas en un invernáculo para que gocen abundantemente de la luz del sol. Así también la gracia se desarrolla en nuestra alma con mayor hermosura y más rica, cuando la colocamos bajo el cuidado especialísimo del Espíritu Santo. Nada más indicado para ello como invitar al Espíritu Santo, mediante una plegaria humilde y fervorosa, a que haga en nuestra alma el oficio de jardinero, rogándole al mismo tiempo sin descanso tenga a bien esparcir sobre ella ininterrumpidamente nuevas luces y nuevas fuerzas. No hay plegaria que ofrezca tantas garantías de ser escuchada como ésta. Gozoso tomará el Espíritu Santo sobre sí dicho cargo, y cuanto sea nuestra plegaria más ardiente, confiada, perseverante, mayor será su solicitud en atendernos. Ninguno desea tanto como él trabajar en nuestro progreso, y le bastan nuestros ruegos para hallamos dignos de su asistencia especial.

Sin la oración, apenas la podemos recibir, pues no manifestamos deseo de ella; en tal caso nos parecemos a las plantas que tienen cerradas sus corolas. Por la plegaria, abrimos la corola de nuestra alma al rocío celestial del Espíritu Santo y a sus rayos benéficos. En la plegaria, abrimos nuestra boca para respirar el soplo de vida del Espíritu Santo, según las palabras del Salmista: “Abriré la boca y aspiraré el espíritu”[[707]](#footnote-707).

Si el crecimiento de la gracia requiere las buenas obras, y si la plegaria es indispensable para las mismas, se desprende que la oración es una condición esencial y, en cierto modo, la condición más importante del crecimiento de la gracia.

Echa pues mano de estos dos medios que te presenta la bondad de Dios para que puedas progresar en la gracia y cumplir el precepto divino que dice: “El que es justo, que se justifique más todavía”[[708]](#footnote-708). Para que te animes a progresar, el Hijo de Dios ha querido revelar progresivamente la plenitud de sabiduría, santidad y gracia que poseía desde el momento de la encarnación, a la manera que el sol despliega progresivamente su luz, de la mañana a la tarde, sin que por ello crezca la luz en sí misma; esfuérzate, con la ayuda divina, por crecer de día en día ante Dios y los hombres en sabiduría, en virtud y en gracia[[709]](#footnote-709). No te faltará la bendición de Dios, con tal de que en él tengas confianza.

“¡Dichoso el hombre”, canta el Salmista, “que de ti, oh Dios, recibe ayuda! Prepara ya en su corazón los grados para subir, porque el legislador le dará su bendición y progresará de virtud en virtud, hasta contemplar a Dios en Sión”[[710]](#footnote-710); es decir hasta el momento de su llegada al cielo, en donde verá a Dios en recompensa de su esfuerzo.

Capítulo XII:

Cuánto debemos guardarnos de manchar o deshonrar la gracia por los pecados veniales

Cuando nos hallamos en estado de gracia, hemos de procurar intensificarla y aumentarla; pero nos importa aún más el conservarla pura e inmaculada y sobre todo el no perderla. Por el pecado mortal, nos privamos de la gracia; por los pecados veniales la manchamos y nos exponemos a perderla completamente. Por esa causa queremos hablar, en estos últimos capítulos, de la conservación y de la preservación de la gracia santificante, y, antes que nada, de su protección contra las faltas veniales.

Creen muchos que la gracia, aniquilada completamente por el pecado mortal, queda disminuida por el pecado venial, de modo que éste nos haría perder un grado de gracia, adquirido por la benevolencia divina y por nuestro mérito. Tendríamos aquí el mejor de los motivos que nos impidiera cometer pecados veniales. Con todo, según la opinión casi general de los teólogos, podemos admitir como cierto que los pecados veniales, aislados o tomados en conjunto, no disminuyen esencialmente ni un grado de gracia ya adquirida ni las virtudes sobrenaturales correspondientes[[711]](#footnote-711).

En cambio, las virtudes naturales y la complacencia que pueden producir en Dios no solamente disminuyen por las faltas graves, sino también por las faltas leves, que se oponen a ellas. Así como uno las adquiere y aumenta por el ejercicio de sus actos, así también quedan debilitadas por la negligencia y más todavía por los actos opuestos. Se asemejan a los metales comunes, que no sólo degeneran por la aleación de materias impuras, sino que se disgregan y disuelven.

En la proporción en que las virtudes sobrenaturales se parecen a las virtudes naturales, es decir, en la proporción en que la facilidad en la realización de su acto está ligada a una práctica constante, quedan debilitadas y disminuidas por los pecados veniales. Pero como esta facilidad se reduce en ellas a una perfección y fuerza exteriores y accidentales, no esenciales, su debilitamiento y disminución no puede afectar a su esencia. Se parecen más bien al oro puro que, aun cuando se lo cubra de barro, no sufre en su esencia, no pierde el menor grado de pureza y hermosura. Son como un fuego ardiente y poderoso que, cubierto de materias incombustibles, no deja ver, es cierto, sus llamas con tanta holgura ni con tanta fuerza, pero que en manera alguna se priva de su ardor interno.

Así como no puede quedar esencialmente afectado por los pecados veniales el poder de las virtudes sobrenaturales, tampoco pueden sufrir por su causa en su esencia el resplandor de la gracia, la complacencia de Dios a causa de ella, los méritos de nuestras buenas obras, por el mero hecho de que son virtudes sobrenaturales. Por las faltas veniales ofendemos a Dios que es nuestro mejor y más querido amigo; le desagradamos y nos hacemos acreedores a castigo. Mas esta ofensa puede coexistir con la gracia, y aun con un grado muy elevado de gracia. Dios nos castiga suficientemente cuando nos envía diversos sufrimientos y sobre todo cuando, por dicho castigo, retarda nuestra admisión en la visión beatífica. Además puede retener muchos favores que nos tenía preparados, sin que por ello nos prive de la mínima parte de gracia ya poseída por nosotros. Aun en el caso de haber cometido uno numerosos pecados veniales, no por tal motivo pierde el derecho al grado de gloria celestial que había ya merecido; sus obras son agradables a Dios y siempre tienen el mérito que les corresponde, aun cuando esté cargado de muchísimas faltas. El oro de la gracia no es menos precioso por hallarse cubierto de mucha tierra y envuelto en paja. El barro debe ser lavado con lágrimas de arrepentimiento, y la paja quemada en el fuego. Pero nos encontramos ante Dios con las mismas riquezas de gracia que habíamos reunido antes de los pecados veniales o simultáneamente.

El que no debamos temer el aniquilamiento o la disminución del tesoro de la gracia, si los pecados no pasan de veniales, ¿nos excusa tal vez de evitarlos, de odiarlos y detestarlos? Lejos de ello. Antes bien debemos admirar la bondad infinita de Dios al no retirar su gracia, aun cuando la mancillemos, y, a fuer de reconocidos, debemos con tanto mayor empeño evitar este mal en lo sucesivo.

Aquí es donde conocemos el valor y la santidad de la gracia y nos damos cuenta de la distancia que la separa de cuanto sabe a pecado y a imperfección. Es lógico que nos resolvamos a conservarla pura e inmaculada. Si no fuera esencialmente pura y santa, rayo de luz celestial y oro purísimo, quedaría disuelta y achicada por el pecado; el hecho de que no lo sea debe atribuirse, no a la menor gravedad del pecado, sino a la indestructibilidad de la esencia celestial de la gracia. El que no pueda ser disminuida por los pecados veniales hay que atribuirlo únicamente a la pureza y santidad que la hacen incompatible con el pecado mortal.

Si el hierro, a diferencia del oro, además de quedar externamente manchado por el barro, es también devorado interiormente por éste, semejante fenómeno proviene que tiene mucho de común con el barro. ¿Quiere decir esto que la mancha sobre el oro sería menos de lamentar que la verificada sobre el hierro? De ninguna manera. Dicha suciedad tiene menor importancia si está en el hierro, pues, al fin y al cabo, son de la misma naturaleza, ya que es cosa comprobada que el barro penetra en el hierro y se mezcla con él. Tratándose del oro, una mancha es tanto más horrible cuanto es menos apto para recibirla y no se mezcla con ella; aquí se evidencia la viva oposición existente entre el oro centelleante y la tierra impura echada sobre él. El que el barro no suprima el brillo ni le pueda perjudicar hace a ese elemento tanto más repugnante y digno de odio.

Así pues, cuanto la gracia es menos apta para ser corroída y disminuida por los pecados veniales, tanto es más pura y clara su esencia, y hay una repugnancia mayor en ponerla en contacto con ellos. Cuando no se puede aniquilar el aderezo dorado de la esposa, es horrible, sobre toda ponderación, el arrojarlo sobre el lodo del pecado. Es igualmente espantoso el cubrir de polvo y de inmundicia el vestido de púrpura de los hijos de Dios, porque no puede perder el esplendor de sus colores.

Como se ve, son muchas las razones por las que debemos odiar el pecado venial, aun cuando no pueda disminuir la gracia, o más bien, precisamente porque no la pueda disminuir, pues de este modo desfigura todavía más nuestra alma. Al igual que el ojo rechaza instintivamente el menor objeto extraño que busca de introducirse en él, y queda profundamente turbado cuando no lo consigue, nuestra alma debe oponerse a toda falta venial y no descansar hasta haberla alejado. El espejo, elemento muerto, no se subleva contra el polvo que lo cubre. Pero nuestra alma es un espejo vivo de la santidad divina, un ojo inundado y purificado por la luz de lo alto.

Cuidémosla siempre fresca y viva. Ojalá estuviéramos llenos de ojos que miraran a todas partes, como los animales misteriosos del Apocalipsis, que, en cada dirección, miraban con mil ojos[[712]](#footnote-712). Nos mantendríamos sin dificultad a cubierto de las manchas y del polvo.

Imitemos a las palomas, siempre preocupadas por guardar puro y sin mancha su blanco plumaje, evitando todos los objetos y lugares que puedan mancillarlo. El alma adornada de la gracia es una paloma, cuyo plumaje argentado brilla en el resplandor del sol divino, una paloma a la que el Espíritu Santo quiere llevar lejos de las tierras manchadas de este mundo, hasta las cumbres luminosas del cielo. No nos arrastremos por la tierra, no nos peguemos a las cosas de este mundo, arranquémonos de ellas cuando lo podamos, y subamos hacia el cielo con ligero vuelo de paloma. Si, por nuestra imprudencia o ligereza, se pegare alguna impureza a nuestras alas, sacudámosla sin tardanza, démonos prisa por purificarnos nuevamente en la sangre de Cristo.

Además de la fealdad, los pecados veniales pueden causar todavía dos serios daños a la gracia. Enseña santo Tomás que, aun cuando no la disminuyan esencialmente, debilitan su esplendor y su fecundidad, y conducen además a su pérdida total[[713]](#footnote-713). De un lado, son espinas agudas que impiden a la gracia desarrollarse alegremente; de otro lado, son gusanos roedores que atacan a las raíces que tiene echadas en nuestra naturaleza y las van arrancando cada vez más de nuestra alma.

Efectivamente, el que comete numerosos pecados veniales se sustrae a la eficacia de la gracia; la contraría, la rechaza y apaga su ardor, de manera que ésta no puede hacer que suban sus llamas, detiene su fuerza y no la deja desplegarse con libertad. Si las plantas venenosas crecen en una abundancia lujuriante en torno al germen de la gracia, ésta no puede desarrollarse. Su proximidad emponzoña la tierra y la atmósfera. Emponzoña la tierra porque la multitud de esas plantas venenosas ocupa toda nuestra actividad y agota nuestra fuerza; emponzoña la atmósfera porque el Espíritu Santo retira de ese campo, cubierto de malas hierbas, la luz y el riego de su asistencia, pues no quiere cansarse en vano. Así, el crecimiento de la gracia se ve impedido con frecuencia por los pecados veniales; esto sería ya una pérdida incalculable, lo suficientemente grande para que profundamente los detestemos. No vacilemos pues en arrancar estas plantas venenosas hasta la última raíz, hasta la postrera fibra, para que el fuego de la gracia no languidezca en nosotros y no perezca su fecundidad.

Pero hay más todavía; los pecados veniales, lo hemos visto ya, corroen las raíces de la gracia y las disocian, hasta que queden completamente arrancadas. Bien es verdad que únicamente los pecados mortales cortan esas raíces y que los veniales nunca pueden convertirse en mortales; pero no lo es menos que la espada temible de los mortales no logrará entrar con facilidad en nuestra alma, si antes los veniales no le hubieren preparado el camino. Como la enfermedad precede la muerte, así las faltas ligeras preceden a las faltas graves. No decimos con ello que la gracia misma pueda quedar enferma, dejamos ya notado que no puede ser aniquilada ni disminuida en su esencia; lo que pasa es que las faltas veniales paralizan la acción de la gracia sobre nuestra naturaleza. En las enfermedades corporales el alma no está realmente enferma, y, sin embargo, por la turbación y la disolución de sus órganos, el cuerpo se convierte en un instrumento impropio al servicio del alma. Lo que son para el alma los órganos del cuerpo, son para la gracia las facultades y las inclinaciones naturales del alma. Así como una perturbación de los órganos vitales, que no se ha logrado detener ni extirpar desde el principio, debe conducir poco a poco a la separación del cuerpo y del alma, así también los pecados veniales hacen que la gracia sea cada vez más extraña a nuestra naturaleza; ellos orientan las facultades naturales en una dirección falsa, las desvían de Dios, las dirigen hacia las criaturas, arrancan de esta manera nuestra alma al influjo dominador de la gracia; una simple impulsión, y se romperá el último lazo que todavía une la gracia a la naturaleza.

Sólo el pecado mortal, es cierto, puede obrar directamente contra la gracia; pero también los veniales son pecados, y, como tales, están emparentados y unidos con el mortal. Son en sí mismos impotentes, nada pueden contra el templo de Dios levantado en nosotros por la gracia, fuera de mancharlo y minar sus fundamentos; pero no dejan de ser los mensajeros del enemigo poderoso que viene tras ellos pisándoles los talones y que se encargará sin dificultad de acabar su obra destructiva.

¿No bastará lo dicho, alma cristiana, para que detestes los pecados veniales como a los enemigos más peligrosos de tu alma? Sus efectos ¿no son peores que si te quitaran un grado de gracia? Y si esto es así, ¿cómo puedes aliarte aún tan atolondradamente con tus enemigos astutos que, aparentando no llevarse nada, se alzan con todo? Cuanto parecen más insignificantes, son más peligrosos; es que temiéndoseles menos, no tomando precauciones, con mayor seguridad y libertad prosiguen su juego destructor.

Tenles odio, huye de ellos, destrúyelos. Ódialos como a tus peores enemigos.

Debes huir de ellos todavía más porque te hacen ofender dolorosamente a Dios, tu Padre más tierno, tu Amigo más estimable, tu más dulce Esposo. En estado de gracia, estás obligado más que nunca a amarlo y a regocijarle. Estás unido íntimamente con él, tan abundantemente inundado de sus beneficios y de sus favores que sólo deberías respirar amor y gratitud para con él. ¿Cómo puedes no ofenderle si, conservando su amistad, eso sí, bien entendida, le niegas en muchas oportunidades las demostraciones de amor que le debes? ¿Es posible que no le desagrades cuando, sin querer abandonarlo, es verdad, te sustraes tan frecuentemente a la obediencia filial y al respeto que le debes? No puedes imaginarte la aflicción que causas al celestial Esposo de tu alma cuando, no habiéndote separado aún del todo de sus brazos, pierdes tu pureza inmaculada, y tiendes ya tus ojos hacia sus enemigos. El crimen es tanto mayor, la ingratitud más negra cuanto que conoces que, aun así, no te quitará un solo grado de gracia.

¿Cuándo acabarás de comprender que es inaudita la malicia contenida en el pecado venial? ¿Cuándo comenzarás a servir con mayor empeño y fidelidad a tu Dios, a serle agradable en cuanto haces y dejas de hacer, así como él mismo te ha hecho agradable a sus ojos por la gracia?

Si no te comportas en esta forma por amor y reconocimiento, al menos hazlo por miedo a los terribles castigos con que él amenaza tamaña infidelidad e ingratitud. Estos castigos son realmente inmensos, muy superiores a lo que puedas imaginar; deben de ser grandes, pues tus pecados van también más allá de lo imaginable. Si el santo ardor de la gracia no ha podido alejarlos de ti, o más bien, si por ellos has alejado de ti este fuego sagrado de la fe, Dios no puede menos de destruir esas pajas por el fuego vengador igualmente sobrenatural, fuego que la naturaleza creada desconoce y no lo puede producir, como no puede producir el fuego de la gracia, fuego que nadie que no sea el amor omnipotente de Dios puede inventar y crear para limpiar de sus manchas las almas que poseen la gracia. ¿Fuego vengador, dije? El mismo fuego de la gracia te atormentará con rigor terrible si, después de muerto, no te admite Dios inmediatamente, por tus pecados, a la visión beatífica de su rostro. Este fuego se convertirá en ti en un deseo tan poderoso, en una sed tan abrasadora, que te harán olvidar todos los otros sufrimientos; si la mano de Dios no te sostuviera, te consumirías en un instante; tu sufrimiento será tanto más vivo cuanto estés más cercano al fin y cuanto más elevado sea el grado de gloria que podrás gozar en el cielo.

Date prisa por apagar este fuego terrible con lágrimas de penitencia; no amontones para el futuro en tu alma la paja que le servirá de alimento. Apresúrate, desde hoy, por atizar el amable fuego de la gracia y de la caridad divina, por limpiar todas las manchas, por alejar la paja del pecado y quemarla en el mismo instante en que apareciere. Si así lo haces, además de conservar la gracia pura e inmaculada y preservarla de la ruina, la aumentarás sin cesar y gozarás de su fruto luego de tu muerte.

Capítulo XIII:

De la conservación de la gracia hasta el fin de nuestra vida

Sería inútil cuanto hiciéramos por adquirir la gracia y aumentarla si, una vez conseguida, no la conserváramos hasta el fin de nuestra vida, para aparecer con ella delante del trono de Dios. No podemos decir que la gracia es verdaderamente nuestra, si no nos pertenece para siempre; nos hace verdaderos hijos de Dios, únicamente si no descendemos de nuestra dignidad, si volvemos con ella junto a nuestro Padre celestial, para poseerlo y pertenecerle por siempre jamás. Condición indispensable para que la gracia nos sea saludable y para que gocemos de su fruto supremo y eterno es que no matemos en nosotros su germen viviente. Su pérdida sería más vergonzosa y supondría un desastre mayor que si nunca la hubiésemos poseído.

Estemos atentos a conservar este precioso tesoro con delicado esmero, máxime llevándolo, como dice el Apóstol, “en vasos de arcilla”[[714]](#footnote-714). El vaso arcilloso en que se encierra el tesoro de la gracia es nuestra naturaleza terrena, débil, miserable, en la que Dios ha depositado y derramado su gracia; ese vaso es tan frágil como precioso y santo el tesoro que contiene. Así como nos consta que la naturaleza es capaz de conservar la gracia en su parte más noble, que es la imagen de Dios -esta parte se apodera de la gracia y la conserva como su mayor bien y como la fuente de la felicidad divina-, nos consta también cuán contrarias sean a la misma sus partes inferiores, las que tratan de alejarla para no ser molestadas en la satisfacción completa y sin trabas de su amor propio y de su sensualidad. Mientras la parte superior de nuestra alma quiere atraerla hacia sí, para servirse de ella, la parte inferior aparta la voluntad de la gracia, y ésta no encuentra ya en nosotros lugar en que pueda estar en paz y seguridad. En vez de ser cuidada con un tierno amor, es rechazada, su precioso bálsamo es derrochado. Lejos de mantener unidas todas sus facultades para conservarla, nuestra naturaleza las dispersa ligándolas a las cosas de la tierra, se distrae así ella misma y pierde el rico tesoro que ocultaba en su seno. Como se ve, la conservación de la gracia resulta de lo más difícil, por no decir imposible; como si no bastara la fragilidad del vaso, éste queda a merced de millares de enemigos que quieren llevárselo y hacerlo pedazos; así el mundo y el demonio nos declaran una guerra sin cuartel con el propósito de arrebatarnos, ya mediante un secreto robo, ya violentamente, este vaso frágil y precioso.

Por otra parte, este tesoro garantiza su conservación. Pues la gracia no solamente cura como un bálsamo celestial la miseria de nuestra naturaleza, sino que purifica y da consistencia al vaso que la lleva. A semejanza del aceite, fácilmente se derrama, pero también nos conforta y nos robustece por su unción contra los enemigos exteriores e interiores y contra nuestra propia debilidad y miseria. Con todo, debemos cuidar el tesoro y el vaso con la máxima precaución, y es menester que uno y otro los confiemos a guardianes vigilantes.

Debemos cuidarlos ante todo nosotros mismos, es decir, debemos vigilar este tesoro y el vaso que lo contiene con suma precaución, con verdadero celo, y tener a raya a los enemigos. Debemos velar con la mayor atención por la pureza de este vaso, para que no se introduzca en ella nada extraño, que pueda arrojar la gracia; debemos llevarlo con precaución, no sea que demos contra una piedra y lo rompamos. No hemos de perder de vista las inclinaciones y los hábitos perversos que crecen secretamente, que poco a poco envenenan nuestra alma y alejan la gracia. Debemos estar en guardia contra las ocasiones próximas y aun contra las ocasiones remotas de pecado mortal, para no ser asaltados por una fuerza superior a la nuestra, para que el enemigo no nos domine antes de que hayamos podido usar nuestras armas.

Si el enemigo nos ataca abiertamente y con gran poder, si, a pesar de nuestra prudencia, se inflama la concupiscencia de la carne, si el mundo quiere echarnos al cuello la cadena de sus atractivos seductores, si el dragón infernal amenaza devorarnos, estamos en el caso de defender con todo arrojo nuestro tesoro, en un combate abierto y heroico, sin escatimar sacrificios, sin reparar en heridas. Es preciso que demos nuestro dinero y nuestra sangre para defender nuestra dignidad divina, nuestra corona, nuestro trono, nuestro reino celestial. Así como las serpientes, dice san Juan Crisóstomo, sacrifican todo su cuerpo para conservar su cabeza cuando se ven agredidas por enemigos, así también nosotros no debemos tener miedo de poner en juego nuestra naturaleza entera, con todo lo que le es querido y agradable, para salvar la gracia, seguros de que nos devolverá el ciento por uno de cuanto por ella hubiéramos ofrecido.

Más, ante la debilidad de la naturaleza y la fuerza de nuestros enemigos, no basta nuestra propia vigilancia para conservar y defender con suficiente garantía este precioso tesoro. Por eso dijo nuestro amable Salvador: “Velad y orad, para que no caigáis en tentación”[[715]](#footnote-715). Mediante una plegaria perseverante, insistente, confiada debemos llamar en ayuda nuestra a otros guardianes que puedan sostener nuestra debilidad y aniquilar el poderío de nuestros enemigos; debemos suplicarles que escondan nuestro tesoro en donde esté mejor guardado y más seguro.

Acudamos ante todo a los santos ángeles a los que Dios ha puesto muy cerca de sus hijos como guardia de corps, para que, juntamente con nuestro tesoro, nos lleven en sus manos, para que libren nuestros pasos de toda emboscada y nos hagan pasar sin dificultad sobre las salamandras y los basiliscos[[716]](#footnote-716). Acudirán en socorro nuestro con la mayor prontitud. Su fuerza aventaja con mucho a la del león infernal, que ruge en torno nuestro ansioso de devorarnos[[717]](#footnote-717).

Emprenderán en lugar nuestro el combate y nos sacarán siempre victoriosos. Descubrirán y desbaratarán los ardides ocultos de la serpiente antes de que nos demos cuenta nosotros mismos. Con una espada de fuego, se colocarán a la puerta de nuestra alma, como antaño en las puertas del paraíso[[718]](#footnote-718), para custodiar en ella el árbol de la vida que es la gracia, para que no la toquen ni despojen manos manchadas.

Escondamos seguidamente nuestra alma con su tesoro en el seno maternal de la Madre de Dios, que es asimismo la madre de todos los hijos de Dios y de la misma gracia. María es la fuente sellada que nunca fue afectada por el veneno de la enfermedad humana, que jamás estuvo al alcance del príncipe de las tinieblas. En ella ha recobrado nuestra naturaleza su fuerza y su pureza originales; en ella, el poder de los infiernos quedó aniquilado. Si nos refugiamos pues en este santuario, si nos escondemos en él, triunfaremos infaliblemente de nuestra flaqueza, también nosotros aplastaremos la cabeza de la serpiente infernal; en vano nos atacará ésta en el talón, como inútilmente atacó a María. Con una ternura verdaderamente maternal, la Virgen nos tomará en su seno, pues la buscamos con el propósito de esconder en él la joya por la que somos hijos suyos, por la cual ella suministró a su Hijo la sangre de sus venas y ofreció al Padre celestial su propio corazón, en medio de las llamas del amor más ardiente y de los sufrimientos más punzantes.

Pero todavía nos queda otra solución. Encomendemos nuestra alma, con el tesoro de la gracia, al corazón divino del Hijo de María, al Corazón de Jesús. La gracia no es otra cosa sino el precio de la incomparable sangre que brotó de este corazón; por decirlo así, es la sangre de la vida divina que nosotros bebemos del corazón divino del Hijo de Dios, viviendo en consecuencia de él y en él, de manera que ya no vivimos nosotros, sino que Cristo es quien vive en nosotros. Imagínese el amor y la ternura con que el Divino Salvador ha de conservar en nosotros, si se lo pedimos, el tesoro que él pagara tan caro, la vida que él mismo vive en nosotros. Podemos estar absolutamente seguros desde el momento en que depositemos nuestro tesoro en este vaso sagrado e intangible. ¿Qué enemigo osaría arrebatarlo de este santuario? ¿Qué poder sería capaz de aproximársele, qué astucia lo suficientemente hábil para penetrar en él? La fragilidad de nuestro propio vaso estará al abrigo de todo perjuicio mientras lo tengamos encerrado con su tesoro en esta torre sagrada, que reemplaza y protege nuestra debilidad con su solidez, nuestra inconsistencia con su fuerza divina.

Depositemos finalmente nuestro tesoro en los brazos, en el seno, en el corazón del Padre celestial, ya que de él lo hemos recibido. Habiéndonos regenerado en su seno y estrechado contra su corazón como a Hijos, conservará también y protegerá en nosotros la gracia de su filiación, mientras se lo pidamos con insistencia. Nuestro tesoro es su tesoro, es el fruto de su seno, el precio de la sangre de su Hijo único, la finalidad de todas sus obras; es lo que nos ha dado de más precioso, lo que él mismo posee en nosotros. Lo guardará con todo su poder, su amor, su sabiduría; lo custodiará en nosotros como la pupila de sus ojos, según nos lo asegura por el profeta Zacarías: “El que os tocare, hágase cuenta que toca la niña de mi ojo”[[719]](#footnote-719). Si ya nos hallamos seguros en manos de los ángeles, en el seno de su esposa, en el corazón de su Hijo, ¿qué seguridad será la nuestra, si estamos en su mismo ojo? ¡Grande ha de ser ciertamente nuestra tranquilidad, si su ojo, que todo lo ve, está velando sobre nosotros, si su mano todopoderosa nos protege, si su amor nos defiende!

No cesemos, pues, de velar y orar, de velar con una santa aprensión ante nuestra propia debilidad y el poder de nuestros enemigos, y de rogar con una santa esperanza en la protección y vigilancia de los ángeles, de María, del Hijo de Dios y del mismo Padre eterno.

“El que está en pie vele para que no caiga”, dice el Apóstol[[720]](#footnote-720). Y en otro lugar: “Obrad vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar según su bondad”[[721]](#footnote-721). Estas notables palabras encierran un profundo misterio; el motivo en que el Apóstol fundamenta su temor es al mismo tiempo el motivo de nuestra esperanza y de nuestra seguridad. Debemos obrar nuestra salvación con temor y temblor, porque nuestra voluntad y nuestra acción dependen de la gracia de Dios; razón demás para esforzarnos en colaborar fielmente con su gracia, por temor de que Dios nos la retire y nos abandone a nosotros mismos, y no podamos hacer nada por nuestra salvación. Por otra parte, siendo Dios quien obra en nosotros no solamente el querer sino la acción, y siendo así que, como lo dice el Apóstol en otro lugar, “el mismo Dios que ha comenzado en nosotros la buena obra, se encargará de llevarla a cabo hasta el día de Jesucristo”[[722]](#footnote-722), no tenemos motivos para desesperar a pesar de nuestra debilidad; estamos seguros de que, mediante una colaboración fiel con la asistencia divina en nosotros, conservaremos infaliblemente la gracia y llegaremos dichosamente a su término.

No menos debemos temer y temblar ante el misterio de la predestinación y de la elección de Dios. El mismo Dios que obra la salvación es quien nos ha elegido para alcanzada. Dijo Nuestro Señor a sus discípulos: “No me habéis elegido vosotros, soy yo quien os ha escogido”[[723]](#footnote-723). Debemos esforzarnos vivamente por no inutilizar los designios de Dios sobre nosotros y por no abandonar los caminos por los cuales desea conducirnos; de lo contrario, no llegaríamos a término. Sabemos además que Dios, a quien debemos el habernos llamado a la gracia de su filiación y a la heredad en el cielo, nos conservará esta gracia de una manera segura e infalible y nos conducirá a esta heredad, si no le somos infieles. Siendo así que Dios quiere salvar a todos los hombres y que a todos los ha llamado a la salvación[[724]](#footnote-724), toca a nosotros responder a su llamado y realizar en nosotros su elección: “Estad bien atentos a asegurar vuestra vocación y vuestra elección por las buenas obras”[[725]](#footnote-725). Mientras hagamos fructificar la gracia por las buenas obras, mientras la preservemos del pecado y la encomendemos a Dios por una insistente plegaria, pertenecemos al número de los elegidos, a cuyo bienestar están supeditadas todas las cosas, y a los cuales, según asegura el Apóstol, Dios glorificará del mismo modo que los ha llamado y los ha justificado[[726]](#footnote-726). En tanto que nos esforcemos por permanecer fieles, Dios será fiel con nosotros. Nos lo dice el mismo Apóstol: “Dios es fiel y no os tentará más allá de lo que podáis soportar; con la tentación él os dará el poderla soportar”[[727]](#footnote-727). Porque “los dones y la vocación de Dios son inmutables”[[728]](#footnote-728), es decir, que Dios no retirará la elección y la gracia que una vez nos ha concedido, si es que nosotros no las despreciamos o las rechazamos.

Por consiguiente, podemos y debemos abrigar la firme esperanza de conservar la gracia hasta el fin y de poder llegar un día a la gloria. No olvidemos estas palabras de san Pablo: “¿No sabéis que los que corren en la arena todos ellos corren, pero que uno solamente se lleva el premio? Corred de manera que lo alcancéis”[[729]](#footnote-729). Tampoco debemos olvidar la admonición del Hijo de Dios en el Apocalipsis: “Guarda lo que tienes, no sea que otro reciba tu corona”[[730]](#footnote-730).

Dios no necesita de nosotros; menos todavía podemos imponerle una norma en la distribución de su gracia. Sabemos que rechazó al pueblo de Israel, al que tan ricamente había dotado de gracias, cuando este pueblo se hizo indigno de tantos beneficios; asimismo no ignoramos que llamó a los paganos a ocupar el puesto de Israel en el reino de la gracia; y que David el pastor ocupó el puesto del desobediente Saúl, que la defección de Judas fue llenada por el ladrón arrepentido, que el puesto del orgulloso monje Pelagio lo ocupó Agustín, quien se había entregado a la infidelidad y al mundo, que la verdadera Iglesia, en la persona de los pobres Indios, llenó la vacante producida en los pueblos apóstatas de Europa. Así también podría rechazarnos y colocar en nuestro lugar a tal o cual alma que la creíamos perdida.

Vergonzoso sería en verdad para nosotros, si, el día del juicio, debiéramos contemplar a otros sentados sobre el trono y adornados con la corona que habíamos creído eran nuestros y a los cuales habíamos ya adquirido un derecho por la gracia. Ya esto solo constituiría para nosotros un infierno, y más si pensáramos en los innumerables méritos adquiridos, en la ligereza con que nos burlamos de ellos, en la facilidad con que habríamos podido conservarlos y aumentarlos con la ayuda de Dios.

Cuida lo que tienes, no sea que tu corona pase a otro. Conserva la gracia como una gracia, como un don gratuito y extraordinariamente precioso de la bondad divina. Consérvala con humildad, sin altanería, sin atribuirte mérito alguno, sin menospreciar a los otros. Consérvala con íntimo reconocimiento hacia Dios, porque nada hay que te haga tan indigno de su gracia como la ingratitud. Consérvala con temor saludable, recordando tu debilidad y tu infidelidad, pero también con una viva esperanza en el poder y en la fidelidad de Dios que te la ha dado.

Para terminar, escuchemos esta advertencia del Príncipe de los Apóstoles, cuyas palabras nos han revelado, desde el comienzo de esta obra, la esencia de la gracia y su valor infinito:

“Todos inspiraos recíprocamente la humildad; porque Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da su gracia. Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os exalte al tiempo de su visita. Descargad en su seno todas vuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y estad en vela, porque vuestro enemigo el diablo anda girando como León rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar; resistidle firmes en la fe y el Dios de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria por Jesucristo, después que hayáis padecido un poco, él mismo os perfeccionará, fortificará y consolidará. A él sea dada la gloria y el poder soberano por los siglos de los siglos. Así sea”[[731]](#footnote-731).

Apéndice:

La doctrina de la gracia en la teología moderna[[732]](#footnote-732)

Siempre quedé sorprendido al ver que en los manuales de moral cristiana se da muy poca importancia a la distinción entre el orden natural y el orden sobrenatural. Si exceptuamos la doctrina de los sacramentos y lo que atañe a la fe (aun este último tópico se trata demasiado filosóficamente), apenas se encuentra nada en toda la teología moral que no pueda encontrarse por igual en una buena filosofía moral. Diríase que sólo se invoca a la Revelación cuando se trata de poner un correctivo a las deducciones de la razón, que con tanta facilidad se apartan de la verdad. Parece suponerse que la filosofía y la teología morales tienen un solo y único objeto, conocido imperfectamente por la primera y de un modo más perfecto y puro por la segunda. Es cierto que en la teología moral se cita el ejemplo de Cristo, se hace resaltar que en muchos puntos Jesucristo ha colocado las exigencias y los ideales en una altura muy superior a lo que pudiera establecer la simple ley natural. Pero ello no cambia esencialmente la situación; no crea una diferencia específica, universal, una diferencia suficiente para separar ambas doctrinas y para asignar a cada una su dominio propio.

En los tiempos en que el cristianismo luchaba contra la corrompida moral pagana, era necesario, para relacionarlo con lo que de bueno y verdadero tenía el paganismo, insistir sobre el hecho de que también en el cristianismo se realizaba el ideal de la filosofía moral; era menester hacer luz, no tanto acerca de la oposición, cuanto acerca del acuerdo existente entre la moral cristiana y la moral filosófica. Mas, en nuestros días, en que, por un lado, las ciencias se especifican, y, por otra parte, el frío indiferentismo se contenta con la filosofía y pretende que fuera de ella no hay en el cristianismo sino formas vacías, sin contenido interior, en nuestros días, repito, debemos especificar y separar de la moral natural y filosófica el elemento propiamente cristiano de nuestra moral.

Esta necesidad se deja sentir desde hace mucho tiempo; se la ha expresado con frecuencia y en las formas más diversas. Desde que comenzó a extenderse más y más en Alemania un punto de vista racionalista de la moral cristiana, todo fue lamentarse de que ya sólo se enseñaba en la cátedra una moral sin contacto con la dogmática, con la Revelación positiva y sobre todo con los dogmas de los misterios. De ello se seguían, como consecuencias prácticas, el abandono de la fe y de los misterios. La admiración respetuosa para con la grandeza de la doctrina y de la virtud cristianas era relegada cada vez más al último término; el entusiasmo y la devoción desaparecían; el sentido de las cosas misteriosas y celestiales brillaban por su ausencia; cada día se proclamaba más “la religión y la justicia del hombre honrado”.

Esta separación entre la moral y la dogmática con sus misterios provenía, más que nada, de no haberse tenido en cuenta el influjo que la dogmática debe ejercer sobre la moral, del vínculo que las une. La esencia de la moral depende del estado de nuestra naturaleza y las otras naturalezas espirituales. Si consideramos nuestra vida en su estado puramente natural, no podemos concebir relaciones morales esencialmente distintas de este estado, no podemos comprender sobre todo el gran significado que poseen para nosotros los misterios del cristianismo. Estos misterios grandiosos y elevados no se podrán relacionar con nuestra vida superior, no nos daremos cuenta de los vínculos con que nos ligan, de su valor, de su significado, a no ser que nuestra misma naturaleza sea elevada, de un modo misterioso, sobre sí misma, a una altura inconcebible, e introducida a una vida superior, sublime, misteriosa. Para aplicar, de una manera eficaz, la doctrina de los misterios a la moral y para poder unir una a otra, es necesario que no consideremos la moral como la doctrina de la actividad ética del hombre en su estado natural, sino que la miremos como la doctrina de la vida y que corresponde a la elevación del hombre a la dignidad grandiosa y misteriosa de ‘hijo de Dios’ y hermano de Cristo.

Cuanto más insistamos sobre ese punto de vista, tanto más presentaremos, sea en la cátedra sea en la iglesia, en lugar de la moral del hombre, la moral del hijo de Dios en su pureza, su elevación, su beldad divina; en tanto que la fe se avivará, la devoción será más íntima y tierna, el respeto y el amor para con Cristo y su Iglesia santa tendrán mayor profundidad, la concepción de la vida se presentará más noble y hermosa, la actitud del verdadero cristiano será más decidida en frente de los tibios e indiferentes. Si todos los cristianos tienen una idea viviente de la alta dignidad a que su naturaleza ha sido elevada por Cristo, tendrán también conciencia del valor y la hermosura de vida que dicha dignidad aporta y exige. “Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam, et, divinae consors factus naturae, noli in pristinam vilitatem degeneri conversatione redire” (reconoce, oh cristiano su dignidad, y, una vez que te has hecho participante de la naturaleza divina, ten cuidado de no retornar a tu bajeza anterior por una conducta indigna), dice san León en la bella homilía que solemnemente resuena en nuestros oídos la noche de Navidad y que eleva nuestros corazones hasta el cielo. He aquí la voz de la moral cristiana, la que nos anuncia su verdadero carácter; voz que la Iglesia nos hace oír en el momento en que celebramos el comienzo del cristianismo, sumidos en una admiración reconocida de su hermosura y de su grandeza.

El santo nos exhorta a reconocer la dignidad que poseemos, no ya como hombres, sino como cristianos. La dignidad que el hombre posee por su naturaleza es elevada, muy elevada; por su alma racional, es la imagen de Dios; esta dignidad exige de él una conducta pura y moral, una profunda veneración de su Dios. Mas, una vez que se ha hecho cristiano, el hombre recibe una dignidad incomparablemente superior, pues participa de la naturaleza divina por su unión con Cristo, cuyo nombre adopta (cristiano), para formar con él un hijo de Dios y un heredero del cielo, según la expresión repetida de los Padres: “Ideo Deus factus est homo, ut homo fieret Deus” (Dios se ha hecho hombre para que el hombre se hiciera Dios). El hombre participa de la naturaleza divina, es decir, se hace semejante a esta naturaleza en todas las perfecciones que la distinguen de las naturalezas creadas; su alma, por virtud del Espíritu Santo, se transforma en una naturaleza espiritual superior que le permite participar de la misma vida divina. En una palabra, de criatura baja y servil, se convierte por la gracia en verdadero hijo de Dios Padre y en hermano del Hijo único. Si llegamos a comprender con claridad y meditamos frecuentemente la grandeza de esta dignidad, si nos damos cuenta cabal de la nobleza celestial y divina con que nuestra alma ha sido enriquecida, experimentaremos en nosotros los nobles sentimientos de los hijos de Dios (“excelsae cogitationes filiorum Dei”, palabras mediante las cuales el venerable Baltasar Álvarez acostumbraba excitar a sus discípulos al heroísmo en la virtud). Comprenderemos que por esta elevación se nos ha dado un derecho a bienes, riquezas y goces de que no teníamos la menor idea en nuestra bajeza. Nos daremos cuenta de que entramos en relaciones del todo nuevas y superiores, relaciones que nos imponen deberes más elevados, que nos piden una vida muy distinta, de la que correspondería a nuestro estado natural. Si, a pesar de todo, quisiéramos vivir como hasta el presente, desertaríamos de nuestra excelsa dignidad de hijos de Dios. Cuando Dios nos llama a esta nobleza (“dignitas”), no nos es permitido permanecer en nuestro envilecimiento y nuestra bajeza (“vilitas”) anteriores.

Si vivimos de acuerdo a esta nobleza, entonces será nuestra vida en verdad cristiana, tal como debemos vivirla. La misma dignidad celestial que nos cae en suerte, los bienes infinitos y la felicidad eterna que lleva aparejados los castigos terribles que nos aguardan, si despreciamos inconsideradamente y pisoteamos los dones más preciosos de Dios, el amor para con el Padre que nos adoptó por hijos, el amor hacia el Hijo, nuestro hermano mayor, que tuvo a bien compartir con nosotros el amor y la herencia de su Padre y comprarnos estos tesoros inestimables con su sangre divina, el amor para con el Espíritu Santo que comunica y sella, con su amor, este vínculo con el Padre y con el Hijo: he aquí los motivos verdaderamente cristianos y sobrenaturales que deben incitarnos a no decaer de la dignidad que poseemos como hijos de Dios, como hermanos y miembros de Cristo.

Si la moral cristiana es presentada así a la luz de la fe, en su carácter y en su nobleza específicos, ¿no producirá un efecto particularísimo en el alma del creyente? Y allí donde la fe sobrenatural es excitada directamente y puesta a contribución, ¿no deberá colaborar de una manera muy especial la gracia sobrenatural?

Es verdad que la vida cristiana no depende esencialmente de la presentación y del conocimiento de este punto de vista. Siendo sobrenatural la misma luz de la fe, se puede tener un conocimiento directo y en sí suficiente, aunque indistinto, de la moral cristiana, sin delimitarla y reconocerla con precisión en lo que se distingue de la moral natural y en su elevación por encima de ella. Cuando la fe es muy viva y uno se ha familiarizado con sus misterios, en realidad se puede adquirir y poseer a perfección la nobleza y la dignidad de la vida cristiana, aunque no se pueda determinar clara y distintamente el grado de su valor y de su grandeza. No obstante, cuando se trata de despertar la fe, de demostrar que no encadena, ni oscurece nuestro espíritu, que antes bien lo lleva a regiones de una claridad insospechada, celestial; cuando es cuestión de familiarizarnos nuevamente con los santos misterios que se nos habían vuelto extraños; cuando la naturaleza, por decido así, se ha encerrado en sí misma y se ha tornado indiferente al mundo superior, entonces es menester ante todo recordar a la conciencia que pertenece a un orden superior, que posee una dignidad más elevada de la que se imaginaba, que por la fe debe tender a una felicidad superior, entrar en relaciones superiores, amarse y estimarse a sí misma de una manera más excelsa.

Se pueden esperar los mejores resultados de una exposición de la moral cristiana realizada en esta forma; el provecho será tanto mayor si, en lugar de mantenerse en generalidades, se desciende a puntos particulares. Sería muy de desear que se acordase a este objeto una atención más general y se unieran todos con empeño para realzado.

Tentativa no tan difícil como podría parecer. Los antiguos teólogos, que por otra parte habían penetrado hondamente en las nociones de lo sobrenatural, nos han dejado relativamente pocas exposiciones, en las que hayan desarrollado enteramente la importancia de estas nociones en el dominio moral. Los rasgos fundamentales de una moral sobrenatural, específicamente cristiana, opuesta a la moral puramente natural, los hallamos propuestos en algunos pasajes, poco numerosos, aunque penetrantes y geniales, de Santo Tomás[[733]](#footnote-733); su espíritu agudo, estrictamente científico, llegó a sentir vivamente la necesidad de esta distinción. Más tarde, el jesuita Francisco Suárez, en su obra clásica de gratia, descolló en primera línea por sus grandes méritos en este terreno[[734]](#footnote-734); edificando sobre los fundamentos de santo Tomás, desarrolla dicho tema con la penetración de su espíritu y el calor de su alma piadosa y santa. Casi en la misma época, nos encontramos con un hombre que, pletórico de entusiasmo, podría decir, ebrio del esplendor de la gracia divina que se le había revelado en toda su luminosidad, se propuso manifestarnos las maravillas que él había visto; enseñó su doctrina, no en el cuadro estrecho de una escuela y bajo las formas severas de la ciencia, sino a los ojos de todos, para comunicar a los corazones de los fieles sin excepción su encendido entusiasmo. Era el jesuita Eusebio Nieremberg, tan piadoso como sabio. Vivió en la primera mitad del siglo XVII. Escribió una obra en cinco libros sobre “El valor inestimable de la gracia divina, que el Hijo de Dios nos ha comprado a costa de su preciosa Sangre”. Desarrolla en cierto sentido el pensamiento de San León arriba citado. “Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, la esperanza de tu vocación, los bienes y los tesoros inestimables[[735]](#footnote-735) con que Dios te ha distinguido al elevar tu naturaleza, por la gracia, hasta la condición de sus hijos; apoyado en este conocimiento, lleva una vida que corresponda a la nobleza de tu dignidad y de tu esperanza”. Tenía ante sus ojos la misma finalidad que creemos haberla perseguido nosotros. Mucho se podía esperar de los vastos conocimientos, de la profunda ciencia espiritual y de la elocuencia persuasiva que Nieremberg poseía. Pero sus aptitudes eminentemente prácticas y el ardor de su celo le impedían detenerse en el desenvolvimiento teórico y en la exposición de doctrinas a las que une sus reflexiones prácticas; tanto es así que queda muy lejos de haber expuesto o de haber podido exponer todo lo que buscamos.

…

La distinción y la valorización de lo sobrenatural pueden y deben destacarse todavía más; ello se consigue del modo mejor y más sencillo, manteniendo la idea fundamental común a Santo Tomás, a Suárez y a Nieremberg, y comparando, mediante una analogía precisa, todos los elementos del orden sobrenatural con los del natural. Dicha idea fundamental se reduce a que la gracia de la filiación eleva realmente nuestra naturaleza sobre sí misma hasta la participación de la naturaleza divina, comunicándonos, en cierta medida, una segunda naturaleza, una naturaleza superior. Por esta naturaleza, entramos en un ciclo nuevo y cerrado en sí mismo por lazos y relaciones peculiares, paralelos a los de nuestra naturaleza, pero muy distintos de los mismos. Mediante la naturaleza, Dios nos está unido como autor de nuestra existencia, de nuestra razón y de nuestra voluntad, como creador y dueño; en el desarrollo de estas facultades, nos debemos unir a él por el conocimiento y el amor correspondientes. Por el contrario, mediante la gracia de la filiación, Dios nos comunica, con la participación de su naturaleza, su luz y su calor, de manera que podamos y debamos conocerle como él mismo se conoce y ama. Dios nos comunica su ciencia imperfectamente todavía, es decir, por la fe; llegará un día en que nos la comunique por la visión, “conoceré -dice el Apóstol- como me conozco”. La sobrenaturalidad de la fe divina, por ejemplo, consiste en que liga directamente nuestro conocimiento al conocimiento divino y lo funda en él. La sobrenaturalidad de la caridad consiste en que nos une a Dios, no solamente como a nuestro creador y dueño soberanamente bueno, sino como al Padre tierno, a quien amamos como le ama su Hijo único; el espíritu del amor del Hijo ha sido derramado en nuestros corazones para que podamos clamar: “Abba, Padre”[[736]](#footnote-736).

Así se comprende la elevación de la vida cristiana, queda abierta la fuente de la profunda intimidad y del santo entusiasmo de la devoción cristiana, que no puede explicarse por la estrecha razón humana.

Por la participación de la naturaleza divina, el hombre es arrancado de su marco natural y colocado en otro de vida divina. La vida natural, en el supuesto de ser buena y moral, siempre gira en torno de la misma naturaleza. Pero, mediante su elevación, el hombre es impulsado enteramente hacia Dios, ya no puede vivir sino de Dios y para Dios. Además de las cosas malas, también muchas naturalmente buenas, se oponen, por su flaqueza, a este total abandono, a esta casi absorción de la naturaleza en Dios. He ahí por qué el cristianismo declara la guerra a la naturaleza; de ahí procedía en los santos el ansia de mortificación total; por decido así, pretendían aniquilar la naturaleza. En la vida natural, la mortificación consiste únicamente en la represión de los movimientos y deseos desordenados; en la vida sobrenatural, consiste en la represión de toda vida propia, independiente, para no vivir sino en Dios y para Dios. “Vivo yo, pero no soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí”[[737]](#footnote-737).

Queda así de manifiesto la esencia de la mortificación cristiana y su necesidad absoluta. Con ello no afirmamos, como sucede con frecuencia, que la naturaleza está inclinada únicamente al mal. La misma mortificación se reviste de un atractivo superior, puesto que se hace ver cómo lo malo o lo menos bueno debe abandonarse tan sólo con miras a la consecución de un bien infinitamente superior

Insistimos todavía sobre un punto particular para manifestar que la aplicación de nuestro principio a la moral puede tener un desarrollo ulterior. Se ha hablado con frecuencia de la diferencia que separa la caridad fraterna de la pretendida caridad humanitaria, de la que se vanaglorian tanto el racionalismo y el paganismo moderno. Se replica, con toda justicia, que la última no tiene un valor moral tan grande, porque no se considera al prójimo como hermano delante de Dios, esto es, al igual que nosotros, una imagen del mismo Dios. Tal modo de proceder es moral y religioso, pero todavía no es específicamente cristiano; puede ser puramente filosófico. El cristiano de fe viva responderá sencillamente que él ama a su prójimo, porque es su hermano en Cristo, porque es un miembro de Cristo y, en cierta manera, el mismo Cristo. Le ama con el respeto y la ternura del que ve en él, no un simple hombre, sino algo celestial, santo y divino. Ese algo santo y divino que el ojo del creyente ve brillar en su prójimo es la gracia de la filiación divina, participación de la divina naturaleza, merced a la cual lleva en sí la imagen más perfecta de su Padre celestial, por la que toda la Santa Trinidad habita en él como en su templo; la noble dignidad, la vida excelsa que hace del prójimo hermano y coheredero de Cristo y miembro de su cuerpo místico, miembro al que Cristo ama como a sí mismo, y que merece, en nombre de Cristo, nuestro amor y nuestra veneración. En el fondo, la caridad fraterna cristiana y sobrenatural se distingue de la caridad natural buena, sensible, o, si se quiere, hasta moral, porque, en la última, el prójimo es considerado en razón del parentesco y comunidad que tiene con nosotros ‘por su naturaleza’, en tanto que, en la primera, es considerado en su parentesco y comunidad sobrenatural con nosotros ‘por la gracia’; parentescos y comunidades, esencialmente distintos, que fundan, claro está, dos caridades esencialmente distintas.

Esta virtud de la caridad fraterna (en cierto modo la más práctica, ya que, según san Juan, constituye también la prueba de la caridad para con Dios) muestra, pues, de la manera más nítida, que la gran noción del carácter sobrenatural de la moral cristiana está presente en el alma del que cree, aunque no siempre con claridad; que por lo tanto todo fiel creyente posee una conciencia directa del punto de vista superior de la moral cristiana. Conviene que la luz de la fe y la unción del Espíritu Santo nos enseñen doctrinas que la ciencia no puede comunicarnos, que con frecuencia ni se toma la molestia de examinar.

Podríamos considerar ahora las diversas virtudes morales en el sentido más estricto: la justicia, la religión, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la humildad, etc., para mostrar su carácter específicamente cristiano y sobrenatural. Tarea sencilla, si seguimos la norma indicada y tenemos delante de los ojos la posición de la naturaleza, transformada por su elevación y su glorificación. La justicia, por ejemplo, es una virtud por la que estimamos a nuestro prójimo como poseedor de los mismos derechos que nosotros, como personalidad independiente y semejante a nosotros; una virtud por la que debemos respetar cuanto le pertenece. Según difieran el carácter fundamental de la personalidad, su dignidad y sus derechos, la virtud de la justicia será diferente. Si miramos al prójimo en su espiritualidad natural, como ciudadano del universo que pertenece a Dios, practicamos una justicia natural; en cambio nuestra justicia será sobrenatural, si consideramos su elevación, por la gracia, a una dignidad superior, casi divina y le tratamos como a un ciudadano del cielo. Por la virtud de religión podemos adorar y rendir homenaje a Dios como a creador, principio y fin de nuestra naturaleza, o también como a nuestro Padre, principio y fin de nuestra vida sobrenatural, en la forma en que le honra su Unigénito[[738]](#footnote-738). El segundo modo de honrar a Dios representa el verdadero culto cristiano en espíritu y en verdad.

Es fácil desarrollar esta aplicación. Se comprende cómo brilla así en la vida cristiana el resplandor de la vida celestial, santa y divina, que le es tan peculiar; cómo produce un efecto tan poderoso sobre los mismos que no pueden formarse de ello una idea exacta. Dicho elemento de la vida cristiana no consiste en tender de un modo general, hacia el bien, sino hacia las cumbres; consiste en que el hombre creado, elevado a la dignidad de hijo de Dios, ya no puede hallar su patria en medio de las cosas sensibles, ni aun entre las criaturas más elevadas, sino únicamente en lo más alto de los cielos, en el seno de su Padre celestial. La vida cristiana es ‘santa y divina’, no solamente porque es buena o se relaciona de una manera general con Dios, sino porque lleva en sí el mayor bien, la reproducción de la santidad y perfección del Santo de los Santos, y porque une a Dios del modo más íntimo.

El mismo epíteto de ‘espiritual’, que se aplica a la vida cristiana, se toma con frecuencia en sentido demasiado impreciso. Le daríamos un significado evidentemente restringido, si dijéramos que la vida cristiana confiere al espíritu el dominio sobre los sentidos. Es cierto, pero semejante vida espiritual, o mejor, racional, no era desconocida a la filosofía moral de los paganos. La vida cristiana se llama espiritual, no sólo porque da al espíritu el dominio sobre la naturaleza, sino principalmente porque en ella el espíritu es regenerado en Dios y en el Espíritu Santo, transfigurado de claridad en claridad, de acuerdo a la imagen de la espiritualidad divina, por el Espíritu del Señor[[739]](#footnote-739), y porque comienza a vivir en el Espíritu y en la virtud de la vida divina. Por lo tanto, cuando se afirma que la vida de los hijos de Dios es espiritual, se quiere decir que son guiados sobrenaturalmente por el Espíritu de Dios[[740]](#footnote-740).

Por lo mismo, la vida del verdadero cristiano es una vida mística, es decir, oculta e incomprensible al hombre natural. “Nuestra vida está oculta con Cristo en Dios”[[741]](#footnote-741). Está oculta a la razón humana natural, porque su fuente sobrenatural, celestial, y su línea de conducta son enteramente invisibles y no pueden ser conocidas sino mediante una revelación igualmente sobrenatural. Aun después de revelada, la profundidad de su esencia permanece en un misterio insondable, que se muestra hostil a los conceptos y al orgullo del hombre natural; merced a ello se la denigra con tanta facilidad y se la ridiculiza como si fuera una cosa absurda, un fanatismo vano. “El hombre natural (animalis homo) no conoce las cosas del Espíritu de Dios, pero el hombre espiritual juzga de todo”[[742]](#footnote-742).

Ya que el mundo y el racionalismo desprecian y persiguen este elemento místico del cristianismo, que constituye precisamente lo sobrenatural, hemos de procurar manifestarlo y defenderlo con todas nuestras fuerzas. En lo que desdeña y ridiculiza el mundo, se encuentra justamente la gloria, la grandeza y la nobleza del cristianismo y la sabiduría de sus confesores. “Lo que parece locura en Dios, es mayor sabiduría que la de los hombres”[[743]](#footnote-743).

Pluguiera a Dios que estas indicaciones sobre la importancia de la valorización del elemento sobrenatural del cristianismo hallasen eco en los amigos del verdadero progreso de la ciencia y de la vida.

Índice general de materias

|  |  |
| --- | --- |
|  | Página |
| Introducción | 3 |
| Prólogo | 5 |

Libro primero

La esencia de la gracia

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Página |
| Capítulo I | Del lamentable desprecio que los hombres hacen de la gracia | 9 |
| Capítulo II | La gracia es superior a los bienes de la naturaleza | 11 |
| Capítulo III | La gracia aventaja a los milagros | 12 |
| Capítulo IV | La gracia nos eleva sobre nuestra naturaleza | 14 |
| Capítulo V | La gracia es una participación de la naturaleza divina increada | 15 |
| Capítulo VI | La participación de la naturaleza divina nos hace sobrenaturalmente semejantes a ella | 17 |
| Capítulo VII | La participación de la naturaleza divina nos comunica la más alta perfección | 18 |
| Capítulo VIII | La gracia, como participación del conocimiento divino, eleva al hombre a la visión inmediata de la gloria de Dios | 20 |
| Capítulo IX | La gracia nos hace participar de la santidad de la naturaleza divina | 22 |
| Capítulo X | La gracia nos da una naturaleza nueva y superior | 23 |
| Capítulo XI | En cierto sentido, la gracia es infinita | 25 |
| Capítulo XII | La gracia y la Encarnación del Hijo de Dios | 26 |
| Capítulo XIII | La gracia y la dignidad de la Madre de Dios | 29 |
| Capítulo XIV | Del aprecio en que Dios tiene la gracia | 31 |

Libro segundo

De la misteriosa unión con Dios en la que nos introduce la gracia

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Página |
| Capítulo I | Por la gracia recibimos en nuestra alma a la persona del Espíritu Santo | 34 |
| Capítulo II | Por la gracia viene a nuestra alma toda la santa Trinidad | 38 |
| Capítulo III | El Espíritu Santo por la gracia nos infunde su propia vida | 40 |
| Capítulo IV | La gracia nos hace hijos adoptivos de Dios | 42 |
| Capítulo V | La adopción divina y la regeneración | 45 |
| Capítulo VI | El maravilloso alimento de los hijos de Dios | 49 |
| Capítulo VII | Establécense por la gracia entre nosotros y Dios lazos de verdadera amistad | 52 |
| Capítulo VIII | El amor inefable que Dios nos tiene cuando estamos en estado de gracia | 56 |
| Capítulo IX | Trátase de la divina hermosura que la gracia confiere a nuestra alma | 58 |
| Capítulo X | Nuestra alma se hace por la gracia, esposa de Dios | 61 |
| Capítulo XI | Por la gracia recibimos el reino de Dios y su poder sobre las cosas | 65 |
| Capítulo XII | Por la gracia nos unimos íntimamente a Dios | 67 |

Libro tercero

Los efectos y los frutos de la gracia

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Página |
| Capítulo I | La luz, símbolo de la gracia | 72 |
| Capítulo II | Poder maravilloso con que la gracia destruye en nosotros el pecado mortal | 76 |
| Capítulo III | La gracia infunde en nuestras almas las virtudes teologales sobrenaturales | 78 |
| Capítulo IV | La fe divina sobrenatural | 80 |
| Capítulo V | La virtud teologal de la esperanza | 83 |
| Capítulo VI | La caridad divina | 84 |
| Capítulo VII | Las virtudes morales sobrenaturales | 87 |
| Capítulo VIII | Por la gracia recibimos los siete dones del Espíritu Santo, que traen consigo las ocho bienaventuranzas de Cristo y los frutos del Espíritu Santo | 90 |
| Capítulo IX | A la gracia santificante acompañan las gracias sobrenaturales actuales del Espíritu Santo | 94 |
| Capítulo X | Del valor inestimable que la gracia confiere a nuestras obras para merecer la gloria eterna | 97 |
| Capítulo XI | Un privilegio inestimable de la gracia. Las obras cumplidas en ella desvían los castigos merecidos por el pecado | 102 |
| Capítulo XII | De cómo por la gracia en forma maravillosa comunicamos con los bienes de Cristo y de los santos | 103 |
| Capítulo XIII | Del maravilloso poder que la gracia revela en nuestra debilidad | 105 |

Libro cuarto

Algunos otros efectos y privilegios de la gracia divina

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Página |
| Capítulo I | La gracia nos hace desde todos los puntos de vista dignos de una providencia especialísima de Dios | 109 |
| Capítulo II | La compañía de innumerables ángeles hace más agradable la gracia | 111 |
| Capítulo III | Fuera de la gracia no se da en este mundo verdadera felicidad | 113 |
| Capítulo IV | No hay punto de comparación entre la felicidad producida por la gracia de Dios y la de los hombres | 116 |
| Capítulo V | La gracia encierra la iluminación más elevada, la verdadera libertad, el progreso más admirable | 117 |
| Capítulo VI | De cómo los ángeles aprecian la gracia | 120 |
| Capítulo VII | Debemos apreciar la gracia más que los ángeles y los santos del Antiguo Testamento | 121 |
| Capítulo VIII | Del valor de la gracia a los ojos de los santos den la Nueva Ley y de lo que han hecho para conservarla | 123 |

Libro quinto

De la adquisición, ejercicio, aumento y conservación de la gracia

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Página |
| Capítulo I | La adquisición de la gracia | 126 |
| Capítulo II | La fe sobrenatural, primera preparación a la gracia | 128 |
| Capítulo III | El temor de Dios, segunda preparación a la recepción de la gracia | 131 |
| Capítulo IV | La esperanza sobrenatural en Dios, tercera preparación para la gracia | 133 |
| Capítulo V | La contrición, cuarta y última preparación a la gracia | 135 |
| Capítulo VI | La vida sobrenatural que debemos llevar en el estado de gracia | 137 |
| Capítulo VII | El ejercicio de la caridad sobrenatural para con Dios | 140 |
| Capítulo VIII | El ejercicio de la caridad fraterna sobrenatural | 143 |
| Capítulo IX | El ejercicio de la humildad y castidad sobrenaturales | 145 |
| Capítulo X | La fe, alimento de la vida de la gracia | 150 |
| Capítulo XI | De cómo debemos progresar de continuo en la gracia y la facilidad de conseguirlo. | 153 |
| Capítulo XII | Cuánto debemos guardarnos de manchar o deshonrar la gracia por los pecados veniales | 158 |
| Capítulo XIII | De la conservación de la gracia hasta el fin de nuestra vida | 161 |

Apéndice

|  |  |
| --- | --- |
| La doctrina de la gracia en la teología moderna | 165 |
| Índice general de materias | 170 |

1. Cf. Billot, De virtutibus infusis, Roma, 1906, próI. p. 30; Mazzella, De gratia, n. 1000 ss. [↑](#footnote-ref-1)
2. Santo Tomás, I, II, q. 110, a. 4 ad 4. [↑](#footnote-ref-2)
3. Hechos, 19, 2. [↑](#footnote-ref-3)
4. Es de advertir que sobre muchas de estas cuestiones relativas a la naturaleza de la gracia, no se ha pronunciado la autoridad infalible de la Iglesia; ello no significa que debamos dejar de lado las disquisiciones de los teólogos y las conclusiones a que llegan, apoyados en la sagrada Escritura y en la doctrina de los Padres. [↑](#footnote-ref-4)
5. Hechos, 8, 30-31. [↑](#footnote-ref-5)
6. Aun cuando, después que vieron por primera vez la luz estas líneas del autor, se ha publicado mucho sobre este particular, con todo no creo que en la lengua de Cervantes se haya escrito, ni siquiera traducido a la misma, ninguna obra que trate el asunto en cuestión con la competencia y extensión de la presente, para el público en general. Así, por ejemplo, el libro de Terrien, “La gracia y la gloria”, traducido del francés por la Editorial Voluntad, está destinado preferentemente a los sacerdotes. Quiero agregar que las cuestiones discutidas, propiamente dichas, no las toca de propósito, aunque deja al descubierto su opinión con claridad suficiente. [↑](#footnote-ref-6)
7. En la Introducción a la obra de Scheeben, Nature und Gnade, p. 28. [↑](#footnote-ref-7)
8. Sabiduría, VII, 11, 14. [↑](#footnote-ref-8)
9. Juan, I, 14. La ley ha sido dada por Moisés, pero la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo (v. 17). [↑](#footnote-ref-9)
10. Véanse, por ejemplo, las epístolas a los Romanos, I, 7; a los Corintios, Iª: I, 3; 2ª: I, 2; a los Efesios I, 2; etc. [↑](#footnote-ref-10)
11. II Epístola, I, 4. [↑](#footnote-ref-11)
12. Efesios, III, 4, 6 y ss. [↑](#footnote-ref-12)
13. I Corintios, II, 9, 10. [↑](#footnote-ref-13)
14. Salmo, XLIV, 3. [↑](#footnote-ref-14)
15. Sesión VI, de iustificatione, canon 11. [↑](#footnote-ref-15)
16. Catecismo romano, 2ª parte, c. 2, n. 49. [↑](#footnote-ref-16)
17. Sermón 62 (II de la Pasión del Señor), 1. [↑](#footnote-ref-17)
18. Mateo, XI, 25. [↑](#footnote-ref-18)
19. Efesios III, 20. [↑](#footnote-ref-19)
20. Santo Tomás, Suma teológica, I, II, q. 113, a. 9 ad 2. Acerca de la gracia en general véanse las cuestiones 109 a 114 de la misma parte. [↑](#footnote-ref-20)
21. Ad Bonif., c. II, epist. Pel. l. 2, c. 6. [↑](#footnote-ref-21)
22. Jeremías, II, 12. [↑](#footnote-ref-22)
23. Libro tercero de los Reyes, XIX, 11. Dios sacudía la montaña ante Elías, para mostrarle que no se halla en la agitación. [↑](#footnote-ref-23)
24. Lamentaciones, II, 1-2. [↑](#footnote-ref-24)
25. Jeremías, XII, 11. [↑](#footnote-ref-25)
26. Éxodo, XVI, 3, [↑](#footnote-ref-26)
27. Salmo, CV, 24. [↑](#footnote-ref-27)
28. San Bernardo, In ascensione Domini, s. 3, n. 7. [↑](#footnote-ref-28)
29. In Ephes., Homil. I, n. 3. [↑](#footnote-ref-29)
30. Efesios, 1, 6. [↑](#footnote-ref-30)
31. Epístola de Santiago, I, 17. [↑](#footnote-ref-31)
32. Efesios, I, 4-6. [↑](#footnote-ref-32)
33. Efesios, I, 17-18. [↑](#footnote-ref-33)
34. In Ioannem, tr. 72, 3. [↑](#footnote-ref-34)
35. S. Th., I, II, q. 113, a. 9. [↑](#footnote-ref-35)
36. Por ejemplo, SUÁREZ, De divina substantia, l. II, c. 9. [↑](#footnote-ref-36)
37. San Celestino I. De gratia Dei indiculus. Segundo concilio de Orange. Concilio de Trento. [↑](#footnote-ref-37)
38. Serm. 62, n. 2; 65, n. 3; 156, n. 6. In ps. 70, enarr. 2, n. 3; De Genesi ad lit., l. X, c. 6, n. 10. [↑](#footnote-ref-38)
39. San Agustín, De civit. Dei, l. XII, c. 9. Santo Tomás, I, q. 62, a. 2. [↑](#footnote-ref-39)
40. LESSIUS, De div. Perf., l. 1, c. 1. [↑](#footnote-ref-40)
41. Serm. 15. De verbis Apostoli. [↑](#footnote-ref-41)
42. Proverbios, VIII, 2. [↑](#footnote-ref-42)
43. Salmo, CXLIV, 9. [↑](#footnote-ref-43)
44. Salmo VIII, 7-9. [↑](#footnote-ref-44)
45. Salmo VIII, 5. [↑](#footnote-ref-45)
46. Gerson, Serm. de circumc. [↑](#footnote-ref-46)
47. In loannem, tr. 72, 3. [↑](#footnote-ref-47)
48. Juan, XIV, 12. [↑](#footnote-ref-48)
49. Hechos, V, 15-16. [↑](#footnote-ref-49)
50. Serm. 21, c. 3. [↑](#footnote-ref-50)
51. Serm. 169 (15 De verbis Apostoli), c. II, n. 13. [↑](#footnote-ref-51)
52. Tom. IV, hom. 4, Antiq. ad. [↑](#footnote-ref-52)
53. Hechos, V, 41. [↑](#footnote-ref-53)
54. Romanos, VI, 23. [↑](#footnote-ref-54)
55. Séneca, Vita beata, 21. [↑](#footnote-ref-55)
56. In Ioannem, I, 14. [↑](#footnote-ref-56)
57. Daniel, IV, 30. [↑](#footnote-ref-57)
58. Daniel, IV, 19. [↑](#footnote-ref-58)
59. Séneca, Quaest. nat. praef. [↑](#footnote-ref-59)
60. Luciano, Icaromenippus, 46, 12. [↑](#footnote-ref-60)
61. I Corintios, XV, 50; II Corintios, V, 17; Gálatas, I, 15; Colosences, III, 2. [↑](#footnote-ref-61)
62. Scheeben agrega la nota siguiente: “Los capítulos que van a continuación tratan de la divinización del alma por la participación de la naturaleza divina. Lo que afirmamos parecerá tal vez a más de un piadoso lector exagerado, extraño o peligroso. Estamos ante un misterio que no puede pasarse por alto, sino que debe considerarse con fe y respeto.” Las opiniones de los teólogos sobre esta materia podrán verse en Ripalda, De ente supernaturali, I. VI, disp. 132; sect. 8 et 9. [↑](#footnote-ref-62)
63. II Pedro, I, 4. [↑](#footnote-ref-63)
64. Dionisio el Areopagita, Epistola 2 ad Caium. [↑](#footnote-ref-64)
65. Íd. Eccles. hier., c. 2, § 1. [↑](#footnote-ref-65)
66. Div. capita ad theol. spect., I, 76. [↑](#footnote-ref-66)
67. S. Th., I, II, q. 110, a. 3, 4; q. 114, a. 3; III, q. 3, a. 4 ad 3. [↑](#footnote-ref-67)
68. Juan, X, 34 (Salmo LXXXI, 6). [↑](#footnote-ref-68)
69. De Trin., l. 4. [↑](#footnote-ref-69)
70. S. Th., I, 11, q. 110, a. 2 ad 2. [↑](#footnote-ref-70)
71. Lib. ad Serap. de Spir. S. [↑](#footnote-ref-71)
72. Sustancia fina y aromática empleada en Oriente. [↑](#footnote-ref-72)
73. Véase a este respecto San Agustín, De Trinitate, I. VI, c. 10 y 12; I. XI. c. 1 y siguientes; I. XII, c. 7 y 9; I. XIV, c. 8, 11, etc. San Bernardo, De gratia el libero arbitrio, c. 9, n. 288 y ss.; c. 10, n. 32 ss. Santo Tomás, S. th., I, q. 45, a. 7; q. 93, a. 1-9. [↑](#footnote-ref-73)
74. Romanos, 1, 20. [↑](#footnote-ref-74)
75. Fenómeno meteorológico, que consiste en la aparición de manchas de luz en los puntos de intersección de un halo circular con otros arcos luminosos. (Enciclopedia Universal Herder) [↑](#footnote-ref-75)
76. Eccles. hier., c. 1, § 2. [↑](#footnote-ref-76)
77. De Spiritu Sancto, c. 9, n. 23. [↑](#footnote-ref-77)
78. Éxodo, III, 14. [↑](#footnote-ref-78)
79. Isaías XL, 15. [↑](#footnote-ref-79)
80. Efesios, II, 10; Hebreos, XII, 28. [↑](#footnote-ref-80)
81. Hebreos, I, 2. [↑](#footnote-ref-81)
82. Sabiduría, V, 16-17. [↑](#footnote-ref-82)
83. Íbid. V, 8-13. [↑](#footnote-ref-83)
84. Isaías, XIV, 14; véase Génesis, III, 5. [↑](#footnote-ref-84)
85. Isaías, XIV, 14, [↑](#footnote-ref-85)
86. Mateo, V, 48. [↑](#footnote-ref-86)
87. Lucas, XVII, 21. [↑](#footnote-ref-87)
88. I Epístola, III, 2. [↑](#footnote-ref-88)
89. I Epístola, I, 4-5. [↑](#footnote-ref-89)
90. Job, XXXVI, 25. [↑](#footnote-ref-90)
91. I Timoteo, VI, 16. [↑](#footnote-ref-91)
92. Juan, I, 18. [↑](#footnote-ref-92)
93. I Corintios, II, 11. [↑](#footnote-ref-93)
94. II Corintios, III, 18. [↑](#footnote-ref-94)
95. I Epístola, III,2. [↑](#footnote-ref-95)
96. Juan, XVII, 5 y 22. [↑](#footnote-ref-96)
97. I Corintios, XIII, 12. [↑](#footnote-ref-97)
98. Dionisio el Areopagita. [↑](#footnote-ref-98)
99. I Epístola, II, 9. [↑](#footnote-ref-99)
100. Éxodo, XXXIII, 20. [↑](#footnote-ref-100)
101. Proverbios, XXV, 27. [↑](#footnote-ref-101)
102. Contra haereses, l. IV, c. 20, al. 37. Cf. Luc., XVIII, 27. [↑](#footnote-ref-102)
103. Salmo, XXXV, 10. [↑](#footnote-ref-103)
104. Salmo XXVI, 8. [↑](#footnote-ref-104)
105. San Agustín, Sermón 127, n. 11, 13; 170, n. 9. San Gregorio El Grande, Moral., l. XX, n. 73; l. XXXI, n. 99. San Bernardo, In Solemn. Omn. Sanct., Serm. 4, n. 3. Santo Tomás, I, II, q. 3, a. 8; q. 5, a. 6.

La participación de la naturaleza divina, así como de sus prerrogativas insignes, su perfección, su conocimiento, su dicha y su santidad (véase el siguiente capítulo), aun cuando es ya aquí por la gracia la dote de nuestras almas, queda velada a nuestros ojos. La conoceremos y gozaremos perfectamente sólo el día en que, desembarazados de nuestras propias imperfecciones y pasado el período de prueba que debemos experimentar en la tierra, veamos a Dios tal cual es. Pero la esencia de la gracia y de la gloria es la misma: una participación sobrenatural de la naturaleza divina. [↑](#footnote-ref-105)
106. Salmo XXVI, 8. [↑](#footnote-ref-106)
107. I Corintios, XIII, 12. [↑](#footnote-ref-107)
108. Juan XVI, 24. [↑](#footnote-ref-108)
109. Proslog., c. 26. [↑](#footnote-ref-109)
110. Isaías, c. 6. [↑](#footnote-ref-110)
111. Apocalipsis, c. 4. [↑](#footnote-ref-111)
112. Según el texto hebreo: In splendoribus sanctitatum (Salmo CIX, 3). [↑](#footnote-ref-112)
113. Santo Tomás, II, II, q. 81, a. 8. [↑](#footnote-ref-113)
114. Adv. Eunomium, I. III, n. 2. [↑](#footnote-ref-114)
115. Santo Tomás, I, II, q. 113, a. 1 ad 1. [↑](#footnote-ref-115)
116. De Spir. S., I. I, c. 7. [↑](#footnote-ref-116)
117. II Corintios, 1, 1; Efesios, 1, 1; Colos., 1, 2; etc. [↑](#footnote-ref-117)
118. Tito, III, 5. [↑](#footnote-ref-118)
119. II Corintios, III, 18; véase Colos., III, 9-10. [↑](#footnote-ref-119)
120. In Ioannem, XVII, 24, 25 (I. XI, c. 12). [↑](#footnote-ref-120)
121. In Ioannem, I, 14 (l. I, c.9). [↑](#footnote-ref-121)
122. II Corintios V, 4. [↑](#footnote-ref-122)
123. Santo Tomás, I, II, q. 110, a. 1 y 2. [↑](#footnote-ref-123)
124. Juan, 1ª Epístola, III, 9. [↑](#footnote-ref-124)
125. Romanos, IX, 24. [↑](#footnote-ref-125)
126. Juan XV, 1ss. [↑](#footnote-ref-126)
127. Romanos, VII, 15; II Corintios, IV, 16. [↑](#footnote-ref-127)
128. Tract. in epist. loann., II, 14; cf. Sermo 121, 1; 96, 1. [↑](#footnote-ref-128)
129. Juan, X, 34; Salmo LXXXI, 6. [↑](#footnote-ref-129)
130. Concilio de Trento, ses. 5, c. 5 (decretum super peccato originali). [↑](#footnote-ref-130)
131. Génesis, III, 19. [↑](#footnote-ref-131)
132. II Corintios, XII, 7. [↑](#footnote-ref-132)
133. II Corintios, XII, 9-10. [↑](#footnote-ref-133)
134. Santo Tomás, II, II, q. 24, a. 7. [↑](#footnote-ref-134)
135. Filipenses, III, 13. [↑](#footnote-ref-135)
136. Filipenses, III, 12 ss. [↑](#footnote-ref-136)
137. Génesis, XIX, 26. [↑](#footnote-ref-137)
138. Sentent. 1, II, c. 41. [↑](#footnote-ref-138)
139. Santo Tomás, I, q. 25, a. 6 ad 4. [↑](#footnote-ref-139)
140. Sermón 67. [↑](#footnote-ref-140)
141. Sermón 72. [↑](#footnote-ref-141)
142. Append. Serm. 128, I; cf. Sermo 166, 4; etc. Cf. Petau, De Incarnatione Verbi, I. II, c. 8. [↑](#footnote-ref-142)
143. San Ireneo, San Atanasio, San Cirilo de Alejandría, San León, San Pedro Crisólogo, etc. Cf. Petau, ibíd. Véase el capítulo V. [↑](#footnote-ref-143)
144. Gálatas, IV, 4. [↑](#footnote-ref-144)
145. De Fide lid Petrum, c. 2, nn. 14-15. [↑](#footnote-ref-145)
146. Santo Tomás, III, q. 7, a. 1. [↑](#footnote-ref-146)
147. Cf. Romanos, XII, 5; I Corintios, XII, 12. [↑](#footnote-ref-147)
148. 1 Corintios, XV, 22. Cf. Santo Tomás, III, q. 8, aa. 1-3. Thomassin, Théolog. dogm. de l'Incarn. Scheeben, Mysterien des Christentums, sobre todo el § 57: Primer significado de la primacía del Hombre-Dios para el género humano. Comunicación de la dignidad divina. Comienzo y coronamiento de la filiación divina. [↑](#footnote-ref-148)
149. Sermón 21, De la Navidad del Señor, c. 3. [↑](#footnote-ref-149)
150. Hebreos, II, 16. [↑](#footnote-ref-150)
151. Lib. IV, De Incarnat., c. 14. [↑](#footnote-ref-151)
152. Hom. 3 In Ephes., I, 21. [↑](#footnote-ref-152)
153. Cf. Scheeben, Mysterien des Christentums, c. VII: El misterio de la Iglesia y sus sacramentos. Principalmente el § 84: Naturaleza mística y significación del carácter sacramental. [↑](#footnote-ref-153)
154. Or. 40, In s. lumina. [↑](#footnote-ref-154)
155. Or. I In 40 mart. [↑](#footnote-ref-155)
156. Cf. Scheeben, Dogmatik, I, V. c. 5. [↑](#footnote-ref-156)
157. Apocalipsis, XII, 1. [↑](#footnote-ref-157)
158. Lucas I, 28. [↑](#footnote-ref-158)
159. Santo Tomás, III, q. 27, a. 5. [↑](#footnote-ref-159)
160. Mateo XII, 47-50. [↑](#footnote-ref-160)
161. Lucas XI, 27-28. [↑](#footnote-ref-161)
162. De Sancta Virginitate, 3. [↑](#footnote-ref-162)
163. Cf. Filipenses IV, 3. Apocalipsis, III, 5. [↑](#footnote-ref-163)
164. Lucas, I 46-47. [↑](#footnote-ref-164)
165. Cf. Scheeben, Dogmatik, 1. V, § 282. [↑](#footnote-ref-165)
166. Santo Tomás, III, q. 48, a. 2 ad 3. [↑](#footnote-ref-166)
167. Clemente, VI, Bula Unigenitus. [↑](#footnote-ref-167)
168. Santo Tomás, III, q. 46, a. 6. [↑](#footnote-ref-168)
169. Segundo libro de los Reyes, XXIII, 14-17. [↑](#footnote-ref-169)
170. Hom. 2, De Pasch. [↑](#footnote-ref-170)
171. Hom. 2, De Symb. [↑](#footnote-ref-171)
172. I Corintios VI, 30. [↑](#footnote-ref-172)
173. Santo Tomás, I, q. 38, a. 1; q. 43, a. 3.

Toda la tradición ve en el Espíritu Santo el don por excelencia hecho por Dios al hombre (“Qui diceris Paraclitus, Altissimi donum Dei, fons vivus, ignis, caritas et spiritalis unctio”). Scheeben concluye de ahí, como también de los textos escriturísticos, una presencia o una actividad especial del Espíritu Santo en el alma, presencia que no excluye en modo alguno la de las otras personas divinas, como se demostrará en el capítulo siguiente. [↑](#footnote-ref-173)
174. II Corintios III, 18. [↑](#footnote-ref-174)
175. Romanos, V, 5. [↑](#footnote-ref-175)
176. Santo Tomás, I, q. 43, a. 3. [↑](#footnote-ref-176)
177. Santo Tomás, I, II, q. 4, a. 3. [↑](#footnote-ref-177)
178. Véanse los capítulos VI y XII de este libro. [↑](#footnote-ref-178)
179. Santo Tomás, I, q. 8. [↑](#footnote-ref-179)
180. Sabiduría, I, 7. [↑](#footnote-ref-180)
181. Suárez, De Trinit., l. XII, p. 5; asimismo otros teólogos (Los Salmanticenses, II, tr. 6, d. 19, n. 77). [↑](#footnote-ref-181)
182. Juan, XIV, 16. [↑](#footnote-ref-182)
183. I Pedro, IV, 14. [↑](#footnote-ref-183)
184. Efesios, I, 14. [↑](#footnote-ref-184)
185. Job, XXII, 17. [↑](#footnote-ref-185)
186. I Corintios, VI, 19. [↑](#footnote-ref-186)
187. II Corintios, VI, 16. [↑](#footnote-ref-187)
188. I Corintios, III, 17. [↑](#footnote-ref-188)
189. Según el libro de los Macabeos, c. 9. [↑](#footnote-ref-189)
190. Felipe Gammaché (teólogo escolástico de la Sorbona, † 1625). In I, II, q. 113, c. 13. [↑](#footnote-ref-190)
191. I Tesalon., IV, 3-8. [↑](#footnote-ref-191)
192. I Corintios, VI, 15. [↑](#footnote-ref-192)
193. Romanos, VI, 12-13. [↑](#footnote-ref-193)
194. Scheeben desarrolla con profundidad su concepto de la misión de las personas divinas en la gracia santificante en los §§ 28-30 de su obra Mysterien des Christentums, como también en el libro II de su Dogmatik. [↑](#footnote-ref-194)
195. Gálatas, V, 16; Romanos, VIII. Cf. cap. 12. [↑](#footnote-ref-195)
196. De Trinit., I, XV, c. 26. Esto evidentemente queda como una opinión de San Agustín. [↑](#footnote-ref-196)
197. Juan XX, 22. [↑](#footnote-ref-197)
198. Hechos, II, 4. [↑](#footnote-ref-198)
199. Sabiduría, XII, 18: cum magna reverentia disponis nos (texto griego: tú nos gobiernas con gran indulgencia). [↑](#footnote-ref-199)
200. I Epístola, IV, 20. [↑](#footnote-ref-200)
201. I Epístola, IV, 13. [↑](#footnote-ref-201)
202. Juan XIV, 23, [↑](#footnote-ref-202)
203. In Levit. hom. 4,4. [↑](#footnote-ref-203)
204. Iª Epístola, I, 3-4. [↑](#footnote-ref-204)
205. Mateo, VI, 9. [↑](#footnote-ref-205)
206. San Agustín, Sermo Domini in monte, I. II, c. 6, n. 20-24; Sermo 56, c. 5, n. 8; De dono persever., c. 3, n. 6. [↑](#footnote-ref-206)
207. Génesis, c. XVIII. [↑](#footnote-ref-207)
208. In Hetr., hom. 27, 4. [↑](#footnote-ref-208)
209. Job, VII, 17, Salmo, VIII, 5. [↑](#footnote-ref-209)
210. Comment. in I Ioan., I, 9. [↑](#footnote-ref-210)
211. Salmo LXXII, 28. [↑](#footnote-ref-211)
212. Proverbios, VIII, 31. [↑](#footnote-ref-212)
213. Salmo, XLVIII, 21. [↑](#footnote-ref-213)
214. Tract. 76, In Ioan. [↑](#footnote-ref-214)
215. Santo Tomás, I q. 45, a. 3. [↑](#footnote-ref-215)
216. Génesis, I, 2. [↑](#footnote-ref-216)
217. Cuarto libro de los Reyes, IV, 34. [↑](#footnote-ref-217)
218. Juan, IV, 14. [↑](#footnote-ref-218)
219. Romanos, VI, 23. [↑](#footnote-ref-219)
220. II Corintios, IV, 16. [↑](#footnote-ref-220)
221. Romanos, VIII, 11. [↑](#footnote-ref-221)
222. Romanos, VIII, 13. [↑](#footnote-ref-222)
223. Juan, XII, 25. [↑](#footnote-ref-223)
224. Mateo, XVI, 26. [↑](#footnote-ref-224)
225. Corruptio optimi pessima. [↑](#footnote-ref-225)
226. Summa Theol., p. 4, tit. 14, c. 6 y I, 3. [↑](#footnote-ref-226)
227. In Ps. XXXIII, n. 5. [↑](#footnote-ref-227)
228. Romanos, VIII, 14. [↑](#footnote-ref-228)
229. Gálatas, IV, 4. [↑](#footnote-ref-229)
230. Efesios, I, 5-6. [↑](#footnote-ref-230)
231. I Epístola, III, 1. [↑](#footnote-ref-231)
232. Mateo, VI, 9. [↑](#footnote-ref-232)
233. I Corintios, II, 9. [↑](#footnote-ref-233)
234. Sermón 72. Lo que sigue está tomado del sermón 68. [↑](#footnote-ref-234)
235. San Pedro Crisólogo cita la oración de Habacuc de una antigua traducción latina del texto griego de los Setenta (Hab., c. 3). [↑](#footnote-ref-235)
236. Gálatas, IV, 6. [↑](#footnote-ref-236)
237. Salmo LXXX, 11. [↑](#footnote-ref-237)
238. Hebreos, I, 2. [↑](#footnote-ref-238)
239. Cf. Juan, XVII, 23-26; Efesios, I, 3-14. [↑](#footnote-ref-239)
240. Juan, I, 12. [↑](#footnote-ref-240)
241. Romanos, VIII, 29. [↑](#footnote-ref-241)
242. Juan XX, 17. [↑](#footnote-ref-242)
243. Mateo, VI, 9. [↑](#footnote-ref-243)
244. Juan XVII, 21 ss. [↑](#footnote-ref-244)
245. Cf. Salmo CIX, 3. [↑](#footnote-ref-245)
246. Eadmero, Similit. ex S. Anselmo, c. 66. [↑](#footnote-ref-246)
247. “Abrahán, no temas, yo seré tu protector y tu grandísima recompensa”. (Génesis, XV, 1). [↑](#footnote-ref-247)
248. Job, VII, 17. [↑](#footnote-ref-248)
249. Sermón 70. [↑](#footnote-ref-249)
250. Juan, I Epístola, III, 1. [↑](#footnote-ref-250)
251. Romanos, VIII, 29. [↑](#footnote-ref-251)
252. Tito III, 5. [↑](#footnote-ref-252)
253. Juan, III, 4-6. [↑](#footnote-ref-253)
254. Epístola I, 17-18. [↑](#footnote-ref-254)
255. I Epístola, I, 23. [↑](#footnote-ref-255)
256. I Epístola, III, 9. [↑](#footnote-ref-256)
257. Or. 2, c. Arianos, n. 57. [↑](#footnote-ref-257)
258. I Epístola, I, 3-4. [↑](#footnote-ref-258)
259. De beatitudine, or. 7. [↑](#footnote-ref-259)
260. Sermo 26; De Nativ. Dom., 6, c. 4 y 3. [↑](#footnote-ref-260)
261. Mateo, V, 16. [↑](#footnote-ref-261)
262. Isaías, I, 2. [↑](#footnote-ref-262)
263. Mateo, VI, 9. [↑](#footnote-ref-263)
264. Romanos, II, 24. [↑](#footnote-ref-264)
265. Comentarios sobre la Oración Dominical, sermones 67, 71, 72. [↑](#footnote-ref-265)
266. Mateo, V, 48. [↑](#footnote-ref-266)
267. Este filósofo es Varrón. Cf. San Agustín, De Civit. Dei, I. III, c. 4. [↑](#footnote-ref-267)
268. Romanos, VIII, 31, 35, 37. [↑](#footnote-ref-268)
269. Romanos, VIII, 38-39. [↑](#footnote-ref-269)
270. De spectac., c. 9. [↑](#footnote-ref-270)
271. Col., III, 1-2. [↑](#footnote-ref-271)
272. Filipenses, III, 20. [↑](#footnote-ref-272)
273. Romanos, VIII, 14. [↑](#footnote-ref-273)
274. I Epístola, III, 24. [↑](#footnote-ref-274)
275. Efes. II, 4-5. [↑](#footnote-ref-275)
276. Sermo 21 (De nativitate Dom., I), c. 3. [↑](#footnote-ref-276)
277. Juan VI, 51. [↑](#footnote-ref-277)
278. Sermón 67. [↑](#footnote-ref-278)
279. Isaías, LX, 15, 16. [↑](#footnote-ref-279)
280. Zacarías, IX, 17. [↑](#footnote-ref-280)
281. Hom., 60 ad populum Antioch. [↑](#footnote-ref-281)
282. Salmo VIII, 3. [↑](#footnote-ref-282)
283. Opúsc. 63 (Parm. 56). De beatit., c. 2, 3º. [↑](#footnote-ref-283)
284. II Corintios, IV, 16-17. [↑](#footnote-ref-284)
285. I Pedro, II, 2. [↑](#footnote-ref-285)
286. In Ps. 30, enarr. 2. n. 9; cf. in Ps. 119, 120, n. 12, 130, n. 9. [↑](#footnote-ref-286)
287. Juan, VI, 17. [↑](#footnote-ref-287)
288. Luc., XXII, 29-30. [↑](#footnote-ref-288)
289. Oseas, II, 14. [↑](#footnote-ref-289)
290. Isaías, LXVI, 10-12. [↑](#footnote-ref-290)
291. Tratado del amor de Dios, libro III, c. II. [↑](#footnote-ref-291)
292. Mateo, VI, 11. [↑](#footnote-ref-292)
293. Santo Tomás, II, II, q. 23. [↑](#footnote-ref-293)
294. Juan, XV, 15. [↑](#footnote-ref-294)
295. Comment. in Ioann., lib. X (c. XV, 14). [↑](#footnote-ref-295)
296. II Corintios, III, 17. [↑](#footnote-ref-296)
297. In Evang., I, II, hom. 26, n. 4. [↑](#footnote-ref-297)
298. Aristóteles, Magna moralia, 2, 11, 6. [↑](#footnote-ref-298)
299. Salmo, CXXXVIII, 17. [↑](#footnote-ref-299)
300. Libro VIII, c. 6, 15. [↑](#footnote-ref-300)
301. Salustio, Catil., 20. [↑](#footnote-ref-301)
302. Eclesiástico, XXV, 12. [↑](#footnote-ref-302)
303. Ibíd., VI, 14-16. [↑](#footnote-ref-303)
304. Sabiduría, VIII, 16. [↑](#footnote-ref-304)
305. Imitación, libro II, caps. 8, 2 Y 3. [↑](#footnote-ref-305)
306. El odio entre parientes es el más terrible, decía ya Tácito (Hist. 4, 70). [↑](#footnote-ref-306)
307. Effundens iram secumdum misericordiam (Eclesiástico, XVI, 12-13). [↑](#footnote-ref-307)
308. Santo Tomás, I, q. 20, a. 2. [↑](#footnote-ref-308)
309. Job, VII, 17. [↑](#footnote-ref-309)
310. Mateo, VI, 21. [↑](#footnote-ref-310)
311. In dedicat. Ecclesiae, Sermo 5, n. 3, 4. [↑](#footnote-ref-311)
312. De gradibus charitatis, c. 1-4. [↑](#footnote-ref-312)
313. Or. In Genesi, 4, 1. [↑](#footnote-ref-313)
314. Cantar de los Cant., VI, 3-4. [↑](#footnote-ref-314)
315. Conf., IV, 6, 11. [↑](#footnote-ref-315)
316. Isaías, XLIX, 15. [↑](#footnote-ref-316)
317. Salmo, XXVI, 10 [↑](#footnote-ref-317)
318. Proverbios, VIII, 31. [↑](#footnote-ref-318)
319. De Trinit., I, 15, c. 8, n. 14. [↑](#footnote-ref-319)
320. Contra Anthropom., c. 5. [↑](#footnote-ref-320)
321. Isaías, XLIX, 16, según una tradición antigua. [↑](#footnote-ref-321)
322. Hexaëm., lib. 6, c. 7, n. 42. [↑](#footnote-ref-322)
323. Cantar de los Cantares, VIII, 5. [↑](#footnote-ref-323)
324. Cantar de los Cantares, IV, 1. Véase el comentario de San Bernardo sobre el Cantar de los Cantares. [↑](#footnote-ref-324)
325. Salmo, XLIV, 14. [↑](#footnote-ref-325)
326. Véase Isaías, XIV, 12-19. [↑](#footnote-ref-326)
327. Cantar de los Cantares, IV, 9. [↑](#footnote-ref-327)
328. Ibíd., VII, 1. [↑](#footnote-ref-328)
329. Salmo XLIV, 3. [↑](#footnote-ref-329)
330. Génesis, II, 24; Efesios, V, 31. [↑](#footnote-ref-330)
331. Efesios, V, 32. [↑](#footnote-ref-331)
332. I Corintios, VI, 16-17. [↑](#footnote-ref-332)
333. In Cant. Serm. 7, n. 2. [↑](#footnote-ref-333)
334. Cantar de los Cant., 1, 2. [↑](#footnote-ref-334)
335. Cf. Salmo, XLIV, 10. [↑](#footnote-ref-335)
336. Cantar de los Cant., II, 16. [↑](#footnote-ref-336)
337. Ibíd., VII, 10. [↑](#footnote-ref-337)
338. Efesios, V, 27. [↑](#footnote-ref-338)
339. San Agustín, In Ioann., tr. 8, n.4. [↑](#footnote-ref-339)
340. Suppl., q. 49, a. 2. [↑](#footnote-ref-340)
341. De Genesi ad lit., IX, 7, 12; De nuptiis et concupiscentia, I, 17, 19. [↑](#footnote-ref-341)
342. Mateo, XIX, 6. [↑](#footnote-ref-342)
343. Oseas, II, 20. [↑](#footnote-ref-343)
344. Efesios, V, 25. [↑](#footnote-ref-344)
345. Éxodo, XX, 5. [↑](#footnote-ref-345)
346. Jeremías, XXXI, 3. [↑](#footnote-ref-346)
347. Isaías, LVIII, 8-11. [↑](#footnote-ref-347)
348. Cantar de los Cantares, II, 4. [↑](#footnote-ref-348)
349. Salmo, XLIV, 11-12. [↑](#footnote-ref-349)
350. Oficio de Santa Inés, 21 de enero. [↑](#footnote-ref-350)
351. Luc., XV, 31; Juan, XVII, 10. [↑](#footnote-ref-351)
352. Romanos, VIII, 32. [↑](#footnote-ref-352)
353. Romanos, VIII, 17. [↑](#footnote-ref-353)
354. Cf. Efesios, l, 21-22; Col., l, 15-17; Hebr., l, 2-4. [↑](#footnote-ref-354)
355. Apocalipsis, III, 21. [↑](#footnote-ref-355)
356. Ibíd., II, 17. [↑](#footnote-ref-356)
357. Gálatas, IV, 1. [↑](#footnote-ref-357)
358. Romanos, VIII, 21. [↑](#footnote-ref-358)
359. Romanos, VIII, 28. [↑](#footnote-ref-359)
360. 1 Corintios, VI, 17. [↑](#footnote-ref-360)
361. Juan, XVII, 22-23. [↑](#footnote-ref-361)
362. Juan, XVII, 20-21. [↑](#footnote-ref-362)
363. In Evangel. Joan., 1. XI, c. II, 12. [↑](#footnote-ref-363)
364. In I Corintios, hom. 24, 2. [↑](#footnote-ref-364)
365. I Corintios, X, 17. [↑](#footnote-ref-365)
366. Efesios, III, 6. [↑](#footnote-ref-366)
367. I Corintios VI, 15. [↑](#footnote-ref-367)
368. Juan, VI, 57. [↑](#footnote-ref-368)
369. In Evangel. Ioann., I. X, C. II. [↑](#footnote-ref-369)
370. Efesios, IV, 2 ss. [↑](#footnote-ref-370)
371. In Evangel. Ioan., 1. XI, c. n, 12. [↑](#footnote-ref-371)
372. Juan, XV, 5. [↑](#footnote-ref-372)
373. I Corintios, XV, 28. [↑](#footnote-ref-373)
374. I Corintios, XII, 25-26. [↑](#footnote-ref-374)
375. Gálatas II, 20. [↑](#footnote-ref-375)
376. Efesios, IV, 4. [↑](#footnote-ref-376)
377. Romanos, XII, 5. [↑](#footnote-ref-377)
378. Gálatas, III, 28. [↑](#footnote-ref-378)
379. Efesios, IV, 3. [↑](#footnote-ref-379)
380. I Corintios, XV, 28. [↑](#footnote-ref-380)
381. Juan, XVI, 24. [↑](#footnote-ref-381)
382. Proslog., c. 25, 26. [↑](#footnote-ref-382)
383. I Epístola, I, 5. [↑](#footnote-ref-383)
384. II Corintios, III, 18. [↑](#footnote-ref-384)
385. Epístola, I, 17. [↑](#footnote-ref-385)
386. Luc., XVI, 8; Juan, XII, 36; Efesios, V, 9; I Tesalon., V, 5. [↑](#footnote-ref-386)
387. Efesios, V, 8. [↑](#footnote-ref-387)
388. I Epístola, n, 9. [↑](#footnote-ref-388)
389. Pars II, c. 2, q. 49. [↑](#footnote-ref-389)
390. Así por ejemplo San Justino (Apol. I, 61), San Clemente de Alejandría, Dionisio el Areopagita, San Juan Damasceno. De ahí también tantas catequesis o alocuciones ‘ad illuminandos’. [↑](#footnote-ref-390)
391. Génesis, I, 4. [↑](#footnote-ref-391)
392. De Civit. Dei, I. XI, c. II. [↑](#footnote-ref-392)
393. Daniel, XII, 3. [↑](#footnote-ref-393)
394. II Corintios, IV, 6. [↑](#footnote-ref-394)
395. Tobías, V, 12. [↑](#footnote-ref-395)
396. Mateo, V, 8. [↑](#footnote-ref-396)
397. I Tesalonic., V, 19. [↑](#footnote-ref-397)
398. Efesios, V, 8. [↑](#footnote-ref-398)
399. In I Thess., Hom., 11, n. 1. [↑](#footnote-ref-399)
400. Santo Tomás, I, II, q. 113, a. 6. [↑](#footnote-ref-400)
401. Cantar de los Cantares, I, 8; VI, 3, 9. [↑](#footnote-ref-401)
402. Salmo XCIII, 8. [↑](#footnote-ref-402)
403. Romanos, 8, 1. [↑](#footnote-ref-403)
404. Ses., V, c. v. [↑](#footnote-ref-404)
405. Isaías, I, 18. [↑](#footnote-ref-405)
406. Miqueas, VII, 19. [↑](#footnote-ref-406)
407. Génesis, I, 3. [↑](#footnote-ref-407)
408. Segundo libro de los Reyes, XII, 13. [↑](#footnote-ref-408)
409. Santo Tomás, I, II, q. 63, a. 3. [↑](#footnote-ref-409)
410. Santo Tomás, I, II, q. 62, a. 1, 2 y 3. [↑](#footnote-ref-410)
411. Romanos, XI, 24. [↑](#footnote-ref-411)
412. I Corintios, XIII, 12. [↑](#footnote-ref-412)
413. Sermo 43 de Quadrag., 5, c. 2. [↑](#footnote-ref-413)
414. Juan, VI, 44. [↑](#footnote-ref-414)
415. Santo Tomás, II, II, q. 6, a. 1. [↑](#footnote-ref-415)
416. Efesios, IV, 14. [↑](#footnote-ref-416)
417. Concilio Vaticano. Constit. de fide, c. 3 y 4. [↑](#footnote-ref-417)
418. Efesios, I 18. [↑](#footnote-ref-418)
419. I Corintios, XV, 28. [↑](#footnote-ref-419)
420. I Epístola, II, 9. [↑](#footnote-ref-420)
421. Hebreos, XI, 1. [↑](#footnote-ref-421)
422. De error Abelardi, c. 4, n. 9. [↑](#footnote-ref-422)
423. In Ps. 135, enarr. n 8; Confess., I. XIII, c. 18, n. 23. [↑](#footnote-ref-423)
424. I Corintios, II, 2. [↑](#footnote-ref-424)
425. I, II, q. 25, a.3. [↑](#footnote-ref-425)
426. Efesios, III, 19-20. [↑](#footnote-ref-426)
427. Romanos, VIII, 31-32. [↑](#footnote-ref-427)
428. Ibíd., VIII, 35-39. [↑](#footnote-ref-428)
429. Salmo XIX, 8. [↑](#footnote-ref-429)
430. Efesios, I, 17-18. [↑](#footnote-ref-430)
431. Romanos, VIII, 23. [↑](#footnote-ref-431)
432. Ibíd., V, 2. [↑](#footnote-ref-432)
433. Ibíd., V, 3-5. [↑](#footnote-ref-433)
434. I Corintios, XIII, 13. [↑](#footnote-ref-434)
435. Santiago, II, 17: “Otro tanto pasa con la fe; si no le acompañan las obras, es señal de que está muerta.” Cf. Santo Tomás, II, II, q. 6, a. 2; q. 23. Concilio de Trento, Ses. VI, cap. 15; can. 28. [↑](#footnote-ref-435)
436. Santo Tomás, I, II, q. 65, a. 4 y 5; q. 110, a. 3. [↑](#footnote-ref-436)
437. De Trinit., I. XV, c. 18, n. 32; c. 19, n. 37. [↑](#footnote-ref-437)
438. Santo Tomás, II, II, q. 23, a. 2. [↑](#footnote-ref-438)
439. Romanos, V, 5. [↑](#footnote-ref-439)
440. Sermo 156, n. 5; epist. 186, n. 7. [↑](#footnote-ref-440)
441. Imitación, libro III, cap. 5. [↑](#footnote-ref-441)
442. Efesios, III, 18-19. [↑](#footnote-ref-442)
443. In Cant., hom. 83, 3. [↑](#footnote-ref-443)
444. II Corintios, III, 18. [↑](#footnote-ref-444)
445. Cf. I Epístola, IV, 20-21. [↑](#footnote-ref-445)
446. I Corintios, XIII, 1 ss. [↑](#footnote-ref-446)
447. Santo Tomás, II, II, q. 23. [↑](#footnote-ref-447)
448. Concilio de Trento, VI, c. 15. SANTO TOMÁS, II, II, q. 24, a. 11 y 12. [↑](#footnote-ref-448)
449. Bonif. contra duas epist. Pelag., I. 3, c. 3, n. 5; Sermo 115, n. 7; De Trinit., I. 15, c. 18, n. 32. [↑](#footnote-ref-449)
450. Sabiduría, VIII, 11. [↑](#footnote-ref-450)
451. Santo Tomás, I, II, q. 63, a. 4. [↑](#footnote-ref-451)
452. íd., II, II, q. 81, a. 6. [↑](#footnote-ref-452)
453. I Epístola, II, 9. [↑](#footnote-ref-453)
454. Efesios, II, 19. [↑](#footnote-ref-454)
455. Gálatas, V, 22-23. [↑](#footnote-ref-455)
456. Salmo XLIV, 10. [↑](#footnote-ref-456)
457. Ezequiel, XXVII, 12 ss. [↑](#footnote-ref-457)
458. Digitus paternae dexterae (Himno Veni Creator). [↑](#footnote-ref-458)
459. In Luc., I, II, n. 19. [↑](#footnote-ref-459)
460. Santo Tomás, I, II, q. 65, a. 2-5. [↑](#footnote-ref-460)
461. Lamentaciones, IV, 1-8. [↑](#footnote-ref-461)
462. Jueces, XVI. [↑](#footnote-ref-462)
463. Hechos, II, 2. [↑](#footnote-ref-463)
464. I, II, q. 68. [↑](#footnote-ref-464)
465. Santo Tomás, II, II, q. 45. [↑](#footnote-ref-465)
466. Santo Tomás, II, II, q. 8. [↑](#footnote-ref-466)
467. Romanos, VIII, 26. [↑](#footnote-ref-467)
468. Santo Tomás, II, II, q. 52. [↑](#footnote-ref-468)
469. II, II, q. 139. [↑](#footnote-ref-469)
470. II, II, q. 9. [↑](#footnote-ref-470)
471. II, II, q. 121. [↑](#footnote-ref-471)
472. Salmo CXVIII, 120. [↑](#footnote-ref-472)
473. II, II, q. 19. [↑](#footnote-ref-473)
474. Isaías, XI, 2. [↑](#footnote-ref-474)
475. Mateo, V, 1-12. Santo Tomás, I, II, q. 69. [↑](#footnote-ref-475)
476. De serm. Dom. in monte, 1. I, c. 4, n. 11 ss. Sermo 347, 3. [↑](#footnote-ref-476)
477. I, II, q. 69, a.2. [↑](#footnote-ref-477)
478. Gálatas, V, 22. [↑](#footnote-ref-478)
479. Santo Tomás, I, II, q. 70. [↑](#footnote-ref-479)
480. Eclesiástico, XXIV, 16 ss. [↑](#footnote-ref-480)
481. Salmo XXXIII, 9. [↑](#footnote-ref-481)
482. II Corintios, III, 18. [↑](#footnote-ref-482)
483. Scheeben agrega aquí una explicación de gracias actuales. Conviene saber que en alemán se emplea para designar estas gracias el vocablo ‘wirklich’, que literalmente, significa real. De aquí podría objetarse: ¿la gracia santificante no es acaso una gracia real? Sí, subraya Scheeben, es eminentemente real, primero en su ‘esencia’, después en sus ‘operaciones’. “En efecto, como una transfiguración continua del alma, posee en las facultades de ésta, como también en su sustancia, una ‘realidad’ mucho más sólida que las gracias actuales; y, en calidad de disposición propia y principio de acción y como fundamento vital, posee igualmente una ‘actividad’ mucho mayor que las gracias que se llaman ‘actuales’, que no pasan de ser chispas de vida y mociones transitorias. Sin embargo a éstas en particular se les llama actuales (o si se quiere reales), porque consisten en iluminaciones y afectos internos sensibles, en tanto que la gracia santificante en sí misma no es sensible y obra únicamente y se manifiesta mediante las primeras; además se les denomina así porque son la ocasión inmediata de la actividad sobrenatural y disposición del alma. Lo que ocasiona o dispone una actividad es lo que en ella es más visible, la causa; de ahí que sea actual y activo. Difícilmente se encontrará una expresión que no sea equívoca; el uso general suprime, por otra parte, casi del todo la anfibología”.

Véase Santo Tomás, I, II, q. 49, a. 3. [↑](#footnote-ref-483)
484. Hechos, XVII, 28. [↑](#footnote-ref-484)
485. Ses., VI, c. 16. [↑](#footnote-ref-485)
486. Deuteronomio, XXXII, 10-11. [↑](#footnote-ref-486)
487. Romanos, VIII, 31, 35. [↑](#footnote-ref-487)
488. Efesios, VI, 12. [↑](#footnote-ref-488)
489. Santo Tomás, I, II, q. 114, a. 3. [↑](#footnote-ref-489)
490. Juan, I, 16 (et de plenitudine eius nos omnes accepimus, et gratiam pro gratia). [↑](#footnote-ref-490)
491. San Agustín, In Ioann., tr. 3, 8-10. [↑](#footnote-ref-491)
492. Santo Tomás, III, q. 19, a. 4. [↑](#footnote-ref-492)
493. Romanos, VIII, 14. [↑](#footnote-ref-493)
494. Tratado del amor de Dios, libro II, c. 6. [↑](#footnote-ref-494)
495. Efesios, I, 13, 14. [↑](#footnote-ref-495)
496. I, II, q. 114, a. 3. [↑](#footnote-ref-496)
497. II Corintios, IV, 17. [↑](#footnote-ref-497)
498. Romanos, VIII, 18. [↑](#footnote-ref-498)
499. Santo Tomás, I, q. 95, a. 4. [↑](#footnote-ref-499)
500. Cantar de los Cantares, II, 13. [↑](#footnote-ref-500)
501. Apocalipsis, XXII, 11. [↑](#footnote-ref-501)
502. Salmo LXXXIII, 6. En el texto original el Salmista alaba a los que “sólo piensan en las santas ascensiones”, es decir, a los que tienen la dicha de subir a Jerusalén para ofrecer sus homenajes al Dios de Sión. [↑](#footnote-ref-502)
503. Efesios, IV, 15. [↑](#footnote-ref-503)
504. Mateo. XI, 12. [↑](#footnote-ref-504)
505. Lucas., XIX, 26. [↑](#footnote-ref-505)
506. Santo Tomás, III, q. 89, a. 4. [↑](#footnote-ref-506)
507. Santo Tomás, III, q. 89, a. 5. [↑](#footnote-ref-507)
508. Véase Pesch, Praelect. Dogm., VII, n. 332 ss. [↑](#footnote-ref-508)
509. Santo Tomás, III, q. 48. [↑](#footnote-ref-509)
510. In psalm. Poenitent., 3, n. 1. [↑](#footnote-ref-510)
511. III, q. 46, a. 6, ad 3. [↑](#footnote-ref-511)
512. Véase Migne, Cursus theol., XVIII, 346 sq. [↑](#footnote-ref-512)
513. Mateo, XIX, 29. [↑](#footnote-ref-513)
514. Santo Tomás, III, q. 89, a. 6. [↑](#footnote-ref-514)
515. Salmo CXVIII, 63. [↑](#footnote-ref-515)
516. Véase I Corintios, III, 22-23: “Pues todo es vuestro, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, la vida y la muerte, lo presente y lo futuro. Todo es vuestro, vosotros, empero, sois de Cristo; y Cristo es de Dios”. [↑](#footnote-ref-516)
517. Santo Tomás, III, q. 46, a. 1; q. 49, a. 1-5. [↑](#footnote-ref-517)
518. Santo Tomás, III, q. 19, a. 4. [↑](#footnote-ref-518)
519. I Corintios, XII, 12 ss. [↑](#footnote-ref-519)
520. Santo Tomás, II, II, q. 83, a. 11. [↑](#footnote-ref-520)
521. Mateo, XVIII, 20. [↑](#footnote-ref-521)
522. Isaías, I, 11 ss. [↑](#footnote-ref-522)
523. Salmo XLV, 9. [↑](#footnote-ref-523)
524. Juan, V, 17. [↑](#footnote-ref-524)
525. Coll., 12, 12. [↑](#footnote-ref-525)
526. In Cant., Sermo 85, n.5. [↑](#footnote-ref-526)
527. Filp., IV, 13. [↑](#footnote-ref-527)
528. Lucas, XXIV, 49. [↑](#footnote-ref-528)
529. Salmo XVII, 32, s. [↑](#footnote-ref-529)
530. Isaías, XL, 34. [↑](#footnote-ref-530)
531. Sermón 155, n. 2. [↑](#footnote-ref-531)
532. Génesis, IV, 7. [↑](#footnote-ref-532)
533. Confesiones, IX, 1. [↑](#footnote-ref-533)
534. Ad Donat., de gratia Dei, c. 4. [↑](#footnote-ref-534)
535. In I Lib. Reg., 1. 4, c. 5, n. 18. - Cf. 1° Libro de los Reyes, X, 6. [↑](#footnote-ref-535)
536. Salmo LXXVI, 11. [↑](#footnote-ref-536)
537. Salmo LXVII, 36 (literalmente: en su santuario). [↑](#footnote-ref-537)
538. Gálatas, V, 17. [↑](#footnote-ref-538)
539. Romanos, VII, 24-25. [↑](#footnote-ref-539)
540. Santo Tomás, I, II, q. 109, a. 2-4. [↑](#footnote-ref-540)
541. Filipenses, IV, 13. [↑](#footnote-ref-541)
542. II Corintios, XII, 9 ss. [↑](#footnote-ref-542)
543. II Corintios, XII, 9. “et dixit mihi: “Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur”. [↑](#footnote-ref-543)
544. Mateo, VI, 33. [↑](#footnote-ref-544)
545. I Corintios, III, 22. [↑](#footnote-ref-545)
546. Isaías, XLIX, 15. [↑](#footnote-ref-546)
547. Isaías, XLVI, 3, 4. [↑](#footnote-ref-547)
548. Zacarías, II, 8. [↑](#footnote-ref-548)
549. Salmo XXVI, 5. [↑](#footnote-ref-549)
550. Mateo, VI, 25-30. [↑](#footnote-ref-550)
551. I Epist., V, 7. [↑](#footnote-ref-551)
552. Véase Hebreos, XII, 7 ss. [↑](#footnote-ref-552)
553. Luc., XXIV, 28. [↑](#footnote-ref-553)
554. Romanos, VIII, 28. [↑](#footnote-ref-554)
555. Luc., XII, 33. [↑](#footnote-ref-555)
556. Hom., 23. [↑](#footnote-ref-556)
557. Isaías, LV, 2. [↑](#footnote-ref-557)
558. Apocalipsis, XII, 7. [↑](#footnote-ref-558)
559. Génesis, XXXII, 1-2. [↑](#footnote-ref-559)
560. “El criado del varón de Dios se levantó muy de mañana y salió, cuando he aquí que avista una tropa que cercaba la ciudad con sus caballos y carros. Y el criado dijo a Eliseo: ‘¡Ah, Señor!, ¿qué hacemos?’ Respondió: ‘Nada temas; puesto que los que con nosotros están son mucho más numerosos que los que están con ellos.’ Eliseo rogó, diciendo: ‘Yavéh, ábrele los ojos para que vea.’ Y Yavéh abrió los ojos del criado, y vio que toda la montaña estaba llena de caballos y de carros de fuego en torno de Eliseo” (IV libro de los Reyes, VI, 15-17). [↑](#footnote-ref-560)
561. Salmo XXXIII, 8 (según el texto hebreo). [↑](#footnote-ref-561)
562. Hebreos, I, 14. [↑](#footnote-ref-562)
563. Salmo XC, 11 ss. [↑](#footnote-ref-563)
564. Luc., VIII, 2. [↑](#footnote-ref-564)
565. Santo Tomás, I, II, q. 2. [↑](#footnote-ref-565)
566. Luc., VIII, 14. [↑](#footnote-ref-566)
567. Confesiones, I, 1. [↑](#footnote-ref-567)
568. Salmo IV, 3 (sentido literal: Yavéh ha puesto aparte, para sí mismo, un servidor piadoso). [↑](#footnote-ref-568)
569. Ecles. I, 1 y 14. [↑](#footnote-ref-569)
570. Santo Tomás, II, II, q. 17, a. 2. [↑](#footnote-ref-570)
571. Col., III, 15. [↑](#footnote-ref-571)
572. Salmo LII, 6. [↑](#footnote-ref-572)
573. Isaías, XXXVI, 6; Ezequiel, XXIX, 6. [↑](#footnote-ref-573)
574. Actualmente se explica de distinta manera esta aparente contradicción del sagrado texto como podrá verse en algún exégeta moderno. [↑](#footnote-ref-574)
575. Ester, II, 22 y VI, 3. [↑](#footnote-ref-575)
576. Jeremías, XVII, 5. [↑](#footnote-ref-576)
577. Juan, VIII, 12. [↑](#footnote-ref-577)
578. Efesios, V, 8. [↑](#footnote-ref-578)
579. Juan, VIII, 36. [↑](#footnote-ref-579)
580. Romanos, VIII, 21. [↑](#footnote-ref-580)
581. Mateo, V, 48. [↑](#footnote-ref-581)
582. S. Pedro, Segunda carta, III, 18. [↑](#footnote-ref-582)
583. Efesios, III, 18 s. [↑](#footnote-ref-583)
584. Epístola, I, 17. [↑](#footnote-ref-584)
585. Génesis, III, 5. [↑](#footnote-ref-585)
586. I Corintios., II, 15. [↑](#footnote-ref-586)
587. Santo Tomás, I, q. 62, a. 8 ad 3. [↑](#footnote-ref-587)
588. Filipenses., 1, 6. [↑](#footnote-ref-588)
589. Comp. Deuteronomio, XXXII, 11. [↑](#footnote-ref-589)
590. Lucas, XV, 7. [↑](#footnote-ref-590)
591. Isaías, LXI, 10. [↑](#footnote-ref-591)
592. Lucas, X, 20. [↑](#footnote-ref-592)
593. Lucas, XV, 6. [↑](#footnote-ref-593)
594. Serm. 2 in Vigil, Nativ. Dom., n. 6. [↑](#footnote-ref-594)
595. Génesis, XLII, 4. [↑](#footnote-ref-595)
596. Segundo libro de los Reyes, V. [↑](#footnote-ref-596)
597. Cf. Isaías, XV, 12 ss. [↑](#footnote-ref-597)
598. Lucas, XV, 7. [↑](#footnote-ref-598)
599. Santo Tomás, I, II, q. 98 y 107. [↑](#footnote-ref-599)
600. Juan, XV, 15. [↑](#footnote-ref-600)
601. Mateo, XVIII, 8-9. [↑](#footnote-ref-601)
602. Lucas, IX, 23-25. [↑](#footnote-ref-602)
603. Conmemorado el 3 de mayo. [↑](#footnote-ref-603)
604. Conmemorado el 14 de noviembre. [↑](#footnote-ref-604)
605. Conmemorado el 25 de febrero. [↑](#footnote-ref-605)
606. 23 de octubre. [↑](#footnote-ref-606)
607. 13 de febrero. [↑](#footnote-ref-607)
608. 1° de febrero. [↑](#footnote-ref-608)
609. 18 de Noviembre. [↑](#footnote-ref-609)
610. 5 de noviembre. [↑](#footnote-ref-610)
611. De gratia. [↑](#footnote-ref-611)
612. Romanos, XI, 6. [↑](#footnote-ref-612)
613. Romanos, IV, 4 (III, 24). [↑](#footnote-ref-613)
614. Santo Tomás, I, II, q. 114. [↑](#footnote-ref-614)
615. Concilio de Trento, ses. VI, cap. 5 ss. Santo Tomás, I, II, q. 109, a. 6. [↑](#footnote-ref-615)
616. Cf. San Celestino, 1, De gratia Dei indiculus. Segundo Concilio de Orange, can. 3 ss. Concilio de Trento, ses. VI. Constit. Auctorem fidei, n. 18. De conditione hominis in statu naturae. [↑](#footnote-ref-616)
617. Juan, VI, 44. [↑](#footnote-ref-617)
618. II Corintios, III, 5. [↑](#footnote-ref-618)
619. Ses. VI, c. 6. [↑](#footnote-ref-619)
620. Ses. VI, c. 8. [↑](#footnote-ref-620)
621. Santo Tomás, I, II, q. 113, a. 4. [↑](#footnote-ref-621)
622. Segunda Epístola de San Pedro, I, 19; II Corintios, IV, 6. [↑](#footnote-ref-622)
623. Hebreos, XI, 1. [↑](#footnote-ref-623)
624. Hebreos, IV, 12. [↑](#footnote-ref-624)
625. Cf. Salmo CXX, 1. Este salmo es también un cántico de las ascensiones. [↑](#footnote-ref-625)
626. Hebreos, XI, 3. [↑](#footnote-ref-626)
627. Juan, VI, 40. [↑](#footnote-ref-627)
628. Romanos, IV, 24. [↑](#footnote-ref-628)
629. Ibíd., IV, 17. [↑](#footnote-ref-629)
630. Romanos, IV, 18 ss. [↑](#footnote-ref-630)
631. Primer libro de los Reyes, II, 30. [↑](#footnote-ref-631)
632. Concilio de Trento, ses. VI, c. 9. [↑](#footnote-ref-632)
633. Romanos, III, 24-26. [↑](#footnote-ref-633)
634. Santo Tomás, III, q. 62. [↑](#footnote-ref-634)
635. Romanos, XI, 6. [↑](#footnote-ref-635)
636. Hebreos, XI, 6. [↑](#footnote-ref-636)
637. Romanos, IV, 2. [↑](#footnote-ref-637)
638. Ses. VI, c. 6; ses. XIV, c. 4. [↑](#footnote-ref-638)
639. Eclesiástico, XVI, 12-13. [↑](#footnote-ref-639)
640. Job, XX, 23. [↑](#footnote-ref-640)
641. Ezequiel, VI, 12. [↑](#footnote-ref-641)
642. Deuteronomio, XVIII, 63. [↑](#footnote-ref-642)
643. Luc., XXIII, 31. [↑](#footnote-ref-643)
644. Hebreos, X, 31. [↑](#footnote-ref-644)
645. Eclesiástico, VIII, 40. [↑](#footnote-ref-645)
646. I Timoteo, II, 4. [↑](#footnote-ref-646)
647. Ezequiel, XVIII, 23; 11 Epístola de San Pedro, III, 9. [↑](#footnote-ref-647)
648. Santo Tomás, l, II, q. 112, a. 3. [↑](#footnote-ref-648)
649. Salmo CXLIV, 9 (literalmente: la misericordia de Dios se extiende a todas las criaturas). [↑](#footnote-ref-649)
650. Lucas, XV, 11-32. [↑](#footnote-ref-650)
651. Concilio de Trento, ses. VI, c. 3; sess. XIV, C. 4, can. 5. [↑](#footnote-ref-651)
652. Santo Tomás, Suppl., q. 1. [↑](#footnote-ref-652)
653. Salmo LIV, 13 ss. [↑](#footnote-ref-653)
654. Efesios, V, 8-9. [↑](#footnote-ref-654)
655. Col., III, 1 ss. [↑](#footnote-ref-655)
656. Col., III, 4. [↑](#footnote-ref-656)
657. I Epístola, II, 9. [↑](#footnote-ref-657)
658. Gá., 17. [↑](#footnote-ref-658)
659. Salmo LXVII, 36 (literalmente: en su santuario). [↑](#footnote-ref-659)
660. Ferre gratiam et referre gratiam. [↑](#footnote-ref-660)
661. I Corintios, VI, 17. [↑](#footnote-ref-661)
662. Lucas, XII, 49. [↑](#footnote-ref-662)
663. Santo Tomás, II, II, q. 23 y 24. [↑](#footnote-ref-663)
664. Santo Tomás, I, II, q. 65, a. 5. [↑](#footnote-ref-664)
665. De dilig. Deo, c. 10, n. 28. [↑](#footnote-ref-665)
666. Gálatas, II, 20. [↑](#footnote-ref-666)
667. “Mas por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca” (Apocalip., lII, 16). [↑](#footnote-ref-667)
668. Santo Tomás, II, II, 9, 25. [↑](#footnote-ref-668)
669. Cf. La Bula de San Pío V contra los errores de Bayo (Ex omnibus afflictionibus, nn. 36 ss.). [↑](#footnote-ref-669)
670. Santo Tomás, II, II, q. 26. [↑](#footnote-ref-670)
671. I Epístola, IV, 11. [↑](#footnote-ref-671)
672. Cf. Gálatas, II, 20; Efesios, V, 2. [↑](#footnote-ref-672)
673. I Epístola, III, 18. [↑](#footnote-ref-673)
674. Hechos, X, 38. [↑](#footnote-ref-674)
675. Mateo, V, 7. [↑](#footnote-ref-675)
676. Lucas, VI, 38. [↑](#footnote-ref-676)
677. Mateo, XXV, 31-46. [↑](#footnote-ref-677)
678. Santo Tomás, II, II, q. 23. [↑](#footnote-ref-678)
679. Cf. El apéndice. [↑](#footnote-ref-679)
680. I Epístola, II, 27. [↑](#footnote-ref-680)
681. Job, VII, 17. [↑](#footnote-ref-681)
682. Lucas, I, 48. [↑](#footnote-ref-682)
683. Santo Tomás, II, II, q. 131 y 132. [↑](#footnote-ref-683)
684. Salmo LXXXIII, 11. [↑](#footnote-ref-684)
685. Santo Tomás, II, II, q. 161. [↑](#footnote-ref-685)
686. I Corintios, VI, 18. [↑](#footnote-ref-686)
687. Efesios, V. 3. [↑](#footnote-ref-687)
688. I Corintios, VII. [↑](#footnote-ref-688)
689. Mateo, XIX, 11. [↑](#footnote-ref-689)
690. Hebreos, X, 38. [↑](#footnote-ref-690)
691. Malaquías, I, 6 ss. [↑](#footnote-ref-691)
692. Jeremías, II, 13. [↑](#footnote-ref-692)
693. Salmo XXXVIII, 7. [↑](#footnote-ref-693)
694. Sabiduría, IV, 12. [↑](#footnote-ref-694)
695. Salmo CXV, 2 (11). [↑](#footnote-ref-695)
696. Salmo LXI, 10. (El sentido del salmo es el siguiente: Los hijos de los hombres son vanidad, las hijas de los hombres son mentira; en la balanza que los sostiene, en conjunto son más ligeros que la nada.) [↑](#footnote-ref-696)
697. Tobías, XI, 13. [↑](#footnote-ref-697)
698. Gálatas, XII, 4 y 5. [↑](#footnote-ref-698)
699. Salmo XII, 4 Y 5. [↑](#footnote-ref-699)
700. Col., I, 10 s. [↑](#footnote-ref-700)
701. Proverbios, IV, 18. [↑](#footnote-ref-701)
702. Efesios, IV, 13. [↑](#footnote-ref-702)
703. Juan, IV. [↑](#footnote-ref-703)
704. Ses. VI, can. 32 y 24. [↑](#footnote-ref-704)
705. Cantar de los Cantares, V, 1. [↑](#footnote-ref-705)
706. Santo Tomás, I, II, q. 65, a. 1. Suárez, De gratia, 1, IX, c. 4. [↑](#footnote-ref-706)
707. Salmo CXVIII, 11. [↑](#footnote-ref-707)
708. Apocalipsis, XXII, 11. [↑](#footnote-ref-708)
709. Cf. Lucas, II, 52. [↑](#footnote-ref-709)
710. Salmo LXXXII, 6 ss. (El sentido de este salmo, canto de peregrinación de los israelitas, es el siguiente: Dichosos los hombres que se apoyan en tu fuerza, pues no piensan sino en santas subidas. Cuando atraviesan el valle de lágrimas, la cambian por un lugar en que brotan las aguas y la misma lluvia viene a esparcir sus bendiciones. Se van fortificando más y más, hasta el momento de aparecer ante el Dios de Sión.) [↑](#footnote-ref-710)
711. Santo Tomás, II, II, q. 24, a. 10. [↑](#footnote-ref-711)
712. Apocalipsis, IV, 6-8. [↑](#footnote-ref-712)
713. Santo Tomás, I, II, qq. 85, 88, y 89: II, II, q. 24, a. 10. [↑](#footnote-ref-713)
714. II Corintios, IV, 7. [↑](#footnote-ref-714)
715. Marcos, XIV, 38. [↑](#footnote-ref-715)
716. Salmo XC, 11-13. [↑](#footnote-ref-716)
717. I Epístola. de San Pedro, V, 8-9. [↑](#footnote-ref-717)
718. Génesis, III, 24. [↑](#footnote-ref-718)
719. Zacarías, II, 8. [↑](#footnote-ref-719)
720. I Corintios, X, 12. [↑](#footnote-ref-720)
721. Filipenses, II, 13. [↑](#footnote-ref-721)
722. Filipenses, I, 6. [↑](#footnote-ref-722)
723. Juan, XV, 16. [↑](#footnote-ref-723)
724. I Timoteo, II, 4. [↑](#footnote-ref-724)
725. San Pedro. II Epístola, l, 10. [↑](#footnote-ref-725)
726. Romanos, VIII, 29-30. [↑](#footnote-ref-726)
727. I Corintios, X, 13. [↑](#footnote-ref-727)
728. Romanos, XI, 29. [↑](#footnote-ref-728)
729. I Corintios IX, 24. [↑](#footnote-ref-729)
730. Apocalipsis, III, 11. [↑](#footnote-ref-730)
731. I Epístola, V, 5-11. [↑](#footnote-ref-731)
732. El presente artículo del autor, publicado en Katholik, 1860, pp. 657-674, fué, al parecer, de gran actualidad en su tiempo. Aun hoy tiene su interés, pues al menos nos representa al vivo el cuadro poco halagador que contristaba el corazón apostólico de Scheeben. En su opinión, la moral se reducía en aquel entonces a un catálogo de pecados; el moralista se limitaba a determinar cuándo un acto es pecaminoso, a inculcar el cumplimiento de las leyes; era también de su incumbencia el afear la conducta de los transgresores, aduciendo como motivo principal que la transgresión es indigna de un ser dotado de razón y de un alma espiritual.

Método evidentemente incompleto, ineficaz, sobre todo si se lo compara con otro excelentísimo que tenemos a nuestra disposición: consiste en hacer comprender al pecador, para que se decida a abandonar su deplorable estado, y en poner ante la consideración del que está en gracia, para que no la pierda, su vocación altísima, la dignidad incomparable en que Dios le ha colocado o está dispuesto a colocarlo por la gracia, a condición de que él lo quiera. Para inculcar esta idea escribió más tarde ‘Las maravillas de la gracia’.

La recomendación de dicho método nunca perderá actualidad, puesto que se basa en la esencia de la vida espiritual. Hubo épocas en la historia de la Iglesia -la del autor debió de ser una de ellas- en que se dio mucha importancia al elemento humano -ponderaciones de la fuerza del entendimiento, culto a la forma clásica, etc.-, recurriendo excesivamente tanto en la predicación como en la literatura piadosa a procedimientos poco evangélicos. Se comprenderá que el mismo sacramento de la penitencia o confesión, en el que el sacerdote hace también veces de doctor y médico, podía ser afectado en los efectos correspondientes.

Cuando, pues Scheeben reprocha la forma en que se escriben los libros de moral, ha debido querer incluir todas esas desviaciones que acabo de mencionar.

Ahora, si hemos de referimos a los textos de moral, propiamente dichos, poco han variado en ese respecto, de su tiempo a nuestros días. Ni había por qué, pues no hay que olvidar que el ciclo teológico ordena en tal forma las materias que, en su conjunto, nada de lo que el ministro sagrado deba conocer se deja de lado. Para ello se estudia, en lo que con nuestro asunto se relaciona, además de la dogmática, la pastoral, la Ascética y Mística y la Liturgia.

Pero, repito, nunca está de más la insistente recomendación del método propugnado por Scheeben para la dirección de la vida cristiana. (N. del T.) [↑](#footnote-ref-732)
733. Cf. sobre todo la I, II: ‘De gratia’, qq. 109-114; ibíd., ‘De virtutibus infusis’, q. 64 y 65. ‘Quaest. disp. de virtutibus’, I, artículos 1, 5, 8-13. Véase también ‘De fide, spe et caritate’ al comienzo de la II, II y ‘De fide, de veritate’ (q. 14), ‘De spe et de caritate’ en las Quaest. Disput. [↑](#footnote-ref-733)
734. Véase Suárez, p. XXXVI, nota 3. Además su libro II ‘De gratia’, cf. asimismo ‘De virtutibus theologicis, de fide’, disp. 6 y 7, ‘De caritate’, disp. 1 y 3. [↑](#footnote-ref-734)
735. Efesios, I, 18. [↑](#footnote-ref-735)
736. Romanos, VIII, 15. [↑](#footnote-ref-736)
737. Gálatas, II, 25. [↑](#footnote-ref-737)
738. Juan, XVII. [↑](#footnote-ref-738)
739. I Corintios, III, 18. [↑](#footnote-ref-739)
740. Romanos, VIII, 14. [↑](#footnote-ref-740)
741. Colosenses, III, 3. [↑](#footnote-ref-741)
742. I Corintios, II, 14-15. [↑](#footnote-ref-742)
743. I Corintios., I, 25. [↑](#footnote-ref-743)